

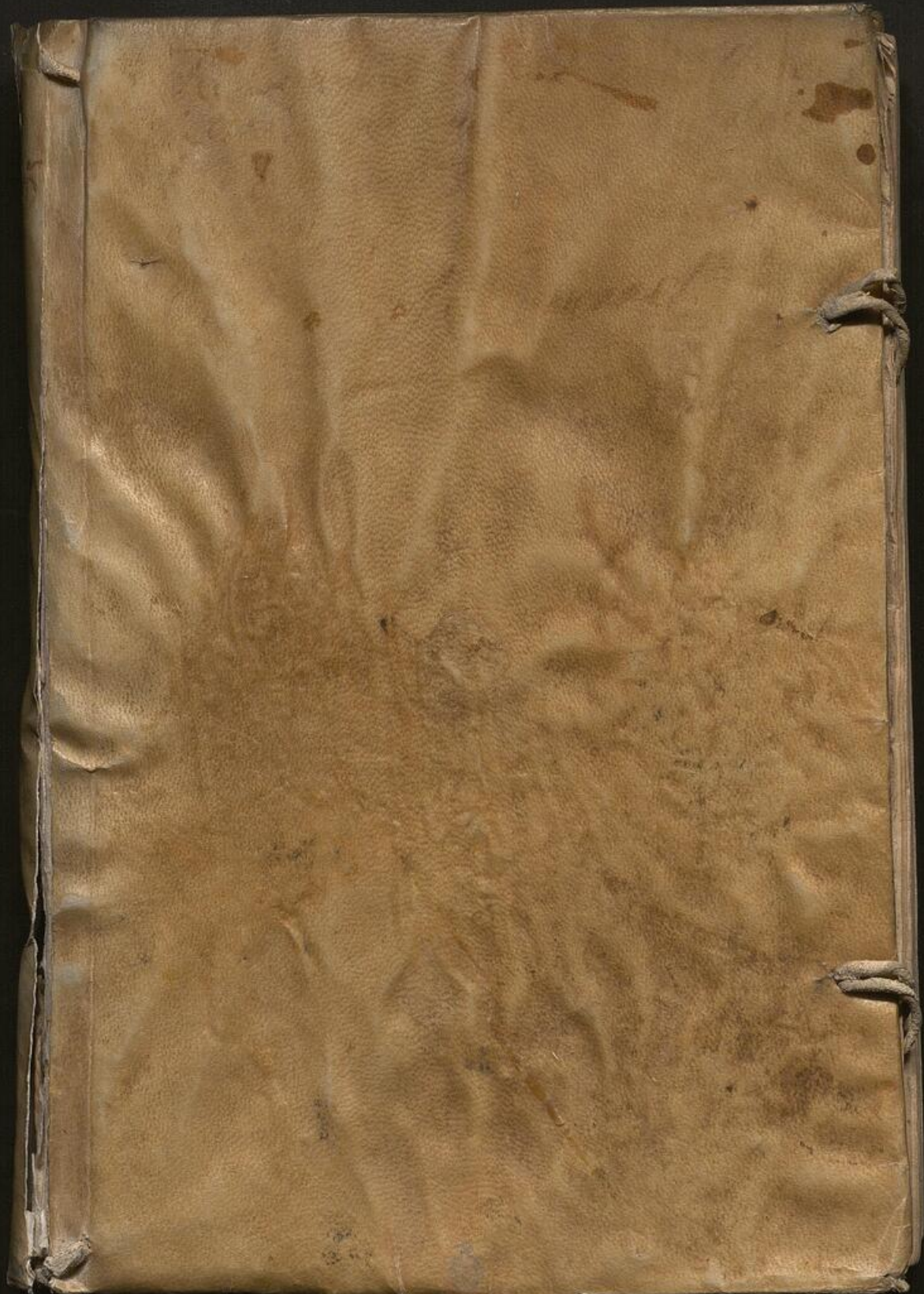
SOLEDA

de la

Vida

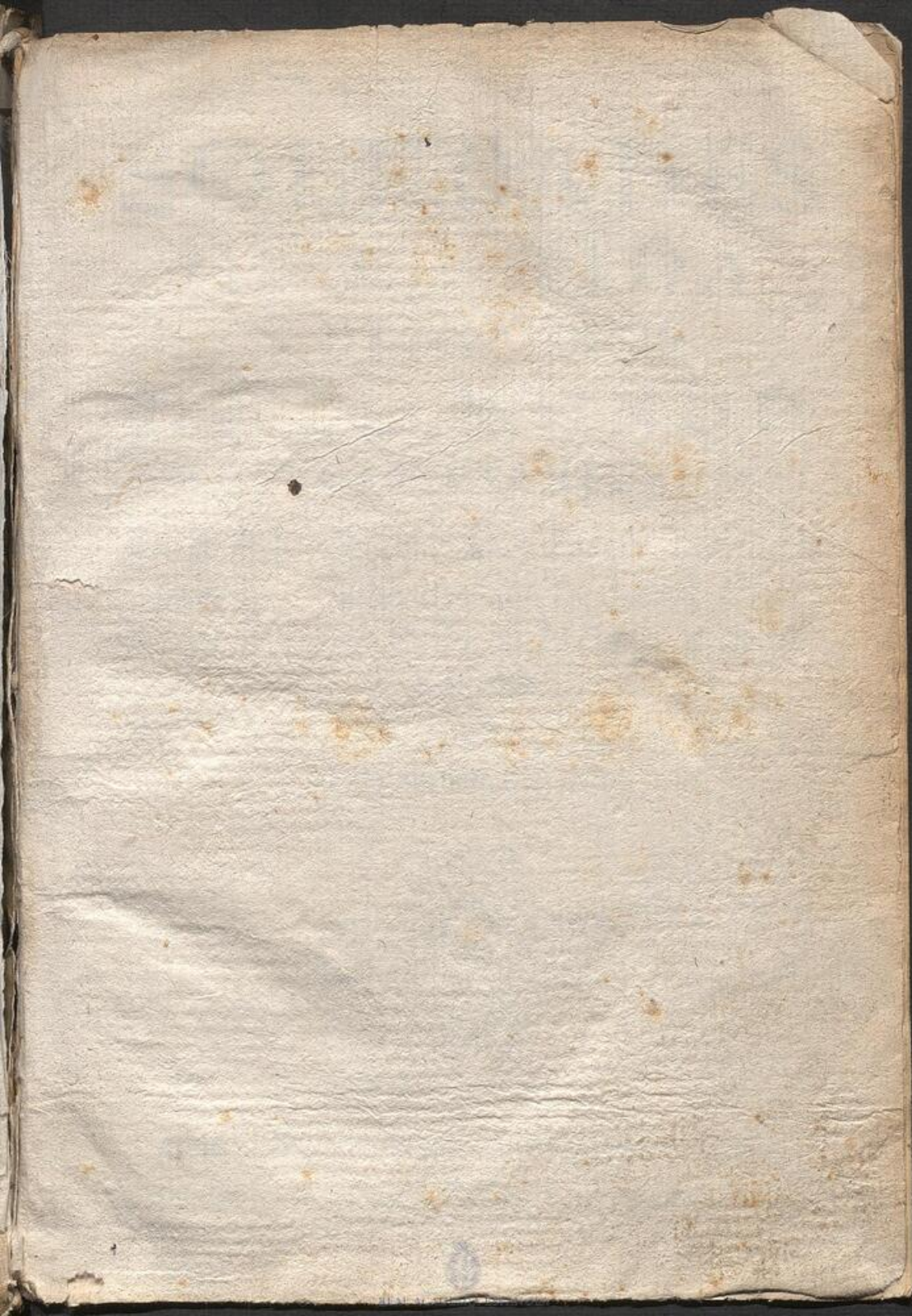
14
V

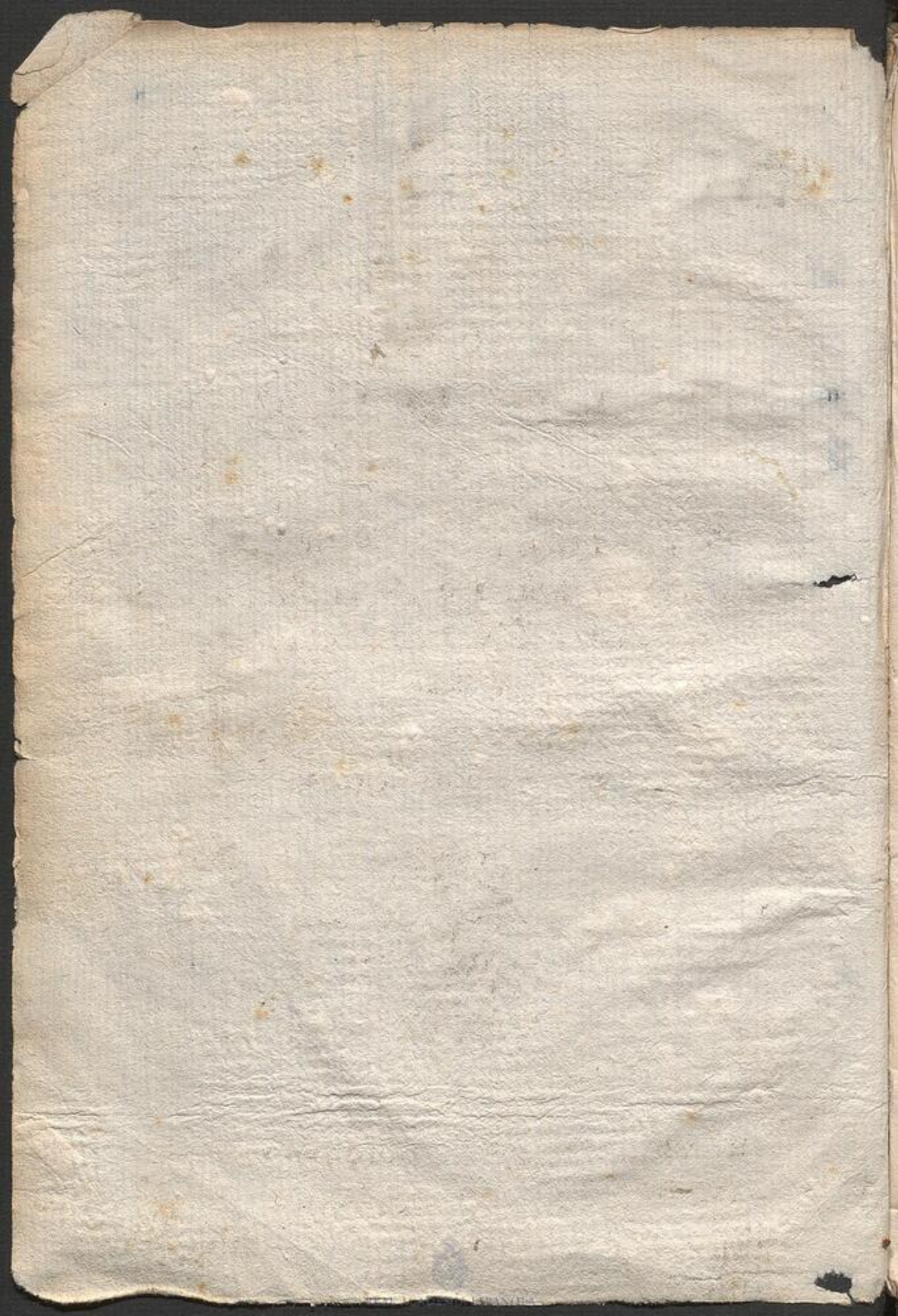
36



Litt. 6. caj. 4.

M. V. 36





R. 41. 656

SOLEDADES
DE LA VIDA,
Y DESENGAÑOS
DE EL MUNDO.

NOVELAS EXEMPLARES,
POR EL DOCT.^R D. CHRISTOV AL
*Lozano, Comisario de la Santa Cru-
zada de la Villa de Hellin, y su
Partido.*

CORREGIDAS, Y ENMENDADAS
en esta decima impresion.



CON LICENCIA.

En Madrid: Por Juan de Zuñiga, Impresor. Año 1748.

K. 11. 22

SOLICITUD
DE LA VIDA
Y BREVES

DEL MUNDO
NOVELAS EXEMPLARES
POR EL DOCTOR DON JUAN DE

LOPEZ DE VEGA
esta es la vida de don Juan de Vega
Escrito

CORRECCIONES Y ENMIENDAS
en esta edición



CON LICENCIA

Impreso en la imprenta de don Juan de Vega

En Madrid: Por Juan de Vega, impresor. Año 1722

APROBACION DE DON PEDRO CALDERON de la Barca, Caballero del Avito de Santiago, y Capellan de su Magestad en la Real Capilla de los Reyes Nuevos de la Ciudad de Toledo.

DE orden, y comision del Señor Don Alonso de las Ribas, Vicario de Madrid, y su Partido, por el Eminentísimo Señor Don Baltasar de Moscoso, y Sandoval, Cardenal Arzobispo de Toledo, he visto el Libro intitulado: *Los Monges de Guadalupe, Soledades de la Vida, y Desengaños de el Mundo*, compuesto por el Licenciado D. Cristoval Lozano, Colegial Theologo, y Rector del Colegio de Nuestra Señora de la Anunciata de la Ciudad de Murcia, y natural de Hellin. Y habiendo puesto en su leccion la atencion, y cuidado que debo á la confianza que de mi cortedad se promete quien de ella fia su aprobacion, y censura; no solo no he hallado en él proposicion alguna que disuene á la pureza de nuestra Católica Fé, y politicas costumbres; sino singular doctrina, y ensenanza, con que tal vez mañoso el ingenio al viso de lo deleitable, sabe introducir lo útil; que es tal nuestra malicia, que aún la virtud ha menester valerse contra ella de adornos que la disimulen, para que á sombra de licito divertimento, se halle alumbrada de la preciosa luz del desengaño. Este es el fin del argumento de este Libro, y tan bien explicado en su contexto, tan bien egecutado en su designio, y tan bien conseguido en su desvelo, que á mi corto juicio, merece su Autor, sobre las gracias de haberle escrito, la licencia que pide de imprimirle. Este es mi parecer, salvo, &c. En Madrid 18. de Julio de 1658.

*Don Pedro Calderon
de la Barca.*

LICENCIA DEL ORDINARIO,

NOS el Licenciado Don Alonso de las Ribas, y Valdés, Visitador Eclesiastico, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, é imprima el Libro intitulado: *Los Monges de Guadalupe, Soledades de la Vida y Desengaños de el Mundo*, compuesto por el Licenciado Don Christoval Lozano, Colegial Theologo, natural de Hellin; atento, que por la censura antecedente, consta no haber en él cosa contra nuestra Santa Madre Iglesia, y buenas costumbres. Dada en Madrid á 15. del mes de Julio de 1658. años.

Don Alonso de las Ribas.

Por su mandado,

Diego Garcia de Alvarado,
Notario Público.

*CENSURA DEL Rmo. P. Fr. FRANCISCO PALANCO,
del Orden de los Minimos de San Francisco de Paula, Lector Ju-
bilado, Calificador de la Suprema, y de sus Juntas Secretas, Exa-
minador Sinodal del Arzobispado de Toledo, Visitador de las
Librerias de España, Difinidor, y Padre de Provincia en
el Convento de la Victoria de esta Corte.*

M. P. S.

DE orden de V. A. he visto las Obras del Doctor Don Chris-
toval Lozano, Capellan de su Magestad en su Real Capi-
lla de los Reyes Nuevos de Toledo, Comisario de la Santa
Cruzada, &c. Todos los quales Libros han corrido en España
con general aplauso, y estimacion de muchos años á esta parte,
sin la mas leve nota; antes sí con aprobacion de hombres doc-
tos, y piadosos, por contener con grande sal gran parte de la
erudicion Humana, y Divina; cuya leyenda se ha experimen-
tado mui util para el consuelo de afligidos, recreacion de ani-
mos melancolicos, é instruccion de ignorantes. Contiene una
inmensa copia de singulares egemplos, que informan para las
buenas costumbres, esfuerzan la cobardia humana, instruyen la
nobleza para seguir generosamente sus blasones, y sobre todo
enseñan constancia, paciencia, y fortaleza en los mayores tra-
bajos, y adversidades, siendo una eficazissima demostracion,
que persuade con la historia los grandes bienes, frutos, y pre-
mios que logra una virtud constante, quando mas combatida de
contratiempos. Por todo lo qual, y por no contener cosa alguna
contra nuestra Santa Fé Católica, ni contra las buenas costum-
bres, dichos libros merecen ser otra, y muchas veces impresos,
y la licencia que para esto se pide. Asi lo siento, en este de nues-
tra Señora de la Victoria de Madrid. Mayo 23. de 1713.

Fr. Francisco Palanco

L I C E N C I A .

Tiene Licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla Juan de Zuñiga Impresor, para poder imprimir por una vez este libro, como mas largamente consta de su original, &c.

F E E D E E R R A T A S .

HE visto este libro intitulado: *Soledades de la Vida, y Desengaños del Mundo, Novelas egemplares*, su Autor el Doctór Don Christoval Lozano, y corresponde con el Original.

Lic. Don Manuel Ricardo
de Ribera

S U M A D E L A T A S A .

TAsaron los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla este Libro intitulado: *Soledades de la vida, y Desengaños del Mundo*, del Doctór Don Christoval Lozano, á seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original, &c.

PRO-

PROLOGO.

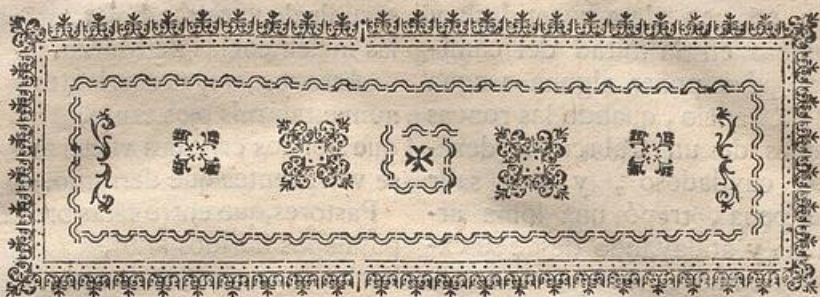
SUELEN muchas Obras hacerse grande lugar en la estimacion comun, ignorando su Autor; pierden lo que lucen, quando con el tiempo se conocen. Esta mudanza en el tablero de la fortuna es hija de la embidia, pues solo el rencor al arbol desdora las sazones del fruto. De la misma suerte algunos escritos desmerecen el aplauso, ignorado su Autor, y se hacen estimar quando se ha conocido. Estas Soledades, flores que en la Primavera de los años aseguran frutos para el Otoño de la vida, fueron entretenimientos del Doctor Don Christoval Lozano, mi tio, los quales permitió á los ratos del ocio, siendo desahogos de el afan de sus primeros estudios. En mas madura edad dió á conocer sus letras, y su espíritu en diferentes obras, voz de esta clausula, porque la mía con la ponderacion no se culpe. El empeño de su estudio en materias de mas peso, le obligó á publicar estas Soledades en nombre mio; corrieron como suyas, aunque sin su nombre, sin merecer el mal trato que ponderaré arriba. Oy salen en esta decima impresion, como primero raudal de aquella mina; tú, amigo Lector, verás en ellas, que en lo profundo de la moralidad, y en la suavidad de llevar el animo de quien las leyere, se parecen al estilo caudaloso de su David Perseguido. Divierte en estas Soledades el gusto; hasta que en la Tercera Parte del Grande Hijo de David, Christo Señor Nuestro, que dejó casi escrita, te asegures con brevedad el provecho. VALE.

*Doctor Don Gaspar Lozano,
Montesinos.*

INDICE

DE LAS SOLEDADES, y Novelas contenidas en este Libro.

Soledad Primera,	Pag.	1.
Soledad Segunda,	Pag.	38.
Soledad Tercera,	Pag.	54.
Soledad Quarta,	Pag.	94.
El mas mal pagado amor, y muger menos constante,	Pag.	159.
Todo es trazas,	Pag.	188.
Buscar su propia desdicha,	Pag.	212.
Pasar mal por querer bien,	Pag.	238.
El muerto zeloso,	Pag.	263.
Persecuciones de Lucinda, y tragicos sucesos de Don Carlos.	Pag.	285.



SOLEDADES DE LA VIDA, Y DESENGAÑOS DEL MUNDO.

SOLEDAD PRIMERA.



UNA tarde, que con los soplos del Zefiro apacible se ostentaba deleytosa, y con las frescuras de los Valles se mostraba amena; quando ya el dia haciendo parasismos, iba apagando sus luces, y tremulos del Sol los rayos, se iban quedando sin fuerzas; quando ya las aves, acabando, ó las taréas de su armonía, ú de su canto los gorgeos, entre fresnos copados, y apiñados Pinos, iba cada qual á visitar en su cama á la consorte, ó en su nido á los polluelos, dexando ya sin compañía los derretidos arroyos, murmuradores cristales, que sin hacer agravio, son galanes de la soledad, y como ta-

les, de noche la rondan, y de dia la pasean. A esta hora, pues, salió el Ermitaño Enrico de entre el pavellon de la espesura, donde con lagrimas, y silicios pasaba penitente, con designios de dar buelta á una Alqueria, casas pagizas de humildes labradores, á visitar á un pedazo de su alma, á Leonora, hija suya, beldad hermosa de los riscos, que con otras de su edad, tras de unas manchadas cabras, y de unas blancas ovejas, andaba vagueando aquel aprisco. Solo caminaba, aunque divertido siempre con el repaso de antiguas memorias, que refrescadas en la idea, maquinan mil pensamientos, congojas que suelen

A ser

ser en una alma repetidas: y apenas en la mitad del camino quiso poner alguna tregua al cansancio, quando las roncavoces de un Cabrero le dexaron cuydadoso, y por salir de pena, trepó una loma arriba, y atalayando desde su excelsa cumbre, lo que se encubrió á la vista, se manifestó al oído, escuchando, que las voces eran decir: Ataja, ataja por aqueise montezuelo; y creyendo lo que podia ser, quiso con entrañas pias ayudar á la necesidad, mas yá llegó tarde, porque al descender del monte, encontró con dos Zagales, que traían asido un tierno ribal, que por ser competidor del marido de unas cabras, y vér que en una lucha aquella tarde habia quedado vencido, huyendo zeloso por los otros, quiso manifestar los humos de su corage. Y visto de el que voceaba, trocando en placer los cuydados que tenia, cogió con los compañeros la manada, y yendo en seguimiento de sus huellas, sacó del zurrón un pastoril instrumento, á cuyo compás dixo bien sentidas estas razones.

Montañas de Guadalupe,
cuyos nevados peñascos
Polos de cristal parecen
del pavimento estrellado.

Arboles, que ha tres Abriles
que os he mirado gallardos,

sacudir de vuestras hojas
las inclemencias de Marzo.

Arroyos, cuyas corrientes
aumentan mis ojos tanto,
que por los cristales vuestros
se vén fuentes que derramo.

Pastores, que entre estas breñas
pasais los floridos años,
hechos terreros del tiempo,
yá ateridos, yá abrasados.

Escuchad todos, oidme,
que quiero aora cantando
deciros, si no mis males,
sentimiento de un agravio:

Yá sabeis que yo amé á Filis,
yá sabeis que ella me ha amado:
que aunque ha sido amor secreto,
no se encubre un amor tanto.

En la lumbré de sus luces
hice de mi tiro el blanco,
porque unos ojos son siempre
imanes idolatrados.

Bien pintára su hermosura,
pero es mi pincél bastardo,
y fuera hacer un borron
de un Angelical retrato.

A esta beldad, pues, divina,
la ví una siesta en el campo,
aloxando entre unas sombras
las cabras de su rebaño.

Escondíme entre unas peñas,
de donde estube azechando,
lo que no podré deciros,
lo que no sabré explicaros.

A la margen de un arroyo,
que del risco desatado
iba ciñendo los fresnos
de cristalinos abrazos.

(Aguas, que en qualquiera peña
tropiezan vidrios quebrados,

y en desarrollando espumas,
se estienden espejos claros.)

A la margen , pues, se sienta
en las faldas de un castaño,
que con erizadas flores,
la hizo pavellon sus ramos;

Y como iba calurosa,
al descuydo , y con cuydado,
dió á los cristales del agua
los cristales de sus manos.

Viendo despues con la furia
que Apolo vibraba rayos,
se durmió , por no abrasar
con tres Soles su ganado.

Y apenas la ví dormida,
quando por el monte abaxo
llegó un javalí cerdoso,
con una flecha pasado.

A cuyos tremendos bufos,
las cabras se alborotaron,
y perdonando las sombras,
treparon por los peñascos,

Despertó Filis al ruido,
quando el colmilludo brabo
enturbiaba el cristal puro
con sangrientos espumajos.

Visteis acaso la flor,
quando en su embrion estando
no quiere salir á luz,
sino en visperas de Mayo;

Y engañada alguna vez
de un día que hizo templado,
las cisuras del boton
vá poco á poco rasgando?

Y si saldré , ó no saldré,
hace asomos , hasta tanto,
que atropellando los miedos,
se abre rosa en medio el campo?

Y como la engañó el dia,
mirando el monte nevado,

que en frente de ella parece
que yá le está amenazando.

Tan desquadernada queda,
que entre candidos desmayos
las vasquiñas recogiendo,
que el boton la vá aseando.

Se retrotrahe en sí misma,
tan helada del espanto,
que yá que no muere flor
padece algunos amargos:

Pues de aquesta suerte Filis,
que del sueño regalado
á la vista de sus Soles,
que despiertos se mostraron,

Recordó flor tan hermosa,
que en sus mexillas , y labios,
rosas se vieron deshechas,
claveles desperdiciados.

Como vió yá junto á sí,
que el javalí ensangrentado
iba á vengar en su pecho
el corage de su agravio.

Se quedó tan sin aliento,
á vista del sobresalto,
tan jazmin lo que fue rosa,
lo que fue clavel tan blanco,

Qué por mucho que el valor
hizo por disimularlo,
se cayó pasmada nieve
en los brazos de un desmayo:

Yo entonces , viendo ocasion
deseada en mí tanto,
para poder con servicios
favores merecer altos:

Con el javalí embestí,
haciendo que entre mis brazos
tragára , sin ser bebida,
toda la muerte en dos tragos.

Bolvíme despues á Filis,
que yá el aliento cobrado,

me dixo: mucho te debo,
mas yo te pagaré, Fabio.

Quitóse una gargantilla
de corales ensartados,
lazo que en su hermoso cuello
ponia á mil vidas lazo.

Y dandomela por premio,
se ausentó de mí, dexando
esperanzas á mi amor,
para lograr mis cuydados.

Engaño fue manifesto,
pues yá me ha olvidado tanto,
que solo miro en sus luces,
luces de mis desengaños.

Ningun agravio la he hecho,
sino es el haberla amado;
que una muger, quando quiere,
de un amor forma un agravio.

Mirad si tengo razon
de sentir lo que repaso,
y si la viereis, decidla;
que por ella muere Fabio.

Con mucho gusto fue escuchando Enrico las quejas enamoradas del Cabrero amante: y como aquel que conocia bien las pasiones del amor mundano, no dexaba de sentir las, como pesaroso de que aquel Pastor se hallase en tal estado. Poco á poco se llegó á él, y saludandole con mucho cariño, en buena conversacion llegaron juntos á la majada; donde ya recogidos los demás Pastores, cuydadosos esperaban su venida; y asi en el recibimiento que le hicieron conoció Enrico, que era el Mayoral, ó Ra-

badán de todos. Quiso pasar adelante en su camino, mas Fabio, que venia muy pagado de sus palabras, y muy afecto á su presencia venerable, le pidió con muchas caricias, que les honrase aquella noche el pobre alvergue. Esforzaron el combite los demás Pastores, pues en contorno de él, todos, no le dexaban dar paso. Lo qual visto por Enrico, hubo de aceptar el combite que le hacian; con que todos quedaron contentos, y agradecidos. Cerró la noche á este punto, substituyendo en estrellas las claras luces del dia; y en tanto que los Pastores diligentes, unos acomodaban los rebaños, y otros prevenian la cena, tomó Enrico por la mano al enamorado Fabio, y puestos en parte donde nadie podia oirlos, comenzó á darle esta leccion en sus amores:

Dias há, Pastor amigo, que te conozco vagueando estos oteros con tus ganados; tambien tengo por imposible, que dexes de haberme visto muchas veces, por haber tiempo tanto que habito estas soledades. Nunca aunque te he visto, te he hablado, y ya que aora tube tan buena dicha, quisiera, que creyendo mis palabras, salieras de la ocasion de empeños amorosos. Tu historia vine escuchando, quando en lasti-

mosos metros la publicabas á los montes, y á las peñas; y entendida tu pasión, te tuve lastima, por verte en tu edad florida sujeto á un ciego rapáz, que privandote de tus sentidos, hará que dexes la alma en despeñaderos amorosos: todo quanto puede ofrecerte una hermosura, es un engaño; todo quanto pretendieres alcanzar, será una mentira; todo quanto poseyeres será un abismo de culpas. Ese amor que te incita, es tu mayor enemigo; ese premio que has alcanzado, es cebo para que caygas; y ese olvidarse de tí, quando mas favorecido, es el mayor desengaño: desengañate, pues, y quita de los ojos de tu entendimiento las vendas con que la pasión te ciega: y pues Dios te dió libre alvedrio, no te dexes cautivar de un amor loco. pues ahora tienes vida; para qué buscas tu muerte? Y ya que ciego la busques; es posible, que esta memoria de la muerte no te hará que mires por tu vida? Un amor lascivo es un mortal veneno; un veneno del amor, quanto mas dulce á la vista, mas presto mata. Ay, ay, quien te pudiera representar los que mas gages alcanzarán de este amor, muertos en su culpa, por tarde arrepentidos! Ay, y quán bien te hallarás, si los desengaños que te digo, fi-

xos en tu memoria, se apoderáran de tu entendimiento! Mira que te hablo de experiencia, y como experimentado, no dudo de lo que emprendes, conociendo el desastrado fin que tendrán tus amorosos cuidados. Y quando llevado de tu apetito, y bueltas las espaldas á la razón, quisieres desenfrenado proseguir la carrera de tus deleytes, y gustos; no te atemoriza lo inculto de estas sierras, que provocan mas á penitencia, que á mundanos pasatiempos? No te dá terror, que quieras sembrar los amores de Arcadia en montes de Guadalupe? No te confunde, que á vista de penitentes exemplares, que aqui lloran los procesos de sus culpas, quieras sustentarle enamorado? Si aqui solo se oyen sollozos de arrepentimiento; cómo te atreves á cantar canciones amorosas? Si aqui solo se escuchan gemidos de pecados; qué consonancia tendrán tus lastimosos amores? No hagas, no, terreno de amantes, la soledad de penitentes: trueca de estilo, si quieres gozar de estos recreos, muda de asunto, si quieres habitar estas malezas, que quando menos pienses, hallarás arrepentido tu propio desengaño.

Aunque quisiera Fabio responder á la exhortacion devota que Enrico le hacia, el tiempo

no dió lugar , por un alboroto repentino que oyeron en la caña , donde las cabras alborotadas , unas hechas gavillas , buscaban socorro , otras rompiendo los rediles , procuraban escaparse ; causa de que los Pastores en voces repetidas acompañáran los ladridos de los mastines , que estaban vigilantes. Acudieron confusos á ver la novedad , temiendo , no el asalto que el lobo podia haber hecho , sino alguna desgracia de otro mayor fracaso ; é informado de un zagal , que fue quien entendió mejor la verdad del suceso , supieron que por allí junto habian pasado dos hombres á caballo , con tal velocidad , y priesa , que apenas pudieron ser vistos , á cuyo tropel los perros escarapelados , y las cabras temerosas , habian originado aquel ruido. Dividieronse en varios juicios , sacando por conjeturas lo que á cada uno dictaba su sospecha , hasta que reducidos al mejor acuerdo , hicieron inquisicion por todo el vecino monte , mirando con diligencia no fuese alguna emboscada de hombres facinerosos , y foragidos , que tal vez pasando á Sierra Morena , asilo de sus mayores robos , suelen ir talando quanto hallan , y quitando la vida al pobre caminante , y ya hurtando las reses al descuydado Pas-

tor. Hechas estas prevenciones , y visto que todo el circuito de aquellos valles , y sierras estaba libre , y seguro de lo que con justa causa temian , volvieron algo fatigados del cansancio al apacible alvergue , donde ya la cena aderezada estaba brindando á los hambrientos estomagos.

Ricos manteles los texió la naturaleza artificiosa , pues desnudando las flores sus rozagantes vestidos , recostadas las unas en la falda de las otras , al pie de un verde aliso , que era el custodio que las defendia de las inclemencias del tiempo , formaban un recamado tapete , harto rica mesa para cena tan humilde , y hartos aliños , y aséo para un campo. Asientos les previno tambien la verde alfombra , dexando el mejor lugar para Enrico , que siempre al lado de Fabio se mostraba agradecido , y contento. Sobre esta mesa , pues , se sirvieron los manjares , no dulces , ni delicados , como se previenen en politicos combites ; si empero sazonados , y sabrosos. Un trozo de cecina sacaron por principio , tan tierna , y mantecosa , que podia ser embidiada del gusto menos goloso. Templaron el paciente de sal , no con el licor que Baco exprime de sus opimos , y regalados racimos , sino con agua dul-

dulce, y fria, que cogieron en un bernegal de una melindrosa fuentecilla, que por venir muy azotada de un risco, se iba como llorando entre las flores. El plato segundo fue un tarro de leche, tan gruesa, que á no ser tan suave al paladar, pareciera ya quaxada con artificio. Despues que se vieron satisfechos de los pastoriles manjares, se levantaron de la florida mesa, y cuidadoso Fabio, y sus Zagales, entraron en la choza, breve arquitectura de caducos troncos, coronados de pálida retama, y con unos corchos que tenian, aderezaron una cama, para que durmiera Enrico, el qual, aunque cortés queria impedir tan serviciales cuydados, hubo de ser obediente, por no dar muestras de poco agradecido.

Recogidos cada Pastor á su rancho, comenzaron á pagar parias al sueño; si bien hicieron poco asiento en Fabio, y Enrico, que batallando con mil imaginaciones, no hallaban reposo; el uno combatido del amor que le aquejaba, y de la conciencia que le remordia; el otro pesaroso, por no haber llegado aquella noche á la Alquería, donde su hija le aguardaba: Cada qual se tragaba los suspiros de su pena, por no dar lugar á que el otro despertase, hasta que ya can-

sados de la lucha, quedaron tambien dormidos. Mas apenas por espacio breve quedó Enrico transportado, quando una soñada voz bolvió á dexarle despierto. Recordó temeroso, y sentandose sobre el duro lecho, alargó el oído á todas partes, hasta que advirtiendole, que solamente sonaba el bullicioso rumor, que el viento hacia en las secas hojas que repelaba de los arboles, bolvió á reclinar la cabeza, trabajando por dormirse. No le dió lugar otra congoja que se le representó en la idéa, sospechando, y viendo tan dormidos á todos los Pastores, no hubiese alguna desgracia en sus ganados; y asi, por pagarles el buen hospedage, determinó de estar lo restante de la noche en centinela. Dexando, pues, la cama, tomó la puerta del albergue con lentos pasos, por que no se inquietáran los dormidos; y viendo que todo estava en silencio, pues hasta el can mas vigilante dormia reposado, se fue subiendo un montezuelo arriba, cuyo empinado obelisco era la atalaya de todos aquellos campos. No pudo Enrico salirse tan secreto, que dexase de ser sentido de Fabio, el qual, asi como le sintió, fue lo mas callado que pudo, siguiendo sus pasos, por inquirir curioso la determina-

cion del Ermitaño penitente: Enrico desde la cumbre del collado comenzó á escuchar por todas partes, porque la inquietud de aquella voz que oyó entre sueños, parece que le llevaba de la melena á saber la causa.

Sería ya mas de la media noche, tan obscura, y triste, que con capuces de nubes tenebrosas enlutaba lo poco que alumbraban sus estrellas, quando el eco de un lastimado suspiro, que herido por las entrañas de los montes, llegaba ya sin alientos, le dexó tan atemorizado, y cuidadoso, que se quedó en éxtasis por un grande espacio. Bolvió á escuchar mas atento, y oyendo otro gemido, quiso penetrar la causa de efectos tan lastimosos; y así, atendiendo primero á la parte por donde se escuchaban, descendió con mucha priesa del collado, y rompiendo por la espesura de impenetrables jarales, atravesó en breve rato la falda de una sierra, y bolviendo á hacer alto sobre los hombros de un risco, apercibió el oído, temiendo no hubiese torcido el camino que llevaba, y desde aquí escuchó mas formados sollozos; pues en lo tierno de los ayes (bostezos de un corazón en lagrimas deshecho) conoció que era muger la que gemía. Acercóse otro

gran trecho, y certificado mas en que eran lamentos mugeriles, fue tan inmensa la pena que recibió Enrico, sospechando que era su doncellita Leonor, que á causa de no haberla cumplido la palabra dada de ir á verla, habia salido á buscarle, quedandose perdida, que con todo el resto del valor no pudo sustentarse, y así, casi desmayado cayó en tierra. El Cabrero, que venia siguiendo sus pisadas, apenas le vio de aquél modo, quando acercandose junto á él, comenzó á llamarle, á cuyas voces, buuelto Enrico en su acuerdo, si bien de nuevo espantado de que Fabio hubiese ido en seguimiento suyo, le echó al cuello los brazos, y sin descubrirle sus sospechas, le dixo, que compasivo de aquellas quexas tristes, y suspiros lastimosos, habia dexado el lecho por investigar la causa: y como ya en lo afeeminado del quexido conocia, que era muger la que lloraba, le habia causado tanta compasion, embuelta en mil temores, que la sangre helandose en las venas, le embolvió el corazón en un desmayo. No con menor confusion (respondia Fabio) me trae este suceso, antes las sospechas que me cercan son tan grandes, que temo perder la vida, si las hallo verdaderas, pues juzgo que esta

muger que llora , es alguna de tres, ó quatro zagalas, que suelen tras un poco de ganado vaguear estos apriscos : y aunque la mayor de todas es aquella de quien me escuchaste enamorado , sentiré en mi alma, que á qualquiera de ellas le haya sucedido algun fracaso , pues por su honestidad, hermosura, y discrecion merecen ser respetadas por Diosas de este Horizonte.

Mas se aumentó el dolor de Enrico con los recelos de Fabio; pero considerando , que en la dilacion crecian las inquietudes , y que con la tardanza se aumentaba la sospecha , le dixo que se acercasen á saber de una vez quien era la que lloraba , y la causa que la movia. Pasaron adelante , y cruzando una mal formada senda, que por entre aquellos breñales guiaba á Guadalupe, llegaron á un montezuelo tan asombrado, y temeroso, que parecia amago de una traicion ; y viendo que desde allí percibian las razones muy distintas, y que en levantada voz bolvia á formarse un nuevo llanto , se detubieron á oírlo , y arrimados á unos troncos, escucharon á una Dama, que anegandose en dos caudalosos rios de sus ojos, formaba por compases de suspiros estas quejas, tan lastimosas , quanto bien sentidas.

Peñas, montes, valles, riscos, arboles, y plantas, que ha dos horas, que acompañando mi lloro en la forma que podeis, me estais escuchando, ó acaso en vuestras duras entrañas hay ternura, y si acaso juzgais por rigor mucho lo que quieren los Cielos que padezca, sabed, que andaréis muy engañados, porque no merecen mis delitos menores castigos. Aunque me mirais en estos montes sola, donde ya sola aguardo el encuentro de una fiera, no tengais compasion, mostraos crueles, supuesto que es justicia, que quien se arroja sola á los peligros, olvidandose de Dios, muera sola á donde aún no haya testigos que sientan su muerte. Aunque me mirais tan lastimada, que ya el corazon hecho pedazos se sale por los ojos, y el alma boqueando, palpita entre los dientes, no os provoque á lastima, muevaos á rigor, pues es bien, que muger que apartó el alma, y el corazon de un Celestial Esposo, muera desquaternada en el potro de su mismo sentimiento. Aunque me mirais tan falta de socorro humano, que es imposible hallar otro remedio que el divino, no tengais piedad, mostrad dureza; que es mucha razon, que quien dexando el camino del Cielo, torció por los atajos del Mundo

do , ni en el Cielo halle clemencia , ni en el suelo halle favor. Aunque me mirais mortal con este espectáculo sangriento , que yace entre mis brazos frio cadaver : cuerpo , que fue tan gentil , sin facciones , y figura ; rostro , que fue tan hermoso , los ojos muertos que fueron niñas de los míos ; sin alma , quien fue el deposito de mi triste corazon ; aunque sepais , aunque tengais dolor , no lo mostreis ; pues digna es de dolores tan crecidos , y de angustias tan mortales , muger que por vengar su enojo , ha sido causa que muera este malogrado. Yo soy , montes , si no lo sabeis , la causadora de esta muerte : yo soy , montes , si lo ignorais , la que ha quitado esta vida. Mirad , pues , ahora , si os provoca á compasion mi sentimiento. Ea , riscos , qué haceis , qué no os caeis sobre mí ? Ea , peñas , cómo no os desencaixais , y me abris tumba en vuestras duras entrañas ? Ea , arboles , cómo el ayre de mis suspiros no os arranca , y el fuego de mis ojos , cómo no os enciende , para que sirvais de pyra que consuma este mi cuerpo en polvos , y cenizas ? Ea , fieras , si acaso al eco de mis roncas voces habeis despertado algunas , dexad , dexad el alvergue , y executad en mi pecho los humos de vuestra fie-

reza. Ay vida , y cómo cansas en un pecho lastimado ! Ay muerte , y qué perezosa vienes á quien te desea ! Ay Parca , y qué piedad tan impía es la que conmigo usais en dilatar me el tormento ! Mas ay , Cielos , qué desesperacion es esta ? Ay , Dios , qué es lo que hablo ? Ay Jesus , qué es lo que digo ? He de dexar perder mi alma á vista de este exemplo ? No me será mejor corregir mi vida con estas memorias ? No valdrá mas morir penitente , que no acabar desesperada ? Claro está , claro está. Pues por qué no pido misericordia ? Por qué no procuro el remedio ? Pero quién me ha de oír , si á Dios tengo ofendido ? Quién me ha de perdonar , si está Dios enojado ? No sé á donde me vaya ; no sé á quien acuda : mas en las tribulaciones , quién mas clemente que el Cielo ? En los trabajos , quién mas piadoso que Dios ? Ea , pues , Redemptor mio , á Vos me vuelvo , con Vos quiero confesarme , en vuestros estrados quiero que me deis sentencia : una afligida muger es la que os está llamando ; una pecadora es la que os vocéa : mis pecados , que la conciencia me acusa , esos os confieso ; mis ofensas , que os están patentés , son las que lloro ; culpas son tan graves , que merecen fuego eterno , delitos son que

que piden mil castigos. Mas ha de faltar misericordia en vuestro pecho, Señor? Si ya arrepentida os digo que he pecado, no me escucharéis? Si ya deshecha en lagrimas os pido clemencia, no habrá perdón? Sí, Dios mio, perdonadme, perdonadme, que en la enmienda que protesto vereis mi corazón, en la nueva vida conoceréis mis deseos. Ya que he sido virgen loca, pues olvidada de mis obligaciones, me quedé dormida á vuestros mandamientos, ya que dexé á las prudentes, y al ayre de mis placeres mundanos apagué la lampara encendida de mi conciencia: ya que á la media noche llego, Señor, á vuestros umbrales, y con aldavadas de mi dolor inmenso, golpéo vuestras puertas, no me deis con ellas en los ojos, que os llamo arrepentida: no me digais que no me conocéis, pues vengo á confesarme pecadora. A un corazón arrepentido siempre le alvergais, que sois Padre de familias: á un alma penitente siempre la oís, que sois el Abogado de todos los pecadores. Ea, pues, Señor, contrita llego, alvergadme; mil pecados traygo, oídmе; de ellos me pesa; absolvedme; la enmienda os prometo, perdonadme. Mirad, que ya de cansada me faltan los alientos; mirad, que

ya de llorar se agota el corazón; mirad que el mucho dolor me arranca el alma.

Con un profundo suspiro puso la afligida Dama fin al lastimoso llanto; y atónitos, y confusos Enrico, y Fabio de lo que estaban oyendo, sin detenerse un instante, salieron de donde estaban encubiertos, y llegaron á vista del prodigioso fracaso. Vieron al pie de un caduco roble recostada una Dama ya sin vida, cuya beldad, aunque difunta, podria ser envidia de muchas bellezas. Estaba vestida de monte, con un baquero de damasco verde, guarnecido de ricos alamares; tenia una montera, que servia de rebozo á la rubia madexa de sus preciosos cabellos; una espada ancha ceñida, y una escopeta corta puesta al lado. En sus faldas tenia á un difunto Caballero, tan deshecho, y ensangrentado el rostro, que apenas se conocia su figura; tan lleno el pecho de heridas, que de él se originaban tantos arroyos de sangre, que toda aquella ladera estaba teñida de los rojos relieves, la hierba toda sangrienta, las flores todas manchadas. Llenos de espanto, y horror del espectáculo triste, no acertaban Fabio, ni Enrico á hablar palabra: confusos se miraban, temerosos se estremecian, lastimados espar-

cian

cian suspiros. Sin saber qué hacerse estuvieron una gran pieza, porque á cada determinacion se ofrecia un reparo; á cada parecer, se oponia un tropiezo, hasta que Enrico atropellando inconvenientes, le dixo á Fabio: Amigo, ya que el Cielo nos traxo desde tu cabaña á este lugar á ser testigos de un caso tan lamentable, de un exemplar tan lastimoso, quizás para que nos sirva de un espejo, en que miremos, y corriamos nuestras faltas, que memorias de la muerte, siempre son destierro de el pecado. Ya, pues, digo, que hemos venido aqui, no será piedad, ni de Christianos pechos, dexar estos difuntos á ser manjar de las aves, y pasto de las fieras; y mas quando habemos visto los actos de contricion, y el verdadero arrepentimiento con que esta Dama se despidió de la vida. Aunque no conocemos quien sean, por lo menos el traje que visten, nos dicen que son personas de calidad. Y si hay peligro en que nos hallen con ellos, ó sepan que nosotros los hemos sepultado, no te dé pena alguna, que yo te sacaré libre de todo: Y si acaso temes, que siendo los matadores aquellos que á prima noche pasaron huyendo por junto á la cabaña, podrán darnos pesadumbre, porque hemos usado

esta clemencia, no te atemorice, que el buen celo, que nos mueve será nuestro custodio, y la piedad que nos instiga salvará á la defensa. Darles sepultura aqui, no lo tengo por decente; llevarlos á la cabaña, no es acertado, porque los Pastores no lo entiendan; pues si los llevamos á la Aldea mas circunvecina, juzgo que nos será muy sospechoso, y por lo menos daremos motivo á muchas diligencias, y pesquisa. Por lo qual, soy de parecer, que los cojamos en ombros, y los llevemos poco apoco á un Hospital de Santos Religiosos, que yace de aqui una legua, entre unos riscos, donde con mucho secreto les daremos sepultura; y quando ya rompa el dia las vidrieras de la noche, daremos la buela á tu Albergue, donde me despediré de tí contento, y agradecido.

Quedó Fabio tan conforme con lo que propuso Enrico, que no le contradixo en cosa alguna, antes muy animoso respondió, que no tenia reparos algunos, y que para acudir á actos de tanta caridad, rompería por montes de imposibles. Diciendo esto, cargóse en ombros el cuerpo de el difunto; y estando ayudandole á Enrico á que cogiese en sus brazos á la difunta Dama, oyeron cerca de sí un tropél como de caballo,

llo, y algunos suspiros de persona humana. Fue grande el temor de que quedaron llenos, pues confusos, y turbados, soltando en tierra los muertos, huyeron un gran trecho hasta que entre unas espesas matas quedaron escondidos, desde donde estuvieron acechando, por saber la causa de el nuevo suceso. El que venia á caballo, era el criado que la Dama traía, que como despues entendieron, habia ido á buscar por toda aquella montaña, si habia algun poblado donde poder albergarse, y como la tierra era tan fragosa, y poco conocida aún de los que la habitaban, sin haber podido descubrir lo que buscaba, volvía con las nuevas al puesto donde habia dexado á su señora llorosa, y afligida: y como la hallase de aquel modo, comenzó con lastimosas voces á llamarla, rodeandola de el uno, y otro lado, poniendola en pie, sustentandola la cabeza, y tirandola los brazos; y viendo que nada servia, levantando mas el alharido, y haciendo mil extremos de dolor, y de sentimiento, baxò presuroso á un arroyo, y cogiendo de su sonora plata quanto cupo la copa de el sombrero, volvió con ella diligente, y echandosela en la cara á la traspuesta señora, fue tornandò poco á poco en su sentido,

y acuerdo, bolviendo á repetir el llanto con sollozos, y suspiros. Lo qual visto por Enrico, y Fabio, sin mas detenerse, se fueron á ella, que no quedó poco admirada de verlos, y muy lastimados la ofrecieron su ayuda, haciendola relacion de todo lo que les habia acontecido aquella noche, movidos de su llanto. Muy cortés, y agradecida se mostró la triste Dama, y así con mil ruegos, y ternuras les pidió por merced, que no la desamparasen hasta poner á recaudo al difunto Caballero. Todos se lo otorgaron compasivos de su lloro, y haciendole al criado que subiera en el quartago, le acomodaron lo mejor que pudieron al difunto; y tomando Enrico á la Dama de la mano, comenzó delante á abrir camino, y en su seguimiento todos, llegaron al Hospital, que era la parte que Enrico habia elegido. Llamaron á la puerta, y abriendoles un viejo venerable, entraron dentro, tan tristes, y llorosos, que llenaron la casa de confusion, y tristeza, á cuyo ruido unos Monges que allí estaban por huespedes, se levantaron confusos á ver la novedad. Como nadie sabía la causa, aunque la inquirian, todos se encogian de hombros, y ninguno se atrevia á preguntarla. Baxaron, pues, del caballo al

difunto cuerpo, y habiendo Fabio hecho en la Capilla una gran fosa, le dieron sepultura, sin otros ritos, ni ceremonias. Esto acabado, salieron todos á otra pieza, donde Teodora, (que así se llamaba la Dama) deshecha en llanto, provocaba á dolor, y sentimiento: mas como considerase, que los que la habian acompañado estarían deseosos de saber quién era, y los Monges, y demás personas que la miraban querian tambien tener relacion de aquel suceso, pidiendolos á todos que se sentasen, y rogandoles amorosa, que la oyesen, haciendo prologo un lastimoso suspiro, les habló de esta manera:

Quando el avito que vestís los que me escuchais (pues solo miro Religiosos, un Anciano Penitente, y un Pastor humilde) no mereciera ser secretario del proceso de mis culpas, bastaba la merced que me habeis hecho, el favor que me habeis prestado, el consuelo que he recibido, para contaros sin empacho lo que conozco, que os tiene á todos suspensos, y confusos. Solo estaré pesarosa de que no me escuchen las Damas de mi edad, las doncellas de mi porte, porque á vista de mi exemplo, quedasen todas escarmentadas de semejantes peligros. Mas no pudiendo ser esto en la parte en que nos

vemos, oídme vosotros, no para que me guardeis secreto de lo que he de contaros, sino antes para que publiqueis por el mundo todo quanto tengo de deciros; que á trueque de que se enmienden las que quisieren imitar mis pasos, estimaré por corona la notoriedad de los delitos. En Salamanca ví de la luz los primeros paralelos, allí nací, allí me crié, si con regalos, el Mundo lo publique; si con riquezas, mi calidad me abone. Mi nombre es Teodora, callo el Apellido, que referir mis faltas, juzgo que me es dado, mas deslucir mi linage no os ha de parecer justo. Tube por tio un santo Religioso, con que la falta de mi padre, (que me faltó muy niña) no me hizo falta quanto á la enseñanza de buenas costumbres. De mi madre muy pocas lecciones tube, porque casada segunda vez, y ausente de mis ojos, pasó retirada lo que le quedó de vida. Albergados, pues, yo, y un hermano mio en casa de unas Beatas, tias nuestras, comencé á entrar ya en la edad de la razon, y cumplidos los años del discurso, quando ya para casarse no se puede alegar menor edad, comenzaron á proponerme casamientos, que á no cerrarles de una vez la puerta, me fueran muy causados, y penosos. Re-

solvíme en no casarme, siempre con la mira de entrarme Religiosa, (buenos deseos, quando saben emplearse; tristes propositos, quando se atropellan) y como á tales inclinaciones no falta quien las aliente, apenas mi tío entendió mi gusto, quando con muchos afectos comenzó á animarme. Visitabame á menudo, dabame mil documentos, traíame libros devotos, con cuya leccion gastaba lo mas del día. El deseo de saber me incitaba algunas veces á leer cosas profanas, y para vencer estos impulsos, me valia de un libro de San Geronimo, que asi como le abria, hacia cuenta, que el Santo me hablaba, pues con imperiales palabras de David, comenzaba á decirme: *Oye, hija, mira atenta, y acomoda el oído á mis palabras: olvidate del Pueblo, y de la casa de tu padre, y verás, que el Rey de Gloria desea tu hermosura.* Cobraba con estas palabras tanto valor, animabase tanto mi alma, que arrojando de las manos otras qualesquiera leyendas, me abrazaba solamente con las Letras Sagradas. Para que mas me ocupase en la Divina Escritura, me enseñó mi tío en pocos dias la Lengua Latina, con cuya inteligencia pasé á Mayores, hojeando los libros de mayor peso. Recreabame

mucho con el Libro de los Cantares, divertíame á menudo con los Profetas, y dabame lo mas del día al sonoro metro de los Psalmos. Con estos ejercicios, interpolados con algunos ratos de oracion, pasaba las niñeces de mi vida, tan querida, y estimada de mis tias, que por tenerme siempre consigo, comenzaron á poner dilaciones en mi entrada en Religion; y aunque mi tío, como persona que sabía bien los tropiezos del Mundo, insistia en que me despidiese del siglo, y tomase el Avito, de mi muy deseado, no fue poderoso para sujetar los ruegos de las que como madre me querian: que importunaciones de mugeres, siempre alcanzan lo que piden; y ruegos amorosos, siempre logran lo que intentan.

Quince años tenia ya cumplidos, y aun no querian mis tias darme libertad, para sujetarme á mas estrecha obediencia; tanto, que como me pidiesen un día que leyese alguna cosa santa, y espiritual, con que se divirtiesen, me aproveché de la ocasion, y comencé á leer en San Juan Climaco estas palabras: *Quando determinas de peregrinar, y apartarte á la soledad? No te detengas en el Mundo, porque no te saltee el enemigo en este tiempo, y te robe ese buen proposito.* Doblé aqui la

la hoja, y buelta á mis tias, que ya me escuchaban suspensas, las pedí con encendidos afectos, que no me fuesen estorvo para cumplir lo que mi alma deseaba, que ya oían el peligro que me amenazaba en la dilacion. Ellas tocadas ya de la inspiracion, hicieronme promesas de la brevedad, con que quedé consolada por algunos dias. Y en este tiempo. (ay de mí, y como temo de llegar á los umbrales de mi tragedia!) Digo, pues, que en este tiempo se levantó una borrasca, en que fluctuando el barquillo de mis potencias, dexó metida el alma en mil scilas, y caribdis. Vino á Salamanca un Caballero Andaluz, cuyo nombre era Lisardo, mozo galan, y dispuesto; entendido lo que bastaba; valiente, mas que otro alguno. Tomó quarto frontero de mis casas, en casa de una viuda, que vivía con el alquiler que los Estudiantes la pagaban. Tenía un balcon que miraba á mis rexas, tiro fuerte de artillería, que asestado á mis ventanas, comenzó á darle batería á mi alvedrio. Este fue el modo: Mi hermano Julio era de los Estudiantes mas validos de la Universidad, el sustentante del rumbo, y el hampon de los valientes; pues como viese á Lisardo allí vecino, y le parlase algunos dias, conociendo

por sus modos, que el ir á aquellas Escuelas, mas era gala, que estudio, antes divertimento, que cuidado; travó con él amistad tan estrecha, que eran muy pocas las horas del dia, y de la noche, que no estuviesen juntos. De esta comunicacion procedió el ir Lisardo á mi casa muchas veces, y de estas idas se originó el hablarme, tal vez de paso, y tal vez con ceremonia de visita. De estas hablas, aunque el amor las llame castas, y la censura modestas, comenzaron á resfriarse las virtudes en mi pecho, y á encenderse las llamas de mi apetito en mi corazon. De esta frialdad, y fuego enfermó la alma de un calenturon de inquietudes. Bien me entenderéis, y no os espante mi mal, que en tales ocasiones, el pie mas fixo en el camino de la virtud suele deslizarse, el entendimiento mas cabal suele divertirse, la conciencia mas segura suele descuydarse; porque el lazo de una ocasion amorosa, ya que muchos saben huírle, son muy pocos los que por lo menos no tropiezen.

Aficionéme sumamente de Lisardo, hasta donde pudieron llegar las riendas del deseo, sin quebrar los limites de la razon: aficionéme tanto con fin honestamente licito; amor, que sin culpa puede desearse. La virtud, que en él resplandecia,

provocaba á este querer ; el buen termino , que en él miraba , alentaba á esta aficion : y quando yo no lo quisiera por lo que en él veía , las muchas alabanzas que de él contaba mi hermano , fueran poderosas para tenerle voluntad. Bien conocí que Lisardo me pagaba este querer , pues solo en sus ojos le leía toda el alma. El no entendia mi amor , pues veces infinitas , contrahaciendo romances á su intento , y cantandoles suavemente por el compás de un laud , me declaraba la mucha voluntad que me tenia. Declaramonos una tarde , que la ocasion nos quiso dár á solas , poniendo yo tantos preceptos , y ajustandose él á tantas condiciones , que todos quantos le puse por mandatos , los hizo obediencias de su mucha voluntad. Quedamos en querernos bien , sin desearnos para mal ; en ternernos aficion , sin mezcla de apetito ; en meternos entre llamas , sin haber de quemarnos. O si como entonces experimentaba aquella sentencia , de que *para los amantes ninguna cosa hai trabajosa : y que para el que desea , nada hai dificultoso* , tubiera en la memoria aquel proverbio de Salomón : *Quién meterá fuego en su seno sin que ardan sus vestidos ? O quién andará sobre las brasas , sin que se le quemem los pies ?*

Yá el carnal deleite comenzaba á vendar los ojos de la razon , pues borró de mi memoria esta sentencia , quando la hube menester : pequeña centella fue , que abrasó despues toda la selva , Presto lo vereis. En nuestra fee prometida pasamos mas de seis meses , yo , y Lisardo , supliendo las plumas en modesto language los ratos de conversacion , que la ocasion nos quitaba. Secretarios de nuestros amores fueron solamente los portadores de villetes , una fiel criada que yo tenia , y un criado de quien Lisardo se fiaba , primer tropezon de el entendimiento , hacer confianza en cosas que la honra puede peligrar , de sugetos de tan poquisima capacidad.

Quién duda , que aquellos incentivos de entrarme Religiosa , no estarian yá un poco amortiguados ? Quién duda , que ya dexaria de executar á mis tias , aunque cumplido el plazo que me dieron ? Quien duda , que yá no rebolveria tanto los Libros Sagrados , como las flores amorosas de los Poetas Gentiles ? Quién duda , que yá el orden de la oracion , y recogimiento no estaria prevaticado , y rompido ? Nadie pondrá duda en cosas tan claras : Luego segun esto , yá el amor que llamamos casto , comenzaba à hacerme guerra ? Claro está,

está, claro está; porque impedirme un buen proposito, quitarme de las manos la buena doctrina; é inquietarme la oracion, qué otra cosa fue, sino desviarme de la escala, para que desmayando en el camino de la virtud, comenzase à dár traspies por los despeñaderos? Así me sucedió, porque una tarde, avisandome la criada, de que Lisardo estaba contemplando en mis rexas, me dió deseo de ponerme en la ventana, para pagar su cuydado: como lo pensé, lo puse en execucion, hablamonos con los ojos, y por ellos me acometió un relampago de muerte, una flecha de lascivo amor, un rayo del apetito. Y acordéme entonces (ay de mí!) de un consejo, que en sus libros me decia un Santo Cardenal: *Tén abiertas las ventanas, mas sea por la parte donde entre la luz, sea por donde veas la Ciudad de el Señor; pero no abras aquellas ventanas, de las cuales se dice: Entróla muerte por nuestras ventanas.* De esta vista se originó en mi pecho una batalla entre la lascivia, y el amor, dexando tan en balanzas al libre alvedrio, que yá mil veces le miré en la lucha esclavo. Viendo, pues, à mi alma, que comenzaba à fluctuar entre los vicios, y las virtudes, me retiré una noche presurosa á mi aposento, y

acordándome para esta ocasion de un consejo saludable, abrí el Psalterio, comencé à decir muy compungida: *Por qué estás triste, alma mia, y por qué causa me estás perturbando? Espera, y confía en el Señor, porque yo le confesaré, que es la salud de mi rostro, y mi Dios.* Repitiendo estas palabras con fervoroso deseo, quise divertirme en leer cosas Divina, fuime al Doctor de la Iglesia San Geronymo, y en la primera hoja que miré, hallé consuelo para lo que buscaba, pues qual si hablára conmigo, me decia: *En el instante que el apetito comenzáre à hacer cosquillas al sentido, y el incendio amoroso de el deleyte nos hubiere bañado con el calor dulce, digamos à voces: El Señor es mi Proteçtor, no temeré qualquiera cosa que haga contra mí la carne.* Hice reparo, en que decia, que el usar de esta defensa habia de ser al principio de la tentacion, con que me recordó la memoria otra sentencia del mismo Santo, de que al pensamiento no se le ha de dexar crecer, sino quando el enemigo está pequeño, matarle; esto es, cortar la maldad en semilla, porque no crezcan las cizañas. Saludable consejo, doctrina admirable para atropellar tentaciones. Pasé adelante en mi lectura, y ví que al mismo intento me citaban al

Psal-

Psalmista , hablando con una alma pecadora , diciendola : *Hija miserable de Babilonia , bienaventurado el que te dará tu galardón ; bienaventurado el que tendrá , y deshará à tus pequeñuelos en la piedra.* Con la interpretacion del Santo entendí ser este bienaventurado tan digno de alabanzas , aquel que despues de haber comenzado à pensar en las cosas torpes , y lascivas , al instante , luego al punto deguella los tales pensamientos , y los deshace en la piedra. Yá estaba yo cuydadosa en preguntar , què piedra era esta , quando en el renglon siguiente escuché al Santo , que decia : *La Piedra es Christo.*

Desquaternado el valor , la sangre fria , torpes las manos , y el pecho sin aliento , estube suspensa un grande rato , hasta que cobrando brios de la inspiracion Divina , comencé á decirme : Ea , Teodora , qué haces ? Si la piedra donde se han de matar los tentaciones , es Christo , què esperas ? Si es Christo con quièn se han de descalabrar los malos pensamientos ; què aguardas ? Arrodillème diciendo esto delante de un Crucifixo , y yá los ojos brotando sentimiento , le dixè embueltas en llanto estas palabras : Conozco , Señor mio , que me habeis librado de una tentacion notable : confiesoos , mi Dios ,

que me he visto à pique de perderme : mas pues yá sé que soys la piedra donde he de sacrificar mis pensamientos , si valen promesas de quien tan mal cumple , desde oy con nueva vida os propongo mi enmienda ; desde oy me he de enseñar à saber , *que el amor de la carne se vence con el amor del espiritu , y que un deseo se repite , y se refrena con otro deseo.* Desde oy el corazon deshecho en llanto , *labaré todas las noches la olanda de mi lecho , y con mis lagrimas regaré los tapetes de mi estrado.* Desde oy , sentandome tal vez sobre la cama , dirè tal vez puesta en Vos mi confianza : *De noche busqué à quien ha amado mi alma.* Ultimamente , Señor , desde oy pienso ser la cigarra de las noches , cantando sin cesar motetes en vuestra alabanza : estarè , Señor , velando , como el paxarillo solitario en el paramo sombrío , y cantarè con espiritu , y sentido lo que me enseñò David : *Bendice , alma mia , al Señor , y no te olvides de todos sus galardones , pue s es quien se muestra propicio en perdonar todas tus maldades , quien sana todas las enfermedades tuyas , y redime , y preserva tu vida de la corrupcion.*

Yá con el fuego del amor Divino quedò la tentacion sin la vitoria , y hallandome libre

de un tan poderoso contrario, el corazon quieto, el alma gozosa, determinème estar siempre en cercenar en las visitas de Lisardo, quitando hasta de los villetes muchos días de estafeta, tal vez fingiendome ocupada, y tal vez publicandome indispueta: No dexò de sentirlo, segun supe de mi hermano, aunque como discreto, nunca se me diò por entendido. Pero aunque este remedio me pareciò util para no verle, lo hallé muy dificil para poder olvidarle; y quando no hay olvidado en quien ama, ni sirven ausencias de lo amado para haberle de olvidar, antes à veces ausencias semejantes, son despertadores de el apetito dormido. Mas como nunca faltò guia à quien busca el camino, despues de rebolver entre mi muchas consideraciones, deseosa de saber el modo por donde yo pudiera quitarme de la vista de estos inconvenientes, hallè ser el ultimo remedio retirarme à la Religion, supuesto que allì me habia de privar de mi voluntad, y sujetarme à la obediencia, la qual, segun dice el Penitente Sinaita en su Escala Celestial, no es otra cosa, *que una muerte voluntaria, una obra sin examen, vida sin curiosidad, puerto sèguro, excusa delante de Dios, menosprecio del temor de Dios, menosprecio del te-*

mor de la muerte, navegacion sin temor, camino que durmiendo se pasa, y sepulcro de la propia voluntad. Resuelta yá à executar estos deseos, estaba un dia, quando entrò mi criada con un villete, que me diò mucho consuelo, aunque fingí desazon en recibirle. Es el caso, que como Lisardo habia sentido mis desvíos, juzgando procedian de que yo pensaba que sus amores se enderezaban à mal fin, me quiso desengañar con aquel papel, que por ser verso, y digno de su ingenio, os lo referirè à la letra; su tenor es este:

Decir quan grande es mi amor quisiera, mas el decirlo, es querer disminuirlo, pues limito su valor; ponerle tasa es error, à un amor que es infinito, porque si à boca, ò escrito, à tratar dèl me dispongo, en loarle, poco pongo, y en tasarle mucho quito, Tus gracias, tus perfecciones, tu discrecion, tu hermosura, hacen carcel mi ventura, pues me tienes en prisiones: taladro de corazones es tu vista, dulce ingrata, pues al que mas se recata de mirarte por vivir, de tus ojos al partir solo un soslayo le mata. Es cierto, que en un abismo estoy metido por ti,

pues

pues no me acuerdo de mí, cuando estoi mas en mí mismo pretenderte es barbarismo, fuera sacrilego amor; y así, por este temor, prevengo luchas mayores, para amarte bien, amores, para no pecar, dolor.

El alma te adora, en quanto puede sin hacer delito, y el sensual apetito èl la contrahace otro tanto; entre pecador, y santo te puedo decir que estoy: pero con tal cuenta voy, que siempre que en esto arguyo para buen fin, digo tuyo, y para mal, mio soy.

Tiende las velas el alma, hasta lo que puede amarse, y quando vá à deslizarse, huye la amorosa calma: si hemos de llevar la palma los dos de aqueste querer, amar hasta no caer es el verdadero amor, que los gozos con pecar, son pruebas de aborrecer.

Quando yo no estuviera muy entendida de la discrecion de Lisardo, de su buen proceder, y de su virtud, con solo este papel podia quedar desengañada. Holguéme infinito de leerle, y como jamás à un gusto dexò de seguirle un pesar, apenas le hu- be leído, quando entrò mi hermano Julio en mi aposento, perdido el color, turbios los

ojos, y el mirar sangriento. Preguntéle la causa, muy resuelto me respondió, que yá se murmuraba la entrada de Lisardo en mi casa, que yá se divulgaban sospechas, que yá se daban oídos à mil malicias, y que así, ò que me determinase à tomar el Avito sin mas dilaciones, ò si tenia diverso parecer, tratára de casarme; y si gustaba con Lisardo, èl lo tendria por bien, por haber experimentado su trato noble, y estar muy entendido de su sangre ilustre, y de un rico mayorazgo que tenia: que lo mirase bien, y por todo aquel dia le diese la respuesta. Diciendo esto, se bolvió à salir, sin escucharme palabra. Quedeme confusa, metida en otra batalla de tentaciones, pues yá el deleyte comenzò à brindarme con sus gustos, coloreados con lo honesto del santo matrimonio, yá el alma parece que se ensayaba para novia, sin reparar en que la razon no queria ser su madrina, yá lo rico parece que aderezaba el tálamo de las bodas. Fluctuando, pues, el pensamiento en medio de estas borrascas, y hallandome yá casi sin fuerzas para enderezar el barco al puerto virginal, que tenia prometido, hi- cele à mi tio relacion de todo lo que pasaba, aunque yá habian llegado à sus oídos muchas nuevas, que le tenian lle-

no de pesadumbre. Vino , pues, aquella tarde à mi casa , y antes de hablar conmigo me dixo la criada lo mucho que habia reñido con mis tias , sobre haberme dilatado mis buenos propósitos , y sobre haber dado entrada à Lisardo. Despues de esto , cogiòme à solas , cerrò el aposento , sentòse en una silla , y con la faz serena , me dixo :

Aunque ha dias , Teodora, que encubro mi sentimiento, no me despedia de llegar á esta ocasion , y porque vamos claros en lo mucho que tengo que decirte , te quiero advertir primero , que yá sè como estás fria en tus propositos , que no ignoro , que te has distraido de tus santos exercicios , que conozco que estás llena de mil pensamientos , que me es notorio que comunicas con Lisardo , (poco recato de tus tias , y malos miramientos de tu hermano) que es pública la entrada en tu casa , que hay nota en la vecindad , que por eso estás en balanzas de casarte , ò no casarte , de ser Religiosa , ò de no serlo. Todo esto lo sè yá , ahora ven conmigo , direte mi parecer , te propondrè lo que puedo aconsejarte , y elegirás despues lo que te estubiere mas á cuento. Viendote el demonio tan inclinada à la virtud , tan dada à la oracion , tan apartada del siglo , buscò con su astucia trazas

para hacerte tropezar : Traxo à este Caballero de levas tierras , plantòle frente tu casa , hizo le amigo de Julio tu hermano , diòle entrada à tu aposento , travasteis conversacion , propusote muy discreto , èl te hallò muy entendida , pagòse de tu hermosura , y en fin quedasteis prendados. Viendo el demonio tan bien sentada esta basa , quièn duda , que ahora no gasta toda su municion para derribarte , y destruirte , proponiendote gustos , representandote deleytes , brindandote con regalos , y haciendote caricias ? Què escuadron de pensamientos no andarà en tu pecho ? Què motin de imaginaciones no te atormentarà el alma ? Oirte no pienso , porque excusas à lo que te he aconsejado yo , no he de admitirlas ; dilaciones à lo que te importa , yo no he de aprobarlas ; voluntad de hacer lo que te amonesto , solo la execucion he de escuchar por respuesta. A mi Convento me voy , y si no fuere para acompañarte à un Convento , no me verás mas pisar estos umbrales. Tu padre serè como hasta aqui , si entráres Religiosa ; ò llorame por muerto , si acaso te casares. Quedate con Dios , y esas lagrimas que encubres , buelvelas al pecho : ese dolor que disimulas , conviértele en alegría , y mira por tus ojos no diga Dios de ti alguna

guna vez: *La doncella de Israèl cayò, y nadie hay que la levante,*

Hasta aqui dixo mi tio, y sin aguardar respuesta, tomò la puerta de la calle. Y si los que me escuchais atentos, decis acaso entre vosotros mismos, que cómo una muger que aprendiò tanta doctrina, que tubo tales Maestros, que leyò tantos desengaños, se ha aprovechado tan mal, que ha venido à tal ruina, pues el trage en que me veis, antes parece de vandolera, que de Religiosa; antes de pecadora, que de muger recogida; quiero responderos sin pasar adelante, que mientras estamos en esta carne mortal no hay cosa segura, el mas entendido suele dar mayor caida; miradla en Salomon, el mas justo suele tener un tropiezo; consideradlo en David. Quantos, y quantos hartos de ayunos, y disciplinas, hartos de gemir, y de llorar, se habrán condenado? Quantos, y quantos hartos de rebolver las Divinas Escrituras, hartos de enseñar la memoria de la muerte, el temor del juicio, y las penas del Infierno, habrán buuelto atrás en la carrera, ò yá con el cebo del deleyte, ò yá con la hinchazon de la sobervia? De suerte, señores mios, que solo el que perseveráre hasta el fin, sabrá salvarse. Pluguiera à Dios lo que os parece que tengo de

discreta, hubiera sido sencillèz, pudiera ser, que los pensamientos no me hubieran guerreado tanto. Pluguiera à Dios, lo que os parece que tengo de letras, lo hubiera empleado solamente en obras mugeriles, pudiera ser que no les hubiera dado tanta rienda à mis deseos, con decir, sabrè guardarme. Mas, pues yá no puede ser menos, y aguardais los fines de mi tragedia, bolvamos adonde me apartè.

Saliòse mi tio tan enojado, como visteis, y yo hecha un mar de lagrimas, sin querer hacer resistencia alguna à tales inspiraciones, despues que en mi retrete depositè las lagrimas, que el corazon sentido me tirò à los ojos, despues que me previne de razones, y despues que despedì la tristeza con simulada alegría, salì donde mi hermano, y tias estaban con algun cuydado de ver mi resolucion; la qual fue decirles, que el dia siguiente, sin que estovos se pusiesen de por medio, habia de entrarme Religiosa. Sintieronlo mis tias por la ausencia; y si lo sintiò mi hermano, por la amistad de Lisardo, no lo diò à entender, y asi de comun acuerdo quedamos, en que se executára lo que yo pedía. Comenzaron à disponerse las cosas, y aquella noche comenzò el amor á incitarme,

para que escribiera à Lisardo mi despedida ; carta , que yá la cortesía la llamaba justa , y la razon de estado la hacía forzosa. Parecióme tentacion , y no quise hacerlo : antes cumplida la tarèa de mis devociones, quise entregarle al sueño lo que de la noche me quedaba. Id conmigo , que quiero yá entrar en los temores de mis mayores asaltos. Apenas matè la luz despues de estár acostada , quando cerca de mi aposento sentì pasos. Puseme mas atenta , pensando no fuese imaginacion. Confirmelo por verdad , pues oí que allá afuera hablaban muy de secreto , y sin sosegar un punto , quise curiosa éxaminar quienes eran. Para eso bolví à tomar las ropas, aunque con desaliño , y ví que habia luz en el patio, donde tabique en medio dormía mi criada. Traxè mala sospecha , y por ser yá tan à deshora , y así con el silencio que pude , enderecè allá mis pasos , mas no pudieron ser tan secretos , que no lo sintiesen , pues apagaron la luz al mismo instante. Esto me causò mayor rezelo , y con algun enojo mandéle à la criada , que me abriese , la qual fingiendose dormida , y con la turbacion no me obedeciò en grande rato. Abrióme en fin la puerta , pedí que traxese luz ; fue por ella ; y antes que bol-

viere , oygo que se llega à mí un hombre , y con un profundo suspiro me dice : Señora , no os altereis , que os juro à fé de Caballero , que está donde yo estoy muy segura vuestra honra. En el metal de la voz conocí que era Lisardo el que me hablaba , y con temores de muerte, desquaternado el aliento , y anudada la garganta , y la sangre convertida en sudor frio , le dixè cómo pude: Hombre , quién eres ? Quièn te ha traído aquí ? O qué intencion te ha obligado ? Como conociò mi turbacion , y viò en mis ahogos mi desmayo , llegòse mas á mí , y con ruegos amorosos , pidiendome perdon de el atrevimiento , me dixo que era Lisardo , que iba à despedirse de lo que mas habia estimado, y querido. Llegò con la luz à este punto la criada tan difunta, que en el perdido color se leían sus temores, y me dixo , que no la culpase en nada , pues estaba allí Lisardo , que sería fiel testigo de su disculpa. Fuimos à mi aposento , quedamos à solas , sentéme sobre mi cama , dile à Lisardo una silla, y cobrando algun valor , le dixè : No sè , señor , à que pueda atribuirse aqueste exceso , ni sè que pueda haber modo para colorear su malicia. Aquí el amor no tiene basa , pues yá sabeis con la lisura que tenemos pro-

cedido en nuestro amor, y quando este vâ enderezado solo à una aficion honesta, no hay desvelos que maltraten, no hay inquietudes que desvelen, no hay zelos que fatiguen, ni arrojos que puedan disimularse. Esto supuesto, para què es esta despedida, porque me voy à un Convento? Para què son estos extremos, porque me retiro à servir à Jesu-Christo? Y para què son estos arrojos, porque me aparto del fausto del siglo? Què quereis con esto que presume del amor que me habeis mostrado? Què quereis que crea de la voluntad que me habeis tenido? He de decir que era honesta, si sentis acaso, que me despose con Dios? He de pensar, que era por buen fin, si el meterme en la Clausura os causa pena? Y finalmente, què quereis que juzgue? Què quereis que presume de hallaros ahora à la media noche escondido en mi casa, disfrazado como os veo, cargado de pistolas como os miro; aguardando que me durmiese, como se dexa entender, y quizás con llaves falsas, como puede presumirse? Ahora decidme de el modo que está segura mi honra, contandome la afliccion que traeis, y la determinacion con que venis.

Muy atento me escuchò Lisardo, y rompiendo la voz por entre mil ahogos, me respon-

diò estas palabras: Hállome tan concluido, hermosa Teodora, con vuestras discretas razones, que no sè el modo que he de tomar para decir mis disculpas, pues hay cosas donde la conciencia mas segura, si se ciega de aficion, se halla imposibilitada de descargo. Pero supuesto, que yá conoceis mi trato, y que habeis visto mi amor, y os son notorios mis modos de proceder, deciros he la verdad, que no dexareis de darla credito, segun conmigo estais de acreditada. Y respondiendo primero al ultimo cargo que me haceis, de haber quebrantado vuestra casa, digo, que supe esta tarde, como mañana os ibais al Monasterio, cosa que me diò notable gusto por una parte, quanto dolor, y pena por otra; gusto, porque siempre, como sabeis, he gustado de que no tubierais otro Esposo mas que à Christo, con que satisfago à vuestras objeciones; pena, de ver que no me habeis escrito, ni dado cuenta de vuestra determinacion. Esta pena, junta con que há muchos dias que no me comunicais con aquel agrado que soliais, yá haciendos la enferma, y yá fingiendoos ocupada, me llenò el alma de sospechas. Estas sospechas creciendo en el corazon, me causaron tantas inquietudes, y tantos juicios temerarios, que agota-

tado el sufrimiento, viendo que aun no me quedaba un dia en que pudiese hablaros, quise valerme de la noche para venir à deciros, si os he hecho alguna ofensa; y asi, acompañado de vuestro criado, asaltè las paredes de vuestro jardin, llamè à la ventana del aposento donde vuestra criada duerme, respondiòme temerosa, pedila que me abriese, escusòse quanto pudo, hasta que engañandola, hice que me diese puerta abierta. Entrè dentro, y sabiendo que Julio, vuestro hermano, y mi amigo, aun no dormia, y que vuestras tias aun estaban despiertas, estubeme escondido, hasta que todo estuviera sosegado; no aguardando, no, que vos os acostarais, segun que maliciosa presumis, que para hablaros, claro està, que os buscaria despierta, y no dormida. Oisteis algun ruido, y antes que yo fuera à buscaros, me salisteis al encuentro, del modo que vos sabeis. Lo que yo vengo à deciros, se cifra en dos palabras, que mientras yo viviere, hora esteis en el siglo, con tal que no os caseis, hora esteis en el Convento, con tal que no tengais otra comunicacion, os he de amar con el afecto que hasta aqui; os he de servir con la voluntad, que siempre os he mostrado, y he de llamarme vuestro, sin que nue-

vas correspondencias me desvelen, y sin que otros amores me lo impidan: y en señal de esta palabra, recibid este diamante, que gustarè mucho que os lleveis con vos, para que por èl examineis mi fé, y en su fortaleza veais mi constancia.

Diciendo estas palabras; levantòse de la silla à darme un rico anillo, y à este tiempo trabandosele la guarnicion del estoque en una pistola, diò lumbrè el pedernal, y con un ronco estallido despidiò la municion de el plomo, tan por medio de los dos, que no fue poca suerte quedar libres de el fracaso, yá que no de mil penas, y congojas. Al estruendo despertò toda la casa: levantandose los criados de mi hermano, encontrando à Camacho, (que era el criado que Lisardo llevaba, y de quien mas se servia para nuestros secretos) comienzan à decir à voces: Al Ladron, al ladron. Quiso Lisardo acudir, temiendo no le matasen, y considerando yo, que era mayor inconveniente que à él le viesen, muy de acuerdo, que apagasemos la luz, y que quedandose allí saliese yo à remediar aquel daño. Como lo juzguè, lo puse por obra, sali corriendo ázia el jardin, adonde yá Camacho se habia ido retirando con harto peligro de dexar allí la vida, y mandando à

los criados que no le ofendiesen, fingiendo para esto lo que mejor supe; à ellos les hice que bolvieran à recogerse, y à Camacho le dixè, que se escondiera por allí, hasta que baxára Lisardo. Mientras yo (ay triste!) andaba ocupada en esto, yá mi hermano Julio se habia levantado, y tomando en la una mano un candelero, y en la otra su espada desnuda, habia escudriñado los rincones, y desvanes de la casa, y como no encontrò à nadie, fue à mi aposento, en donde hallando à Lisardo, y viendo que yo estaba ausente, de tal modo quedò mudo, que no acertò à hablar palabra; de tal modo quedò ciego, que de enojo no veia; de tal modo quedò helado, que no pudo moverse, hasta que llegando yo muy descuydada, los hallè suspensos, mirandose el uno al otro. Puesta, pues, entre los dos, yá veis qual quedaria, pues casos repentinos de esta suerte, aun no dexan razones à una alma para saber disculparse. Mi hermano, como la misma razon hablaba por èl, callando nos decia todo quanto con palabras podia castigarnos. Lisardo (como la presumpcion estaba en contra suya) si es que tubo pensamiento de dár sus descargos, lo que puedo decir es, que no acertò à decirlos. Yo desdichada, co-

mo veia que en semejante peligro yá estaba amenazando una desdicha, sacando fuerzas por enmedio de los miedos, y rompiendo la voz por medio de los desmayos, hablè de esta manera:

Aunque soy yo la que con mas razon (siquiera por ser muger) pudiera estar helada del temor, desquadrada del sobresalto, y muerta de este encuentro, con todo, quiero hablaros, viendo que estais mudos, el uno casi empuñando la espada, y el otro casi previniendo el golpe; el uno enojado de ofendido, y el otro agraviado de su suerte. Bien pudiera yá Lisardo, pues está inocente, haber propuesto sus descargos con mi culpa, y bien pudiera yá Julio, pues está ignorante, haber dicho por mi honra sus agravios, que harto hiciera yo en responder à la verdad, absolviendo ajenas inocencias, y condenando yerros propios; pero supuesto que los dos reservais en mi dicho vuestras causas, y estoy puesta entre los dos por arbitro de justicia; atened à mi sentencia, y advertid, que de sentencias tales, no admite el derecho apelacion, El zelo de mi hermano ha sido muy justo, la causa de su sospecha muy evidente, muy declarado su agravio, y con mucha razon su enojo, pues yá que
por

por mi honor en la parte que me toca sea mía la culpa, en la parte que à èl le pertenece se le ha hecho ofensa; esto no puedo negarlo, porque arguir ignorancia de cosas claras, es indicio de delito. Segun lo qual, yá parece que es Lisardo el reo, y culpado en este pleyto. Del parecer al ser hay diferencia, y aquí se confirma; pues no es Lisardo nada de lo que parece. Es el caso, que habiendo yo sabido esta tarde por relacion de una criada, de que Lisardo avergonzado, y corrido prevenia venganzas, levantando alborotos, y motines, por haberse murmurado su entrada en esta casa, siendo como soys, los dos tan intimos amigos, y que por tal nota se aceleraba mi entrada en Religion. Digo, pues, que entendia yo de semejantes arrojios, considerando, que solo habian de ser campanadas de mi honor, quise hablarle para reducirle, ò con ruegos, ò amenazas, à que desistiera de semejantes designios, aconsejandole, que trocára en disimulos las que queria publicar quexas, y agravios. Y el no hacer esto, hermano, por medio de tu persona, fue por dos respetos salidos del alma: uno, pensando no fueras tu el que hubieras dicho à Lisardo la nota, y murmuracion, y sabiendo luego los rumbos de su ira, quisieras con

el acero hacerle que callase: otro, juzgando que no lleváras à bien hacerte como tercero de mis mensajes, y mas viendote yá oy tan amostazado de mi correspondencia. No hacerlo por un papel, fue con mucho acuerdo, pues es una locura, y parece el mayor de los arrojios, que en cosa de tan poco peso fie, y confie una doncella, no menos que la fama de su honor, porque qualquiera papel, por muchos sellos que lleve, por muy cerrado que vaya, ha de pasar primero por las manos de muchos portadores; uno que le recibe; otro que le lleva; otro, que le confia; y otro, que si gusta, le dá al dueño; y si no gusta, le abre, como qualquiera de los primeros pudiera haberlo hecho: Y quando sucede bien que escapa de estos peligros, el descuydo de su dueño (por mucho que le estime) le pierde, ò algun amigo curioso le roba de su escritorio. De suerte, hermano, que cosas graves, y de este porte, no son para escritas, sino para dichas de modo, que aun no lo oygan las paredes. Y ultimamente, el no haberlo hecho de día, fue porque quando me resolví en este acuerdo, pisabamos yá las sombras de la noche; demás, que no fue justo, que estando yá pública la nota, vieran entrar à Lisardo à las visperas

ras de mi ausencia. En suma, èl ha venido aquí de mi llamado, apercebido, temiendo alguna traicion, dispuesto à hacer quanto le pidiere, y determinado à los peligros que pudieran venirle. Habiendole, pues, dicho mi parecer, y empenandome su palabra, que dexaria sus comenzados intentos, (que eran de dar quatro cuchilladas à dos murmuradores) al tiempo que al despedirse se levantó de la silla, se le disparò una pistola, cuyo estruendo ha sido causa de aquestas confusiones. Supuesto todo lo dicho, vayase libre Lisardo, y tú, hermano, buelvet libre à tu cama, sin recelos: y esto sea sin dilacion alguna, antes que demos que censurar à los criados, pues ellos con menores ocasiones, desdoran la opinion mas inocente, arrastrando la honra mas segura.

Sin despegar ninguno los labios, salieron del aposento, Lisardo agradecido à mis palabras, y mi hermano muy satisfecho de que era verdad todo quanto le habia dicho. Con este ardid escusè una desgracia, pues no todas veces se han de contar las verdades tan desnudas, que queden por sospechasas, sino que es menester echarles algun rebozo, del modo que lo hice en fingir que yo le habia llamado; pues claro està, que

le llamè vocalmente à mi aposento, y con la imaginacion puedo decir, que le llamè de su casa. Acabada esta tormenta, despertò el dia en brazos de la Aurora, y apenas con su claridad comenzò à coronar las puntas de los montes, quando, con el acompañamiento que me pareció decente, me fuì à uno de los mas lustrosos Monasterios de aquella Ciudad, donde siempre yo habia dedicado mis pensamientos. Dieronme el Habito con mucho gusto, y con grande ostentacion del aplauso, que hicieron todos los nobles en asistir à mi fiesta. Contaros ahora las tentaciones con que fuì combatida por espacio de ocho meses, serà querer contar al mar arenas, y al Firmamento luceros. Fue tanto lo que se llenò el corazon de la aficion de Lisardo, que aficionada toda el alma, con ningunas mortificaciones podia ponerme en tino. Si oraba, el corazon en Lisardo; si velaba, ò dormía, todo era pensar en Lisardo; si ayunaba, el pensamiento en Lisardo. Pásemos, pues, en silencio mil lances que tube en aquellos dias, lleguemos yá al blanco de mi tragedia; lleguemos yá al caribdis de mi honor, al escollo donde tropezó mi dicha, y al patibulo donde se murió mi gracia.

Sabed, pues, que aunque entrè determinada de no acordarme del siglo, no se pudo apagar aquella centella amorosa, y asi nunca dexè de responder à Lisardo del modo que à los principios; buscando ratos hurtados para hablarle, y aprovecharme de trazas para escribirle, de los quales papeles era Camacho estafeta bien secreta, pues à todos los lance sabìa hacer su papel, sin que hubiera que advertirle. Empeñamonos, pues, de tal modo, yá con las finezas, yá con los amores, que lo que comenzamos juegos, casi se hicieron verdades; las que pensabamos burlas, casi se hicieron empeños. Y esto nunca con mayor desgarró, que quando Camacho me cuenta una historia de zelos. Dixome, pues, que Lisardo dexaba en Cordova una Dama, que era un asombro de belleza, y que solo se entretenia en Salamanca, hasta que se concluyesen unos pleytos, para casarse con ella. Aqui perdí el sentido, y comence à enagenarme de la razon, pues mas zelosa que pueden pintar à Juno, no quise en muchos días ver, ni escribir à Lisardo, el qual despues que entendido la causa de mi enojo comenzò como nuevo amante à hacerme tantos juramentos, à darme tantas palabras, que viendo yo

los extremos de su afecto, hube de bolver à admitirle en mi gracia. Yá desde aqui dexaron las voluntades el recato que solian, yá todas las platicas iban algo licenciosas, yá las visitas tropezaban las mas veces en consentidos pensamientos. Yá en fin dexamos á Dios, que en esto se cifran quantos males puedo proponeros, quantas desdichas puedo significaros. No dexéis ahora, mientras prosigo, de considerar aquella candidéz de mis principios, aquel recato de mis mocedades, aquella viveza de mi ingenio, aquellas letras tan bien aprendidas, y aquellos consejos tan bien empleados. Paso adelante. Reñile un dia à Camacho asperamente, porque se atrevia à levantar testimonios à su Amo, solo á fin de darme zelos; y quando estubo hartó de escuchar mis oprobrios, me dixo con mucho disimulo, que era tan verdad lo que me habia contado, que aquel mismo dia habia tenido cartas Lisardo de su Dama, por las quales le llamaba à mucha priesa para executar su casamiento, y por mas señas le decia el dia que habia de salir de Salamanca; las jornadas que habia de echar en el camino, y à la hora que habia de llegar à sus brazos à una Quinta adonde le esperaba. Quedè tan hechà tigre con nueva semejante, que des-

que despidiendo bolcanes de fuego por los ojos, y por la boca la ponzoña que se engendró en el pecho, le dixe habia de hacer à Lisardo que le matase, si no era hombre para robarle la carta, y traermela. Convino con el concierto, y de allí à dos dias puso la carta en mis manos: leila, y muchas veces, tragando por entre mil ahogos la saliva; y previniendo ardidés para mi venganza. Presto me dió la traza el demonio, y fue, que como advirtiese, que decia la carta: Saldrás, Lisardo, de esa Ciudad el Sabado veinte de este mes, porque el Sabado siguiente te he de aguardar en mi Quinta, con el alma, y con los brazos, y si en esto hicieres falta solo un punto, confirmarè mis sospechas de que tienes allá quien te entretiene. Digo, pues, que como advertì este mandamiento tan apretado, le escribí à Lisardo en un villete, que se viera conmigo. Obedeciò al instante, despues de muchos juegos, le dixe, si sería hombre para entrar una noche en mi Celda? A que me respondiò sin turbarse, que entraria una, y mil veces, que señalarámos dia. Entonces le repliqué, que habia de ser à veinte y cinco del mes que estabamos. Aqui parece, que comenzò à titubear, aunque solo me dixo, que estaba

entonces combidado à unas fiestas diez leguas de la Ciudad, mas que por darme à mi gusto lo atropellaria todo. Agradecile su amor, y despedimos hasta el plazo señalado, pues hasta entonces no habiamos de vernos. Mirad del modo que anda mi alma por los jardines de la clausura, mira el paradero de mis amores honestos. Dixo un Autor grave, que la tentacion muchas veces se vence, y que la ocasion casi siempre se atropella; pero que quando concurren, ocasion, y tentacion (del modo, que en mi habeis visto) son muy pocas veces las que tropieza el alma, que no quede presa en los lazos del deleyte. Huygase, pues, la ocasion, que esta quitada à un rato de oracion muere qualquier pensamiento.

Llegóse la noche señalada, mas triste me pareció que otras veces, pues recatando la Luna su semblante, empezó toda su claridad, y amortiguadas las demás estrellas, quitaron lo brillante de sus luces, y sirvió de manto un capuz de negras sombras, que hasta una noche, con ser triste, descubre mas tristezas, quando un pecador la quiere hacer tercera de su pecado. Tocóse à recoger en el Convento, y dexando todas las Monjas sus taréas, se fueron à sus lechos, donde en breve ra-

to las dexò el sueño dormidas. Yo, que no me faltò astucia para hurtarme de la vista de algunas, que podian zelarme, bolvíme à mi celda, donde estube aguardando que diera el relox las doce. Así como dieron, baxè con mucho silencio à un grande patio de la casa, que era el puesto donde habia de esperar à Lisardo, el qual habia de traer dos llaves falsas para haber de entrar à aquella pieza. Allí me estube una hora, que la juzguè una eternidad, batallando con infinitos pensamientos, de si Lisardo me habia burlado, y se habia ido à su tierra, ò si temeroso no se habia atrevido à cumplirme la palabra, ò si arrepentido queria disculparse, diciendo, que juzgò burlas las que tratamos veras. Estas, con otras imaginaciones, me traían tan inquieta, que à fuerza de divertirme no podia sosegarne. Y estando en esto, oygo de improviso, como que pasaban por la calle una harmonía de voces fúnebres, y tristes, que à dos coros iban cantando un responso. Pareciómeme novedad, y sintiendo el valor de mil espeluzos, me hallè abrazada de un miedo, quando entendí con Lisardo; y mas quando escuchè, que al son de un temeroso golpe abrieron las puertas de la Iglesia, y las de la clausura, donde yo

me hallaba. Salí por estas, hasta llegar à aquellas, muy ganosa de reñirle à Lisardo el ruido, que habia hecho. Pero no hallè à quien reñir el enojo, aunque di mil bueltas por todas partes, escudriñando de la Iglesia lo mas secreto, y oculto, sino que un esquadron de miedos, de que iba cercada, fuera poderoso para impedir el paso. Aquí confirmè no ser quien yo pensaba el que habia abierto, y como á este punto contè las dos, hora yá desesperada para ponerse à esperar, viéndome sola, quebrantada la clausura, las puertas todas abiertas, posible el haberme sentido, y cientifico el haberme engañado Lisardo, deslizeme de un tropiezo en otro peligro, y de una ruina à otro despeñadero; esto fue, que me salí del Convento, y de la suerte que estaba, me fui por las Plazas, y las calles à vengar mi imaginacion zelosa, que à semejantes locuras obliga un amor, quando està desenfrenado.

Enderecè mi camino à la casa de Lisardo, que yà os dixè que estaba enfrente de la mía, y tocando las puertas, hallè que estaban abiertas, y juntas, y en el zaguan primero una lampara encendida. Estube un rato dudosa, si entrarè, si no entrarè, hasta que me resolví à llamar, disfrazandome quan-

quanto pude con la poca ropa que llevaba, y fingiendome ser una criada de mis tias. Salíó la casera riñendose su descuydo de haberse dexado la puerta de aquel modo, y preguntandole yo si estaba Lisardo recogido, me respondió con voz lastimada: hermana mia, ya ese Cavallero se fue, no solo de esta casa, sino de la Ciudad, con determinacion de no bolver en su vida, por eso no le busqueis, que os cansaréis en vano, pues va en postas camino de su tierra. En tanto que del dolor llegó el sentimiento al alma, en tanto que de la sangre, una se heló en las venas, y otra se fue al corazon, y en tanto que con salivas quité de la garganta los nudos, y del pecho los ahogos, cerró la muger su puerta, bolviendose á su cama. Y apenas me ví á solas, quando con profundas voces comencé á pedir al Cielo mil venganzas; como si el Cielo, que permitia mi castigo, hubiera de escucharme. Procedia mi dolor, viendo indicios tan patentes, de que me habia burlado Lisardo, dexando tambien testigos, que publicarán mi afrenta, como eran, haber ido á abrir el Monasterio, y haberse ausentado, pues en esto dexaba al arbitrio de cada uno juzgar lo que quisiera: No quisiera repetir

estos dolores, ya vereis lo grandes que podian ser; suplídmeste este periodo, y asi llegaremos antes á mi postrera caída, esta fue tratar mi venganza, que á no concertarse tan al punto, juzgo que en aquella noche se cortára el flaco estambre de mi vida.

Llorosa, pues, de la manera que digo, me recliné en los umbrales de mi casa, regandolos con dos fuentes de lagrimas, que desatadas de mis ojos, corrían hilo á hilo por la tierra. Y estando de esta suerte, veo que se llega á mi no menos que mi hermano Julio, que como despues me dixo, venia de acompañar á Lisardo, hasta dexarle fuera de la Ciudad. Y asi como me vió (ay de mi triste!) sin conocerme, comenzó á preguntarme la causa de mi llanto, y considerando, que mi pena iba en aumento, mientras mas me preguntaba, y que aunque procuraba responderle, no podia; mui piadoso, y compasivo me levantó del suelo con sus brazos, y descubriendome el rostro, por limpiarme un sudor frio, de que me iba cubriendo, á la luz de una hacha, que ya habian encendido los criados, conoció ser yo su cara, y querida hermana, con que quedó tan mortal de el dolor que sintió en verme, que en muy grande rato, que es-

tuvo abrazado de mi cuello, no acertó á mover la lengua. Despues de pasado el prologo del dolor en la forma que pude , comencé á encarecerle mi afrenta , culpando á Lisardo de traydor , llamándole falso amigo , mal Caballero , y fingido , y falso amante , y esto con tan ayrados impulsos, que hasta las paredes que me oían las provocaba á venganza. Como Julio con lo que yo decia adelantó el pensamiento á lo que podia ser aquel fracaso, revestido ya de el enojo, que bastaba, y despidiendo en cólera las lagrimas que encubria, hizo que me recogiese, y tomando al instante postas él, y sus dos criados, se partieron todos tres camino de Sevilla.

Lo que restaba de la noche pasé en sollozos, y suspiros, considerandome ya causa de tantos males, la que siempre habia sido estimada por exemplo de virtudes. Qué mas males, que por la ocasion que no quise evitar, verme puesta en un pensamiento consentido? Y de este pensamiento deslizada en el deseo de executar la obra? Y de esté deseo huída de la clausura (que aunque no hubo profesion, ya que no pecado, con todo es ignominia.) Y de este arrojado abrasada en rayos de venganza? Siendo causadora que fueran siguiendo á Lisardo

para quitarle la vida? ¿Qué mas males puede causar una muger insolente? Qué mas ruinas pueden seguirse por una pecadora? Amaneció, pues, el día, no como otras veces el Alva risueña, Apolo brillante, y la luz alegre, sino todo ofuscado en crepusculos tenebrosos, y metido en su capúz de pardas nubes; porque hasta los Astros parece que en su modo arrastran lutos quando vén á una alma muerta en el pecado. Asi, pues, como abrió el dia, embié á mi antigua criada al Monasterio con un recado, dandoles noticia de como me habia buuelto á mi casa, y que lo hubiera hecho antes, si no fuera por la verguenza que me causaba haber de decirles mi determinacion. Y que el haber hallado aquella noche la puerta abierta, no lo atribuyeran á mi mal proceder, sino al descuydo de las celadoras de la casa. Con esto quise asegurar el batallon de sospechas, en que todos las Monjas se metieran al punto que me hechasen menos; pues con tal caso, la que mejor presumiera de mi, me habia de destruir la opinion, y deslucir la fama. Antes que la criada traxera la respuesta, entró Camacho en mi aposento, tan perdido de color, que fue mucho conocerle, y derribado á mis pies, me dixo con lagrimas,

mas, y suspiros, como su Señor Lisardo se habia partido de este mundo, movido de las causas que hallaria en una carta, que le dexó que me diese. Y que habiendose él estado toda la noche junto al Monasterio para cumplir con lo que su Señor le habia mandado, despues que preguntó por mí, no le habian dado mas respuesta, sino mil baldones, y vituperios, hasta que entendida mi fuga, vino á mi casa á buscarme, y despedirse tambien para irse á un yermo á procurar su salvacion. Sin mas preguntarle, abrí la carta de Lisardo, que solas contenian estas palabras:

Teodora mía, al Cielo tenemos enojado, Dios se nos muestra sumamente ofendido, pues con rigurosas amenazas me ha representado esta noche terribles castigos, que ya sin duda estuvieran excutados, á no haber con ruegos prometido mil enmiendas. A un desierto me parto, donde con asperas penitencias te juro, y prometo, que rogaré á Dios tanto por tu alma, como por la mía. Si te ha alcanzado parte de mis exequias, yo sé que estarás muy otra: si no has visto nada, olvida el amor terreno, y date de veras al amor de Dios, que están nuestras almas muy á pique de perderse.

Como quien recuerda de un

profundo letargo, ó de las tinieblas salí á vistas de la luz, comencé á abrir los ojos de la consideracion á vista de esta carta, que repasandola una, y muchas veces, me llenó el alma de mil arrepentimientos. Allí se sepultaron mis amores lascivos, allí murió mi aficion mundana, y con amores verdaderos, y con limpia aficion comencé á decir, torciendome las manos: Ay Lisardo mio! mio nunca mas que ahora, pues me adviertes mi ceguedad, y por mi causa te apartas de los regalos del siglo: mio nunca mas que ahora, pues me has llenado el alma de contricion, y por mi causa dexas tu linage ilustre, olvidas tus años verdes, y en paramos sombríos vés á sepultar tu juventud. Ay Lisardo mio! (bolví á repetir) y que mala correspondiente soy, pues quando te vas á hacer penitencias por mi alma, yo estoy despachando á quien te quite la vida. No quise alargar mas el llanto, sino despidiendo á Camacho con algunos escudos que le dí de limosna, me determiné á salir en busca de mi hermano aquella noche, temiendo no executára la venganza. Vestida, pues, de aques-te disfráz, y aplicada una mascarilla al rostro, me salí á la media noche de Salamanca acompañada de este criado,

que como tan fiel, y seguro hice confianza de su persona. Hicimos largas jornadas, y llegando una tarde, ya quando el Sol pisa las puertas del ocaso, al montezuelo donde algunos de los que me escuchais me hallasteis, al eco de un lastimado gemido, bolví la rienda al cavallo, y por presurosa que descendí á hablar al que se quejaba, ya con un Jesus devotamente dicho habia rendido el espiritu. Aunque tuve sospechas, no juzgára jamás que era Lisardo segun tenia desemejado el rostro de las heridas, y golpes, hasta que reparando los vestidos, conocí que eran los que hartas veces habian visto mis ojos en el brioso cuerpo de Lisardo: aqui echó el resto el dolor, y despues de mil desmayos, no sé las locuras que me hice, que no hay que ponderarlas, quando la causa es tan grave, que provocaba á hacerlas.

Lisardo el que os he dicho, es el que hemos enterrado, saber quien lo ha muerto, ya os estará patente, pues os dixé como mi hermano salió en su seguimiento. Deciros los ruidos, y las sediciones que habrá en mi patria, no puedo, ni tendreis necesidad de que yo os lo pronostique; pues cada uno de vosotros sabrá colegirlas; si aora solo esperais mi determina-

cion, es de acabar penitente, de olvidar de una vez al Mundo, de apartarme de sus ocasiones, de huir sus lazos, y de permanecer en estas soledades pues son ellas el retiro donde se busca á Dios sin inquietudes: diñacion alguna yo no la he de admitir, porque no quiero que me objeten aquella sentencia: *Hay muchos en el Infierno, que murieron con proposito de hacer penitencia.* Antes quiero conformarme con aquella que dice: *Pues no tienes hora cierta, la hora en que estás debes tener por ultima.* Ya que el demonio se ha vengado bien de mi, haciendome tropezar en mil precipicios, haciendome caer de la gracia, no he de consentir que se venga en su ultimo ardid, que es la desesperacion. No he de desesperar de mi salud quando procuro curarme con el Medico perfectísimo, que tomó el oficio de curar las almas con unas entrañas dulcisimas de largueza, y piedad. Y si por esta causa, quando David se vió enfermo, le llamaba con mucha confianza, para que fuera á curarle á su casa, y le decia: *Hazme misericordia, Señor, porque estoy enfermo, y sana me.* Y otras veces lloroso: *Sana mi alma, porque ha pecado contra tí, y está enferma.* Quién, pues, ó señores, con mas crecidas ansias podrá llamar á este Me-

Medico de salud, y decirle: *Tened misericordia de mí, Medico Divino, segun vuestra misericordia.* Quien à vista de las persecuciones que el mundo, demonio, y carne me han hecho, no dirá con el Profeta mismo: *No me echés, ni me apartés, Señor, de tu presencia, ni quites, Señor, de mí tu Divino Espiritu?* Y si la soledad, y memoria de la muerte son los dos sagrados para huir del demonio, y buscar à Dios; quien estando yá en este yermo, y habiendo visto la tragedia que he contado, habia de ser tan sin consideracion, que se bolviera al mundo? No estoy yá para andar à caza de los gustos, no estoy yá para burlarme: he visto en ver ese cadaver grandes cosas, hame dicho mucho estando muerto, y asi, postrada ante vosotros, pido que me deis vuestra bendicion, y que mientras viva, guardandome secreto, no me descubrais, pues yá veis que fuera con pérdida de mi fama, causarme inquietudes en mi penitencia; encomendadme todos à Dios, que yo os prometo de acordarme de todos. Si os he dado mal exemplo, supla vuestra prudencia las ignorancias de mi juventud: si os he cansado, supla vuestro sufrimiento los yerros de mi lengua; que haberos hecho esta confesion, ha sido principio de mi

humildad, y haber acertado à decirla ha sido providencia; que un pecho femeníl se corre mucho refiriendo sus faltas; y un corazon despedazado, aunque frague bien las razones, pasa mucho dolor en ir enquadernando las palabras.

Acabò Teodora de referir el proceso de su vida, quedando todos tan atonitos de su saber, y discrecion, de la sal de su decir, y del modo de su hablar, como pasmados de lo tragico de su discurso, de lo mal logrado de su belleza, y de lo compasivo de su edad. Ofrecieron guardarla el secreto, que les habia pedido, sin que alguno se atreviera à desviarla de su parecer. Con esto Teodora, dando à su Criado algunas joyas de valor, despues de haberle juramentado, le despidió amorosamente, haciendo que se llevase el caballo en que ella habia venido. Luego al punto se quitò sus ricos vestidos, y dandoselos à la casera de aquella santa Casa, la pidió muy humilde la diese algun sacó de sayal con que cubrir su cuerpo. Diòla la muger un avito de peregrina, quedandose Teodora tan contenta, como si en el trueque hubiera tenido una grande ganancia. Enrico, que mas que todos se estaba remirando en ella, considerando que para instruir à su hija no

habia menester otra maestra, se determinò à guiarla á la Caseria donde Leonor moraba, y asi con mil ofertas, y con mil ruegos la llegó à pedir por merced le aceptase aquel ofrecimiento, despues que le hubo dicho lo oculto de aquel sitio, lo dispuesto para su pretension, y lo retirado para su penitencia.

Teodora, como se hallaba tan obligada del favor que Enrico la habia hecho, que aunque la pidiera otras cosas mas diversas de su proposito, era justicia el darle gusto, aceptó su peticion, y habiendose despedido de los Monges, salieron del Hospital al tiempo

que la noche cogiendo el negro manto, quebraba las vidrieras para que saliese el dia. En breve rato llegaron á la cabaña de Fabio, donde despidiendose de él, y de sus zagales, que yá aguardaban cuidadosos, caminaron Enrico, y Teodora solos, sin vereda, y sin camino, hasta llegar á la Alqueria, donde fueron recibidos con tanto gusto de los dueños, de dos hijas suyas, y de Leonor, que olvidada Teodora de sus frescas heridas, permitió algun lugar al regocijo, y mas viendo la disposicion de aquella selva para darles principio á sus mortificaciones.

SOLEDAD SEGUNDA.

POR un valle sombrío,
 deposito de escarcha, nieve, y frio,
 pues tal vez con la sombra que hace el monte,
 no vé la luz que deslumbrò à Faetonte,
 caminaba Lisardo,
 pimpollo de la edad, joven gallardo:
 que aunque Teodora le llorò por muerto,
 à dar fin à su vida fue al desierto,

Despues que à dos criados
 los hubo despedido, bien pagados,
 saliò sin compañía,
 y trocò los vestidos que traía
 con cierto peregrino,
 que fue el que hallò Teodora en el camino,
 tan hecho el rostro heridas, y pedazos,
 que ella engañada le llorò en sus brazos.

Por entre pardos riscos,
 coronados de fresnos, y lentiscos,

pisa de Guadalupe las malezas,
 repasando tristezas
 de su tragica vida;
 y viendo que la tarde vá caída,
 por los rastros de luz que dexa el coche,
 busca un alvergue en que pasar la noche.

De uno en otro collado
 discurre fatigado,
 subiendose en los ombros de las peñas,
 por si divisa acaso algunas señas
 de humilde choza, casa, ò alquería:
 mas en vano porfia,
 porque las sierras donde está son tales
 que no halla sino guaridas de animales.

De estas en una, pues, horrenda gruta,
 viendo que yá la luz toda se enluta,
 entra, no sin temores,
 especulando sombras entre horrores,
 y temiendo allá dentro
 de algun fiero animal terrible encuentro,
 se queda á un lado á mitigar el frio,
 sin penetrar los senos del vacío.

No sin algun cuydado,
 por uno, y otro lado
 presta de rato en rato atento oído;
 y el pequeño ruido
 que el ayre mueve de las secas hojas,
 le llena de recelos, y congostas,
 y mas quando yá escucha
 pasos que un bulto dá con prisa mucha.

Ponese mas atento,
 y vé que macilento
 entra en la cueba un joven bien fornido,
 que un saco trae vestido,
 larga la barba, grifos los cabellos,
 tan sepultado en ellos,
 que si la vista no repara,
 era imposible discernir su cara.

Con una grande losa
 vé que cierra la puerta tenebrosa,

Soledades de la Vida,

entra mas dentro , y luego
 hiriendo un pedernal enciende fuego;
 à cuya luz Lisardo mas brioso
 sale de lo escondido , y temeroso,
 saluda al penitente,
 que con sollozos dice lo siguiente:
 Quién eres (ay de mí!) quién te ha traído
 á este alvergue escondido?
 quién , dime , te ha guiado
 á este parage helado?
 sabiendo soy un hombre
 el mas indigno de tener tal nombre,
 pues qual merecedor de pena eterna,
 no sè cómo me sufre esta caberna.

En sollozos la voz queda anegada,
 y Lisardo con voz mas lastimada
 le dice es peregrino,
 que ha errado por las breñas el camino;
 comienza á consolarle,
 pidiendole que quiera allí ampararle
 por sola aquella noche,
 hasta que el Sol sus luces desabroche.

Tomale por la mano
 el huesped afligido , y muy humano,
 mas adentro le mete,
 á un hueco que le sirve de retrete:
 toman los dos asiento,
 cenan de lo que habia , y muy contentos
 al humoso calor de unos tizones,
 comienzan á enlazar varias razones.

Lisardo recatado,
 con un cuento estremado,
 otro se fingió ser , y muy creído
 el dueño del alvergue , habiendo oído
 su relacion gustosa,
 limpia la faz llorosa,
 y dicele , supuesto que me escuchas,
 oye de una maldad desgracias muchas:
 Egino me apellido , este Horizonte
 tube por cuna en mis primeros pasos;

Truxillo fue mi Patria , y qual Faetonte,
emprendí en la niñez muy arduos casos;
tres años desterrado me viò un monte,
hasta que atropellando mil fracasos,
dandome por dinero puerta franca,
las escuelas cursé de Salamanca.

Allí entretube el tiempo , y en la ciencia,
no fui de los peores ; antes lleno
de ambicion , y sobervia , sin paciencia,
à mi Patria bolví del mal ageno,
que yá se me guardaba , pues Clemencia
(harto inclemente para mi veneno)
era yá la consorte de mi padre,
por ser yá muerta mi querida madre.

Madrastra hallè , mas era tan divina
en gala , gentileza , y hermosura,
que à madre el alma la destina,
al punto que se hiriò de su luz pura:
con esta beldad , pues , yá tan vecina,
voy á apagar tan misera amargura,
despido finalmente la tristeza,
y engolfome en el mar de una belleza.

Antes mirè (cautela mal mirada)
à mi madre Clemencia con recato;
esto es , no pretendiendo de ella nada,
sino un amor honesto , un liso trato;
mas como era discreta , y avisada,
aún esto no me daba muy barato,
pues tal vez hice un juego à lo villano,
para tocar las flores de su mano.

Hablábala amoroso , y me escuchaba
con melindre tal vez , tal vez risueña,
que como solo en burlas me trataba,
ni con mostrarse menos zahareña,
ni fingir lo enojado , que no estaba,
causaba algun cuidado : mas què peña,
comunicada yá con tal clemencia,
dexára de engendrar correspondencia ?

De este comunicar , de este burlarnos,
de esta honesta aficion , y de este juego,

embi-

Soledades de la Vida,

embidioso el demonio de mirarnos,
 levantò tal motin á sangre, y fuego,
 que aunque pareciò facil apartarnos,
 dificultoso fue, pues quando llego
 á bolver sobre mí, me miré en calma,
 presa la voluntad, cautiva el alma.

Viendome en tal estado, y en tal punto,
 hago por libertarme prevenciones,
 considero el peligro, y allí junto
 de mi padre el honor; con mil razones
 arguyo contra mí, y aunque barrunto
 quedar libre de tales tentaciones,
 despues que de reñirme estoy cansado,
 vengo à quedarme mas enamorado.

Dexème en fin llevar de mi flaqueza,
 porque à tanto llegò mi ardiente zelo,
 que solo imaginar que tal belleza
 para mí era imposible en este suelo,
 me daba tal locura, y tal tristeza,
 que ciego para el mundo, sordo al Cielo,
 y sin temer el infernal abismo

ser queria homicida de mí mismo,

Mi madrastra Clemencia descuydada
 de mi inquietud ardiente, y amorosa,
 jamás conmigo andaba recatada,
 antes siempre en mirarme licenciosa:
 quise yá declararme, mas mirada
 que es tan fiel, y tan casta como hermosa,
 temí perderme en semejante mengua,
 y así por algun tiempo atè la lengua.

En el interin, pues, con trazas quiero
 algunas dár de mi pasion señales;
 y así, al instante, pues, que considero,
 que Clemencia me oye, con mortales
 suspiros la confundo, luego espero
 à que vea en mi rostro los raudales,
 que desatados de mis turbios ojos,
 à sus pies se vertian por despojos.

Otras veces sentados en la mesa,
 aunque mi padre estaba allí delante,

hago

hago como que en verla yá me pesa,
fingiendo desazon en el semblante:
buelvo á hacer de su luz al punto presa,
quedando transportado en breve instante;
y quando advierto yá que lo repara,
mis ojos privo de su hermosa cara.

Letras tal vez con el cuchillo formo
sobre el blanco papel de los manteles;
para darla á entender que asi la informo,
pues licitos no son otros papeles;
pero aunque lo yá escrito mas reformo
con palabras tan claras , como infieles,
al cabo todo me sirvió tan poco,
que jamás conoció mi intento loco.

Víme tan alcanzado yá de cuenta,
que enferma el alma de mortal veneno,
caygo en la cama , dondè se acrecienta
la pena de que estaba el cuerpo lleno;
visitanme Doctores , y aunque intenta
cada qual con recetas de Galeno
recuperarme la salud perdida,
no daban en el blanco de mi herida.

Las muchas diligencias de mi padre,
viendo mi melancolico accidente,
podrá ser que el oírlas no te quadre,
pasolas en silencio ; solamente
referiré , que mi divina madre
se mostrò en regalarme tan clemente,
que á no causar mi mal su beldad pura,
hallára en su piedad alegre cura.

Yá me ví en el artículo de muerte,
sin haber mi flaqueza descubierto;
y viendo que morirme de tal suerte,
era como quedar dos veces muerto,
desato de la lengua el nudo fuerte,
cierro à todo los ojos , y concierto
que nadie me acompañe cierto dia,
que ella es la causa de la pena mia.

Sentòse , pues , Clemencia sobre el lecho,
(de nuevo lloro quando lo imagino)



Soledades de la Vida,

ácia mi cara reclinando el pecho,
 y abrasando su Sol claro, y divino
 mi corazon en lagrimas deshecho:
 què tienes (dice) di, querido Eginò?
 què te aflige? descubre lo que quieres,
 que te juro de hacer quanto pidieres.

Ay señora, respondo, y quièn pudiera
 escusarte el pesar que darte entiendo!
 Ay de mi triste! y si posible fuera
 las llamas apagar que están ardiendo
 en un pecho que el marmol trocò en cera,
 (tan à mi costa, pues me estoy muriendo)
 y cómo me alegrára en mi tormenta!
 mas yá que es imposible, escucha atenta:

Dos veces el Noviembre espeluzado
 entre la escarcha se mirò desnudo;
 dos veces de las nieves abrumado
 pasò el Diciembre entre tizones mudo,
 y dos veces de flores coronado
 el bello Abril salir triunfante pudo,
 sin que, oprimido de una pena loca,
 me haya atrevido à despegar mi boca.

Dos años de callado; y como miro,
 que yá me falta el alma, y yá el aliento,
 aunque es un imposible á lo que aspiro,
 razon te quiero dár de mi tormento:
 que si la causa por quien vés suspiro,
 oy me dá muerte, por ventura siento,
 me querrá remediar; y si no quiere,
 yá sabrá un desdichado por quien muere.

A una beldad divina, á un Sol luciente
 rendì mi corazon, y enfermò el alma
 de imaginar allí lo que hay presente;
 mas engolfado en amorosa calma,
 victoria se promete un pretendiente,
 aunque sea imposible hallar la palma,
 tal me la prometì, mas yá vencido,
 muerto me hallo quanto, y mas perdido.

Enamorado estoy, Clemencia bella;
 la dama es singular à mi baxeza,

porque habrás de saber que es Luna ella,
que es quien tira del Sol mayor grandeza,
y quien yo soy un giro de una estrella,
que á sus pies la respeto por cabeza;
Advierte, pues, si acaso Estrella alguna
osará competencias con la Luna.

Padres, deudos, amigos, ni parientes,
no han de facilitarme este imposible,
ni allanar lo que he dicho inconvenientes:
tu sola si á mi dolor terrible
quieres mostrar, Clemencia, ojos clementes,
tu me has de remediar, si convencible
tratas de reducir á la que adoro
con razones, que no podrás con oro.

No pude decir mas, porque anegada
la voz del llanto, que asomó á los ojos,
no pudo articularse. Quán turbada,
desperdiciando los claveles rojos
sobre la hermosa felpa plateada,
de tanto Cielo diafanos despojos,
quedaria Clemencia allí conmigo,
tu lo pondera en tanto que prosigo.

Que no entiende con mil entendimientos,
grave el semblante, y blandas las razones
se muestra á mis palabras, documentos
les propone al principio á mis pasiones:
mas viendo que son ya medicamentos
en vano para mi, transmutaciones
haciendo de lo propio que no ignora,
asi me dice con su voz sonóra.

Egino, de tu mal voy advertida,
cuenta daré á tu Padre, que no es justo
que ignore tal dolencia, y conocida
la Dama que me dices de tu gusto,
con nuestro poder todo, hacienda, y vida,
sin perdonar trabajo, ni disgusto,
haremos que la goces muy ufano,
y de cumplirlo doy palabra, y mano,
Diciendo estas palabras se levanta,
mas yo queriendo acabe de entenderme,

trabo de su cristal con furia tanta,
 que segun la miré, temí perderme:
 dixela: Ya, señora no me espanta
 vergonzoso temor, bolved á verme,
 que vos tan solamente sois la Dama,
 que me tiene postrado en esta cama.

Viste la rosa, que al nacer el dia
 tiene un no sé yo qué de vergonzosa,
 de solo ver que el Sol con que se cria,
 lisongero la dice, que está hermosa:
 pero mirando ya la demasia
 con que su luz la trata congojosa,
 queda tan desabrida, y poco ufana,
 que viene á ser papel, lo que antes grana?

Pues de esta suerte contemplé á Clemencia,
 hecha estuvo un clavel á las primeras
 palabras que la dixé; y sin paciencia
 quando escuchó las que le hablé postreras,
 atendiendo á la poca reverencia,
 rasgó de sus dos Soles las vidrieras,
 miróme airada, y yendome á los fines,
 salpicó todo el rostro con jazmines.

Sueltame (dice) loco, ó daré voces;
 no tengo de soltarte, la replico,
 sin que cures mi mal, pues ya conoces,
 que dando tu el remedio que me aplico,
 cobraré la salud; asi te goces,
 que evites tan gran daño, y te suplico
 remedies amorosa penas tantas
 á un hombre que postrado está á tus plantas.

Esto diciendo, de la mano apelo
 á sus hermosos pies, que de mi asidos,
 de la cama arrojandome en el suelo,
 con la boca los pongo tan cosidos,
 que pudo mitigar su dulce yelo
 el fuego de mis labios encendidos;
 y asi mayor espacio me estuviera,
 si el ruido de entrar gente no sintiera,

Disimulo mi pena, y vuelvo al lecho,
 tambien Clemencia encubre sus rigores,

mudamos de lenguaje á mi despecho,
y viendo que es mi Padre, y los Doctores
los que han entrado á verme sin provecho,
se despide Clemencia, y con dolores
tan mortales me quedo en aquel punto,
que todos me juzgaron ya difunto.

Mas viendo que mi mal es ya patente
á la Divina causa por quien muero,
trocando el melancolico accidente
en venganza mortal, grave, y severo,
los Doctores despido, é impaciente
á mi Padre consulto (ó trance fiero!)
pues por lograr amores de una madre,
son menester engaños para un Padre,

Finjole, pues, que mi melancolía,
que mi mal, que mi pena, y que mi muerte
tendrán fin con llevarme en aquel día
á una espaciosa Quinta casa fuerte,
donde ya con la flor que el Abril cria,
ya con mirar como el cristal se vierte
de un pardo risco en perlas desatado,
suele ponerse treguas al cuidado.

O que me acompañara era mi intento
mi madrastra gentil, ó divino
alivio procurar á mi tormento,
que en la Quinta, mi Padre no advertido,
era fuerza asistir por mi contento
conmigo muchas noches, á quien pido
me presten el rebozo de su velo,
para escalar las luces de otro Cielo.

Quedóse en la Ciudad Clemencia bella,
y aunque fingió dolor por mi partida,
la ví en las niñas de una, y otra estrella,
que el irme yo á morir la daba vida:
mi Padre, y yo partimos, pues, á aquella
Quinta que ya te he dicho, y sumergida
la memoria eentre penas, y tormentos,
comienza á vadear mil pensamientos.

Fiéme de un criado, que es forzoso
comunicar las penas si son graves,

este me contrahizo cauteloso
 quantas pudo en mi casa buscar llaves,
 con estas me aclamaba victorioso,
 sin fiar de criados (ya lo sabes)
 no padeciera achaques de deshonra,
 pues solo sirven de arrastrar la honra,

De aquesta prevencion á los efectos
 pasar intento, y digo que una noche,
 Etiope tercera en mis secretos,
 despues que el gran Planeta metió el coche
 por los undosos de cristal aprietos,
 siendo causa que Cintia desabroche
 los paralelos de su hermosa cuna,
 y en ausencias del Sol presida Luna.

Aquesta noche, pues, mi Padre estaba
 en la Quinta conmigo, y quando al sueño
 debidas parias con quietud pagaba,
 me salgo con silencio no pequeño,
 y en un potro que á el aire aventajaba,
 salto ligero, y á bolar le enseño;
 pues del hierro sintiendo las cisuras,
 alas calzó á los pies por herraduras.

Entro por la Ciudad, llego á mi casa,
 abro el jardin, á un sauce ato el cavallo,
 discurro por las flores, donde pasa
 un cristal derretido, canta un gallo,
 á cuya voz tan triste, quanto escasa,
 un bruto corresponde; en escuchallo,
 tiemblo, pues nunca en recamadas flores
 cantan los buhos, sí los rui señores.

Aguero fue infelíz el canto triste,
 mas un hombre qual yo determinado,
 por todo rompe, á todo se resiste;
 abro otra puerta, aqui con mas cuidado,
 camino con silencio, en quien consiste
 no despertar criada, ni criado:
 mas como tengo el tiento bien sabido,
 discurro á obscuras, sin hacer ruido.

Habiendo, pues, llegado á la antesala,
 donde estaba el retrete de Clemencia,

deseo mas crecido amor exala
de verme ya á la luz de su presencia:
la llave ajusto, y viendo que está mala,
todas las voy probando sin paciencia;
y para degollarme la fortuna,
no puedo abrir de todas con ninguna.

Loco, precipitado, é impaciente
buelvo otra vez á barajar las llaves,
y viendo no hay alguna que me aliente
á quitarme del paso estorvos graves,
valgome del puñal, y brevemente
con golpes no, con cortes sí suaves,
en donde la cerraja mas se anima
abro de hasta tres dedos una rima.

La mano meto apenas, quando siento
dentro del aposento blandos pasos,
detengome confuso, escucho atento,
temeroso el valor de mil fracasos:
solo el oído aplico al aposento,
por ser tinieblas de la vista ocasos,
quando por los resquicios poco abiertos,
contemplo de una luz rayos inciertos.

Por el que es de la llave angostó hueco
la vista aplico, y veo que animando
Clemencia está una luz, que ardiendo en seco
en su pavesa se iba amortajando:
juzgo que en acordarme otra vez peco,
pues llego á estar aqui considerando
que quiso tener lampara encendida
en las ultimas visperas de vida.

Sobresaltada estaba, y temerosa;
medio desnuda estaba, y tan vestida
de purpura, jazmin, clavel, y rosa,
que aunque la olanda pudo dar cabida
de que á mi vista algo licenciosa,
llegase hasta mis pechos divertida,
solo entre nieve ví, y aún esto apenas,
dos apretados pomos de azuzenas.

No aguardé un punto mas, sino furioso
la cerradura arranco de la puerta,

y Clemencia con rostro pavoroso,
y dudosa quizá de estar despierta,
hizo prologo un ay tan lastimoso,
que al salir por su boca medio abierta,
de lastimas, y penas dió señales,
bolviendo nieve lo que fue corales.

Voy á abrazarla, y ella resistiendo
con flechas de cristal mis torpes manos
me reprende, quanto mas me enciendo,
de mi amorosa llama humos livianos,
con alhagos procuro irla venciendo,
mas quando espero ver ojos humanos,
se desase de mí qual tigre ingrata,
y al ayre de un suspiro la luz mata.

Alza entonces la voz, deshecha en llanto,
huye de mí por todo el aposento,
sus pasos sigo, y aunque obscuro tanto,
aquí, y allí trás ella corro á tiento:
y quando ya vencida del quebranto,
pensé en ella lograr mi pensamiento,
oygo á mi padre, escucho á los criados,
y aquel de quien fié, muy alterados.

Conocí la traicion, viendo el engaño,
la esperanza perdí, pero hecho un loco,
huyendo el menos, busco el mayor daño:
pues dexando á Clemencia por un poco,
en la puerta me planto (caso estraño !)
y su umbral con los pies apenas toco,
quando del golpe que tiré primero,
saqué á mi padre el halito postrero.

Sin vida cae el que me dió la vida,
desangrase á mis pies mi padre muerto,
los criados me aclaman parricida,
el alboroto crece sin concierto:
mas ciego yo de mi amorosa herida,
sin ver el fin dudoso, el caso incierto,
haciendoles huír á los criados,
vengar quise en Clemencia mis cuydados,

Arrebato una luz á una criada,
buelvo á cerrar colerico la puerta,

y juzgando que en lagrimas bañada
Clemencia está del susto medio muerta,
hallo que no parece, y bien mirada
la sala una, y dos veces, veo abierta
una ventana que al jardín caía,
y oygo un quexido que de allá subía.
Considero el fracaso, y qual difunto,
perezoso el valor, torpe el aliento,
al funesto jardín baxé en un punto,
fuime ácia aquella parte casi á tiento,
y al pie de un jazmin (buen asunto
de un pecho que murió por casto intento)
ví que Clemencia ya con tristes fines
salpicaba con sangre los jazmines.

Estaba la ventana poco menos
de cinco estados del jardin distante;
y aunque el prado tapetes la dió amenos,
y algun arbol la quiso ser su atlante,
como escapó qual rayo de mis truenos,
mas muerta de dolor, que relumbrante,
se estrelló entre las flores de tal suerte,
que las previno tumba de su muerte.

La ultima razon articulaba,
(que fue decir Jesus) quando en mis brazos
llegué á mirar cadaver lo que amaba,
su rostro celestial hecho pedazos,
muertas las luces con que me alumbraba,
desperdiciados sus dorados lazos,
y buelta en fin la imagen mas hermosa,
desojado jazmin, marchita rosa.

Contarte qual quedé será escusado;
pues ya echarás de ver qual quedaria,
mi padre entre su sangre rebolcado,
Clemencia ahogada en mares que vertia;
yo, la causa de todo, salpicado
del estrago sangriento que hecho habia,
causa para bolverme era bastante
helado marmol, en lugar de amante.

O ya por los criados, ó el ruido,
toda la vecindad despierta siento,

ya dentro de la casa el alarido
 hiere con voces lugubres el viento:
 ya de todos el caso mal sabido,
 confusiones embuelve en sentimiento:
 y yo por escusar mi muerte cierta,
 por la puerta escapé, que dexé abierta.
 Fuéme el tener caballo gran ventura,
 pues asi me escapé de mil espadas,
 díome ayuda tambien la noche obscura,
 impidiendo siguiesen mis pisadas:
 y en fin, el emboscarme en la espesura,
 me aseguró mil penas receladas,
 hasta que al declinar la noche fria,
 por bostezos el Alva, salió el dia.
 Con su luz pude ver desde un collado
 un pequeño Convento, donde al punto
 el paso enderecé, y habiendo entrado,
 viendome todos de color difunto,
 á preguntar comienzan mi cuydado;
 yo con sollozos, tema de mi asunto,
 predico mis delitos de tal modo,
 que pasmado quedó el Convento todo.
 Allí estube tres dias recogido,
 llorando mi pecado amargamente;
 pedí la confesion muy compungido,
 de la qual escapé mas penitente:
 y habiendome del mundo despedido,
 sin osar parecer adonde hay gente;
 vine buscando las incultas breñas
 á ocupar lo tajado de estas peñas.
 Catorce veces el helado Enero
 me vió qual el desnudo entre la nieve:
 catorce veces riguroso, y fiero,
 hizo Marzo con vientos lo que debe:
 catorce veces el Abril, gilguero
 del prado, que sus flores perlas bebe,
 hizo en las plantas tan florido ensayo,
 que ya los campos le juzgaban Mayo.
 Todo este tiempo ha que aqui metido,
 lloro mi culpa, y gimo mi pecado,

el pedazo de pan solo he tenido
que el pasagero ofrece de buen grado;
y tal vez de la hambre compelido,
por las Aldeas pido disfrazado;
yo soy el que te he dicho; mira ahora
si hay mas mal hombre en quanto el Febo dora;

Calló Egino, y Lisardo

con pena mucha, con language tardo,
á hablar acierta apenas,
no tanto de escuchar tragicas penas,
(que aquellas por muy pocas las juzgaba,
segun las que en su pecho repasaba)
quanto de ver que una amagada culpa
mil penitencias pide por disculpa.

Cada qual entre si piensa sus males,
suspiros desiguales

llenan del ayre el espacioso seno:
cada qual tiene lleno
de lagrimas el rostro, aunque procura
encubrir su amargura,
hasta que ya la pena bien sentida,
á que duerman el sueño los combida.

De palida retama

aderezan los dos mullida cama,
y aunque á ratos el frio los aflige,
aun una manta no hay que los cobige,
que para la maleza,
fuera mucha grandeza,
si la ropa tubiesen por abrigo,
que lleva encima un misero mendígo.

Con la incomodidad duermen contentos,
y quando sin alientos

llorando el Alva muda,
huye del Sol, porque la vé desnuda,
á cuyo lloro entre la noche fria
por cancelles de luz asoma el día,
dexan la dura cama,
y abrir salen al Sol, que ya los llama.

Salen, pues, de la cueba,
y luego Egino lleva

por peñas, y pedriscos,
 que desmoronan los caducos riscos,
 á Lisardo al camino;
 y con amor inmenso, y peregrino,
 aunque el dolor les sirve de embarazos,
 se despiden alli con mil abrazos.

SOLEDAD TERCERA.

YA el Alva en su recamado lecho estaba trenzando la madeja rica de sus lucidos cabellos, y el Sol en su regazo despertaba con alegre risa, bruxuleando sus rayos por las doradas rejas de el Oriente: ya la luz madrugadora, amortiguando Estrellas, se comunicaba á las plantas, y ya las aves desde el lecho de sus nidos comenzaban con gorgoros á darse los buenos dias, quando levantandose Lisardo de la mal mullida cama, y despedido con lagrimas de la humilde compañía, comenzó á penetrar lo mas quebrado de la selva. Caminó un gran rato por la loma de un collado, por percibir asi mejor las señas del camino que buscaba, y llegando al fin donde se descollaba un risco, ó por apartarse de la aspereza del monte, ó por mirar correr á un arroyuelo por la llanura del valle, le fue forzoso torcer los pasos por una ladera, hasta baxar poco á poco á la falda del peñasco. Quiso cruzar el arroyo, pero

apenas con un pie rompió sus cristales, quando fue rémora de el otro una voz profunda, que herida por los concavos de las peñas, pronunciaba el eco estas palabras: *Gracias á Dios, y á Santa Maria, pues veo otro dia.* Suspenso quedó Lisardo, mirando á todas partes, sin saber que hacerse, hasta que deramando la vista por las roturas del risco, divisó una pequeña gruta, á la puerta de la qual estaba Enrico arrodillado, vestido de toscas pieles, dando gracias por la venida de el dia. No aguardó mas Lisardo, sino dexando el comenzado intento, trepó por el monte arriba, hasta ponerse en presencia del pastor penitente, que asi como le vió, salió á recibirle con mucho agrado; y despues de saludarle, no con tantas ceremonias como enseña la politica en las Ciudades, pero sí con los deseos amorosos que engendra la soledad, comenzaron á preguntarse el uno al otro alternativamente la causa de su desigñio: dixo Lisardo

su intento, ahogado en muchos sollozos; si bien dilatando la relacion de su vida para ocasion mas oportuna, que como veía á Enrico en aquel traje no le juzgaba capáz para Secretario de sus trágicos sucesos; que no es prudencia referir tragedias á quien ó no es capáz de saberlas creer, ó no alcanza talento para poderlas sentir. Enrico, que en el razonar de Lisardo, casi tuvo vislumbres de quien era, y en el modo de decir conoció lo bien que sabia, despues de haberle escuchado mil periodos de razones bien sentidas, con algunas digresiones, aunque al descuydo, bien acomodadas, abrazóle estrechamente, mano á mano se fueron á asentar al repecho de una peña, en cuyas faldas de hierba bien textidas, un melindroso cristal, bostezo de una fuente, se estaba entreteniendo, qual niño entre las guijas, ó qual aspid de plata entre las flores. Sentados en este puesto, rompió Enrico la voz con un profundo suspiro, y con buen lenguaje, comenzó á ordenar estas palabras:

Conozco, Caballero, en vuestro modo de hablar, que sois mas de lo que pareceis; deslucís con rodeos la causa que os ha movido al intento que habeis dicho, y por buen arte

desmentís con razones diferentes lo proprio que sois. Ya os he entendido, y no me admiro que escuseis el descubriros á quien nunca habeis hablado. Lo mismo he guardado yo con otras personas, porque aun en las soledades no todas vezes se pueden publicar delitos. Escuchad, pues, mi tragedia, que sé que os ha de servir de pauta para que rigiendo sin temores la pluma de vuestra lengua, me hagais con menos digresiones relacion de vuestra vida. Avila, Ciudad de Castilla, tan notable, que hasta en las piedras de sus edificios campea la nobleza de sus mayores trofeos, fue mi patria, viendo en uno de sus solares los primeros giros de la luz; y recibiendo en una de sus Iglesias las primeras lumbreras de la Fé, con el agua santa del Bautismo. Mi nombre proprio es Enrico, mi familia, sino de las mas soberbias, no fue de las mas humildes; sangre hidalga heredé de mis padres; y en un mayorazgo hasta mil ducados de renta; quedéme solo casi en las primeras mantillas que me aliñó mi suerte, señal bastante para pronosticarme desgracias; porque criarse sin doctrina de los padres es una de las mayores desdichas. Hizose cargo de mí un deudo, no muy cercano, que hasta en esto fuí infeliz,

pues yo creo que ya soy el ultimo descendiente de mi casa; mas esta golosina de haber dinero, siempre engendra parientes, aunque se halle un hombre entre los remotos Indios; criéme tan travieso de pequeño, que escapando de mis manos los muchachos á veces descalabrados, y á veces mal heridos, me pusieron por renombre, el diablo de la Parroquia; y quando yá mancebo, creciendo con la edad el rumbo, dieron todos en apellidarme el valiente, título que lo estimaba yo en mucho por verme respetado, y temido. Llevado de esta ambicion, apenas pude entender los primeros rudimentos de la lengua Latina, quando arrimando los libros, puse todos mis deseos en las armas; jugar una espada, esgrimir un montante, blandir una pica, y hacer mal á un caballo eran mis quotidianos ejercicios. Siempre fui muy servicial, y agradable para con todos, y así, aunque nunca me la hizo ninguno, que no me la pagase, pues tal vez amenazas hechas á mis espaldas, las castigué cara á cara con heridas; en agraviar cobré tantos amigos, que eran ya mui pocos los que no se dignaban de tener mi correspondencia. En medio, pues de mis mocedades, y quando están mas en su

punto las travesuras, vi á una Dama, y pareciendome hermosa la comencé á servir. No quiero quebrarte la cabeza con metáforas, y encarecimientos, porque contar estas cosas á quien sabe su entidad, mas sirve de cansarle, que de divertirle; porque la metáfora de las mejillas rosas, el apodo del clavel á los labios, y el simil de las Estrellas á los ojos, si tu sabes que esto es pintar, para qué te lo tengo de decir? Basta, pues, decirte, que me pareció hermosa, y que esta fue causa bastante para quererla. Era la doncella noble, pero muy poco hacendada, dos requisitos forzosos para ser agradecida, porque la nobleza siempre fue cortés, y el poco tener, siempre es agradable. Estaba baxo del amparo de una tia suya, que no lo tuve á poca suerte, por ser ya un grado menos de suegra, ó suegra en segundo grado; y así con esperanzas muy ciertas comencé á entablar mi pretension, sin dar cuenta á nadie de mis amigos; aunque para los recados me fue forzoso el fiarme de una esclava; pension desdichada de amantes, pues se han de descubrir á tales personas, quando no quieren que el amigo mas discreto entienda sus pensamientos. A esta esclava, pues, de Doña Mencía (que este era el

el nombre de la tia de mi Dama) la di, con un doblon el primer papel, encargandola el secreto por todos los modos que se acostumbra. Lo que la escribí fue esto:

Papel de Enrico á Leonor.

Divina Doña Leonor (este era su nombre) pagado de vuestra hermosura, me determino á serviros, mas no me parece cordura hacer galanteos, hasta saber si en la pretension hay dificultades, porque si las hay, saldré muy desayrado, apartandome despues de haber comenzado á serviros: y si comienzo, aunque las haya dexaré la vida primero que dexaros. Mis partes ya las sabeis, mi proceder os es notorio, mi hacienda no se os encubre; y así dexo el hacer ofrecimientos, quando por esta os sacrificio mi voluntad. *Vuestro esclavo Enrico.*

No contenia el papel mas palabras que estas, porque he sido poco Poeta en afeminar conceptos, quebradero de cabeza, y mas quando llega á manos de quien no lo entiende, ó á quien abomina del que lo escribe. Toda una tarde estuve esperando la respuesta, no vino la esclava, acostéme disgustado, madrugué al otro dia, y fuime á tomar el fresco á San Vicente, mi paseo ordinario las tardes, y mañanas. Sali con

intencion de aguardar allí á Doña Mencía, la qual tenia de costumbre de ir sola con su esclava á oír Misa los mas dias á aquella Santa Iglesia. Sucedióme bien, pues apenas huve llegado, quando las ví venir á las dos; y haciendo la cortesía que otras veces, sin añadir mas ceremonia, como algunos que en el modo del hablar publican á quien pretenden, me puse atento á mirar si la esclava me daba muestras de alguna cosa. Ella, que entendió mis designios, me hizo una seña, y con mucho recato dexó caer un papel en el suelo. Yo quando lo vi, quise con mucho alborozo ir á cogerle; pero reparando en que no me viera alguno, tendí la vista á todas partes, y al bolver la cabeza, hallé ya casi á mi lado á Don Juan del Aguila, pariente mui cercano de Leonor, y muy amigo mio. Halléme en un instante atajado de dos inconvenientes, pues dexandole pasar era forzoso tropezar con el papel, y descubrirse la eleccion de mi intento, ó el desprecio de mi altivéz; y si le detenía, estaba el papel del mismo modo expuesto á dar en manos del que primero pasase. A la industria remití la resolucion de este empeño; y así saludando á Don Juan con mucho agrado, le dixé: Aunque os parezca li-

sonja he de deciros lo que ahora estaba imaginando; bien veis desde aqui todos aquellos remates de piedra, que adornando la techumbre de este Templo, sirven tambien de estrivos para reparar los arcos; pues hanme dicho, que ha poco que se sentó una Aguila sobre uno de ellos, que es aquel septimo en orden, contando desde esta orilla, y que viniendo diversas aves, y ocupando los demás, se levantó el Aguila, y se subió sobre aquella excelsa punta, que respecto de las otras, sirve de corona al edificio, como dando á entender, que la Reyna de las Aves ha de tener mas encumbrado su asiento. Mientras yo iba haciendo esta arenga, y D. Juan divertido iba atendiendo á todas las partes que yo le señalaba, me fuí acercando poco á poco al lugar en donde estaba el papel, y echandole el pie encima, me prometí las albricias del feliz suceso, porque al cabo de poco rato, haciendo un lienzo caedizo, pude á bueltas de él levantarle, sin que Don Juan tuviese escrupulo de mi enredo; antes muy en el caso de mi cuento fingido, me pidió le declarase lo que queria decirle en aquel simil; á que yo le respondí, que no era justo que el Aguila solariega de su casa anduviese tan

humilde con las demás, quando con mucho titulo pudiera levantar buelo sobre todas. Sallieronle colores, tratóme amigablemente de lisongero, y entrandose en la Iglesia me dió lugar para bolverme á mi casa, que no quise sino en ella saber el fin de mi despacho; porque aunque un campo ofrezca oportunidades, y lo oculto de una calle preste tiempo: no es justo que papeles de Damas se lean en lugares semejantes, pues en la una parte las aves lo ven, quando no hubiera otros lince; y en la otra las paredes oyen, á falta de otros escuchas. Abrí, pues, el papel donde pude leer las razones siguientes:

Papel de Doña Leonor á Enrico.

Señor Enrico, vuestro papel he leído, y he hallado en él las dificultades que me preguntais; porque si decís que es sola mi hermosura la que os mueve á pretenderme, esta se marchita facilmente, ó con el trato del tiempo, ó con el accidente de una calentura; y asi, es clara consecuencia que no me querais en no mirandome hermosa. Yo no puedo estorbarlo siempre, por lo qual quiero desengañaros, para que despues no me culpeis. Solo os digo que no ha de moverme á quereros, ni lo quantioso de vuestra hacienda, ni lo bizarro
de

de vuestra valentía, porque lo uno es renta de la fortuna, y esta no siempre permanece estable, y lo otro es un accidente del animo, y lo que es accidente, suele acabarlo la edad. La limpieza de la sangre es la calidad mayor, y el noble proceder la mayor gracia; con esto me entenderéis. Dios os guarde. *Doña Leonor.*

Quedé tan enamorado de las discretas razones, que sin dar lugar á mas dilacion, me determiné á ir en persona á pedirle por esposa: resolucion fué, que pudo costarme cara; mas cuándo un animo belicoso guarda los terminos, ni puntillos de el amor? Aguardé, pues, que bolviera de Misa Doña Mencía, y quando ya supe que estaba en su casa, fuí á ella, acompañado de dos criados que dexé á la puerta, y pedí licencia para besarla la mano; fueme concedida, entré dentro, dióme silla junto á su estrado, y despues de las debidas cortesias, y otros muchos cumplimientos (preambulos que no se escusan en la relacion de una visita) propuse en breves razones mi embaxada; á que la venerable vieja estuvo mui atenta, pero con crecidas muestras de inquietud. Y el caso es, como supe despues, que esta señora andaba solícita para que un deudo

suyo, hombre de sesenta años, pero con sesenta mil ducados de hacienda, y sin heredero, se casase con su sobrina, con expectativa que el viejo se moriría presto, y con golosina de que quedando Leonor tan rica, hallaria despues grandiosos casamientos; linda locura, enlazar unas flores de quince años, con las canas verdes de un caduco tronco. Voy á la respuesta, que fué en esta forma:

Confieso señor Enrico, el favor que nos haceis á mi sobrina, y á mi, en lo poco que nos pedís, y en lo mucho que nos ofreceis, pues con vuestra noble sangre podeis dar nobleza, y con vuestra hacienda, podeis hallar calificados casamientos; pero Leonor tiene diverso parecer de el que imagináis, porque con la poca dote que la dexaron sus padres, está determinada á entrarse en un Convento, eleccion tan santa, que yo no puedo contradecirla; antes estoy determinada de ir á acompañarla. Fuera de esto la muchacha es aora muy niña para cosas en que se requiere tanta prudencia; y así, no será razon darla parte de vuestro intento: dexadla, Señor, pasarán algunos dias; y entonces con mas madurez sabremos su determinacion, que si fuera para daros la mano, no podrá haber para mi cosa de mas contento.

No

No quise dexarla pasar adelante, sino algo amostazado, si bien con disimulo, la rogué que supuesto que por entonces no habia remedio para mi pretension, por lo menos me hiciese favor de no despedirme sin que gozase de la presencia de Leonor. Respondióme con mucha desazon, que estaba indispuesta, y que no se acostumbraba dar tanta mano á los pretendientes; que aun aquella visita era, ó sobras de temeridad, ó muestras de confiado. No pude disimular ya el enojo, sino arrojando la silla, la dixé: de que importancia, señora, es que vos me hagais melindres, quando yo quiero á Leonor, y Doña Leonor me quiere? No hay tal, respondió la vieja, dandose dos, ó tres veces contra un cogin, y alzando la voz, comenzó á decir, que por sola la despreciaban, y que por pobre se la atrevian. Bien creí yo que al ruido saliera Leonor á ser el iris de la tempestad, que por ver sus hermosos arreboles, diera por bien la pesadumbre, pero era mas discreta que su tia, y en no salir dió muestras de su mucha cordura. Acertó á pasar por la calle en esta sazón Don Juan del Aguila, que oyendo las voces de su tia, y viendo mis criados á la puerta, terciando la capa, y metiendo mano,

entró furioso á saber la ocasion, á tiempo que yo salia ya por el zaguan, bien descuidado de encuentro semejante: pero al verle de aquella forma, recibile tambien con la espada desnuda, que en tales casos no es prudencia, sino temeridad reparar con solas palabras unos primeros movimientos. Dixele: Don Juan, teneos, escuchad razones, y si estas averiguadas, os pareciere reñir, bien sabeis que no soy hombre que vuelvo las espaldas. Reportóse con esto, y asi en breve le conté mi pretension, y le referí lo que con Doña Mencía me habia pasado. Era Don Juan discreto, y como tal mostróse agradecido á mi eleccion, y como amigo me reprendió aquellos arrojos de haberme descompuesto con su tia, y de haber ido á tratar aquel negocio por mi propia persona. Escuchó mis descargos, aunque leves, y ofrecióme ser el solicitador que allanase todas las dificultades; con que nos despedimos, yo para mi casa, y él á consolar á su parienta, que todavia estaba atemorizada de mi furia.

Melancólico anduve toda aquella tarde, y quando ya la noche comenzaba á ceñirse el apretador de estrellas sobre frente de azabache (porque hasta una noche negra se adereza en su modo para parecer her-

hermosa) tomé la pluma para escribir á Leonor ; pero inquietóme el pulso oír golpes á la puerta. Mandé que abriesen, y oyendo que regateaban dar el recado , rezeloso de mi dicha , baxé al punto , y viendo á la esclava , la recibí con abrazos. Díóme un papel ; y yo para pagarla el porte de los dos , la puse en las manos unos doblones , con que la despedí contenta : Dexando el escribir , me puse á leer , aunque fueron solo estas razones:

Doña Leonor á Enrico.

Aficionada os estoy , no he de negarlo : pero me teneis enojada , y si no es á vos en persona , no he de fiar mi sentimiento ; y asi , si gustais de oírme , venid en dando las doce , que en la ventana que cae al muro os aguardo. Dios os guarde.

Contarte aora mis contentos , aunque con aquellas interpolaciones de qué querrá decirme ? Qué será su enfado ? Si me hablará amorosa ? Si me despedirá enojada ? Y otras imaginaciones semejantes , escusado juzgo que será , pues dudo dexes de haber pasado por ellos. Dexolo en silencio , y paso adelante. Dieron las doce , y bien aderezado de una cota , estoque , broquel , y un par de pistolas , (que para semejantes apreturas nunca es-

tos instrumentos enfadan en la pretina) me fuí al puesto señalado , donde hallé á la morena que estaba en la atalaya , la qual , asi como me sintió en la calle , se quitó de la ventana , para que Doña Leonor saliese á hablarme. Buen simil se pierde aqui de la huída de la noche , quando despierta el dia , y del retirarse las tinieblas para que la luz amanezca. No quiero detenerme , y mas quando vés que Leonor me esperaba en la ventana. Lleguéme á ella , y aunque hasta aquel punto habia sido poco tierno , la dixé amoroso de esta suerte:

Quándo , señora mia , he merecido los favores que me haceis , pues en tan breve tiempo hallo tanto grángeado ? Quándo fue vuestra hermosura merecedora de tan mal empleo ? Y quándo mereció vuestra discrecion mi tosca correspondencia ? Pero os juro á fé de quien soy , que todo lo que os debo de favor , me debeis de voluntad. Y si el enfado que teneis es acaso haber visto el arrojito con que oy llegué á pedirlos , disculpad mi ignorancia , y atribuid la culpa á vuestra discrecion , porque viendola tan grande en aquel papel que me embiasteis , no acerté á responderos por escrito : y por no dexar de responderos , hice aquella locura , aunque no fue sin acier-

acuerdo, pues ha sido causa de llegar á hablaros. No tengo que ponderar mi enojo (respondió Doña Leonor) quando confesais vuestra culpa , mas estoy muy sentida de ver, que habiendo comenzado por mí á saber mi voluntad , quisisteis , sin aguardar mi resolucion negociar mas presto por mi tia : pues á fé , señor Enrico , que si supierais su intencion , aguardarais antes un año de mis esperas , que un dia de su despacho. Humedecieronse los ojos , diciendo estas palabras ; y aunque atravesó disimulos , se vertieron mas de quatro perlas. Enternecióme su lloro , y preguntando la causa ; me hizo larga relacion de lo que ya te he referido acerca del casamiento del viejo de sesenta. Yo la consolé lo mejor que pude , mostróse agradecida , ofrecíale mi amparo , prometióme voluntad , hicela promesas , dióme palabras , y despues que con estas mostramos conformes las voluntades , ó las almas unidas , como suele decirse , merecí por gran favor tocar una de sus manos.

Ya el Alva con esperezos nos anunciaba el dia , quando llegó la esclava vigilante á decir , que ya era hora de recogernos , porque sentia á la vieja despierta , (achaques de edad cadauca padecer desvelos) y asi

sin mas detencion nos despedimos , no con principios de amantes , sino con fines de esposos. Tres , ó quatro dias pasé con aqueste gusto , previniendo todo lo necesario para celebrar mis bodas ; y como ya por una parte Don Juan habia dado cuenta á sus deudos , y por otra Doña Mencia habia publicado mis cuydados , ésta poniendo estorvos con achacarme travessuras , y aquel solicitando medios con referir mis partes , comencé ya á ser el mantenedor de parabienes , que los recibí muy grandes de todo lo noble de la Ciudad , pues fueron pocos los Caballeros que no se alegraron , siquiera por verme quieto ; (que esto de casarse dicen que es freno de la mas briosa juventud) pero como un amigo me dixese en secreto , mirad lo que haceis , que á esa señora la galantea Don Claudio , hijo del Corregidor , dexóme tan sin sentido , que aunque quise disimular la passion , se asomó al rostro el veneno. Agradecíle el aviso , y sin dar cuenta á Leonor , (aunque sí de mi ausencia) divulgué por la Ciudad que me partia á Madrid á comprar las joyas. La causa tan verisimil desterró dudas , partíme una mañana á hora que todos me viesen , y en cerrando la noche , me bolví á la Ciudad desde un espesobos-

bosque , donde estube escondido. Ya apercebido un criado , tubome un postigo abierto ; y así , sin que me viese ninguno me entré á las diez en mi casa. Vestíme de noche con el disfráz que pude, y bien armado me fuí á la calle de Leonor. Rodeé toda la casa , requerrí con la vista las ventanas , y con el oído atalayé lo que puede por las puertas. No hallé cosa con que me descontentase, hasta que á cabo de rato sentí, que entraba una tropa de gente por una boca de la calle. Retiréme á la otra parte , ya con las inquietudes de zeloso , quando con mucho donayre oí templar dos instrumentos , frontero de aquella rexa en que contraxe con Leonor mis desposorios. Quise padecer con esperar , para averiguar mejor en el hacer. Acabaron de templar los Musicos , y tres voces cantaron este Romance:

Escucha , divina ingrata,
 mis queexas, si acaso duermes,
 y dáme siquiera oídos,
 ya que otros favores niegues;
 Apenas comencé á amarte,
 quando casarte pretendes,
 sin mirar que tus desvíos,
 serán lazos de mi muerte.
 Dirás que no debes nada,
 y aún negarás conocerme,
 mas si el alma me has robado,
 por qué has de negar que debes?

Tén amor, si eres discreta,
 á quien amores te ofrece,
 porque en viendo valentías,
 es niño el amor, y teme.
 No sientas hacer mudanza,
 quando la ventaja adviertes,
 y por costumbre no es mengua
 la mudanza en las mugeres.
 No temas el valenton,
 que todos somos valientes,
 y en materias amorosas,
 el que mas vale , mas puede,

Basta , no canteis mas , (dixo el protector de la musica, que conocí ser el referido Don Claudio) y puedo decirte con verdad , que me quitó á mí la palabra de la boca , porque amostazado de ver que quisiese comenzar á pretender, quando yo estaba casi en posesion, me estaba abroquelando para ir á decirles que callasen: pero detube los pasos , escuchando, que por la misma calle que entraron , llegó determinada otra cuadrilla con mi mismo intento, porque como despues supe, era el viejo pretendiente, que quizá picado de zelos , viendo que se le casaba la moza con que la tia le hacia ofrecimientos , quiso tambien rondar la calle, y hacer su demostracion, que no fue poco para un hombre de su edad. Baraxaronse las dos á cuchilladas , hasta que los unos en pos de los otros dexaron la calle limpia. Yo me

estube quedo, quando ví el motin confuso, porque es dislate entrarse á reñir á ciegas con los que están riñendo, quando no pueden distinguirse los que son contrarios. Fuera de esto, quise estarme á la vista de las rexas, por si se daban algunas muestras de agradecimiento. Puseme á escuchar, á tiempo que la esclava colerica, ó impaciente abrió un postigillo de la ventana, y juzgando que era yo alguno de los contenidos, comenzó á hacer mil amenazas, y desafueros, cosa que me dió notable gusto, porque quando las criadas, estando ausente el dueño, andan tan fieles, no hay para qué tener sospechas de la Dama. A este tiempo sentí, que á mucha priesa venia uno desempeñando la calle, de quien no quise esconderme, y sucedióme bien, porque era Don Claudio, que juzgandome por uno de sus criados me dixo: Fernando, pues que ya habeis hecho abrir, dexad pasar á mi padre, que viene en mi seguimiento, y dad por esa ventana ese papel, pues veis lo que me importa. En su primera razon conocí que habia dexado á alguno, para que llamase á las rexas; y el que fue anduvo cuerdo en no quedarse, pues por lo menos fuera descalabra-

do. Dexandome el villete el engañado Don Claudio, siguió su derrota, y yo despues de haber visto, que el Corregidor torció por otra parte, quise con el papel intentar otra prueba, que en habiendo zelos en un pecho, con nada se asegura; y asi, disimulando la voz lo que me fue posible, comencé á agasajar á la esclava, haciendola intercesora de mi deshonra, y pidiendola con ofertas tomase aquel papel, y se le diera á Leonor. Con honrado brio me respondió la morena: señor galán, desocupad esta calle, basta el alboroto que causado habeis en ella, sin que intenteis dar á mi señora nueva pesadumbre, porque quando yo fuera tan mal mirada, que la llevára el papel, estoy satisfecha que á mí me echára de casa, y á vos os remitiera el papel sin abrirle, ó sin leerle le consumiera en cenizas, ó le arrojára en pedazos. Apenas dixo esto, quando dandome con las ventanas en los ojos, se entró dentro, y me dexó sin genero de sospecha, aunque maquinando venganzas contra mis opositores. Desocupé el puesto por aquella noche, fuime á casa, abrí el papel, que contenia este Soneto, el qual encomendé á la memoria.

Flechando el Amor su harpon ardiente
me dió en el alma tan mortal herida,
que ya por ella se asomó la vida
á contar mis desgracias á la gente.

Acudió con una herida un accidente,
y si el dolor le dexó hallar caída,
rayo fuera la pena detenida,
que me abrasára el corazon doliente.

Enfermo así, zeloso, y mal herido,
á pedir una gracia acostumbrada
llego, bella Leonor, á vuestra puerta.

Las dos letras de un sí tan solo os pido,
y no es justo tengáis puerta cerrada
á quien para vos la tiene abierta.

Ya habrás visto, que el Soneto para el proposito es razonable, que el pretendiente andaba de poco juicio en pretender por Poeta, que andubo poco galán en encomendar el papel, estando en la ventana á quien pudiera darle, y que mostró mucho miedo en huír tan de corrida. Todo esto habrás considerado; paso pues, á mi pensamiento. Habiendo hecho mil discursos de lo que haria con aquel papel, me ocurrió una valiente traza para dexar mi agravio satisfecho. Tomé el papel ultimo que me embió Leonor, que ya te dixé contenia solas tres razones, de estarme aficionada, algo sentida, y esperandome en su rexa, palabras tan equivocadas, que podia engañarse con ellas qualquier pretendiente. Digo, pues, que

tomé este papel, y cerrandole lo mejor que pude, se le encargué á un astuto criado que yo tenia; el qual disfrazado de muger, y tapado de ojo con el manto, se fue en amaneciendo á buscar á Don Claudio, á quien dió el recado de parte de mi Leonor; este ha sido el primer requiebro que me has oído, y no te espantes, (que fue mi esposa, y la quise bien.) Quando ya ví el negocio en este punto, juzgué por buena mi traza: llegó la noche, y del modo que la primera, me fuí á la calle de Leonor á esperar la resulta del papel. Ya te dixé, que el plazo tenia á las doce, pues apenas fueron dadas, quando llegó Don Claudio muy puntual al puesto, dexandose á dos amigos que llevaba en las esquinas. Aunque el re-

cuerto de estas cosas me causa aora disgusto ; ya puedes considerar , que entonces me causaria mucha risa , pues era ello el ver á Don Claudio hacer paseos , estoserse , mirar á las ventanas , fingir suspiros , escuchar á las puertas , y otras diligencias á este modo. Mas de dos horas le hice que esperase , hasta que ya enfadado , ó quizá rezeloso de si era burla de Leonor (como ignoraba que fuese mia) se determinó á hacer señas , tirando algunas chinias á la ventana. No quise que se diera lugar á aquello de despertar á quien duerme ; y asi , saliendo de donde estaba oculto , y retirado , me acerqué á él , y le dixé : Si sois Caballero , y mostrais tanto amor , veníós conmigo. Apenas acabé de decir esto , quando llegaron presurosos los dos que estaban de posta ; y si Don Claudio no los reportára , embistieran al punto , sí bien fue la dilacion poca , porque como hubiesemos baxado á las orillas de Santo Tomás , y alli me descubriese ser Enrico , no hubimos comenzado á medir las espadas , quando de todos tres me ví acometido ; y esto con tanta presteza , que aún no pude disparar una pistola ; pero me defendí tan valerosamente , que cayendo á mis pies el uno pidiendo confesion , los otros dos tomaron

por partido bolverme las espaldas.

Temí las vexaciones que Don Claudio habia de hacerme , viendo á su padre Justicia , y al muerto Caballero principal , y amigo suyo ; y asi me fuí al instante , y pasé toda la plata , baúles , y ropa en casa de un amigo , donde me estube oculto todo el siguiente dia , sin que pudieran descubirme humanas diligencias ; desde alli avisé á Leonor por un papel todo el suceso , la ausencia fingida , la satisfaccion de mi sospecha , la burla con su carta , y lo demás que has oído. Respondióme amorosa , que á prima noche quando el bullicio de la gente no dá en reparos , me fuera á su casa , y que en entrando en ella , hallaria orden de lo que habia de hacer. A tal embite , qué habia de responder un hombre enamorado , sino obedecer en todo ? Fuíme á la hora que me señaló , y apenas de su casa pisé los umbrales , quando la esclava que estaba en espera , me asió de la mano , y pisando tinieblas (que esto es lo que se llama andar á obscuras) me fue guiando á un camarín secreto , donde me dixó que aguardase hasta que fuese hora de que Leonor pudiera verme. Fuese con esto , dexandome encerrado ; y como el esperar es tan penoso , des-

despues que sentado en una silla, estube harto de repasar las cuentas de este Rosario, quise por curiosidad medir la anchura de la pieza, y asi levantandome, fuí tentando las paredes, que con sus tapizes de telarañas, me anunciaron la estrechura del retrete, dandome á entender no ser aposento, sino escondrijo de trapos, que á esto obligan los deseos de un amante, ó los temores de una prision. Ya me consideraba en un lago de ratones, ó en una tumba de sabandijas, quando reparé que estaban hablando de la otra parte. Apliqué mas el oído, y mirando por una rima, ó grieta que hacia el tabique, arbitro que dividia la casa de Leonor, y la de otra pobre gente, ví que dos humildes casados se estaban acostando á la luz de un lagrimoso candil, á quien un orificio de la pared, ó toda la pared llena de orificios servia de candelero, (que hasta en colgar una luz descubre la pobreza necesidades) y despues que en unos colchones mal mullidos, antes de paja, que de pluma, echaron á descansar los pobres cuerpos, escuché que el uno al otro decian estas palabras: Buelvoto á decir, hermana, que estoy satisfecho de mis rezelos, porque la buena Doña Leonor me desengañó esta tarde, dicen-

dome una, y muchas veces, como ese doblon que tienes, te le habia dado ella por un favor que le hiciste; pero en tanto que el sueño viene, gustaré me digas, qué servicio fue este que dió tan buena paga, quando nos consta que la buena señora pasa tambien necesidades?

Sabrás, hermano mio, (respondió la consorte) que como este aposento en que dormimos confina con la casa de Doña Leonor, pues solo hay de por medio este tabique, llegó á mí en dias pasados el hijo del Corregidor, que ya sabrás pretende los amores de esta dama, y prometiendo montes de oro, me pidió le dexase entrar aquí una noche, para satisfacer, rompiendo esta pared, su apetito. Fue tanta la pesadumbre que recibí con esto, que por no dartela á sentir, no te la he dicho hasta ahora. Pero te prometo, que le respondí tan briosa, dandole á entender nuestro proceder honrado, y amenazandole con que su padre lo habia de saber, que le ví muy pesaroso de habermelo dicho; y asi, con muchos ruegos, y caricias me suplicó que callase. Es verdad que le guardára secreto, á no considerar el peligro que corria el honor de esta señora, si acaso descuydada, no reparaba en el peligro; por

lo qual , aguardando ocasion que su tia estubiese fuera de casa , me fuí con ella , como otras veces acostumbro , y la conté todo quanto Don Claudio me habia dicho , quedandose la hermosa doncella tan mortal del sentimiento , que la tube una pieza desmayada en mis brazos , y despues de buelta en su acuerdo , derramando muchas lagrimas , sacó un doblón del escritorio , y dandomele , me dixo : Tomad , hermana mia , advertid , que os doy la prenda de mas estima , por ser de Enrico , el que será mi esposo , á pesar de inconvenientes. Escuséme lo posible en recibirle ; pero no tube remedio , hasta hacerme casi por fuerza que le tomase , rogandome con muchas veras que guardase secreto , y que tubiese cuydado con mis puértas. Yo por asegurar sus miedos , la ofrecí entonces que nosotros dormiriamos en este quarto , que ésta es la parte mas flaca para poder romperse , y que su esclava podia dormir en un desván , que está aqui conjunto , con que por esta parte podia tener seguras las espaldas. Siguió mis consejos , y muy agradecida , es tanta la llaneza con que me trata , que yo soy la secretaria de sus males , y sus gustos. Y con esto he satisfecho á las sospechas temerarias que teniais ,

porque me viste aquel doblón en las manos.

Replicóle el marido : y por ventura ¿ ese Don Enrico que dices , es el que hirió la noche pasada á Don Estevan , por cuya causa se ha ausentado , y la Ciudad está llena de alborotos ? El mismo es , (respondió la muger) mas Dios querrá , que no muera el herido , para que Enrico se case con nuestra vecina , y nosotros tengamos en él quien nos remedie mas de dos necesidades. Linda flema gatais , por vida mia (dixo el marido) quando el otro pobre está pasado de dos estocadas , y el Corregidor está prometiendo seis mil reales á quien prenda al delincuente ; puede tanto esta codicia , que se han repartido esta tarde mil hombres por esos caminos , fuera de las cuadrillas que andan por las calles , á fama de que Enrico está en la Ciudad. Alienta tambien á esto el tio Oídor , que tiene Don Estevan en Valladolid ; y así si muere , y prenden á Enrico , bien puede Doña Leonor ir á celebrar las bodas al cadahalso. Pero demos ya nosotros parte á la noche , que es muy tarde , y déles Dios á ellos lo que vé que han menester.

Cesaron de hablar , y yo quedé tan gustoso de su conversacion , que me parece los estubiera escuchando lo restante de

la noche, viendo que todo era oír finezas de Leonor, pruebas de su fé, y egemplos de su constancia, cuyo gozo no me dió lugar á que reparase en los malos anuncios que daban de mi vida: que un pecho amante, solo con verse querer, desmiente los amagos del sentir. A este punto, que yá seria mas de la media noche, abrió la esclava el camarín, pidiendome, abrazada de mis pies, que perdonase; y tubiera bien que perdonar, á no haber tenido plática con que estár entretenido. Levántela del suelo, y la abrazé con mucho amor, porque hice reparo en la lealtad con que servia, pues hasta el doblon que la dí quando me llevó el papel, se le habia dado á su señora. Preguntéla la causa de haberse tardado, y dando un suspiro me dixo: Ay Señor mio! que hemos pensado perdernos esta noche, pues quando mi señora estaba por minutos deseando que la vieja se fuese á dormir, para venir ella á gozar vuestra presencia, la comenzó á hacer un sermon de como la habia criado, del amor que la tenia, de lo que estaba obligada como madre, y en fin, de otras mil cosas, que como esta vieja está rezando de continuo, sabe á los diablos de esto de sermonizar, y vino á concluir con que le diera palabra de casarse

con un primo suyo viejo, senectud, calvo, y podrido, que yá le conocereis. A lo qual mi señora, despues de haber hecho otro discurso con palabras, respondió que vos erais yá el dueño de su alvedrio, cosa que apenas oyó la vieja, quando mordiendo de los ladrillos, y arrancandose los cabellos, comenzó á hundirnos con voces, y maldiciones, diciendola á mi señora, que era una libre, disoluta, é inobediente, y aclamandoos á vos por hombre facineroso, espadachin, y malquisto; y si yo no la detuviera, como compasiva de su lloro, (tal tenga la salud) creo que se hubiera abalanzado á la pobre doncellita; la qual, considerando que si se acostaba en su cama, que está en el mismo aposento donde duerme su tia, fuera imposible venir á veros, porque la vieja en toda esta noche no pegará los ojos, usó de una valiente traza, que fue decir con muchas lástimas que no habia de dormir con quien tan mal la queria, sino que antes, á faltar en la casa otro aposento, se acostaria conmigo. Yo como la entendí, la rogué encarecidamente á la vieja, que yá que en todo lo demás habia dado á mi señora tanta pesadumbre, no la contradigera siquiera en esto poco su gusto, supuesto que en la sala de arri-

ba podíamos poner la cama hasta que por lo menos cesasen los enojos. Respondiome, que la echára, aunque fuera en la calle; y asiendo la ocasion de los cabellos, hemos estado hasta ahora en escaparnos de su vista.

Toda esta historia me contó la esclava, y luego con mucho silencio me fue guiando al aposento, donde Leonor con los brazos abiertos salió á recibirme, borrando con lágrimas de alegría las que estaba vertiendo de tristeza. Hazme merced de suplirme este paso, porque si me pongo á referirlo, no he de poder acabarlo; porque despusada Leonor de mi desgracia, comenzó á hacerme ternuras, afligida de las sinrazones de su tia, comenzó á darme sollozos, y colgada de mi cuello, casi quiso desmayarse. No puedo pasar de aqui; colige las circunstancias en tanto que prosigo. Toda la noche pasamos en dos sillas, y despues de habernos contado el uno al otro los sucesos, la aseguré que la noche siguiente habíamos de estar casados. Boviome á repetir los favores, que no pasaron del imprimir en mi rostro, con lábios de clavél, círculos de rosa; (perdona la retórica en esta parte, porque solo en estas materias permiten bien el rebozo las palabras) correspondila

con las finezas mismas, y amoroso la conté mis pensamientos, cuya egecucion fue en esta forma: Hicela á Leonor que se acostase, porque durmiese siquiera lo que restaba hasta el dia; y llamando á la esclava, nos fuimos al camarín, donde habia estado antes, y por aquel resquicio que escuché lo que te digo, la hice que llamase. Respondieron los vecinos; y quando los ví despiertos, asegurandolos que no tubiesen temor, rompí el tabique, abriendo con el puñal una pequeña puerta: paséme por ella á la otra parte, y tomando la luz á la esclava, haciendola que con unas tablas disimulase la rotura, digo que se fuera á reposar.

Yá estaban vestidos los casados, tan espantados de verme, que casi no acertaban á hablarme; quitéles el temor, y aseguréles, que por mi respeto no les habia de venir daño alguno, antes sí muchos favores que pensaba hacerles: lo uno, por la buena vecindad que á Leonor habian hecho; y lo otro, por la buena obra que con su ayuda pensabamos recibir. Con esto le digo á Penado (que este nombre tiene el marido) que fuesemos los dos, y pasariamos allí á su casa mis alhajas, y baúles. Contradijo mi parecer, temiendo no me encontra-

trasen , los que desvelados andaban por prenderme , y así nos resolvimos en que Penado fuese solo , y llevando las llaves de los cofres , le digese á mi amigo , que con la traza posible me llevára por todo aquel día las joyas , y los dineros , porque quería ausentarme. Dispusieronlo tan bien , que antes que fuera de día estaba toda mi ropa en casa de Penado. Y porque no te quedes en duda , éste era un Ministril , segun la muger me contó en tanto que fue á hacer la diligencia , el qual , con la poca renta que la Iglesia le daba , y un poco de trato que tenia , pasaba humildemente.

Saqué al punto de un talego los quartos que me quedaban , hasta en cantidad de mil reales , y díselos á Penado ; y á Ximena (que así se decia su muger) la dí unas piezas de plata , y un par de sortijas , con que los dejé tan contentos , que no cesaban de mostrarse agradecidos. La paga que les dí fue buena , mas la satisfaccion mejor , como verás adelante. Quando yá fue bien de día , pedí recado de escribir ; y retirandome á un secreto , escribí tres cartas , una al viejo que me habia criado , diciendole me iba á Flandes , y que así , cuidandome de mis rentas , acudiese con ellas á Doña Leonor , como á

mi legitima muger : otra al Cura de San Vicente , que era grande amigo , diciendole que á las diez de la noche le aguardaba en casa de Penado para cierta diligencia ; y la ultima para el Provisor , suplicandole me dispensase en las Moniciones , para contraer matrimonio con Doña Leonor , segun los requisitos nuevamente reformados por el Concilio de Trento. La causa justa me facilitó esta gracia , tomé la dispensacion , y remitisela al Cura , para quitarle recelos , que no dejaria de tenerlos grandes , temiendo el peligro ; que es tambien carga de Pastor , estár sujeto á que los mas amigos usen con él de una maldad.

Venida la noche , pasé mis baúles por la rota pared en casa de Leonor , sin que la tia lo sintiese , (que como siempre me fue contraria , nunca la tube devocion) y despues que como á mi esposa la hube encargado á Leonor todas las joyas que encerraban , y yá el relox con diez golpes era anunciador de la primera quietud ; nos pasamos los dos á la casa de Penado , dejando á la esclava por centinela en la puerta del tabique. Llegó el Cura casi al mismo punto , y así en presencia suya celebramos el santo Matrimonio , siendo testigos Penado , y Ximena , con que yá des-

de aquella noche comencé á gozar mas libremente los frutos opimos de Himenéo. Fue suma felicidad para mí, y así me duró poco (que una gloria mundana siempre trae vinculada una desdicha) pues à quatro dias de casado murió Don Estevan, cosa que degolló todas mis esperanzas con la consideracion de la ausencia, porque viendo probada la muerte, casi averiguado el desafio, y la parte poderosa, determiné dejar la Ciudad por algunos dias, hasta que el tiempo fuera borrando las frescas memorias con el pincél del olvido. Contarte el sentimiento de Leonor en esta parte, es, me parece, cosa escusada, pues basta decirte que para vadear los rios de sus ojos, tube necesidad de desasirme de sus brazos: y aún me dejára anegado, ó no me dejára partir, que es lo mismo, si no ofreciera bolver muchas noches á verla, y porque esas habian de ser inciertas, y cierto el causar ruido quando llegára á llamar á las puertas, ó ventanas, me llevé tres llaves, que eran menester para entrar hasta su aposento, quedandose Penado con el cuidado de hacer otras para el servicio de la casa.

Llegué á Madrid, y pensando estarme escondido entre su bullicio, y confusion, quiso la

fortuna que yá hubiese muchas espías que me buscasen, pues saliendo de Atocha una tarde, oí decir á uno de dos embozados que estaban paseandose allí á la puerta, aquel es, no hai sino seguirle. Alargué mas el paso; y viendo que se aceleraban en mi seguimiento, confirmé mi sospecha, y torcí mi camino ácia al Prado de San Gerónimo, que por ser una tarde desapacible de las que suele tener Febrero, estaba bien desocupado. Allí me bolví á los dos, quisieron prenderme, reñí con ellos, acudió mucha gente, y aunque se echó voz de que me llevaban muerto, por causa de que al mismo instante por medio de todos cruzaron quatro hombres cargados de un difunto que traían de aquellas alamedas, me escapé con la vida á ser causa de las muertes que he dado, y padecido. Y como hallase aquella misma noche, que un Capitan de Infantería, con otros Caballeros, estaban de partida para Italia, me acomodé con ellos, sin darme lugar la priesa á que escribiera à Leonor, pues quando se está previniendo una desgracia, todos los medios parece que se desbaratan, y se aniquilan.

Casi tres años me entretuve en Italia, sirviendo al Emperador, donde con hechos señal-

la-

lados pude perpetuar el título de valiente, que yá tenia adquirido. No quiero cansarte en referirte los modos, ni en contarte las hazañas, porque haré rato que me escuchas, y aún no hemos tocado el umbral de mis tragedias. Solo digo, que en pago de mis servicios me perdonó el Emperador, dándome licencia para bolverme con mi esposa, y cartas para el tío de Don Estevan, que era la parte mas interesada en la muerte, y dos mil escudos para el gasto del camino, con que llegué á España sumamente contento, solo de acordarme que iba á los brazos de Leonor. Exhibí en la Corte mis papeles, y con feliz despacho caminé para Avila, casi sin darme á conocer á persona alguna, con intencion de coger descuidada á Leonor, (que es proprio estilo de amantes usar de estratagemas) y para esto llegué á la Ciudad en punto de media noche, y aprovechandome de aquellas tres llaves, que tres años habia que las tenia guardadas, entré con mucho silencio en casa de Leonor, ó por mejor decir, entré en mi casa. Encendí una luz, prestandome la lumbre un pedernal, y con ella discurrí por los quartos bajos, que pareciendome estar mejor aderezados que solian, comenzó el alma á llenar-

se de sudores, temiendo por una parte si Leonor se habia ausentado de la casa, ó por su muerte la habitaba otro dueño; y por otra, sospechando si estando yo ausente, trataba de magestades Leonor; porque no parece bien que una dama cuelgue, y blanquee la casa en ausencias del marido. Con todo, no quise hacer pie en cosas tan leves, sino subiendo al aposento, donde con Leonor celebré aquellas pocas noches que tube de boda, al ir á ajustar la llave á la cerraja, hallé que la puerta estaba juntaba solamente; y abriendola con tiento, me ví herido en sus umbrales de otro relámpago de sospechas, pues miré toda la sala tan vestida de pinturas, y de cortinas, y tan poblada de escritorios, y baúles, que quise desconocerla, á no saber de cierto que era la misma. Entré un paso mas adentro, y reconociendo á un lado dos cofrecillos de los míos, se quitó la duda de habitar allí Leonor, y aumentóse la sospecha del vivir livianamente, y mas quando llegandome á la alcoba (cuya portada ocupaba una cortina de damasco) ví sobre un taburete interpolados unos vestidos de hombre con basquiñas de muger. Aqui comenzó á titubear el valor, y antes que se entorpecieran los sentidos, quise con-

confirmar de un golpe los recelos. Levanté el pavellon, y sobre mullido lecho, ví que al lado de Leonor estaba un hombre dormido, con sueño tan profundo, que pude conocer lo descuidados que estaban.

No hai que hacer exágeraciones, supuesto conocerás el punto de este dolor. Con la cólera á los ojos, y con el ahogo á la garganta, bolviendo á dejar caer el tafetan, puse la luz sobre un escritorio, y con el puñal desnudo, fuí á vestirle en el pecho de Leonor; (que es tener miedo la honra, matar al adultero primero) pero quando levantando el brazo, hice el amago al castigo, dixo Leonor entre sueños, con voz clara, y distinta: Ah muerte! cuya palabra, apenas salió por el clavél de su boca, quando la luz se trastornó sobre la tabla de la mesa, ora fuese el aire del suspiro, ora el miedo de su inocencia. Temí de quedarme á obscuras; (que aun para castigar un delito es menester que haya claridad) y así, bolví presuroso á enderezar el candelero, y ví que la llama de la vela estaba sobre una muerte, que servia de peana á un devoto Crucifixo. Iba yá del quegido espeluzado el ánimo, luego viendo la horrible calavera que la luz me señalaba, se desquardernaron los impulsos primeros,

y me quedé aprisionado de temores. Al pie de la Efigie estaban unas letras, que decian de esta suerte:

*Qual me veo te has de vér,
mira que quieres hacer.*

Con que pude confirmar, que el quegido de Leonor, y el derribarse la vela, era celestial aviso que impedia mi venganza, porque mil veces á vista del agravio, procuraba despertar en mi pecho iras, y rigores, y otras tantas, á vista de la muerte, apenas acertaba á revestirme de enojo.

Estube una gran pieza batallando en estas dudas, hasta que me resolví en no matar á Leonor sin primero saber la causa del agravio; y aunque no fue poco en tal apretura tener advertencia, con todo, la memoria de la muerte me amilanó de tal forma los brios, que fue mucho tener valor para bolver á salirme de la sala, de la qual salí con el mismo silencio que habia entrado; y sin imaginar nuevas pruebas, ni registrar otros modos, me fuí al aposento donde dormia la esclava; y llamando á la puerta me abrió temerosa, y afligida. Desmayóse de verme, (como me juzgaba muerto) bolvió de allí á un poco en su acuerdo, asegurela quanto pude, hablela mui amoroso, contéla mis trabajos, preguntéla por Leonor,

nor, comenzó á llorar, y embuelta en lágrimas, me dijo estas palabras:

Verdadero Señor, y Dueño mio, testigos son los Cielos como tu esposa, y mi Señora Doña Leonor te ha sido siempre fiel, constante, y firme, pues desde que te ausentaste nunca se ha visto en su rostro consuelo, ni alegría; lágrimas sí, muchas, que por tí cada dia derramaba en abundancia, sin que humanos placeres sean bastantes á desterrar su tristeza. Esto te digo, porque escuches sin rigor lo que tiene sombra, y apariencia de haberte faltado. A pocos dias de como nos dejaste, y te fuiste, vinieron nuevas muy ciertas (ó falsas diré mejor, pues ya se ha visto) de como en Madrid te habian quitado la vida, sobre querer prenderte; llegaron á oídos de mi Señora Doña Mencía, y puedo asegurarte que lo sintió muy poco, á causa de que jamás vino en tu casamiento; pero con todo, dilató mas de seis meses el decirselo á mi Señora Leonor, considerando lo que lo habia de sentir. Yo por otra parte hice mil diligencias secretas para saber la verdad, y llegó á tan subido punto la mentira, que gasté mas de mil reales porque me trageran á un hombre que vive oy en las Navas, el qual dijo haber estado pre-

sente la noche que te enterraron; certificando esto con que daria mas de otros veinte testigos. Con prueba tan rigurosa me quedé convencida con tristezas tan grandes, con sentimientos tan crecidos, que echándolos de vér mi Señora Leonor, me preguntó la causa muchas veces, pero nunca quise decirselo, para ahorrar las penas, y dolores. En este tiempo dió en acudir á casa Don Vicente, aquel viejo rico que mi Señora la vieja habia procurado con tantos extremos que casára con Leonor, la qual nunca quiso dejarse vér de él, ni aun por cortesía quiso hablarle; antes llegó á sentir de tal forma sus visitas, que vino á hacerla grandes cargos á su tia; dió por descargo el referir tu muerte, cosa de tanto dolor para mi Señora, que se creyó en toda la Ciudad que perdiera el juicio: quiso hacer mil pesquisas, por saber con certeza la nueva dolorosa, mas ahorréla el cuidado, contandola todas mis diligencias: ¿Quántos llantos hizo conmigo? ¿Quántas lágrimas derramó aquellos dias? ¿Quántas veces se desmayó en mis brazos? Dios sabe como es verdad, aunque no me quieras creer. Pasado el primer antubion de lloros, fueron tantos los ruegos de Don Vicente, tantas las intercesiones de la Ciudad,

dad, y tantas las amenazas de Doña Mencía, que sin voluntad alguna, la forzaron á que se casase, y yo juzgo que si se casó, no fue sino para confirmar lo que te queria, pues en vez de olvidos, crecieron tus memorias; y en lugar de placeres, se aumentaron los dolores, en tanto extremo, que mil veces arrepentido Don Vicente ha querido divorciarse, y apartarse de con ella, á no haber mediado las astucias de la tia. Esto es lo que ha pasado; reprime, señor, el dolor, perdona la inocencia, y culpa tu descuido, pues en tres años nunca has escrito una letra, yá que no veniste á vernos como prometiste, llevandote para ese efecto las llaves de las puertas, que tambien ha sido indicio bastante para confirmar la fama que de tu muerte ha havido. Don Vicente duerme con mi Señora; él culpado, pues por casarse con ella, fue quien primero trajo las nuevas de esta mentira: ella inocente, pues aunque se casó con él, ha sido la que jamás te ha olvidado: si previenes venganzas, no castigues los pechos inocentes; y si no ha de haber piedad, matame á mí primero, que mas dulce será padecer el golpe de tu cuchillo, que llegar á ver muerta á mi Señora.

Esto me dijo la esclava, y

como yá llevaba yo el corazon mancillado de sentimiento de haber visto con mis ojos violada mi cama, apenas se alteró la sangre de oír la relacion de mi deshonra, (si no es que la llame desgracia) antes con mucho despejo la mandé á la esclava, que despertando á Leonor, la anunciase mi venida, y que sin detenerse un punto, se pasasen las dos en casa de Penado, como que se iban huyendo de mi castigo, y que se estuviesen alli escondidas hasta que yo las avisase. Esto hice, porque acordandome de la voz que dió Leonor entre sueños quando iba determinado á herirla, del trastornarse la luz, del señalar á la muerte, vine á confirmar que estaba Leonor libre de culpa; y así, no quise que se salpicasen los jazmines de su cara con la sangre del adultero Don Vicente; al qual, despues que ella se puso en salvo, le saqué la vida con la primera puñalada, (que es el mayor favor que se le puede hacer al que ván á matar) y dejandole cadaver sangriento, bajé al quarto donde estaba la vieja Doña Mencía durmiendo, bien descuidada, cuyo sueño hice que se acabase á las puertas de la muerte, que fueron las que abrí en su pecho con la punta del puñal. Movióme à tanto rigor la crecida sospecha de ima-

ginar que Don Vicente por gozar á Leonor, y Doña Mencía por vengar el haberme casado sin su gusto habian divulgado las falsas nuevas, inducido testigos, que dixeron haberme visto muerto; que con indicio poco (qual fue el que te dixé, quando reñí en el Prado de San Geronymo) suele ser muy facil entre gente poderosa.

Hechas estas dos muertes, salíme por la mañana á la Plaza á ser admiracion del vulgo, pues todos quantos me miraban, apenas sabian qué preguntarme. Presenté ante el Corregidor mis papeles, é Imperiales Indultos, con que pude asegurarme de la muerte que dí á Don Estevan, y luego en secreto le entregué las llaves de mi casa, para que fuese á ver el fracaso sangriento; entre tanto, me retiré á Santo Thomás, que viendo que Don Vicente, y Doña Mencía tenian casi toda lo noble de la Ciudad por sangre suya, no quise asegurarme con la capa de mi justicia. Hizo ruido en toda la Comarca el lamentable suceso: dividióse la plebe en corrillos, y toda la nobleza en varios pareceres; condenando unos mi rigor, y absolviendo otros mi impaciencia; y como los mas apasionados miraban en verme á mí con vida, que habian sido falsas las pruebas que hizo

Don Vicente para quitarme á mi esposa, oyeron tan sin passion mis disculpas, que á pocos dias me dexaban libremente pasear por los Arrabales de la Ciudad: causa que fue para que yo tambien fingiese el haber buuelto á Leonor á mi gracia, dandome por creído de que todo aquel tiempo habia estado escondida en las Bernardas.

Comencé de nuevo á gozar los frutos de casado con deseos tan afectos de mi querida prenda, que á haber sido culpada, se borrará la culpa con sus muchas caricias, quando no la hubieran lavado sus muchas lagrimas. Al cabo de un año me dió el Cielo una hija de incomparable belleza; traslado en fin de su madre; y porque se la pareciera en todo, la puse su mismo nombre: llaméla tambien Leonor, y yo juzgo, que hasta en correr aventuras la ha llevado poco, pues siempre desde que vió la luz primera, no ha visto sino desdichas, lastimas, y lloros. Alegres pasabamos la vida yo, y Leonor con el fruto hermoso que Dios nos habia dado, borrando con el presente regocijo las pesadumbres pasadas: mas como la fortuna jamás permanece estable, dexó rodar la rueda por un risco de trabajos, dexandome en ellos sepultado, y sumergido. Fue el caso, que en este

tiem-

tiempo vino á Avila nuevo Corregidor ; y aunque despues de informado de mis tragedias me embió á decir que estaba pesoso de mi desgracia ; pero que me aseguraba el proceder conmigo con los mismos disimulos que su antecesor ; con todo eso, el Alcalde Mayor que traía, por ser deudo de Don Vicente, dió en pasear de dia las puertas de mi casa, en rondarme de noche las esquinas. Tuve sentimiento notable de vér, que quando ya la cosa iba tan fria , que las partes interesadas se acordaban apenas de la muerte , hubiese venido este Alcalde á despertar dormidos corazones , á encender muertas cenizas , así le embié un recado con uno de mis amigos , pidiendole por merced, que no solicitase tanto heridas añejas , pues quando estaban vertiendo sangre , se habian disimulado , conocida mi razon. Respondió que venia de la Corte muy empeñado en prenderme ; pero que disimularia lo posible , con tal , que nunca saliese á las Plazas , ni actos públicos , ni osase parecer en su presencia. Con la Justicia no valen réplicas , los fieros suelen dañar , y las amenazas suelen poner la cosa de peor condicion ; así andaba siempre á sombra de tejas del modo que á los principios , hasta que

un dia substituto de un Martes, pues me acarreó desgracias , viniendo de pasearme , con tres ó quatro amigos , vestido de barrio , y con un pequeño estoque en la mano derecha (mas por gala, que por necesidad, el no llevarle en la cinta) nos descuydamos tanto con la conversacion , que llegamos hasta el Mercado divertidos , y apenas en una orilla hicimos corro , quando por la otra parte entró el Alcalde Mayor , acompañado de dos Alguaciles ; y sin divertirse con nadie , como pudo , se fue derecho á nosotros ; y aunque le ví venir , me estube quedo , porque el rumbo de mi natural jamás me permitió bolver las espaldas, aunque fuera á la Justicia , digo por causa tan indecisa , como la mia, ni en parte tan pública como aquella. Llegó , pues , á nosotros , hizo su cortesía , dimosle lugar , y demudado el color , y fixando en mí la vista, me dixo : Dias ha , señor Enrico, que os tengo avisado , que no os pusierais en mi presencia, y pues esto parece no hacer caso.....

Dexóse pendiente la palabra, por echar mano de la accion, pues iba sin decir otra cosa , á abalanzarse á mí como leon desatado ; mas aunque fue el acometer tan repentino, le resistí valeroso , porque le-
van-

vantando el estoque , sobre el qual tenia reclinado el cuerpo, le tiré con bayna , y todo un golpe tan desatinado , que le pasé el pecho de parte á parte , ó ya fuese que la contera hizo el orificio , ó ya que el valor del brazo rompió tambien la contera , porque la interpretacion de algunos , que se habia caído , siempre la tube por mentirosa. Muerto soy , dixo el Alcalde mayor : mis amigos , y demás circunstantes se acercaron á él á mirarle la herida ; (creo fue cautela para darme lugar á que huyese) los Alguaciles turbados , ó temerosos , no acertaron á seguirme : yo viendo la atrocidad de el hecho , me puse en huída , salí por la Puerta de San Vicente , con designio de irme á Valladolid , quando rodeando la cabeza , ví que salian de la Ciudad en mi seguimiento el mismo Alcalde herido , y un gran tumulto de gente , apellidando Justicia con desentonadas voces , y por otra parte algunos Ministros á caballo , corriendo á rienda suelta , por tomarme los caminos , por lo qual considerando que era forzoso el valerme de la Iglesia ; y si pasaba adelante , ponía en contingencia que me prendiesen , determiné quedarme en un Monasterio de Franciscos Descalzos , que estaba algo apartado

de los muros. Entré dentro , y como los mas Frayles me conocian , me recibieron muy bien , é informados del caso , me escondieron en una falsa cubierta , donde era imposible que me hallasen los ingenios mas Alguaciles , ni que me viesen los ojos mas lince , pues aún yo de rato en rato me buscaba á mí mismo , y no era poco hallarme , porque como el hueco , despues que se hizo desván , nunca conoció la luz , ni por brujula de una tabla , ni por la menor grieta del tabique , tan ocupado estaba de obscuridad , y tinieblas , que yo solo me consideraba un bulto de sus sombras.

Ya estaba yo escondido , quando el Corregidor llegó tambien al Convento , con gran tropa de Ministros , y dando primero orden de que llevasen á su casa al Alcalde , que aquejado del dolor , ya comenzaba á partir el campo de la vida con la muerte ; hizo luego que la gente (era infinita la que á la voz del fracaso habia ocurrido) se pusiese en contorno de la Sagrada Casa , con facultad de que cada uno , ó me prendiese , ó matase ; y despues con una cuadrilla de hombres bien puestos , y aderezados , entró dentro rompiendo amenazas , censuras , y atropellando por medio de requirimientos

Eclesiasticos , me buscó en toda la Iglesia , sin reservar á los huecos de los Sagrados Altares. No quedó sotano , ni sepulcro , que no le mirase , no hubo sala , ni desván , que no anduviese celda por celda ; fue desollinando toda la casa , tronco por tronco , buscó por toda la huerta , y escondrijo por escondrijo penetró casi los secretos mas ocultos de todo el Convento , hasta que despechado se salió de él , sin hallarme , al tiempo que ya el padre de la luz bañaba su madexa rica en el profundo Oceano , para prestarle luceros á la noche , que descogiendo sobre el ayre el manto negro , iba cubriendo de sombras los terrestres edificios.

Fuése el Corregidor colérico , ó impaciente , por no haberme hallado ; pero informado , y satisfecho de que yo estaba dentro , hizo que estuviesen de posta toda aquella noche la Milicia , con otra mucha gente de guarda , fuera de muchos deudos que tenia el Alcalde , y los Aguilas , y Bracamontes , que se hicieron de su vando. Fue de modo , que divididos en tropa , cercaron el Convento , y separados á trechos , hicieron lumbres , qual esquadron de pelea , que está lleno de centinelas , ó atalayas. Dexémoslos , pues , aqui , y bolvamos donde

me quedé escondido , que como pasó un buen rato , y el lugar era tan horrendo como te digo , comenzó el alma á bacilar entre angustias , y congoxas ; y el cuerpo á padecer mil inquietudes : la estrechura era tal , que apenas podia rebolverme , la techumbre tan baxa , que no podia levantarme ; del polvo denso , y mohoso tenia en la garganta tapados los organos de la voz ; de las muchas telarañas tenia puestos pavellones en la cara , y cortinas en los ojos , y finalmente bullendome un tabardillo de pulgas en qualquier parte , comenzaban ya á pintarme en todo el cuerpo , quando levantando una pequeña trampa , se asomó un Frayle de aquellos , y me dixo que saliese , que aunque fuera para el cadahalso lo tubiera á dicha , á trueque de salir de aquella tumba , ó calabozo.

Sacaronme , pues , de allí , sacudieronme los vestidos , limpiaronme la cara , y contando-me las malogradas diligencias que el Corregidor por prenderme habia hecho , trataron de que cenase ; comí poco , y de mala gana , porque se estragan los gustos á vista de los cuydados , y sobre mesa me dixeron dos Padres , los mas graves de la Casa , que el camino mejor que habian hallado para asegurar mi vida , era , que saliese aque-

aquella noche de el Convento, porque aunque las guardas eran tantas, trazarian el que á media noche me acompañasen quatro Frailes hasta la parte mas oculta, y apartada de la huerta, y al mismo tiempo abriesen los demás Frailes un pequeño postigo de la Iglesia, como fingiendo querer darme por allí salida, para que acudiendo, como era forzoso, todos los Soldados á la puerta, yo tubiese lugar entre tanto de saltar por las paredes, y que á media legua de allí ya me estaria esperando un mozo con un caballo, porque á esta diligencia fue el Guardian con secreto á mi casa.

La traza, y el ardíd me pareció admirable, y asi no tube que contradecir, sino agradecer mucho los favores que me hacian; y estando en esta conversacion, oímos llamar á la puerta con mucha priesa, cosa que nos puso á todos en cuidado. Acudió el Portero, y conocido ser el Guardian, la abrió al instante, el qual como me juzgaba aún escondido en el desvan, ó azotéa, entró diciéndo con voz algo levantada: qué lastima! qué desdicha! qué desgracia! yo, como qualquiera cosa me alteraba la sangre, y qualquier ruído me ponía en cuidado, oyendo aquellas admiraciones compasivas, alar-

gué mas el oído, y oí que preguntando algunos Frailes, que se salieron al encuentro, la causa de su pena, respondió lastimado: ¡Aí Padres míos! que la desdichada Doña Leonor, del susto y sobresalto que recibió esta tarde, acaba en este punto de dar el alma á su Criador; muerta la dejo, y en mis brazos espiró.

Considera en un corazon amante una flecha de dolor, considera en un marido muerta la mitad del alma, y considera en un paciente originada otra desdicha. Repasa por tu vida, allá para contigo, este tropel de sentimientos, haz allá en tu memoria la distincion de estas penas, y no permitas, que yo me detenga en referirlas, porque si las ponderára como fueron, con desmayados ahogos me vieras muerto en tus brazos. No quiero ponerme en la ocasion, y asi, haciendo parentesis aora el sentimiento que allí tube, voi adelante con mi tragedia. Sabída la muerte de mi esposa, me quise dejar prender, y entregarme á la justicia; mas fueron tantos los saludables consejos de los Santos Religiosos, que hube de mudar de parecer, y sujetarme á su gusto: pero no pudo efectuarse la traza que me habian dado, porque yendo á poner los pies en una escala pa-

ra saltar la cerca, del sentimiento de Leonor, me hallé tan sin brio, me ví tan degollado el aliento, y me consideré con el valor tan desenquadernado, que como si fuera la escala del suplicio, no pude dar el primer paso por ella. Viendome los Frailes de aquel modo, mudaron de parecer, juzgaron por imposible que yo tubiese fuerzas para escaparme del peligro; y así dando cuenta al Guardian, y demás Religiosos, se conformaron todos en que no saliese aquella noche, sino que aguardase la noche siguiente, por ser posible estar yo con mas aliento, y las cosas en mejor estado.

Convenidos en este concierto, trataron de bolver á esconderme, y renunciando yo el lugar donde primero habia estado, y no conformandome con uno de otros dos sotanos en que me dieron que escogiese, tomé por asilo una grande hacina de ramas y leña, que amontonada en un rincon de la casa, tenia bastantes huecos en que poder esconderme. Allí, pues, me entré con dos mantas que me dieron, y bolviendo á tapar con muchos haces la puerta por donde habia entrado, se recogieron todos los Frailes á dormir, y yo me quedé á llorar, que como la fortuna estaba tan en mi contra, poco aprove-

chaba encubrirme, supuesto que ella dió traza para que me hallasen; y es el caso, que como la noche era fria, y ya la lumbre les iba faltando á los que estaban de posta, una guardia de aquellas se determinó á entrar en la huerta, y sacar toda la leña que hubiese menester, y estando subida en la pared de la cerca para executar su intento, como atendió al pequeño ruido que ácia la leña sonaba, y como vió, aunque por bruxulas de la obscuridad, los bultos de los Frailes, que iban y venian á la hacina, hasta que me dexaron en ella bien tapado y oculto; sospechándose lo que podia ser, ó lo que era, bolvió á descender de la tapia, y sin comunicar su sospecha (quizá por ganar solo las albricias) se fue al Corregidor, y dióle cuenta de todo lo que pasaba.

Apenas la Aurora, haciendo los primeros botetes derramaba lagrimas, porque ya el Sol la iba mirando desnuda, quando ya el Corregidor estaba llamando á las puertas del Convento, ó por mejor decir quando ya la hacina de leña (pira ó mauseolo de mi desdicha) estaba rodeada de Ministros, y Alguaciles, que como todos iban siguiendo á quien iba bien en la malicia, no acertó ninguno á divertirse á otra parte. Des-

via-

viaron, pues, mucha cantidad de ramas, y aunque los Frailes pasmados del suceso, procuraban con trazas encubrirme, no fue bastante su ardid, para que dexasen de hallarme. Salí á ser presa de todos mis enemigos, aunque no sin esperanza de escaparme de sus manos, pensando me darian lugar de hallar otro escondrijo. No me fue posible, porque aunque los Frailes andubieron valerosos, resistiendo coléricos impulsos, aunque impidieron romper la cerca, por donde querian sacarme, aunque promulgaron censuras para que no me prendiesen; y aunque cerraron las puertas para que no me sacasen, viendo que ya con una grua iban á echarlas en tierra, y considerando, que á no abrirlas, habian allí de matarme, las hicieron patentes, para que me sacáran á ser egeemplo de la desgracia.

Llevarónme á la carcel, y rodeandola de guardas, pusieron graves penas, que no me hablase alguno. Substanciósese la causa en aquel dia, dandome solas seis horas de la noche, para que respondiese; que para descargos de un triste, y á que no dán lugar á que la luz de su justicia le ayude, aún no quieren permitirle que á la luz del dia se publíquen. Amaneció otra mañana fulminada la

sentencia de que me diesen garrote en la misma prision, y que de allí me sacasen á darme sepultura. No me bastó el apelar, porque en sentencias de priesa, y en sentencias que se acortan los terminos del derecho, siempre les añaden la egecucion sin embargo. Publicóse por la Ciudad el fallo riguroso, y aunque quando me prendieron, hasta las piedras parece que decian, muera, muera; como el Alcalde Mayor aún no habia muerto, antes daban muchas esperanzas de su vida, el Eclesiastico comenzó á agravar mas las censuras, cerrando las Iglesias al son de tristes clamores de campanas, y mis amigos, con mucho de lo noble, y casi toda la plebe, comenzaron á levantar alborotos y motines para mi defensa. Temió el Corregidor arrojar-se al peligro, y aunque la parte contraria insistía en que la sentencia se egecutase al momento, quiso con todo despues de muchas consultas esperar el fin que tenia el herido, y poca fue la espera, pues antes que otro dia amaneciese, ya se publicaba su muerte con llanto y gemidos. Murió el Alcalde, resucitó de nuevo mi delito; sus deudos con mas ahogo comenzaron á desnudar las espaldas de venganza; los que estaban para defenderme

asestaron los tiros en mi contra; los mas amigos se vieron tan desmayados, que ya era todo temores, lo que vistieron alientos; todo confusion, lo que fue arrogancia; todo callar, lo que fue voces; y todo cobardía, lo que llamaron valor. Trocaronse finalmente en un instante todas las cosas; el que ayer se lastimaba de mi muerte, hoy solicitaba que me quitasen la vida; el que ayer abominaba de mi sentencia rigurosa, hoy se quejaba de que me habian dado mui leve la sentencia; lo que ayer eran motines para reservar mi vida, hoy eran alborotos para solicitar mi muerte; lo que ayer con esperanzas se publicaba misericordia, hoy con desesperaciones se pregonaba justicia; y hasta el Sol, que se puso ayer en el Oceano vestido de un nacarado rubí de mil rojos arreboles, en que se atramaron sus dorados rayos, hoy amaneció cubierto de un capúz de mil nubes negras, calado papahigo con que rebozó sus luces.

Viendo tal mudanza, dispuseme á morir con algun consuelo, de que mi muerte habia de ser secreta, que aunque al fin se muere, no se muere tanto como á la vista de un vulgo, cosa que sintieron bien mis contrarios, mas no pudieron remediarla, por estar ya dada

la sentencia. Dos palabras hice de testamento, que me diesen sepultura, y que à Penado se hiciese cargo de la niña, administrandola, hasta que tomase estado, la hacienda; y apenas con dos Padres Jesuítas (que otra persona alguna no consintió el Corregidor que me visitase) hice exámen de mi vida, pidiendo con actos de contricion á Dios misericordia, quando á las diez del día entró el Verdugo aderezando cordeles, y otros instrumentos de su oficio, que á vista del que ha de padecer, son verdaderas sombras de la muerte. Díome, à escusas de los que entraron, un vaso de vino, y pidiendome perdon, me animó para la empresa, aunque con aquella bebida me fui durmiendo, de modo, que quando me dió el garrote, ya falto de mis sentidos, ni puede temer las angustias de la pena, ni púde sentir los dolores del suplicio.

Amortajado pusieron mi cuerpo en una enlutada caja, y con fúnebre aparato, dicen, que celebraron mis exéquias, que por desdichado que sea un delinquente al tiempo de morir, los mas duros se lastiman, y despues de muerto suelen acompañarle sus propios enemigos. Dexáronme en una Iglesia, tendió su manto la noche, recogieronse todos á su albergue cada

cada uno, y sosegado el bullicio, tocaron á recoger las campanas del silencio. Y quando yo me imaginaba en la otra vida, dando cuenta delante del Tribunal Divino, ó que el gentilico engaño me llevaba á la barquilla de Aqueronte, ó que el Católico credito me guiaba al Purgatorio, desperté como de un sueño, tan ahogado de temores, y tan lleno de angustias, que bien fue menester todo el resto del valor para disimular la pena. Despierto estaba, y aún me juzgaba dormido, porque aunque tenía abiertos los ojos, no podia discernir, sino obscuridad, y tinieblas. Unas veces pensaba que todavía me estaba en la carcel, esperando la egecucion del castigo, y otras veces imaginaba, que resucitaba en la tumba á ser pregonero de mis desaciertos. Estube un rato vacilando en confusiones, y quando á vista de mi juicio, me consideré bien en mi acuerdo, quise alargar un brazo para tentarme las prisiones, y halléme los dos prendidos junto al pecho: viendome en vez de yerros con funebres ligaduras, creció el sobresalto, y al primer tiron desechas, salí lo mejor que pude del enlutado ataud, y puesto en pie en medio de la bobeda, en la qual consideré me habian dado sepultura, comencé pa-

voroso á buscar la puerta tentando con las manos las salitrosas paredes, y dando tropezones en algunas cajas desechas, rotos depositos de frias cenizas, y en algunos mondados huesos, reliquias de cuerpos consumidos, encontré con una caja bien aderezada, y cubierta, y diciendo entre mí, ¿quién será el que ocupa este lugar? Oí una voz que me dijo: *Enrico, yo soi Leonor, que descanso; haz penitencia, pues te has librado de muerte.* Qual helado marmol percibí las palabras, qual he dicho de piedra quedé inmobil, y qual insensible me consideré difunto. Con manos tembladoras descubrí la caja, abrazéme con mi difunta esposa, con mi querida Leonor, quando ya el corazon desocupado de el susto, iba á arrojar á los ojos las reliquias del dolor, quando ya las lagrimas, y la pena, anudadas en la garganta iban engendrando ahogos, y quando ya finalmente destapados todos los arcaduces del sentir, me amenazaban desmayos, llegaron presurosos Penado, y el Sacristan, y quitada la losa de la bobeda, entraron dentro con sendas luces, y hallandome de esta manera, quedaron tan turbados, y afligidos, que fue mucho no quedarse allí todos, unos de el espanto de los otros sepulta-

dos. Sacaronme á la Iglesia, aplicaronme agua al rostro, bolví en mi acuerdo, y viendo á Penado, me abrazé de él con suma alegría, considerando que todo habia sido traza de su ingenio. Contóme la grande diligencia que hizo en sobornar al Verdugo con doscientos escudos, que le ofreció en oro, y como los dos secretamente, para que no se descubriese el engaño, maquinaron mil ardidés, y mil trazas, hasta que hallaron la que escogieron por mas util, y secreta, que fue darme unos polvos en vino, con que estando amortecido espacio de diez, ó doce horas, se pudiese fingir el garrote, y el entierro, para que sepultandome en una boveda pudiesen sacarme de ella, del modo que sucedió. Despues que me hubo contado todas estas diligencias, y yo le hube dado los agradecimientos debidos, dejandonos al Sacristan mui contento con otros doscientos escudos, que le libré en Penado, fuera de la paga que él le tenia ofrecida, nos fuimos en punto de media noche á su casa, donde fueron tantos los placeres de Ximena, por verme vivo, y tantas mis alegrías, por ver al pedazo de mi alma mi niña Leonor, vivo dibujo de mi difunta esposa, que en repararlos una, y muchas veces nos

vino á coger el dia, antes que nos hallára el sueño. Estubeme allí oculto una semana, en cuyos dias dispuse mi partida, que fue venir á visitar la devotissima Imagen de Guadalupe, de que siempre fui en extremo aficionado, y devoto.

Cumplí mi devocion, y viendo que lo secreto, y apartado de estas incultas malezas estaban convidando á mis deseos, me dispuse á pasar en ellas el resto de mi vida. Habitélas diez años, sin que de mi tubiese noticia persona humana, mas que unos Labradores humildes, que en una casería distante de aquí una legua, disimulan con ahorros de lo necesario la pobreza que suelen manifestar algunas necesidades. A estos, conociendo en la sencillez de su vivir su noble proceder, les entregué todos los dineros, y joyas que traía, para que remediandose con ellas, me diesen en feudo un sustento moderado, el qual siempre recibí tan lleno de agradecimientos, y con tantas sobras de voluntad, que qual si fuera su dueño, confesaban á mis pies esclavitudes. Pasados estos diez años, considerando que ya mi hija estaria en el umbral de la discrecion, que es quando la voluntad comienza á hacer las primeras puntas al alvedrio, estando como en balanza la inclinacion

cion del gusto ; partíme disfrazado á verla, temiendo no malograrse la flor de su juventud ; y como el paternal amor le conocen los niños desde los primeros gorgéos, desde el instante que Leonor me vió, no quiso apartarse de mis brazos un punto, y llegó á tanto el extremo amoroso, que quando yo quisiera partirme, y dejarla, ella menos de venir conmigo, no lo habia de consentir ; y así haciendole á Penado que echase voz que se la llevaba á Oropesa á entrarla Religiosa, me la traje yo aquí á ser Ninfa de estas Soledades, pues tal vez trás de unas blancas ovejas, y cuyo exercicio gusta, parece al Alva, quando madrugadora camina trás las cabrillas : tal vez vestida á lo villano por las cumbres de estos montes, parece que afrenta al dia, y por la sombra de estos valles, parece que siembra luces ; tal vez si baja de la sierra, la juzgan los arroyos vellon de cuajada nieve, y si en los arroyos se pára, murmuran las fuentes de que se ha cuajado perla ; y tal vez si se recuesta cansada, se duerme nacarada rosa ; y si la aterrorizan sobresaltos, recuerda blanco jazmin. ¿Pero para que te hablo retóricos apodos, quando te he prometido palabras desnudas ? Deslizóse la lengua con la pasion de la sangre,

y no te maravilles, porque quiero referir gracias de lo que se quiere, sin pintarla con el pincél del encarecimiento, se presume falta de habilidad, ó parece tener poco amor. Seis años ha que la tengo en mi compañía, siendo alvergue de los dos la casa que te he dicho, donde creciendo con la comunicacion el trato, con el trato la voluntad, y con la voluntad el gusto, pasamos una vida tan agena de cuidados, que sujetos todos á un parecer, por mas que ha trabajado la discordia, nunca ha podido romper las lazadas estrechas de nuestra conformidad. Leonor, con la labradora, y dos doncellitas suyas, divertida, ya siguiendo las ovejas, ya visitando la labranza, ya en la casa ocupandose en domesticos egercicios, pasa tan contenta, que ni la afligen memorias del ciudadano bullicio, ni la desvelan los pasados aseos de las galas, ni la melancoliza la privacion de los divertimientos. Yo descuidado con ella, me retiro muchas veces á estos montes, para poder mas libre de embarazos continuar mis ayunos, y proseguir mis penitencias. Este peñasco que miras, me dá abrigo muchas noches en un pequeño hueco que oculta en sus entrañas, bostezo obscuro que dió la naturaleza entre estos riscos. Esto que te he

contado es el discurso de mi vida, estas las tragedias que he pasado, estas las soledades que padezco. Si gustas acaso en ellas de hacer asiento, refiriendome primero las causas que te han movido, recibiré consuelo infinito, que á quien está derribado de la fortuna, es descanso oír relatar sucesos; y como ya juzgo los tuyos por notables, quisiera escucharlos para alivio de los míos. Pero porque estarás tan cansado de oírme, quanto con alguna fatiga de lo que has caminado, no quiero oír, con discrecion, tus discursos; sino que los suspendas hasta tener ocasion mas oportuna. Ahora pues, que ya el Sol, minorando las sombras, nos señala al medio día, vente conmigo á la cueba, para que tomando algun refresco, dispongamos el viage á la Alquería, que en ella quiero descanses esta noche, para que por lo menos experimentes algunas verdades de las que te he contado, y para que viendo la apacibilidad de el sitio, te dispongas á habitar estos retiros amenos, que engendran las soledades; que aunque parece que todas son tristezas las que crían, porque tal vez el corazon melancolico se affige, affligido se angustia, y angustiado se desmaya; con todo tienen mil divertimientos que recrean, y mil recreos que animan, los quales quie-

ro que me oigas en unas canciones, que hice en tiempos pasados, combidando á mi hija Leonor á esas delicias de la soledad.

Esto dijo Enrico, y era tanta la atencion con que Lisardo le oía, que con quedarse suspenso, dió á entender que estaba pesado de que tan presto hubiese acabado; y así, agradeciendole con ceremonias corteses la merced que le habia hecho en haberle dado un plato tan sabroso, como sus bien sentidos discursos habian sazonado, le ofreció al instante la relacion de su vida, significandola en cifra mui tragica, y pesarosa. Aceptó Enrico la oferta, y despues que hubieron comido regalos, aunque de soledad, dulces al gusto, tomaron el camino de la Granja ó Alquería, senda tan poco cursada, y estrecha, que borrada por partes con jaras, y sabinas, y á trechos no esculpida por los peñascos, y riscos, fuera camino engañoso de peregrinos errantes; y como la amada compañía con la conversacion gustosa son alivios de estos tropiezos, bolvió Lisardo á Enrico, y le pidió por merced, le digese la cancion que le habia prometido, y él sin dejarse rogar, antes mui agradecido á que quisiese escucharle, hizo alarde de estos versos, que en lo bien desmenuzados, y sentidos, se conocieron ser suyos.

Oye

Oye , Leonor querida,
engendrado pedazo de mi vida,
parte tambien de aquella
que en campos de la Gloria yace Estrella;
pues entre varias calmas,
hecha un todo naciste de dos almas:
oyeme , pues , y escucha mis verdades,
dulces delicias de estas Soledades.

Ya que en tus años doce
la voluntad parece se conoce,
y en tu conocimiento,
hace ya pinos el entendimiento;
y sin creer hablillas,
la memoria ha salido de mantillas,
antes que te diviertan diferencias,
oyeme á mi con todas tres potencias.

Adornada pintura
eres de la hermosura,
hacer megillas rosas,
los ojos soles , con las otras cosas
que encarece el pincel de quien te ama,
remitolo á la fama,
supuesto no pretendo aqui otra cosa,
mas de decir que el Cielo te hizo hermosa.

Pues siendo virgen bella,
y qual puro jazmin casta doncella,
no macules tus años
con lascivos engaños;
y si acaso te tienta el apetito,
acogete á sagrado , dále un grito,
vente á la soledad , y divertida,
haz cuenta que te pasas á otra vida.

Sosiegate del susto,
y si acaso repasas el disgusto
que quiso ocasionarte el pensamiento,
santiguete al momento,
y sin mas rebolver materias tales,
sal del pagizo alvergue á los umbrales;
tiende los castos ojos
por esta soledad , que alivia enojos.

Mira al nacer el día,
 con quanta lozanía
 asoma el Sol su frente
 por las doradas rejas del Oriente,
 rompiendo hermosos velos,
 con los rayos que brillan paralelos,
 desempedrando el coche
 todas las sombras que empedró la noche.

Mira como las flores
 á la vista del Sol cobran colores,
 chupando entre sus hojas
 las lloradas congojas
 que el Alva les dá en perlas,
 sea por complacerlas,
 sea por darles parte de su lloro;
 que no he de hacer verdad yo lo que ignoro.

Desde un copado pino
 verás con que donaire peregrino
 requiebra el Ruiseñor á su consorte,
 siendo á la casa union, felice norte,
 vér que del nido se levanta atenta,
 y escuchando al galán que se lamenta,
 qual melíndrosa daina,
 le brinda con arrullos en la cama.

La tortola viuda
 se levanta sañuda,
 y desde el ramo seco de un lentisco
 sus lastimas le cuenta á un pardo risco,
 con canto tan sentido,
 que alguna vez el monte condolido,
 ya que no puede remediar sus males,
 con ecos la acompaña en casos tales.

Sin pena de esta triste,
 en un sauce verás que pule, y viste,
 sus plumas la calandria, tan airosa,
 que hai ave que embidiosa
 se levanta del nido,
 y al ombro (como dicen) el vestido,
 á un arroyo se vá, y en sus espumas
 con jabon de cristal lava sus plumas.

Para gozar mejor de esta armonía,
deja que caiga el día,
pasa en tu alvergue la abrasada siesta,
y en viendo que se apresta
la tarde deleitosa,
al pie de una haya ojosa
puedes tomar asiento, que en sus faldas
te hará un rico tapete de esmeraldas.

Mira desde allí atenta
con el modo, arte, y cuenta
que las aves acuden á la escuela,
verás que se desvela
en pasar sus lecciones cada una;
y al decir, lean, lean, no hai alguna,
que cese el repetir con dulces quiebros
quejas de amor, ó con amor requiebros,

Quando ya estés cansada
de escuchar la armonía concertada,
espaciate en la selva,
y antes que el Sol se vuelva
á su dorada casa,
mira como de un monte al otro pasa
el mas galán venado,
con penacho de puntas bien armado,

Repara atentamente,
y verás como bajan á la fuente
sedientos animales
á templar el calor con los cristales;
y sobre el ser primero, en un momento
levantan todos un motin sangriento,
saliendo alguno de ellos tan herido,
que en sangre deja allí lo que ha bebido,

Al lobo carnívero
verás tal vez cargado de un cordero,
meterse entre las peñas,
y haciendo algunas señas,
llama al cachorro que dejó en la gruta,
y allí á su usanza bruta,
destrozando sin plato, ni trinchante,
le meriendan los dos en un instante.

Soledades de la Vida,

Si un poco mas te alejas,
hallarás mil egércitos de abejas,
que para sus labores
ván á cortar lo dulce de las flores,
y de ellas bien cargadas,
buelven á sus casillas concertadas,
las quales labran en los anchos huecos
de broncas peñas, ú de troncos secos.

Aquí puedes atenta
reparar en el orden, traza, y cuenta
con que todas acuden al trabajo,
todas ván á destajo;
y quando no imagines,
verás de esta taréa opímos fines,
pues tal vez se abre un tronco, y corren fuera
fuentes de miel por margenes de cera.

Quando trás el ganado
quisieres divertir algun cuidado,
vé siguiendo sus huellas,
que donde pongas tu las plantas bellas,
florearán tomillos,
y en viendo flores ya los corderillos,
pensarán con retozos que eres Maya,
y te darán mil topes en la saya.

Quando el tiempo se heriza,
porque ya ventisqueea, ó ya graniza,
sal, y verás la sierra
hecha de nieve ya, si antes de tierra,
por cuyos riscos altos,
bajan trepando á saltos
mil desechas vertientes,
unas á ser arroyos, y otras fuentes.

Verás que hai fuentecilla que se atreve
á descender por margenes de nieve;
corriendo bulliciosa
hasta el repite de la tierra umbrosa,
donde, como el Sol no vé los rayos,
siente helados desmayos;
y de tal suerte se limita, y ata,
que se cuaja en carambanos de plata.

Quando el Invierno fuera,
entra á reinar la hermosa primavera,
mira quan sin congojas
los arboles se visten nuevas hojas,
los campos reverdecen,
las flores nacen, y en sus matas crecen,
tan sin melindre, tan en todo airosas,
que á un sollozo del alva se abren rosas.

Mira que alborozado
se vá vistiendo de galán el prado,
con tela de colores,
que tegen yervas, y la tramen flores,
dándole sus tapetes,
por plumages compuestos ramilletes,
y una garganta que se vé vecina,
le ciñe sus cristales por pretina.
Sientate allí á mirar qual se desata
de un arroyuelo la sonora plata,
que entre doradas guijas,
ó ya las llames trastes, ya clavijas,
tan ayrosa se toca,
que verás muchas veces que provoca
á las aves que dejan sus estancias,
por venir á escuchar sus consonancias.

Al margen, pues, te sienta,
que si llegas sedienta,
de gotas salpicadas,
en tus faldas verás perlas quajadas,
donde tal vez pintados pajarillos,
que la cogen verás en sus piquillos;
y si tu agrado á ello los provoca,
te la pondrán al labio de tu boca.

Esto es la soledad, hija querida,
á esto te combida
un padre que te adora:
aqui serás señora,
aqui tendrás descanso, aqui reposo,
aqui, siendo Jesus tu dulce Esposo,
pasarás esta vida transitoria
hasta la eterna vida, que es la Gloria.

SOLEDAD CUARTA.

EN lo mas apacible de el dia, quando el Sol se señorea mas entre las luces, quando la luz comunica mas sus lumbreres por las vidrieras del Sol, y quando las sombras son tan pocas, que á fuerza del resplandor quedan deshechas, caminaban mano á mano Eurico, y Lisardo, como ya diximos, á la Alquería de el Labrador Feliciano, que con su casa y familia habitaba lo inculto de aquellos montes. Y aunque la jornada era mui corta, y lo frondoso de la espesura la hacía mas favorable, en breve rato se vino á convertir en penosa y desabrida. Levantóse en medio de la tranquilidad una borrasca, y en el mayor sosiego comenzó una tempestad á quebrantar las paces de la quietud, barajandose los vientos con tan densos remolinos, y enlutandose el aire con nubes tan obscuras, que ya lo que fue apacible, se convirtió en aspereza; lo que antes fue dia, pareció amagos de noche; lo que se vió luz, apareció tinieblas, y lo que antes sereno, se vistió de enojado: al ruído de los truenos crugian los montes, retumbaban las cabernas, y se espeluzaban los riscos; al fuego de los relampagos la vista se abochornaba, y llenos de horror y espanto los animales, buscaban lo oculto de sus cuevas, y las aves el asilo de sus nidos. Al ímpetu de los vientos se desgajaban los robles, los pinos se arrancaban: y la encina mas robusta se desquadrnaba de sus quicios. Al raudal de la lluvia se desmoronaban los cerros, los arroyos mas humildes se ensobrevecian, y las aguas mas claras quedaban tan turbias, que por mucho que trabajaban en esclarecerse, no podian bolverse á sus primeros cristales. Compelidos, pues, los dos caminantes de semejantes inclemencias, despues que ya el agua los tenia bien mojados, y el aire maltratados, y oprimidos, se apartaron del camino, y enderezaron los pasos á una gruta, que aunque les hizo mala cara, segun estaba de obscura, los dió albergue todo el tiempo que duró la tempestad: cesó de llover á tiempo que ya el dia iba trasponiendo los montes del Ocaso, salió el Iris á divulgar las paces, y serenóse el aire con apacible bonanza. Bolvieron á su camino ya casi en los preambulos de la noche, y llegando á un alto, de donde se divisaba la casería, vieron que por un collado iba descendiendo la pastorcilla Leonor

trás

trás el rebaño de sus pintadas cabras, sin que el rigor de la tarde la hubiese entristecido, ni el miedo de andar sola la hubiese puesto en cuidado. Llegóse Enrico á ella, y con paternal amor la recogió en sus brazos, y la llevó de la mano hasta que llegaron á la casa, donde fueron bien hospedados y recibidos. Feliciano, y su muger Eugenia cuidaron del nuevo huesped Lisardo, que así lo previno Enrico, fuera de que por su presencia merecia qualquier noble acogimiento: mudaronle las ropas, y en tanto que se prevenia la cena, le pusieron un asiento al calor de una grande lumbre, refugio á que se iban llegando todos los que estaban mojados, y con frio. Filis y Belisa eran como Damas de Leonor, y así con mil abrazos y caricias la llevaron á su aposento, y habiendola puesto otro vestido, la bolvieron á llevar á los brazos de su padre. Dos hijos de Feliciano despues de haber albergado unos bueyes, y puesto en orden otras cosas necesarias al cuidado de su oficio, se acercaron tambien á el fuego, dandole á Enrico mil bienvenidas. Estaba Lisardo mui atento á la disposicion de la casa, mirando con el brío que el viejo mandaba, con la solicitud que la muger disponia, y con la sal y donaire

que las dos hijas aderezaban algunos rusticos manjares, los mozos tan callados, que en su callar se manifestaba su obediencia, y todo en fin con tanto aseo, que mas parecia gobierno de un Palacio, que disposicion de rustico albergue. Mientras Lisardo atendia á estas cosas, estaba Enrico baciando entre muchas confusiones, á causa de echar á una persona menos, que pocos dias habia que por cuenta suya habitaba tambien aquella Granja; esta era Teodora, aquella Dama penitente, que diximos que habia guiado Enrico á esta Alquería, para que pudiese con algun alivio pasar la aspereza de las soledades; y como por diligencias que hacia con los ojos, mirando ya á la puerta, por si entraba, y á todas partes por si la descubria, no hallaba descanso para su inquietud; se resolvió á preguntar por ella, diciendo: ¿Cómo no parece aqui Teodora, en qué está ocupada, quando mas por ella que por Leonor, he venido á esta visita? Callaron todos, mirandose los unos á los otros, hasta que Leonor para que su padre se aquietase, y para que los demás saliesen de aquella duda, dijo: Padre, y señor mio, ya se despidió Teodora para siempre de esta casa, porque decia, que vivir aqui,

antes

antes era comodidad, que penitencia; antes regalo, que mortificación: pues mis lagrimas no fueron poderosas para detenerla, ni mis ruegos bastaron para ablandarla, no hai que cuidar ya de su venida. El lugar que ha escogido para su morada, me es notorio debajo de juramento, que á nadie he de decirlo; mas de dos leguas está de aqui distante, cueba tan oculta á los ojos humanos, que aún para los que saben, son menester señas para haber de hallarla: lo que llora es tan sin tasa, que ya está consumido lo brillante de sus hermosos ojos; lo que suspira es tanto, que enternece á las peñas; lo que ora es tan continuo, que hai noche que la pasa velando en oracion; lo que come es tan poco, que en mas de una semana no ha podido acabar un pan que la dí; y en fin, lo que se mortifica es con tanto exceso, que ya tiene sus carnes deshechas y denegridas: antes de encerrarse en esta caberna, la acompañé un dia al Monasterio de Guadalupe, donde hizo una confesion general, y visitó aquella santa Imagen de nuestra Señora, con unos afectos tan entrañables, y devotos, que en qué me ví de reprimir las fuentes de lagrimas que vertia. Esto es, padre, lo que sé de Teodora, y asi el

hallarla menos no te enoje, quando está mas bien ocupada en el servicio de Dios.

Dijo Leonor, y Enrico quedó mui gozoso en saber los buenos principios que daba Teodora á su prometida penitencia, y asi dijo á los circunstantes: Tanta es la sabiduría de Teodora, tanta su virtud y santidad, que nunca esperé yo menores frutos; y porque quedeis entendidos, sabed, que toda la penitencia que hace, es por solo un mal pensamiento que tubo, sin que se le pueda objetar otro pecado: y asi, querida Leonor, como amante te ruego, y como padre te mando, que mientras Teodora viva, la visites, la regales, y la sirvas; tomando los consejos que te diere, aprendiendo en sus palabras, y egercitando sus obras. Temela como á señora, y obedecela como á Maestra, y quierela como á Madre, que bien satisfecho estoi que has de hallar en ella tanta doctrina, que no necesites de mis avisos, y amonestaciones. La prevencion de la cena no dió lugar á que Enrico se alargase, y asi tomando asiento, se acercaron á la mesa, si no rica ni magestuosa, por lo menos limpia y aseada; pero reparando en que Lisardo no se movia de aquel lugar que ocupó primero, llámole Enrico con nombre de ami-

amigo (porque aún no sabia su nombre , ni quién era) á quien Lisardo respondió con un suspiro lastimoso : Dejad , señores á este desdichado , pues soi el mas malo que ha nacido en el mundo. Diciendo estas palabras , cayó en el suelo amortecido , siendo confusion de todos quantos le miraban : bolvió en su acuerdo poco á poco con los ojos rosados en lágrimas , y dixo : ¿ Si Teodora inocente está ayunando ; por qué ha de comer Lisardo , siendo toda la culpa ?

Como yá Teodora , por no callarlo todo , habia dicho á los de la casa , que la causa de retirarse á la soledad , era haber hecho dár la muerte á un Lisardo , que tubo por amante , y aora escucharon lo que Lisardo decia , siendo de todos juzgado yá por muerto , y mas de Enrico , que ayudó á enterrarle , creyendo que era persona del otro mundo , huyeron casi todos , desamparando la mesa , tan llenos de horror , y espanto , que alguno del mucho temor no acertó á huir , y otros del miedo se encerraron en los aposentos , apellidando , que era el alma de Lisardo , que andaba en pena por aquellos montes. Solo Enrico mostró su antiguo valor , no moviendose de su lugar , sí bien atemorizado del espanto : y no fue po-

co alivio para Lisardo , porque viendo que huían todos de su vista , tan medrosos , sospechando que se habia demudado su gesto , ó que era alguna fantasma la que veían , casi intentó huir como los demás , yá que no podia huir de sí mismo. Preguntóle á Enrico , ¿ qual era la causa de aquellos miedos , que habian añadido nueva confusion á sus muchas confusiones ? Y Enrico le respondió , que solo saber que él era Lisardo. ¿ Pues tan malo es Lisardo , replicó el affigido Caballero , tan malo es Lisardo , que huyen todos de él ? ¿ tanto han campeado mis delitos , que yá se saben en estos yermos ? ¿ tan buena fama es la mia , que no hai quien me mire á la cara ? Si estais muerto dixo Enrico , y quizás por permission de Dios venís á purgar en esta forma vuestros pecados ; ¿ por qué os maravillais de que nos atemorizamos los que aún vivimos en el mundo ? ¿ cómo muerto ? respondió Lisardo , ¿ quién me ha levantado esta mentira ? A los Cielos pongo por testigos , vivo en esta carne mortal ? Y si otro cuerpo fantástico representando mi persona , quiere causarme á mí confusion , y á vosotros temores , por Dios os pido que depongais el miedo , y dandome atencion , escuchéis todo el cuento de mi vida , don-

de hallareis tragedias que os espanten, y casos que os atemorizen. No sé que verdad se tenga lo que decís, (bolvió á replicar Enrico) supuesto que conociais à Teodora, y os publicais Lisardo, al qual yo mismo con estos brazos le dí sepultura en el Hospital que está en medio de estas espesuras, despues que atravesado en un caballo, le tragimos de un pequeño monte, donde le hallé con tantas heridas, que aún la misma Teodora, que le tenia en su regazo, no le conociera si no fuera por los vestidos. ¡Aí desdichã, (respondió Lisardo) y cómo por todas partes me persigues! Aí Enrico, amigo! y cómo yá soi deudor de otra vida, y yá tengo otra desgracia mas que llorar, y gemir, ese hombre que enterrasteis no era Lisardo, y si quereis saber quién era, venid todos, y escuchadme atentos, para que quedeis libres de esos juicios, quieteis esas sospechas, y oír mi nombre no os cause esos sobresaltos, y esos miedos.

Con estas últimas palabras de Lisardo, se quedó Enrico asegurado, y los demás, que escuchaban desde fuera, cobraron valor; y asi considerando que hacer nuevos desvíos, antes seria necedad, que miedo, bolvieron á salir todos de los escondrijos que el temor habia

repartido á cada uno: Holgóse mucho Lisardo en verlos, y asegurandolos con mil promesas, que era otro del que imaginaban, les pidió mui cortés, y comedido, que cenasen, y yá que su venida les habia causado tantos sustos, no por su causa se quedasen sin el ordinario sustento. Cenó tambien Lisardo, por no dár lugar á excusas; que muchas veces la prudencia hace plato á la cortesia, aunque contradiga el gusto. Y en tales ocasiones, mas vale que coma el abstimente, forzando su voluntad, que no que la hipocresia se entre secreta, viendo abierto algun resquicio.

Levantaronse las mesas, dieron gracias al Señor, mostróse Lisardo agradecido, porque el pecho hidalgo, mas agradece un pequeño favor, dado con buena intencion, que un grande banquete hecho con poca voluntad. Despues de muchos cumplimientos bolvieron á la lumbre, cercandola en contorno, y aquella con tanta quenta, que no hubiera que notar; que en la casa que se vive con recato, y compostura, hasta en el tomar asiento hombres donde hai mugeres, padres donde hai hijos, hermanos donde hai hermanas, y criados donde hai mozos, es justo que haya orden, y distincion. Enrico, y Feliciano tomaron á Lisardo en medio;

dio; Eugenio, con Filis, y Belisa se arrimaron á una parte, Leonor se aplicó con Filis, y los hijos, y criados ocuparon la otra vanda. Quando Lisardo vió que la atencion de todos le decia que comenzase, despues de atropellados algunos suspiros, que le anudaban la garganta, y despues de enjutas las lágrimas, que le cegaban los ojos, tendiendo la vista á todas partes, comenzó á decir en esta forma:

En Cordoba, Ciudad casi la mejor de la Andalucia, y una de las mas insignes de la Europa, situada en los llanos de la gran Sierra Morena, por donde el cristalino Betis, derramando cristal, fertiliza, y hermosa alamedas, y jardines, tube mi nacimiento, heredando desde el nacer sangre tan noble, que nunca estube embidioso de otros, que por mas poderosos, se juzgan mas illustres: ojalá que mi fortuna me hiciera entonces de suerte mas humilde, que así no le quedára cumbre de donde derribarme: pues es mejor de humildes principios subir á ser algo, que no de partes altas bajar á ser nada. Aunque eramos tres hermanos, y yo el menor de ellos, nunca tube mira á que necesitaria de los alimentos del primero, ni del patrimonio del segundo, porque en la casa de

mis padres habia sobrado para todos. Paso en silencio los años de la puericia, la buena crianza, y las primeras letras, y algunos egercicios, que á personas de mi porte les eran permitidos. Hallandome en los umbrales de la juventud, piqué tanto de galán, que algunos fisgones quisieron rotularme de Narciso.

Quise pretender una Dama siquiera por enseñarme á enamorar, que algunos cogen este camino, y se vienen á hallar tan enseñados, que á no ser ellos mismos los maestros, maldijeran hartas veces la enseñanza. Para no errar en la eleccion, lo pensé de espacio, hasta que pasando un dia por una calle algo oculta, ví que dos Damas se estaban hablando desde sus balcones, á causa de tener juntas las casas, y reparando en la estremada belleza de la una, y de la otra, casi quedé enamorado de las dos, por no hacer agravio á ninguna. Dí desde entonces en pasear la calle con tanta frecuencia, que comenzaron á publicarse mis galantéos; que querer que el amor esté encubierto, es hacer cuerdo al amor. Isabela, y Doña Angela eran los nombres de estas Damas, las dos de una edad, y un Angel cada una de las dos. Muí dudoso estube en declarar-me, mas vien-

do una tarde á Isabela , como Doña Angela no parecia , me robó tan de golpe toda la voluntad , que me hallé esclavo quando pensé libre. Entonces para darle á entender mi declarada aficion , tomé la pluma , y escrivila este papel.

Carta de Lisardo á Isabela.

Si á quien le dán á escoger , dice el refrán que le dán en qué entender , significando la dificultad en que le ponen ; mayor será la mia , pues que me pongo á escoger en lo que no me dán , ni yo merezco ; mas si el

amor para ser amor no ha de ser cobarde , por doctrinarle bien á los principios , quiero comenzar á atreverme ; y así digo , que de las hermosuras que he mirado , la mas digna de escoger es vuestra hermosura : y pues he tenido tan buen acierto en elegir , permitidme la licencia para amar ; que aunque yá me es forzoso amar sin licencia , no quisiera que os enojase mi amor : esto os suplico , y que paseis vuestros divinos ojos por estos versos , que sin tomarlos de nadie he escrito , para significar mi buen acierto.

Visteis dos rosas al nacer el dia,
las dos lozanas , y las dos hermosas,
quien fue á escoger la una de estas rosas,
dudoso estuvo en ver qual tomaria.

Cada qual tan brillante parecia,
que parece apostaban de embidiosas,
y por no hacer reparo en pocas cosas,
cogió las dos quien sola una queria.

Asi yo quise , viendome dudoso,
no escoger entre dos beldades puras,
mas dijome el amor que era forzoso.

Y aunque el miedo de errar me dejó á obscuras,
escogí de Isabela el Cielo hermoso,
y no quise buscar mas hermosuras.

Tube por respuesta una esquivéz , coloreada con las excusas que quiso ; que á una muger jamás le faltan razones para excusar lo que le piden. Quedéme por una parte ofendido , y por otra mas aficionado ; que

muchas veces la voluntad , por el mismo caso que la desprecian , ama con mayores ansias. Bolví á escribirla , y respondióme con silencio ; llevé música á su calle , y no quiso oirla ; continué los paséos , dióse por des-

contenta; quejéme á sus rejas, y despidióme desabrida. Llegaron á tanto los extremos míos en amarla, y suyos en aborrecerme, que me salió á los ojos la pinta de mi enfermedad, porque todos los Caballeros de mi porte, unos por amigos, y otros por curiosos, comenzaron á darme cordelejo, solo con decirme que estaba enamorado; y como era tan verdad, aunque los desmentía, me quedaba convencido, viendo que hallaba la prueba en mi desasosiego. El secretario de mi pasión era un criado, aunque bufon, y entretenido, mui fiel, y mui leal, llamado Camacho; y como éste vió el poco fruto que habia de sacar de mis porfias, me dijo un dia, llamandome á parte: Señor, ¿para qué te cansas en pretender á Isabela, si yo estoi mui certificado que se corresponde con Don Fernando mas ha de dos años, á fin de casamiento? Muda de parecer, pues hai hartas Damas de tantas partes como ella, y alguna, que sé yo que está muerta por tí. Era Don Fernando un Caballero mui noble, mas rico que yo, y que no se preciaba de menos galán; y así temí la partida, porque pretender echar de la posesion á un poderoso, otro que no tiene tantas fuerzas, si es con justicia, aún parece temeridad;

y si es sin ella, es una locura confirmada. Y así por hacer prueba de mí mismo, en quanto á mudar de parecer, le respondí á Camacho, que si los amores de Don Fernando, y de Isabela eran ciertos, cosa que causaba mil desconfianzas para mi pretension, me dijese quien era la Damá que tanto me quería. Bien me recelaba yo que era Doña Angela; y así me dijo ser ella, de que no me pesó, por ser, como he dicho, de tantas partes como Isabela, así en la discrecion, y hermosura, como en el origen, y prosapia.

Estube algunos dias ensayandome á mudar la voluntad de una en otra parte, despreciando á mis solas á Isabela, y diciendola mil oprobios, haciendola mil agravios; y por el contrario, fingiendo con Doña Angela mil ternuras, significando finezas, y diciendo mil requiebros. Ensayo es tan dificultoso, que no ata poco un alma despues de haberlo repetido un millon de veces, si queda amante de lo que no quiso, y sin amor para lo que ha amado. Aún enseñarse á querer, facilmente se aprende, y mas si la voluntad está libre; pero enseñarse á olvidar lo amado, mui dificultoso es para una voluntad. Era tanta la solicitud de Camacho en procurar que

olvidase á Isabela, que no contento con significarme el amor que Doña Angela me tenia, dió traza para que ella, contra la autoridad de su decóro, me escribiera un papel, que por ser tan bien notado, le referiré á la letra, siquiera porque disculpeis desde el principio mi mudanza. Este fue su tenor, oidle:

Papel de Doña Angela á Lisardo.

Aunque escribir una Dama á un Caballero padece achaques de liviandad; pues deja al arbitrio, ó que juzgue que la Dama se combida, ó que sospeche que es indiscreta la Dama; con todo Señor Lisardo, me he determinado á escribiros, porque si en algun tiempo os diere algunas quejas, sean con causa justificada, y si en alguna ocasion me hicieris cargo, tengo yo en mi favor la defensa. Digo, pues, que ha muchos dias, que tenéis escandalizados estos barrios con los paseos tan frequentes, con las músicas tan demasiadas, que los que no saben, como yo, que son por Isabela; juzgan temerariamente de mil Damas de esta calle, cosa que redunda en inquietud de muchos maridos, en desdoro de algunos padres, y en detrimento de muchas doncellas. Es el caso, que como es notoria la comunicacion de Don Fernando con la

Dama que pretendéis, todos lo que juzgan, como vén atajado aquel paso, discurren por las demás; y como soi la mas cercana, presumen que soi yo (como si el serlo no lo tubiera yo á dicha) la causa de vuestro desasosiego; y asi, hai amiga que yá me dá parabienes, y contraria que quiere ponerme impedimentos. Esto me obliga á suplicaros, ó que os declareis mas con Isabela, ó que no deis lugar á que quedandome sin vos, me llamen vuestra Dama. Y si el salir con vuestra empresa es falta de quien aliente vuestro amor, mandadme, si quereis que yo sea la intercesora, que estoi tan aficionada á lo que padeceis amando, que á trueque de veros con gusto, solicitaré mi propia desventura.

Con este rebozo ingenioso, con este disfráz discreto, me dió á entender Doña Angela su aficion honesta, sin que del darmela á entender pudiera presumirse arrojamiento; que tambien hai en el fuero de la modestia modos para declarar una pasion sin declararla, y para significar un amor sin decir te quiero. Yá parece que mi voluntad se iba careando al nuevo objeto, segun el gusto que recibí con el papel; pero consideré, que tambien pareceria mui facil mi valor, si al primer embite declaraba mi

mudanza, que un hombre no ha de apartarse de lo que pretende, por imposible que sea, menos que lo que le aparta no esté muy seguro; y así, para mayor prueba de este querer, quise no darme por entendido, antes respondí sumamente apasionado de mi antiguo amor, diciendo:

Papel de Lisardo á Doña Angélica.

Culpado, Señora mia, en lo que me decís, os pido perdón á vuestros pies, que no me le habeis de negar, quando os prometo mi enmienda. Aficionado, como sabeis, quiero valerme del auxilio vuestro, para mejorar tan malos ratos como he pasado; que aunque Don Fernando galantéa, y el que le escuchan es su mayor favor, mayores favores me prometo si sois mi intercesora. No os parezca arrojado suplicaros lo que me ofreceis, que á no estar entendido de la grande amistad que profesais con Isabela, antes me muriera callando á manos de mi tormento, que os diera disgusto, pidiendoos cosas contra vuestro decóro. En fin, os hago mi abogada, rogad por mí á Isabela, que aunque vuestro ruego no la ablande, quedaré muy consolado de que hayan intervenido vuestros ruegos; pues á vista de tantos desengaños, la voluntad

cautiva será posible que quede en su libertad.

¡Oh lo que puede la discrecion! ¡Oh lo que vale un pecho noble! pues habiendo Doña Angélica recibido esta respuesta, que no la merecia su amor, ni su hermosura, me respondió tan contenta como si yo la hubiera dicho que la amaba, ofreciendome que haria todos sus poderios para reducir á Isabela á mi amor, y voluntad, dandose por muy dichosa en haber recibido letras mias, prometendose parabiene de estar empleada en mi servicio. ¿Qué corazon de diamante no se desnudára de lo ingrato, y se vistiera de lo agradecido, viendo tanta prudencia en tanto amor, tanta paciencia en un agraviado pecho, y tanta cortesía en un alma ofendida? Solo mi corazon pudo ser el protervo, y obstinado; pues conociendo los quilates de este amor encubierto, me dejaba sin vida considerar que se habia de acabar el amor de Isabela; sin advertir entonces, que esta ingratitud que yo usaba con quien me queria, era la que usaba Isabela conmigo, por lo mucho que la amaba. Sucedió un fracaso que me sacó de mi engaño; y fue, que una noche calorosa salí solo con Camacho á tomár el fresco por las orillas del Betis, y estando (como siempre) imaginan-

do en Isabela, yá culpando su esquivéz, yá maldiciendo mi fortuna, vimos pasar un coche por junto á nosotros; y reparando Camacho, como mas entretenido, en quién era el dueño, conoció que era de el padre de Isabela; la qual sola con su amiga Doña Angela habian salido á divertirse. Apenas ví tan buena ocasion, quando advirtiendole á Camacho que me avisase en pareciendo gente, me embocé lo mas que pude, y sin que me sintieran, me llegué al estrivo de el coche, donde pude escuchar; sin ser visto, algun rato de la conversacion que las dos llevaban. Oí á Isabela que decia: Amiga Doña Angela, confieso, como dices, que soi ingrata al mucho amor que me muestra Lisardo, pues yá que no correspondo á sus ruegos, aún no le despido con buenas palabras; pero maravillome que siendo tú tan bella, que mereces ser estimada, y siendo Lisardo tan galán, que puede ser querido, vengas á rogarme que le tenga aficion, que mude de parecer, y le muestre voluntad, cosa que para creyda trae poco de aparente, pues solo á mi cortesía se reserva el darte credito. Respondió Doña Angela: Si acaso vás á sacar por ilacion de lo que dices, que con cautela te hago estos ruegos,

porque estaré zelosa, quiero adelantarme, y decirte que amo á Lisardo con un amor mui crecido; y fuera con estre-mo á estár correspondida de él; pero tengo tanto valor, que no soi de las damas que buscan galanes, aunque no las quieran, y procuran que otras no los amen, para con mas seguro atraerlos para sí. No soi, Isabela, de estas, y asi el rogarte por él, no es aficion, antes cordura; no son zelos, antes valentía; fuera que de hacer este recado dí la palabra á una persona que quiere bien á Lisardo, que fiado de la amistad de las dos, creyó con mi súplica solicitarle el remedio. No echaba yo por ese atajo, replicó Isabela; antes iba á sospechar, y perdona, que he de decirlo, que estabas aficionada á Don Fernando, y que por verle libre, yá me entiendes, no hai que explicarme mas. Jesus mil veces! respondió Doña Angela, haciéndose cruces, ¡y qué sospecha tan maliciosa has tenido de mí! Pues para que te desengañes, te empeño mi palabra, que en el mas minimo pensamiento no te he ofendido en esta parte; porque si alguna persona me debe aficion es Lisardo; y mira lo amiga que soi de dár gusto, pues vengo á hacer-te ruegos contra mí propia; y si he de hablar claro, solo es por-

porque me dá pesadumbre que sea una muger ingrata con quien amante la desea , y marido la pretende.

Tan embarazadas iban las dos en esta plática , que les durára mas tiempo , á no impedirla la curiosidad del Coche-ro, que por bañar los Caballos, metió el coche por el rio , cuyas aguas brumadas de las ruedas, unas arrollandose espumas, quedaban sonora plata , y otras salpicandose vidrios , bolvian á ser cristales ; y como en la mayor bonanza rebuelve una tempestad , y en el pielago mas líquido se encuentra con una roca ; quando mas sereno el coche sulcaba el baño fugitivo, no le faltó un escollo , que hecho tropezon de la una rueda, le sumergió entre las aguas, dejando hecho sepulcro lo que fue pabellon , bobeda lo que fue casa , tumba lo que antes tienda , retrato al vivo de la poca seguridad de la vida , pues quanto mas descuidada , se halla en brazos de la muerte. Yo que me habia quedado á la orilla confuso de haber oído la aficion de Doña Angela , pues á no ser yo quien la escuchaba, no lo creyera ; así como ví la tragedia yá á mis ojos, desembolviendome del ferreruero , y soltando allí la ropa que me podia dár mas embarazo , me abalancé al rio , y llegando

al coche , en cuyo hueco yá las aguas habian tomado posesion, hallé á un lado sin aliento á Isabela , y al otro casi muerta á Doña Angela , la una marchita rosa con el susto ; la otra muerto jazmin con el desmayo ; cada una amortiguando el carmin que les escupió á la boca , y las dos brotando en perlas el agua que las asomó á los ojos. Sin detenerme en lo mucho que hai que considerar en una hermosura quando está rebuelta , cogí á Doña Angela en los brazos , primero que me acordára de Isabela. Yo proprio me admiré de la accion , y juzgando que habia sido descuido de la prisa , quise bolver á dejarla , y echar mano de Isabela ; pero hallé en esto tantos embarazos , que tube por mas acierto sacarlas á las dos juntas ; y así , hecho Atlante de sus hermosos Cielos , quise vadear las aguas. Aunque previne todos mis alientos , hallé ser imposible , porque las muchas ropas eran estorvo , y el estar mojadas era mucho peso , por lo qual , considerando que en sacarlas juntas á las dos, arriesgaba las vidas de los tres , me determiné á dejar en el agua á la una hasta haber puesto á la otra en libertad. Aqui yo me acordé que era Isabela la que yá queria , pero representandome entonces en ella , no el amor

amor que yo le mostraba, sino la ingratitude con que me correspondia; y al contrario, mirando en Doña Angela, no mi desamor; sino su voluntad; no mi desconocimiento, sino su razon: solté á Isabela, no tan en el peligro que no fuera socorrida de Camacho, y de el Cochero, que yá desembueltos del espanto, habian llegado á ayudarme, y abrazado solamente de Doña Angela, la saqué en salvo á la ribera; y buelta yá en su acuerdo, me dixo que no queria darme allí las gracias, sino en su ventana, donde me aguardaria la noche siguiente. No hubo lugar de mas razones, porque en breve rato acudió tanta gente á la fama del fracaso, que para no darme á conocer, hube de valerme de la diligencia.

Mojado de la suerte que podeis considerar, dí la buelta á mi casa, pasando un rato entretenido con los dichos de Camacho, que no pudiendo creer que el dejar á Isabela en el rio, y sacar á Doña Angela habia sido eleccion mia, sino engaño, venia con sumo regocijo, diciendome aquello de Dios ha visto las marañas, y asi ha permitido que Doña Angela te haya cogido en el garlito. Eran mayores sus contentos quando yo le respondia, que yá no queria otro amor mas que Do-

ña Angela; luego tratábamos de lo sentida que habia quedado Isabela; y representabalo Camacho tan al vivo, que como él la sacó, notó tan bien sus acciones, que yá no podia reportar la risa, oyendola decir: ¡Ah traidor! ¿ésta era tu voluntad? ¡oh falso! ¿en el rio me arrojás? ¡ah desconocido! ¿mas vale Doña Angela que yo? Pero no pararon aqui los sentimientos de Isabela, sino que me contaban despues, que de corrida no salia donde la vieran, y de zelosa se mordía las manos; proprio de mugeres quando las quieren, engreirse, quanto mas las solicitan enfadarse; y si las dejan, darse por ofendidas; y si vén buscar otras, apellidar venganzas. La causa de este sentir fue el Cochero, que como es gente que para decir lo que vén no es menester que se lo paguen; y sin paga dicen al doble de lo que vén, contaba despepitadamente lo que habia pasado á todos los que iban, y venian; y como en un vulgo son los pareceres tan varios, pues aunque me disculpaban á mí algunos diciendo, que yo habia hecho bien si era Doña Angela mi dama; otros decian que habia sido villana accion el dejar á Isabela, y que peligrar con las dos fuera mejor contado; de oír á éstos, se dieron el padre, y deudos por ofen-

ofendidos, solo Don Fernando hizo alarde de valentía en medio de estas contradicciones, afirmando que habia sido temor, por no darle zelos, pues los tubiera mui grandes si yo osára sacar en mis brazos la que yá se conocia prenda suya. Causó en fin tanto ruido en la Ciudad esta eleccion mia, que al siguiente dia en todas las conversaciones se ventilaba el caso, de modo que muchos Caballeros lo pusieron en qüestion, dudando ¿quál seria mas justo, puesto un Caballero en semejante aprieto, donde no podria librar sino una de las dos Damas, si librar á aquella que él queria, aunque ella no correspondia á su amor; ó librar á la que le amaba, aunque él no la correspondia? Escribieronse muchos Poëmas, en que cada uno fundó en justicia su parecer; que hasta una verdad padece tantos achaques, que por clara que esté, no faltan pareceres que la llamen mentira. No quiso quedarme corto, supuesto que yo habia sido la causa del certamen; y así disfracé mi voto en estas espinelas, que despues de estár yá corregidas por Doña Angela, se publicaron de esta forma.

(do
Un hombre embarcado estan-
con dos Damas, de las quales
una no olvida sus males,

y él la está en extremo amando:
otra en él está adorando,
y él no la puede mirar;
¿ qué hará, si arrojar al mar
una forzoso le fuere,
dejar á la que le quiere,
ó á la que él quiere dejar?

Caso es de gran confusion;
pero en casos semejantes
deben mirar los amantes
las leyes de la razon:
porque supuesto que son
dos Damas las referidas,
que ni las dos son queridas,
ni las dos quieren querer,
facil será el escoger
una vida entre dos vidas.

Si una no querida quiere,
y otra no quiere querida,
la justicia es conocida
para el que discreto fuere:
si el galán librar pudiere
á las dos, no andará errado:
mas caso que sea forzado
á hacer el triste partido,
pague amor que le han tenido,
y arroje amor mal pagado.

Y aunque parece rigor,
que el galán mate á quien ama,
no es rigor quando la Dama,
no corresponde á su amor;
antes fuera el tal traidor,
segun buenas consequencias,
si en tan urgentes pendencies
juzgando por modos sábios,
dejára libres agravios,
y castigára inocencias.

No hai agravios como vér
un galán como al compás
que él adora, y quiere mas,

menos le quieren querer :
no puede inocencia haber,
como una muger queriendo
á quien le está aborreciendo;
pues esto considerando,
muera la que está matando,
viva la que està muriendo.

Y aunque el corazon está
donde tiene la aficion,
tambien sabe el corazon
no estar con quien mal le vá:
al pecho se bolverá
en tal peligro; de suerte,
que el galan robusto, y fuerte
pueda dár por su medida,
vida à quien quiere su vida,
muerte à quien quiere su muerte.

Debe un galan advertir,
puesto en semejante aprieto,
que aunque hai dos, es un respeto
el que tiene de elegir:
y supuesto ha de morir
de aquestas dos una Dama,
muera la que su amor llama,
porque yo mas justo llamo
no dejar viva à quien amo,
que dár muerte à quien me ama.

Con este papel satisface acallando à mis opositores, por el qual recibí de Doña Angela tantas gracias, que me hallé corto para satisfacerla. Fuí una, y muchas noches á su reja, donde declarandome mui á la larga la aficion, y voluntad, que le debia á su amor, sentamos el trato de quedar amantes firmes, sin que de allí adelante Isabela, ni otra Dama pudiese

apartarme de mi proposito; que las cosas que en esta vida parecen mas estables, se mudan tan facilmente. Pues aún yo mismo á ratos me admiraba, y casi no creía el haberme olvidado de Isabela, quizá que lo permitió el Cielo, para hacerme egemplo á todos los hombres, para que en cabeza mia escarmentasen de exponerse á los peligros que el amor acarrea, pues como ya os he dicho, de amarla, no saqué sino desasosiegos, pesares, y fatigas: de olvidarla, presto vereis la desdicha que se me siguió; y de bolver á quererla escuchareis una de mis mayores ruínas. Prosigo, pues, y digo, que me hallaba con mi nuevo amor tan consolado, y contento, que el mayor de los gustos que mi alma apetecia era vér á Doña Angela. Con la comunicacion creció el trato, con el trato se hizo gigante la voluntad, y esta nos avasalló de modo, que yá determinados de pasar á mayores, no contentandonos con la parla de una reja, donde hai miedos si velan los vecinos, y cuidados si pasa gente, sino que dimos traza de hablarlos en el jardin, hasta que se efectuase nuestro casamiento. Pero reparó Doña Angela, y me dixo, que Isabela era ya su contraria, y temia no la descubriese, siquiera por vengar
en

en ella los enojos que yo le habia dado. Parecióme á mí que Doña Angela se escusaba, para apartarse de el concierto; y aunque quise disimular la pesadumbre, no pudo ser de suerte que dexára de ver en mi semblante mi acedia; y así me replicó diciendo: Lisardo, señor, y dueño mio, si he de aclarar la verdad, oídme sin enojo, y vereis en mis palabras mi disculpa. Mi padre, y muchos deudos, entendidos yá del favor que me haceis, ha mil dias que me han hecho cargo de el fin que llevan nuestros amores, dandome consejos que no os hable, ni os mire mientras no me pidieris por esposa, y amenazandome castigos en sabiendo una falta de mi recato, y en hallando una mácula en mi honor. Si os he hablado por la reja, sabe el Cielo los miedos que me ha costado, y las prevenciones de que me he valido; atendiendo siempre, que aunque me olvidarais, no pudieran por aquello objetarme sino unos descuidos amorosos de muger que se miraba querida. Pero daros aora puerta franca, donde solo por el pudo ser, se alza con la cortesía la sospecha, bien vereis que se desdora el alma limpia con que os amo; que arrojos de esa calidad, mas parecen principios de liviandad, que extremos de fine-

za: fuera de esto, como andan mis parientes solícitos, si acaso nos cogen juntos, y no me admitís por esposa, cómo me hallareis? Y hallandoos conmigo, cómo os pararán? Aplicó, diciendo esto, un lienzo á los ojos á enjugar algunas perlas que le arrojó el corazon, tan sentidas, que lloradas se deshicieron, y mas enamorado yo de su compostura, que esta es la que ha de enamorar al hombre sábio, y no la afición desembuelta, la hice juramento de ser su esposo al punto que viniese mi padre de Sevilla, donde estaba cobrando una herencia algo quantiosa, prometiendola tambien, que si por descuido, ó suerte su padre, ó alguna otra persona me hallára con ella, no negaría el llamarla mi esposa, antes confesaría á voces la palabra que allí la daba. Del modo que pudo, me dió por entre la reja los brazos, agradecida á mi mucha voluntad, diciendome, que de allí adelante me escondería en el jardin, y que quando viera abrir una pequeña puerta, que era correspondiente á su quarto, entrára con el secreto posible, enderezando los pasos á la luz que ella tendría en su aposento, señal conocida para no poder errar.

Hecho este concierto, y dadas estas trazas, me despedí de Doña

Doña Angela el mas gozoso del mundo, quando pudiera despedirme el mas triste, y afligido de todos los mortales, pues juzgando que yá cada noche gozaria su hermosura mas á manos llenas, fue ésta la noche última que gocé los jazmines de sus manos. Id conmigo, y vereis en breve rato quatro desdichas por sola una desgracia, quatro tragedias por solo un desacierto. Vino la siguiente noche con paso acelerado, y en dando el relox las doce, mi hora acostumbrada, al tiempo que iba á salir por la puerta, llegó mi padre de Sevilla, harto estorvo para conseguir mi intento, porque se pasaron mas de dos horas, tiempo bastante para que pierda su ocasion un desdichado. A la una de la noche llegamos yo, y Camacho al jardín, entramos dentro, y reparando en que estaba la puerta abierta, como Doña Angela me habia dicho, tomé algun consuelo, y con secretos pasos me iba á entrar por ella, quando oígo unas voces mui reñidas á lo callado, que fueron rémora á mis pies, y grillos á mi denuedo. Alargué mas el oído, y escuchando que crecia el alboroto, con el golpe de la gente que iba entrando, determiné de no morirme de confuso; y asi, mezclado con los demás iba de trecho en trecho, y de

boca en boca inquiriendo mi desdicha, y todo era decir, han hallado á Lisardo con Doña Angela, y le obligan á que se case con ella. Perdía la paciencia oyendo estas cosas; la mucha confusion me llenaba de ahogos, la mucha pena me tenia mortal. Unas veces pensaba si habia sido soplo, que yo habia de estar con Doña Angela, y como no me hallaban, andaban con aquella solicitud buscandome; otras veces sospechaba, y esto me traía á puntos de muerte, si alguno por mi tardanza habia gozado de la ocasion; y habiendose huído, publicaba Doña Angela ser yo el robador de su honor, y así procuraba con aquellos alborotos cogermé entre sus manos. Bajaba uno diciendo: lástima ha sido que una dama como ésta se case con quien no pensó: salía otro, y decia: la buena señora se deshace en lágrimas. Allí decian unos: no tiene razon Lisardo de huirse, siendo Doña Angela tan bien nacida como él. Aqui hablaban otros: Doña Angela ha de perder el juicio segun siente casarse á su disgusto. Llegabame á Camacho, no fiandome en lo que yo escuchaba, y hallaba ser lo mismo lo que él oía: y faltandome yá el sufrimiento, iba á entrar en casi en el quarto de Doña Angela, mas viendo que el

Corregidor con otros muchos Caballeros salian de él, y como dando parabienes, torcí los pasos ácia un zaguan, que estaba algo obscuro, donde apenas hube entrado, quando veo que una dama, al parecer alli escondida, recogiendo las basquiñas en las manos, dió á huir, y por una parte oculta, correspondiente á la casa de Isabela (que como tan amigas antes, tenian aquel secreto para pasarse cada una á la casa de la otra) se me desapareció de la vista, y antojandoseme en el talle, y en el brio, como en el ir tan presurosa, y turbada, ser Doña Angela, que quizá huyendo de alguna fuerza que sus padres la hacian para casarla con otro, iba á guarecerse de la casa de Isabela: haciendo señas á Camacho que me siguiese, me entré en su seguimiento, sin parar hasta una sala mui rica, y aderezada, donde en un precioso lecho que habia en ella, ví dejarse caer la dama como desmayada, y sin alientos. Yo todavia pensando era la que buscaba, toméla en mis brazos, y á la luz de una bugía, conocí en mi desengaño toda mi tragedia; pues quando creí estar abrazado de Doña Angela, me hallé con Isabela en los brazos, luego al punto rodeado de toda su familia, padres, deudos, y parientes, que como todos

habian pasado á casa de Doña Angela, y luego nos vieron á mí, y á Camacho entrar presurosos en su casa, juzgando eramos de los que en tales ocasiones, con la deshecha de entrar á dár favor, se aprovechan de lo que pueden tomar, nos habian seguido con las espadas desnudas, y hallandome de aquel modo, y conociendo mi persona, y que no podian buscar otra suerte que les estubiese mas á cuento, quando algunos quisieron embestirme, y á todos los otros, teniendo alli la Justicia, me obligaron á casarme. Vime tan embarazado, que no tube palabras para disculparme, porque haber yo galanteado á Isabela yá habia sido notorio: ser Isabela mi igual, era cierto; hallarme con ella no podia negarlo; y en fin, estando la Justicia delante, si me resistia, no era valor; si me daba por agraviado, antes era mengua; y así, sujetandome, no á mi voluntad, sino á la fuerza del hado, no á mi gusto, sino al rigor de mi estrella, la dí mano de esposo, y firmé las escrituras, que alli en presencia de todos quedaron otorgadas.

Yá os veo deseosos de saber la causa de aquel ruido que habia en casa de Doña Angela, sino es que yá vuestro discurso lo penetre, viendo tan trocada mi suerte, que no será mucho que

que se inferan desgracias suyas, quando me estais mirando hecho un antecedente de desgracias. Sabreis, pues, que como yo hice aquella tardanza, por la venida de mi padre, que fue casi á la misma hora que Doña Angela me estaba aguardando con la puerta abierta, como me habia dicho, acertó á entrar Don Fernando por aquella parte del jardín, que no debia de ser la primera vez, para con mas comodidad hablar con Isabela desde un adarve pegado á sus ventanas; reparando en la novedad de estar aquel postigo abierto, quiso curioso examinar la causa, no sin malicia de que seria para mí aquella demasia, (¡oh nunca yo hubiera sido, pues fue el tropezon para tantas desventuras!) y entrando dentro, llegó guiado de la luz al aposento de Doña Angela, donde yá fuese por vengar con mi deshonor los galantéos que yo habia hecho á Isabela, ó yá fuese por parecerle entonces Doña Angela mas hermosa, usando de las cautelas que pudo, matando la luz, disimulando la habla, logró la ocasion tan á costa mia, pues tantó me ha costado. Estaba á esta sazón una criada esperando á Camacho, bien cierta de que habia de ir conmigo; y como despues de muchas diligencias no le viese, y hubiese visto entrar aquel

embozado, que juzgaba ser yo, temerosa de lo que podia ser, ó por mejor decir de lo que era, quiso en duda, que no peligrara el honor de su señora; y así avisó á su padre, á sus hermanos, y á la gente de casa, todos los cuales bien apercibidos, y acompañados de casi todos sus deudos, y del Corregidor, que previnieron para mas seguridad, llegaron al aposento de Doña Angela, que desmayada un grande rato, lo uno por su verguenza, lo otro viendo su engaño, apenas supo decir que estaba con su marido, escuchado que era Don Fernando quien la llamaba su esposa. A este tiempo fue quando desesperada Isabela se fue á su aposento, viendo que yá dejaba casado á Don Fernando; y á este tiempo fue quando rodeado de confusiones, por buscar á Doña Angela, me vine á hallar casado con Isabela. Del modo que fue yá lo habeis oído: aora, en tanto que enderezo el barco del sufrimiento, para engolfarme en otras aventuras mayores, pensad atentos, y repasad con cuidado el caso referido, que desmenuzado lo que he dicho de monton, descubrireis desdichas, y sentimientos; pues á mí me hallareis al lado de la que jamás me quiso; á Don Fernando casado con quien nunca trató de voluntad; á Isabe-

bella llorosa por su perdido amante, á Doña Angela triste con su esposo presente; y en fin, á todos quatro casados á despecho, que es la desgracia mayor que alcanza á los mortales; porque de casamientos á disgusto, nunca se engendraron sino enfados, de estos se originan pesadumbres, de estas nacen aborrecimientos; y en llegando dos casados á aborrecerse, no hai que esperar sino una desdicha.

De los casamientos referidos se siguió, que amagando cada uno en el olvido sus dolores, Don Fernando se recelaba de mí, y yo guardaba bien la casa de Don Fernando; Isabela procuraba tenerme contento; y Doña Angela trabajaba por dar gusto á su marido; pero yo echando de vér por mí propio, que la primera aficion todavia estaria bosquejada en el alma, de que podia suceder, ya que estaba casado á disgusto, quedar juntamente deshonorado, traté con el padre de Isabela de retirarme á una espaciosa Quinta, á causa de mirar mejor la hacienda, y de vivir con menos bullicio que hai en la Ciudad. Coloreé lo mejor que pude mi sospecha; y aunque conocí que le salía á Isabela de el alma el ausentarse, andaba tan en los estrivos, que me dió á entender que se alegraba de seguir mi parecer. Con esta resolu-

cion, á mi me quitó de la vista de Doña Angela, pues cada vez que la víera, me habia de refrescar las heridas; á Don Fernando le dejé sin zelos, pues viendome su vecino, aún de entrar tal vez en mi casa quisiera tenerlos: á Doña Angela la quité los dolores, pues siempre que me mirára habia de sentirlos: y en fin, á Isabela la quité la ocasion, pues no viendo nunca á Don Fernando, se borrarían los relieves que podian quedar de su antiguo amor. Mas de un año estube sin acordarme de la Ciudad, sin echar menos sus fiestas, sin sentir la falta de sus regalos, sin necesitar de sus comodidades, porque (como dicen) hecho Rei de mi casa, pasaba gozoso, viendome obedecido de toda aquella Quinta, donde ya ocupado con los labradores, ya con los jardineros divertido, desechara antiguos pensamientos: otras veces me entretenia en la caza, ya fatigando el bosque trás el ligero gamo, ya trás la incauta perdiz peinando el viento. De esta suerte pasaba los dias mui alegres, y las noches mui gustosas en brazos de Isabela, la qual me recibia siempre con tantos amores, con tantas finezas, que mil veces llegué á sospechar eran fingidas, segun las miraba con tal extremo grandes: que en una muger,

basta los excesos de querer mucho, suele traer vinculada una sospecha. ¿Pero quién, sin otros indicios, habia de presumir que aquella voluntad no era verdadera? Y mas quando estaba obligada de la mía, pues siempre le mostraba doblado amor de lo que habia en el pecho; lo uno, por tenerla siempre reducida á mi amor; y lo otro, por no dejarme vencer de sus amores. Tan creído estaba de que Isabela me queria, que me guardaba lealtad, y que me era fiel, que si alguna sospecha se me fraguaba en la idéa, yo propio me castigaba, y me reprehendía.

Viví con esta buena fé todo el tiempo que os he dicho, hasta que Camacho, que siempre á mi lado, me iba divirtiendo con su buen humor, me comenzó á entibiar los gustos con mil significadas tristezas, con mil desabrimientos, y con innumerables suspiros. Disimulé con él algunos dias, creyendo gastaría entonces aquel humor; que no es mucho que padezca algun achaque melancólico el corazon mas alegre; pero viendo que continuaba en su tema, le pregunté, ¿qué tenía? Respondióme, que nada. Dejábalo estár, por no apesadumbrarlo; que hacerle preguntas á quien no quiere explicar su tristeza, no es alivio,

sino pesadumbre, y á cabo de rato bolvia mas compasivo á decirle, que no me atormentára en callarme lo que sentia, mas en la primera respuesta me hacia pago. No pude un dia sufrirlo, (¡ay de mi, y quién supiera entonces lo que le debia!) y sacandole al campo, como acostumbraba, le dije resuelto estas razones: No entendí jamás, Camacho, que me faltára tu lealtad, ni que te cansaras de estár en mi servicio, ni yo entendí repartir entre otros criados la mas minima parte que he depositado en ti de todos mis secretos; pero supuesto que en esta vida hai mudanzas, y los mas contentos con su estado, suelen pesados buscar otra fortuna, si mis buenos tratamientos te cansan, si la voluntad que te tengo no te satisface, mira lo que pretendes, que á qualquier parte que vayas, irás con mi bendicion. Yo he procurado con buenos medios me digas la causa de esas tristezas que te afligen, de esos pesares que muestras, y de esos disgustos con que andas; no has querido, sino con respuestas frívolas, darme que pensar mil cosas, atrayendome sospechas, que no puedo determinarlas con la confusion tuya. Juzgo unas veces, que mi Isabela agraviada quizá de que fuiste tu quien me ca-

reaste

reaste á los amores de Doña Angela, te trata con desden, ó te muestra algunas amenazas; otras veces juzgo, que envidiosos los demás criados de verte conmigo tan válido, tratan de descomponerte; otras veces imagino, y esto es lo menos, que no te hallas bien en el campo, y que has fingido estos enojos para que yo te despida; y otras veces (¡ay de mí, y quanto me cuesta decir esto!) llego á pensar en ver tu confusion, ó que mi honor no está seguro, ó que mi fama peligra; que esto solo bastaba á tenerme con mil penas y cuidados. Ea, pues, Camacho, dime aquí sin rebozo la verdad de tu disgusto, y no des ocasion á que ya que vivo estas soledades, pase la vida tan llena de sobresaltos; nadie aquí nos oye, sino estos riscos, y estando yo contigo, no tengas temor de nada, que siempre me verás en tu favor.

Con las lagrimas casi en las megillas, estubo Camacho una gran pieza, hasta que deshaciendo mil nudos de la garganta, me dijo de esta suerte: Lisardo, señor mio, el Cielo sabe lo que me pesa el disgusto que te he dado, y sabe el Cielo las diligencias que he hecho para no darte á sentir las melancolías que me afligen, y los dolores que me atormentan; pero supuesto que estás por mi

causa con tantas sospechas, que no me espanto te afligan, y atormenten, quiero de una vez desengañarte, dandote razon de mis disgustos, para que ya que los sientes, me ayudes á vengarlos. Bien sabes, que desde aquella noche infeliz que te desposaste con Isabela, yo tambien por seguir en todo tu fortuna, me casé con Elvira su criada, que con orden tuya vive en tu servicio. Esta, aunque me ha sido leal, y nos hemos tratado todo este tiempo con mucho amor, habrá cosa de veinte dias que me dió ocasion de mil sospechas, porque entrando una noche bien descuidado á acostarme, me pareció hacian ruido á un lado del aposento, tomé la espada, y saliendo á vér quien era, si mal me engañé, me pareció un hombre que hallé dentro, al criado de Don Fernando, y al tiempo que fui á embestirle, no sé cómo, ni de qué manera se me desapareció, dejandome el hombre mas confuso de el mundo, y el mas zeloso que se puede imaginar, pues ya supiste como Elvira, quando Isabela amaba á Don Fernando, trataba tambien con el criado sus ciertos amores. Desde entonces me sobrevino tan grande melancolía, que aún no me ha dado lugar de comunicarte mi pena, siquiera para con tus con-

sejos consolarme, y con tu ayuda defenderme. Aunque, diciendo verdad, mil veces quise descubrirte mi pecho, mas me detenía un justo temor de no darte que sentir, y sospechar: pues claro está, que un ingenio como el tuyo, viendo del modo que te casaste, y considerando, que la criada de tu esposa no se olvidaba de la voluntad primera, claro está buelvo á decir, que dirías: Pues la criada se desmanda, no anda en buenos pasos la señora. Y quando no digeras esto, por lo menos, te habías de poner en cuidado: y estando con tal recelo, no habías de mirar á Isabela con el amor que la miras. Tambien me ha servido de estorvo considerar que puede engañarme, y ser sombra imaginaria aquella que juzgué persona; y en caso de duda, ser mas acertado morir callando mis confusiones, que referirte lo que sé que ha de dejarte en sospechas, y cuidados. Con esto quedarás satisfecho, que ni Isabela me persigue, ni los criados me murmuran, ni tu servicio me cansa, porque con estar tú de mi parte, ningunas adversidades me pueden causar enojo, ni tristeza.

De esta traza se valió Camacho para advertirme mi deshonra, que hasta el criado mas libre, que es el bufon, pues se

le consiente todo quanto dice, tiene verguenza de referir sin rebozo afrentas semejantes. Brocando zelos el alma, y lleno el corazon de mil dolores, me vestí de venganzas, salvo que entonces me dí por desentendido á Camacho, porque no es bien que un hombre crea sus agravios, hasta haberlos examinado, y visto. Antes disimulando con él, le dije que diera traza para que nos quedáramos algunos dias escondidos de modo que pudieramos averiguar su sospecha, que en quanto á Isabela, yo estaba mui satisfecho que guardaba lealtad. Con esto nos bolvimos á la Quinta, y antes de llegar á ella, oyendo que un Pastor estaba templando un rustico instrumento, con ir yo tan pesaroso, quise escuchar lo que cantaba, deseo quizá que previno mi fortuna, para que no me quejase de que no me habia avisado, pues en el siguiente Romance me dió el Pastor consejos para no dormirme, cantando así:

Silvió, pues ya te casaste
con quien apenas te quiere,
de que vivas no me espanto,
mas me espanto que no veles.

Quien con disgusto se casa,
en su casa ha de ser siempre,
no marido descuidado,
sino amante diligente.

Confíarte porque Flora

es honrada no lo entiendes,
porque á vista de otros gustos,
las mas honradas se pierden.

Dirás que nadie te agravia,
mas tú saberlo no puedes,
si estás de dia en el campo,
y toda la noche duermes.

Quien tiene muger hermosa,
ha de estarse, si ser puede,
hecho un Angel que la asista,
ó hecho un Argos que la zele.

Si te muestra algun cariño,
no la creas, que á las veces,
finge una muger requiebros
por encubrir lo que ofende.

No te fies porque estás
en un pastoril alvergue,
que tambien para un Pastor
hai lobos quando se duerme,

No solas son las Ciudades
las que travesuras tienen,
que una traicion en el campo
se logra mas facilmente.

Podrá ser que quando tú
aquí las fiestas diviertes,
haya á costa de tu honor
en tu casa mas placeres.

Podrá ser que tus ausencias
te maten quando no pienses,
que está en balanzas la honra,
estando el marido ausente.

Visita á tu Flora, Silvio,
en horas que no te espere,
que hallarla sola á sus horas,
¿ qué tienes que agradecerle?

Usa de este exámen, Silvio,
que en su rostro, si lo adviertes,
hallarás tu agravio escrito,
ó su ignorancia patente.

Si te agravia, y te vé entrar,

verás como sus claveles,
amortiguando el carmin,
se quedan pasmada nieve.

Verás sus ojos turbados;
y si por soles los quieres,
con eclipses te dirán
que está tu honor á la muerte.

Verás el habla, que apenas
se articula entre los dientes,
porque quien acierta á errar, (te,
no es mucho que hablar no acier-

Y aunque contenta la halles,
no te fies, que hai mugeres
tan diestras en engañar,
que engañan promiscuamente.

Esto se dijo un Pastor
á sí mismo estando ausente,
por divertir unos zelos
tan grandes, como crueles.

¿ Qué desengaños mas claros
pudiera advertirme aquel Pas-
tor, aunque hablára conmigo?
Pues aún sin hablarme, multi-
plicó las sospechas que mi co-
razon sentia. Llegamos á la
Quinta del modo que otras ve-
ces; y despues de haber buscado
algunas industrias para averi-
guar mis rabiosos zelos, quan-
do hallamos la mas acomoda-
da, y secreta, empezamos la
pesquisa, y fue de esta suerte:
al lado del aposento donde yo
dormia, habia un tabique que di-
vidia un camarín secreto, pe-
gado tambien al aposento de
Camacho. Escondimonos en él,
y abrimos á la parte de los dos
aposentos dos pequeñas rimas,

que cubiertas de los reposteros, estaban tan ocultas, que la mas curiosa diligencia no reparára en ellas. No quise para esto fingir ausencias mas largas de las que solia quando ibamos al monte, que eran desde que el padre de la luz tomaba el carro, hasta que bañando las ruedas en el ancho Oceano, hacia tumba de sus luces los turquesados cristales. Habiendo, pues, una mañana dejado el lado de Isabela, que con mil falsos alhagos me dijo no sé que amores, (que como yá los sospechaba agravios, no los creía) fingiendo salir á caza, me quedé con Camacho en el camarín á aguardar por instantes la prueba de mi deshonor. Sentéme allí en un viejo escaño, confuso, y pensativo, tanto como el triste delinquente, que repasando por momentos sus delitos, aguarda el fallo de la sentencia; y como Camacho andaba cuidadoso de una en otra rima, yá acechando por esta, yá aplicando el oído por aquella, cada vez que se apartaba, entendia que venia á decirme: Ea, señor, que yá es tiempo. Pero no se pasó mucho, pues á poco mas de una hora que estuvimos escondidos, que serian como las seis de la mañana, oí que abrían la puerta de mi aposento, con secreto tanto, que el mismo secreto que allá

era diligencia, me fue tan sospechoso, que me obligó á llegar á inquirir la causa, mirando por el breve resquicio lo poco que podian brujulear los ojos, que no fue tan poco que no mirasen lo que no quisieran haber visto. Ví, pues, (ay de mí triste!) que mi adultera esposa, que yá desde aquí la daré este apellido, abriendo como he dicho, con mucho tiento el aposento, metió dentro á Don Fernando, y bolviendo á cerrar, se sentaron mano á mano con mucho desahogo, despues de haber hecho ceremonias de queridos, que por pasar de abrazos aparté un tanto la vista por no verlas. Conoció Camacho en mi alteracion lo propio que sentia; y animandome al sufrimiento, me hizo que escuchase lo que trataban, en tanto que tambien él oía por la otra parte, no menos que declaradas traiciones que Elvira referia al criado de Don Fernando. Bolví, pues, á aplicar la vista, sí bien con mas atencion puse el oído, y aunque no todas las palabras podian entenderse, por lo menos, escuché estas que Don Fernando le dijo á Isabela.

Cansado estoi yá de tantas esperas, pues aunque gozo los frutos de mi amor, todavia no se gozan con aquella libertad que gusta el alma. Yo, Isabela, he

he de cumplir lo que te he dicho, yo he de matar á Doña Angela con traza tan peregrina que no se me pueda acumular su muerte, y quitado por mi parte este embarazo, y por la tuya ejecutando lo que tienes ofrecido, dejando pasar dias entre una, y otra muerte, sin que sospechas malicien, ni recelos nos descubran, hemos de casarnos, á pesar de impedimentos. Esta me parece traza poderosa para gozarnos sin embarazos, que matar á Lisardo, como lo he intentado muchas veces, antes era huír más de lo propio que deseo, pues no habia de ser tan secreto, que no me obligase á perder la tierra, y ausentarme de tu vista. Muera Lisardo, pues, segun lo trazas, y muera Doña Angela, con el modo que verás, y demos yá fin á tantos regatéos con que la fortuna nos vende estas visitas, que aunque dá tan dulces dias en tus brazos, no puedo sufrir que las noches me sean tan penosas, viendote en otros agenos.

Este razonamiento fue el que oí distinto; y este razonamiento considerareis, quanto es bastante á matar al agraviado que escucha, por mas que se abroquele con el resto del valor; los discursos que allí mi pecho hacia, las máquinas que mi agravio fabricaba, las cóleras

que prevenia el enójo, los desgarros que yá la razon armaba, no hai que referirlos quando estoí hablando con quien sabrá ponderarlos. Bolvamos á la rima, que hai mucho que decir. A responder iba Isabela, no sé si os la pinte cariciosa, mas ello se publica de muger en tales lances; digo que iba á responderle á Don Fernando, quando un alboroto repentino les puso tanto silencio, que aún las oraciones suspensas casi temieron que hablasen: y estando asi pasmados esperando no menos que algun amago de su pena tan merecida, llegó á la puerta una criada, diciendoles, como sus padres de Isabela, y los míos acababan de apearse de sendos coches sin haber dado mas causa que ir á deleitarse. Turbacion me parece que les puso al principio la embajada, mas barajando acuerdos, con la prisa que el caso requería, acordaron, que pues no habia temor de que yo bolviese hasta bien noche, segun acostumbraba, que se estubiese allí escondido Don Fernando, hasta que cerrase el dia las primeras puertas de su luz, á la qual hora, Elvira, que era la secretaría mayor, le sacaria por la parte secreta que otras veces solia. En este parecer se resolvieron, y dandose (sin vér que los miraban) otros

segundos abrazos, se quedó Don Fernando muy gozoso, y cerrando el cuarto, salió Isabela á recibir los huespedes, con las caricias, y alagos, que ya podeis presumir. Y mientras remito á vuestra consideracion los disimulados modos con que sentia mi ausencia en aquel dia, con que aplaudia á mis padres, con mil encarecimientos, el prevenirse viandas para la comida; el procurarse festejos para divertir la tarde; y mientras Don Fernando, aunque encerrado, se está previniendo regocijos, casi gozando esperanzas por empleos, mientras esto considerais, atended al modo con que en semejante trance me hallaria, descubierta mi infamia, á mis ojos el traidor, reciente el agravio, mi vida amenazada, probado ya el delito, y patente la venganza. No sé si con justicia me irrito, no sé si con razon se enciende el enojo, quando traigo á la memoria recuerdos semejantes, y con discurso pondero causas tan crecidas; pues no sé si en tales casos el no dejarse morir es valor, porque sentir bien una deshonra, no sé si se puede menos, que con dejarse morir.

Mas que el Camaleon, transmutando los colores, mas que el Basilisco fomentando la ponzoña, tragandome por nuevas

penas los suspiros, y por no suspirar, bebiendome un mar de penas, me aparté del mal pulido cancel, á preguntarle á Camacho, si habia por la otra parte algunas nuevas de alivio para templar tanto cuidado, si habia alguna lealtad en las criadas, para sentir mas compasivo traiciones de la señora: y la respuesta que me dió, fue decirme con preámbulos de suspiros, y con ambages de sollozos estas mal aliñadas palabras: Ay señor mio! y cómo algun Angel nos inspiró que hoi hubiese sido el dia que nos quedásemos ocultos á examinar estas pruebas: Ay señor! vuelvo á decir, yo no sé cómo te diga la rigurosa sentencia de tu muerte. Como ya no me cogian estos anuncios de sobresalto, disimulando mi sentimiento, y rebozando mi dolor, le dije, que prosiguiese, y prosiguió diciendo, como habia escuchado, que Elvira decia al page de Don Fernando, que ya estaba prevenida la ponzoña, que en la primera ocasion habian de darme en la bebida, al tiempo que mi adultera Isabela hiciese una seña, de que ya Elvira estaba bien avisada. Turbóse el aliento al eco de este sonido; quedéme en éxtasis por un grande rato; y juntando este dicho con el otro, y careando esta nueva con la que yo ha-

habia oído, en visperas de mi muerte, consideré los riesgos de mi vida, y aunque pedía maduréz un caso semejante, y mas con las circunstancias que ya he dicho, de estar mis padres, y suegros en la casa, como ví tan de mi parte la justicia, como advertí tanta razón, que me animaba, como consideré un egercito de enojos, que me movian, cerrandoles la puerta á mas consideraciones, previne los castigos, que si acaso pasaron de venganzas, el exceso de la culpa puede disculparme; pues no sé yo, que una razón ofendida pueda templar lo irritado del castigo, quando está castigando á vista de las ofensas. Sin detenerme, pues, en mas acuerdos, sin dár mas largas á nuevos pareceres, mandéle á Camacho, que estaba bien ignorante de lo que yo habia escuchado, y visto en mi aposento, que inquiriese con secreto, y diligencia, si podiamos salir de allí sin que nos viesen: lo qual no fue mui dificultoso, por causa que Isabela temerosa de su traicion, habia cerrado todas las puertas antecedentes, en contorno de aquella pieza; y así asegurado, y bastantemente prevenido, haciendole á Camacho que se quedase de posta en la primera puerta, que esto es prevenir estorvos, abrí mi aposento con

llave maestra que tenia; y hallando casi á los umbrales á Don Fernando, bien ignorante que era yo el encuentro, á pocas palabras que le dije, satisfice mi agravio sin defensa: del modo que le dejé lo sabreis luego; bolví á dejarle encerrado, y con el secreto que nos fue posible llegamos á nuestra primera estancia; Camacho confuso con sospechas, y recelos, y yo anegado en penas, y dolores; porque por mas, y mas que se venga una injuria, siempre se le queda al alma un dolor, como relieves del agravio.

Ocultos nos estuvimos en el secreto retrete, hasta que llegando el Sol al medio de su carrera, presidiendo antorcha en la mitad del dia, combida á los humanos á que tomen el sustento, á cuya hora, escuchando que ya llaman á las mesas, quise constituirme por uno de los combidados, por fenecer mejor la traza, que fomentaban mis deseos; y así, viendo que el bullicio de la gente, con el olor de las viandas desocupaba lo ameno de los jardines, bajamos abajo, y saliendo por un secreto postigo, con dos caballos prevenidos ya para mayor disimulo, llegamos á poco rato por las puertas principales, dando bien en que entender la inopinada venida, pues los inocentes no podian disi-

mu-

mular el contento, y regocijo que tubieron; y los culpados apenas podian cubrir su pena con capas de disimulos. Supongo aqui los placeres de mis padres, las bienvenidas de todos, falsos abrazos de mi esposa, el encubrir yo mi pena, fingir causa de mi acelerada venida, y darme por contento de tan honrada visita. Esto supuesto, vamos al caso: sentéme á comer, con el gusto que podeis considerar, pues todo quanto en los demás era de gusto, venia á ser en mí dolor, y pena; porque el mayor regalo á costa del honor, lo menos que tiene de pesaroso, es parecer desabrido. Y aunque mi simulada alegría tenia á Isabela algun tanto sosegada, pareciendola, que en lance tan apretado no aseguraba su partido menos que egecutando su traicion, apenas vió que levantados los primeros platos, yá tendria sed el gusto, quando la mandó á Elvira que me diese de beber, y por mas que de mí regateó los ojos, ví en ellos como al descuido, acciones de una seña. No me dí por entendido, aguardé la bebida, y al darmela la fementida criada, con una tós fingida, correspondió puntual a la seña que la habia hecho la señora. Tomé en las manos la copa, y mi fiel Camacho, que casi junto de mí estaba, regis-

trando las acciones, pensando no habia entendido lo que me habia contado, ó que no habia reparado en lo que él habia visto, tiróme del brazo, sin que ninguno lo notase, que fue como decirme: Señor, mira lo que bebes; aviso que bolví de nuevo á agradecerle, porque en casos semejantes, donde trabucadas las potencias con golpes de sentimientos, hace arto un alma de sustentarse, sin acudir á lo particular de los riesgos que la acosan, si la memoria faltase de un aviso prevenido, el mas diestro en advertir se puede quedar burlado. Tomando, pues, la copa, como he dicho, bolvime á Isabela, y cariñoso, y alegre, todo bien fingido, la pedí que hiciese la salva primero, coloreando este brindis con retóricos apodos de decirla, que tocando la bebida sus corales, no solo quedaria con extremos mas sabrosa, mas dulce, y sazónada, sino que los relieves, yá del coral de sus labios, yá del marfil de sus dientes, bastarian á ser antidoto precioso, que la purgasen de ponzoña venenosa, si acaso alguna tenia. Fuerte fue este golpe en ocasion tan apretada; pues por mas, y mas que sacó aliento varonil de entre femeniles brios, pálidos temores desojaron las rosas de su cara. Re-

chazó el combite con corteses cumplimientos, ignorando todavía, que yo fuese dueño de sus pensamientos alevés. Bolví á porfiarla, (tal me iba en ello) bolvió á resistirse, (tal me temía) y mirando ya que todos los circunstantes reparaban en que parecía tema enojoso, lo que había comenzado cariñoso juego, por ahorrarles de los confusos pareceres, en que era fuerza irse embarazando, solté la copa en la mesa, arméme de valor, desterré los disimulos, desabroché las iras de mi pecho, y derramando la vista à todas partes, enquaderné mal que bien estas palabras:

Si no hubieredes de ver al fin causas mayores que disculpen éstas que ya juzgais niñerías, locura pareciera en regocijo tal, en tal banquete, que yo desazonase vuestros gustos, debiendo, como debo, preveniros los mayores: y así, supuesto que por marido de Isabela (nunca yo lo hubiera sido) debo ser respetado, lo que hasta aquí ha sido ruego, desde ahora quiero que sea un público mandato. Por grado, ó fuerza me ha de obedecer; aquí ninguno se me altere, que están tomadas las puertas, y el que me fuere contrario, con sangre de sus venas he de hacerle que escriba el fallo de mi rigor por estas losas. Solo quiero obligar-

la á que beba lo propio con que me combida, que no la hago agravio en desearla lo propio que me desea; solo con esto me daré por satisfecho, y con esto solo quedaré desengañado. Ea, pues, ingrata (proseguí bolviendo á ella) prueba ese licor que me tenias guardado; bebe esa bebida que me tienes prevenida; tú propia has de ser homicida de tí misma; que aún tendré por afrenta manchar mis manos en quien solo ha sido feo lunar de mi vida, y mancha infame de mi honor.

Arranqué el puñal diciendo esto, antes que procurase impedirlo alguno de los que pasados me miraban, y amagada ya la punta en el pecho de Isabela, entrárase hasta el corazón, abriendo puerta, si ella convencida ya tan claramente no tomára el vaso, que se le echó á pechos con tanto valor, que estube dudoso si era sabidora de lo que bebía; pero qué muger resuelta, en tal aprieto se mostró jamás tímida, y cobarde con la muerte? Bebió Isabela, sin dár mas satisfaccion: suspendióse la comida, trastornandose las mesas, levantamonos todos, sin que los míos tubiesen palabras hechas con que reprehenderme, ni los de Isabela hallasen modos para poder agraviarme, ni ofen-

derme; porque aunque habian entendido todos de mis razones el blanco á que tiraba, ni los unos, ni los otros querian persuadirse á que fuesen verdades, sino quando mucho recelos, y sospechas; pero prestó salieron de su engaño, pues ya Isabela, que se retiró mortal á otro aposento, á vista de un Crucifixo pedia al Cielo clemencia, confesando á voces, con descargos de su culpa, los rasgos de mi deshonra, que por no escucharlos, dándole la llave de mi aposento á su proprio padre, (que abriendo presuroso, se halló con Don Fernando, que rebolcado en arroyos de su sangre misma, dimanados de mil bocas, ú orificios, que con mi puñal le abrí en el pecho, quando os dije, que habia entrado á reñirle mis enojos) y dejando á la confesion de Isabela el declarar su merecido castigo, salí de la Quinta en un ligero caballo, antes que algun confuso motin me fuese estorbo; pues siempre en casos tales, aunque la razon disculpa al que castiga, el dolor de quien padece suele hacer mil sinrazones.

Hecho un teatro sangriento dejé la Quinta, pues Don Fernando muerto á mis manos, como habeis oído, Isabela muerta á las suyas despues que obró el veneno, representaban cada veres una lastimosa tragedia, y

lastimosa tanto, que quando me acuerdo de aquel dia, pedazos se me hace el corazon, y fuentes mis dos ojos; y asi, aora os suplico me perdoneis la pintura, pues sabedores de lo sangriento del suceso, no tendreis necesidad que os refera sentimientos, y dolores, pues quando no fuera yo el instrumento de tantas lástimas, por ser tales como son, era fuerza lastimarme de solo referirlas. Quedense para conmigo en silencio, y allá para con vosotros ponderadlas como es justo. Caminé, pues, todo lo que al dia le quedaba, hasta que me halló la noche seis leguas de la Ciudad en una Alquería, que destiné desde luego para estarme oculto hasta tener razon del estado de las cosas, para lo qual, no sin acuerdo, me dejé á Camacho, que entendido del parage donde habia de esperarle, se quedó á hacer inquisicion de todo lo que pasaba. Las nuevas, pues, que me trajo, ya al cabo de quince dias, en cuyas esperas ya la paciencia se apuraba, fueron tan adversas como yo me las temia, pues por lo mas me hacian relacion del motin confuso que se habia originado en la Ciudad por mi sangriento castigo; pues dividido el vulgo en diversos pareceres, eran mas los votos que me culpaban, que los

los que me favorecian. En fin, como mi agravio fue tan secreto, tan clara la venganza, las partes de Don Fernando, y de Isabela poderosas, ausentes mis descargos, bolcaron de tal modo la Justicia Letrados mal entendidos, y Procuradores bien pagados, que temiendo no dar en el vagío de una sentencia rigurosa, me escribió mi padre, y me avisaron mis amigos, me ausentase de la Ciudad algunos dias, hasta que la causa, entonces tan enconada, y sangrienta, se redugese con el olvido del tiempo á mas feliz estado. Sano me pareció el consejo, y en su conformidad, determiné irme á Sevilla, y de allí pasarme á Italia con las Galeras, que entonces se aprestaban para Napoles, donde su Magestad Cesarea esperaba el socorro de Soldados, y dineros. Mas dandome Camacho una carta de Doña Angela, que ya en la viudez de mi enemigo Don Fernando, bolvia á referir los lloros de nuestros infelices amores, hube de mudar de parecer, llevado de sus discretas razones, que gravadas en lo blanco del papel, fueron las siguientes:

Carta de Doña Angela á Lisardo.

Si vierades, Señor Lisardo, las fuerzas que me he hecho para reprimir este amoroso im-

pulso: si vierades el tropél de razones que en mi pecho se combaten, unas riñendo mi amor, otras absolviendo vuestros yerros; si vierades lo neutral que está el alma, haciendose un mar de penas, sin saber si han de llorarse por el difunto esposo que vos me habeis muerto, ó por vuestro valor noble, si noble me habeis vengado: estoi mui entendida, si esto vierades, que ni juzgarades esta accion por desemboltura, ni atribuyeredes á imprudencia del arrojito tanto amor. Yo soi la mas interesada en la muerte que habeis hecho, y asi soi contraria parte vuestra; pero hallo en vuestro abono tantos descargos, hallo para conmigo tan clara vuestra justicia, miro en vuestro castigo mis ofensas tan vengadas, que aunque el pundonor de quien soi ha querido pintarme rigurosa en los Estrados, no ha podido recabar conmigo que os acuse los que os acumulan yerros; pues quedára la conciencia escrupulosa, si por cumplir con ceremonias exteriores, se hallára embuelta en proprias ingraticudes, llamando agravio el que me hicisteis favor, injuria lo que fue justicia, y ofensa lo que me ha sido beneficio. Desde la noche infelíz que por un descuido se originaron tantos yerros, forzada á llamar marido al que no que-

queria, obligado á ser mi esposo quien no me amaba, y pared en medio, la que con vos me robó mis gustos, y con Don Fernando despertó mis zelos, pronosticó mi amor el fracaso sucedido, y adivinó el alma las dos venganzas que con un castigo habeis ya hecho. Solo me pesa que lo que es tan conforme á mi voluntad, dandoos la mano, sea declarado indicio de la culpa que no he tenido; pues si aora nos casáramos, de los Jueces entendido nuestro antiguo amor, nos hicieran participantes de un mismo delito, sin haberlo sido aun de castigo tan justo; por lo qual os ruego, si ruegos míos valen con vos algo, que no sea vuestra ausencia fuera de España, sino á parte, donde mi amor pueda comunicaros, hasta que la causa decidida, y vuestros pleitos compuestos, merezca con vuestros brazos el laurél, que á fuerza de tanto amar tiene merecido.

Fue tanta la alegría que recibí con esta carta, que loco de contento, le dí á Camachó mil abrazos, prinicias de agradecerle el haber sido portador de tanta dicha. Refrescaronse en el alma aquellos amores primeros, á cuya memoria començaron á borrarse los relieves de mi pena, y resuelto á obedecer á quien así me amaba, elegí

por camino, despues de barajados mil acuerdos, irme á Salamanca, y dejando la Marcial Milicia, sentar plaza de Soldado de Minerva, para que á la sombra de los fuertes privilegios con que las Escuelas favorecen, y al abrigo de mil Estudiantes compatriotas, que unánimes se socorren, pudiese esperar bonanza de mi contraria fortuna. Dandole á mi padre cuenta, y socorrido de todo lo necesario á persona de mi porte, egecuté mis deseos, poniendome en Salamanca en breves dias, donde tomada casa, desocupada de otros huespedes, comutando el adorno de el seglar vestido en el aseo de ropas talares, y acompañado de dos criados fuera de Camacho, que en todo era el Mayordomo, comencé á cursar las Leyes, bien ageno de que en tanta variedad de ellas habia de haber derecho, que admitiese alguna lei del amor; mas como es tanta su tiranía, que avasalla voluntades de los mas rígidos corazones, y fomenta incendios amorosos en los pechos mas frios, por añadir nuevos cuidados á los que repasaba cada dia á la luz de mis tragedias, tiróme una flecha de su dorada aljaba, abrasado rayo de la vista de una beldad peregrina, que abrasandome de repente toda el alma, me dejó sacrifi-

cado á su hermosura. Encontréme acaso una tarde con Teodora, asombro tan raro de belleza, que si no hubierades visto lo hermosa que es, por mucho que mi pasión os lo pintára, me quedára escrupuloso de no haber sabido engrandecerla. Dejo, pues, al silencio las pinturas, que aunque pueden ser disculpas en mi abono, no quiero buelvan á encender muertas cenizas. Asi como la ví, quedé tan traspuesto en ella, que quedandome inmobil, qual helado marmol, le arrojé toda el alma por los ojos. Halléme en fin, desde aquel instante tan ageno de mi mismo, quanto enamorado de ella: y viendo que mi vida consistia en conocerla, con el recato que pude me dispuse á seguirla, hasta que la ví entrar frontero de mi posada. Sueño me pareció tan singular favor de la fortuna; dudoso estube imaginando era fantasía, y desvelado en mil imaginaciones, me encerré en un aposento, por conferir á mis solas el remedio conveniente á tamaña enfermedad.

Era mi casera una honrada viuda, que con la renta de sus casas, y con el trabajo de sus manos pasaba honestamente su vida, ayudada de una criada que la servia; como me viese, pues, aquella tarde, no solo melancólico, sino despechado,

obligóme tanto con sus piadosos ruegos, que hube de darla parte de mis amorosas inquietudes, pidiendola me informase de el porte de aquella dama. Hizóme tal relacion de sus partes, exágeróme tanto sus virtudes, que fomentados mis deseos, me dispuse á quererla por dos fines, sin que el estar dedicada á Religion me fuese estorvo, ni lo imposible de admitir mis galantéos, me sirviese de embarazo, antes como el amor tiene trazas para los imposibles, al punto elegí camino que facilitase mis empresas. Travé amistad estrecha con un hermano de Teodora, llamado Julio, que tambien como Estudiante, cursaba las Escuelas, procurando de hallarme siempre á su lado en mas de dos encuentros que reñimos; y para que con mas seguro de mí se confiase, le hice sabedor, no solo de mis tragedias, sino de la nueva correspondencia, y finezas repetidas de Doña Angela, mostrandole para esto las cartas, que por la estafeta me escribía, despues que como á amigo le hube juramentado en la guarda de el secreto. Creció de aqui tanto la amistad, que sin recelo que de mí tubiese, me vino á ser mui franca la entrada en su casa, hallando no mal semblante en unas tias suyas, que eran las custodias de la her-

mosura de Teodora ; pero aun-
que hallé á los principios la oca-
sion tan en mis manos , pues
tal vez por medio de el recato
merecí escuchar palabras , que
la urbanidad hizo forzosas , no
me atreví con todo en mucho
tiempo á declarar mi pena , te-
miendo no perder los favores
que entonces gozaba de barato ;
mas porque no se quejase el
amor de verme tan sufrido , qui-
se con algun disfráz publicar
mis ansias , escribiendo algunos
versos , que declarasen mi pa-
sion , y cantandolos desde mis
ventanas , á tiempo y ocasion
que se lograsen , escuchandolos
Teodora de las suyas , que aun-
que el pundonor no la hacia pa-
tente , tal vez la curiosidad la
obligaba á que detrás de las ce-
losias me escuchase. Los prime-
ros , pues , con que hice la sal-
va , fueron estos , escuchadlos,
porque veais lo cobarde que an-
dube en declararme , quando es-
cucheis lo atrevido que me resol-
ví á perderme.

Loco pensamiento mio,
abate , abate los buelos,
que el querer volar mui alto,
es de locos pensamientos.

A un grave imposible aspiras,
pues quieres volar al Cielo,
quando hai deidad que se enoja,
y hai rayos de dos luceros.

Castigado has de quedar,
la razon lo está diciendo,

porque no se alcanza un Angel
solo con decir te quiero.

¿ Qué me importa tu querer,
qué sirve tu amor inmenso,
si una hermosura discreta
no la sobornan requiebros ?

Ya sé que dirás amante:
Pretendamos , y callémos ;
mas pretender imposibles,
solo es mal gastado el tiempo.

Mas ay pensamiento,
que soi yo el que me abraso , y te
condeno.

Pensamiento , dad de mano ,
si os parece , á estos intentos ,
pues ya veo mi locura ,
aunque estoi de amores ciego.

Mira que temo perderme ,
pues si enojo á la que quiero ,
se mueren las esperanzas ,
con que aora estoi viviendo.

Quedate en tu buena fé ,
no descubras , no , tu pecho ,
que mas vale amor en duda ,
que no un desden descubierto.

Si no sabes que te quieren ,
no es tan malo el no saberlo ,
como saber que tu amor
jamás ha de tener premio.

Para no oír tal sentencia ,
pensamiento , estate preso ;
que aunque es tormento el callar ,
con esperar no es tormento.

Mas ay pensamiento ,
que soi yo el que me abraso , y
te condeno.

De esta manera , pues , comen-
ce á descubrirme , pareciendo-
me que Teodora , por mas que di-

disimulaba me entendia ; pero cansado ya de estos disfraces, que todo cansa ; pues hasta las quejas, que son el alivio de un doliente , si mucho se repiten, son cansancio , procuré con menos enigmas manifestar mi pena. Valíme para esto de una criada de Teodora , que conociendome en los ojos la enfermedad, se ofreció al remedio , aunque mui dudosa que alcanzásemos cabída en corazon tan enagenado en las cosas del siglo. Yo que solo pretendia que entendiese mi aficion , para ponderarla despues el estado en que me hallaba , buscaba con mil desasosiegos un rato de oportunidad para hablarla á solas, temeroso de fiarle á un papel tan grave peso , pues aunque un alma en él se descubre mas sin ahogos , todavia se queda escrupulosa de no poder responder á la cara que le hacen. Habla un papel , por veces que le lean una cosa misma , y donde hai peligro de admitirse lo que pide, no es acertado medio el hacer tercero á un papel, además que lo que él podia exagerarla , se lo repetí hartas veces al compás de un instrumento en estos versos que hice aquella vez primera que os he contado , que porque veais lo claro que estaban para quien sé que en los ojos me adivinaba los pensamientos , os los he de

referir , sin pidiros mas atencion, que la mucha que me dais:

Lisis , despues que te ví,
tan otro del que era soi,
que mientras mas en mi estoi,
juzgo que estoi tan sin mi:
acaso á verte salí,
quando tu saliste acaso,
y aunque miraste de paso,
tanto sus soles flechaste,
que allí el alma me abrasaste,
y aqui sin alma me abraso.

Picaba el Sol aquel dia,
y aunque la sombra busqué,
como en ella te encontré
el Sol , y calor crecia:
toda la calle se ardía
con tus divinos faroles;
mas viendo los arreboles
de tus megillas hermosas,
dije : lindas son las rosas
para defender los soles.

Juzgo Lisis que me oíste,
puesto que á mirar tornaste,
y de matarme acabaste,
aunque al soslayo me heriste:
entonces penoso y triste,
culpé tus ojos de infieles,
llamé á mis hados crueles,
mas tú con aire gentil,
revistiendote de Abril,
desperdiciaste claveles.

Como viste , pues galante,
que de tu Sol abrasados
se iban quedando arrimados
en cada esquina un amante,
digiste como triunfante,
cesen las justas querellas;
y aunque tus hermosas huellas

dejaron rastros de luz
hecho del manto capuz,
enlutaste las estrellas.

¡Ay Lisis, y qual quedé
ausente de tu beldad!

¡ay Lisis, qué obscuridad
sin tus soles encontré!

apenas sentaba el pie,
que no diese una caída;

y pues eres la homicida
que mi vida tiene en calma,

ya que me has robado el alma,
buelveme, Lisis, mi vida.

¿Qué necesidad habia de papeles, quando á boca, si asi puede decirse, la hablaba tan claro? Dolióse ya mi fortuna de verme padecer, y pusomé la ocasion tan en las manos, que asido de su melena, no quise desasirme, hasta haberla logrado. Tenia Julio bien lejos de la calle su cierta correspondencia, y como tan amigo, le guardaba las esquinas muchas noches; y como una entre otras me avisase la criada un descuido de Teodora, de haberse dejado sin torcer la llave de su quarto, y que asi podria facilmente hablarla, fingiendo el haberme quedado escondido dentro de la casa, cuyas puertas ella me tenia abiertas á qualquier hora. Consulté esta dicha con Camacho, pues menos que con su ayuda no podia, sin quebrar obligaciones, llegar al lógro de mis deseos. Halléle determinado á suplir mi ausen-

cia en la calle donde Julio hablaba, y asi dejandole en mi lugar la noche que os he dicho, bolví presuroso donde la criada con un postigo abierto, me hizo franca la entrada al cielo de mi hermosura. Reparéme un poco al pie de una escalera, que si qualquiera subida es temerosa, nunca mas amenazado el principio, que en quien sube á robar luces á un Cielo. Previne á la memoria de razones, coloreé con disculpas el arrojó, armé de valor el miedo, aquieté el corazon, animé el alma: y asi prevenido subí pisando sombras, hasta encontrar con la puerta que buscaba. Nuevos temores se hicieron allí grillos de mis pasos; nuevas valentías tube necesidad de que me animasen. Entré lo mas secreto que pude, y ví al primer encuentro, que á la luz de una bugía, no sé si animada de los soles de Teodora, estaba tan embebida en un libro, que lo que la divertia su leyenda, sirvió de estorvo para que no me sintiese, hasta que puesto á su lado, la sombra que la dí, la hizo que reparase. Quitó la vista del libro, alzó los ojos á mirarme, estremeciósse toda, fue á hablarme, y no pudo, bañósse de claveles, mostrósse mas hermosa, quiso desmayarse, provocóme á pena, iba ya á caerse, detubela compa-

sivo, y sacando de entre secretos suspiros blandura de palabras, estas pude decirle, si mal enquadernadas, bien sentidas.

No hai tiempo, señora, aqui para dar muchos descargos, quando miro los temores que os ofuscan, y contemplo los riesgos que me cercan. Bastame por disculpa del presente arrojó un amor abrasado que en vos me enciende, una inmensa afición que á vos me inclina. Mil veces con los ojos os he hablado, y mil veces con el alma os he seguido, sin haber merecido en tantas veces la mas minima señal de correspondencia. Si me habeis entendido, bien lo habeis callado; si ha sido castigarme, bien lo he padecido; pues sabeis quien soi, asegúrad vuestros temores, que nunca está el honor con guardas mas seguras, que quando sangre noble le acompaña. Quereros solo intento, como sepais que os quiero; forzaros que me querais, no lo imagino, pues esto tubiera de locura, lo que aquello tiene de clemencia. El designio de entraros Religiosa, no me ha de ser estorvo; pues quando mi casto amor no alcance vuestros brazos, en aquel estado estaré mui gustoso de servirlos. Agradeced en tanto solo con dejaros servir, corresponded agradecida á tanto querer, y dejad á mi cargo el peso de vuestro honor.

En tanto que yo hablaba, iba Teodora desnudandose del susto, desembolviendose del sobresalto, y asegurandose al arbol de el valor. Atendió á lo que la dije, y entre turbada, y honesta, me respondió de tal modo, que si preso me tenia su hermosura, acabó de avasallarme su mucha discrecion. ¡Ay Lisardo! (comenzó á decir, desojando el clavel de sus labios al ay de un suspiro.) ¡Ay Lisardo! y quien pudiera, sin romper obligaciones, dar cabida á tus ofrecimientos, que aunque há poco que te he visto, harto tiempo ha sido; lo uno, para atender tu afición; y lo otro para pagarla de secreto, que no todo lo que se ama puede decirse. Desde la vez primera que con desvelos, señas que son del amor, me digiste que me amabas, te lo agradecí sin señas, por vér si me olvidarías; que agradecer el favor, siempre es mui justo, mas si no ha de pagarse sino con agradecimiento, bien es se calle lo proprio que se agradece. Tus partes, tu nobleza, tu virtud, y tu discrecion tengo entendidas; virtudes de que te dotó el Cielo. Mi hermano lo publica, tu proceder lo abona, yo lo creo. Mi estado, mi recogimiento, mi modo de vivir, bien lo has sabido. Pues si tu no has de sacar fruto de tu querer, ni yo

puedo lograr quanto te quiero, ¿para qué hemos de engolfarnos en peligros, quando no hai esperanzas sino de muertos deseos? Ea, Lisardo, pues eres entendido, no me inquietes, que por mas honesta que sea una correspondencia, ha de causar inquietudes. Si he de ir mañana á un Convento con voluntad libre, ¿para qué quieres que deje acá prisiones de voluntad? Galantéa otra hermosura que pague mas tu querer, pues de mi no has de sacar sino el ser te agradecida.

Levantóse de la silla, pronunciando las ultimas palabras, sin quererme dar lugar á mas respuestas; antes pidiendome con amorosos ruegos la dejase sola, y me saliese de la casa, sin que nadie lo sintiese. Viendo lo justo que era obedecerla, pues era tamaño arrojado, habia pasado, en vez de rigor, tal clemencia; en vez de castigo, tal agrado, despedíme de ella sumamente agradecido. Bajé al patio, como quien baja á obscuras, y pensando hallar allí á la criada, que ya en pago de su diligencia la prevenia unos escudos, me hallé tan solo, y tan embarazado en las sombras, que tentado por una, y por otra parte las paredes, no me fue posible atinar con las puertas. ¡Qué de miedos, qué de errores, qué de espantos me

cubren el corazon, quando aqui llego! Perdonad, si lo que falta de mis tragedias lo refiriere interpolado con sollozos, pues fuera imposible aliñarse en el pecho las palabras, menos que con despechos, los ahogos de una pena, ó en lagrimas que desaguen, ó en suspiros que diviertan. Confuso estaba, sin hallar salida, quando escuchando por un lado ruido de armas, oí una voz, que dijo: *Abrid, y matadle*, y apenas pude repararme de este susto, quando ví que de repente se abrieron las puertas, plantandose en el umbral un embozado. No tube lugar entonces de sospechas si era traicion de la criada, ó si era Julio, que entendida mi cautela, venia á buscarme; porque en fracaso tal, en tal aprieto, har-to hace un valor de hallarse vivo, sin tener capacidad de hacer discursos. Aunque sin calor la sangre, titubeando los brios, y entorpecidas las manos; previne la espada, em-bracé la rodela, y esperé que comenzase, y en viendome con menos temor, y menos aper-cibido, me dijo que le siguiese, que no era aquel puesto seguro para reñir. Tiró adelante, y pareciendome forzoso, dispuseme á seguirle. Salí trás él, bolvieronse á cerrar las puertas, hice de la necesidad virtud, y resolvime á todo lo que

viniese. Fuimos atravesando calles, hasta fuera de la Ciudad, al cabo de ella, metiendome por un callejon mui tenebroso, pues solo se compone de unas derribadas casas, cuya sombra aún de dia atemoriza, llegamos á unos trascorales; y bolviendose á mí, con voz profunda me dijo estas palabras: *Lisardo, aqui han de matar á un hombre, repára en lo que haces, y mira cómo vives.* Y diciendo esto, desapareció como sombra, dejandome tan helado, que á no ser permission de la Magestad Divina, como en los piadosos Cielos tengo confianza, alli juzgo que me halláran muerto, pues sin aprovecharme todos los brios, diera con mi cuerpo en tierra, si el arri-mo de una pared no me ayudára. Mucho tiempo se pasó hasta cobrar aliento, y del modo que mejor pude, y de la manera que podeis considerar en tal fracaso, me fuí saliendo poco á poco de aquel puesto; que la priesa en los temores siempre es perezosa, pues la sombra menor la juzgaba cuerpo animado que me detenia. Con todo este espanto, pues, con este miedo no me quise recoger hasta ir á la calle donde, como ya os dije, en espera de Julio dejé á Camacho. Llegue á tiempo, que no se sintió mi ausencia. Salíó Julio de la casa

de su Dama, hicle á Camacho que se adelantase; y hablando de cosas bien diversas de las que me habian pasado, y el corazón sentia, nos fuimos divertidos hasta nuestras casas, donde despedidos con las amigables cortesías que otras veces, entramos á dár al sueño la poca parte que le quedaba á la noche.

Dormir con un cuidado mal se puede, y así con un cuidado tal como os he dicho, no hai para qué ponderaros del modo que dormiria; pues no solo aquella noche, mas todo el dia siguiente luché con tantos desvelos, me embolví con tantas imaginaciones, que ya me temí mortal, embarazada el alma de un melancólico accidente. Aumentabase la pena con el no comunicarla; que es grande alivio de un mal, decirlo á quien lo ayude á sentir, que aunque en nada falte de el cuerpo que atormenta, no lo siente tanto el alma, descansando sus quejas en los que advertimos se lastíman. Visitóme al punto Julio, visitaronme otros muchos amigos; la huéspedea lastimada, mis criados pesarosos, Camacho á mi cabecera; pero á nadie quise hacer dueño de este secreto, porque á Julio, que era el mas amigo, no podía decirle, y á los demás era escusado, pues no era cosa para

publicarse; y mas quando cumplí á mi gusto con todos, con las nuevas infelices, que tube aquel mismo dia, de que era muerto mi padre, y el estado de mis pleitos no de buena data; bastante causa para qualquiera melancolía, y suficiente pena para qualquier sentimiento. Todos procuraban divertirme, mas ninguno me alegraba, solo Camacho, que en parte era adivino de mis pensamientos, despues que advirtió discreto y sagáz, que una carta de Doña Angela, llena de finezas, y ternuras me consolaba; hizo me dejasen solo, y mientras yo estube conmigo mismo, atapeando los batallados discursos de mis imaginaciones, y me resolví en creer que aquel hombre, espiritu sin sombra, era inspiracion, y aviso Divino, que no solicitase, ni divirtiese aquella casta doncella, en visperas ya de Esposa de Jesu-Christo, pues solo este entender se ajustaba á la razon de qualquier buen discurso: en tanto, pues, que yo daba esto por creído; y algun tanto arrepentido, me estaba disponiendo á una egemplar enmienda, entró Camacho de hacer una diligencia, que aunque harto se la hubiera perdonado, se la agradecí entonces con mil almas. Sentóse sobre mi cama, y dijome, como adivinada mi

enfermedad, iba ya resuelto á decirle á Teodora, que no me matase, si no le saliera al paso la criada con un papel, que le dijo me tragese. Alegróse el corazon de el repentino contento, alborozóse el alma, con nueva tan dichosa, y amortiguando con olvidos quantas tristezas me afligian, como si despertára de un pesado sueño, y me hallára libre de aquellos presagios, como si fueran soñados, abrí el villete, que contenia estas breves razones.

Papel de Teodora á Lisardo.

Para significaros tan muerto por mi amor, poco lo habeis mostrado, porque mostrandome con vos anoche tan propicia, bastaba á daros valor para sufrir la nueva lastimosa que habeis tenido. Qualquier pesar es justo que se sienta; mas no es razon que un pesar os quite la salud, quando una voluntad como la mia previno á ese sentimiento. Poco os parece que valgo, segun considero lo poco que me estimais, quando acabais de decirme lo mucho que me quereis, porque no es estimacion de un pecho amante hacer cama, menos que con rigores de la cosa querida; y basteos esta reprehension, para que repareis en lo deudor que sois á mi mucha voluntad.

¿Qué

¿Qué antidoto para una alma doliente mas sabroso; qué mas eficaz remedio en ocasion tan urgente pudiera venirme? Porque sin exágeracion puedo afirmaros, me hallé desde aquel punto tan otro del que estaba, que resucitando en el pecho muertas alegrías, me hallé al instante revestido de mil alien-tos. ¡Qué de gracias que le dí á Camacho! ¡Qué de albricias que sacrifiqué á mi amor! ¡Qué de regocijos hizo el alma! Tanta fue la fuerza de estos extremos, que yo mismo me temia redundasen en locura, porque ni los frescos sentimientos de mi difunto padre, ni los recientes avisos de aquella animada sombra fueron bastantes, ni poderosos á que disimulase un solo punto los no pensados placeres; que á tanto obliga el dominio de un Dios vendado, que haciendo gala de las dificultades, se entra como por su casa en los imposibles. Salté de la cama al punto, pedí á Camacho el vestido, que aunque quiso reportarme, temiendo mis enojos, ayudó á vestirme. Puseme de corto, y saliendo á un corredor, saludé á mi huespeda, que haciendose mil cruces, comenzó á reñirme el desatino; porque con el asombro de la antecedente noche, con el no haber dormido, y con otras causas de tristeza que se juntaron,

era tanta la amarilléz de mi rostro, que mirandome al espejo, yo mismo estube por desconocerme, sí bien el tal semblante me fue entonces propicio á mis deseos; porque haciendo la deshecha del que frenetico se vé harto de una cama, como aburrido de ella se huye de su casa á veces: así yo cruzando en quatro brincos la Calle, me pasé en casa de Julio, bien informado que no estaba en ella, que era lo que yo queria; y aunque la hora no era sazónada, por ser quando el Sol alumbraba ya con sus rayos los umbrales de el Ocaso, hallé la ocasion mejor que pudo ofrecerme la fortuna. Hallé á mi Teodora en la primera quadra, que entraba acaso de el jardín, donde á la lumbre del Sol dejaba calentandose á sus dos ancianas tias, y postrandome á sus pies, sin mas aguardar aliños en el recato, ni en el modo de hablar mas ceremonias, la dije: ¿Es posible dueño mio, pues desde el punto que os ví lo sois del alma, que he sido tan dichoso, que he alcanzado favores tan celestiales, como los que hoi he recibido de esas angelicas manos? No otra pena, no otro sentimiento, no otra lugubre nueva pudo quitar mi salud, sino lo imposible de mereceros; verdad tan clara, que en la experiencia po-

deis mirarlo, pues si anoche enfermé, ya esta tarde cobró la salud; si desde anoche peno, ya desde hoy vivo; si desde anoche me siento mortal, ya desde ahora me siento por vos resucitado.

Con esto la referí el susto de aquella sombra; bien disfrazado el caso de lo que habia sido; porque á decir lo verdadero, solicitára en vez de amor, justos desvíos. Y ella entónces desahogando sobre el cielo de su cara nácaradas rosas, despues que previno á la criada celase las puertas, me respondió entre honesta, y amorosa: No puedo contradecir á la simpatía de nuestras estrellas; esto es, procurando como ya os he dicho, querernos con las condiciones, que casi me apuntais á decir, que os obligais á amarme; porque la menor accion, ó la menor palabra que aún descuidada se deslice de los límites honestos, será el fallo que os prive para siempre de mis ojos. Yo os lo juro en las aras de estas divinas manos, la repliqué al punto, yendo á tocarlas con el alborozo de el placer, y huyendolas esquivá, dijo: Muy bien lo cumplís, si tan al principio os quereis tomar la mano; á que yo la respondí: No por favor queria tocar vuestros cristales, sí bien tocados me fuera mucho favor, sino por

tan divinos procuraba fuesen testigos, y jueces de este trato; mas si es gusto vuestro, quedese amagada mi intencion, sirviendome de castigo el no haberse egecutado; que teniendo ya vuestra aficion de mi parte, que es el todo, no he de entristecerme con la esquivéz de una mano, quando puede ser desvío de vuestra misma vergüenza. Bien lo disimulais, me replicó Teodora, iros con Dios, ya que he tenido suerte de este bien logrado rato, que confieso la tendré siempre que os viere; con advertencia que os hago, que no aumenteis las visitas que hasta ahora habeis hecho con mi hermano. Hablaros á solas serán pocas veces, y estas quando yo os avise; escribirme cada dia podreis, pues lo facilita la fidelidad de la criada, á la qual por mano de Camacho, por mas secreto, daréis vuestros papeles, que con la misma traza os será portadora de los míos. Con esto nos despedimos sin dejarme egecutar los extremos que hacer quise de besarla los pies, que no fue mala cautela, para verme sustentado de sus hermosos brazos.

Bolvíme á mi posada el mas contento del mundo, trocando ya desde aquella hora en placeres todas las melancolías, con que deshecha la enfermedad,

dad, manifesté á todos mi recuperada salud. Comencé á vivir, al paso que bolvieron á nacer mis muertas esperanzas, escribiendo cada día mil elogios á mis dichas; de los cuales unos al compás de mi lahúd, llegaban á los oídos de mi querida prenda, otros referidos en papeles, se lograban mejor en sus divinas manos. Mas como tiene la fortuna vinculada una mudanza á la ocasion que menos se imagina, quando yo pensaba que con un clavo tenia fija su rueda, en poco más de seis meses dió conmigo tal buelta, que de lo encumbrado, en que me miraba, me miré abatido. Solia yo ir á casa de Teodora con tanto desahogo como á mi casa propia, porque se habia unido la amistad de Julio tanto con la mía, que viendonos las mas horas del día siempre juntos, y hallandonos los mas días á una mesa, si habia motivo para que algunos reparasen, no habia causa para que de mi lealtad se tubiese sospecha; quiero decir, que ya que algunos presumiesen que entraba por su hermana, ninguno se habia de atrever á pensar menos que por fin honesto. Con esta licencia, y un poco de cautela, besaba las manos á mi dulce prenda las veces que hallabamos oportunidad, que ya que no sea de asiento, si dos

que se quieren bien se buscan en medio de las dificultades, no les falta ocasion para poder hablarse. Pues reparando yo, que por causa de Teodora se limitaban estas visitas, y que con fingidas causas me regateaba aún los papeles, añadiendose á esto estar mas recogida, mas dada á la oracion, mas recatada, sentílo sumamente, sin que el declararla mi sentimiento aprovechase; y como una pesadumbre, por mas que se disimule, mas se encubre, advirtiendome mucho por la causa, le dije, y fue con poco reparo: Siento mucho amigo Julio, que quando estais entendido de quien soi, de las causas que en Salamanca me tienen, de la amistad que profesamos, y del decóro, y respeto que guardo á vuestra casa, lleguen á decirme, que mi Señora Teodora, y hermana vuestra, sentida por todo extremo de mis entradas, y salidas, se retira siempre que entro á veros, manifestando muchos disgustos, y enfados. Iba á proseguir colérico, y riendose Julio, tomómeme por la mano, y atajómeme con decir: No hagais caso de niñerías semejantes, que ni mi hermana habrá sentido cosa que á mi me dá gusto, ni en sentirlo ella ha de alterar nuestra amistad; y si ha sido presunción

vuestra de verla mas retirada que otras veces, estár ya en visperas de irse á un Convento lo causa, y os puedo jurar por ella, que no hai en esto otra cosa. En estas quejas, y satisfaciones estabamos cerca de las escuelas una tarde, y no tan secretos, que no fuese entendida nuestra conversacion de un corro de algunos Caballeros de la primera tiguera, que mui atentos nos estaban censurando las acciones, que como despues supe de Camacho, (que á lo socarron los estaba oyendo) estos fueron los despertadores de mi amigo Julio; yendonos mano á mano hasta su casa, me dejé rogar mucho para acompañarle aquella noche en la mesa, y creo que dijo á Teodora mis reparos, pues merecí vér el cielo de su cara al tiempo de despedirme, que fue mas presto que otras veces, por un aviso que le llegó á Julio de unos amigos que querian hablarle. Díle por esto lugar, recogíme á mi aposento, y estandome Camacho haciendo relacion de las murmuraciones, de las risas, y desprecios de aquellos Caballeros, que dije nos habian escuchado, llamó Julio á la puerta, abríle al punto, víle demudado, y me adivinó el alma lo que queria decirme. Echamos fuera á Camacho, y pidiendole con ruegos me hiciese

sabedor de su venida, me dijo de esta suerte: Confieso Lisardo, que á no estár satisfecho de vuestro honrado proceder, y de las demás virtudes, que siento os acompañan, que me castigára corrido de no haber andado con la advertencia que piden obligaciones de una hermana. Cosas acaban de decirme, y cosas he escuchado, que para cumplir con quien soi, vengo á egecutar el ultimo remedio, esto es, que me habeis de dar palabra de casaros con Teodora, si ella gusta, que no siendo gusto suyo, y metiendola luego en un Convento, se desmentirán todas las sospechas; y gustando ella, ya que se descubra algo de verdad en los recelos, con casaros se borran todas las murmuraciones. Plugüiera al Cielo (le respondí al instante) mereciera yo la dicha que me ofreceis, pues por mucho que ganais, veniais á quedar mui perdidoso. Esta es mi mano, que con mil almas os la ofrezco; mas hállome tan ageno de alcanzar tal gloria, miro en vuestra hermana tan diferentes designios; hallo tanta falsedad en las que me aclarais sospechas, que por vuestra parte, (como habeis de verlo) y no por la mia, porque soi quien gano, habeis de vér la falta de llegar á obedeceros. Esto dije sosegado, y dejando el

asiento con iras de que me llené, furioso proseguí diciendo: Y porque conozco ya la parte de donde ha salido la nueva de vuestro enfado, por el alto Cielo os juro, que antes que amanezca el día habeis de vér á vuestros umbrales quatro, ó seis lenguas de infames murmuradores. Con este arrojo, con todo este despecho tiraba á la puerta afuera, vomitando iras, y fulminando enojos, hasta que mas en mi acuerdo, juzgué ser fuerza dejarme obediente á las justas peticiones con que Julio me rogaba no saliese. En todo le obedecí, despidiéndole en todo tan gustoso, que con nuevos abrazos bolvimos á confirmar nuestra amistad crecida. No pudo ser tan secreto el pesar que recibí con estos que se desvelan en registrar vidas ajenas, que no llegase á oídos de mis muchos camaradas, que con motin confuso querian romper por todo á fuego, y sangre; mas considerando que venía á redundar en desdoro de Teodora, y que cada cuchillada en lenguas maldicientes, habia de ser nueva boca que publicase mas recelos, pedí que nos dejásemos de reñir, hasta que nos diese campo la ocasion; que aunque no hai mejor castigo en un maldiciente, hai cosas en que importa dejarle con la vida, por-

que no desdore mas la fama lastimada.

Con el nuevo aparato, con la nueva prevencion con que ví al tercero día que se publicaba verdadera la entrada de Teodora en el Convento, me fue facil conocer no queria mudar del prometido estado. Harto lo sentí, considerando que Julio se lo habria dicho: y sentialo mucho mas, advirtiéndome, que ni aún por un papel habia querido darme parte aún de su resolucion. Esto sentí con grande extremo, fomentando mi enojo de saber por su criada que su Religioso tio la habia afeado, y aún á sus tias reñido haberme dado tan libre entrada en su casa. Haciendo mil discursos, y fraguando mil quimeras estube todo un dia, sin saber ya qué hacerme para verme con Teodora, hasta que dejándome llevar de este deseo, me dispuse cólerico al arrojo; que no hallando el amor razon, ó camino para alcanzar aquello que pretende, con vendar-se los ojos disculpa su razon. Era ya la vispera de la ausencia de Teodora, era la ultima noche, que aquel sol divino habia de hacer cielo la esfera de su casa, veíame, no solo olvidado, sino casi aborrecido; hallabame inocente para tanto rigor, no hallaba modo para dar á entender mi sentimiento.

Pues

¿Pues qué podía hacer un amante en tantas dificultades? Dejé que la noche acabase de cubrirse con su negro manto, aforréme bien de una malla, y de un colete, puseme un pistolette en la pretina; tomé mi espada, y rodela, y haciendole á Camacho que me siguiese, saltamos por los jardines á la casa de Teodora, y llamando yo á una ventana, que conocia ser del aposento donde la criada dormia, hubo de darme puerta, vencida de mis ruegos, y razones. Ocultéme en su aposento, hasta que todos se acostasen, haciendo tambien que Camacho se escondiese en un desván secreto; y apenas juzgamos que todos estaban sepultados en sueño, quando me hallé con Teodora, que confusa del ruido, y temerosa de una maldad, se vino al aposento donde yo estaba; llamó á la puerta, apagamos la luz, entró dentro, y antes que me hallase oculto á vista de una luz, me llegué á la sombra de sus divinas luces, toméla sus blancas manos, y con tiernos suspiros, despues de asegurados sus temores, le supliqué me escuchase dos palabras en su aposento, donde satisface tanto mi arrojo, y con tantas veras, acompañadas de algunas lagrimas, la referí mis quejas, formadas justamente de su olvido, con tanto amor la

pedí, que aunque entrára en el Convento, no me olvidase, pues sabia lo casto de mi querer, que alcancé de su piadoso pecho tomára en fé de mi lealtad una sortija, que la engasté yo proprio en un cristal de los cinco de su mano, con que ya me despedia el mas contento del mundo, á no atravesarse un tropiezo, que pudo costarme la vida: fue el caso, que disparandose el pistolette, en aquel punto despertó toda la casa, y sin poder valerme, me hallé con Julio, que con la espada desnuda me salió al encuentro. Enmudeció de verme; no pude de corrido hablarle, miramonos dudosos, hasta que viendonos Teodora suspensos los aceros, se puso entre los dos, y con varoniles brios, y con razones prudentes, de tal modo desmintió mi atrevimiento, haciendole creer á Julio, que ella me habia llamado para reñirme las murmuraciones de su fama, por ocasion de sus galanteos, que dandose por convencido, me despedí libre de todos sus rigores; sí bien desde entonces reparé, que no me tubo Julio en el predicamento que solia; que una amagada ofensa, por mucho que se reboce, siempre se mira agraviada en ojos del ofendido.

Entrada que fue Teodora en el Convento, con la obstentacion,

cion, que á no ser prolijidad os refiriera, procuré de andar modesto muchos días, de modo, que ni el visitarla diese algun recelo, ni el sentir su ausencia fomentasen aquellas sospechas antiguas. Aguardé en fin hasta donde pudo esperar mi amor, que cansado ya de esperar, comencé con disimulos á solicitar visitas, y enquadernar papeles, que todo me fue facil con la industria que acudia Camacho á hacer su oficio; de suerte, que ya tal vez acompañado de Julio, y ya muchas veces llamado de secreto, eran pocos los días que dejaba de quemarme á los soles de Teodora, cuya ausencia los días que la habia, suplian harto bien sus sazonados villetes. Quatro meses pasé plaza del mas feliz devoto, pues de las felicidades, la mayor para un amante es gozar de la hermosura que adora, sin peligros de zelos que le inquieten, y como hallé tanta gracia en mi querida prenda, tanto se arrojó á hacerme dueño de su voluntad, que mientras me llamé suyo, jamás conocí los zelos. Siguióse á esta bonanza el presagio de mi fatal ruína, que en el mar de este mundo hasta la dicha que se está gozando, suele ser anuncio del peligro venidero. Comenzó Teodora á mostrarse tan zelosa, por haber sabido de Cama-

cho que Doña Angela me escribía, que no contenta con mil seguridades que la ofrecí, con otros tantos juramentos, buscó trazas tan sutiles para exáminar mi amor, que fue causa de los males que lloro, de los castigos que temo, y de los portentos que ireis desde aquí escuchando. En tanto que en mis nuevos amores divertido, cursaba en Salamanca las Escuelas, se fenecieron mis pleitos en mi patria, mostrandoseme toda Cordova tan propicia como antes, y mui deseosa de verme sin destierros. Adelantóse á darme estas nuevas la solicitud de Doña Angela, que por la posta me despachó un Correo, pidiendome por su carta, que luego al punto me partiese, para lo qual me señalaba día veinte entonces de aquel mes; con apercibimiento, que á veinte y siete del mismo me habia de hallar en una quinta espaciosa cerca de Cordova, donde me estaria esperando con moderado aplauso, para celebrar mi casamiento. Acompañaba estas razones con mil finezas, dignas por cierto de mejor correspondencia de la que han tenido. Ya vereis en la confusion que se hallaria mi amor, tan neutral en determinarme, mirando por las dos partes deudas, y obligaciones, que sin saber que hacerme, me resolví en buscar algu-

algunas trazas con que entretenida Teodora, pudiese secretamente ir á visitar á Doña Angela, mas logróse poco esta industria; pues no sé por qué camino, ó con que modo, sospechosa ya Teodora de mi ausencia, me embió á llamar un dia, y mas cariñosa que otras veces, me dijo: Libre ya Lisardo mio, de un egercito de zelos, que há dias que me han traído casi á puntos de mi muerte, confiada que tu amor siempre, como casto ha sido verdadero, y como firme ha de ser resuelto y determinado; mui enamorada, tal me miro; mui resuelta, tal me considero; mui tuya, tal me constituyo; me arrojé desde este punto á los brazos de tu amor, en los quales, hallando la cabída que deseo, sin que el pundonor me resista, sin que el recato me estorve, he de celebrar mis bodas, ofreciendote la vida con mi mano. Pensando yo que eran las ofertas juego, la respondí: A saber querida dueña, que mi amor habia de alcanzar toda esta dicha, necesidad tenia de reparo, porque no me matase el regocijo; mas como sé que es vuestra intencion mui diversa de lo que razonais, no quiero morirme, creyendo lo que no ha de ser, sino vivir gozoso para oír las gracias, y donaires con que me engañais. No son

engaños (replicó Teodora) quando tan sin rebozo te hago dueño de mi voluntad, sino es que tu amor cobarde quiere buscar desaguaderos para huír de mis amores. Diciendo esto, aplicó un lienzo á los ojos, que rasados ya de lagrimas, no pudo, aunque quiso, reprimirlas, sin dejarse verter mas de seis perlas, y acabando el parentesis del lloro, feneció de esta suerte la razon: Si eres hombre, Lisardo, para entrar una noche acá dentro, allí veremos si es engaño lo que yo te digo, ó si es fingido lo que tu me quieres. Tan confuso quedé, oyendo estas palabras, tan suspenso me ví solo en un punto, que juzgando era sueño lo que por mí pasaba, hice mas de tres reparos, mirando si dormia; y libre ya de la suspension, comenaron á guerrear en mi pecho la dicha de la oferta, con el estorvo de la pérdida. Aqui fue el amontonarse los reparos, aqui fue el barajarse las razones, unas poniendome en las manos triunfo de amores, que juzgué imposibles para gozados, ya que sí para queridos; otras poniendome delante de los ojos constantes finezas de Doña Angela, deudas no para olvidadas, quando por tantos titulos debidas. ¿Que peregrino errante en una obscura noche pudo hallarse mas arrojado; pues-

puesto entre los dos caminos, donde el temor de errar en la eleccion es rémora que detiene todo quanto las potencias determinan? Bien conocia Teodora los rasgos de mi inquietud, bien miraba las dudas que rebolvía, hasta que fingiendo todo lo turbado, y todo lo confuso ser por hallarme incapáz de la dicha singular que me ofrecía, me resolví en darla gusto en todo quanto ordenase, aunque por ello se arriesgára mi vida entre mares de peligros. Con juramento la ofrecí en aquél instantè mano, y palabra de esposo, que no me acuerdo si lo hice por ceremonias de colorear asi el arrojito de quebrantar la clausura, que ya que un delito se cometa, no es desacuerdo cercenarle las causas que le agravan. Señalamos noche, que allí aplaudí dichosa, siendo casi la misma que pensaba antes estar en brazos de Doña Angela, y despidiendonos con las ternuras, y caricias que podeis considerar ya en tal extremo, me fui á mi posada, fabricando nuevos modos, y caminos para salir victorioso de empeños, que al paso que me brindaban felicidades y gustos, me estaban pronosticando montones de desgracias.

Presurosa vino la aplazada noche, que aunque el amor la juzgaba perezosa, por lograr

sus gustos, bien conocí que mi fortuna me la trajo apriesa para atemorizarme con cuidados. Salió tan obscura y negra, embuelta en pavellones de algunos densos nublados, que verdaderamente parecia que todo el Cielo salió arrastrando vayas; noche en fin la mas oportuna, que pudo desear un pecho enamorado, para salir de rebozo á vista de sus amores. Prometiendome en tanta obscuridad feliz suceso, me armé lo mejor que pude, y como hai casos en que la compañía mas leal es sospechosa, no quise que en semejante empresa me acompañase Camacho, que desdora mas á veces un testigo de un delito, que el mismo delito, por atróz que sea, estandose secreto; fingí que iba á acompañar á Julio, como acostumbraba, y hicele que se quedase en mi mismo aposento, hasta que bolviese. Con esto, en siendo las diez, no quise esperar la hora, que eran los doce, sino poco á poco, viendo el tiempo tan propicio, comencé á caminar ácia el Convento, que estaba algo apartado de mi casa. La obscuridad era tanta, que á mi mismo no me veía, y para no caer trás cada paso, vino á obligarme á hacer baculo la espada, con que pude ahorrarme de algunos tropiezos. El silencio de la noche era tan profundo, que á

no ir arrimado á las paredes de las casas, pensára muchas veces que estaba en medio de una Ciudad tan populosa, sino en algun inculto bosque fuera de poblado. ¡Ay amor, á quanto obligas á los mortales, pues sin temer presagios de los Cielos, les haces romper por todo, hasta que los ves llorar su precipicio! Prometoos, que ahora vuelvo á cubrirme de sudores, nuevos espeluzos me amedrantan, y nuevos miedos parece me acompañan. Ayudadme atentos, no desfallezcan los brios con narracion tan penosa. Llegué á las ultimas calles, y las mismas, si os acordáis que os digo, me hizo atravesar aquella embozada sombra, que al principio de mis amores me pronosticó ruinas con firmes desengaños; y apenas aqui llego, quando inopinadamente oigó un confuso ruido de espadas y broqueles, y siento como una tropa que iba siguiendo mis pisadas; alargué mas el paso, pensando entonces serian Estudiantes, que con ocasion de la noche, irian tambien buscando su aventura, mas poco aprovechó mi diligencia, pues corriendo trás mi me iban ya á el alcance, y me alcanzarán sin duda, sí con alguna advertencia, al rebolver de una esquina no me encubriera entre unos corrales, y al em-

parejar con ellos, oí que dijo uno en alta voz: *Lisardo es, matadle*; y repitiendo todos: *Muera, muera*, movieron un tropel de cuchilladas, y á poco rato, escuchando una voz, que lastimada, y triste dijo solamente: ¡*Ay que me han muerto!* escaparon todos corriendo á toda priesa, dejando la calle en aquel sordo silencio que antes estaba. ¡Qué tropel de miedos! ¡Qué ejército de espantos me embazaría entonces toda el alma! Pues segun todas las señales que habia escuchado y visto, yo era propriamente el que dejaron muerto, que lo quedé tanto del temor, que pienso hubiera tenido por ahorro que alli me matasen para no haber tragado tantas muertes como permitió el Cielo que padeciese. Procuraba moverme, y no podia, porque aprisionados los pies del mucho miedo, no acertaba á dar paso. Quería hablar, y hallabame impedido, porque atada la lengua, aún para quejarse no podia articular palabras. Mirabame á mí mismo, y estaban tan turbados los ojos, que no me conocian. Tentabame con mis manos, y dudaba si era yo Lisardo. Así me estube hasta que me dejó el temor con algun brio para irme degollando poco á poco con otros sustos mayores. Bolví á salir por la

la parte que había entrado , procurando presuroso huírme de aquel puesto , mas apenas doy quatro , ó seis pasos , quando tropezando con un bulto , me hallo tendido sobre un difunto cuerpo , frio cadaver , que en sangre rebolcado provocára á dolor al pecho mas animoso. Aqui confirmé verdad lo que juzgaba sueño , aqui miré cumplido lo que juzgaba fantasía ; y aqui hallé verdadero aquel aviso de que en aquella parte habian de matar á un hombre ; y aqui finalmente , bolví á resolver las dudas de si era yo el difunto ; y no muy descaminado , pues juzgando aquel cadaver ser mi cuerpo , solo me contaba ya por alma en pena. Confirmaba este recelo , ver que quando le mataron , me oí nombrar por mi propio nombre , y aumentabase esta duda mirandome sin sentido en un mar de confusiones ; mas quando determinado á salir de ellas , iba á mirar el rostro del herido ; escuché atento un tumulto de gente que se iba acercando , y huve de dexar por entonces el examen de estas sospechas , temiendo no caer en manos de la justicia , que hallandome con el difunto en las manos , sin prueba que pudiera hacer en mi favor , fuera posible con afrentosa muerte darme el castigo debido á mis arrojos.

Temeroso , pues , de dar de un peligro en otro mayor , salí de la calle á toda priesa , al mismo tiempo que dando el reloj las doce , mostraba de la noche la mitad de la carrera. Rodeé por otra parte , y aunque desviado , procuré irme acercando al Convento , deseoso de comunicarle á Teodora estos avisos , para elegir conformes camino mas seguro , quando de improviso oyo que las campanas en lúgubres clamores comienzan á publicar la muerte de aquel desdichado. Estoy por certificaros , que me asustó mas esta novedad que todo el pasado susto ; porque dobles , y generales , y á tal hora , ó se ha de creer ser el muerto persona de importancia , y aun con todo se escusan , ó se ha de tener por cierto ser aguero infelíz de algun horrendo fracaso. Al compás de estos temores llegaba casi á vista de el Monasterio , y atento escucho que por la vecina calle se oían funebres voces , que en canto triste daban á entender ser entierro de algun muerto. Encubríme en una esquina , y ví pasar , á la luz de algunas hachas , un grande acompañamiento de Eclesiasticos revestidos de sobrepellices , y roquetes , con su Cruz , y manga negra delante , sin que de todos ellos , con ir tantos , pudiese conocer á ninguno. A la postre llevaban

entre quatro un difunto tendido en un pavés, y cubierto con una vayeta negra. Acabaron de pasar, y como me hallaba tan metido en miedos, ya me parecia entonces que de puro temor cobraba aliento; y así reparandome un poco, y acompañado de todo el valor, quise curioso saber el fin de tan tristes, y lamentables presagios, y apenas acabamos de pasar una gran calle, al cabo de la qual estaba el Monasterio donde yo iba, quando mirando desde lejos abiertas las puertas de la Iglesia, y toda ella poblada de mil luces, ví que entraron todos dentro; aumentaronse allí mis congojas, y cuidados, y ya considerareis lo crecidas que serian, pues apenas me acababa de deslizar de una confusion, quando me precipitaba en un mar de confusiones; apenas escapaba temeroso de un asombro, quando me hallaba desquadrado en un bagío de sustos. Llegué tambien á la Iglesia, donde antes de entrar me detuve un poco, tragando salivas entre neutrales discursos, y atropellando ahogos en varias determinaciones, porque ya que un valor se trague á un miedo, ha menester repasar mucho un valor en arrojarse al miedo, visto entre un esquadron de miedos.

Si entraré, si no entraré, me

estuve á la puerta un rato, atendiendo desde allí al orden, y concierto con que la Clerecía, dividida en dos coros, comenzaron las exequias, despues que pusieron el pavés en medio, rodeado con algunas luces; y pareciendome que en canticos, aunque funebres, tan santos, no podia haber fantasticas visiones que me atemorizasen, me resolví á entrar dentro; y así con el mejor aliño que la modestia pudo aderezarme con el vestido de ronda, y armas que llevaba, me entré por un lado lo mas secreto que pude, quitéme el sombrero, tomé agua bendita, signéme muchas veces, y hincado de rodillas al Altar, entre temblores mortales, dandose dientes con dientes, apenas pude acertar á decir un Pater noster: fue la causa, que todos clavaron en mí los ojos al punto que me vieron, hasta que viendo al cabo de rato que ya nadie reparaba, y que ninguno me impedia, animandome algo mas, quise saber ya de un golpe todo aquel suceso, porque quedarme con semejante duda, fuera llevar achaque bastante para morir-me. Arrodillado, pues, de la manera que estaba, me acerqué un poco al ultimo de los Cantores que estaban á aquella vanda, y tirandole de la ropa, y él inclinado el cuerpo para oírme,

oírme, le pregunté con mucha cortesía, ¿quién era aquel difunto, que enterraban? y respondiéndome dando primero un suspiro: *Este es Lisardo el Estudiante.* ¿Qué Lisardo? Le repliqué, palpitando ya el corazón en nuevas, y mas crecidas angustias; y díjome: *Lisardo el de Cordova, que vos conocéis como á vos mismo.* Aquí fueron los verdaderos temblores, aquí si que me acometieron bien los miedos, aquí fue tentarme el pecho para ver si estaba herido, aquí el mirarme á la luz de las candelas á ver si tenia cuerpo, aquí el temer, aquí el sentir, aquí el llorar: mas dudoso todavía, si como suele acontecer, se habian engañado en tener por mí al difunto, alentando la voz de entre el desmayo, volví á preguntar á otro que estaba al lado de aquel que me habia respondido, y oyendo que en palabras formales me daba la razon misma, les repliqué á los dos, mirasen que se engañaban, porque yo sabia que no era el muerto Lisardo. La qual replica apenas la hube hecho, quando dando una palmada aquel que presidía, haciendo pausa funeral al Oficio, mirandome severo, me dijo con grave voz estas palabras: Caballero, todos los que estamos presentes somos almas, que ayudados con las oraciones, y

limosnas de Lisardo salimos del Purgatorio, y á cuyo favor reconocidas, venimos á enterrarle, y á hacer por él aquestas exequias, porque está su alma en duda de salvacion. Mas, pues vos nos impedís, diciendo que no es muerto, cesará el Oficio, y vos lo perdereis. Esto dijo, y al punto apagándose las luces, cesando los clamores, y desapareciendo todos, caí en tierra desmayado, al ay de un triste quexido, que no fuera valor en lances tales alentarse la vida, escuchando divinas amenazas, que á el mas barbaro pecho le postran, y le humillan.

Buelto en mi acuerdo al cabo de un gran rato, me hallé en la Iglesia solo, sin mas luz que la lampara encendida, con cuyos resplandores, y reflejos examiné, inquirí, rastree, y rebolví toda la pieza, sin ver que la ocupase otra persona, sino es la mia. Del funebre aparato no hallé nada, porque todo como sombra, lo hallé desvanecido. Y satisfecho asi de el celestial aviso, deshaciendo el corazón en vivas lagrimas, que al compás de suspiros ardientes las dí puerta por los ojos, comencé á hacer tantos sentimientos, acusandome ante Dios de mi amagada culpa; y ofreciendole en satisfaccion mil enmiendas al proceso de mi

vida que temiendo volver á desmayarme, (tal era mi sentir, tanta mi pena) procuré aliviarme del dolor; hasta buscar lugar mas oportuno, que aún para llorar un desdichado la pena que le aflige, ni se le concede todo tiempo, ni le dán todo lugar. Despedido con el alma de Teodora, mudado ya el amor con que iba á verla en voluntad mas fija, me salí de la Iglesia, sin cuidar de que las puertas se cerrasen, que ni mi miedo tenia ese lugar, ni el testimonio del caso pedia tal diligencia. Las dos serian ya de la mañana quando llegué á los umbrales de mi puerta. Abrió á mis golpes Camacho, y abrazandole apretadamente, comencé á decirle entre mil lloros: Ea amigo mio, y leal criado, y compañero, quedate con Dios, que ya es muerto Lisardo, yo proprio le ví matar, yo proprio acompañé su entierro, yo proprio he asistido á sus exequias. Ya no hay Lisardo, Camacho amigo, ya desde aora no me verán mas tus ojos, ya para salvarme me parto á hacer penitencia. Estas, y otras razones le dije mezcladas en lagrimas, quedandose el fiel criado tan asustado, y lloroso, que en una gran pieza no pude desasirle de mis brazos. Acudieron los demás al ruido, que informados de mi pena, y vis-

ta mi determinacion, añadieron al dolor lagrimas, y sentimientos. Mas porque la dilacion no me estorvase, animandolos á todos, y consolandolos lo mejor que pude, en rato breve dispuse de mis cosas, repartiendo entre todos los criados, asi joyas, como alhajas, contentando á mi casera, no solo con la paga, sino con otras muchas dadivas, á que se mostró agradecida, con mucho dolor de mi mudanza. Esto dispuesto, en tanto que embié á que con toda priesa me buscasen postas, escribí á Teodora una carta llena de lagrimas, y suspiros, dandole cuenta por mayor de mis presagios, y combidandola del mismo modo á que enmendase sus acciones. Esta carta dejé en manos de Camacho, mandandole que él proprio la llevase, en siendo de dia, al Monasterio, y le contase á Teodora lo que habia visto. Con esto, y con dejarle un breve orden, que llevase á Cordova á mis hermanos, en que con ruegos piadosos les pedia, que tomandose mi hacienda, expendiesen gran parte por mi alma en Misas, y limosnas, y favoreciesen á Doña Angela en todos sus menesteres, pues les constaba lo propicia que me habia sido en todas mis adversidades; pasé á la casa de mi buen amigo Julio, y ha-

haciendo se levantase, y bolviendo á romper las fuentes de mis ojos, le referí el suceso; si bien callandole mi culpa, porque esto solo se reservaba para el Juez de mi conciencia, díxele mis propositos, y la priesa con que me resolví á la execucion; y lloroso tambien de ver mi pena, sin querer ser estorvo á tales inspiraciones, consolandome con consejos saludables, no fue posible que le detuviese, sino que tomando un Caballo, me acompañó mas de dos leguas de la Ciudad, donde nos despedimos con tantos sentimientos, que los brazos solo sirvieron de razones; porque anudados, los ahogos, no nos permitieron mas palabras. Llegué por la posta hasta Plascencia, y desde allí enderecé mi viage á aquestos montes; y habiendo despedido los dos criados que traxe conmigo hasta el principio de estas malezas, troqué mi vestido que traía muy bueno de camino, con el de un peregrino pobre, que hallé acaso en una estrecha venta, que llaman de la Magdalena, el qual sin duda es el mismo que vos Enrico habeis dicho que enterrasteis, y á quien algunos foragidos, codiciosos de la buena ropa, dieron muerte; sino es que algunos deudos de Teodora, rezelosos de mí, vinieron á matarme, y engañados le

mataron. Sea en fin, como ello fuere, el muerto fue aquel peregrino, y el que teneis presente es Lisardo, que habiendo andado perdido quatro dias por esas asperezas, buscando lugar acomodado en que acabar mi vida, despues que en una horrenda cueva encontré otro penitente, quiso mi buena dicha que diese con Enrico, que animandome con las tragedias de sus mocedades, me traxo hasta este puesto á que os contase las mias. Sumamente agradecido al hospedage que me habeis hecho, y al cariño que todos me habeis mostrado, me partiré desta casería, antes que el padre de la luz corone con sus rayos las puntas de estos montes. Buscaré lexos de aquí algun abrigo, donde sin que Teodora me encuentre, ni yo la vea, acabe retirado el curso de mi vida, para ser exemplo al mundo con mis penitencias, sin dilatar la satisfaccion á mis futuros castigos. Asi me mostraré obediente á los avisos del Cielo, asi corregiré mis mocedades, asi purgaré mis delitos, y asi daré á conocer lo provechosas que son las memorias de la muerte.

Tan contentos quedaron los oyentes de la variedad de los tragicos sucesos de Lisardo, como lastimados, y confusos de tantas penalidades padecidas.

das. Dieronle lugar que reposase, viendo que ya huían las Estrellas temerosas de los golpes que la noche daba para despertar al día, que apenas se mostró vestido de luces en los brazos de la hermosa Aurora, quando Lisardo, sin que nadie le sintiese, se huyó de todos, quizás porque no estorvasen sus designios. Sintióse mucho su ausencia en toda la Alquería, y viendo eran frustradas las diligencias en buscarle, ofreciendo por él mil bendiciones, se retiró cada uno à su exercicio, con deseos de quedar aprovechados con semejante exemplo.

Mas no hubieron pasado quince dias sin que llegase al parage Julio, hermano de Teodora, que como engañado, pensó (como queda dicho) que habia muerto à Lisardo en aquellas malezas, y llegando à Salamanca, como no hallase à su hermana, fue tanto su sentimiento, que desesperado, y loco, sin admitir visitas ningunas, se hizo todo à los extremos. Ofreció grandes pagas à quien le diese noticia de Teodora, y como el interés abre montes cerrados, codicioso el criado que habia ido con ella, por medio de un Religioso le contó todo el suceso. Bolvió Julio con esas nuevas en su acuerdo, y ansioso de saber si

era verdad que Teodora moraba penitente, dispuso su jornada à Guadalupe, visitó devoto aquella Santa Casa, habló con el Prior, que era su amigo, dixole su intento, despues de referidas sus tragedias, y él le ofreció ayudarle en quanto se le ofreciese. Era ya notoria la vida penitente que hacía Teodora por aquellas soledades; y la fama que siempre es pregonera, habia esparcido algunas noticias de la beldad que habitaba aquellos montes, por cuyo rastro enderezó Julio los pasos de su designio. Llegó, pues, à la Alqueria de Feliciano una tarde al caer el Sol, casi al mismo punto que Enrico con su Leonor llegaba à las casas, à cuya presencia venerable, rindiendo obsequios, solicitó favores. Enrico, que entendió las cortesias, le dixo, que no era el dueño, como pensaba, sino huesped tambien del que no despreciaría darle alvergue. Salió Feliciano à esta sazón, y cortés, y comedido hizo sus ofrecimientos, quedando Julio tan pagado de todos, que quiso echarse à sus pies.

Entraron en la casa, donde bullicioso el dueño comenzó à dar prisa à sus hijas, y muger para prevenir la cena, y aderezar el aposento al nuevo huesped, quando lo interrumpió todo otro suceso estraño. Oyeron

ron suspiros tristes, y gemidos compasivos, como que se acercaban al pagizo alvergue. Cada qual se puso atento, apercibiendo oídos el cuidado. Llegó à llamar à las puertas el que gemía, y conociendo en el modo que era persona de casa, salieron à abrirle, y dieron con Lisardo, que cargado en sus ombros del penitente Egino, venía lastimado á darle refugio en la dolencia que le aquejaba. Alegraronse infinito en verle, dandole mil enhorabuenas à su llegada, menos Julio, que al punto que le vió el rostro, se retiró adentro, donde cubierto de un sudor frio, se rindió á un desmayo. No se advirtió en ello, como andaban de tropel las alegrías, y gozos, y el que menos de la casa abrazado de Lisardo, no cuidaba de otra cosa. Con presteza suma entre Enrico, y Feliciano tomaron à Egino, y llevaronle á una cama, previniendole sustento, y aplicandole remedios al dolor. Dexaronle con algun alivio, habiendo dicho Lisardo mil elogios de su heroica penitencia, causa para que todos le tubiesen en grande veneracion. Ya quando desocupados del repentino gozo, y del cuidar del doliente, trataron de servir á Julio, atendieron en verle desmayado. Abrió la pena en todos confusiones, y mas en Lisardo,

que conociendo à Julio, y advirtiendolo ya que de haberle encontrado procedia aquel extasis, con un profundo suspiro se abrazó de él, y à fuerza de sus lagrimas, y llanto le tornó en su acuerdo. Atonitos estaban todos mirando tales extremos, hasta que Lisardo los dió razon que era Julio el que miraban, con que quedaron sorprendidos de la suspension de entrambos, pues Julio pensaba que habia muerto à Lisardo, quando quitó la vida al peregrino, y Lisardo imaginaba bolvia á matarle Julio: ¡qué suspiros, qué quejas, qué lamentos recíprocos no se esparcian! ¿Qué imaginados sustos no embarazarían à todos, ignorando cada qual los designios de el contrario? Quien mas lo queria saber, no acertaba à preguntar. A todos lados hacia cara el discurso, unos sospechaban mucho mal de aquel encuentro; otros presumian paz feliz de la venida: Enrico, en todo se mostraba prudente, puesto entre los dos, el Iris de la amenazada tempestad, y por deshacer las dudas, que à todos tenían confusiones, tomó à Julio por la mano, y sacandole à otra pieza, le preguntó su designio, despues que le hubo hecho relacion como Lisardo no era muerto, como pensaba, y que el trueque de los vestidos le habia engaña-

do, pagando un desdichado peregrino ajenas culpas. Satisfizo Julio en que su venida à aquellos montes era solo por buscar à Teodora, y saber de ella la causa que la habia movido para con tanta nota, y disfame haberse ausentado de su Patria, siguiendo al mismo que habia causado su afrenta, y que habiendo encontrado à su enemigo, si antes amigo caro, quando le tenia por muerto, se hallaba en mayores confusiones, despertandole su afrenta nuevos modos de venganza. A esto satisfizo Enrico con palabras graves, y severas, diciendo no fuese inquietud de dos almas, que sin mas culpa que haberse querido bien, eran émulos de los Ermitaños de Tebayda, grangeaban à penitencias el gran Reino de los

Cielos. Contóle lo que sabía de boca de Lisardo; y lo que habia escuchado de la misma Teodora, con que mas quieto Julio, comenzó à mudar de intento en que su agravio le despertaba venganzas, y asi pidió à Enrico por merced le descubriese el lugar donde moraba su hermana, con empeño que le hacia de no desazonar sus santos propositos, antes si de imitar sus penitencias. Placeme, dixo Enrico, y bolviendole à llevar donde todos aguardaban, despues de haberles hecho tomar asientos, mandó à su hija Leonor, que en el fúnebre tono que solia hiciese relacion de la estancia, y penitencia de Teodora. Obedeció al punto la doncella, y haciendo prologo un suspiro, cantó con gravedad de aquesta manera:

Yace de Guadalupe

(cristal, que en sombras frio,

recoge de las sierras las relieves,

sin que el arroyo ocupe

plazas, que son del rio,

por mas que siempre desarrolle nieves)

en graves mas que leves,

desquadernadas peñas,

yace, pues, una gruta,

no de verde cicuta,

ni laurel coronada, que las breñas,

quando el rayo del Sol la hiere en llamas,

apenas se guarnece de retamas.

Adorno, y compostura

de aquesta horrenda cueva,

son dos pelados, y caducos riscos, obstruq la
 cuya suprema altura, *altura de la gloria*
 tan altiva se eleva, *est-eleu-ua-è-tingit-bam*
 que al Cielo tocan ya sus obeliscos, *li-vi-vi-va*
 chamuscados lentiscos, *pas-que-ia-va-va-va*
 y robles casi secos, *donde-va-va-va-va*
 son de nocturnas aves *el-va-va-va-va*
 facistol, donde graves *va-va-va-va-va*
 cantan su soledad con tristes ecos, *va-va-va-va-va*
 hasta que su armonía *con-va-va-va-va*
 queda suspensa al despertar el dia. *va-va-va-va-va*

Entonces se levanta

la triste tortolilla *va-va-va-va-va*
 à llorar la viudéz que ya la asiste: *va-va-va-va-va*
 lamentaciones canta, *va-va-va-va-va*
 porque hasta una avecilla *va-va-va-va-va*
 sabe dar à entender su dolor triste; *va-va-va-va-va*
 las plumas que se viste, *va-va-va-va-va*
 no las pule, ni aliña, *va-va-va-va-va*
 que como es su congoxa, y pena suma, *va-va-va-va-va*
 lo remite à la pluma, *va-va-va-va-va*
 para dar à entender quanto escudriña; *va-va-va-va-va*
 pues un mal bien sentido *va-va-va-va-va*
 le pone luto al alma, y al vestido. *va-va-va-va-va*

Si miramos lo interno

del lúgubre vacío, *va-va-va-va-va*
 todo horror, todo espanto, y sombra es todo,
 pues ni el nevado Invierno, *va-va-va-va-va*
 ni el caloroso Estío *va-va-va-va-va*
 han penetrado de su alvergué el modo; *va-va-va-va-va*
 quando con mas apódo *va-va-va-va-va*
 hacen mil sabandijas *va-va-va-va-va*
 casa su arquitectura, *va-va-va-va-va*
 se vé que una rotura *va-va-va-va-va*
 es quartel de las pardas largartijas, *va-va-va-va-va*
 à quienes con sus mañas, *va-va-va-va-va*
 guardapolvo las texen las arañas. *va-va-va-va-va*

Tambien tiene su quarto

la culebra, que astuta *va-va-va-va-va*
 del sapo, y del escuerzo se mantiene; *va-va-va-va-va*

el pintado lagarto,
 por techos de la gruta
 madriguera á sus hijos les previene:
 la vivora no tiene
 mas que un alvergue estrecho,
 donde romper parida
 el estambre à la vida,
 pareciendo forzada à su despecho;
 y el régulo atrevido,
 con armas de su vista busca nido.

En este alvergue estrecho,
 en esta inculta cueva,
 y en aqueste parage obscuro, y triste,
 está Teodora haciendo
 una vida tan nueva,
 que con virtudes viste,
 la gracia que le asiste,
 la adorna de mil gracias;
 visos Angelicales
 son patentes señales,
 que está libre, y esenta de desgracias,
 que un lloro repetido,
 siempre tiene perdon del Cielo asido.

Pasa tan penitente,
 pasa tan solitaria,
 que por regalo sale à ver el dia:
 dála una pobre fuente
 bebida necesaria,
 si clara qual cristal, qual yelo fria,
 hierbas que todo el monte
 la ministran sustento,
 que aún una pastorcita,
 que lexos de allí habita,
 con pan, y algun regalo la dá aliento,
 si alguna vez lo toma,
 se lo dexa à algun bruto que lo coma.

Un saco es el vestido,
 tan roto ya, y deshecho,
 que la tostada carne apenas cubre;
 un cilicio texido

la ciñe espalda, y pecho,
 hasta que ya los huesos la descubre:
 todo el dolor que encubre,
 manifiestan los ojos,
 que en lagrimas rasados,
 casi sin ser notados,
 llevan las flores liquidos despojos,
 que quiere complacerlas,
 el fruto que le dán, pagando en perlas.
 La bella arquitectura
 del cuerpo cristalino,
 que solia afrentar la misma nieve:
 la fáz serena, y pura
 que con pincel divino
 pulió naturaleza en su relieve,
 si à verle el Sol se atreve,
 la mira tan trocada,
 que ni se vén cristales,
 jazmines, ni corales,
 sino una estatua seca, y arrugada,
 que sin mas arreboles,
 aún no son ojos los que fueron Soles.
 Su dormir ordinario,
 es oracion devota,
 que dura la mas parte de la noche,
 y quando temerario
 los caballos azota
 el gran Titàn despues de uncido el coche:
 antes que desabroche
 las luces que atesora,
 dexando el duro lecho,
 mas de lagrimas hecho,
 se levanta solícita Teodora,
 y en santos exercicios,
 el dia ocupa desterrando vicios.
 Aún no dió lugar que acaba-
 base Leonor la cancion fúne-
 bre un répentino alboroto de
 voces, griteria, y estruendo, que
 se oía en lo profundo de un va-
 lle, voces desentonadas, como
 que pedian guia. Suspensos to-
 dos, nadie se atrevia á salir de
 el

el cortijo á ver la causa, hasta que Feliciano les mandó á sus hijos, y criados inquiriesen con recato desde puesto seguro lo que ser podía, y apenas se habian alargado como veinte pasos, llevando algunas teas encendidas, quando hallaron dos Monges Geronimos, uno en una mula, y otro á pie, que á toda priesa, trepando por la maleza, venian pidiendo socorro á grandes voces: era la causa, que en otra mula traían á una muger, que lastimada, y llorosa se quexaba, y en pos de ellos les venia dando alcance una tropa de gente no conocida. Cobraron valor á vista del asilo, y mas quando supieron que estaban ya en la Alquería de Feliciano, á cuyas puertas, y con nuevas lumbres estaban en espera los caseros, y los huespedes. Arrojóse allí el Monge de la mula, y apeando con sus brazos á la afligida Dama, llegó á saludarlos á todos, quando repentinamente los unos, y los otros se hallaron atonitos, y confusos, tan pasmados como muertos. Fue el caso, que uno de los Monges era el Prior de Guadalupe, que temiendo prudente, que Julio, como mozo noble, y afrentado, podia hacer algun desatino con su hermana, por mas que la hallase santa, y penitente; por estorvar, pues, algun fracaso, to-

mando con un compañero sendas mulas, se habia adelantado aquel dia en busca de la cueva de Teodora; por guardarla en parte donde pudiese estar segura. Como encontró, pues, con Julio, quedóse el Prior pasmado; Julio de ver al Prior se quedó confuso, sin reparar en Teodora; porque ni el rostro, ni el trage decian con el de su hermana. Teodora de ver juntos á Julio, y á Lisardo, se cubrió de un sudor frio, y se abrazó, para no caer, de su Secretaría Leonor, la qual con su Padre Enrico, que fueron los que mas presto la conocieron, la consolaron aparte con alhagos, y caricias. Lisardo, aunque vió tan desemejada la que idolatró belleza, por las señas que habia escuchado, conoció ser Teodora la que miraba, y compasivo, y lloroso, se hizo todo al dolor, todo al desmayo.

En estas apreturas se miraban todos, sin que acertase ninguno á hablar palabra, quando para mas aprieto, llegó á la misma casería la tropa, que ya dixen venian tras de los Monges, que eran no menos que Doña Angela, con media docena de criados bien apercebidos de escopetas, y entre ellos Camacho, el criado de Lisardo, que como llevase á Cordova las nuevas del designio de su Amo, y Doña Angela zelosa, y muy ena-

enamorada no las creyese, se resolvió de la manera que he dicho á inquirir personalmente la verdad del caso, que una muger con amor arrastrará mayores riesgos. Como hubiesen, pues, andado quatro dias vagueando por aquellas malezas, buscando cuevas, y grutas donde podia morar su amor penitente, y aquella tarde al cubrir el Sol sus luzes divisasen á lo lejos los dos Monges, que hemos dicho, que salian acaso con Teodora de su oculta cueva, comenzaron á seguirlos despechadamente, creyendo que sería Lisardo alguno de ellos. Como hubiesen, pues, llegado á las casas con alboroto, y tropél, y hallasen toda la gente en la confusion que queda referida, apeandose Doña Angela de su quartago, llegó con despejo, y brio; y habiendo hecho una salutacion cortés, les preguntó, ¿qué parage era aquel en que se hallaba, y si hallaría acogida para pasar la noche allí con su gente? Mientras preguntaba esto, con la admiracion que causó su bizarría en quantos la miraban: como conoció Camacho á su señor, y dueño, aunque tostado el rostro, y tan desemejado de los ayunos y penitencias, se abalanzó á él dando de placer mil alharidos; nueva confusion, y pasmo á todos los circunstantes:

Doña Angela tambien se fue para Lisardo con los brazos abiertos, pidiendole cariñosa estimase su fineza, y la pagase su estremada voluntad. Rechazó Lisardo el favor, hizo desvío al alhago, huyó el pecho á las caricias, y dijo con semblante grave, y severo: Ya Doña Angela, os escribí mi desig-nio de acabar mi vida penitente, encargué á mis hermanos, que con parte de mi hacienda os socorriesen para el estado que quisieredes elegir. Otra hermosura, qual vos, que á ayunos, y disciplinas veis aquí marchita rosa, pálida azucena, por querer elegirla por esposa, quando ya estaba dedicada á Jesu-Christo, ha causado tantos horrores en mi alma, y me puso en tales aprietos, que me ví enterrar difunto, y asistir á mis exequias: Dama noble, principal, y rica, arrepentida tambien del amoroso deseo que nos embelesó á entrambos, se hizo juntamente al yermo, donde como otra Palagia, es el dechado de toda esta soledad. Aquí há muchos dias que moran Egino, y Enrico, que están presentes, sin que ningun estorvo les haya contrastado sus deseos. A Teodora, y á mí nos sigue la desgracia, pues entendiendo ser eternos en estas malezas, en esta noche sola, que por traer á Egino de su gruta algo doliente

te aporté á esta casería, he hallado con su hermano, que no sé á lo que viene, y os he visto á vos, que es lo que mas he sentido; porque quien ya está del Mundo enagenado, no quisiera jamás encontrar cosas del Mundo: y así, pues aún en este yermo no dexan vivir á un triste, no sé á qué parage echarme que me dexen.

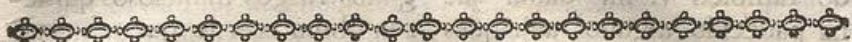
Retiróse Lisardo, diciendo estas palabras, y con otras semejantes reprehendió Teodora á su hermano Julio haber venido á inquietarla. Hizose el Prior capáz por boca de Enrico de toda la historia, y como hombre docto, y entendido, habló con Lisardo, trajole á donde estaban todos, é hizoles una exhortacion devota, animandoles á la mas perfecta vida, que es la Religión Monástica, pues allí se resigna la propia voluntad, y se camina al Cielo por mas derecho camino. Trajo en apoyo de esto razones tan vivas, palabras tan eficaces, que todos de comun acuerdo, siendo Enrico el Capitan, como el mas anciano, se resolvieron á tomar los avitos de Monges, y reformar con ellos la vida penitente; Teodora, y Doña Angela pidieron tambien el avito de Religiosas, á las quales se llegó Leonor con mucho alborozo, y gusto de su padre Enrico; las dos hijas de Fe-

liciano se les ofrecieron para servir las; Camacho, y otros de los criados de Doña Angela, quisieron, tan fieles como devotos, seguir el piadoso rumbo de los amos, con que alborozado el Prior de ver tan bien logrado su viage, llegando á la mañana, dispuso con Feliciano la jornada á Guadalupe, á donde ya habia despachado al compañero, escribiendo á su Convento lo que pasaba, para que los Religiosos, y nobles de la Villa saliesen á recibir tan santos penitentes.

Habia en aquella sazón en Guadalupe grandes señores que iban á visitar aquel Santuario, y entendidos de el suceso, salieron tambien á honrar la fiesta: la entrada fue lucida con el notable concurso de la gente. Señalóse día para darles los avitos á todos, que fue el de la Natividad de la Reina de los Cielos, publicandose fiestas generales por toda la Comarca. Huvo muchas invenciones de fuego, máscara, y encamisada en la noche antecedente, se corrieron toros, gansos, y sortija, coronandose la fiesta con Autos, y Comedias. Con artificiosa retórica de Divinas, y humanas letras se simbolizaron en contemplacion de Angela, y Teodora, apasionados extremos de mugeres valerosas.

Y porque el Lector curioso divierta el gusto de estos tragicos solitarios, en que irá algo lastimado, me ha parecido referir aqui algunas Novelas, que ha dias que tenia dispuestas pa-

ra dar á la Prensa, dirigidas á la señora Doña Serafina, juntamente con la Novela de las persecuciones de Lucinda, y los tragicos sucesos de Don Carlos.



EL AMOR MAS MAL PAGADO,

Y

MUGER MENOS CONSTANTE.

Novela primera, dirigida á la Señora Doña Serafina.

MIL veces he tenido en el papel la pluma, y la he quitado otras tantas, indeciso en el parecer, neutral en la voluntad, y en todo dudoso; porque hay cosas en sí tan repugnantes, que al paso que piden, niegan, y al tenor que niegan, piden, teniendo la contradiccion tan asida á la demanda, que apenas ha pedido, quando ya está contradicha, y teniendo la peticion tan porfiada, que apenas oye la contradiccion, quando al instante vuelve á pedir. No quiero poner otro exemplo mas de el presente, que él solo será bastante

á dejarme desempeñado. Escrita que tuve esta Novela, rastree en mi entendimiento el sugeto á quien podia dedicarla; no hallé otro, Señora Doña Serafina, como el de v. m. de quien poder valerla para poder valerme; porque las faltas, y defectos á su sombra se deshacen, y mis yerros amparados de v. m. han de ser aciertos. Esto, pues, con rigores de justicia está pidiendo que escriba, y que os dedique esta obra; mas en la misma escritura, y en la misma obra está ya la repugnancia, que podremos decir con harta propiedad:

Hic

Hic opus, hic labor est. Aquí está la obra, pues aquí está el trabajo; pues siendo el asunto un amor sin fidelidad, una inconstancia patente, y una traición notoria de una dama, siendo también v. m. dama que ha padecido algunos achaques de enfermedad semejante, juzgará venganza lo que quiero hacer servicio, y tendrá por agravio lo que intento que sea favor. Conozca v. m. aora mi duda, y mi indeterminación, pues se vé claramente que es justicia remitirme este trabajo, y parece que es razón dexarle de remitir: si lo dexo, fuera de el agravio que me hago en dexar estos pobres borriones desvalidos, no cumplo obligaciones dandoles otro albergue que el de v. m. si los remito, parece que ya siento en mi corazón sus rigores: si la justicia sigo, parece que no llevo razón; y si abrazo la razón, parece que quedo sin justicia. Estando, pues, entre estas contradictorias tan máximas, oprimido el entendimiento, vacilando la voluntad, tomé la pluma, y entre determinado, y temeroso, despues de trasladada la Novela, quise escribir para descargo mio estas palabras, diciendo, que mi intención no es de agraviarla, sino de servirla; no de enojarla, sino de entretenerla; y caso que esta his-

toria sea en algo semejante á algunos amorosos melindres de v. m. no se ha de juzgar por proprio lo que es simil, como no por la cosa misma la que es parecida: y si con todo esto algunos rasgos maliciosos quisieren obscurecer lo que tan claro digo, porque v. m. vea la sencillez de mi pecho, desde luego me retrato de qualquier cosa que no estuviere en su favor, y me desdigo de todo lo que dixere en contra suya. Con esto parece que sin temor podré proseguir mi discurso, porque aunque yo le huviera dicho á v. m. una de las palabras mayores, ningun buen Juez me podia obligar á mas, que desdecirme, como aora lo hago: y si v. m. duda quales son las palabras mayores, á boca se lo podré decir quando mandáre, que por escrito, si es en prosa tienen una sonoridad corrompida, y si es en verso, no tienen buena consonancia. Atienda, pues, v. m. á la fabula, que moralizandola ha de descubrir muchos visos de verdad, entre las obscuridades, y apariencias de mentira.

Confuso, y lleno de cuidados (que estos jamás faltan á quien sabe servir) caminaba un Caballero, Carlos por nombre, en compañía de Lope su criado, por las espesuras de unas alamedas, ya de su patria

vecinas, que por venir huyendo de Salamanca, y no traer el atavío decente á su persona, viniendo á pie, por no dár lugar la priesa de una huida á la detencion prolija de buscar bagaje, hacian los dias noches, y las noches dias, caminando en estas, y reposando en aquellos, si puede haber reposo en un corazon inquieto. Caminando, pues, y atendiendo á los consuelos que Lope le daba, que aunque fatigado con el peso de las maletas, sentia mas el cuidado, y afliccion de su señor, que su trabajo, y carga; y á fuerza de su cansancio procuraba sacar gracias con que divertirle; oyeron, entre mugeriles ecos, razones varoniles, y entre conversacion afeminada, una como riña valerosa: detuvose Carlos, sin poder dár mas paso, accion propia, y natural del que quiere escuchar alguna cosa, y apercibiendo el oído por aquella parte, que solo el metal de las palabras se oía, confirmó ser mugeres las que razonaban; y como es tanto de la naturaleza la codicia del saber, apartóse del camino, mandándole á Lope que le siguiese, y entrando por la Isla con lentos pasos, para no ser sentido, y llegando á un prado, que guarnecido de lirios, y espadañas, y con una sierpe de plata dividido, parece que combida-

ba á gozar de su frescura: encubrióse entre unos sauces, y por los cancelos de sus hojas tendió la vista, y vió dos Damas, que á la margen del pobre arroyuelo, con ademanes hermosos, con palabras graves, y con severidad muy enojada contendian. Quisiera Carlos poder oirlas sin divertirse á mirarlas, y quisiera mirarlas sin dejar de oirlas; porque asi como en una muger fea, si se vé enojada, aquel semblante iracundo causa mas deformidad, y abominacion, asi en una que es hermosa, si se contempla riñendo, aquel semblante enojado, es un rasguño extraordinario de hermosura, que la agracia, y hermosea: y asi vemos, que si quiere bien un amante, al paso que la dama le muestra mas enfados, enojos, y desdenes, se vá enamorando mas, juzgando por favores los agravios, y por lisonjas los menosprecios. Habiendo, pues, estado Carlos un rato divertido, considerando las dos hermosuras tan opuestas como lo estaban los sujetos en la questão que conferrian, divirtió un poco los ojos, para comprehender estas palabras, que la una á la otra dijo en esta forma:

Dejemos ya, Lucinda, las alteraciones de las cosas pasadas, que como solo están escri-

tas en el papel de la memoria, y esta es fragil, unas por borradas no se pueden entender; y otras, aunque están bien claras, se desmienten. Vamos á las presentes aora, que con lo que á estas me respondieres, averiguaré á mi gusto las sospechas que tengo de aquellas. Mi hermano Alejandro, á quien tanto debes, me ha dicho, que estás siempre rigurosa con él, rechazando con tus desdenes sus finezas, con tus enfados sus favores, y con tus enojos sus contentos; y preguntándole si por ventura habia hecho las diligencias primeras, que ha de hacer uno que comienza á servir á una dama, que es saber si tiene otro ganada su voluntad, me respondió, ahogando la razon entre animados suspiros, que Fabio era la causa, porque con éste la habia hallado muchas veces hablando amorosa, correspondiendo risueña, y razonando grata. Quedéme escuchando esto mortal, sin darle á mi hermano cuenta de mi enojo, y consolándole lo mejor que pude, y á petición suya, prometiéndole que hablaría, para que pagases su amor, y satisficieses su voluntad, me aparté de él hecha un basilisco, como estoi aora, seria considerando los desdenes que Fabio me muestra de pocos dias á esta parte, sin haberle

yo dado causa de ellos; porque si bien es verdad, que de ordinario las mugeres decimos, que son mudables los hombres; con todo eso, las que bien entendemos, nunca juzgamos que un hombre que quiere bien se muda, sin haber mui gran causa, ora sea por agravios, y traicion de la que es amada, ora por hallar otra tan correspondiente á su gusto, que por fuerza, ya que no por razon, deba ser apetecida. Esto ultimo, Lucinda, ha obligado á Fabio á que me olvide, y ha sido causa para que tú á mi hermano muestres mas enfados: ya tu color perdido me está diciendo, que es verdad, tu turbacion está ya siendo testigo en mi abono, tu malicia ya descubierta, de corrida no puedes hablar: ¿Cómo aora no me contradices á lo que te voi hablando, como poco ha me contradecias á lo que aún no habia acabado de hablar? ¿Cómo estás tan suspensa? Te ahogan mis razones por no poderlas pasar á tu malvado pecho. ¿Tan presto se te ha suspendido el brio? ¿Cómo tan de repente se te han degollado las palabras? ¿Esta era la fidelidad que me guardabas? ¿Esto la amistad que me prometias? Esto era el decirme disimulando la malicia: ¿Cómo te và Elisa con tu Fabio? ¿Visitaté à menudo? ¿Es-

tá bien contigo? ; Rondate todas las noches? ; Escríbete muchos villetes? ; Muestrate regalos? ; Tratate siempre con cariño? Y yo, tirana, creyendote con sencillez, te contaba mis pesares, te hacia dueño de mis secretos, y como estaba sin malicia, no consideraba con el contento grande que me consolabas, y con la mucha alegría que me divertías; porque el decirte yo que Fabio estaba tibio en mi afición, era tu gloria; contarte que me escribía enojado, era tu consuelo; y lamentarme de que no me visitaba, era tu dicha. Pues porque sepas no hai traicion que sin castigo se quede, ni agravio que no se vengue, te quise esta noche sacar á esta alameda, en achaque de tomár el fresco, para concluir de una vez con mi pena, y desembarazarme de un inferno de zelos que me oprimen: si quieres en paz, aunque no entendí llegar á esta limitacion, dejarme á Fabio, jurandome aqui no hablarle mas en mi ofensa, termino te concederé para experimentarlo; y si Fabio bolviere á mi gracia, creeré que cumples: y si aunque me signifique á mi desdenes que le haces, se estubiere quieto en tu servicio, confirmaré con mas pruebas tu rebeldía, y castigaré con mis rigores tu insolencia. Y si acaso, Lucinda, repa-

rando en pundonores de dama, confiando en las promesas de Fabio, y advirtiendote en que yo soi tan muger como tu, quieres negarme lo que te vengo á pedir, mira lo que haces; repárra mucho en lo que dices, considerando solo que soi la agraviada, y que una muger con agravios siempre halla justicia, y una muger con justicia siempre halla defensa; una muger con defensa siempre procura venganza, y una muger, vengandose es tan cruel, que excediendose á sí, excede á la misma crueldad: y porque sin asomos de egemplo, veas en mi un egemplar, viven los Cielos, que si no me concedes lo que te estoi pidiendo, que he de sacar de tus venas raudales de sangre, en que satisfacer la sed de mi rigor, y en que apagar las llamas de mi ira, siendo el instrumento este puñal, menos cruel que tu pecho, que solo para este efecto he traído oculto, y escondido.

Al punto que los labios de la agraviada Elisa articulaban las ultimas palabras, con ademán tan airoso, como varonil, sacó del seno un puñal, y alzando el brazo, asestada la acerada punta al pecho de Lucinda, que ya con asomos de muerta procuraba huir, creo que descargára el golpe, á no acortarle el valor una voz que

lo impidió, movido de compasion, diciendo *Jesus*: porque es fuerza que á este nombre postre la pasion su venganza, pues los celestes hincan la rodilla, los terrenos humillandose le reverencian, y los infernos mismos confundidos, y abortos, se postran. Quedóse *Elisa* turbada, tendiendo á todas partes los airados ojos, quizá procurando abrasar con sus rayos al que con tan buena voz habia escuchado, y sido estorvo á su egecucion tan dañada; propio efecto de uná ira, aborrecer lo que es en su favor, y desestimar lo que se hace por su bien. *Lucinda*, tomando aliento en la favorable voz, mientras su contraria á fuerza de turbaciones mostraba desahogos, desembarazó presuroso el tapete de esmeraldas, y recogiendo las basquiñas, y el manto terciado, comenzó á huir, mostrando en el desaliño aseadas perfecciones, y siendo el desadorno adornados aseos, sirviendó los descuidos de cuidadosos desaires; y considerando haber ya terceros sabedores de su afrenta, y que habian visto su tibieza en responder, y confirmado su culpa en el no contradecir, aunque bien oprimidas, iba despidiendo algunas lágrimas, que bebidas de las flores, fueron aquella mañana lloradas de embidia por las de

la *Aurora*: *Elisa* que la vió huir, dispusose á seguirla, no ya por ofenderla, por irse con ella al coche, que cerca de alli habian dejado con dos criadas; mas no se puso en egecucion tan presto su deseo, porque no pudiendo *Carlos* sufrir tanta detencion en ocasion tan oportuna, salió de donde estaba oculto, y con corteses razones, y palabras mui compuestas, significando cohonestar su curiosidad en haberla escuchado, y con aquellas, pidiendole mandase en que servirla, le mostró tanto su proceder honrado, y tanto le descubrió su buen termino, que reportada *Elisa*, les concedió á sus pies mansion para poder oirle, porque un buen termino roba corazones, y buenos miramientos siempre respetan, y honradas palabras siempre se escuchan.

Habiendose saludado con estas cortesías, que cortesía es escuchar una Dama á un hombre quando está solo: quedaron mudos los dos, transportados tanto el uno en el otro, que *Carlos* á fuerza de mirar se imprimió en *Elisa*, y *Elisa* á fuerza de querer se transformó en *Carlos*, siendo los ojos interpretes de las lenguas mudas, sin ser posible con ellas expresar un amor gigante, que en el corazon de entrambos se engendrabá; enamorandose al punto, no

gastemos en esto mas retórica; y viendose Elisa en el empeño que estaba con Fabio, y Carlos, advirtiendolo lo mucho que á Fabio amaba Elisa; ni el uno acertaba á declararse, ni el otro á descubrirse; pero como se vió Elisa, á su parecer, con mas causas para poder inquirir, le preguntó; quién era, cómo se llamaba, de dónde venia, y qué era lo que buscaba? No bien oyó Lope estas preguntas, quando la respondió al instante: Señora, si á lo que nós habeis preguntado os he de satisfacer, yo os suplico que tengais lastima de mí, pues veis qual vengo cargado de maletas, y cogines, hecho mula de retorno, y Dios sabe si en la posada hemos de hallar que cenar, ni con qué poder comprarlo; porque mi señor; aunque es Caballero noble de esta Ciudad, está graduado de pobreza *in utroque*, porque es Poëta, y Estudiante, titulos, que el uno solo basta para no tener un hombre un quarto mientras viva; y si aora aguardais á que os informe, no lo habeis de poder aguardar á oír del todo, porque es cuento mui largo, y me habeis de hacer mui mala obra, pues me poneis á pique de perder la cena. Dejadnos por Dios aora, que mañana os prometo de leeros una relacion en verso, que ha venido haciendo por el ca-

mino, donde viendo sus gracias, quedareis informada de sus prendas, y entendida de sus sucesos. Harto tenia Carlos que estarse mirando, y remirando en Elisa, sin reparar en locuras, y atrevimientos de Lope; y asi, reprehendiendole sus desgraciadas gracias, y pesadas burlas, se bolvió á Elisa, pidiendola encarecidamente le escuchase; pero ella como discreta, fingiendo daria que murmurar á sus criados que la esperaban, sabiendo ya de su competidora que se quedaba con gente, quiso dár mas credito á lo que el criado hablaba, que no á lo que Carlos riñendole desmentia; porque quando un criado en presencia de su señor cuenta necesidades; aunque el señor lo contradiga, y riña, han de ser creidas; y de los que pudieren han de ser remediadas, porque el criado lo hace de compasivo, procurando remedien al señor; y el señor muchas veces, aunque riñe, le agradece al tal criado el que manifieste lo que él no puede manifestar, ni descubrir por su honor, y respeto; y Elisa le dijo que se quedase en buena hora, y que ella le avisaria quando tubiese lugar para que le contase, ó leyese su relacion, que por ser suya en quanto á la materia, y haber recibido la forma de su ingenioso dictamen, hol-

garía en extremo de escucharla; y diciendo esto, quitándose de sus cristalinos dedos tres diamantes mui preciosos, hizo á fuerza de porfias los tomase, de que no le pesó á Lope, sabiendo el poco remedio que las maletas llevaban, y lo desmantelada que estaba la casa á donde iban; mas no se fue riendo con el gusto, porque habiendose partido Elisa al coche que la esperaba, y desde allí á la Ciudad, riñóle Carlos asperamente el haber descubierto tan á la clara su pobreza, y tan descaradamente haber manifestado su poco juicio; pero como el que sirve, si se conoce que puede servir, ha de estar graduado de paciencia, y armado de gracias para rechazar los enojos de el señor, al cabo de un gran rato que hubo oído mui callado le dixo: Señor ¿sabes á quién me has querido parecer aora? A quién? Le respondió Carlos enojado todavia: y replicó Lope, ¿á quién? A un padre que tiene un hijo jugador, que en ganando, le lleva los dineros; y habiendolos recibido, se buelve contra él mui enojado, diciendo que voto á tal, si torna á jugar, que le ha de echar de casa, y le ha de castigar; y como el hijo echa de vér que mientras le está haciendo estas amenazas se está echando los dineros en las fal-

triqueras, baja los ojos, y dice entre sí: ¿Tomamé los dineros, y riñe? Esto es decir que buelva á jugar. Cayóle en gusto á Carlos, aunque disimuló, y dijole: Lope, ya sé tus malicias; pero advierte, que si guardo los diamantes, no es para que los vayas mañana á empeñar, como imaginas, sino para bolverselos mui mejorados en otras piezas al dueño que me los dió. No te lo digo por tanto, replicó Lope, con harto sobresalto de sus tripas, y añadió luego: Señor, en duda voy de lo que me has reñido tambien, diciendo, que he manifestado tu poco juicio, supuesto que lo engrandecí, y alabé quanto pude, hasta decir que eres Poëta; que este es un dón sobrenatural, pues no le concede Dios á todos, sino á quien su Magestad es servido. Calla necio, dijo Carlos, y advierte, que el día de hoi por dos causas no le está bien á un hombre, que le llamen Poëta; la primera, porque es tener usurpado el nombre sin titulo, porque para ser uno tal, es necesario que sepa de todas las ciencias, ya que por ser imposible, no las pueda saber todas, porque la Poesia con todas trata, y de todas participa; la segunda, porque son ya tantos los Poëtas, que de puro sobrados nadie los estima; y así, lo que

que de antes era honra , tiene aora apariencia de monosprecio ; y lo que entonces se debia estimar , aora se puede huir. Verdad es , replicó Lope , y me parece á los *Dones* , porque me contaba mi abuela , que en Gloria esté , que en su tiempo en cien leguas no hallarian seis dones ; y aora hai casa , que sin ser solariega , tiene mas de catorce.

Divertido en estas , y otras pláticas , llegaron Carlos , y Lope á la Ciudad , fueronse á su casa , que como eran ya sus padres muertos , la habitaba un amigo suyo , á quien al otro dia le fue necesario buscar otra morada , por ser tan inopinada , y repentina esta ida de Carlos. Cenaron aquella noche como hspedes , que no lo tubo Lope á poca suerte ; y en habiendo cenado , se fueron á dormir , aunque Carlos con el nuevo amor llevó bien en qué velar. Pero antes de pasar de aqui , (Señora Doña Serafina) mientras este Caballero duerme , ó vela , mientras dispone su casa , y mientras le visitan sus amigos , dandoles cuenta de sus adversidades , quiero yo sacar á v. m. de una duda con que sé que vá divertida leyendo la Novela , pues estará confusa , sin saber qué Ciudad es esta que tanto encubro ; cuál el linage de este Caballero , que tanto

zelo ; y quienes estas Damas , que tan mal explico ; y respondo , que la Ciudad es una de las de Castilla , con todas las prendas de nobleza , y hermosura que v. m. la quisiere considerar ; y Carlos , un Caballero con los titulos de honrado , que le quisiere pedir , aunque por los descuidos de la fortuna necesitado ; y Elisa , y Lucinda , nobles , y ricas quanto v. m. quisiere : y no explicar mas que esto , el nombre de la Ciudad , y los linages de los contenidos , ha sido , no por ignorancia , sino con particular cuidado ; porque hemos alcanzado ya en estos tiempos unas personas tan demasiado de curiosas , que ván interpretando las Novelas como si fueran historias , repartiendo por la Ciudad , donde se fingen , papeles á quien les parece , como si fueran Comedias , diciendo , esta Dama que aqui se dice , es Fulana , y este Caballero que aquí vá disfrazado , es Fulano , y otras cosas á este tenor , dando los sentidos que les parece , y echando los juicios que se les antoja , sin tener en esto mas sentido , ni mas juicio que los propios juicios , y sentidos que ellos dán. Y asi me acuerdo , que dijo Lope de Vega en una de sus Novelas , que era carga mui pesada , y cosa difcil escribir historias presentes ; y yo

digo ser así, porque si un hombre quiere escribir lo mal que ha hecho uno, fuera de que si se quemáran con los propios escritos, dicen, que no fue la tercia parte, y si cuenta lo bien que ha obrado otro, dicen, que fue tres tantos mas; y que anduvo el Autor muy corto; y esto lo confirma el mismo Lope de Vega con lo que cuenta que le sucedió en Madrid, saliendo de oír una Comedia suya de el Asalto de Matrique; y fue, que como en ella hubiese un Papel de Alferez, y este se hubiese repartido á un hombre de mala gracia, y que mostraba poco los desgarros de Soldado, y el ayre de la Milicia, en acabando la Comedia se llegó á Lopé de Vega un Caballero de buen porte, y mostrando en el semblante enojo, y en las palabras gravedad, le dijo, que aquel Alferez fue un hermano suyo, y que no fue de tan ruin talle, y de tan tibias valentías, como el personaje á quien lo habia encargado le representaba; que se sirviese de decir al Autor que trocarse el papel, donde no, que se tubiese luego por desafiado al Prado de San Gerónimo, ó al Angel. Reprimiendo Lope de Vega la risa, le prometió hacer lo que pedia; y así, para el dia siguiente hizo trocar el Papel, advirtiendole al que de

nuevo lo recibia, que hiciese grandes desgarros de valiente, dando grandes muestras de Soldado: salió esto tan á gusto del agraviado Caballero, que agradecido le embió á Lope un regalo, dandole las gracias. Con estos egemplos no condenará v. m. señora Doña Serafina, los que juzgaba descuidos, y podrá pasar mas sosegada al discurso de nuestra Historia.

El segundo dia que Carlos llegó á su Patria, desembarazado ya de la carga pesada de los bienvenidos, andaba cuidadoso por hallar la causa de sus amorosas tristezas; informabase al descuido de unos, preguntaba cuidadoso á otros, haciendo por una parte diligencias, y por otra encubriendo los cuidados; y como estuviese advertido, que en la Ciudad habia muchas Elisás, y no menos Lucindas, salióse enfadado á la Plaza, y encontrándose con Alejandro, se le dió por muy amigo, ofreciendosele para todo quanto le mandase. Hablaron de diversas materias, y viendo Alejandro lo bien que Carlos le satisfacía á quanto le preguntaba, con no menos cortesía se subordinó á su voluntad, pidiendole por merced se saliese á pasear aquella tarde por la Alameda, por querer desahogarse con él de mil pasiones amorosas de que estaba opri-

oprimido: ofrecióle Carlos la atención, y yendose á despedir, por ser ya hora de comer, Alejandro con mil ofertas le suplicó le honrase su mesa. Escusóse Carlos, lo que á un hombre prudente le es dado: porque aunque procuraba tan dichosa ocasion para salir de su duda, y saber si tenia por hermana á la robadora de su alvedrío; con todo, este deseo no atropelló con los corteses cumplimientos: que el que es cuerdo, aún en lo proprio que busca no ha de ser entremetido; y lo que mas apetece, si hai peligro de reputacion, lo ha de buscar como que no lo busca, y procurarlo, como que no lo quiere.

Aceptado el combite, fueron los dos á casa de Alejandro, que avisando á su hermana Elisa del huesped que tenia, hizo prevenir la mesa de los regalos, y manjares, que bastaron á no quedar corto, para haber sido con tan poca prevenicion, y tiempo. Elisa alborozada del suceso, dandose mil parabienes, quiso ya comenzar como amante á usar estratagemas, procurando no darse á conocer á Carlos tan presto, zelosa por ventura de que se habia de enamorar en otra parte; que esto tienen las mugeres desprevenidas, que aun de los zelos futuros comienzan á hacer pes-

quisa. Carlos, fingiendo divertimento en las pinturas, y atavíos de su sala, con deseidos penetrantes de la vista, miraba á Elisa; y lo que en pequeño instante contemplaba en diseño hermoso, en grande rato lo repartia por el alma: mirando á los tapices, conferia consigo, si era la misma que vió aquella noche; y aunque muchas de las señas que miraba, le aseguraban que sí; el contemplarla de dia con mas extremos de hermosura, le replicaba que no, y decia secreto: yo no puedo olvidar á aquella Dama; pero si esta me quiere, no dudo que la olvidaré, porque aqui veo quanto allí ví, y aqui hallo mucho mas que allá miré: mudarse por mejorarse, permitido es, mas no es mudanza, quando allá no ha habido declarado amor; mi vida está ya en servir á esta muger, y mi muerte en dejarla de amar: perdoname, hermosa Elisa, si no eres la misma; porque aunque te dí á tí el alma, la he hallado aora en esta muger, ó en este hechizo que tengo en mi presencia.

Embueltos los bocados en estas palabras secretas, atropelladas muchas veces de las conversaciones diversas de Elisa, y Alejandro, acabó Carlos de comer, que ya lo deseaba, por buscar ocasion para salir de sus

sospechas ; como es costumbre de referir sobre mesa algunas cosas, pidióle Alejandro á Carlos le contase la ocasion que habia tenido para venirse de la Ciudad de Salamanca , estando allá tan acreditado con sus estudios. En verdad , señores, les replicó Carlos , que viniendo antenoche por la Alameda, me pidió una bizarra Dama lo mismo , aunque advertida de mi criado , que por divertimento del camino habia hecho unas coplas á mi tragedia , dilató el escucharme hasta que ella me avisase ; mas pues ha sido tan tarde á mis deseos , y aqui contemplo obligaciones de obedecer , y tanta hermosura como hallo á que respetar ; á dicha grande tengo estrenarlas en la atencion que os pido. Diciendo esto , desabrochóse el pecho, y sacando de él un borrador, leyó lo que se sigue:

Los que ignorais sentimientos escuchad un rato aqui, que solo bastan los míos para que sepais sentir.

En una Ciudad bien noble, de nobles padres nació, que no es, no ventura poca, ser noble para vivir.

Desde mis años primeros tanto á las letras me dí, que ellas eran solamente todo mi juego pueril.

Salamanca fue mi madre,

solo en sus pechos crecí, que ya que madre se busca, no se ha de buscar ruín.

Creció con la edad el vicio, comenceme á divertir, no sé si por compañías, mas no hai que dudar del sí.

Tube un amigo valiente, dí en valiente ; y tal salí, que él no saliera mil veces á no ayudarle á salir.

Dimos en rondar de noche, dieronnos en perseguir, porque siempre están despiertos un Fiscal , ó un Alguacil.

Amaba á una Dama yo, y mi amigo contra mí, amaba tambien la misma, sin darseme á descubrir.

Tube noticia del caso, hice que no lo creí, porque casos semejantes, sin creer , se han de reñir.

No lo reñí luego al punto, que primero la escribí á la Señora esta carta en verso tambien , oíd.

Laura , yo tengo recelos, de estos se engendran sospechas, que me hieren como flechas, y me matan como zelos: tu me juraste á los Cielos, que eras mía , te creí; pero , si aora entre mí, si es verdad me digo yo, por mil amagos de un no, sale destroncando un sí.

Explicarte yo de quien tengo zelos, no es posible, (ble, porque hai mal que es tan terri- que

que no halla sombra de bien:
muchos indicios se vén,
digo acá en mi entendimiento,
pero luego los desmiento,
conociendo tus favores,
y aunque los siento dolores,
me finjo que no los siento.

Es fuerza ausentarme aora,
dejarate aí á mi amigo,
que me será buen testigo
de si eres, Laura, traidora;
por un mes voi á Zamora,
y un mes, Laura, sin hablarte
mi muerte ha de ser en parte;
mas con tal limitacion,
que si me hicieras traicion,
viviré para matarte.

Escrita que me fue esta carta,
cerrada la remití,
á que respondió llorosa,
los mas renglones allí
de sus lágrimas borrados;
que una muger por fingir,
busca hasta el llanto prestado
si vé que le falta en sí.

¡Qué promesas, qué ternuras,
y qué de quejas leí,
que á no reportarme un rato,
me quisiera arrepentir!

Despedime de mi amigo,
y de ella me despedí,
partiidome una mañana,
ó fingiidome partir.

Pero estandome escondido
todo el dia, quando ví,
que la noche presurosa
acababa de dormir,
me entré en casa de mi Dama,
escalando un camarín,
de donde sin ser sentido,

me bajé, donde un tapiz
me tubo bien encubierto
hasta que me descubrí.

Porque de las doce apenas
se feneció el retintin,
quando una puerta secreta,
siento que bajan á abrir.

Escucho con mas cuidado,
y luego veo subir
al que yo juzgaba amigo,
juzgandose por feliz
de llegar, donde ya Laura,
solo con un faldellin,
á quien dió Tito el color,
por afrentar al carmin,
en sus brazos le esperaba,
no diré si de jazmin,
por tenerlos recatados,
vestidos de un caniquí.

Mas antes que entrára en ellos,
porque no ha de consentir
un hombre que en su presencia
se cometa una accion vil,
le puse al pecho la punta
de mi estoque, y para huir
busca la puerta ligero,
pero á un golpe que le dí,
le hice tener á raya,
y como se sintió herir,
comienzase á reparar,
y todo le sirvió, en fin,
de escapar tan mal herido,
que es imposible vivir.

Mas solo me pesa, solo,
que quando á buscar bolví
á la que en su infame pecho
forjó impiedades dos mil,
hallé haberse ya arrojado
de una ventana, y de allí
buscó en casa de un vecino

puerto, que no hallára en mi.

Una criada tambien,
entre dama, y fregatriz,
se puso en salvo, y no fue
de lo que menos sentí.

Al són de las cuchilladas,
y al ruido de la lid,
iba despertando el barrio,
y temiendo algun motin,
me fui á casa presuroso,
desde la qual me partí
á pié, con solo un criado,
y la ropa de vestir;
que á tanto puede obligar
una muger quando es vil,
y un amigo que quebranta
lo que es justicia cumplir.

Mientras Carlos leía este Papel, despachó con mucho recato Elisa á una criada á casa de una prima suya, diciendola se fingiese ser Elisa, y que viniese á pasar con ella la siesta á su jardin, porque queria probar un amor repentino de un Caballero. Sucedió que la prima estaba aquel dia mui ocupada; y conociendo que Lucinda era amiga de entrambas, (ignorante de lo que habia pasado) y que sabia fingir tan bien como ella, despachó á la criada, diciendola, que iria, y con otra suya le embió á Lucinda un recado, pidiendola lo mismo por tener ella una ocupacion precisa. Lucinda, que todavia llorosa, y corrida, estaba buscando modos para su

venganza, oyendo esta embajada, aceptó la idéa, quizás ya entendiendo, ó que era tramo-ya de su contraria Elisa para reconciliarse con ella, ó que habia encontrado con otro amor nuevo, y le vendria bien para proseguir los amores comenzados de Fabio; y así, sin mas detencion, hizo poner el coche, fuese por la puerta de el jardin de Elisa, que ya la halló abierta, aunque no se habia abierto para ella; sentóse en un tapete de flores, que servia de repulgo á una fuentecilla de cristal, aguardando, no sin algunos recelos, á su contraria cruel.

Elisa, leído que fue el papel, haciendo á Carlos una seña; que nunca á quien tiene amor negó el tiempo estos resquicios de oportunidad, fingió que se entraba á dormir. Carlos, que la entendió, pidióle á Alejandro que reposase, hasta que él viniese á la hora prometida á despertarle. Despidieronse mui corteses, y al ir á salir por la puerta, una criada, nada boba en su oficio, le dijo que fuese por el jardin. Carlos prometiendose ya mil parabienes, por ver tan bien logrados sus amores, dió la buelta diligente á la casa, hasta llegar donde estaba Lucinda, afrentando los jazmines, y desluciendo los claveles, aunque bien triste, se estaba entrete-
nien-

niendo en los cristales; al punto que la vió, quedóse absorto, sin poder mover los pies á dar mas pasos: y Lucinda, viéndole entrar, ignorante de que era el que venia á engañar, quedó temerosa, mostrando en las mejillas con letras de clavél, los efectos del sobresalto que habia recibido el corazon: saludóla Carlos, que por temores nunca se ha de olvidar á un hombre cuerdo la cortesía, y diciéndola no le juzgase por atrevido, porque habia sido llamado á aquel puesto; mas sosegada Lucinda, creyendo que ya estaba en la palestra de su fingimiento, le correspondió cortés, apartando de su semblante los amagos de el desdén, y los melindres del enojo. Tomaron asiento de las flores de el guarnecido tapete, y apenas con pláticas quisieron divertirse, quando fue Elisa estorvo, la qual dejando á su hermano durmiendo, y á una criada en centinela, entraba con intento de decirle Carlos, que su prima (que ya juzgaba allí) habia sido la Dama, que halló riñendo aquella noche, todo esto con intento, ú de usar estratagemas de muger que quiere, ó de vér si de su prima se pagaba tanto como de ella habia mostrado, no solo en la mesa, sino quando la halló riñendo. Llegando, pues, de cerca, y

viendo á Lucinda con el que ya tanto amaba, cubierta de un sudor frio, se detubo, aunque el dolor fue quien no la dejó pasar; cayó tendida en el suelo con la consideracion de el fracaso, y no me espanto, si es opinion de Autores, no poco graves, que un cuidado es la enfermedad mayor: sí quisiera llegar presurosa; mas viendo que no estaba prevenida de razones, aguardó un poco que la lengua se desnudase, pensando muchas veces si dormia, imaginando otras si era ilusion; que quando un mal se entra en una casa sin muestras de prevencion, apenas se cree; y aunque atormenta, parece sueño; y aunque mata, parece mentira. Llena, pues, de los cuidados, que un discreto puede considerar, y atropellando las imaginaciones, que al paso le salian, salió la affigida Elisa adonde Carlos, y Lucinda estaban; y con severidad habló de esta manera:

No es, Caballero, mi casa encubridora de insultos, ni son buenos mis jardines para terceros de afrentas, ni consienten estas plantas empeños amorosos; otros lugares habia donde advertido pudierais lograr la conversacion de esta señora, que si mi hermano es vuestro amigo, no ha de consentir amagos tan sospechosos de vileza,

y rasgos tan notorios de deshonra; y quando mi hermano, sin consideracion os permitiera estos arrojos, yo los escusára, porque aunque me veis muger, tengo valor para defender mi reputacion, y no me faltan bríos para castigar agravios: idos al punto de aqui, y no me habéis palabra, que será veneno quantas excusas me pusiereis.

No se alteró mucho Carlos, oyendo estas razones, bien entendido, en que eran fingidas, por causa de aquella dama, que él juzgaba venia á tratar con Elisa de otras diversas materias; y asi, sin despegar los labios, desocupó el jardín por aquella parte misma que habia entrado; mas no se fue de todo punto, por no partirse sospechoso, y por las zelosías de unas yedras aguardó encubierto á vér en que paraba. La astuta Lucinda, viendo tan en sus manos la venganza; y considerando la turbacion de su competidora, y que no por su mandato habia ella venido, y que aquellos eran zelos del recién venido Caballero, por embolverla con mas confusiones, y por acabarla con mas penas, con una fingida risa, la dijo de esta suerte, antes que Elisa la hablára.

Elisa, en algun tiempo compañera, si acaso usais conmigo de una traza, que se suele co-

munmente, adelantándose á reñir el que está culpado al que no tiene culpa, no llevaré á mal lo que venís haciendo, aunque lo atribuiré á locura. Y si imagináis, como antenche con armas, á nosotras indignas, hacer amenazas, no sé si escaparé huyendo como entonces, porque de quien es traidora no he de vivir ya confiada, y de quien es engañosa, y cruel, no he de tener jamás satisfaccion. Y no digo en esto, que traeré tambien puñal, pero por lo menos traigo, Elisa, las manos menos encogidas, el valor mas desembozado, y la razon menos amedrentada; y podeis estar muy cierta, que á no haberme venido estos dias quien ha templado mi enojo, no me vierais jamás hasta haber tomado en vos la venganza merecida: pero porque estas son ya historias pasadas, quiero pasar á lo que aora importa. Voi al caso, si sabeis lo que se siente sola una imaginacion, y sombra de zelos, pues porque como amiga vuestra le hablaba á Fabio, y él con la misma sencillez me correspondia, concebisteis tan exórbitante sospecha, que rompiendo fueros de muger, tomasteis armas varoniles; ¿cómo, ó por qué aora me los dais á mí tales, y tan crecidos, teniendo por huesped

en vuestra casa al que solo ha de ser dueño de la mía? ¿Cómo quereis que consienta que en vuestra mesa se siente el que yo adoro? ¿Cómo quereis que sufra que en vuestros jardines esté el que tengo yo en mi pecho? ¿Por ventura, habeis visto en mi casa á Fabio de este modo, sino ha sido estando vos delante? ¿Acaso habeis sabido, que contra vuestra voluntad haya atravesado mis umbrales? ¿Luego razon tengo yo, sabiendo que mi dueño estaba aquí, venir á reñiros, y á quejarme, sin que me fuese embarazo lo abrasado del Sol, ni me pusiese estorvo lo que con vos me habia pasado? Yo, Elisa, que aora os respondo por entonces, no he de mirar mas á Fabio, pues tanto idolatrais en él, ni en mi casa le daré jamás asiento, ni en otra qualquier parte recibirá de mí mas que la debida cortesía; pero os requiero desde aora, que sin licencia mia no admitais en esta casa, ni en otra parte donde yo no esté, á mi amante, mostrándole desdén si os miráre, severidad si aqui viniere, enfado si os habláre, y rigor si en ofensa mia se atreviere. Mortal estais, no me admiro, que teneis mucha culpa; y una culpa, si es grave, merece muerte; y si no es tal, es digna por lo menos de sus amagos: bebed un trago

de agua, y se os quitará el susto, y sirvaos esta reprehension de tomár escarmiento; porque á no enmendaros, perdereis la vida, y á proseguir con vuestros zelos, habeis de sentir los mios.

Partióse mui galante Lucinda, dichas estas palabras, y Elisa habiendolas oído, considerando mayores males, viendo peligros mas crecidos, y considerando mas terribles confusiones que las que recibió al principio; barajadas en su pecho inmensas penas, descompuestos todos los sentidos, desquadrernado el valor, y rotos los alientos, cayó amortecida en la verde alfombra: tal es una pasion de amor, tal un cuidado de zelos, y tal un engaño lisongeado de apariencias verdaderas. Carlos desde donde estaba oculto, satisfecho ya de que era Elisa la que tenia á sus ojos, que eran ficciones todas las que Lucinda habia hablado, por darle zelos, aunque ignorante del modo por donde la tal Lucinda habia alcanzado á saber que Elisa le queria, salió lastimado, y congojoso á consolarla, yá sin recelos ningunos de perderla; pero como es proprio de un Caballero cortés el no ser atrevido, y en tales casos es la cortedad virtud, y la largueza desaire, dudó de tocar, no solo sus manos, pero aún la ropa; porque, aunque la

ocasion brindaba, la razon contradecia, y el fino amor siempre es compuesto, y el verdadero amante siempre es bien mirado; y así, desde afuera comenzó á llamarla, diciendo: señora, señora: Milagró fue del amor, porque como provino el desmayo por la afición de Carlos, apenas el eco de su voz rompió las prisiones del oído de su hermosa Elisa, quando resucitando el valor los sentidos, componiendose, y enquadernandose los alientos, se levantó vergonzosa, contemplandose corrida; mas viendo que el que tenia delante era el que amaba, el que estaba en su presencia por quien padecia, al trueno de un suspiro se rasgaron las preciosas cataratas de sus soles, desperdiciando en perlas, las que concibió en lágrimas. Llorára Carlos tambien, á no serle forzoso satisfacer primero, porque aquellos afectos eran preguntas que le hacia, y aquellas lágrimas palabras que le hablaban; que la mayor señal de conocer la inmensidad de un amor, es quando no tiene lengua para explicarse, y ha menester hablar por señas para que lo entiendan; porque amor parlero no es amor, y ya que lo sea, es interesado, y amor por interés, jamás fue amor. Y así Carlos, habiendole dicho á Elisa

con mil juramentos, que era mentira quanto Lucinda habia propuesto, porque él en su vida la habia hablado, sino en aquella ocasion, que hallandola en aquel puesto, la saludó cortés sin ceremonia, ni se tomó mas licencia, y recostandose en los pies de Elisa, mereció de sus manos algunas mas que sombras de favores, hasta venir á manifestarle que le amaba, y que sería su esposa si guardaba el secreto. Prometióle Carlos, en su hermosa mano, galanteando con la ocasion el gusto, y tomandose con el achaque el favor; y yendo con elogios á encarecerle su amor, entró Fabio por la puerta del jardin, que el mucho cuidado fue descuido para que se estuviese abierta; y aunque entraba en seguimiento de Lucinda, como Elisa habia sido la que amó primero, y era la que en público galanteaba, viendola en agenos brazos, se derramó por sus venas un veneno tan zeloso, que sin hablar palabra, se fue con el azero desnudo para Carlos, que con no menos valor, sí con menos cólera, se puso en defensa: y aunque respetos de una muger vencen, y ruegos de una dama obligan, no fueron los de Elisa bastantes para que los dos enamorados dejasen de probar sus fuerzas; mas como Carlos reñia sin pa-

sion,

sion, viendo lo poderoso del contrario, y que el matarle, ó herirle era darse á sí la muerte; pues se habia de ausentar de la que amaba, sin procurarle ofender se defendia, hasta que al ruido de las espadas, despertando Alejandro, y de su hermana informado bien al contrario de lo que habia sido, los esparció severo, y los amenazó riguroso; pero si fuera cuerdo, no se habia de enojar con ellos, sino castigarse á sí, porque quien tiene en su casa muger hermosa, ó hija, ó hermana doncella, nunca ha de admitir á su mesa á los que no sean mui deudos; ni aún darles, sino raras veces, silla á los extraños, y mas siendo mancebos, porque de no guardar este recato, suelen quedar mancilladas muchas honras; y por no advertir en esto, se suelen quedar por sola la nota muchas doncellas perdidas.

Muchos dias se pasaron, que por el encuentro referido no se hablaron Alejandro, y Carlos; y en este tiempo quedó Elisa sin los escrúpulos de zelos que le habia dado Lucinda, porque con lo que su prima le informó, rastreó mui por menor todas las quimeras que Lucinda habia fingido; quedando mui satisfecha que Carlos la queria. Salió su amor de embrion con este desengaño, y alimen-

tado en su pecho, comenzó á crecer, buscando trazas para hablarle, fingiendo paseos para verle, y hurtando ratos al tiempo para escribirle. No correspondia Carlos con menores afectos, porque todas la potencias las sujetó tanto á la esclavitud de su amor, que ni la memoria trabajaba mas que en acuerdos de Elisa, ni se ocupaba el entendimiento mas que en ponderar sus gracias, ni la voluntad se divertia mas que en atender á su contemplacion. Considere aqui v. m. Señora Doña Serafina á estos dos amantes tan unidos, que parece que no les falta mas que la bendicion conyugal para quedar los dos uno; pero como estas materias de estado tienen tantos tropiezos, aunque Carlos lo deseaba, no se atrevia, mui proprio de la pobreza, ser siempre cobarde, y aunque Elisa queria no se acababa de resolver; porque quando una rica se resuelve á dexar al pretendiente rico, y poderoso por el que estaba desvalido de los bienes de la fortuna, ó se repican las campanas á milagro, ó vive arrepentida lo mas del tiempo. Y como ya hemos insinuado arriba, era Fabio de mui copiosa hacienda, y lleno de riquezas, y con muestras de casamiento habia muchos años que galanteaba á Elisa; ella viendo lo

que mejoraba, fuera de tenerle el amor que vimos antes que viera á Carlos, ni le despedía del todo, ni del todo le correspondía. Su hermano Alejandro estaba embarazado de dos cuidados rigurosos: uno vér que por Fabio Lucinda no le quería: y otro vér que su hermana quedaba con mucha nota, si no se casaba con Fabio, que esto viene á redundar de hacerse un hombre ciego á los galantéos, que mira por su casa, y de hacerse sordo á lo que el murmurero dice llevado de un engaño loco, que le estará bien si aquello que imagina se consigue, debe considerar, que el pretendiente irá mui ageno de su imaginacion; pues al cabo, no solo se halla burlado, sino que le viene á ser impedimento para sus pretensiones, como se ha visto aqui.

Pasó Alejandro mucho tiempo por sí solo estos cuidados, hasta que la fuerza de ellos le obligó á buscar un amigo con quien repartirlos: este fue Carlos, que como le importaba tanto esta amistad, él proprio buscó las ocasiones para bolver á ella. Las excusas, y descargos que le daría de el disgusto pasado no hai para qué las reframos, pues ellas se suponen. Dióle Alejandro mui larga cuenta de sus amores, de sus recelos, y de sus agravios,

Carlos le satisfizo á todo con mucha discrecion, asegurandole en quanto á los recelos de su honor, prometiendole su defensa para desagrarle, y ofreciendose de reducir á Lucinda á su gracia. Abrazóle Alejandro agradecido á sus consuelos, comenzandose desde este dia el batallon de los amores, porque Carlos viendo á Alejandro de su mano, comunicaba, no solo por escrito, sino á boca, mas sin embarazo con Elisa: y viendo toda esta dificultad, comenzó á tratarse con Lucinda, para cumplir la palabra dada, hecha á Elisa la protesta de no darla zelos. Fabio, viendose por las dos partes combatido, pues en casa de Lucinda entraban Carlos, y Alejandro, y de casa de Elisa Carlos no salía, rabiaba de zelos, y procuraba venganza. Pagóse tanto Lucinda de el bizarro proceder de Carlos, que solo dejaba de quererle, por vér que él no la quería para sí, sino para que se rindiese al gusto de Alejandro; que aunque esto jamás se explicó en las conversaciones, una muger discreta bien conoce los fines de una voluntad quando los indicios son urgentes; porque, ó es ignorante quien lleva compañía para pretender una Dama, ó solo vá con dictamen de que sea el elegido el compañero. Confirmóse, pues, en esta

ta empresa uno como imposible, á quien no lo hubiere practicado. Lucinda, pues, vencida de innumerables ruegos de Carlos, por respeto suyo dió en hacerle á Alejandro favores, y en darle asiento en su pecho, y acogida en su gracia; porque hai amor de tal calidad, que viendo que es imposible reducir á su voluntad al objeto amado, viene á querer todo quanto el tal objeto desea, y apetece, no porque esto deseado, y apetecido por sí solo sea capáz de su gusto, sino porque es parte de corresponder á lo que pide lo que es querido. Bien conozco que parecerá filosofia nueva de amor esta que digo, pero con una distincion, y con un egeemplo quedará menos escabrosa; sea de distincion de amor racional, y de amor sin razon, porque aquel es amor racional, quando lleva ajustados los limites de el querer á la igualdad de su estado, capacidad, y sugeto, queriendo, si es noble, nobleza; si es discreto, discrecion; riqueza, si es rico; y buscando si está libre, persona libre. Y amor sin razon, es aquel (y este el ordinario) que no viendo la hermosura, se embriaga de tal modo, que ni repára en que por mil partes no es su igual, ni juzga por imposible vér, que aquella hermosura tiene ya dueño. Tomando,

pues, la parte del amor racional, pongo el egeemplo: una dama llega á querer á un Caballero con todo el amor que se puede encarecer, ó pagada de su discrecion, ó llevada de su bizarría; y como el efecto del querer es tener grato lo que se quiere, procura hacer todo quanto le pide, y aún previniendo á veces lo que le quiere pedir; pues si esta señora conoce, que el tal Caballero tiene ya la voluntad en otra parte, y que aunque ella le quiere con extremo, ha de ser imposible hacer que él la quiera, ¿no se holgára por lo menos (ya digo que hablo del amor racional) verse querida de él en aquella parte que puede, que es queriendo lo que pide? Yo digo que sí; y si v. m. Señora Doña Serafina, que sabrá mas en esta materia, siente lo contrario, ponga su parecer á la margen, y cruce estos renglones.

Ya v. m. ha visto lo bien que se han entablado estos amores; pero mientras Carlos goza en secreto los favores de Elisa, mientras con Alejandro Lucinda se entretiene, y mientras Fabio sin ningunas esperanzas se queja, será razon, que por entretenimiento tratemos de las ocupaciones de Lope, que ya v. m. le habrá echado menos en los lances que hemos referido. Era Lope el portador de

los villetes, la espia de la calle, y la lengua de las criadas. Con estos oficios nunca le faltaba ocupacion, aunque de solo el de las cartas sacaba provecho por los buenos portes que Elisa le daba; de los informes de las criadas solo grangeaba las burlas que se le hacian; y de esperar de noche, y de dia á Fabio, no interesaba otra cosa mas que ponerse á evidente peligro. Llevaba de ordinario dos cartas, una para Elisa, y otra fingida, por si encontraba á su hermano, que esta traza ya es mui antigua; y aunque las Cartas para Elisa eran en verso, no quiero ponerlas aqui por no cansar á v. m. dilatando mucho la Novela, y asi las dejaremos para mas espacio. Pues como estubiese Lope mui picado de una burla que una criada de Elisa le habia hecho, obligandole, fingiendo venir su señor, á que se estubiese todo un dia metido en una secreta, determinó vengarse de ella en esta forma. Pidióle á Carlos su amo mui encarecidamente, que le escribiese á Elisa quejoso de que habia sabido que la tal criada por las puertas del jardin daba entrada á un hombre, que él no sabia quién era, y con zelos semejantes, y con afrenta tan notoria, mirase lo que podia sentir, que si estaba de

él cansado, que le desengañase; y que si solo era culpa de la criada, que la riñese, y esto hasta que ella estubiese satisfecha de la verdad. Y á la criada hizo que le escribiera dos letras, diciendola, que porque le importaba mucho hablar aquella noche dos palabras con Elisa, le esperase á la puerta de el jardin, hasta que él fuese, sin darle cuenta á su señora, que él le satisfaria. Repartió Lope las dos cartas con el recato que siempre. Y Elisa ignorante de la tramoya, viendo las quejas de Carlos, y la razon que tenia, comenzó, sin dar cuenta á nadie, á prevenir castigos para la criada, si sabia verdadero lo que estaba en contra de ella. La criada alborozada de que Carlos le pidiese lo que no la habia de tener á mal su señora, sin descubrirle cosa alguna, deseaba ya la noche, no sin esperanza de recibir buen galardón. Como Lope tenia prevenido en su imaginacion del modo que Elisa, y la criada se habian de haber en el enredo, que trazaba, consideró tambien que era forzoso, que el esperar á Carlos la criada, habia de ser en un zaguan obscuro, que estaba á un lado de la misma puerta, correspondiente al jardin, porque desde su mismo aposento bajaba hasta él una escalera estrecha; y

en fin para baxar sin ser sentida era aquella parte la mas acomodada. Hechas, pues, estas observaciones, el buen Lope, encomendandose al buen suceso, se entró sin ser visto aquella tarde, y se ocultó entre las sombras del zaguan obscuro, apercibido de algunas invenciones para proseguir su treta. Llegó la hora de la primera quietud, recogióse Elisa mas temprano que otras veces. La criada fingió lo mismo, y todos los demás se entregaron al reposo; y apenas se quedaron las cosas en silencio, quando la criada nada perezosa, baxó à estar de posta en las puertas del jardin. No tardó mucho Elisa en baxar tambien à hacer las pruebas, que para satisfacer à Carlos le competian, porque viendo que ya era hora en que la criada, si estaba inocente, dormiria; y si estaba culpada estaria en espera, cubierta la cabeza de un rico mantellin, siendo viril de sus pechos solo lo delgado de la olanda, y coronada de los demás relieves de su cuerpo, lo precioso de un mantéo, con una luz en sus manos, tan pobre, que à no ser fomentada de sus luces se amortiguàra muchas veces en lo cohartado, y estrecho de una linterna, baxó adonde la criada, no sin recelos estaba aguardando à Carlos, la qual ape-

nas en los pequeños visos de luz divisó la sombra humana, quando antes que de ella fuese vista se entró presurosa por la parte que Lope le aguardaba, el qual llena la cara de tizne, y puesto en la estrechura de la escalera con una vela encendida delante, que para el caso tenia prevenida, viendo la huir temerosa, la dió una pequeña voz, con que la dexó pasmada, y ahogada con un mortal temor, bolvió à retirarse afuera, cayendo amortecida à los pies de su Señora. Elisa como al ir descendiendo oyó el pasmo de la criada, y en llegando abaxo la vió amortecida, y mas adentro miró luz, y sintió pasos, quedó llena de temor, y diera voces à no salir al punto Lope, refregandose la cara, pidiendola que callase, y dandola cuenta de la burla diabolica, y pesada. Despidióle con todo Elisa con mucho enojo: y à la criada, despues de buelta en sí, la reprendió severa, por haberle callado aquel papel fingido.

Habiendose pasado muchos meses, sin que hubiese mudanza en los amores, al parecer eternizados, de el mismo modo que suelen enfermar las personas, comenzó á enfermar la voluntad de Elisa con accidentes crueles de inconstancia, cosa que no se imaginàra, habien-

dose conocido lo pasado, mas no hai que espantar que una muger se mude, pues es su natural inclinado á mudanzas. Sucedió, que despues que ya Alexandro, por el buen tercero que en Carlos habia tenido, gozaba por lo menos palabras, y villetes de Lucinda, en que le prometia una perpetua seguridad, le pareció à Elisa su hermana, que no la estaba bien casarse con Carlos, por ser pobre, quando estaba en su mano el elegir à Fabio, que gozaba de tantos bienes de fortuna. Hizo esta proposicion en su pecho, y comenzó à repetir muchos dias en su alma, desmayando mucho en escuchar à Carlos, acortando el estilo en el escribirle, raras veces embiando á llamarle. Provino esta enfermedad de una maliciosa embidia que concibió en su corazon, porque consideró que su hermano era el Mayorazgo; y que si casaba, como yá lo tenia por hecho, con su competidora Lucinda, la qual tambien era rica, ella habia de quedarse mui pobre, y necesitada, expuesta à humillarse à la que siempre en todo queria tener por inferior. Traía à la memoria el amor de Carlos, sus dulces palabras, su entretenida conversacion: mas considerando la pobreza con que todas estas gracias, y donaires ve-

nian vestidas, no hallaba consuelo con que poder quietarse, y el mayor dolor que sentia era no tener à quien descubrirse. Crecia con la privacion el apetito, viendo que estaba à pique de perder la ocasion tan buena que con Fabio tenia; decia entre sí: Si me caso con Carlos, le hago agravió tanto à él como à mí, porque su discrecion merece mas riquezas que las que yo tendré casandose mi hermano, pues quedarme yo pobre, sujeta à mirar à Lucinda con riquezas muchas, no me parece que será razon, porque Carlos es hombre que hallará con quien casarse, y yo aora tengo la ocasion presente, y perdiendola no la podré hallar tambien como él, porque la hermosura se marchita, y la discrecion nunca se acaba; fuera de que me parece, que yo no hago agravió ninguno, porque Carlos me robó la aficion que à Fabio tenia, como à primer dueño de mi voluntad, ¿pues será justo que premie al robador, y deje sin defensa al robado, quando este me amó, y quiso primero con tantos, y mas extremos que aquel? No por cierto, no es razon, bastele por premio à Carlos lo que le he querido, y sea paga de Fabio quererle de aqui adelante, como al principio le quise, porque no todos los hombres que

que se eligen para entretenimiento de la juventud ociosa, son buenos para el discurso de la vida. Solo me consuela para esto que determino, que Lucinda, à quien parece que tambien Carlos se inclinaba por respeto de mi hermano, no le podrá querer si ahora se casa, porque mi natural no me consiente que quiera otra aún á lo que yo no quiero querer; y para estar de una vez quitada de estos temores, mejor será hacer que se ausente de aqui, aunque yo lo pague; fuera que mi Fabio, que ya le quiero dar este nombre, lo tendrá á mucha dicha, y le dará mucho favor. Mas qué es lo que digo? Estoi en mí? Tengo entendimiento? ¿Pues habia de decirle á él, que ausentára á Carlos, para que presumiera, ó bien traicion, ó bien que aún le tenia alguna voluntad? No me está esto bien. Pues qué haré? Qué? Matarle; con esto me quedaré sin recelos, y sosegaré todos mis temores. Mas ay de mí! he de matar á quien quiero? Que esto no lo puedo negar; porque á no amarle no le zelara; y à no tenerle amor, no me diera cuidado. Pero qué importa? Mas vale morir de una vez, que no sentir muchas muertes: muriendo él, morirá esta voluntad que le tengo; y con esta muerte, toda mi vida podré servir, y

querer á Fabio, gozando de sus riquezas, y afrontando con mi obstentacion á Lucinda. Esto se ha de hacer, y à esto me determino, aunque me noten de inconstante, y aunque me condenen por cruel.

¿Quién imaginára, Señora Doña Serafina, que un amor, que desde sus primeros pasos fue tan fundado en querer, y voluntad, hubiera caído en aborrecimiento semejante, y en odio tan mortal, no contentándose Elisa con dexar á Carlos, sino procurandole buscar la muerte? Condiciones son de mugeres, aunque diversas por distintos modos, pues vemos algunas, que quieren bien, aunque las traten mal; y hallamos otras, como esta, que pagan mal porque las quieren bien. A pocos lances conoció Carlos la tibieza con que Elisa procedia, y el desabrimiento con que ya le trataba, mas nunca se le dió à entender; antes con mucho recato disimulaba, no dándose jamás por entendido, aunque en secreto se quexaba haciendo muestras de mucho sentimiento; y un dia que le vió Lope de este modo, le preguntó la causa, y él entre suspiros ardientes le dixo de esta suerte: Sabràs, Lope, que he sido siempre en amores desgraciado; y quando ya entendia, que por mi mucha aficion habia gran-

geado á Elisa, con que pasar mi vida con descansos, y consuelos, he visto muchos dias ha que me mira desabrida, y no me muestra en sus papeles el cariño, que acostumbraba. Todo lo qual procede de que ella quiere á Fabio; porque despues que ando yo triste, él está mui alegre, y yá la fama publica sus bodas, y anuncia mis exequias. Ocasión que yo haya dado, no hai ninguna, sino que ella habrá reconocido mi pobreza, yá que no me halla desigual en calidad; pero yo tengo la culpa, y la tiene todo hombre que se aficiona de muger que tiene entregada el alma á otra voluntad, que si aquella noche que la ví riñendo (nunca mis ojos la vieran) considerára, que pues hacia aquellos extremos, no podía quedarle mas amor que emplear en otro alvedrio, ni ella me hubiera burlado ni yo aora tuviera sentimiento. Solo me pesa, Lopè, las diligencias que he hecho para que Lucinda muestre amor á Alexandro; porque te doi mi palabra, que aunque me has visto tan enamorado de Elisa, lo he estado con muchos mas extremos de Lucinda, y con que aora la tuviera yo libre, yo te prometo que diera albricias por la mudanza.

Mientras Carlos refiere sus

adversidades, irémos á ver lo que Elisa anda trazando para quedar segura despues de su inconstancia. Habiendo prevenido los medios que podian ocurrir, quiso averiguar si Lucinda le tendria amor; y asi una tarde se fue á su casa, haciendola muchos cumplimientos mas de los que acostumbraba; y viendola tan conforme á lo que le decia, la llamó aparte, y mui por extenso le dió cuenta de los amores de Carlos, como si Lucinda estuviera ignorante de ellos, y luego añadió su nuevo proposito, y que por estar entendida que le daria como hermana suya, que ya era, el consejo conveniente á su quietud, venia á informarse de lo que habia de hacer. Lucinda disimulando muchos enojos por una parte, y muchas alegrías por otra, prometió con muchas veras ayudarla en quanto se ofreciera, aunque fuera á costa de su vida. Satisfecha Elisa con estas palabras, la dió Lucinda amiga mia, yo bien quisiera, ya que me caso con Fabio, que Carlos viviera con gusto, y reposo, pero ha de ser imposible, porque es tanto lo que me quiere, que quando venga á saber esto, ha de hacer muchos extremos, de modo que nos perdamos todos; y asi por evitar mayores males, aunque sabe Dios si lo siento, quisiera

siera dar orden de matarle secretamente, si te pareciere à tí, porque sin tu favor, y voluntad no me determinaré à nada: miralo bien, que me parece que será notable acierto, pues casadas las dos; tu con mi hermano, y yo con Fabio, libres de el contraste que Carlos nos ha de hacer viviendo, porque no solo Fabio, està celoso de él, sino aun Alexandro de verle hablar contigo lo està mucho, viviremos contentas, y pasaremos con mucha felicidad. No quiso Lucinda contradecir à las palabras, antes concedió quanto la dixo, haciendo mil protestas en lo interior de el corazon, y prometiendose ya mil parabienes por lo que esperaba hacer, y dando al Cielo inmensas gracias por haberle inspirado à Elisa que comunicara con ella aquellos malvados intentos. Viendo la falsa amante tan en su favor la que esperaba en contra, la dixo, que cómo lo concertarian? Lucinda respondió, que el remedio mas eficaz era, concertar à quatro hombres de los muchos que hai que viven de semejantes homicidios, y dandoles mui buena paga, embiarles à la Alameda, y decirles que al que fuere à ellos con una carta de su nombre firmada, le quita- sen la vida. Y estos concertados de esta suerte, podia encar-

garle con muestras mui amorosas à Carlos una diligencia que se ofrecia ir à hacer en aquel lugar, con que se cumplirian á medida del deseo sus intentos: parecieronle à Elisa estas razones tan bien, que sin aguardar un instante, las comenzó à poner por obra, dando cien escudos à dos valentones, para que aguardasen en un apartado que ella les nombró, al mal afortunado Carlos, que ignorante de lo que le estaban previniendo, se fue à casa de Lucinda, como acostumbraba, à la qual halló muy gozosa, y que así como entró le hechó al cuello los brazos: y él como entraba tan triste, apenas pudo reconocer lo inmenso de el favor, dando suspiros, en lugar de agradecimientos. Lucinda le consoló mucho, diciendo, que no se desconsolase, que Elisa le tenia mucho amor, y que le daba palabra, que si ella le faltase olvidaria à Alexandro, à quien por respeto suyo amaba, y le haria Señor de todas sus potencias. Ay Lucinda mia, y qué dichoso sería yo, respondió Carlos, si alcanzase tanto bien! y qué de buena gana llevaria el que Elisa me aborreciese, y despreciase! porque no se qué tristezas me ocupan estos dias el corazon, quando me acuerdo de ella, las quales se deshacen

en lagrimas que vierto, quando me acuerdo de tí; sin duda hai aqui encerrado algun misterio, porque trocarse el amor, ya que no es maravilla, parece empero, portento, que engendre pesar su memoria, y cause aborrecimiento su recordacion.

No pudo proseguir Carlos con su razon, porque entró Lope mui apresurado à llamarle de parte de Elisa; y aunque al principio estuvo mui omiso en acudir al mandato, finalmente se resolvió à ir, por ver que Lucinda se lo rogaba mucho, diciendole, que pues le llamaban, no era tanto el olvido que de él tenia, como imaginaba. Despidieronse los dos con amorosas cortesias; y Lucinda viendo que yà la noche le prestaba el manto para poder secreta buscar lo que deseaba, disfrazandose quanto pudo, y acompañada con sola una criada, se partió à la Alameda, donde ya de Elisa habia sabido que estaba hecha la celada. Carlos inocente de las malicias que contra él se armaban, llegó à casa de Elisa, à quien halló con sobresaltos, y tristezas fingidas, y sin darle asiento, ni aguardar à que le preguntase la causa de haberle llamado, le dixo: Carlos mio, ahora es tiempo, que en tu valor conozca lo que me quieres,

y en esta diligencia vea lo que me estimas. Has de saber que esta tarde mi hermano Alexandro ha tenido un encuentro con unos Caballeros, y en secreto han quedado desafiados para esta noche en la Alameda; y aunque hubiera podido disuadir à mi hermano de este intento, no lo he querido hacer, aguardandote à tí, que como persona discreta, y amigo suyo, podràs mejor estorvar sus designios. El se acaba ahora de salir de aqui para el lugar de el desafio, partete por mi vida al instante con esta carta que he alcanzado de Lucinda, y haz que se buelva, porque me han dicho que él va solo, y son muchos los contrarios que le esperan. Creyó Carlos estas razones de el modo que si fueran verdad: y asi tomando la carta, se salió mui presuroso en compañía de Lope, y llegando al lugar que él presumió que estarian, le salió al encuentro Lucinda, à la qual apenas conoció, segun lo disfrazada que iba, y quedandose maravillado de verla, le preguntó la causa, à que no sin lagrimas le respondió, que à librarle de una muerte alebrosa, que le tenia guardada su fingida Dama. Turbóse Carlos oyendo estas razones, y Lucinda, por dejar para otro tiempo mas desocupado razones

nes de tanto peso, le dixo, que se entrára en la espesura con ella, y veria lo que buscaba. A pocos pasos que dieron, hallaron á los dos valentones asesinos, acompañados de una cuadrilla, y llegando á ellos, les habló Lucinda de esta suerte: Caballeros, bien entendida estoi de lo que aqui aguardais; pero sabed, que si guardais secreto, se os doblará la paga, y quedareis libres de una maldad semejante: este hombre que viene conmigo, es el que habia de morir á vuestras manos, á no estar yo de por medio para defender su vida, la que os lo mandó es mi contraria, y por vengarse de mí trazó esta traicion; cumplid con ella, decidle, que le habeis muerto, que os doi mi palabra, que sereis de mí mui gratificados, y nunca descubiertos. No se atrevieron á hacer al contrario los asesinos; antes mui corteses se despidieron, pidiendo la capa de Carlos para llevar señas á Elisa de como habian cumplido con su obligacion. Holgóse Lucinda de ello, y en satisfaccion de el buen termino de su proceder, sacó de un bolsillo unos escudos, y joyas, y dandoselas, los embió mui agradecidos, y pagados. Estaba Carlos advirtiendo esto, sin hablar palabra, oprimida la lengua del enojo, y ofus-

cados los sentidos con el sentimiento. Fueronse á casa de Lucinda, donde apenas hubo entrado, quando para mas satisfacerse de semejante traicion, abrió la carta que Elisa le habia dado, y arrimándose á una buxia, leyó en ella solas estas palabras que decia: A quien lleva esta, no se ha de dar respueta, sino la muerte. Confirmó con estas letras ser verdad quanto habia visto; y dexando los sentimientos que el caso requería, se entretuvo en darle mil gracias, postrado á los pies de quien le habia librado. Estubose oculto seis, ú ocho dias, dentro de los cuales se casó Elisa con Fabio, hundíendose la Ciudad con fiestas; y para hacerlas mayores, quiso Alexandro concluir sus amores con Lucinda, dandola la mano: pero ella le despidió mui cortés, diciendole como tenia marido, y aunque se hicieron muchas diligencias, y pesquisas para saber quien, no les fue posible; porque para mayor confusion de la que tan mal habia pagado el mucho amor que la tuvieron, determinaron Carlos, y Lucinda casarse en secreto en una Aldéa circunvecina, impetrando de el Ordinario dispensar las moniciones, por obviar escandalos, é inconvenientes. Estuvieronse de esta suerte mas de cinco meses,

meses, hasta que viendo, por justo castigo de Dios, repudiada à Elisa de su esposo Fabio, salieron à público las bodas de Carlos, y Lucinda con grande admiracion de toda la Ciudad, porque todos pensaban ser otro el esposo de Lucinda, y pocos, ó ningunos ignoraban de que Carlos estubiese muerto; y pública la inconstancia que Elisa habia mostrado, pocos favorecieron su particular;

y conocida la fidelidad que Lucinda habia tenido, todos se inclinaron à favorecerla. Con esto, Señora Doña Serafina, quiero dexar descansar à vuesa merced del trabajo que habrá recibido leyendo mi cansada prosa, aunque en haber visto una muger tan inconstante, y que tan mal pagó el amor que la tuvieron, se habrá divertido, de que podré quedar con algun consuelo.



TUDO ES TRAZAS.

Novela segunda à la Señora Doña Serafina.

LAS cartas que de v. m. recibí, ó bien han de venir mandando, ó bien han de venir riñendo, ó bien aconsejando, tanto, que las tengo por epistolas magistrales; no hago mucho, porque mandatos de un Serafin son lauros honrosos para quien los obedece; riñas de un Angel son glorias, y consejos de v. m. coronas, y palmas. Díxome, pues, vuesa merced en una suya, ¿que por qué empleo el trabajo de mis estudios en escribir Novelas, y cosas de tan poca importancia? A que respondo con el titulo de esta diciendo: Que todo es trazas. Para cuya prueba trae-

ré dos exemplares. El primero, que los años pasados vino à la Corte un excelente Pintor, cuyas pinturas parecian tan naturales, y al vivo, que en voz comun le llamaban el segundo Apéles. El poco caudal, que traxo gastó en pintar algunos lienzos con que acreditarse. Iban todos à verlos, mas ninguno à comprarlos, unos por no poder mas, y otros por no haberlos menester. Moriase el buen Pintor de hambre; y viendo que un Francés, que junto à él vivia, ganaba mucho dinero, solo en pintar en paramentos la historia de Amadís, un San Jorge à caballo, un San Alexo

Alejo debajo de la escalera, y una Santa Ursula con sus once mil Virgines, se determinó tambien, dejando los altos, y encumbrados primores, ocuparse en estas obras humildes, á cuya fama no quedaron Labradores diez leguas en contorno, que no llevarán lienzos para entapizar sus pagizas alcobas. Con lo que ganaba, pues, en las pinturas humildes, tenia para ocuparse en las altas, y realzadas, no dejando aquellas por estas, ni estas por haber menester aquellas: Dióle muy enojado las gracias el Francés, y él solo respondió: Amigo, todo es trazas. El segundo cuenta el Español Virgilio, Lope de Vega, siempre con razon loado, y nunca bastantemente acabado de loar; y dice que un Labrador á quien no quiso absolver su Cura, por no saber el Credo, y como no supiese leer, para aprenderle por sí solo, ni de empacho quisiese llegarlo á preguntar, buscó una plaza extremada. Vivía, pues, un Maestro de Escuela dos casas mas arriba de la suya, sentabase á la puerta mañana, y tarde; y al salir los niños de la escuela, decia con un cuarto en la mano: este tiene quien mejor digere el Credo; decia cada uno de por sí, y él lo oía tantas veces, que granjeando en el Lugar fama de

buen Christiano, aprendió lo que ignoraba. Asi Señora Doña Serafina no se admire v. m. que cada uno busque trazas para vivir, modos, y arbitrios para poder pasar; y porque se vean mas por extenso lo que valen hoy las trazas, yo la suplico me atienda á esta Novela, que no andaré tan picante con v. m. como la pasada.

A desechar cuidados, y á divertir pensamientos por las arenosas playas, alegres, amenas de Sevilla, salió de su casa Polidora, Dama por cierto en quien la naturaleza se esmeró quanto le fue posible, comunicandola gracias, y añadiendola perfecciones. Mirando estaba atenta las turquies ondas, que de un viento combatidas, tan encrespadas se ostentaban, que haciendo globos de espuma, se remontaban sobervias, quando abrazado á una traza se quejaba un Caballero, haciendo promesas, lanzando suspiros, y aumentando con sus lagrimas los caducos montes, de ellos tan maltratado, que mil veces pensó quedarse estrellado en las Estrellas, ó en los mas hondos Abismos sepultado, y sumergido. Enternecióse tanto Polidora, que quisiera abalanzarse al mar, á saber que con esto le podia socorrer, porque ya el corazon le estaba dictando ser per-

persona á quien debía afición, y voluntad: mas quando con piadosas ansias entre sí se consumia por no poderle ayudar, dando á Dios innumerables gracias, llegó á la orilla Lisardo, (que así se llamaba) y sin acordarse de su naufragio, y proceloso infortunio, sin vér lo maltratado que salia, los dolores que sacaba, y la desnudez que traía, quedó tan transportado en la beldad de Polidora, que turbado el corazon, la sangre elada, la vida turbulenta, y la lengua sin habla, no pudo en una gran pieza moverse de aquel primer lugar, donde estampó los pies. Polidora entre confusa, y alegre hizo dentro de su pecho los discursos, que bastaron para salir de duda, y llegandose á él mui amorosa, acompañando las palabras de compasion, y terneza, le pidió le declarase quien era, de donde, y por qué causa se habia expuesto á tan crecidos peligros. Yo os lo contaré, señora mia, dijo Lisardo, solo con que me concedáis una proposicion, que imagino es verdadera; y es, que sois vos por quien aquesto paso, por quien ha tres años que lloro, por quien ha otros tantos he estado cautivo, y por quien ofrezco mi vida á todos los peligros, y trabajos. Fingió Polidora del mejor modo que pudo la alegría del ros-

tro, y bañandole con un disimulo, dijo: Señor, no entiendo lo que decis; yo soy de aqui de Sevilla, y si no es para servirlos no os conozco, aunque os prometo me habeis tanto agradado, que me será imposible de aqui adelante dejar de acudir á lo que fuere servicio vuestro; porque aunque os veo tan pobre, y de riquezas tan ageno, yo juzgo en mí que no lo estais de merecimientos. Echarse quiso Lisardo á sus pies, oyendo tales razones, si ella con sus manos no le detuviera; y habiendose sentado en la menuda arena, dando Polidora silencio, comenzó Lisardo á decir de aquesta suerte, si bien era prosa allí, lo que aqui verá v. m. en verso.

Mi nombre proprio es Lisardo,
mi amada patria Venecia,
tan celebrada en el mundo,
quanto rica, y opulenta.

Dieronme mis padres sangre,
en tanta nobleza embuelta,
que no tubo que embidiar
las Dignidades sobervias.

Y apenas cumplí tres lustros,
y ví quince Primavera,
tan florecidas entonces,
como de allí á poco secas;

Quando en una Dama puse
de tal suerte mis potencias,
que despues que la miré,
quedé sin ninguna de ellas.

Decirte aqui si era hermosa,

contarte aquí si era bella,
no me atrevo, porque pienso
que eres tu su estampa mesma.

Y por mucho que pondére,
y exágere sus grandezas,
me he de quedar siempre corto,
y haré agravio á tu presencia.

Polidora se llamaba,
en quien pulió de manera
todas sus gracias el Cielo,

(cuenta,
que hasta el nombre metió en

Mostróme también amor,
porque en generosas muestras
de discrecion, nunca cupo
la ingrata correspondencia.

Asi pasaron seis años,
sin que entre los dos hubiera
mas que un alma duplicada,
y una voluntad sincera.

Mi gusto solo era el suyo,
tan ageno de tristeza,
que ni ella la daba á mí,
ni yo se la daba á ella.

Pedíla á su viejo padre,
ojala no la pidiera;
pues la perdí por pedirla,
y la dejé por tenerla.

Fue la causa, que mi padre
fue antiguamente Cabeza
de un vando contrario al suyo,
por no sé qué competencias.

Y viendo que era ocasion
para su venganza ésta,
negandome á Polidora,
me despidió con fiereza.

No me enojé luego al punto,
porque amor, y aficion buena
jamás ván con fundamento,
si no se arman de paciencia.

Echéle mil rogadores,

mas hai algunos que ruegan
de tal modo, que parece,
que quieren cumplir á medias.

Y asi, viendo el poco efecto,
que á endurecidas orejas
del ingrato padre hacian
mis ruegos, y mis promesas,

Busqué ocasion para hablar
á la que en mi alma mesma
consideraba sintiendo
mucho más que yo mis penas.

Halléla, pues, una noche,
y fue, que con unas cuerdas,
tracé por donde subir
de su aposento las rejas.

Llamé, y al momento abrió;
porque siempre está despierta
una alma amorosa, quando
aquello que quiere vela.

Mas dieron tal resplandor
de su cielo las lumbreras,
que juzgando medio dia,
la que media noche era,

Temí que pudiesen verme
algunos que se desvelan,
ó por causas semejantes,
ó por otras mas diversas.

Y asi, por quitar peligros,
y ahuyentar vanas sospechas,
por hablar con mas espacio,
y por sentir mas apriesa,

Asiendo con las dos manos
la acerada, y fuerte reja,
de sus quicios la saqué,
quedando en las cuerdas presa.

Temió Polidora entonces,
porque la muger honesta
tiene hasta con su marido,
de hallarse sola, vergüenza.

Entré dentro, y sosegando

sus,

sus temores, le dí cuenta
de las malas esperanzas,
por no decir malas nuevas.

Y quando entendí escuchar
el fallo de la sentencia,
si no para condenarme,
para mas largas esperas,

Me dijo: Lisardo mio,
tu esposa será, y lo fuera,
si como soi Polidora,
fuera de mil Reinos Reina.

Solo te encargo que guardes
el secreto, hasta que quiera
darnos el Cielo ocasion
de lograr la aficion nuestra.

Todas las noches vendrás
á hablarme por esta reja,
que el amor quando es perfecto
con palabras se alimenta.

Y en fé de que te la doi,
toma esta mano, y con ella
de mi cuerpo los sentidos,
y del alma las potencias.

Temblando toqué la nieve
de aquel globo de azucenas,
en quien dividido en hilos,
el carmin se amasa, y mezcla:

Quando yendola á besar,
llama su hermano á la puerta,
si con golpes recios no,
con palabras sí algo tiernas.

No desmayé, sí al instante
con la que pude presteza,
me escondí bajo la cama,
puesta la espada en la diestra.

Polidora, aunque turbada,
cobró brios, tomó fuerzas,
y le abrió; disimulando
haber estado despierta.

Unas joyas le pedía

para ir á jugar con señas
de haber salido picado,
que esto se llama yá afrenta.

Ella cobrando el aliento,
á sacar fue una cadena
para despedirlo; mas
el padre con diligencia,

Avisado ya del caso,
subia con mucha priesa
á buscarle, quando el triste,
por huír de la presencia

Del viejo padre iracundo,
por aquella parte misma
en que yo estaba escondido,
entró á buscar su miseria.

Porque tropezando en mí,
bolvió á retirarse afuera,
diciendo traicion, traicion;
y antes que le socorrieran

Los que á buscarle llegaban,
ni le valiera defensa,
de la primera estocada
le derribé muerto en tierra.

Desmayóse Polidora,
de lo qual tomé mas pena
que de la muerte, que ya
entonces la ví muy cerca.

Mas cobrando nuevos brios,
viendo como el padre llega
con sus pages, y criados,
dando voces á la puerta.

Antes que entráran, cerré,
arrimando con presteza
arcas, cofres, y bufetes,
y otras alhajas diversas.

Bolví á Polidora entonces,
y hallandola tan traspuesta,
que era imposible atreverme
á sacarla por la reja.

Besando su blanca mano,

y tomándole una pieza
de una de las cinco Climas,
dejando otra mia en prendas.

Me salí por la ventana,
y descolgué por las cuerdas,
de lo que estaban ayunos
mui bien los de de la pendencia.

No sé lo que mas pasó,
porque en aquella hora mesma,
con dineros, y un criado
salí huyendo de Venecia.

Entramos en un Navio,
hasta encontrar las Galeras,
mas ya que las encontramos
eran enemigas nuestras.

Quedamos, en fin, cautivos,
porque la fortuna adversa, (bre,
quando persigue á algun hom-
no se cansa á pocas bueltas.

Tres años, señora, he estado
amarrado á una cadena,
sufriendo desdichas mil,
y padeciendo inclemencias. (mes,

Hasta que hallando, habrá un
ocasion para huir mui buena,
con un Ginovés Corsario,
no me pareció perderla.

Logréla bien por entonces,
mas despues (quién lo supiera!)
tan á peligro me he visto,
como dicen estas señas.

De trescientos, y mas hombres,
no se han escapado treinta,
y estos asidos á tablas,
y á poder de pura fuerza.

Mas quanto yo he padecido
de infortunios, y tristezas,
lo doi por bien empleado,
por haber visto siquiera

En esta playa tal Ninfa,

en este arenal tal perla,
en este suelo tal Angel,
y tal gloria en esta tierra.

Apenas acabó Lisardo de
contar la relacion de su vida,
quando Polidora, no pudiendo
disimular mas su alegria, co-
menzó á llorar perlas de con-
tento, y placer, que por mu-
cho que encubrirlas quiso, no
pudo ser de modo que dejase
Lisardo de verlas; y aunque re-
celoso ya del bien que espera-
ba, la suplicó con mucho en-
carecimiento, que le digese la
causa de su sentimiento, y su-
puesto que habia correspondido
con tanta cortesia á su man-
dato, le hiciese merced, y fa-
vor de declararle quién era,
y qué estado tenia; por si aca-
so podia entrar en su casa á ser
su minimo criado, que lo esti-
maria mas que ser señor de un
Imperio. No son estas lágrimas,
Lisardo mio, de dolor, ni senti-
miento, (dijo Polidora, echan-
dole al cuello los brazos) sino
de mucha alegria, que me ha
causado tu vista, de mucho
placer que me ha dado tu pre-
sencia, y de mucho gusto que
me han sido tus palabras. Yo
soi tu Polidora, tan desgracia-
da en quererte, como constan-
te en amarte. Yo soi la que me
he dolido de tus trabajos, mu-
cho mas que tú de los mios. Yo
soi la que no te he desechado

de mi memoria un solo momento en estos tres años de ausencia, de mí tan llorados, como de tí sentidos. Yo soi la causa, y el efecto de todas tus desgracias, ahogos, desconsuelos, y pesares; causa por haberlos yo causado, y efectos, por ser míos tus propios sentimientos. Yo soi, en fin, Lisardo, la que perderé la vida, y otras mil que tubiera antes que de tí me olvide, antes que deje de amarte, y quererte, y antes que me aparte de tu presencia. Y porque sé gustarás de oír lo que me ha pasado en este tiempo, quiero con razones sucintas darte cuenta: Sabrás, pues, dueño mio, que despues que te partiste de mi propio aposento, donde me dejaste desmayada, y á mi hermano muerto, entró mi padre con la demás gente, habiendo hecho pedazos las puertas; á cuyos tremendos, y desahorados golpes, torné yo de mi desmayo para vér lástimas, y quejas, y para oír ignominias, y afrentas; porque viendo á mi hermano tendido en el suelo, frio, y rebolcado en su sangre, la reja quitada, la afrenta manifiesta, el dolor presente, y yo qual causa delante, comenzó á hacer tales ademanes, y á decir tales palabras, que el no quitarme la vida, no quedó por él entonces, sino por su Mayordomo, que mo-

vido á compasion, me quitó de su presencia, llevandome á otro aposento, donde me tubo encerrada mas de veinte dias, al cabo de los quales fue mi padre á verme algun tanto sosegado, si bien yo cobré tanto temor de verle, que fue mucho no desmayarme, y despues de haberme declarado sus melancolías, y dado parte de sus tristezas, me dijo algo sosegado, y un poco enternecido; ¿ si me debia alguna cosa á mi honor? A lo que le respondí con el alma, y corazon, no: con los labios solos, si que no me eres deudor, ni aun de haberme tocado una mano, ni dicho una palabra fuera de los limites que pide la honestidad, y recato, porque al tiempo que tu entraste desquiciando las rejas, y rompiendo las ventanas, entró mi hermano, que fue causa, aunque quedó muerto, de que tu no pudieras egecutar tus deseos atrevidos. Con esto quedó mi padre consolado, y pidiendome perdon del injusto enojo que habia tenido, me dijo estaba dispuesto á ir en tu seguimiento, porque tenia certeza que pasabas á España, y no habia de tener sosiego hasta cumplir su venganza; á que no quise contradecir, no por quererte mal, sino por venir con él á buscarte, por gozar de tu vista, y librarte de sus manos
para

para ofrecerte las mias; y así, disponiendo de toda la hacienda en breves días, aunque largos para mí por no verte, llegamos á Sevilla, donde fuimos recibidos de lo mas principal de ella, y hospedados en casa de un tío mio, causa que fue tambien de hacer este viage, el qual ha dos años que murió dejandonos por universales herederos. Mas con todos estos bienes, con todas estas grandezas, y con los muchos regalos de esta Ciudad suntuosa, no hemos tenido jamás gusto cumplido, ni contento perfecto; mi padre por no haber podido hallarte para egecutar su venganza, y yo por no haberte visto para ofrecerte mi alma de nuevo, y entregarte las llaves de mi corazon. Ya, pues, que se me ha cumplido mi alegría, aunque á mi padre no se le cumplirá su gusto, quiero, Lisardo, que con tu buen ingenio dés traza, y modo por donde pueda yo gozar de tu vista, sin que mi padre te conozca, hasta que andando el tiempo se depongan los enojos, y se logren nuestras voluntades, ya que las tenemos tan unidas, y conformes.

Considere v. m. Señora Doña Serafina, pues ha experimentado lo que es un perfecto amor, el júbilo, y placer que estos dos tiernos amantes reci-

birian, viendose tan de repente, trás tantos años de ausencia, porque juzgando v. m. segun su corazon, no tendré que ponderar: basta decir que Lisardo atónito, y confuso estaba consigo mismo batallando si era verdad, ó sueño, y habiendo en todo este rato tenido de las manos á Polidora, se dejó caer á sus pies, sin que fueran bastantes sus desvíos; y despues de haber gastado un gran rato en regalos, y dulzuras, en requiebros, y ternezas, le dijo Lisardo, que el modo mas eficaz que podía haber en tal caso, era que él sabia mui bien bordar, así en lienzos, como en sedas, y que sentaria casa allí en Sevilla con lo que ella le acudiera, y disfrazandose lo posible, pues remedaba mui bien á la habla Francesa, podía entrar, y salir en su casa, sin ser de nadie conocido; y para tener achaque de entrar á menudo, podia de allí á pocos dias pedir á su padre que la enseñase á bordar algunas flores, cenefas, y figuras que ella ignoraba, con que bordarian de requiebros su voluntad sencilla, disfrazando las palabras, ó por mejor decir, cifrandolas de manera que fueran correspondientes á la bordadura material de las sedas, y brocados, y á la bordadura formal de los retretes de la alma.

Admitiendo estaba Polidora esta traza con mil gustos, quando por la amena playa vieron que su coche se iba acercando, en el qual habia dejado sus criadas, confusas tanto de su melancolía, como admiradas ya de su tardanza; y así dándose un estrecho, y amoroso abrazo, se despidieron, y apartaron Polidora llorando, Lisardo sintiendo, y en fin, los dos suspirando, dejándole ella los diamantes, que llevaba, que eran de precio infinito, y valor inestimable, y en fin, le dejó señas de su casa, y la parte por donde podia á media noche ir para tratar mas largamente lo que se habia de disponer.

Ausente que fue Polidora, quedó el amante Lisardo lleno de tanto contento, que muchas veces juzgaba ser sueño lo que habia con sus ojos visto; de el modo que quando uno sueña, y está recién despierto atribuye á verdad aquello que ha soñado, hasta que se acaban de deshacer las nieblas del entendimiento, y queda en su perfecto acuerdo, y viendo que ya la enemiga de la luz, con presurosos pasos venia cubriendo la tierra de sombras, el Cielo de pavellones, y el ayre de obscuridades, se fue poco á poco ácia la Ciudad, donde á un rico Mercader contó su naufragio, y desgracia, dicién-

do ser Caballero principal, y rico, y que de la tormenta no habia quedado en su poder, sino eran aquellas sortijas, cuyas piedras eran de mucho valor, que se sirviese de darle sobre ellas algun dinero para poner casa, donde con la industria de sus manos pudiese adquirir, ya que no para sustentarse conforme su calidad, por lo menos para portarse segun el miserable estado á que su fortuna le habia traído. Compasivo el Mercader, hizo que aquella noche se quedase con él, donde despues de cena, habiendo experimentado su afable conversacion, su bien cortado lenguaje, y políticas palabras, le prometió casa en que pudiese vivir, y todo el caudal, y dineros que hubiese menester, á cuyas muestras generosas fue forzoso á Lisardo corresponder, con decirle parte de sus secretos, no por modo que el Mercader pudiese en tiempo ninguno colegir que era Polidora la que buscaba, y queria, ni su padre, de quien con trabajo tal andaba huyendo, sino por mayor, debajo de todo secreto, le dió cuenta de como por una Dama que aguardaba alli, le convenia vivir disfrazado, egercitando un oficio de Bordador que sabia, hasta que su suerte le diese lo que deseaba: de todo lo qual el Mercader prometió

tió guardar secreto, y Lisardo dándole las gracias, se las dió á Dios infinitas por los colmos de mercedes que aquel día le habia hecho; lo uno, enseñándole su amada prenda, cosa tan querida de él, y lo otro, moviendo las entrañas piadosas de aquel Mercader, para que tan sin zozobras le hiciese tantos favores, y tan sin informacion le entregase sus riquezas.

Quatro dias con sus noches dejó pasar Lisardo, sin acudir al puesto que Polidora le señaló, la qual estaba casi desesperada por no saber la causa, ni poder tener modo para saberla, ya culpaba á Lisardo, llamándole inconstante, poco fiel, y descortés, pues quando no debiera lo que debía á su amor, bastaba haberle llamado; porque esta es la máxima en una muger hermosa, que piensa que de derecho están todos los hombres subordinados á su voluntad, y mando; ya le disculpaba, lamentandose de vér la pobreza que traía, los trabajos que habia pasado, y las calamidades que esperaba sufrir, y padecer: de dia no podia reposar, por aguardar á la noche; de noche no dormía, por esperar á Lisardo, y el mayor dolor en estas aflicciones era no poder dár á entender su sentimiento; iba á llorar, y reparando al punto, tornaba las lagrimas ácia

el corazon, que como dijo un docto, este es el mas fuerte llorar, y el mas lastimoso sentir. No hizo Lisardo esta tardanza por poco querer, sino por no poder mas; cuya causa fue, que el Mercader le habia rogado, que no le dejase de acompañar quatro, ó cinco noches, porque le importaba mucho; y como no hai cosa mas mala que la ingratitud en los pechos generosos, así quiso el prudente Lisardo antes de la que tanto amaba, y queria, ser culpado, que á quien le habia hecho tales beneficios corresponder ingrato.

Lo que mas Polidora sentía, y lo que la daba buenas esperanzas, era haberle visto tan desnudo, y maltrado, por lo qual le esperaba con dos vestidos ricos, que habia comprado con secreto, y algunas joyas, y dineros para que pudiese irse acomodando del modo que habian tratado. La quarta noche, pues, que esperaba en unos miradores correspondientes á una calle obscura, y poco habitable, sucedió, que el criado de Lisardo, llamado Mendo, (el qual con otros dos, en un pedazo de Navio llegaron á la playa) despues de haberse reparado del cansancio en casa de unos pescadores, que movidos de sus arengas, lo sustentaron aquellos dias, y le dieron una

capa con que pudiese entrar en la Ciudad, se salió entre las diez, y las once engañado de otro, el qual por hurtarle la capa, le dijo, que á aquella hora se irian los dos á casa de un amigo suyo, donde serian regalados, y servidos; y apenas hubieron entrado en la calle, que Polidora velaba, quando le dijo: Caballero, esa capa he menester, á que respondió Mendo (que era poco amigo de reñir á solas): Señor mio, v. m. la lleve en hora buena, y le haga tan buen provecho como á mi me podia hacer, pues no tengo otra: fuese el compañero con la capa, quedando Mendo afligido, no por ella, sino por verse solo, y á tal hora, y en lugar no conocido; comenzó á suspirar, y á lamentarse, de cuyos suspiros apenas los ecos llegaron á Polidora, que escuchaba atenta, quando entendiendo ser Lisardo, comenzó á cecear, con que cobró Mendo algun brio, y despertó en su memoria sus trazas, y ardides, porque luego imaginó, que aquella era Dama, que esperaba á su galán; y asi, llegando ácia donde oyó el cecéo, disimulando, y encubriendo la voz quanto le fue posible, dijo, que qué le mandaba; ¿eres tu, mi bien? replicó Polidora. Si, señora mia respondió Mendo, ¿pues cómo no has venido

en todas estas noches? (bolvió á decir Polidora) á que Mendo, como haciendo ya burla, bolvió á responder, porque nos hemos estado enjugando yo, y mi vestido. Cuyas palabras fueron el engaño manifesto de Polidora, porque confirmando por ellas ser Lisardo, sin querer mas detenerse, le arrojó los dos vestidos, diciendo: Toma, y vistete mañana de gala, y pasa por esta calle, porque yo te vea, pues conoces que no hai gusto para mi como tu vista, ni recreo mayor que tu presencia.

Tomó Mendo los vestidos, y considerando lo que le podia suceder por la burla, en habiendolos tomado, le dijo á Polidora, que él no era quien su merced pensaba, sino un pobre navegante, que habia escapado de una terrible tormenta; asi, que si gustaba de hacerle caridad de ellos, lo estimaria en mucho; y que si no, mirase por donde queria se los bolviese á dár. Quedóse Polidora confusa oyendo estas razones, y despues de reprimida la ira, reportado el enojo, y sosegado el pecho, solo acertó á decir: ¿Luego no eres tu Lisardo? de cuya pregunta Mendo, teniendo ya recelos, si no de que aquella fuese Polidora, por lo menos de que era alguna Dama que se habia enamorado de Li-

sardo su señor, cobrando brio, le bolvió á responder, si señora; yo soi quien decís; y pasando la calle, se fue á un Convento, por no llegar á mesones, donde contando su desgracia, le dieron acogida aquella noche, y Polidora se quedó tan absorta de el suceso, que pensó perder la vida de tristeza.

Los ultimos besos estaba el radiante enamorado dando á su querida Aurora, comenzando ya á trepar por los collados orientales, quando sin haber podido Mendo dormir de contento, se levantó con gran priesa á ponerse de galán, por si acaso encontraba á su señor, ponerse grave, y hacerse desconocido; y reparando en que los calzones pesaban mucho para ser de seda, metió la mano, y halló en cada bolsillo cien Mexicanos de á ocho, con que holgándose de nuevo, salió por las calles de Sevilla vendiendo gravedad, y echando de sí grandeza, todo á fin de encontrar con Lisardo, cosa que se le cumplió mui presto: Y así que le vió, comenzó con mucho disimulo á pasearse delante de él; y aunque Lisardo reparó mucho en el talle, y en las facciones de Mendo, con todo le hacia grande fuerza el verle tan bien vestido, y adornado; unas veces se determinaba á llegar-

le á hablar, otras reparaba en la afrenta, que si no era él podía adquirir, á todos los quales antes de razonar estaba el disimulado Mendo considerando entre sí, hasta que no pudiendo ya disimular el contento, ni encubrir la alegría, se llegó á él, y despues de haberle saludado con mui corteses palabras, le dijo: si era extranjero, y qué buscaba, ó qué pretendia, porque en haberle visto, consideraba que tenia algunos cuidados, que él era mui poderoso para remediarlos. Agradecióle Lisardo estos comedimientos; y como siempre el discreto busca trazas para alcanzar lo que sin ellas no es posible, usó aqui como tal de una mui buena, combidándole á comer, con que aseguraba el partido por entrambas partes, si era Mendo, en no darse por entendido, antes parece que disimulaba; y si no lo era, en no hacerle con el combite agravio. Rehusóle Mendo quanto pudo, mas no tanto, que se dejase de vencer de los ruegos de su señor, que era lo proprio que él deseaba.

Llegaron á la casa de Lisardo, que ya el Mercader le habia dado mui bien aderezada, y compuesta, y apenas pusieron los pies dentro, quando Lisardo á voces comenzó á decir: Mendo, pon presto esa mesa,

que traigo á este Señor com-
bidado, por los ofrecimientos
generosos que me ha hecho: mi-
randole á la cara, vió que se
mudó de color, con que aca-
bando de satisfacerse en que
era Mendo, le dijo: ¡ Ah Men-
do amigo, que bien disimulas,
pues hasta á mí, que te he cria-
do conmigo, me has puesto en
dificultad de conocerte! y si tan
bien finges en lo que yo preten-
do hacer, espero feliz suceso,
y fin dichoso en mis amorosas
pretensiones. No quiso Men-
do, oyendo estas palabras, ha-
cer mas disimulos, sino echan-
dose á los pies de Lisardo, que
con sus brazos le detubo, co-
menzó á llorar de placer, por-
que ya le juzgaba por muerto.

Contaronse el uno al otro
los sucesos, y viendo Lisardo
la congoja con que su rega-
lada Polidora estaria, determi-
nó visitarla aquella noche, por
atajar el cuidado, y quitarla
las sospechas. Lo qual efectuó,
y cumplió á medida de el de-
seo; no solo entonces, sino otras
muchas noches, hasta que ha-
biendo sacado muestras mui ri-
cas de bordaduras superiores, y
excelentes, de que todos los
de Sevilla estaban mui pagados,
se fue un dia con algunas de
ellas á casa del padre de Poli-
dora, y enseñandoselas, dijo,
que habia sido informado de su
calidad, y nobleza, y de lo

mui aficionado que era á pa-
ños curiosos, y que así llevaba
aquellos, para si á su merced
le contentaban: lo qual oyen-
do Polidora, como bien infor-
mada de lo que era, pidió á su
padre le dejase entrar donde
ella estaba, porque queria vér
aquellos paños, y si eran labo-
res diferentes de las que ella
hacia. El padre sin escrupulo
ninguno de la causa principal,
y bien ignorante de que fuese
aquel Lisardo, hizo que entra-
se con él donde Polidora esta-
ba aguardando, no á vér las pin-
turas, y labores, sino al Artifi-
ce que las hacia. Gastaron la
mayor parte del dia, mirando-
las, y rebolviendolas con los
sentidos externos, porque bien
ocupados, y embebecidos esta-
ban los interiores. Polidora pre-
guntaba las trazas, y modos
de algunas hojas, y ramos: Li-
sardo la respondia con muchos
mas rodeos que eran necesari-
os, todo á fin de que no fal-
tase materia de que hablar,
ni se acabase presto el termi-
no de decir; hasta que Polido-
ra con perfectos disimulos de
su buen ingenio, haciendo un
desvío melindroso, no para de-
sechar á Lisardo, sino para atra-
herle mas á sí, concluyó, di-
ciendo, señor, yo tomaré de bue-
na gana algunas de estas mues-
tras, y mi padre, que está pre-
sente, sé que las pagará mu-
cho

cho mas de lo que valen , con condicion , que os obligueis á venir siquiera de dos á dos dias á darme algunas lecciones del modo que he de ir sacando , que como he aprendido lo mas que de esto sé en breve tiempo , yo confio en Dios , que no seré tarda , ni enfadosa en aprender lo que pueda. No se arrojó Lisardo luego al proviso á decir que sí , antes titubeando , por atajar sospechas , la respondió , que él quisiera servirla con el alma , y con la vida en todo lo que mandaba ; mas que no le estaba bien , en razon de que si las demás señoras calificadas lo alcanzaban á saber , era fuerza , que de el mismo modo habian de querer enseñarse , y que hasta dos años no ganaria él para poderse sustentar. Correspondió Polidora á este fingido desvío , con otro enfado disimulado , diciendo : pues señor , yo no he menester muestras , ni paños , en no siendo para poderlos imitar , porque tengo embidia de tener conmigo labores que no sé hacer.

Sintió el padre de Polidora el verla desconsolada , y dijo-le á Lisardo que no reparase en aquellas niñerías , que él le daba palabra de que no se sabria de otra ninguna persona , y le satisfaria por mui extenso todas sus ocupaciones , ayudan-

dole de su casa con lo que hubiese menester. Dióle Lisardo las gracias , y aceptó el partido con semblante no gustoso , sino como si fuera el concierto , que no le atravesase mas los umbrales , y todo era menestar para entrar seguro en tal batalla. Y el hombre que no considera bien los fines de aquello que pretende , y no pone para alcanzarlos los medios bastantes , se quedará atollado en los principios : y el que el dia de oy no usa de trazas , y cautela , no dejará de tropezar en los primeros escalones de lo que pretende : por cuya causa este consejo le toman muchos Letrados apretadamente , desvelandose mas en buscar cautelas , para atropellar las leyes , que en inquirir , y saber las leyes para deshacer cautelas ; y asi vemos , que aunque sea el pleito mas injusto que se pueda imaginar , no faltan jamás Letrados que le defiendan.

No podrá negarme v. m. que si Lisardo no usára de estas trazas , alcanzára jamás tan dichosas ocasiones ; pues no dejé v. m. de estár atenta , que aún las verá mayores , mas dificultosas , y diciendo verdad , casi imposibles. Hecho el concierto que v. m. ha oído , acudia Lisardo al tercer dia , porque propriamente entre los dos
ha-

habia tercianas de ausencia ; sí bien de calidad contraria , pues, era en estas gustoso , y delectable el día que venia , como en las naturales es aborrecible , y espantoso. Todo era hablar por cifras , porque raras veces dejaba Polidora de estar acompañada , ó bien de dos dueñas que la servian , ó bien del padre , que en estas ocasiones la celaba. Muchas veces preguntaba Polidora lo propio que ya sabia , y no pocas Lisardo la declaraba lo que él aún no conocia. No podian meditar otros requiebros que apretarle el pie , ó como al descuido tocar la blanca mano. No valian palabras mas claras que decir : ¡ Ay Dios mio , quando se acabará esta taréa ! ¡ Ay de mi , y qué trabajo cuesta el querer , y amar estas cosas ! señalando á Lisardo , el qual la correspondia , diciendo : Señora , mas me pesa á mi , que ya quisiera haber concluído con esta obra , y dádole de mano , porque mi gusto , mi gloria , y mi consuelo , es que vuestra merced salga con lo que tanto quiere ; y si en un día pudiera yo , aunque perdiera la vida , enseñarle todo quanto sé , y conozco , puede creer que no lo dilatára , mas es forzoso esperar que vaya componiendo el tiempo el natural , y deshaciendo los estorvos de el entendimiento ; por-

que estas son materias mui sutiles , y para alcanzarlas ha de costar no pequeños trabajos. Los que oían estas razones , juzgaban que trataban de el bordar , y ellos solamente hablaban de sus amores tan oprimidos de los largos trabajos , como imposibilitados de cortas esperanzas.

El premio que de esta traza sacó Lisardo , fue desempeñarse con el comedido Mercader ; porque con lo que el padre de Polidora le daba , y con lo mucho que ella le acudia , pagó sus deudas , satisfaciendo tambien las mercedes recibidas de haberse fiado solamente de su buen proceder ; esto fue , presentandole al Mercader algunas joyas mui ricas , de las que Polidora con recato cada día le ofrecia. No echaba menos Mendo el regalo de Venecia , antes con menos cuidado era el Mayordomo de todas las riquezas , comiendo bien , durmiendo mejor , y holgandose todos los días , todo mui contrario á lo que el buen Lisardo pasaba , pues de noche no dormia , de día trabajaba , y con un cuidado , y otro era mui poco lo que comia.

Asi pasaron seis meses aguardando ocasion , y oportunidad de que el viejo depusiese el enojo , para entonces descubrirse , y pedirla en casa-

mien-

miento, lo qual trataban con cartas fingidas de Venecia de los parientes de Lisardo; mas era tan diverso su pensamiento, que aún antes de darle parte á Polidora, se la prometió á un Caballero de los mas calificados de Sevilla, que con muchos afectos, y muestras amorosas la habia demandado, y pedido. Lo qual sabido por ella, hizo tantos sentimientos, que se vistió de luto, se encerró en un aposento, y no admitió visita de persona en muchos dias, salvo de Lisardo, que informado bien del caso, fue una vez lleno de angustias, y melancolias á vér si era verdad lo que otras veces le habian dicho las criadas, las cuales, como aora la digesen que estaba allí el Bordador, mandó que le dejasen entrar, porque queria que le bordase un tumulo como preambulo del que presto esperaba verdadero. Entró Lisardo fingiendo en el semblante la alegria que faltaba en su lastimado corazon; y fue tanto lo que sintió viendo á Polidora tan desconsolada, y afligida, que en una gran pieza no pudo desatar la lengua de entre los impulsos rigurosos de el dolor que la oprimian. Trataron algunas cosas de su materia siempre en palabras cifradas; y como el amor es niño, que en teniendo algun dolor no

puede disimular las lagrimas; asi Lisardo, no pudiendolas encubrir, le fue forzoso despedirse antes de dár lugar á genero de sospecha.

Viendo el padre de Polidora la tristeza de su hija, y que ni por ruegos, ni promesas queria corresponder á su voluntad, determinó con amenazas sujetarla á hacer su gusto; y entrando adonde estaba, despues de razones rigurosas, y palabras mui severas, la puso un puñal á los pechos, diciendo, que habia de ser verdugo, deramando los preciosos rubies de sus venas, si no confirmaba la palabra, que en su nombre habia ofrecido. A cuya determinacion cruel no se atrevió Polidora á resistir, no tanto por guardar su vida, quanto porque no perdiese Lisardo la suya, considerando, que no teniendo consentimiento en este matrimonio, no estaria ligada con su yugo, y facilmente podrian buscar modos por donde ausentandose pudiesen salvar la vida, y casandose con Lisardo, cumplir lo que tanto deseaban; y asi le respondió á su padre, que gustaba mucho de casarse con aquel Caballero, y que si habia resistido, no era por falta de voluntad de hacer la suya, sino por sentirse algo indispuesta, y achacosa. Holgóse con esto el viejo, y no tubo un

momento de reposo hasta que con el dicho Caballero la vió desposada; esto es exteriormente, y quanto al juicio humano; porque en lo interior muchos días, y años habia que lo estaba con Lisardo, que aunque se halló presente á estos desposorios, ya estaba de Polidora por un papel informado de como no consentia, encargandole con muchas veras diese trazas para que el Caballero no habitase con ella, hasta que concertasen lo que habian de hacer; á que respondió Lisardo, se hiciese enferma aquella primera noche, con que estaria escusada, y luego al siguiente día hiciesen llamar los Medicos, que él tendria apercebidos, y aun bien pagados, los quales digeran, que aquella Dama en aquellos dos meses la importaba tener cama á parte, porque de otro modo arriesgaria su vida: Conformóse Polidora tanto con esta doctrina, que aun no le daba lugar al buen Caballero que la viera, el qual mostró estar contento por amor de su salud, que no era poco, viendola tan hermosa, abstenerse de lo que podia alcanzar; mostrando en esto mas prudencia que el desatinado padre, pues tenia mas obligacion á no forzarla á casar, que no este otro despues de casado á dejarla de gozar. Pero no se quedó ala-

bando de su potencia, y poderío, pues antes de veinte dias murió de una calentura ardiente, confesando á voces en las angustias postreras, que lo que mas le dolia, y mordia su conciencia, era haber forzado á casar á su hija Polidora. Egemplo, Señora Doña Serafina, que pueden tomar hoy muchos padres, que sin consideracion de lo que estos casos piden, casan por fuerza á la hija que quiere ser Religiosa; y apremian á que lo sea, á la que solo gusta de casarse, de donde nacen muchos males, y se originan irremediables daños, viviendo las hijas sin bien, y los padres acabando en mal.

No por el agravio recibido dejó Polidora de sentir con mucho extremo la muerte de su padre; antes hizo mayores demostraciones, por añadir achaques á su enfermedad fingida. Y despues de celebradas las funerales exéquias con la grandeza, y aparato que un Caballero tan principal, y rico como su padre pedia; embió, embuelta entre otras cosas, una carta á Lisardo, encargandole diese orden de verse con ella para trazar entre los dos los remedios necesarios á su quietud, y reposo. Tenia Lisardo á este tiempo, viendose ya libre de su enemigo, prevenidas en su imaginacion las industrias

trias más sutiles, que de su ingenio pudo colegir para poder á su salvo casarse con Polidora, sin que hubiese estorvo de el Caballero (que ya se llamaba marido suyo) ni lo entendiese persona humana; y así, un día, como por la correspondencia pasada acudía muchas veces, halló lugar oportuno de entrarse hasta su aposento, sin ser de ninguno visto; y muy bien prevenido de armas, por si algo sucedía, se estuvo hasta ser de noche metido bajo la cama, y quando Polidora juzgó que todos dormían, llamóle con la voz muy baja, á cuyo regalado, y dulce eco salió Lisardo con los brazos abiertos, y haciéndolos cadena estrecha de su cuello hermoso, la comenzó á decir: ¡Ay Polidora, y cuándo llegará aquel tiempo, que merezca estos brazos, libres de cuidados, y ajenos de cautelosos recelos! ¿Cuándo será aquel día en que pueda, sin escrupulo de todos los que me oyeren, decirte mía, llamarte mi dueño, nombrarte mi alegría, y decirte esposa? ¿Cuándo sin estorvos de otro marido gozaré el regalado néctar de tus dulces labios, el cielo de tu frente, y de tus manos las castas azucenas? A cuyas enternecidas preguntas la hermosa Polidora no daba otra respuesta más, de que quando fue-

ra su gusto, y voluntad, pues conocía que estaba subordinada á él en quanto la mandase, y determinada, y dispuesta á todo quanto viniese.

Escucha, pues, prenda mía, replicó Lisardo, y sabrás por entero el fin de mi pretension, que aunque lleno de trabajos, y en sombras mortíferas embuelto, es el más seguro que he podido haber, y el más oculto, y secreto que se pueda imaginar. Es, pues, que estos quatro, ó cinco días te has de fingir más achacosa que hasta aquí has estado, y al cabo de ellos, entre las once, y doce de la noche tomarás estos polvos que aquí traigo, y luego al punto comienza á dár voces, diciendo: *Confesion, confesion*; y en obra de un quarto de hora que estarás en tu sentido, haz grandes demostraciones de difunta, ordenando el testamento, de modo, que vaya esta hacienda á los parientes que en Venecia tienes; y para que no conozca jamás rastro ninguno de esta traza, y de este ardid, manda que te entierren con una caja en tierra-firmè, y no en la bobeda, y que sea en la Iglesia de Santa Maria, porque he acomodado allí á Mendo por Ayudante de Sacristan, para poder á la siguiente noche que te enterraren, entrar en la Iglesia, y sacarte de la

sepultura. Estos polvos te han de dejar como muerta por espacio de veinte y quatro horas, tiempo suficiente para nuestro despacho; porque como digo, despues que estés enterrada, iremos yo, y Mendo, y sacandote de la sepultura, la qual bolveremos á cubrir de el mismo modo, podemos libres, y seguros irnos á Venecia, en donde casados gozaremos con descanso nuestra juventud; y ni el Caballero, ni otra ninguna persona habiendo visto enterrarte, podrá tener genero alguno de sospecha.

Habiendo Polidora oído la receta de su purga para alcanzar la salud que deseaba, que era verse ya libre con el que tanto queria, le dijo, derramando reliquias del corazon en liquidos aljofares destiladas: ¡Ay Lisardo, dueño, y señor mio! y cómo temo que al paso que con tantas veras, y ardidés me buscas, has de venir á perderme, que es lo que siento, y lloro, aunmas que el perderte yo á tí, con ser lo que en este mundo mas estimo; porque una vez yo muerta, cesa mi sentimiento, y tú quedarás de nuevo padeciendo, con mas dolor llorando, y sin esperanza de placer sintiendo. Traeme esta imaginacion, representame estos pronósticos, y anunciame estos temores una historia lastimosa, y

triste, que ha dias que oí contar de otros dos amantes firmes en quererse, constantes en amarse, y iguales en la muerte, que por descuido de un criado, aunque no seria sino enojo de la fortuna, dieron con lúgubres fines muestras lastimosas de sus alegres principios. No digo por esto, no, que tendrás pereza en diligencias tan grandes, descuido en cuidados tan precisos, ni remision en negocios tan importantes, mas sucede muchas veces aquello que no queremos, y viene sin pensar lo que nunca imaginamos. Pero por ser traza tuya, no solo haré lo que me mandas, no solo condescenderé con lo que me pides, y no solo egecutaré lo que me ordenas, sino que estos dias he de mostrar mas amor (aunque nunca le he tenido ninguno) á este Caballero, que piensa es mi marido, no sabiendo que lo eres tú, para que en ningun caso, ni en ningun tiempo se origine, ni nazca rastro alguno de sospecha; y si algun consuelo de dichas esperanzas anima mi corazon, es saber, que el sabedor de todas las cosas, sabe que buscamos la quietud de nuestras almas, pues no habiendo consentido en el pasado casamiento, por ser dueño tú ya de mi alvedrio, antes pecaré estandome con él, que no con estos ardidés, buscando su apar-

apartamento, porque de otro modo, sin escandalos mui grandes, sin pleitos mui reñidos, y sin disensiones muchas, no pudieramos gozar yo de mi libertad para servirte, ni tú de tu reposo para quererme, y amarme.

Bolvió Lisardo oyendo estas razones á abrazar á Polidora; y dejando entre los dos bien advertido todo quanto habian tratado, señalando el día, y hora, para que no hubiese en la prevencion algun estorvo, se despidieron con mil ternezas antes que viniese el día, bajando la misma Polidora á abrirle la puerta con un profundo silencio, por no ser sentida de los pages, y criadas, que muchas veces despiertan á ser testigos de lo que no es menester, y duermen á porfia quando pudieran causar algun provecho. Y porque me ha ocurrido á este proposito un cuento, se le quiero referir á la Señora Doña Serafina, entre tanto que congetura en lo que ha de parar esta Novela. Es, pues, que en cierto Pueblo de la Mancha habia un Labrador que tenia un perro que á qualquier hora de la noche que el amo entraba en el portal estaba ladrando, y le arremetia, y aun mas de quatro veces le mordió; y una noche que entraron unos ladrones, y robaron lo que pudieron,

se estuvo el perro durmiendo como piedra, sin ladrar, hasta que el amo por la mañana con un leño le hizo dár los ultimos ladridos. Y si los señores con sus mozos, y criadas hicieran otro tanto, aunque no de modo que los matáran, pudiera ser que durmieran quando entran los de casa, y veláran quando quieren entrar los agenos.

No quiso Polidora dejar llegar la noche señalada para hacer el testamento, considerando los intervalos que podian suceder, sino dos dias antes mui melancólica, y triste, llamó al Caballero, que solo tenia el titulo de marido, y contandole sus achaques, y como sentia en sí que cada día le daban mas pesadumbre, dijo estaba de parecer de ordenar su testamento, por muerte, ó por vida; á lo que el Caballero no quiso contradecir, viendo que era cosa justa, antes afligido, y lastimado hizo venir dos Doctores los mejores de la Ciudad para que la visitasen, y viesen la enfermedad que tenia, los cuales oyendo á Polidora exágerar tanto el mal que interiormente sentia, y que venia originado de los menstros que habia padecido, se conformaron en decir que era enfermedad interna, y putrefaccion de higado, embuelta con grandisimo accidente de melancolía; y asi, que
te-

tenia mucho peligro, aunque no habia calentura, y era menester no descuidarse con ella; y como es natural entristecerse una persona quando la dicen que está á pique de morir, aqui por el contrario, Polidora recibió mucho placer; lo uno, por mirar lo bien que correspondian á su intento; lo otro, por vér la facilidad con que se engaña un Médico.

Con este buen parecer ordenó su testamento, dejando grande cantidad de Misas, muchedumbre de acompañamientos, y aparato para las exequias suntuoso, no olvidando el advertir con mucha instancia que la diesen sepultura en la Iglesia de Santa Maria, y que se pidiese junto al mismo Altar Mayor, porque demás de tener allí su devocion puesta, era aquella su voluntad, y gusto. Dejóle al Caballero, porque era algo pobre (aunque mas lo fue en nunca poder gozarla) las casas en que vivia, que eran de valor de mas de quince mil ducados, con todos sus vestidos, galas, y aderezos, que eran tambien quantiosos, con que dió muestras, que el divorcio, y separacion que con él habia tenido, no habia sido por ódio, sí bien procedia de mucho querer á otro. De la demás hacienda, que era en mui gran cantidad, dejó al mismo por legitimo Adminis-

trador, hasta que una hermana que en Venecia tenia, (á quien mandaba que al momento que ella muriese, se avisase) remitiese orden para su disposicion.

Mire v. m. ¿qué mas hiciera esta señora si hiciera este testamento para despues de sus dias, ó estubiera cierta que habia de morir? Mas podemos responder, que si le sucediera lo que al otro que se fingió muerto, y quando quiso levantarse no pudo, se hallára por lo menos con alguna disposicion buena para la alma, yá que se quedára tan indispuerto el cuerpo. Llegó, pues, en fin, la hora tan deseada de Lisardo, quanto de todo el genero humano aborrecida; porque hora de morir yo juzgo no hai ninguno que aun de bur-las quiera vér; y al tiempo que á la tenebrosa noche faltaba media hora para igualar las balanzas, tomó los polvos Polidora, y dando al instante voces, despertó toda la casa, acudieron todos, unos á medio vestir, otros del todo desnudos, y el Caballero vestido, por no haberse aún del cuidado desnudado. No hubieron menester preguntar la causa de sus quegidos, viendo en Polidora los ademanes que hacia, las muestras que daba de dolor, y las señales que mostraba de difunta: Pidióles un Crucifijo, al qual con ter-

ne-

nezas, y suspiros dixo llorando sus culpas, y quando llegó el Confesor, que con mucha priesa habian ido á llamar, ya habia dado su alma á un letargo muy profundo, si bien es verdad, que con entrañables veras en manos de Dios la habia puesto, y ofrecido.

Quedóse la no difunta como si propriamente lo estuviera, aunque no se le borraron, ni se le amortiguaron de el todo las dos rosas del jazminero carmin. Comenzaron á este tiempo á retumbar los huecos de los aposentos con la fuerza de los llantos, y á embarazarse el ayre con las quejas, y suspiros, los cuales sentimientos, aunque eran grandes de todos, no llegaron con muchos quilates á los de el Caballero, que á puro besar sus manos cristalinas, pensaba infundirles la vida, y aliento que en sí oculto tenian. Fue en amaneciendo Lisardo allá, como persona que tenia la cabida que hemos dicho, y dando el pésame con muestras de sentimiento, se ofreció á hacer lo que menester fuese, aunque se combidó ir á encomendar la caxa sin que se lo mandasen, por causa de advertir al Carpintero que la hiciese algo espaciosa, de madera nueva, y gruesa, quanto pudiera ser, lo qual advirtió, temiendo no la hundiese el peso de la

tierra, que habia de cargar encima. Esto asi bien negociado, no le costó pocos sudores con algunos el persuadirles, que no atormentasen á Polidora, como querian hacer, por vér si aquel era sueño, en lo qual no hicieron poco los dos Doctores, que á trueque de cobrar fama (por haber ellos anunciado esto dos dias antes) dixeron que no era necesario el hacer pruebas ningunas, porque estaba tan muerta como sus padres.

Hicieronse las exequias con el aparato mayor, y mas suntuoso que se vió jamás en la Ciudad, de la qual, apenas quedó persona que no la viese, y de las principales pocas que no la acompañasen; obra por muchos titulos debida á ella: y digna del Caballero por su calidad, y nobleza. Enterrada Polidora en vida, se recogieron todos los de su casa á llorar, y á sentir su muerte; y quando el mayor Planeta, despues de haber descendido de la radiante carroza, entró á recrearse en los regalados brazos de su hermosa Delia, entró el solcito Lisardo solo con Mendo en la Iglesia á esperar que fuese hora de poder, sin ser sentidos, abrir la sepultura, deposito de el tesoro mas rico que conoció Venecia. Mas como para descubrir un tesoro, y mas como éste, es fuerza padecer trabajos, y buscar muchos

ardides, quiso la fortuna que fuera de los padecidos, y además de los ya buscados, sintiese, y buscáse otros, sintiendo trabajos mas estrechos, y buscando ardides mas sutiles, y apretados. Fue, pues, que el Caballero movido á devocion, y á dar indicios de amor, y buena correspondencia quiso, por ser el dia siguiente de la Virgen, ir aquella noche á velar á su Iglesia con los páges, y criados que tenia, teniendo todos en las manos hachas encendidas. Asi como lo pensó lo puso por obra: fueron todos allá, llevando licencia de el Cura de la Parroquia, á que Mendo, como Sacristan, no se atrevió á contradecir, ni hablar palabra, aunque no fue poco que le quedase aliento para decir á Lisardo lo que pasaba, el qual oyendo el ruido, se habia escondido en la Sacristía.

Vuesa merced podrá considerar, porque no me detenga en esto, de el modo que quedaria el pacientisimo Lisardo, viendo intervalo tan irremediable, y considerando á Polidora enterrada de aquel modo, y por despierta ya de allí á tres horas. Rebolvió, pues, al momento en su imaginación una industria, que otra que ella, imaginó no fuera bastante á producir dichos efectos, sin sospechas de pasion. Dexando, pues, ad-

vertido á Mendo que no saliese de allí hasta que él bolviese, se salió de la Iglesia sin ser visto de ninguno de los que estaban velando, y con pasos presurosos llegó á la casa de Polidora, y saltando las paredes de el jardin, abrió de el modo que pudo un pequeño postigo, y entrando dentro, como el que bien sabia las entradas, y salidas, subió á unos pajares concernientes á la misma casa; y pegandoles fuego por la parte que consideró que no podia recibir daño la casa principal, ni las circunvecinas, bolvió á saltar diligente por donde habia entrado, y apenas cruzó dos calles, quando ya el fuego embravecido, en brazos de su misma furia sustentado, parece queria, rompiendo los ayres, llegar á su region ardiente. Y vistó de Lisardo, y oyendo el alboroto, y voceria que se iba ya despertando, calzó alas en los pies para llegar á la Iglesia, de la qual anunciados ya de el fracaso, vió salir despavoridos, y confusos al Caballero, y á sus páges, y mientras ellos diligentes acudieron á remediar el daño, con mucha mas diligencia Lisardo, y Mendo, atrancadas bien las puertas, sacaron de la enlutada caxa á Polidora difunta, propriamente al vivo, por no haber gozado aún el absintio de la muerte; y sin mas detencion,

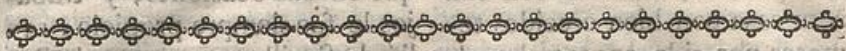
tomandola Lisardo en los brazos (despues de haber cubierto de el mismo modo que estaba la sepultura) caminó con ella á su casa con bien crecidos temores por si le encontraba alguno ; que en trazas amorosas, por prevenidas que sean , jamás se dexan de atropellar algunos imposibles.

El fuego se remedió brevemente , aunque costó harto trabajo , despues de lo qual el devoto Caballero bolvió á la Iglesia á cumplir su devoción comenzada. Polidora al mismo punto que la noche antes habia tomado los polvos , bolvió en su acuerdo , despertando en Lisardo todos los raudales de placer , en que pensó ser anegado : aqui fueron los contentos , aqui las alegrías , y aqui los gustos cumplidos. Todo era decir regalos , todo era tratar amores , y todo contentos , viendo el dichoso fin que la traza habia tenido , aunque admirada Polidora de lo que habia pasado. Un mes se estuvo encubierta con el secreto , y cuydado que el caso requería , en el qual tiempo Lisardo , habiendo con su industria fingido poderes de Venecia , en que le daban facultad para disponer de toda la hacienda , la dispuso con gran orden , y concierto ; y cargando un Navío con muchas , y diversas riquezas , y habiendose

despedido del Caballero , que ya quedaba en asomos de casarse , y tambien del Mercader , que en sus ocasiones , y trabajos le fue siempre propicio , salió de Sevilla con su amada Polidora , y con su criado Mendo una mañana , antes que las tinieblas fuesen heridas de crepusculos lucientes , por ser esta hora más secreta para no ser vistos de ninguno ; si bien con todo Polidora iba con tan diverso disfráz que era imposible ser conocida , aunque qualquiera la viese. Llegaron con prospero viento á su Patria , donde siendo de los mas principales con muestra de placer bien recibidos , se gozaron muchos años con gran quietud , y reposó , recuperando con contentos los padecidos trabajos.

Esta ha sido , Señora Doña Serafina , la traza de esta Novela , con que se puede dar por respondida á su demanda , ó por satisfecha á su objecion , porque las trazas son muy utiles , y necesarias , ó ya para huir de la muerte , ó ya para pasar la vida , y así entenderá v. m. de paso una duda que se ofrece en el derecho en un titulo que se llama de *dolo malo* , el qual claramente indica , que hay dolo bueno , donde comunmente todos resuelven , que son buenos los dolos , ardidés , y trazas que usan los Soldados para vencer

á sus enemigos. Por lo qual, Señora Doña Serafina; colijo, que si el derecho dá á entender que hay trazas buenas, no es justo que vuesa merced juzgue las mías por malas.



BUSCAR SU PROPIA DESDICHA.

Novela tercera á la Señora Doña Serafina.

QUE un hombre busque regalos, que apetezca Dignidades, y que procure deleytes, no hay que maravillar, porque el dictamen de la naturaleza inclina siempre á estas cosas; de tal modo, que ninguno puede eximirse de estos anhelos, ni librarse de estas apetecibles codicias; porque para resistir, y repugnar al natural situado, y fortalecido en los pertrechos fuertes de la voluntad libre, es menester auxilios sobrenaturales, y fuerzas casi Divinas; pero que un hombre busque desdichas, y adversidades, y quiera adquirir lo propio que conoçe lleva rastros de su ruina, ó sombra de su desgracia, puedo decir con razon, que este tal, ó es temerario, y sobervio, ó enfermo de su juicio; porque el temerario siempre apetece imposibles, y el enfermo siempre desea lo contrario á su salud.

Ya oygo á v. m. Señora Doña Serafina, que me dice, ¿ si por ventura la quiero escribir algun Sermon de Quaresma, segun el preambulo propuesto? A que respondo que si v. m. lo quiere mirar en sentido analogico, será sermon; y si solo en el historico, será Novela; porque tambien se pudiera considerar no es maravilla que una alma alguna vez tropiece en la luxuria, resvale en la codicia, y cayga acaso en la gula: mas que de proposito se ponga á procurar rencores, y á buscar deleytes; y sabiendo que está allí su perdicion, quiera hacer asiento en ellos; es sobervia, y temeraria, ó está perdida, y enferma. Y esto se llevará v. m. de paso por ser Adviento, y si estubiere desocupada podrá con este tenor bolver á lo Divino lo demás del discurso. Mi intento en esta parte ha sido corresponder

der á lo que v. m. me pidió dias pasados, diciendo la refriese la pendencia, y desafio del Valcarcel de Minateda, por haberla oido contar por mayor, haberla dado mucho gusto, y quererla saber por mui extenso, para quedar satisfecha. Y como á cosa que v. m. pidiere está ya de *per se*, ó mejor diré, de *per me*, el no haberla de negar, quise acudir á su mandato, escribiendo esta Novela, ó Historia, á la qual he dado por titulo: *Buscar su propria desdicha*; en donde conocerá v. m. quien fue el Valcarcel valeroso, conociendo juntamente al desdichado por su gusto.

Por fracasos que se ofrecen, por desdichas que se engendran, y por desgracias que nacen, se detestó de los regalados pechos de su amada patria un Caballero tan principal, y rico, como valiente, y discreto. Llamabase Don Felix, que aunque fue poco dichoso, mereció bien este nombre por sus heroicas hazañas; porque la fortuna no todas veces acomoda el nombre segun los fines de el sugeto, sino tambien segun los medios, y principios, porque en estos están los merecimientos patentes, y seguros, y en los otros obscurisimos, é inciertos. Embarcóse en Barcelona con Don Francisco de Mendoza, Capitan General de las Rea-

les Galeras de España, que por mandado de su Magestad el Rei Felipe Segundo iba al socorro de Orán, y Mazalquivir, cuyas Fuerzas estaban tan oprimidas, y desmanteladas, que si tardáran dos dias, las halláran ya en poder del Rei de Argél, el qual apenas tubo nuevas del socorro, quando con mucha diligencia, recogiendo su Campo, comenzó á huir la buelta de Mostagán, triste, y pesaroso de vér tan mal cumplidos sus intentos. Mas como hubiese Don Francisco de Mendoza desembarcado la gente que llevaba, y de Mazalquivir hubiesen salido los Soldados que quedaban, habiendose los unos, y los otros hecho salva con algunas disparadas piezas, comenzaron á seguir al Rei de Argél, dando muerte á muchos Moros, tomandoles municiones, y cautivando á otros, hasta que Don Francisco mandó, que dejandoles, se recogiesen á Mazalquivir, por ser el Sol tan ardiente, é ir Caballeros de mucho valor, y esfuerzo, tan ganosos de pelear, que gustarian de anteponer los cortes de el morir á los raudales de la vida. De estos fue el uno Don Felix, el qual, considerando, que yendose el enemigo, no quedaba ocasion para dár á los que no le conocian muestras de su fortaleza,

se adelantó mas que todos en el alcance, y seguimiento, donde le fue ya forzoso, lo que antes voluntario; porque como una cuadrilla de Alarbes le viesen solo, á causa que sus compañeros se habian recogido á las vanderas, encendidos en cólera, y enojo, bolvieron á él, y cercandole por todas partes, comenzaron á quererle herir, mas el valeroso joven, sin genero de temor, y con un valor invicto, se defendió de tal suerte, que dejando muertos tres, y teniendo á quatro que quedaban mal heridos, quiso, para dár testimonio de esta hazaña, cautivar á algunos de ellos; porque de el mismo modo que el amor apetece imposibles, el corazon animoso emprende temeridades, pues pudiendo mui bien Don Felix escapar libre de esta refriega, si se retirára, se dejó de todo punto llevar de su inclinacion belicosa, cuya detencion fue causa que un Baxá mui calificado, y poderoso, que iba guardando al Rei las espaldas, bolviese con mucha gente á recoger los Moros, que temerosos por varias veredas iban huidos, y arrastrados; y viendo la pelea tan encendida, y sangrienta, acudió mui diligente á socorrer á los suyos; y viendo el estrago que Don Felix habia hecho, con-

siderando la determinacion con que aún estaba, hizo se retirasen todos, porque él solo queria poner fin á tan reñido combate, cosa que le agradeció Don Felix infinito, como aquel que consideraba la destreza de su brazo. Hicieronse un poco afuera; y despues con valeroso denuedo, procuró cada uno ser homicida de su contrario, dandose tantos, y tan sobervios golpes, que temblando la tierra, eran los vientos heridos de las centellas muchas que de las armas saltaban. Mas como la fortuna es como mala madrastra, que se cansa presto de hacer bien, desamparó á Don Felix en la mejor ocasion, dandole lugar que se le desarmase la espada, con que el Moro, cobrando el aliento que ya llevaba perdido, se prometió la victoria, que jamás sus ojos vieran si no tubiera consigo tantos que le socorriesen, porque al tiempo que le fue á herir á su salvo, le hurtó Don Felix el cuerpo con una notable ligereza, y haciendo que diese el golpe en vacío, arremetió á él con tan feroces impulsos, que dió con su cuerpo en tierra, y yendole á herir con un puñal que llevaba, llegaron los demás Moros, y no solo le impidieron, sino que maniatando á Don Felix, le llevaron cautivo, con intencion de matarle con mas cre-

crecidos tormentos, á que el Baxá no quiso dár lugar aficionado á su valór; antes mostrandole mucho amor, se le llevó consigo.

No me negará v. m. Señora Doña Serafina, que este Caballero buscó esta desgracia, porque en materia de esfuerzo jamás pudo persuadirse que otro le hacia ventajas, causa que fue de hacer hechos mui insignes, y de llegar á los umbrales de la muerte. Llegaron á Argél, donde el Rei, con la tristeza que llevaba, no quiso ser recibido; comenzó el Baxá, habiendo experimentado la discrecion de Don Felix, como el valor de su brazo, á darle cuenta de una pasion amorosa, por haber puesto los ojos en una Dama de la Reina llamada Zayda, tan hermosa á la vista, como esquivá á sus amores; tan agradable á qualquiera, como á sus ruegos cruel, y de tan libre voluntad, como cautivadora de la suya. Estimó en mucho Don Felix los favores que el Baxá le hacia en descubrirle su pecho, y en manifestarle su voluntad; porque á quien está cautivo, no son pequeños regalos que se conlloren los dueños de sus tristezas, y le pidan arbitrios para buscar sus remedios, y asi se le ofreció de hacer quanto le mandase, no como cautivo y forzado, que

aquello no se agradece, sino con voluntad tan libre, como si sacára en logro sus propios intereses. A cuyas sumisiones de buen servicio correspondió el Baxá con darle sus brazos, prometiendole muchas riquezas, y joyas, con la libertad, que es la de mas estima, si daba traza, y ardid para que Zayda le quisiese. Otorgó Don Felix el concierto; y para principios de satisfacion, le dijo que le presentase á la Dama en muestras de su querer, alabandole sus prendas, é intimando el no haber otro ninguno, aventurandose á traer despojos de aquella empresa, y que si él no los tragera, no se atreviera jamás á ponerse en su presencia, ni á dár enojo á su vista; y que si ella le admitia, ú de mala, ó buena gana, él tomaba á su cargo reducirla á su querer, y atraerla á su voluntad. No se tardó el Moro en poner en egecucion este consejo, y arbitrio; antes vistiendo á Don Felix ricamente, y haciendole subir en el mejor caballo que tenia, mandó á su Mayordomo le llevase á Zayda, y le refriese lo que el mismo Don Felix le habia aconsejado. Holgóse tanto la Mora en vér su talle galan, gentil brio, y disposicion bizarra, que á haber de ser el querido, no era menester mas favor que su pre-

sencia; mas viendo en la rica estima del presente la grande aficion del que le presentaba, recibió à Don Felix con gusto, y alegria, y embió al Baxá grandes agradecimientos.

A pocos dias de entrado Don Felix en el dominio, y potestad de Zayda, que le trataba, no como à esclavo, sino como à Mayordomo suyo, llevandole bien vestido, dandole manjares regalados, y fiandole su hacienda, comenzó por muchas cifras, y por símiles diversos à proponerle el amor grande que el Baxá la tenia, la aficion inmensa con que la amaba, y el gusto, y voluntad con que procuraba servirla. A todos estos terminos, Zayda, por no tener ocasion de hablar claramente, se hacia desentendida; porque es regla general, que no padece excepcion, querer las mugeres entender todas las cosas, sino es quando son contrarias á su voluntad, que en llegando á este punto, por mui claro que les hablen, responden que no lo entienden. Bien consideraba Don Felix habia de ser difícil de alcanzar lo que juzgó antes facil, cuya causa era, que á Zayda festejaba un primo del Rey tan hombre por su espada, que solo se dolia ya Don Felix no poder medir con él la suya; mas viendo la palabra que habia puesto, y las

importunaciones quotidianas con que el Baxá le persuadia, determinó declararse mas, como poniendo estrellueles, ó claras adiciones á las cifras que habia hecho. Pero viendo que todavia no hacian operacion los fatigados modos de su ingenio, ni las sutiles trazas de su industria, rasgando los oscuros velos, y corriendo las cortinas á lo intrinseco de sus palabras, y á la médula de sus pensamientos, llamó un dia à Zayda aparte, y con razones breves de retóricos conceptos, y elegancia, la declaró, y explicó la voluntad, y aficion que el Baxá la tenia, y las penas, y dolores que por su amor pasaba. Habiendole Zayda oído, apagando algunos asomos de enojo, que despertados en los retretes del alma, se iban con la cólera encendiendo; dijo de aquesta suerte: No ignoro, Felix, lo proprio que me intimas, ni dudo lo mismo que me significas, que si hasta aora me he dado por no entendida á tus preñadas razones, y por ignorante de tus obscuras palabras, era procurar callando hacer, que en esta materia no me hablases; por ser cosa mui sabida, que ninguno llega à hablar al que no le oye con gusto, ni nadie llega á pedir al que se le ha de hacer sordo. Mas supuesto que ya te has declarado, me toca

el desengañarte; porque no me canses mas con estas importunaciones, ni tú con estos cuidados te fatigues; yo conozco que el Baxá es rico, y dotado de todas perfecciones; yo confieso que es galán, discreto, esforzado, valiente, y animoso; yo concedo que le debo mucho amor, inmensa voluntad, lágrimas, ternezas, y suspiros. Mas si mi alma, quando está considerando, y conociendo esto mismo, le está aborreciendo; ¿de qué modo podré amarle, que no me aborrezca á mí? ¿Ni cómo podré quererle, que no me cueste la vida? Fuera de que el perfecto amor es solamente conexasion, nudo de dos voluntades, una con otra tan unidas, que ninguna de ellas ama jamás otro objeto, sin padecer asomos de inconstancia, ni procura desunirse, sin sufrir rasgos de poca firmeza: pues si yo tengo á Ochali, primo que es del mismo Rei, entregadas las llaves de mi alvedrio, y él á mí las de su voluntad, ¿cómo tendré juntamente al Baxá amor, sin ser notada? ¿Ni cómo dejaré al que quiero, sin ser fementida? Razones son estas dos tan apretadas, y urgentes, que no hiciera yo como quien soi en quebrantarlas, ni tú harás como quien eres en contradecirlas, sino es que acaso, llevado de prome-

sas, quieras con porfias probar mi constancia, y con pesados ruegos tentar mi paciencia, que solo servirá de irritar mi enojo, para que privandote de la libertad que aora tienes, te ponga en la servidumbre que no piensas. Si quieres tenerme continuo propicia, y favorable, olvida agenos cuidados, y si gustas estar siempre en gracia mia, procura evadirte de semejantes ruegos; porque si importunas, no has de sacar de mí para el Baxá sino son rigores, y desdeñes, sacando para tí pesares, y disgustos; y si te apartas de este intento, mostraré al Baxá la aficion lisa que hasta aqui he mostrado, dandote á tí la misma estimacion en que siempre te he tenido.

Dichas estas razones, se entró Zayda zahareña en su retrete, quedandose Don Felix por una parte confuso, y por otra algo afrentado; que en pechos nobles, aunque estén cautivos, tambien cabe el sentimiento de hacer de ellos poco aprecio. Pero considerando que en facilitar esta causa, y en acudir con ruegos, y porfias no podia perder mas, supuesto estaba privado de la libertad, y iba dispuesto, no solo á tener ganancia de ella, sino á salir con lo que al Baxá habia prometido, determinó de persuadir á la Mora siempre que hubiese ocasion, que

que á quien la busca le falta mui pocas veces: y considerando que gracias del ingenio suelen atraer á las mugeres mas que las externas, escribió algunas cartas amorosas, llenas de ricos conceptos; y haciendo al Baxá que las sacase de su letra, se las presentaba á Zayda, dandose por desentendido de saber cuyas eran, aunque la Mora todo lo entendia, y con no responder daba muestras del gusto que la

daban, y con rasgarlas al puñto, daba á entender lo que sentia. Viendo Don Felix el poco fruto que sacaba de tantos desvelos, y que su natural belicoso no sufría andar con tales extremos, tomó un dia la pluma, y de letras mayusculas escribió un Epigramma, que fijó una noche enfrente de su Palacio, para que al salir por la mañana la pudiese vér, y el tenor de la letra era este:

Zayda, tu eres tigre, muger eres,
y en ley de ser muger, has de humanarte,
dando gusto á quien gustos quiere darte,
y placer á quien quiere dár placeres.

Solo te pido, y ruego consideres,
que vine á ser tu esclavo por rogarte;
porque si no es con trazas, ó con arte,
no engañará ya un diablo á las mugeres.

De hacerte ruegos, Zayda, estoi cansado,
de mirar tus rigores ofendido,
y de haber esperanza mui incierto:

Pues tambien, Zayda, estoi determinado,
y en no haciendo por bien lo que te pido,
por mal te he de vencer, ó quedar muerto.

Hasta por la pluma quiso D. Felix buscar su mal, como otras veces por la espada, (que todo hombre valiente juzga quando está escribiendo, y mas si es enojado, que quiere salir á reñir, y así lo poco que escribe vá lleno de tajos, y reverses) los quales, ya que Zayda no pudo resistir, supo por lo menos vengarse, pues al punto que los vió,

conociendo en su dictamen ser el dictador Don Felix, mandó que se desnudase de los vestidos ricos, y fuése á cultivar el jardin con una cadena al pie, que le echó ella misma, viendo que ninguno de sus criados se atrevia, conociendo todos la condicion de D. Felix; el qual sin hablar palabra, estubo inmovil á todas estas afrentas,

reprimiendo en su pecho rayos de cólera, é ira; que no reprimiera, ni apagára, si fuera un egercito de hombres el que le llegára á ofender. Mas viendo que era muger, y de tanta hermosura, llevaba estos agravios con semblante de placéres; que no hai hombre que no se rinda, y avasalle á una muger, ni hai muger que tenga ya temor á un hombre; y así, el mejor apodo que á la muger se le ha dado, ha sido llamarla hechizo, pues de tal manera encanta los entendimientos de los hombres, que al mas discreto deslumbra, y al mas valiente, y valeroso avasalla.

Obedeció Don Felix el mandato de Zayda, entrando en una huerta amena, y deleitosa; no para recrearse como otras veces, sino á romper con los acerados dientes de una hazienda los terrones duros de la tierra, la qual iba regando con lagrimas de sus ojos, y en tanta abundancia, que ya la vista impedida no le daba lugar á ver donde ponía los pies, ni donde daba los golpes; porque en llegando un pecho noble á verse ocupado en semejantes oficios, por mucho esfuerzo que tenga, se deshace en lagrimas, y por mucho sufrimiento, se atormenta con dolorosos, y mui grandes suspiros. Solo un consuelo le quedaba en tantas des-

dichas, y era vér que él solo las habia procurado la vez primera, por ser tan atrevido, y aora por querer ser con tantos extremos porfiado. Halló Cupido lugar en estas ternezas de despertarle pasiones amorosas; causas que habian sido primarias, y originales de el cautiverio en que se veía, y de el dolor que pasaba, que si bien no estaba olvidado de ellas, por lo menos el mucho animo que en su corazon tenia, y el verle ocupado en nobles egercicios, no le daba lugar á sentimientos. Una tarde, pues, que mas que otras le agravó el amor con pretéritas memorias, con los presentes cuidados, y con desdichas futuras, soltando el tosco instrumento, y tomando en las manos el remate de la cadena, que de sus pies pendia, puesto en parte donde Zayda le podia oír, dijo con mucha ternera estas palabras:

Regalada prenda mia,
gloria, y honra de Plasencia,
si tú me vieras así,
¡qué de lástimas hicieras!

Hicieras tus ojos fuentes,
que brotarán tantas perlas,
que para mi libertad
bastára la menor de ellas.

De ellas bebí algunas veces,
y como tan dulces eran,
una gota solamente
no dejé que se perdiera.

Perdiera yo cien mil vidas
por tenerte en mi presencia;
aunque estando tú delante,
¿ cómo podía perderlas?

Perderlas por causa tuya,
algun tanto me consuela,
si hai muertes con alegría,
y tormentos con paciencia.

Paciencia habré de tener
en medio de tantas penas;
por ser muger quien me aflige,
y muger quien me atormenta.

Atormentamé una Mora, (gra,
que aunque no es qual otras ne-
es tan blanca que me hace
el blanco de sus saetas.

Saetas tira de enojo
porque la ruego que quiera;
como si acaso el querer
fuera en este tiempo afrenta.

Afrentame de esta suerte,
tratame de esta manera,
exponiendome al trabajo,
y atandome con cadena.

Cadena Doña Maria,
si tú en mis pies vieras puesta,
no dudo que de mi cuello
cadena tus brazos fueran.

Fueran para mí eslabones
tan dulces, que por bien diera,
á trueque de gozar de ellos,
sufrir de estos la inclemencia.

Inclemencia tienes, Zayda,
pues ya que no me consuelas,
gustas de darme trabajos,
y de publicarme penas.

Penas siento, y no son tanto
por lo que el trabajo pesa,
como por ver que soi noble,
y me ocupas en bajezas.

Bajezas no he cometido,
porque es consecuencia cierta,
que quien es de prendas altas
nunca busca bajas prendas.

Prendas de un Moro te alabo,
que por tí suspira, y pena,
y me has dado por albricias
el desamor que me muestras.

Muestras te daré algun día,
si tu condicion no enmiendas,
del poder de aqueste brazo,
y del valor que en mí reina.

Mui atenta escuchó Zayda
las lastimosas razones de D. Fe-
lix, y por mucho que con aso-
mos de ira quiso refrenar los re-
galos de compasion, no dejó
de enternecerse quando supo
dejaba prendas de amor en su
Patria, habiendo hasta este pun-
to estado mui admirada de vér
que jamás habia nombrado cosa
alguna tocante á cuidados su-
yos; y ya mui deseosa de saber
sus pasiones, y conocer sus su-
cesos (cosa tan apetecible de
mugeres) quisiera llamarle, y
preguntarle la causa, á no re-
parar en las palabras ultimas, en
las que parecia la echaba fieros,
y proponia amenazas; y asi pa-
ra salir de dudas, y conocer su
valor, mandó con semblante
airado á quatro Moros de los
que la servian, que apercibi-
dos de armas, por lo que suce-
diese, entrasen en la huerta,
y hiciesen trabajar á aquel cau-
tivo, porque se estaba holgan-
do.

do. Obedecieron los Moros, bien contra su voluntad; porque conocian el peligro á que iban expuestos; mas considerando ser forzoso no poder contradecir, llegaron donde Don Felix estaba limpiando el sudor de su rostro (fomentando con algunas lagrimas) no con las tohallas, y lienzos ricos, con que solia, sino con sus mismas manos; y apenas le hubieron propuesto el mandato de Zayda, quando sacando de el corazon llamas encendidas para los ojos, ira, y rigor para el semblante, y esfuerzo para los brazos, asió de la cadena con impulsos tan violentos, que al primer golpe hizo que uno de ellos llegára á sus pies á despedir la vida; y tomándole el alfange, se fue para los demás, con intento que viesse Zayda (que ya habia salido á las voces) como sabia jugar con la espada con la misma gallardía que con la cadena. Tiróle á uno un tajo, y con no asirle de lleno le rebañó los pechos de tal modo, que cayó muerto al instante; lo qual visto por los otros dos que quedaban, aunque ya con algunas heridas, se acogieron al sagrado de Zayda, que á ser otro, no les valiera, segun la determinacion que llevaba Don Felix, que era morir, mostrando en quanto encontrára primero su valor. Pusóse Zayda delante,

que con mucha prudencia habia mandado cerrar todas las puertas, temiendo si entraba gente, le matasen. Obedeciola Don Felix, no solo en no proseguir su intento, sino postrándose á sus pies, pidiéndola tomase en él venganza de su enojo; á lo qual Zayda, por cumplir con sus criados, no quiso responder cosa alguna, sino antes mandó le metiesen en una mazmorra, y le cargasen de hierros, previniendo á Don Felix, con unas secretas señas, lo aceptase, en cuya confianza fue con mucha humildad, si bien los que iban con él llevaban harto temor. Venida la noche, y sosegados los motines que entre los parientes de los muertos, y heridos se iban levantando, llegó Zayda á la mazmorra á cumplir la palabra que habia bado por señas, y sacando de ella á Don Felix, le llevó á un aposento, que junto al suyo estaba, y después de haberle pedido perdon de lo que con él habia usado, y perdonándole su atrevimiento, le rogó encarecidamente le dixese de donde era; y la causa amorosa porque se habia ausentado de su Patria, y que ella le prometia tratarle con mucho amor, y aún si era menester, concederle libertad. Echóse Don Felix á sus pies, oyendo favores tales, y dando algunos suspiros, la dixo, esta-
ba

ba muy pronto á contarla todo el proceso de su vida, dexando entre parentesis la causa de sus amores, la qual no podia en ningun modo declarar, por haber dado palabra con juramento de jamás decirla, sino era puesto en el extremo articulo; y así, que si ella disponia darle muerte, le sería forzoso darle gusto, porque de otro modo, lo mas que podia declararse en este particular, era diciendo, que por una Dama, llamada Doña Maria, y flor de toda Placencia, se habia ausentado, para exponerse á las desdichas tan grandes que habia padecido, y tan innumerables, que esperaba pasar. No quiso Zayda ser porfiada, al punto que oyó habia puesto su palabra, que aún entre Paganos se tiene, y estima en tanto, que con mucha razon el que la quebranta se puede tener por infame, y fementido, y el que es causa que otros la quebranten, se puede dar por traydor. Pidióle, empero, relacion de lo restante, y de lo antecedente de su vida, que hizo el valeroso Don Felix muy por extenso, aunque evitando toda prolixidad, en estos tiempos tan válida, que aunque le manden á uno diga el Pater noster, le quiere decir glosado; y habiendo estado atenta á sus palabras, y cuidadosa á sus intimaciones, le dixo era tan aficionada

á hombres valerosos, y esforzados, que por estar entendida, que en todo Argél nadie igualaba en valor á Ochali, por esta razon tenia en él puesto su amor, y cuidado con las veras que habia visto, y con la constancia que experimentado habia; y así, que no se admirara que su corazon no se inclinase al Baxá, aunque presumia de mas discreto. No bubo D. Felix oido loar de valiente á Ochali, quando ya quisiera estar frente á frente con él en el campo armado; porque su inclinacion no era otra, sino una belicosa passion de presumir que en el mundo ninguno cuerpo á cuerpo le podia hacer ventajas en valentia; y mirando si con un tiro podia matar dos aves, y con una traza fenecer dos pretensiones; la dixo á Zayda estaba engañada por extremo, juzgando por mas valiente á Ochali que al Baxá, supuesto era muy al contrario; pues al Baxá habia él visto salir con victoria de refriegas muy peligrosas, y reñidas, y Ochali siempre metido en Argél, aunque se habia señalado en algunas pendencies de poca consideracion; y para que viera la verdad de esto bien decidida, y patente, la rogaba hicieran un concierto en esta forma: que saliesen los dos muy bien armados por evitar algunas heridas, y habiendo señalado

do Jueces, peleasen, y que el vencedor quedase por su esposo. Aceptó Zayda el partido, fiada en que el valor de Ochali era mayor que el de el Baxá, como en realidad lo era, el qual avisado de parte de Zayda quedó muy gozoso; y dandole parte al Rey, y á la Reyna, y Damas, se señalaron Jueces, dia, y lugar para la justa. Don Felix apenas oyó aquella noche el sí de Zayda, quando fue al otro dia muy contento á pedirle al Baxá las albricias, que diciendole de qué, le diera muchos pesares en vez de ellas, á no proseguir el valeroso Don Felix, diciendo, que él mismo habia de salir á pelear disfrazado, y que podia estar seguro que saldria con la victoria; para lo qual solo le advertia hiciese dos marlotas de una misma tela, y que en cosa ninguna se desemejasen; porque acabada la batalla le habia de ser forzoso, para quitar la sospecha, ir á acompañar á su señora Zayda, quedandose él en su lugar, para cumplir con el Rey, y con las Damas, y para ir sirviendo, y acompañando á los Jueces.

Llegado el dia del desafio, se puso el Rey en un mirador ricamente aderezado; y por dar muestras de la inclinacion que á Ochali su primo tenia, se vistió del mismo color, y con los mismos atavíos, y aderezos que

Ochali habia de sacar, el qual salió tan galán, que se llevó tras sí la vista de todos, y principalmente de Zayda, que en extremo le queria: la gala era una marlota de brocado blanco en señal de la victoria, sembrada toda de zetas de oro, para mostrar que el objeto de aquella empresa, y el premio que de aquella esperaba, estaba todo conjunto, y unido en Zayda; el penacho era de plumas blancas, y pagizas; pendiente con un bolante de tela de plata, cuyos extremos llegaban á los pies, aunque heridos del Zefiro, siempre andaban por el viento; el caballo del mismo modo salió desmintiendo blancuras, pidiendo á la nieve vassallage, y al Cisne parias, cuyos jaéces eran todos de oro fino. Dió una buelta á la arena, ó estacada, con un paseo tan gallardo, que dexó á muchos embidiosos; y al pasar por el tablado, donde estaba la Reyna con sus Damas, y entre ellas Zayda aventajando á todas en hermosura, y prefiriendose en atavíos, hizo al caballo que se arrodillase con tanta mansedumbre, como si fuera capáz de razon; y haciendo él una sumision muy cortés, se levantaron á un tiempo con lindo ayre, despues de haber sido respondido con otra, asi de todas las Damas, como de la misma

Reyna. Esto acabado entró por la otra puerta Don Felix, vestido á lo Morisco, con tal industria, que fue tenido de todos por el Baxá, sin que á ninguno pudiese dar genero alguno de sospecha; salió todo de verde, por estar bien advertido que habia de salir Zayda aquel dia de aquel color, cosa en que todos repararon mucho, y mas cuydadosa Zayda, recelandose la habia descubierta Don Felix; porque él proprio la habia encargado, y suplicado con grandes encarecimientos, que saliese con colores semejantes, en que se conoce lo ignorante que estaba de que fuese él mismo. El caballo que sacó era un Ovéro Andalúz, parto de los campos Cordoveses, hijo del viento, segun su ligereza. Sacó por delante el rostro, para no ser conocido, una venda de toca de plata, entretexida tambien de seda verde, y para dar á entender que esta era cifra, y no necesidad; (pues á no ser de esta suerte, no pudiera salir) llevaba en las espaldas escrito en un tafetan verde, con letras doradas este mote:

Mi cara sacó cubierta,
la qual no he de descubrir
hasta vencer, ó morir.

Habiendo, pues, hecho las cortesias debidas, y paseando

el palenque con mucha gallardía, se fue muy denodado para Ochali, que ya le aguardaba bien apercebido; y partiendo entre los dos el campo con lindo ayre, se dieron dos encuentros valerosos, en que las lanzas deshechas, buscaban á pedazos asiento en el ayre, ó lugar en el Cielo; mas Don Felix, que no era amigo de dilatar lo que sabia estaba ya de su parte, sin dexar recobrar la silla á Ochali, que ya del ultimo encuentro habia perdido, llegó á él con una ligereza inopinada, y con un trozo que le habia quedado, le dió en la cabeza un golpe tan tremendo, que le derribó del caballo medio amortecido. Quedaronse todos suspensos, y Zayda tan difunta, que apagó al instante las rosas de sus mexillas, y borró del hermoso rubí de su boca la superficie rubicunda. Hallóse confusa por dos causas; la primera, por ver el suceso tan al contrario de lo que ella esperaba; y la segunda, por considerar el concierto que habia hecho, y la palabra que habia dado. No hubo caído Ochali en tierra, quando quatro Caballeros, que habian salido á acompañarle, arremetieron á Don Felix para quitarle la vida, sin hacer caso de las voces que los Jueces daban, aunque el Rey se estuvo quedo, considerando la joya tan her-

mosa que su primo habia perdido, y la afrenta tan grande que habia ganado. Mas poco se le dió á Don Felix del atrevimiento de los Caballeros, y de la remision del Rei; pues habiendo con su alfange ganadole á uno la lanza, dejó mui mal heridos á otros dos con ella. De cuya hazaña el Rei maravillado, mandó á todos los demás que se sosegasen, y que ninguno fuese osado á ofenderle; Zayda tambien de vér este hecho tan valeroso de Don Felix, se enamoró del Bajá, haciendo asombros purpureos sobre el campo de azucenas de su hermoso rostro.

Apenas se vió Don Felix libre del tumulto, quando haciendo al descuido que iba á mudar caballo para acompañar al Rei, se entró por un postigo secreto, donde estaba ya bien aderezado de las mismas galas el Bajá, caballero en un morcillo, y dandole un abrazo á Don Felix, y gracias infinitas, por beneficio tan señalado, salió á la plaza, ordenando un mui galante paseo; y quando llegó á confrontar con Zayda, corrió el bolante del rostro, que tambien tenia puesto, y le hizo una cortesía, y grande sumision, á que Zayda correspondió con otra no pequeña. Mientras esto pasaba se desnudó Don Felix, y vistiendose el vestido que

tenia, se fue al balcón donde ya Zayda le esperaba, como aquel que tal no habia hecho. Y llegando á ella, la dijo con mucho secreto, que mirase si habia salido verdadero lo que siempre le habia importunado, y dicho; á que Zayda, con una vergüenza inmensa, no acertó á responder cosa alguna. Fue Zayda acompañando á la Reina, y el Bajá mui rozagante, sirviendo al Rei hasta su Palacio, con que se dió fin á la justa, tan infeliz para Ochali, el qual quedó tan afrentado, y corrido, que quiso intentar muchas veces la muerte al Bajá, á no ser impedido por el Rei, que por quietarle, le casó con una sobrina suya, heredera de los Estados de Tunez; y si no tan hermosa como Zayda; por lo menos tan discreta, con que Ochali quedó mui contento, y el Bajá libre de sus enemistades, gozando en pacífica posesion la mano hermosa de Zayda, cosa que tanto habia estimado, y por quien tantos disgustos habia padecido, dandole las gracias de todo á Don Felix, y cumplendole la palabra prometida con mucha brevedad, y diligencia; y no tanto aún por cumplirla, como por estar quitado de que se descubriese algun día su ignominia, y afrenta; y asi una noche en el silencio de ella, dandole algunas

joyas de mucha quantía, le embió con cartas de seguro, y con quatro criados que le acompañasen, hasta dejarle seguro. Despues de haber quedado D. Felix en unas Galeras Genovesas, desembarcó á pocos dias mui ufano en las playas de Cadiz; donde tubo nuevas ciertas de los amores que en Plasencia, patria saya, habia dejado, y como era muerto el mayor contrario que tenia; cosas que le duplicaron el contento que llevaba, procurando por esta causa abreviar su viage mas de lo que el tiempo daba lugar, bien ignorante de que la brevedad de él habia de ser causa de abreviar su vida; y aunque el amor por una parte, y la patria por otra le tiraban tanto, y forzaban á que se fuese á Plasencia, quiso con todo vér de camino la Corte, que fue el primer corte de sus pasos. Y tomando una mula en Sevilla, se puso en seis dias en Madrid; y como no ignoraba donde se saben las nuevas de lo que pasa, y no pasa, la primera visita que hizo, fue á las Gradas de San Felipe, donde halló dos Soldados Flamencos cercados de muchos oyentes, refiriendo asaltos, y mas asaltos, batallas, y mas batallas; y sobre todo, engrandeciendo sus propios hechos, enseñando, para ser creídos, hartos papeles falsos entre pocos

verdaderos. Llegóse Don Felix á la conversacion, sin darse á nadie á conocer; y como los demás viesen su buen aspecto, y gentil disposicion, le hicieron lugar con muchas cortesias; y despues de haber sido preguntado de donde venia, y respondido que de Argel, todos los circunstantes con mucho afecto le pidieron, y suplicaron les declarase la causa de su cautiverio, y lo que en él le habia pasado; á que él hallandose obligado por muchas partes, no quiso contradecir, sino mudandose el nombre, les contó desde el principio hasta el fin todo quanto le habia sucedido; de que quedaron todos maravillados, y algunos mui incredulos, y sobre todos fue un valenton natural de Burgos, el qual al punto que acabó de referir Don Felix, dijo como haciendo burla de él: por Dios que esas hazañas, aunque fueran de Don Felix el de Plasencia, me hicieran dificultad: la verdad es, replicó Don Felix, quanto he dicho, y si alguno de v. ms. quisiera que remitamos á las manos esta probanza, vamos ácia el Prado, que no quedará por mí, donde se conocerá si soi hombre que igualo las palabras á la medida de las obras. Temió con esto el que habia hablado, y los demás quedaron satisfechos, y todos juntos digeron, que aque-
llo

llo habia sido gracia, porque en quanto la verdad, todos le habian dado mucho credito; lo uno, porque él lo decia; y lo otro, por vér que en su buen talle se manifestaba. Agradecióselo D. Felix, y por haber quedado con algun gusto de la comparacion que con él habia hecho el que no le habia creído, le dijo al cabo de rato: ¿Es posible que tan valiente caballero es ese Don Felix que v. m. ha dicho? A que replicó el valenton: Es lo tanto, que hasta este tiempo no se ha hallado en España quien le igualase, porque sus hechos, y hazañas merecen estár escritas en bronce; y fuera de otras pependencias infinitas que tubo, así en Plasencia, como en la Corte, y en otras partes que estubo, quando no hubiera hecho otra hazaña, sino la que le obligó á ir desterrado á los Presidios de Flandes, era suficiente, y bastantísima, para que su nombre nunca se borrarse; y como conociamos su inclinacion, que nunca admitió superior ninguno, estamos pesarosos aora de no gozar su presencia, y vér si vencia, ó igualaba á un Valcarcel Blanco de el Reino de Murcia, que oy se lleva la fama del mas esforzado, y valeroso, tanto que ya ninguno que le conocé se atreve á medir con él su espada, sabiendo que ha vencido siete desafios campales

de hombres mui esforzados, y animosos, que han ido á experimentar sus fuerzas, y que en pendencia ninguna que ha entrado, ha dejado de salir victorioso, y las mas veces sin herida alguna.

Quedó Don Felix así que oyó estas palabras, con los vitales espíritus tan movidos, que aunque muestras de belicoso ardor, fueron también indices, y señales de su temprana muerte. Quería descubrirse; mas considerando que si no vencia, era perdidoso de la buena fama que tenia adquirida, y granjeada, determinó portarse con secreto, y prudencia en lo que ya tenia comprehendido, y determinado en su corazon, para lo qual alabando semejante valor, pidió á este recitante (ó por mejor decir, pronostico de su fortuna mala) le diese por escrito el nombre, y lugar del Valcarcel; porque él pasaba á su tierra, y gustaba mucho de tener por memoria los hombres valerosos, ya que no podía tratarlos á todos, ni comunicarlos con la familiaridad que quisiera. Placeme; dijo el valenton; fuera de que es tan conocida por toda España la valentía de este Caballero, que á los lugares mas remotos de ella que llegue v. m. le darán mui clara noticia de sus hechos, y persona; mas con todo cumpliré con mu-

cho gusto lo que vuesa merced me pide; y aún le daré declaración de los mas señalados desafios que ha tenido, para que ya que v. m. lleve relacion de lo que por allá se sabe, lleve tambien noticia de lo que no han alcanzado. Dióle las gracias D. Felix, y combidandole que se fuese con él á cenar á su posada, se despidieron de los demás, y aún no se despidieran, á no esparcirles la noche; porque á gente metida en conversacion, causa mui urgente ha de ser que los divida, y mui necesaria, y natural la que los aparte. Cenaron juntos, y despues de cena tomó el combidado la pluma, y le escribió en un papel todos los hechos que de Valcarcel el Blanco habia sabido: y al fin, por su orden los Lugares del Reino de Murcia, en que podia habitar, y la via que se podia seguir para buscarle (que es lo que mas habia menester Dón Felix, aunque mejor diré lo que menos) hasta venir á dár en las Ventas de Minateda, donde tenia sus posesiones, y labranzas, y donde de ordinario solia residir. Partiérase Don Felix al otro dia con esta memoria á buscar al referido en ella, á no hallarse falto de dineros para el viage, y así determinó ir primero á Plasencia, donde entró de noche por no ser conocido. Fuese

en casa de un hermano suyo, mayor en edad, aunque no en fortaleza, abrazaronse estrechamente con mucho placer, y alegria, y despues de haberse dado uno á otro cuenta de todo lo sucedido en tanto tiempo que habia estado ausente, le dijo Don Felix á su hermano, que antes que amaneciese le era forzoso partirse á despachar un grave negocio que tenia un amigo suyo en el Reino de Murcia, por ser persona á quien debia muchos, y buenos servicios, y haberle prometido acudir á remediarle, para lo qual le diese mil escudos en plata, y que no manifestase en Plasencia que habia venido hasta que fuese de buelta, que sería hasta veinte dias, poco mas, ó menos. Rogóle mucho su hermano le contase el negocio, como quien ya tenia algunas premisas de sospecha en el corazon; mas Don Felix no le dixo sino que considerase que se iba sin visitar las cosas que mas amaba, y queria, y por quien tantos trabajos habia pasado, y que segun esto podia advertir, y conocer la gravedad del negocio. No quiso el hermano porfiarle mas; antes dandole los mil escudos, y una buena mula, porque criado no quiso, salió acompañandole hasta fuera de la Ciudad, donde hicieron las ultimas despedidas. Por secreta que fue

esta venida de Don Felix á Plascencia, no fue tanto que una criada que servia en la casa no la descubriese, codiciosa de ganar albricias, que le fueron dadas mui buenas por Doña Maria de Vargas, Dama mui hermosa, y que en extremo habia amado á Don Felix; la qual apenas tubo nuevas de que se bolvia á ir al Reino de Murcia, quando atropellando imposibles, salió con acompañamiento conforme á su calidad, fingiendo ir á cumplir una promesa á nuestra Señora del Sagrario de Toledo, y enderezó el camino á Murcia, casi por las mismas pisadas de Don Felix, el qual despues de haber partido, llegó á Cartagena en nueve dias, entendiendo hallar alli al Caballero que buscaba, por razon de que habia ido mucha gente de todo el Reino á dár socorros; y como no le hallase, y preguntase á muchos por él, le digeron algunas personas que le conocian, que aquel Caballero que buscaba era natural de Hellín, Villa de las mas principales de todo el Reino; y asi, que no tenia sino ir allá, donde era forzoso encontrarle, ó lo mas cierto en las Ventas de Minateda, que estaban una legua antes. Holgóse Don Felix mucho con estas nuevas, como si de ellas hubiera de sacar algunas glorias; y asi sin mas de-

tencion, bolvió á desandar lo andado, para buscar lo que presto dirémos. Llegó á Minateda un Jueves á medio dia, donde habiendo preguntado por Valcarcel el Blanco, le dieron razon de como estaba en una heredad mui cerca de allí, llamada Madax; preguntó si habia de venir á la noche, y dijeronle que antes de las cinco habria ya venido, con que le pareció sería mas acertado esperarle allí, que no ir á buscarle, y así apeandose de la mula, mandó al ventero pusiése una buena olla, en que echase un par de gallinas, y aderezase, si tenia alguna cosa. Pusose por obra todo lo que mandó, y antes que el Sol llegase con una hora á los limites de su carrera, llegó el Valcarcel, llamado Don Francisco, el qual venia á caballo con espada en la cinta, y una gruesa lanza en la mano, armas que entonces se usaban, y con que se conocía el valor de cada uno, en cuyo lugar han entrado las escopetas, y pistolas; con que es harta desdicha ser un hombre valiente, y mucha sobra de infamia el ser cobarde, pues el uno, por valeroso que sea, muere sin poderse defender, y el otro, por mui tímido mata, sin que haya menester favor, ni ayuda. Saludóle Don Felix con muchas cortesias, y cumplimientos, en que

Don Francisco Valcarcel no le quedó debiendo cosa alguna, y luego le dijo, se sirviese ser su combidado, porque tenia despues que hablarle mui largo, y darle razon de su venida: escusóse el Valcarcel de aceptar el combite quanto le es licito á un hombre discreto, y entendido; y viendo la mucha instancia de Don Felix, no quiso pecar de porfiado; lo que pecan otros de entremetidos. Cenaron los dos con mucho gusto, y contento, y despues tomando Don Felix por la mano á Don Francisco, se apartaron de la venta como tres tiros de piedra, y viendose solos, y que nadie parecia, le dijo Don Felix estas palabras: Yo, valeroso Valcarcel, soi un Caballero de Castilla, tan inclinado á las armas, que nunca imaginé que podía haber quien me ganára en fuerzas, ni me igualára en valor, causa que ha sido de haber hecho innumerables hazañas, y de haberme puesto, y sujetado á grandisimos peligros; y aunque os parezca temeridad, y poca prudencia, vengo solamente determinado á probar vuestro valor, y á experimentar vuestras fuerzas; porque me las han alabado en tan grande manera, que me parece, que si no es de este modo, no me atreveré á rendiros vassallage, ni á condenarme por de-

menos valentia. Bien informado vengo que habeis muerto á siete Caballeros en desafios campales; y bien me consta de las infinitas pendencies que habeis tenido, de que siempre habeis sacado la palma de la victoria, y el lauro de mas valiente. Mas tambien os digo, que si hubiera de contar lo que ha ganado este brazo, lo que ha emprendido este corazon, era menester estár de mas espacio, y pedirle al dia de término muchas horas; pero porque no me está bien á mi contarlas, ni el tiempo dá lugar de referirlas, solo os ruego, y suplico me hagais favor en que midamos aquí nuestras espaldas, para salir de esta duda, que me trae suspenso, y para salir de este cuidado, que tanto me fatiga. Yo confieso que el venir á buscaros tantas leguas, y el pedirlos lo que os pido, parece mas propriamente genero de locura, que no especie de valor; pero porque no me juzgueis por loco, ni me excluysis por temerario, habeis de saber que soi Don Felix el de Plasencia, si acaso habeis tenido asomos de mis hechos, ó rasgos de mis hazañas, aunque como ha quatro años que he estado cautivo en Argél, no será mucho que algunas que habia hecho se hayan borrado con el olvido, ó con la fama de las

vuestras , se hayan quedado en silencio. Finalmente por no cansaros, esta es mi determinacion, este mi intento , y esta mi venida: ó me habeis de dar la muerte , para que yo confiese me haceis ventajas , ó os la tengo de dar yo, para poder sin escrupulo gloriarme de mis hechos. Mui atento estubo Don Francisco , escuchando los impulsos belicosos de la pasion de Don Felix , y despues de haberle oído , le dijo de esta suerte: A no haber tenido mui larga noticia del valor de vuestro brazo , y á no estar bien informado de vuestros hechos hazañosos, vuestra disposicion , y talle aora me la diera ; mas no me habeis de negar , que sois loado , y tenido por hombre de entendimiento ; y esta mayor concedida , tambien no me negaréis, no deja de ser temeridad lo que tan determinado me pedís. Yo he reñido muchas veces, pero ninguna sin causa; porque quien sin ella me mueve, por mucho valor que tenga , ha de quedar vencido , y por ventajas que haga , ha de quedar siempre corto, porque lleva contra sí el dictamen natural , que repugna , y contradice á aquella determinacion apasionada; por lo qual yo no quisiera señor Don Felix , que os busqueis mal tan sin provecho , ó que querais matarme tan sin causa.

Aqui no ha habido ocasion para que uno , ni otro nos expongamos á semejante peligro , ni son acertados medios aventurar las vidas por pundonores , y jañancias: vuestro valor es tan conocido de todos, que no tiene necesidad para probanzas de experimentar el mio , el qual es mucho menos de lo que pensais, menos digno de aplaudir de lo que decís : y así como amigo , que ya me confieso vuestro , os ruego , que deponiendo de vuestro corazon los airados incentivos , y sosegando de vuestro pecho los prescitos impulsos , os bolvais en paz á vuestra patria , dejandome quieto , y pacifico en la mia, donde os serviré con todos mis poderes en todo quanto quisieris dejarme mandado , y acudiré á vuestro servicio en quanto me dejáreis dicho. Mal conocéis , señor Don Francisco Valcarcel (replicó Don Felix) mi determinado intento , y condicion belicosa , supuesto que con vuestras pacificas razones quereis disuadirme , y apartarme de mi proposito; pues para que no os canseis en réplicas , ni preguntas , os doi mi palabra, que para dejar de pelear con vos , y conocer la ventaja que me haceis , no serán bastantes humanos poderes , y aún el peligro consiste en la tardanza , y la fama , y el honor en la pres-

teza. Solo os advierto que hemos de reñir con armas iguales; porque en esto consiste el punto de mi victoria, y estriba la causa de mi honor. Yo traigo puesto un colete de ante, que es este, que podeis vér; si traeis otra defensa que sea igual reñiremos con ellas, ó si no, lo mas seguro, y acertado será desnudarnos del colete yo, y vos de lo que tubiereis; y así el que quedáre vencido, no estará escrupuloso de que ha sido defraudado por ventaja mas, ó menos de las armas defensivas. No pudo el Valcarcel, oyendo esta determinacion, dejar de corresponder al valor heredado, y adquirido; y así, habiéndose quitado una menuda malla, y Don Felix el colete, sacaron las espadas, y con un arte gallardo, y disposicion gentil partieron el campo, y al tiempo de embestir, usó el Valcarcel de una traza, y estratagemas, que le fue á Don Felix presagio, y pronostico de suerte desdichada, segun se quedó cortado, por mucho que quiso disimular; fue, pues, que al tiempo que Don Francisco le vió venir tan denodado, y encendido, le dijo: señor Don Felix, tengase v. m. y no pase de aí: tubose Don Felix turbado, y confuso, preguntándole la causa; y él le

respondió: porque conozco que viene v. m. tan muerto, que me ha dado compasion quitarle la vida, que mui á mi salvo pudiera ya haber quitado. Enojóse Don Felix en extremo oyendo estas razones, y tomando ya por modo de afrenta lo que antes de arrogancia; y así le dijo, que si temia de pelear con él, hablase claro, y no por tantas cifras, y circunloquios: vuestra vida solo temo (replicó el Valcarcel) como lo vereis aora, y cerrando con Don Felix, á las dos primeras idas, y venidas, le tiró un mandoble, que le llevó el medio muslo, sin ser necesario el segundearle, para que cayese en tierra herido de muerte. Quando se sintió con tan penetrante herida el infeliz D. Felix, en vez de airarse contra el causador de su daño (porque en esta parte conocia ser él mismo) se abrazó de sus pies, pidiéndole con muestras de amor mui agradecidas, que le llevase á donde pudiese mirar por la salud de el alma algo mejor, que habia mirado por la del cuerpo: que estubiese entendido, que no le habia de culpar en cosa alguna; pues conocia que toda la culpa habia estado en su locura, y temeridad. Compasivo el Valcarcel de vér á sus manos muerto el hombre mas animoso que en España habia, le

le cogió en sus brazos, habiéndole primero apretado la herida con un lienzo, y otros paños, y llevándole á la venta, mandó á dos mozos que aderezasen la mula, de modo, que pudiese ir sin fatiga hasta Hellín, que está de allí una legua. Acomodóse lo mejor que pudo, y subiendo él en su caballo, llegaron al lugar á poco mas de las nueve de la noche; y llegando á su casa, mandó que le aderezasen su misma cama, donde fué visitado de los Doctores, y Cirujanos, dando todos malas esperanzas de su vida, y mandando que con mucha priesa le sacramentasen. Hizóse todo con muchas diligencias, y despues ordenó su testamento, dejándole á Don Francisco Valcarcel los mil ducados que traía en plata, para que cumpliera su entierro, segun su voluntad fuese; y nombrando por universal heredero á su hermano de todo el patrimonio que tenia en Plasencia, con condicion, y gravámen, que en ningun tiempo él, ni sus descendientes pudiesen pedir su muerte; y que caso que alguno la pidiera, le dejaba á Don Francisco Valcarcel seis mil ducados, con que pudiera pleitear, y defenderse, porque no tenia genero de culpa, supuesto que él le habia incitado, y acometido primero, y que esto hacia pa-

ra descargar de su conciencia. Mostró en estas señales el desdichado Caballero la generosidad de su pecho, y el valor de su antigua sangre; y conociendo en sí mismo, que se le llegaba ya el ultimo plazo, llamó á solas á Don Francisco, el qual se llegó á él lloroso, y lastimado, y dijo si tenia que advertirle alguna cosa, lo declarase, porque acudiria á ella antes que á sus negocios propios; y Don Felix, le dijo, que solo tenia que declararle una passion amorosa, la qual tenia hecho juramento de no declarar, sino era estando en el paso en que ya se veía. Decid lo que quisiereis, replicó Don Francisco, y haced cuenta que no sale nada de vuestro pecho, porque yo no he de descubrir cosa alguna, sino fuere lo que me digereis, y á la persona que me mandáreis. Cobró Don Felix algun tanto del brio que ya estaba degollado en su corazon, y dijo aquestas palabras, que he reducido á versos, porque v. m. guste mas de ellas: up

Si mueven entrañas pias
desventuras, y fracasos,
y pasiones amorosas
convencen pechos hidalgos:

Escuchame atentamente
Valcarcel noble, y gallardo,
pues eres Blanco, en quien yo
jamás pude dar al blanco:

En la Ciudad de Plasencia de Padres nobles, y claros nació un Martes en la noche á veinte y cinco de Marzo.

Tomaronlo por aguero, que son pensamientos vanos, que otros nacieron Domingo, y han ido peor librados.

Siempre me incliné á las armas desde mis primeros años, con afición tan inmensa, con impulsos tan sobrados,

Que pienso que solo en esto, si se ha de dár fé á presagios, tubo que vér el ser Martes, con las figuras que alzaron.

Contarte las travesuras del tiempo que fuí muchacho, yendo muchas veces solo, y algunas acompañado,

Solo pienso servir puede de sin provecho cansarnos, tú en estarmelas oyendo, y yo en irtelas contando.

Dejando, pues, todo esto, pasaré á lo que hace al caso; porque no es bien que dé largas, uno que se está finando.

Veinte y tres años tenia, y rayaba en veinte y quatro, quando dandome noticia de algunas cosas, y casos,

Supe tambien como un hijo del Corregidor, bastardo, no solo en el nacimiento, sino en sus hechos villano,

Quería alcanzar por fuerza de Dama la mejor mano; que en el arbol de los Vargas esculpió el buril gallardo.

Esta era Doña Maria, tan hermosa que haré agravio si á otra que no sea ella la asimilo, y la comparo.

Tan cuerda, prudente, y casta, que sin padre, y madre estando, se pudo guardar mas bien, que la guardáran entrambos.

Y sin tener parentesco, ni haberla en mi vida hablado, tomé á mi cargo su honra, y su defensa á mi cargo:

Que al hombre que nace noble, y quiere experimentarlo, como por los suyos propios mira por agenos daños.

Andando, pues, una noche como otras muchas rodando, pasé por su calle, y ví que estaban dos embozados.

Llegué, y pregunté quien eran, y viendo no hacian caso, saqué la espada, y los puse en peligro tal, que osaron

Remitirles á los pies, para huir de tales pasos, el valor que no tubieron para pelear las manos.

Siguieralos, si no oyera casi en lagrimas ahogados gemidos, no de muger, de Angel, sí porque es ya tanto

Del hombre el atrevimiento en hacer casos nefandos, que á un Angel hará llorar, y hará padecer á un Santo.

Conocí á Doña Maria, y sin prevenir los daños, y que iba á sufrir expuesto, me llego á la puerta, y llamo.

Abrió

Abrió una criada al punto,
confusa, triste, y llorando,
diciendo que á su señora
quiere forzar un villano.

Subí una escalera apriesa,
y en un aposento entrando,
hallé brazos femeniles,
deteniendo á infames brazos.

Hallé manos cristalinas
midiendo groseras manos,
y legitimos impulsos,
temiendo á impulsos bastardos.

No hablé palabra en su ofensa,
porque hai en la vida casos,
que se han de vengar con muerte,
y se han de reñir callando.

Y así del golpe primero,
que imagino que fue un tajo,
le hice perder la espada;
y al ir por ella bajando,

Con otro segundo golpe
le vine á dexar tan bajo,
que para irse á morir
fue forzoso levantarlo.

No me pareció á mi justo,
aunque otro diga al contrario,
acabarle de matar,
pues está patente, y llano,

Que quedaria muriendo
á Doña Maria el cargo
de su muerte, y fuera hacerla
en vez de favor, agravio.

Y el hombre que no pospone
su vida en estos fracasos,
ó no sabe qué es honor,
ó teme mucho, si es sabio.

Con esto el herido á voces,
confesó ser yo el culpado,
y dió á la Dama por libre,
y aún pidió perdon llorando.

Yo al punto que cayó en tierra,
bajé á buscar, por si acaso
quedaba, pudiendo huír,
de mi vida algun resguardo.

Fue imposible á los principios,
y no hai que causar espanto,
pues todo principio tiene
dificultad, y trabajo.

De ocho espadas enemigas
me hallé á la puerta cercado,
con los dos que huyendo fueron,
que estos bolvieron volando,

Confusos, y temerosos
de lo que habia pasado,
y bien agenos, y libres
del daño con que quedaron.

Porque como aquel que ya
del remedio necesario
se vé egemplo, y de la muerte
bostezos lleva tragados:

Rompí por medio de todos,
tantos golpes descargando,
como ventiscos Diciembre,
ó como granizos Marzo.

Efecto que de él provino
quedar dos muertos, y quatro
mal beridos, y los otros
enfermos solo de espanto.

Los que á las voces salieron
por remediar el fracaso,
viendo tan triste portento,
y tan lamentablo estrago,

Quieren prenderme, mas yo
de tal suerte un ardid trazo,
que dejandolos riñendo
me pude poner en salvo.

No se hizo mucha pesquisa
sobre averiguar el caso,
porque los muertos, y heridos
solo á mi me condenaron.

Y si ha permitido el Cielo
que yo muera confesando,
es porque les di lugar
de que hicieran otro tanto.

El Corregidor, qual padre
del causador de estos daños,
hizo mucho por prenderme,
mas todo le salió en vano.

Y por evitar peligros,
que se engendran sin pensarlos,
quise poner tierra en medio,
y embarcarme; pero quando

Salí de la Quinta, donde
habia estado encerrado,
en una aunque obscura noche,
ví como me salió al paso

La bella Doña María,
despidiendo tantos rayos,
de dos soles de hermosura,
que me santigué, pensando

Que habia venido el día
con pasos acelerados,
ó á darme muerte luciendo,
ó á darme vida matando.

Dióme el pésame de haber
causadome mis trabajos,
dandome con él la vida,
si es vida darme una mano:

Porque hai pésames que son
de estilo, y primor tan alto,
que son propios parabienes
para aquel que se están dando.

Dijome como primero
veria el tiempo trocado,
hacer calor el Invierno,
y hacer frio en el Verano,

Que se olvidase de mi,
aunque estubiese mas años
ausente de su hermosura,
que tiene flores un Mayo,

Con tal que allí la jurase
guardar secreto: aceptando
ofrecimiento tan rico,
quisiese jurar en su mano

Como en Ara consagrada,
la qual si no era de marmol,
era de quajada nieve,
y clarifico alabastro.

Despedimonos entonces,
no quiero decir con quantos
enternecidos suspiros,
y estrechisimos abrazos.

Lo que en Orán, y en Argél
todo este tiempo he pasado,
papeles os dijo aí,
por donde podais mirarlo.

Aora, pues, que venia
gustoso; porque el contrario,
que era el Corregidor, ya
estaba de Dios gozando:

Sin vér aún á quien pudiera
resucitarme mirando,
llevado de mi locura,
y de mis impulsos vanos,

Vine á buscar mi desdicha
con venir solo á buscaros,
hallando luego mi muerte,
solo en haberos hallado:

Aunque por ventura tengo,
por palma, corona, y lauro,
Valcarcel noble, é insignes
haber muerto á vuestras manos.

Mas solo os quiero pedir,
que con especial cuidado
hagais que Doña Maria
sepa este triste fracaso.

Y si el Cielo permitiera
que os casaredes entrambos,
á trueque que no malogre
primaveras de sus años,

O no las manche con sangre
de algunos toscos villanos,
yo lo llevara por gloria,
zelos á un lado dejando. (sos)
(Si hai muertos que estén zelo-
porque sois, en fin, al Blanco
en que acertará Maria,
ya que yo no os he acertado.

Aunque quisiera pasar adelante el fatigado Don Felix, no le diera tiempo la rigurosa parca, la qual dandole lugar primero que hiciera muchos Actos de Contricion, bañados en lagrimas, echó la tigera al delicado estambre, quedandose todos los circunstantes con tanta tristeza, y melancolía, quanto requería el caso. Y apenas hubo dado los ultimos bostezos, quando dando los primeros gritos, entró Doña Maria de Vargas, que como dejó arriba dicho, habia salido en su seguimiento, y por las señas que daba, la habian ya informado del caso lastimoso. Fueron con tanto exceso las lastimas que hizo abrazada con el cadaver frio,

Hombre, bien puedes llegar,
si es que me buscas á mi;
porque yo me vine aqui
solamente por buscar:
Yo soi el que pensé dar
fama mui esclarecida;
mas dí tan grande caída,
que solo, si bien se copia,
busqué mi desdicha propia,
por buscar agena vida.

que bien imaginaron todos que habia de quedar muerta. Consolóla Don Francisco lo mejor que pudo, y reparando en su extremada hermosura, y considerando lo que le habia acabado de informar Don Felix de sus altas, y nobles prendas, quedó tan enamorado de ella, que se determinó á corresponder al gusto del difunto, y á reprimir las amorosas llamas de su pecho; y asi despues de haber hecho á Don Felix un entierro mui sumptuoso, y celebrado las funerales exéquias con el mayor aparato que se pudo, le dió mano de esposo á Doña Maria de Vargas con grande regocijo, y alegría de todo el Pueblo, haciendo muchas, y diversas máscaras, y celebrando ricas fiestas, con que se puso algun tanto en olvido la desdicha de Don Felix; si bien Don Francisco Valcarcel, habiendose informado del caso por mas extenso, hizo que en su sepulcro se le pusiera este Epitafio.

Con esto habrá v. m. señora Doña Serafina quedado entendi-
da de la batalla, y desafío de la Venta de Minateda, y habrá conocido al Valcarcel valeroso, y al Don Felix desdichado, y yo quedaré por li-

bre de haber hecho en esta parte quanto he podido: no tanto en haber sacado á la luz la verdad de este caso, como en haberlo dispuesto de modo que á vuesa merced le agrade.



PASAR MAL POR QUERER BIEN.

Novela quarta á la Señora Doña Serafina.

DEvíos que v. m. me ha mostrado, enojos que me ha causado, y desdenes que he recibido, he pasado muy gustoso, no porque apetezco el mal, sino por quererla bien; porque no fuera mi voluntad perfecta, mi afición bien fundada, ni radicado mi amor, si en mostrándome v. m. enojos, recibiera yo pesares, y en dándome desamores, disgustos. Qualquiera que quiere bien, si es querer perfecto, ha de pasar trabajos, y sufrir calamidades, porque son pruebas de la voluntad, y ratificación de la paciencia; y así, no haré yo mucho en sufrir algunos ahogos de tristeza, y pasar algunos males de disgusto por grangear de v. m. la gracia; porque quien no pa-

sa algun mal por querer, y amar, ó no se ha de decir que quiere, ó ha de conceder que no es constante. Y para probar lo que digo, quiero que v. m. se entretenga con esta Novela en abono de lo propuesto; no de valentías como la pasada, si de amores perfectos, que como v. m. es inclinada á todo, hemos de mudar cada vez de asunto, para que quando quede cansada de oír valentías, pendencias, y desafíos, descanse en leer enternecidos galanteos, y amorosas palabras.

Teniendo el Cetro de Sicilia Dionisio, á quien comunmente llamaron el Tirano en los principios de su Reinado, quando está el ánimo deseoso de emprender cosas magnificas, de dar

dar muestras del absoluto poder, de atropellar antiguos estatutos, y establecer nuevas leyes, floreció un Caballero, llamado Enrico, tan noble, y principal, que por linea paterna gozaba sangre Real, sin ceder ventajas á otro alguno en la materna; tan galán, discreto, y entendido, que aficionado el Rei á sus muchas prendas, le eligió por su Privado, dandole con esto el titulo de mas válido: á cuya causa todos en sus necesidades, y muchos en sus pretensiones, procuraban primero adquirir la vénia, y gracia de Enrico, que del mismo Rei, con quien habian de negociar, por tener entendido, que lo que él pidiera no negaría el Rei, no por ser fuerza concederlo, sino por la aficion que le tenia, que parecia imposible negárselo.

Viendose Enrico en tan supremo lugar, querido del Rei, de todos respetado, y de todos sus contrarios mui temido, tubo ocasion de hallar una Dama á medida de su gusto, y conforme en todo á sus deseos, mas con una condicion de haberla de guardar secreto; porque esto de pedir, y poner condiciones, es tan proprio de mugeres, que aunque no haya causa ninguna para ponerlas, la buscan de proposito, ó ya por hacer melindres, ó ya por mostrarse pode-

rosas. La causa de pedir tal condicion Teodora (que asi se llamaba esta Dama) era por estar entendida que el Rei había dicho á su padre, que si la Reina moria primero se habia de casar con ella; y quando no, que le daría por marido al Principe su hijo: mas como el amor es libre, y nunca la voluntad admite sujecion, ella le declaró á Enrico de tal manera la suya, que la prometió menospreciar, quantas Coronas habia en el Mundo, y quantos Principados, y Señoríos se podian imaginar, por solo servirle, y amarle.

No se le hizo cuesta arriba á Enrico padecer la condicion, viendo muestras tan afectas, y tan amorosos cumplimientos, considerando sobre todo su hermosura (causa primaria del apetito del hombre) la qual era en tanto extremo, que dejó aqui el ponderarla, por vér si la ponderaria despues el Rei con mas cuidado, aunque no con menos pasion.

Mas de un año estuvieron los dos amantes gozando de su secreto amor mui dulces frutos, haciendose de dia cortesias, y galanteos, Enrico desde la calle, y Teodora desde sus rejas; y de noche visitandose con tanto regocijo y gusto, como dos que se quieren bien, y con palabras tan amorosas, y tiernas, como dos que dulcemente se aman,

juzgando ya Enrico que no eran menester secretos, y entendiendo Teodora que ya estaria el Rei olvidado de aquella aficion antigua, y mas considerando ser muerto su padre, á quien el Rei habia prometido aquel casamiento; pero como no hai en esta vida cosa estable, en medio de esta tranquilidad, y bonanza, se levantó una tormenta, que postró por tierra las esperanzas, sumergió en los abismos los contentos, y desterró de sus voluntades todo gusto; lances en fin forzosos de fortuna, que se obliga quien bien quiere á pasar, y sujeta á padecer. Fue, pues, que como el Rei vió que ya el padre de Teodora era muerto, y ella estaba sola debajo de el amparo de su madre, determinó gozarla antes de aguardar terminos tan inciertos, y casi imposibles de que muriese la Reina; y pareciendole barbarismo darle á su hijo el Principe la muger por quien él moria, y penaba, quiso primero aconsejarse con Enrico, juzgando hallaria en él traza, y modo, por donde descansase su corazon; porque la comunicacion con amigo perfecto siempre disminuye las congojas, y pesares, del mismo modo que aumenta los consuelos, y alegrías; y así, llamandole á su aposento, le dijo: Bien sabes Enrico, y

conoces las obligaciones que me debes, no tanto en lo que te premio, como en lo que te confio; pues te he hecho dueño de todos mis secretos, y de mi voluntad, haciendo lo que me dices, dando quanto pides, y cumpliendo lo que ordenas; señales manifiestas del mucho amor que te tengo, y obras bien dignas de que me des en esta ocasion el consejo que te pido. Solo este secreto he tenido reservado; y llegan á tanto unos rayos amorosos, y fuerzan de tal manera tus palabras saludables, que me es ya fuerza romper los fuertes nudos del secreto, y manifestarte las lazadas de mi amorosa passion, juzgando que en decirtelo á tí no sale de mi pecho, que tal tengo entendido de tu prudencia, y tal presumo de tu mucha, y grande discrecion; y si hasta aora he callado, ha sido procurando con olvidos reprimir mis deseos, y con otros interválos divertir mis pensamientos; mas considerando que lo uno no aprovecha, y lo otro me dá mas dolor, quiero, atropellando imposibles, deshacer dificultades, y tomando tus consejos, poner remedio á mis pasiones.

Sabrás, pues, que al tiempo que le dí mano de esposo á la Reina, poniendo en egecucion efectos de marido, vino al sa-
rao

mosa una Dama, que me robó el corazon, y me privó de mis sentidos, dejando avasalladas mis potencias: decirte el nombre; no pienso será menester, habiendote dado señas de sus prendas, que por ellas quedarás de él tan entendido, que no me obligarás á pronunciarle, que como lo tengo escrito en lo mas intimo de mi pecho, siempre que le pronuncio siento tanto regocijo en mi corazon, que temo se me quiere salir por la boca; y asi, tengo por mejor que por sus hermosos efectos vengas en conocimiento de esta causa, y ella conocida, estará el nombre patente, y manifiesto. Considera que sus manos (que por ellas quiero comenzar, pues fueron las que comenzaron mi pasion) son unos armiños, y quajados copos de argentada nieve, de cada uno de los quales salen cinco aspides de cristal, bastantes, aunque de nieve, á encender el mas helado corazon, y abrasar el mas frígido pecho. Su cuello como una torneada columna de alabastro hermoso, su boca un encendido rubí, dividido en dos, por cuya division se vén, como por brujulas, doce perlas hermosas; y aunque mui menudas, de infinito valor; sus megillas no admiten comparacion; pues es poco decir grana, y mui grosero decir carmin; pero en fin, son dos finas rosas, tan por un igual abiertas, que están las dos embidiosas de mirarse, y de tal manera compitiendo, que á no estar metiendo paces la roca de marfil de su nariz pulida, llegarán á juntarse las purpuras hojas, y trabáran batalla en el campo de jazmines. Sus ojos son dos luceros, que aunque despiden rayos de luz, y centellas de claridad, se pueden vér sin deslumbrar la vida, si bien á mí me han privado de ella; y no me admiro, pues sobervio, y arrogante quise luego remontarme hasta los mas altos lejos de su resplandor luciente. Sus cejas son dos arcos de evano mui fino, situados en la excelsa cumbre de su frente, por defensa de sus dos luceros. La frente es como un cielo de bruñida plata, ó como un globo de puras azucenas. Sus cabellos como una madeja de oro fino, cuyas esparcidas hebras son bastantes á enlazar mil almas, y poderosas para suspender mil corazones, principalmente las que hechas sortijas descenden por la cara, haciendo asomos mortíferos, aunque bastan para dár mil vidas á quien fuere dichoso en deshacer sus lazadas. Los relieves ocultos de su hermoso cuerpo, fuera cansancio inutil explicarlos, pues perfecciones tantas mudamente explican las que

ocultan. ¡Mas ay de mí, Enrico! que no he dicho nada, por mucho que he querido apoyar su hermosura, y temo no la has de conocer; porque las gracias que he referido, cada uno las dá á la muger que adora, y las que no puedo explicar son las que habian de darte conocimiento por la excelencia de la Dama que significo; y así por mejor tengo, aunque pase otro temor, y aunque sienta otro recelo, decirte claro su nombre, porque con mas libertad me busques salud, y con mas cuidado me aconsejes lo que he de hacer. Teodora se llama la muger que adoro, Teodora se llama la causa de mis tristezas, y Teodora, en fin, se llama la que me ha rendido, y sujetado al yugo de mi amorosa pasión. Prometile á su padre el Duque me casaria con ella quando la Reina faltase; y que si por estas esperas perdiese casamiento, la daria por marido al hijo primero que yo tubiese. Tomólo el Duque por burla, sí bien nunca trató de casarla; halléme aora perdido, y ella sola, y muger, y mui difícil la espera; y así quiero, rompiendo obligaciones, y atropellando telas de vergüenza, significar mi abrasada voluntad, mis encendidos deseos, y mi mismo corazón; y en no surtiendo efecto por bien, procurar por fuerza poner re-

medio á mi vida; pues es de mas importancia que guardar el honor suyo. Todo esto hemos de negociar los dos, sin que lo entienda persona alguna, pues importa bien el secreto, porque la Reina no lo entienda. Solos hemos de ir los dos á rondar, solos la visitaremos, y solos procuraremos convencerla, yo con mis ruegos, y alhagos, y tú con tus discreciones, intimandola mi amor por todos los modos, y maneras posibles; que aunque ella es tan discreta, y considere la fuerza de su honor, tambien conocerá que es grande impiedad no dár remedio á unos deseos Reales á sus pies postrados, y rendidos.

Considerando Enrico la rigurosa condicion del Rei, y que si entendia su amor le trataria mal, venciendo dolores á fuerza de disimulos, y encubriendo sentimientos, á fuerza de fingidos placeres, le dijo: Bien conoce vuestra Magestad el reconocimiento que tengo á las mercedes que me hace, y el cuidado con que acudo á todo quanto me ordena; no ha de ser en esta ocasion menos, aunque me parece que es un imposible pretender por alhagos rendir á tal muger, y pretender por fuerza sujetar su voluntad; yo no puedo en esta parte hacer mas de arriesgar mi salud, mi hacienda, y mi misma vida en

servicio de vuestra Magestad. En lo demás dificultoso se me hace lo alcancen ruegos, y lo traigan poderíos; y así, por mejor tengo que vuestra Magestad repare en los escandalos que han de nacer, y en las disensiones que pueden resultar: podrá ser que la consideracion de estos daños, y el temor de semejantes peligros, borren esa pasion, y aniquilen esos deseos; y quando no bastaren, con todos mis poderíos, trazas, y ardidés, yo no puedo faltar en acudir á servicios tan bien premiados, y obligaciones tan precisas. No me dés consejos (repliqué el Rei) pues te juro á mi Corona, que si considerára que alguno me habia de aprovechar, no te hubiera descubierto mi corazon, pues ha tres años que estoí callando, por inquirir, é imitar quanto me puedes advertir, procurando algun remedio; mas si el amor es frenesí, ¿qué juicio puedo ya tener para deliberar si es injusticia, ó para considerar si es atrevimiento? Remedios sin tratar de pretenderla, serán aumentos mayores de mi pasion; y consejos, que no vayan dirigidos á gozarla, serán incitamientos de mi ira, irritaciones de mi enojo; así, esta noche quiero demos principio á visitarla con terminos mui corteses, hasta que quede entendida de mi pretension, y

conozca de mi alma la amorosa enfermedad; y para ir con algun fundamento, que sea índice de mis deseos, me has de escribir algunos versos, alabando su discrecion, y hermosura, y un cercéo hermoso de que la dotó el Cielo, para hacerla, aún con defectos, archivo de perfecciones, pues en ella está sobrado de dulzura. Y siendo lima de sus palabras limadas, es lima sorda de las almas que la escuchan. Trasladaré de mi letra lo que escribieses; y en viniendo la noche, pondremos por obra lo que he dicho, siendo los dos portadores de lo que hubieres trabajado, y haciendome yo Autor de tus escritos.

No se atrevió Enrico á replicar viendo determinacion tan rigurosa; antes con mucha prudencia condescendió con su gusto, ofreciendose á hacer todo quanto le mandase; y porque quando fuesen, conociese Teodora que los versos eran suyos, y no dictados de el Rei, sacó un original de unos que en otra ocasion él proprio la habia dado, y dandosele al Rei para que le trasladase, se retiró á su quarto á esperar lo que viniese, melancólico, y confuso de vér el grave peso que se ponía á sufrir, y las pocas esperanzas que le daba la victoria. Holgóse el Rei mucho de vér el buen ingenio de Enrico, por haber en

breves renglones encerrado toda la fuerza de su pensamiento, y habiendolos trasladado, decian de esta suerte:

Sois tan discreta en extremo, y tan en extremo hermosa, que de obligacion forzosa quiero alabaros, y temo: Conmigo proprio lucho, y temo por iros engrandeciendo; pero sois tal, que voi viendo, si llego à estaros mirando, que es mejor decir callando, que no alabaros diciendo.

Si callo, ninguno habrá que diga corto he quedado; y si digo, es mui sentado que he de quedar corto ya: ¿Porque quién alabará un sugeto semejante, ó con el métro galante, ó con el estilo absorto, que no quede siempre corto, por mucho que se adelante?

Alabar belleza tal, señora, como la vuestra, es querer con rica muestra, vender mi pobre caudal: Por hacer bien me hago mal, porque queriendo aplaudiros, tan poco vengo á subiros con mi Musa limitada, que pienso no he dicho nada despues de harto de deciros.

Hermosura, y discrecion unidas en un sugeto, perturban al mas discreto, y ofuscan à la razon: Estas dos, señora, son

la causa urgente, y que aprieta para llamaros perfecta, pues sois de amor acrisola, hermosa como vos sola, y qual Teodora discreta.

De vuestro hablar el dulzor, con cees hermosas limado, ¿á quién no le darà agrado? ¿à quién no causará amor? Ponderelo otro mejor; porque yo tan solo toco, que quien no juzga por poco dár por serviros gran precio, ó tiene asomos de necio, ó tiene rasgos de loco.

Dichoso mil veces, mil, sea quien merece hablaros, pues tiene en solo miraros à la cara un rico Abril: Gusta el language sutil de entre perlas, y corales, riquezas, pues, que son tales, y favores tan solemnes, que solos estos son bienes, y todos los demás males.

Llegó la presurosa noche con lentos pasos, y en obscurisimas sombras toda embuelta, presagio para Teodora de Enrico, y pronóstico para Enrico del daño que se le acercaba: sentia en el alma estos tormentos, y disimulaba en el rostro los dolores, à causa que el Rei no presumiese algun rastro de su amor; iba à quejarse, y el lúgubre semblante que habia de resultar de el quegido, le remataba en una risa alegre à fuerza de

de fingimientos, y á poder de disimulos. Dieron las once, y salieron él, y el Rei por un secreto postigo de Palacio, sin ser de nadie sentidos; y antes de llegar á la casa de Teodora, se acordó Enrico, como si despertára de un profundo sueño, de que no habia avisado á Teodora el suceso lastimoso; y si él llamaba, seria posible hablarle amorosamente, como otras veces, ignorante de que el Rei iba con él, podia ser causa de perderse los dos, Teodora de confusion, y pena, y él de temor, y cuidado; para remedio de todo lo qual, hizo al momento un discurso en su pecho, y dijole al Rei se aguardase allí un poco en tanto que él llegaba, y reconocia si estaba la calle libre, porque no seria justo, que habiendo algun embarazo, se aventurase su Magestad á ser conocido; y tambien que aquella señora era mui principal, y no habiendola avisado, seria posible estár ya recogida, y no querer abrir hasta estár bien satisfecha, y aquel tiempo era conveniente que su Magestad no estubiese allí detenido, que él llegaría con un recado de su parte, y bolvería á avisarle. Aunque eran poco urgentes las razones que alegaba Enrico, condescendió el Rei con su gusto, encargandole la brevedad; que el que tiene

amor cree, como los niños, todo quanto le dicen, ó atropella, como los locos, por quanto le parece.

Llegó Enrico á las puertas de Teodora, que no fueron bien tocadas quando las vió abiertas; y dando un recio suspiro, se quedó como un helado marmol, sin poder atravesar sus umbrales. Pasmóse tambien Teodora por no saber la causa, y con los brazos abiertos, se enlazó de su cuello, diciendole mil ternezas, y destilando sobre su rostro perlas ricas de su hermoso cielo. ¿Qué traes Enrico mio, le decia, que no quieres llegar mas adentro, sabiendo que eres dueño de lo mas íntimo de mi corazon? ¿Quién te ha agraviado, que traes conmigo el enojo? ¿Qué he hecho yo, que aún no me quieres mirar? No quieras darme muerte sin tener culpa, que á tenerla con ofensa tuya, yo misma me matára, ó por lo menos inclinára mi cerviz á los acerados filos de tu sangrienta espada. Cuentame tu passion, podrá ser vendas engañado: depón un poco el enojo hasta haberme oído: no temas pena sin causa, pues sabes lo que me atormentas: no des credito á falsarios; si de mí te han informado mal, pues pongo por testigo al Cielo de que jamás aun con el pensamiento te he ofendido. Mira,

Enrico, que me matas con el dolor que me muestras; mira que me haces penar con verte sentir; mira que esos suspiros que dás son flechas que pasan mi corazon; mira que esas lágrimas que encubres como imanes de las mias, anegan mi pecho en llanto; y mira, finalmente, que si tardas mucho en decirme la razon de muestras tan inmensas de sentimientos, me has de hallar ya sin sentido quando quieras informarme.

Como quien recuerda de un profundo letargo se levantó Enrico pavoroso de los regalados brazos de Teodora, viendo que aquella era mucha tardanza para la espera del Rei, y dijole que ella era sola la causa remota de su dolor; porque la proxima de su tristeza procedia por respeto suyo, y era quien presto veria delante de sus ojos; y asi, que se aperciese, despertando una, ó dos dueñas, fingiendo que aún estaban sin acostar, y que perdonase, que no podia decir mas hasta venir con él acompañado, y aun entonces callaria por no dár tanta licencia el respeto.

Diciendo estas palabras, volvió mui diligente al Rei, que ya desesperaba con la tardanza, y contóle como habia hallado buena ocasion de estár Teodora despierta, y la habia dicho, que una persona de mucha calidad

iba á visitarla, sin decir que era el Rei, para que no se turbase. Holgóse mucho el Rei con el arbitrio de Enrico, y sin dilacion alguna, entraron hasta el mismo aposento de Teodora, la qual así como vió al Rei, se quedó turbada, considerando ya la pena, y melancolía que Enrico traía, las quales se doblaron en su corazon, por sentir las todas juntas en su pecho: mas encubriendo lo que pudo los enojosos ahogos, y descubriendo por mucho que resistió, nuevos colores de vergüenza, le recibió con mucha cortesia. Sentaronse todos, y refiriendo el Rei, por las dueñas, nuevas causas de su entrada á esta visita, se acercó quanto pudo á Teodora, y con secretas palabras comenzó á manifestarla sus dolores secretos, á los quales se dió Teodora siempre por desentendida, por mucho que él trabajó en declararse. Enrico estaba un poco apartado, mirando al descuido la batalla de su honor, combatida de contrario tan poderoso, y resistida con valor magnánimo de unas femeniles fuerzas. Teodora tambien le miraba, sintiendo mas lo que él sentía, que lo proprio que ella padecia; y por no darle tan dilatado tormento, procuró con mucha brevedad dár fin á la conversacion, diciendo al Rei: Señor, yo me confieso por indig-

digna de merced tan señalada como me habeis hecho en haber honrado con vuestra Real presencia esta humilde, y pobre casa. Si acaso son la causa servicios que mi padre os hizo, bien se conoce vuestra generosidad, pues quereis pagar al difunto en las prendas que ha dejado, ensalzandolas, y honrandolas; y si acaso es esta nueva voluntad, bien vuestra Magestad conoce el retiro de mi madre, y la poca edad mia, de que está mui cierto el haber nota, y murmuracion, no solo entre los Grandes, y Señores, sino hasta en los mismos criados. Palabras cifradas de vuestra Magestad yo no las entiendo, porque soi mal entendida en cosas que no están claras: el tiempo no es oportuno, ni este lugar decente para materias tan altas, porque estas dueñas será posible que estén ya censurando; por lo qual á vuestra Magestad suplico, que si alguna cosa tiene que advertirme sea por escrito, ó por tercera persona, si hai alguna de fiar, aunque yo imagino que lo será Enrico, pues merece traer vuestro lado; y si lo que me mandais es cosa que convenga con mi honor, yo sé que no se hallará ninguna tan puntual en acudir á vuestro servicio.

Alegróse mucho el Rei oyendo que le decia negociarse por escrito, ó por interven-

cion de Enrico; y así, dandola los versos que traía, se despidió mui cortés, y Enrico consolado por una parte de haber escapado presto, y triste por otra de vér salir al Rei con gusto, y alegría, quedandose Teodora hecha un mar de confusiones, y un abismo de tristezas: leyó el papel, pensando venia con advertencias algunas, y halló solos los versos, que ya sabia de memoria de quando se los embió Enrico; conociendo en esto el poco caudal del Rei, y la industria de su amante en haberle dado palabras que él habia remitido.

Comenzó el Rei desde este punto á escribir papeles, dictados los mas del mismo Enrico, y embiandolos con él, de que siempre le traía la respuesta de palabra, dando mil excusas, y poniendo mil estorvos, é inconvenientes; y en suma, que no mancharia su honor por todo el mundo: que mirase su Magestad su calidad, y nobleza, y que pues tanto la queria, no permitiese que muger, en quien él habia puesto tantas muestras de aficion, fuese libre, y facil; y quando esto no mirase, mirára solo que era Rei, y espejo en quien se han de mirar todos los vasallos; pues era consecuencia llana, que andando la cabeza enferma con tales manchas, y ocupada en semejantes

absurdos, habian los pies de deslizarse en otras mayores maldades; y mal se podian abstener, estando cometiendolas el que ha de gobernar. Estas, y otras muchas semejantes razones traía siempre Enrico por respuesta, con que el Rei quedaba tan enojado, que quiso muchas veces atropellar con los respetos, y poner en egecucion su torpe gusto: mas Enrico con mucha prudencia, y sagacidad procuraba apaciguarle, diciendole porfiase, que no era aquella empresa que se habia de alcanzar tan á los primeros impetus, y sin preceder muchos ruegos, caricias, y regalos. Todo lo qual decia Enrico por dár largas á sus deseos, y vér si á poder de dias, y á fuerza de desabrimientos se podian reprimir, y apagar; mas era mui diferente el parecer del Rei, porque así como vió las pocas esperanzas que tenia despues de dos meses, le dijo en resolucion á Enrico, la digese á Teodora, que si por bien, y con el secreto que la habia dicho no se determinaba á dár remedio á su vida, y dár fin á sus pasiones, podia estar mui cierta, que aunque fuese el delito notorio, habia por fuerza de salir con sus intentos, y satisfacer sus gustos.

Fuese, pues, Enrico á casa de Teodora, y mas triste que soñaba, la hizo relacion de los in-

tentos del Rei, á los quales la discreta Dama satisfizo de esta suerte: Regalado dueño, si me amas con el amor que te adoro, y si me quieres con los afectos que te estimo, bien puedes conocer de mi mucho valor, y de mi grande constancia la resolucion de mi pecho; solo me duele tu dolor, que tendrás en perderme; solo me aflige tu pena, que recibirás en verme de tí apartada, y solo me lastíma lo que has de sentir en verme muerta; porque aunque pase mil martirios, aunque padezca mil muertes, y aunque sienta mil tormentos, no violaré el alma que te he entregado, ni romperé la palabra que te dí al principio. Y si acaso de esto tienes algunos temores, y te cercan algunos vanos recelos, bien los puedes dejar al punto; porque el Rei no ha de alcanzar de mí, ni por fuerza, ni por grado, sino lo que has visto. Y si dejado esto aparte, solo el sentimiento de mi muerte te lastíma, y sola la tristeza de verme padecer te duele, mira Enrico, que me doblas los dolores, y te los aumentas á tí; porque si tu sientes mi sentimiento, aumentandoseme mas, es fuerza que se te aumente, y doblandose en mi pecho, es forzoso que se doble, y multiplique en tu corazon. Desengaña al Rei como otras veces, dile
mi

mi resolución, encarecele mi constancia, y dispongamonos á sufrir lo que viniere, teniendo tu paciencia en verme sentir, y yo sufrimiento para padecer; aunque pasiones por tí llevadas, dolores por tí sufridos, y tormentos por tu amor pasados, son para mi pecho glorias, para mi alma consuelos, y para mi corazón dulcissimos regalos.

No pudo Enrico, por mucho que procuró detenerlas, dejar de asomar, y descubrir algunas lágrimas; y llegando á Teodora, hizo los brazos cadena de su cuello, tocando con los labios rosas hermosas, nacidas en el campo de azucenas; y por presuroso que quiso deshacer el nudo estrecho; y por cuidado que puso en no ser visto, no fue bastante para dejar de verle un Page del mismo Rei, que venia de su parte á buscarle: y como desde la puerta los vió de aquel modo; detuvose un paso atrás, porque no entendieran los habia visto; y preguntando desde allí por él, salió al instante confuso, y descolorido, haciendo por disimular algunas muestras de enfado por no poderla reducir, de lo qual el Page tubo recelo, y sospecha de la verdad del caso; y despues de haberle Enrico contado al Rei la resolución de Teodora, de que quedó enojado sumamente, se llegó él con

mucho secreto, y sin ser de nadie visto, le dijo: si vuestra Magestad me descubre el enojo que aora veo que tiene, y me manifiesta si tiene alguna pasión, yo pienso pondré remedio á sus pesares, y desharé en dos palabras la causa de su sentimiento. No quiso el Rei descubrirse, sino haciendo que le diera razón de lo que sabia, y si le tocaba á su honor, mostró no darsele nada, aunque con un dolor infinito; y solo le advirtió al Page que guardase secreto, por si Enrico queria tener callados sus amores.

Quedó el Page algo corrido, y avergonzado de vér que se habia engañado en su imaginación, y el Rei quedó metido en un abismo de confusiones, y puesto, y sumergido en un mar de congojas, unas veces poniendo en duda el dicho de aquel Page, otras dandole credito, y airandose contra Enrico. Andubo todo aquel dia triste, y melancolico, buscando modos, y trazas para saber la verdad, y hallando en todas inconvenientes infinitos: veía por una parte buenos medios, hallaba luego por otra muchos intervalos: veía por un lado buena salida, y hallaba por el otro mil estorvos; mas, finalmente, despues de haber andado vacilando una gran pieza, se resolvió á conocer la verdad á

poder de pruebas; y así, aquella misma noche llamó á Enrico, y le dijo, que él estaba determinado de traer á Teodora á su Palacio por Dama de la Reina, y que teniendola allí, seria mas facil conquistarla por fuerza, ó por amor. Esto hacia el Rei por ver si lo impedia, ó si se le mudaba el color, ó daba muestras de estorvarlo, para conocer en esto ser verdadero lo que el Page le habia contado, y tomár venganza de él con muchisimo rigor.

No dejára Enrico de poner algun impedimento á esta determinacion, significandole al Rei ser en daño suyo, á no estar ya avisado de una criada de Teodora, que le dijo, como tenia recelo, que quando estaba con su señora, habia visto el Page que fue á llamarlo alguna cosa, porque se habia retirado atrás, haciendo admiraciones. Yendo, pues, con esta advertencia, al instante que oyó lo que el Rei decia, confirmó la sospecha de la criada; y considerando que aquella era prueba que el Rei le queria hacer, respondió mui sosegado, que era el remedio mas unico que se podia imaginar, y que sin escandalo ninguno se podia cumplir, el qual no se podia dejar de hacer si su Magestad quisiera ir á su misma casa, aunque fuera á media noche. Con estas

razones dió el Rei por engaño lo que el Page le habia dicho: mas viendo que crecia su pena amorosa, y se aumentaban las llamas de su aficion, quiso poner por obra lo que habia propuesto solamente para prueba, haciendo que Teodora viniese á servir á su Palacio, á lo qual no quiso negarse, conociendo lo que le importaba á Enrico, si hacia esto para probanza de sus recelos. Sintiólo mucho Enrico de muerte, viendo el crecido peligro á que estaba ya su honor expuesto, y considerando que tenia Teodora mucho menos lugar de defenderse. Estubo un mes en Palacio, sin sacar el Rei mas fruto que quando estaba en su casa, ni recibir de su boca sino palabras desabridas, ni vér jamás en su rostro sino una inmensa tristeza. Visitabala de media noche abajo Enrico, subiendo por unas cuerdas que Teodora echaba desde unos miradores que caían al jardin, bajando del mismo modo antes que viniese la luz; y aún tubiera este trabajo por descanso, si estuviera entendido que nunca se habia de descubrir, y tubiera por cierto que el rigor del Rei no se habia de ejecutar; porque todo amante que quiere bien, no siente por males los trabajos que se originan por causa de lo amado, ni por penas las que proceden
por

por causa de lo querido.

Viendo, pues, el Rei el tesson de Teodora, y considerando lo mucho que Enrico residia en Palacio, despues que fue traída á él, dió en reparar, como al descuidado, de el modo que se hablaban, en las palabras que decian, y de el talle que se miraban; y no contento con esto, echó algunas espías, que aunque escudriñaron poco, por la advertencia con que Enrico procedia en viendo gente delante, fue suficiente para que el Rei intentase una prueba la mas rigurosa que se pudo hacer á amante; que una mañana asi como entró Enrico á visitarle, le dijo como habia gozado aquella noche mui á su gusto de Teodora, solo con haberla prometido guardar secreto, y empeñandola su Real palabra en que le daria marido que fuese el mas privado de su Reino, ó aquel que fuese conforme á su voluntad. Fue este tan penetrante golpe para el corazon de Enrico, que á no echar en resistirle todo el resto de su fortaleza, y á no mostrar en disimularle todo el caudal de su paciencia, fuera posible caerse muerto. Y con dolor tan repentino, y con sobresalto tan inopinado, dejando al corazon en el pecho amainando congojas, no hizo en el semblante movimiento

alguno por donde el Rei pudiese hallar algun rastro de lo que buscaba; antes sacando regocijo, de donde solo habia pesares, y tristezas, le dió mil parabienes, á que el Rei satisfizo mui contento. Mas por mucho que Enrico encubrió su amor no pudo ser del todo tan cumplido, que dejára de haber algun asomo de tristeza, y alguna muestra de sentimiento; porque ¿quién podrá del todo disimular un perfecto amor, y mas si le están atormentando de tal suerte? Fue, pues, que al punto que acabó el Rei de darle noticia de lo que fingió haber hecho, le pidió Enrico licencia para entrar á visitar á Teodora, en achaque de vér si estaba triste, ó pesarosa. El Rei viendo que iba descubriendo algun campo, quiso de una vez salir de dudas; y asi le dijo, que so pena de su desgracia no entrase á verla en seis dias, dandole algunas razones por donde parecia cosa conveniente, y justa: considerando en esto el Rei, que si trataba Enrico con ella de amores, habia de querer satisfacerse de lo que le habia informado, y si la visitaba de secreto por alguna parte, era esta ocasion urgente para venir aquella misma noche.

Sucedió del mismo modo, porque á la hora señalada, que era despues de las doce, se fue En-

Enrico lleno de mil cuidados al puesto que solia, mas no halló tan buen despacho como otras veces; porque á la misma hora llegó con dos Pages el Rei al aposento de Teodora, y hallandola turbada, la aseguró quanto pudo, y se sentó mui de espacio á tratar cosas de Historia, habiendoles primero advertido á los criados, diesen mil bueltas á todo el Palacio, y que en viendo algun hombre le avisasen.

Viendo Enrico era pasada una hora del termino acostumbrado, y que á las señas que solia, Teodora se hacia sorda, creyó al instante todo lo que el Rey habia dicho, y qual desesperado, comenzó á hacer mil locuras, y á decir mil disparates, cuyos doloridos ecos penetraban las orejas piadosas de Teodora, sintiendo, aunque ignorante de la causa principal, tal estorvo, y embarazo. Bien conocia el Rei en la mudanza de su rostro, el desasosiego de su corazon, mas no porque diese muestras de entenderlo; y aunque entendia, y escuchaba las quejas de Enrico, aumentaba mas la plática, para dár á entender no oía cosa alguna, hasta que ya fue forzoso ponerse mui atento, por haber aumentado los llantos, y las quejas con voz mas desentonada, que fuera ya dar sospecha el no

ponerse á escucharle: y si vuesa merced, señora Doña Serafina, le quiere escuchar tambien, estas palabras embueltas en suspiros eran las que decia, que para mas dolor de los que sienten quejas lastimosas las he traducido en verso.

Ingrata Teodora escucha,
si acaso no estás durmiendo,
los tormentos que me das,
y los dolores que siento.

Fiado de tus palabras,
te hice dueño de mi pecho,
pensando serías muger,
y no de las de estos tiempos.

Las llaves te dí del alma,
quedandome solo el cuerpo,
para sentirte animado,
y para gozarte muerto.

Mostraste al principio amor,
porqué en vosotras es viejo
enamoraros temprano,
y arrepentiros de presto.

No entendí que me engañaras,
como si fuera yo esento
de inconstancias de muger,
quando son todos pecheros.

Mas juzgando que eres Angel,
no fue mi presuncion yerro,
aunque has querido dar muestra
que no eres digna de serlo.

Ya has quebrado la palabra
que diste con juramento;
como si en muger acaso,
la hubiera entera algun tiempo.

¿Para qué, dí, me enlazaste
con tus brazos, si con ellos,
menospreciando los mios,

has medido los agenos?

¿Para qué me diste, ingrata, mano de esposa, sabiendo, que tú eras en todo frágil, y yo en todo tan entero?

¿Para qué me permitiste gozar tus claveles bellos, si ya de manchar sus hojas tenías el pensamiento?

Con palabras me engañaste, aunque tú te engañas pienso, pues recuperar no puedes lo que recuperar puedo.

Porque tu honor quedará perdido ya en todo tiempo, y el mio con darte muerte, se queda libre, y me vengo.

¿Mas cómo podré matarte, si tienes mi alma en tu pecho, y la tuya está en el mio el cuchillo deteniendo?

Imposible me parece, si no quieres destroquemos, dandome lo que me tienes, dando yo lo que te tengo.

Destrueca, ingrata, destrueca, porque soi noble, y no quiero tener un alma con faltas en un generoso cuerpo.

Aunque no, estate queda, que con el dolor que siento, no acierto en lo que me digo, ni en lo que te pido acierto.

Porque si el alma que tienes es la mia, ¿será bueno, habiendola tú violado, que procure yo el destrueco?

No, ingrata, tentela allá, que con esta estoi contento, ya que por ser tuya no,

por ser noble por lo menos. (de,

Mas ay! que me canso en val-haciendo discursos necios, que tan solamente sirven de dilatar el tormento. (zas,

¿Qué importan estas proban-si de ellas sacar no puedo alivio para mis penas, ni para mi mal remedio?

¿Qué sirve estar dando voces, quando están todos durmiendo, si me canso mas en darlas, y tú duermes mas al eco?

Recuerda, ingrata, recuerda, mas si me estás ofendiendo, imposible es que recuerdes, sino es con los ojos ciegos.

Ciega, pues, como estuvieres, escucha, porque me quejo con causa, y donde la hai, no puede faltar efecto.

Miserable efecto soi, con los males que padezco de tí, que has querido ser causa solamente de ellos.

¿Por qué me has hecho sufrir tan dilatados tormentos, si al cabo, ingrata, pensabas echarme el cuchillo al cuello?

Mas me valiera al principio confesar lo que confieso, y ya que aora muriera, no sintiera entonces esto.

Dolores disimulados son como el mal encubierto, que apenas se manifiesta hasta que mata al enfermo.

Asi han sido, pues, los mios, por andarlos encubriendo, he sepultado mi vida,

y la muerte he descubierto.

Poderoso es mi contrario,
y así callo, que á no serlo,
no anduvieras tú tan loca,
ni yo estuviera tan cuerdo.

No quiero decir mal de él,
que soi noble con respeto,
y puedo ganar callando,
lo que he de perder diciendo.

El ha hecho como hombre,
tú como muger has hecho,
siendo en tí delito infame
lo que en él no ha sido yerro.

Si te gozára por fuerza,
te perdonára al momento,
mas son pocas las forzadas
en este infelice tiempo.

Dádivas te quebrantaron,
ablandaronte los ruegos:
y no lo tendrás por mucho,
pues piedras hacen lo mesmo.

Ya procurarás casarte
con el título mas bueno,
quando llevas tú el mas malo,
que se puede dár durmiendo.

A mí me puedes pedir,
pues en tu alvedrio han puesto
la eleccion, mas vive Dios,
que he de vengarme al momento.

Porque á muger que no guar-
fé que prometió primero,
no darla al punto la muerte
es bageza, y vituperio.

Aún prosiguiera Enrico con
sus quejas, á no llegar los Pa-
ges del Rei, que á los ecos las-
timosos bajaron presto al jar-
din, por conocer al Autor de
ellos, pero les fue dificultoso

salir con su pretension, porque
fuera de ir Enrico con habito
mui disfrazado, no les habló
palabra alguna, sino sacando
la espada, se defendió valero-
samente, hasta ponerlos en hui-
da; y temiendo no acudiese
mas gente, se retiró á su casa
hecho un arsenio de penas, y
un tósigo de congojas; los Pa-
ges no mui bien tratados, acu-
dieron á dár cuenta al Rei, el
qual con Teodora habia escu-
chado los sentimientos de En-
rico, aunque no se quiso dár
por entendido de que lo cono-
cia, y así la dijo á Teodora, si
por ventura la trataba de amo-
res algun Caballero, porque
aquellas quejas iban endereza-
das á ella, y aun daban mues-
tras de que habia dado reme-
dio á su pasion. Teodora llena de
mil amarguras, por las que con-
sideraba en su affligido amante,
le respondió: Señor, no puedo
creer, que el que está dando es-
tas voces habla conmigo, aun-
que me ha nombrado, porque
ni yo tengo aficion á persona al-
guna, ni quando la tubiera, soi
muger que habia de haber man-
chado mi honor con otro. Pues
bien conoce vuestra Magestad
los desvíos que le muestro, y
los desdenes con que le trato,
siendo, como es, mi Rei, que
podía (ya que no justamente)
atropellar con mis respetos, á
no tener la mira como suprema

cabeza en sus obligaciones. Y pues de vuestra Magestad me he defendido, y defiende, llano es que de ningun otro me habré dejado forzar; fuera de que nadie se hubiera osado á atrever. Yo lo creo, replicó el Rei, por no dár largas á lo que no ignoraba; despidióse diciendo, que solo se hubiera holgado de conocer al de las quejas, por saber quien era la Dama que le habia burlado. Retiróse á su quarto, quedandose Teodora contenta (aunque bien engañosa) de vér que el Rei no habia conocido á Enrico, y confusa por otra de las razones de Enrico, pues daba en ellas á entender, que el Rei la habia gozado aun no por fuerza, sino por ruegos, y promesas.

Vacilando, pues, la afligida Dama con estos pensamientos, al punto que salió el Rei, que serian ya las dos de la mañana, abrió el balcon, que salia al jardin, por donde tantas veces habia ayudado á subir, y bajar à Enrico; y comenzó á hacer muchas señas, por si acaso se habia quedado escondido, por causa de los Pages, que fueron á buscarle. Aguardó un gran rato, y viendo no parecia, y que aquel por lo menos era algun engaño, se determinó á un hecho el mas varonil, que muger pudo intentar. Fue, pues, que atando fuertemente al bal-

con las cuerdas del modo que otras veces, habiendo tomado un sombrero, y mantellina, se fue descolgando, y saltando las cercas con un animo invencible, llegó á la casa de Enrico, llamó con mucha priesa, y él imaginando que era la guardia del Rei que le iba á prender, no respondió á los primeros golpes, hasta que oyendo, embuelto entre los segundos, un ay de mí, lastimado, conoció ser muger, mas no Teodora; y así, movido á piedad, quiso vér qué buscaba. Accion por cierto bien digna de Caballero, pues estando entendido, segun sus informes, que Teodora habia manchado su honor, quebrandole la palabra prometida, quiso con todo que pasára mas la piedad, y misericordia de mirar lo que una muger lastimada pedía, que no el rigor, y justo enojo de considerar que otra le habia ofendido.

Abrió Enrico la puerta, y viendo á Teodora, se representó en su pecho, por un lado toda la alegría que le causaba su vista, y por otro toda la pena que le mostraba el agravio, y crecieron tanto estos extremos en el retrete del alma, que dejando á Enrico vencido, cayera con un desmayo en el suelo, á no sustentarle Teodora en sus regalados brazos. Bolvió en sí, y comenzó de nuevo à mirarla,

y ella á decirle: ¡Ay Enrico, qué poco has confiado en mí, y que presto has creído testimonios, si me han levantado algunos! No imaginé jamás que de mí presumieras las bajezas que á voces has dicho, ni menos que imagináras oprobios tantos como me has imputado. Solo me consuelo con que estoi en todo libre, y en nada de quanto has dicho comprehendida; y si solamente te he dado recelos, y sospechas en vér cómo no te abrí, como otras veces, has de saber que á la hora misma que hiciste la seña acostumbrada, llamó el Rei á mi puerta, y no se fue hasta que tú te veniste; oyó tambien tus quejas, sí bien permitió el Cielo que no te haya conocido, dijome algunas palabras á modo de zelos, como si yo le debiera alguna cosa. Despidióse con esto, y yo quise, haciendo la determinacion que has visto, venir antes de acostarme, á saber qué te ha movido á semejantes locuras, y à que me digas quién te ha informado en contrario de mi honor, y mi palabra. Y si tanto te pesa el trueco de las almas, yo te digo de verdad, que por guardada, y fiel que tengas la mia, tengo la tuya mucho mas, y la tendré, y guardaré hasta el ultimo fin de mi cansada vida.

No quiso Enrico ser incredulo;

antes lanzando de lo íntimo del corazon ardientes suspiros, dixo como ya estaba todo descubierto. Preguntóle la causa Teodora, y él le contó lo que el Rei le habia dicho acerca de haberla gozado, y que el haber acudido aquella hora habia sido traza para saber si él la visitaba; y el haberse dado por no entendido, se conocia ser claro disimulo para asegurarle, y vengarse mas á su placer. Consolóle Teodora quanto pudo, diciendole que era vana imaginacion pensar que el Rei sabia nada, ni que le habia conocido, y que la prueba que se podia hacer en esto, era, que le visitase aquella mañana del modo que otros dias, y que conforme le viera el semblante, podia dár credito á las presunciones. Conformóse Enrico con este parecer; y habiendose dado los dos muchos abrazos, y dicho mil requiebros, se fueron á Palacio por los mismos pasos por donde habia venido, y llegando adonde estaban las cuerdas pendientes de los balcones, consideró Enrico que era imposible tener vigor Teodora para poder subir, ya que habia tenido atrevimiento, é industria para bajar; y así, subió él delante, para poder ayudarla desde arriba; lo qual acabado, se bolvió á su casa, y aunque con algun cuidado de si el Rei sabia

bia sus amores , con harta me- nos tristeza , y con mucho mas placer que habia buuelto la vez primera.

Untando estaba las ruedas el Aurifero Cochero con lágrimas de la Aurora , por llegar temprano á la posada de Delia , su huespeda querida , quando llegó Enrico á esperar al Rei en su antesala , que tampoco tardó en levantarse del sueño para tratar su venganza , aunque con medios secretos. Saludaronse los dos mui alegres , disimulando cada qual su pena , sí bien con diferencia , porque el Rei bien conoció que Enrico disimulaba , y el pobre Enrico quedó mui engañado viendo al Rei contento. Pasearonse por la sala una gran pieza , tratando diversas materias , hasta venir á dár en la de amor ; porque es tan practicable , que no hai Cátedra de qualquier facultad en que no se lea , ni conversacion de todo estado en que no tenga su primer asiento ; y por la parte que entendió Enrico mostrar que no tenia amores con Teodora , y que se holgaba que la hubiese el Rei gozado , se descubrió mucho mas la sospecha que el Rei tenia ; porque diciendole qué como se hallaba con los gozados frutos , y que si estaba contenta , ó enojada la causa dora de ellos , se ratificó mu-

por enteró el Rei en sus sospechas , y respondióle con una risa postiza (que así se puede llamar la que no sale del corazon) que no estaba mui gustosa , pero que tampoco estaba triste ; y que para significarle en alguna cosa lo mui alegre que él estaba en haber alcanzado sus abrazos , y gozado sus amores , queria salir aquella tarde á caza , y presentarle toda la presa que cayera ; para lo qual queria tambien que él le acompañase con los demás Caballeros que estaban apercebidos.

Holgóse Enrico (ageno de lo que le esperaba) tanto con este mandato , ó ya fuese por disimular , ó ya por vér que el Rei mentia á pesar suyo , que propriamente se podía decir por él , que la mucha alegria es señal de gran tristeza. No puso ningun estorvo , ni dió lugar á dilaciones , antes con mucho cuidado se fué á su casa , y se vistió de campo , y juntandose en Palacio con todos los demás , aguardaron que acabase de comer el Rei , el qual salió despues mui ricamente aderezado , fatigando los hijares á un ligero tordillo ; y haciendole todos una grande salva , y cercados de él , dieron una hermosa vista á todas las Damas , y caminaron á un espeso bosque , que estaba de allí dos leguas. Llegando allá , comenza-

ronse todos á esparcir por diversas veredas , unos trás las aves , y otros trás algunos javalies , dejándose al Rei , y á Enrico solos , por ir ya industriados de que lo hicieran asi , aunque algunos ignorantes de la causa. Viendose el Rei en el puesto , y lugar donde tenía en emboscada doce enmascarados , apeóse del caballo , mandándole á Enrico hiciera lo mismo , y entrandose entre unos robles , cercados de breñales , y sabinas , y en estando bien adentro , desembainó el Rei su espada , y buuelto contra Enrico , le dijo de esta suerte: No he querido que traidores contra mi , mueran con honra (si hai muertes con ella) á vista de todos en la Plaza , sino en estos montes sombríos , donde apenas el Sol visita en el medio dia la tierra que pisan los troncos de sus arboles silvestres , para que despues de muerto , no vea persona humana , á quien ha querido encubrir á su Rei verdades , con capa de mentiras , cosida con disimulos , y remendada con tantos fingimientos. Conozco , traidor Enrico , que me entiendes , y por eso no quiero declararme mas , por no recibir mas enojo. Y porque sé que heredas sangre noble , aunque manchada ya con tus vilezas , te quiero solo honrar en esta muerte en dartela con mi es-

pada , si acaso te queda aún atrevimiento para medir conmigo la tuya ; pero sí te quedará , porque á un traidor jamás le falta ; y quando no te quede , yo te doi licencia que la saques , y riñas aqui conmigo ; y si me matáres , te podrás ir libre , y de otra suerte yo no me apartaré de aqui , sin que beba primero de tu sangre con mis ojos , viendola derramada.

Mas Enrico , aún en tales ahogos , y entre confusiones tantas , consideró , que fuera de ser imposible dejar de tener el Rei quien le ayudase en aquellas espesuras , era gran desacato meter mano contra él , aunque perdiese la vida ; y así , sacado la espada , la puso á los pies del Rei , é hincado de rodillas , dijo enternecido solas estas palabras : Señor yo no soi hombre que os hice jamás traicion , ni aora la quiero hacer , metiendo mano contra vos. Confieso lo que ya sabeis , aunque debiais por ello premiar mi paciencia , y no tomar por agravio , lo que no lo es , siendo Teodora mi esposa. Mas si vuestro gusto es lei , y juzgais que la he quebrado , veis aqui mi espada , para que no manchando la vuestra con mi sangre , como decís traidora , podais con ella egecutar en mi cuello el golpe de vuestro rigor.

Tomó la espada el Rei , y en

en vez de moverse á piedad, hizo una seña , con que salieron al punto los que estaban en emboscada , y mandóles que egecutasen en él lo que les tenia ordenado , y oyendose adonde dejó su caballo , subió en él , y tocando una corneta , se juntaron al instante los cazadores , con los cuales llegó á Palacio antes de el anochecer. Los que quedaron con Enrico , hicieron mucho mas de lo que les mandaron ; propio , y ordinario ya en los Ministros , y Jueces ampliar las comisiones , como solo hasta donde pueden , sino hasta donde quieren , porque el Rei solo mandó que le matasen , y ellos quisieron darle muerte , en que padeciese muchas juntas , con desiguales tormentos ; y así atado de pies , y manos , le lanzaron por una boca , y grieta de un collado obscuro , en que nunca se habia podido hallar suelo , para que allí pereciese con hambre , sed , y fatiga : claro egeemplo para los Privados , y Valídos ; pues en cayendo de la privanza , ninguno los quiere bien , sino hasta los que estando en ella eran amigos , les buscan todo mal ; y así , ningun hombre cuerdo , y prudente habia de procurar subir por no venir á caer ; porque no apetecer aquello , no es deshonra , y venir á dár en esto es grande afrenta.

Sepultado Enrico en vida,

fueron los egecutores á llevar la nueva al Rei , el qual les dió las gracias ; y en siendo las doce , hizo á un musico que por la parte de el jardin , por donde se habia quejado Enrico la noche precedente , le cantase á Teodora este lúgubre Romance.

Teodora , si acaso aguardas que venga tu Enrico á verte , llamale del otro mundo , porque ya no habita en este.

Mataronle por tu culpa , (pre porque en pleito de amor , siem le dejan libre al culpado , y matan al inocente.

Amabate con secreto , y así con secreto muere , porque conforme á la vida dicen que ha de ser la muerte.

Fingimientos , y mentiras , si fue de su mal accidente , que aunque parece pequeño , es grande para con Reyes.

Fióse de su palabra , y fianza de mugeres , ¿quándo no obliga á los hombres , á que hagan cesion de bienes ?

Si pagáras otro amor , gozárás continuo de este , sin sentir lo que ya lloras , y sin llorar lo que sientes.

No enturbies serenos ojos , que quien Reina pudo hacerte , mas facil podrá obligarte , Teodora á que los serenes.

Rogandote está , y rogando hombre que mandarte puede , harás mui mal , permitiendo

que te mande , y no te ruegue.

Olvida antiguas memorias,
lo que te digo apetece,
pues se han consumido aquellas,
y estas se están en especie.

Olvida amores Enricos,
y apetece amores Reyes,
pues aquellos son pisados,
y estos los tienes presentes.

Habia estado Teodora, desde que vió venir al Rei con los demás Caballeros que le acompañaban , y Enrico no , el que mas queria , melancolica , y confusa , inquiriendo por mil partes saber de él , preguntando á unos , rogandoles á otros , y á todos suplicando ; y viendo que ninguno le daba razon , hechos sus ojos fuentes , esperaba la hora acostumbrada , para satisfacerse , y oyendo , en vez de sus palabras , estas razones lastimosas , anunciadoras de su muerte , faltando al corazon vigor , sangre á las venas , y á los pulsos aliento , cayó desmayada , sin poder tornar en sí en mas de tres horas , y quando bolvió , fue con frenesí tan desatinado , que comenzó con los peines de marfil de sus hermosas manos á rasgar sus blanquissimos pechos , esmaltando con desleídos rubies campos de azucenas , y sacando de entre nácares , los murices rubicundos , arañó el cielo hermoso de su cara , aunque con lágrimas ya casi des-

hecho , y anegado , y en fin dejó el suelo rico con muchas hebras de oro de su cabeza , tan preciosas , y lucentes , que á faltarle al Sol algunas , tubiera á dicha suplir con él las faltas suyas.

En estas lastimas se entretubo Teodora toda la noche , juzgando aún todo esto por mui pequeño mal respeto de lo bien que á Enrico queria. Venida la mañana , encubrió el dolor , enjugó los ojos , y compuso el rostro todo lo mejor que pudo ; y habiendo llamado con secreto á dos Caballeros , que se vendian por mui amigos de Enrico , les preguntó el suceso , y ellos le dieron noticia de todo lo sucedido. Que se desmayára aqui otra vez no hai duda , á no haberle pedido un poco antes á su corazon recogiese el sufrimiento de las reliquias del alma , que andaban por el cuerpo deshechas , y esparcidas.

Recobrada , pues , en sí , pidióles encarecidamente la acompañasen por la mañana antes que amaneciese , hasta el lugar mismo donde habian dejado muerto á Enrico , porque con solo sepultar su cuerpo , apartaria algun dolor del alma , y que luego á la noche se bolverian con el secreto posible ; previniendoles tambien , que para que el Rei , ni la Reina la echasen menos , ella dejaría una

una buena traza con una amiga suya, de modo, que fuera imposible el hacer falta. Condescendieron los Caballeros con su ruego, y en apartandose de allí, ó ya por temor que se descubriese el engaño, ó ya por ganar gracias con el Rei, fueron, y le contaron quanto Teodora les habia dicho. El, que deseaba hallar ocasion oportuna para lograr sus intentos, viendola tan á su gusto, les dixo, que hicieran quanto Teodora les dixese, llevandola al lugar mismo donde mataron á Enrico, y que lo que él intentaba hacer con ella, allá lo verian.

No tuvo ocasion Teodora (bien ignorante de la maldad) hasta la tercera noche de poder salir de Palacio, del qual salió entre doce, y una con los dos Caballeros dichos, abriendo con una llave maestra las puertas que fueron menester; y por presto que llegaron al bosque (que sería quando Febo llegaba á los umbrales de la Aurora) ya el Rey habia llegado antes por un atajo, acompañado solamente de un criado: los Caballeros al tiempo que le vieron, se fingieron turbados, y querer huir. Teodora, que ya con llantos tristes, y penosas voces habia comenzado á llamar á Enrico, considerando la determinacion que el Rey llevaba, y viendo que ya por fuerza pretendia ha-

cerse dueño de su honor, sacó un cuchillo escondido de su seno, llevado para el efecto mismo de bolverle á esconder, aún no entré las telas, como venia, sino en sus castas entrañas; lo qual hiciera sin falta, á no tenerla el Rey el brazo, y á no salir á aquel tiempo Enrico por una horrible cisura del monte, boca de un pequeño arroyo, cubierto todo de cieno, el rostro con mil heridas, las manos casi deshechas; y en fin, tan horrendo, y espantoso, que el Rey turbado, y los que le acompañaban desavoridos, juzgando venia del otro Mundo, por haberle todos dexado por muerto, comenzaron á huir de él; y Enrico en lugar de perseguirlos, comenzó á llamarlos, habiendose primero abrazado con Teodora, que aunque tambien entendió venia de la otra vida; y aunque le vió tan disforme, no tubo miedo alguno de llegar á sus brazos.

Admirado el Rey, detubo el paso, mandandoles á los Caballeros, y al criado que hicieran lo mismo; lo que visto por Enrico, tomando de la mano á Teodora, fue, y se postró á sus pies, diciendo: Invencible Dionisio, Rey famoso de esta Provincia fructifera, y amena, yo soy el miserable Enrico, á quien tus Ministros por darme muerte mas dilatada, y penosa me

echaron por la boca de una caverna profunda que está en la cerviz de este collado; fui rodando media hora, dandome infinitos golpes, y haciendome mil heridas, hasta dar en el ultimo extremo de esta profundidad tan desatentado golpe, que me dexó sin sentido mucho tiempo, que no puedo discernir, ni averiguar, por no saber los dias que han pasado. Hallabame ya ahora sin saber donde me estaba; de hambre enflaquecido, de temor cercado, y de esperanza ageno, quando por un lado del abismo llegó á mis oídos el eco de las voces de mi querida Teodora, que aunque triste, y lastimado, fue para mi corazon alegre, y sonoro, pues cobrando el vigor perdido, me acerqué por aquella parte, y hallando unas grietas, por donde una fuentecilla con un susurro manso se vá deslizandó, me metí por ellas, y á pura fuerza de brazos he venido á salir del modo que veis por la misma parte que este arroyo se origina. Si ha sido suerte en tí, Señor, la espero; si ha sido dicha, de tí la aguardo: y si ha sido beneficio, del tuyo, Señor, confio. Muevante los males que he pasado, las penas que he padecido, y los dolores que siento, para

que en paz me permitas gozar los bienes que tanto quiero, las glorias que tanto adoro, y los contentos que ha tanto procuro. Y si acaso vence en tu Magestad la ira, y el rigor á la piedad, y clemencia, aqui me tienes de nuevo á tus pies, y juntamente Teodora, participe en mis trabajos, para que executes en los dos el golpe de tu venganza.

No le dexó el Rey pasar adelante, sino abrazandole estrechamente, dixo, le perdonaba los disgustos que le habia causado, y que diera grandes premios á los que le echaron en el pozo, á saber que lo habian hecho movidos de clemencia, pues habia sido causa de su vida. Con esto, pidiendo perdon á Teodora, que muy gozosa le besó las plantas, los fue acompañando hasta su Palacio, donde los desposó con grandes regocijos, y muchas fiestas, mostrando en esta accion la generosidad, y grandeza de un Príncipe heroico. Vuesa merced, señora Doña Serafina, le muestre con quien desea servirla, porque de este modo estaré dispuesto para pasar qualquier mal, con la esperanza de semejante bien.



EL MUERTO CELOSO.

Novela ultima á la Señora Doña Serafina.

Díceme v. m. por la suya, que à muertos, y á idos no hay amigos; á que respondido, que están ya los hombres tales, que antes procuran buscar amigas, que conservar amigos; y porque no hubiera sospecha en esta parte, me he tardado algunos días, ó mejor diré descuidado en acudir á mis obligaciones. Y ya que ahora escribo, no quiero ser corto, danome v. m. en su carta el tema de mi discurso, que es la palabra: *Muertos*, con la qual quiero probar que hay difuntos que no se olvidan de amistades, y muertos que vienen á dar, y pedir celos. Esto probado, verá v. m. que no tiene razon de quejarse; porque si un muerto no se olvidará de acudir á sus correspondencias, menos se olvidará quien tiene en v. m. vivas sus glorias. Solo advierto, que aunque vá con nombre de *Novela*, lleva lo radical de historia; y aunque con capa de ficción, es la substancia verdadera.

En la Ciudad famosa, á quien el cristalino Tajo sirve al chapin de sus plantas de virillas, y

en quien la mayor Señora se dignó de estampar las suyas, que con esto se conoce que es la Imperial Toledo, Corte en otros tiempos de tan insignes Monarcas, y alvergue en estos de ingenios tan lucidos, escuela de galanes, parto de valientes, sarao de damas, casa de discretas, espejo de hermosas, y madre en fin de la lengua política Española, residia un Caballero Valenciano, llamado Lucindo, hombre muy alentado, galán, y discreto (si se le puede dar este titulo á quien tiene amores) dexó á su Patria despues de seis años de Flandes, en que ganó vanderas, y conductas, por sola la fama de una Dama de esta Ciudad, llamada Doña Ana, en quien puso el Cielo perfecciones de hermosa, y discreta. Como era mancebo, y sin obligaciones de acudir á padres, por ser ya muertos, le fue muy facil sentar su casa en Toledo, dexando en Valencia quien le administrára la hacienda, y le acudiera con los reditos.

La Doña Ana, que como he

dicho, era muy hermosa, y no tan mal puesta, que no gozase de un rico dote de veinte mil ducados, aunque con la pensión de estar en poder de una tia suya: aficionóse á sus galanteos, pagóse de sus cortesías, y enamoróse en fin á su bien cortada prosa: Embebida, pues, Doña Ana en los amores de Lucindo, comenzó à corresponder à sus deseos, y à pagar sus cuidados, significandole por señas su voluntad, diciendole con los ojos su afición, unas veces desde sus rejas, y otras al ir á Misa las fiestas.

Fué creciendo el amor, y con él el trato, y correspondencia, embiandose muchos papeles de requiebros, de que era la portadora una criada de Doña Ana,

llamada Tecla, que no fue poco venir el nombre con el oficio, pues siempre estas criadas son las teclas por donde se tocan los organos de las señoras. Fíabase mucho de ella, por haberla hallado muy fiel, y conforme á su gusto, aunque muy contraria al de la tia, la qual atendiendo á algunas cosas á fuerza de mucho tiempo, comenzó á espiar á Tecla, atendiendo á sus entradas, y salidas, y reparando en los muchos secretos que tenia con Doña Ana; y puso en esto tanto cuidado, que no dexó de insistir hasta coger un papel en que iba este Soneto, á causa que un dia antes se le habia torcido un chapin al salir de su casa.

Iba corriendo el Sol por su carrera,
quando los vuestros dos de luz vestidos,
entre zonas de plata conducidos,
salieron á mirarle en vuestra esfera.

Como afrentado el Sol, se tiró á fuera,
y viendo vos sus pasos tan torcidos,
os dexasteis caer, porque advertidos,
su curso cada qual andar pudiera.

La calle con la sombra estaba obscura,
y reclinando vos vuestros faroles,
quedó brillando el suelo con primores.

Que aunque el caer en vos no fue ventura,
caer por ostentar vuestros dos soles,
por robar fue las almas con amores.

No dexó la tia, por las sospechas que ya tenia, de cono-

cer el dueño de el Soneto, por mucho que Tecla afirmó, que no

no conocia al Caballero que le habia dado, y asi muy enojada la riñó asperamente, y dió una reprehension á la sobrina. Doña Ana como discreta, la satisfizo hasta que la dexó muy pacifica.

Pesaroso quedó Lucindo quando Tecla le contó el desastre que le habia pasado; porque es muy proprio de estas criadas, y terceras contar á las partes los lances que suceden, por encarecer la cura. Consolóla con un doblón, que aunque rehusó recibirle, no dexó de tomarle; propiedad de Medicos, que quando abren la boca para dar alguna excusa, tienen ya abierta la mano para recibir el dinero; las palabras que comenzaron á decir entre dientes de no correr priesa, y no se pongan en cuidado, las vienen á concluir con mucho contento, diciendo, vivan mil años.

Bien imaginó Lucindo, que su amor llegára á verdadero efecto sin ningunos interválos; mas como en esta vida no hay cosa estable, amor seguro, ni gozo cumplido, se le levantó un competidor muy poderoso, con tantos asomos de galán, como rasgos de valiente, y con tantas señas de discreto, como prendas de nobleza. Este era un Caballero de la misma Ciudad, Don Juan por nombre, y Moncada por apellido, hombre muy

estimado por su calidad, muy querido de todos por sus hechos. Enamoróse de Doña Ana con tanto extremo, que desde el primer instante que la vió, procuró grangear su amor, y viendo que para estos tratos, si han de ser secretos, es necesario haya terceros, comunicó su pena con un criado suyo, llamado Martin, hombre de buen humor, buen servicial, y valiente; el qual con diligencia dió orden, y buscó modos para introducirse en la casa de Doña Ana, que no le fue muy dificultoso, en viendose con Tecla, que como él era bien chocante, comenzó á requebrarse con ella, y á galantearla; de modo, que en pocos dias la sujetó á su gusto, y luego la propuso el blanco adonde se enderezaba su intencion, que era diese orden, de modo, que Don Juan pudiese comunicar con su Señora Doña Ana, ó bien por palabras, ó bien por papeles. Viendose Tecla tan empeñada con Martin, habiendole contado lo que habia de por medio con Lucindo, le dixo, que lo que podia hacer era no llevar, ni recibir mas papeles de Lucindo, y darle á su señora todos los que le diese de Don Juan, y encarecerla su bizarria, y persuadirla su amor. No quiero yo mas, respondió Martin, y dandole las gracias, y haciendole

dole muchas promesas, fue á contar á Don Juan lo que pasaba, y Tecla entre tanto á Doña Ana lo sucedido: Don Juan quedó muy contento, buscando ya modos para facilitar su pretension, y Doña Ana muy enojada repitiendo causas para reñir con Tecla; la qual como la hubiese traído una carta muy bien notada de Don Juan, tomó ella la pluma, y respondió con ella:

Carta de Doña Ana á Don Juan.

En un cuerpo humano no depositó Dios sino tan sola un alma, que á ser mas, ó fueran muchas las discordias, si cada una se inclinára á su objeto, ó muy grandes las paces, si todas se conformáran con uno. Yo, señor Don Juan, no siento en mi corazon sino es una alma, y esta con una mera voluntad, y esta voluntad con una perfecta aficion, y esta aficion con una honesta correspondencia, y de todas estas tiene la posesion, y propiedad un Caballero, en quien hice de ellas donacion, quedandome solamente con el uso para poder vivir, y aún no quise el usufructo, por no tener nada que poder enagenar. Pues meterme yo en hacienda agena, y querer como señora disponer de ella, ni v. m. lo ha de permitir, pues es contra justi-

cia, ni yo daré lugar, porque es contra mi conciencia. A ser yo señora de mis acciones, y á estar libre de empeños, la ganancia era para mi, y muy mucha, y para v. m. la pérdida, y no poca: porque ¿dónde podia yo ganar mas que en servir á v. m. y dónde v. m. menos que en amarme á mí? Y así, pues el Cielo quiso que yo no fuese merecedora de tales favores, y que v. m. no se humillase á tan pequeños bienes, contentemosnos con lo que cada uno tenemos, y no apetezcamos lo que ninguno podemos alcanzar; que aunque v. m. está con posibilidad de ello, no puede haber ninguna, estando yo empeñada, y aunque v. m. está libre, y puede querer, yo soy agena, y no puedo mandar. Servir á dos señores juntamente, claro está que no se puede; y si algunas (aunque mal) hacen poder, yo (aunque se pudiera bien) no lo pienso hacer. Y así, supuesto todo lo referido, suplico encarecidamente á v. m. se sirva de no hablar mas en este particular, dando de mano á papeles, escusando paseos, y quitando las ocasiones, porque es muy celoso quien me estima, y muy valiente á quien adoro.

Escrita que fue esta carta, pasó por los arcaduces que suelen pasar los memoriales que se dan al Rey, dandola

Doña

Doña Ana á Tecla, Tecla á Martin, y Martin á Don Juan, que quedó habiendola leído, por una parte contento de ver su discrecion, y cortesés cumplimientos; y por otra triste, y despechado de ver su resolucion. Tomó la carta Martin, por ver si se habia dexado algun paréntesis por leer, y sin ser letrado, que interpretan las leyes á dos cartas, y sin ser Logico, que tuercen la verdad por donde les parece, sacó un argumento, y una consecuencia, diciendo: Señor, aqui dice que si ella no tubiera este empeño, se tubiera por dichosa en amar-te: luego si buscamos este galán, y con el secreto que se pide le damos muerte, es cosa muy cierta que te querrá Doña Ana. No reparó Don Juan en nada, oyendo esto, sino tomando la carta, la bolvió á mirar otras mil veces, por ver si se seguia la secuela, no reparando en los daños que se habian de causar; y por esto he dicho muchas veces, que por discreto, y prudente que sea un hombre, no se puede tener por tál mientras anda enamorado, donde es forzoso hacer muchas nifierias, dar asiento, y lugar, á mil locuras. Conformado, pues, con el parecer de Martin, y no siendole dificultoso conocer que era Lucindo el enamorado de Doña Ana, sa-

lieron una noche los dos con determinacion de matarle. Hallaronle en la calle puesto debaxo de una rexa, por donde muchas veces aparecia el Sol, y requebraba la Aurora: y quedandose Martin en una esquina, llegó Don Juan con la espada prevenida, y preguntóle qué buscaba alli? Lucindo, que como Soldado, en fin, no estaba hecho á consentir cosquillas, respondió: Yo busco aqui lo que no os importa á vos celar, y aguardo lo que no os importa inquirir, pasad adelante antes que me irrite, porque soy poco sufrido en responder con la lengua, quando puedo con la espada. Don Juan oyendo esto sacó de entre los incentivos de ira un discurso de razon, que fue considerar, que si reñia alli se ponía á peligro por lo menos de no alcanzar á Doña Ana, aunque le matase, y asi le dixo: Yo no soi hombre que doy en las calles respuesta á semejantes palabras, aunque me suelo espantar muy poco oyendolas; por lo qual si sois tanto como presumis, y haceis tanto como demostrais, seguidme, si os atreveis, que yo os doy mi palabra que el criado que conmigo viene no os ofenderá en cosa alguna. No gastaron mas tiempo en réplicas, ni preguntas. Y saliendo todos tres á lo alto de el Castillo

llo de San Cervantes , sacaron los dos las espadas , y despues de muchos golpes , cayó Lucindo en tierra herido de muerte de una estocada , que le pasaba el corazon , que apenas le dió lugar de confesar sus culpas , sin poder descubrir las ajenas , por no habersele dado á conocer D. Juan , el qual al punto que le vió de aquel modo , huyó á su casa con Martin , antes de causar algunos indicios : y despues que la muerte de Lucindo se sepultó en olvido , le respondió á Doña Ana de esta suerte :

Carta de Don Juan á Doña Ana.

Segun el triste semblante con que á v. m. he visto estos dias , y segun las muestras de sentimiento , que hasta en el trage ha mostrado , he podido colegir que era el depositario de su voluntad un Caballero de Valencia , que hallaron muerto junto á San Cervantes , de que me ha pesado infinito , si acaso v. m. lo ha sentido por algun fin . A saber quien le mató , yo procurára vengarle ; porque si bien es verdad , que me ha hecho á mi gran beneficio en dexarme libre á v. m. me ha dado con todo mucho pesar en saber que ha sido á costa de su gusto , el qual estimo yo en mas que mi provecho ; porque no puedo tener ninguno estando v. m.

disgustada , y puedo tener esperanza de muchos , estando contenta . Pero dexando pesames á un lado , quiero tratar de mi justicia , la qual tengo fundada , no menos que en las palabras expresas de v. m. que para ser ley , no han menester mayor autoridad ; y para traer egecucion aparejada , no tienen necesidad de mayor obligacion . Dixo v. m. que de su voluntad era solamente usuaria , porque la propiedad la tenia un Caballero , por una obligacion que v. m. le habia hecho por unos rastros de amor , y por unas deudas de aficion . Y yo digo , que ya v. m. es libre poseedora de todas sus acciones ; porque aquella obligacion era meramente personal , y estas perecen al instante que perece la persona : luego si murió el propietario , acabaria tambien aquella accion , dexando á v. m. heredera de lo proprio que le habia donado ; porque harto haria aquel Caballero de dar cuenta de su alma , sin meterse en llevar allá las ajenas . Esto supuesto , añadió v. m. que á estar libre de aquel empeño , y exempta de aquellas obligaciones , antes ganaria en amarme , que yo en servirla : luego si v. m. lo está , como bien consta , razon tengo de pedir justicia , y obligacion v. m. de tener misericordia . Lo que es la gan-

nancia no la concedo, porque es mia, mas puedo asegurar, que no tendrá v. m. pérdida ninguna, porque mi oficio solo ha de ser obedecer, servir, y agradecer; y el de v. m. compeler, mandar, y prohibir. No sea v. m. cruel á deseos tan amorosos, ni esquivá á tan verdaderas aficiones, pues sabe muy bien que pido razon, que no pidiera, á saber que v. m. no la tenia para poderla dar. Y porque en esta carta he guardado el estílo petitorio, quiero concluir con la clausula juridica que se suele, diciendo que pido justicia, y costas (que no serán pequeñas las que haré en mi salud, en no dandome remedio,) juro en forma, que no pongo esta demanda de malicia, sino de mucho querer, y para ello, &c. Y aunque es vuesa merced á quien pido, la quiero hacer Juez en esta causa, fiado en quien es, y sé que me guardará justicia, pues que es caso en que sin hacerle á sí agravio, puede sentenciar en mucho provecho mio. Y si hubiere duda, en que conforme á derecho, no puede ser uno Juez en causa propria, facil será quitarla, atendiendo que se entiende aquella regla en todas las causas, fuera de las de el amor; porque en estas la misma á quien se pide ha de sentenciar, y no sentencia como quiera, si-

no sin embargo de apelacion, porque jamás se apela de su voluntad. Yo, señora mia, si apelaré de vuestro corazon, si estubiere duro, á vuestros hermosos soles, que verán mis lágrimas, y á vuestros piadosos oídos, que oirán mis quejas, mas todas en fin han de ser apelaciones, sin salir de vos; porque estoi con vos tan metido, que á haber de salir, antes perdiera todo mi derecho, no apelando, que procurarle buscar saliendo.

Comenzó Tecla en leyendo Doña Ana la carta á intimarle el estílo, y el modo, alabando su language, y engrandeciendo su discrecion, todo á fin de vencerla, lo qual no fue dificultoso, ni á v. m. Señora Doña Serafina se le hará imposible, ni á mí se me hace pesado: porque si hai mugeres que no guardan constancia, y fidelidad estando los esposos, y los que aman presentes, ¿qué mucho, que una muger moza, hermosa, rica, y dispuesta como Dona Ana, olvidase pasadas memorias de Lucindo, y apeteciese ya presentes favores de Don Juan? Fuese secando la humedad de los ojos, y humedeciendo la sequedad del corazon, y en breves dias se entró Don Juan por las puertas de el alma de Doña Ana, hallandolas de par en par abiertas; comenzóse á hacer libro de nuevo,

vo, borrando lo que estaba escrito, escribiendo cada dia requiebros, y ternuras; de que yo digo que traían muchas en verso; porque si Lucindo con ser soldado no se libró de la enfermedad de Poëta, menos se libraría Don Juan, habiendo cursado muchas Escuelas. Mas como la tia andaba solícita, y cuidadosa, y Tecla recelosa, y bien escarmentada, llevaba los papeles con tanto secreto, y despues de léidos, los ocultaba tanto, que no he podido descubrir ninguno; y así, vuesa merced me perdonará el no referirlos. Tecla, y Martin, que eran los dos correos, que mediaban en este camino, vinieron tambien á amarse tanto, y quererse con tanta aficion, que con andar dando medios, gozaron muchas veces frutos inmediatos; porque los criados para estos negocios no repáran en tantos puntos como los señores.

Viendose, pues, ya Don Juan tan favorecido de Doña Ana, y considerandose Doña Ana tan obligada de Don Juan, trataron de comunicarse de noche, sirviendo Tecla de centinela, para si la tia recordaba, y quedandose Martin por espía en la calle, hasta haber entrando dentro; mas todas la noches que pensaron poner por obra este pensamiento, aunque unas iban á las doce, y otras á la

una, y aún algunas á mas de las dos, hallaban siempre un embozado arrimado á la misma puerta por donde habian de entrar; y con ser Don Juan tan animoso, no se atrevía nunca á llegar á conocerle, recelándose no fuese algun pariente de Doña Ana, que tubiera dentro mas gente, y le quisiesen matar, por haber tenido algunos indicios de sus amores. Pasabanse de largo asi como le veían, advirtiendole en que en habiendo pasado, los iba siguiendo el mismo que estaba en la puerta, hasta dejarlos en su casa. Pero como Don Juan se hubiese informado de Doña Ana, y de Tecla, de que ninguna noche habia entrado persona humana en su casa, sino que antes estaban quejosas de él, porque las burlaba tantas veces, determinó de salir de duda, y llegar á reconocer al que le daba tanto estorvo, y pesadumbre; y asi una noche, habiendo mirado primero las calles circunvecinas, por si estaban algunos escondidos, le dijo á Martin, que llegase primero, y le preguntase, que qué hacia en aquel puesto, para que conforme lo que le respondiese, pudiese él salir á la demanda. Martin, que picaba tambien de valiente, no se hizo de rogar, y mas sabiendo que estaba su Tecla en la ventana,

si acaso no estaba ya junto á la puerta. Llegó mui determinado, y apenas dijo: ¿quién vá? quando mirando al que se lo preguntaba descubierto, y conociendo ser el difunto Lucindo, se retiró dando voces, y haciendose muchas cruces, y el muerto á paso tirado, traspuso toda la calle. Don Juan al punto que oyó á Martin, se llegó con mucha priesa con la espada tirada, juzgando le habia herido, y oyendo lo que habia visto, por mucho que quiso disimular, recibió tambien algun temor; aunque se dispuso á venir otra noche, y llegar en persona para satisfacerse de la verdad.

Venida la siguiente noche, bien armado Don Juan de valor, y Martin bien lleno de miedo, se fueron á la calle de Doña Ana, donde ya hallaron al difunto Lucindo en su puesto acostumbrado. Martin, quando le vió, por no dár á sentir su cobardía en bolver las espaldas, y por no mostrar su poca lealtad en dejar á Don Juan solo, comenzó á invocar el auxilio divino, viendo que no le podia haber humano, sino era con inhumanidad suya, haciendose muchas cruces, y con buen cuidado de ir algo desviado de su señor Don Juan, el qual con muestras bien claras de su valor, llegó adonde es-

taba Lucindo bien recatado, y cubierto, porque no le conociese, hasta que fuese su gusto, y diciendole, ¿qué quién era, y qué esperaba? Respondió con palabras tristes, y profundas la misma razon, que le dió Don Juan, quando le sacó á renir, que fue decir: Yo no soi hombre que doi respuestas, y satisfacciones en donde se puede dár escandalo, y originarse alborotos: si vois los sois (que si sereis, segun las muestras que dais) seguidme, y sabreis quién soi, y quedareis entendido de lo que busco, y desengañado, y satisfecho de las dudas que traeis. Diciendo estas palabras, comenzó á caminar á priesa por la misma via que salió, quando le dieron la muerte.

Si v. m. Señora Dona Serafina, no está de priesa, yo le ruego (aunque admite mal mis súplicas) que haga aqui un parentesis, tendiendo la consideracion en el modo que podria quedar aqui Don Juan; oyendo tal resolusion, sin conocer á quien le desafiaba sospechoso de lo que la noche antecedente le habia dicho Martin, con la representacion de la injusta muerte, que habia dado á Lucindo, temeroso de si era otra persona, quedar por cobarde; angustias, y temores por una parte; recelos, y sospechas por la otra; peligro en obedecer, afren-

afrenta grande en huír; y finalmente lleno todo de temerosos cuidados. Y en-habiendo v. m. considerado todo esto, y hecho eleccion en su entendimiento de lo que escogiera en esta parte, si se hallára en la presente ocasion, podrá pasar adelante en el discurso, y sabrá la eleccion de D. Juan, que fue á medida de su valor, y ajustada á lo invencible de su pecho; pues apenas en un instante con todas estas consideraciones dió una buelta la memoria por delante de los estrados del entendimiento, quando resolvió á seguir los pasos veloces de quien no conocia, con harto dolor, y sentimiento de Martin, que le acompañaba.

Siguiendo, pues, Don Juan á Lucindo, y Martin á Don Juan, no pararon hasta San Cervantes, en el mismo puesto donde habia sido la pendencia pasada: llegados aqui; tomó Lucindo á Don Juan por la mano, y desviandole un poco mas de donde Martin estaba, se descubrió, y le dijo de esta suerte: No quiero teneros mas confuso, ni dudoso, habeis de saber, Don Juan, que yo soi Lucindo, á quien vos mismo disteis muerte en este proprio lugar, llevado meramente de los deseos de Doña Ana. Reñisteis como Caballero, aunque no hicisteis como tal en sa-

carme aqui á reñir, y aunque aora imaginais que os he sacado para el mismo efecto, podeis estar mui seguro, que mi intento es mui diverso; pues los difuntos solo procuramos el verdadero remedio de la gloria, olvidandonos de agravios, no haciendo caso de ofensas, y perdonando los trabajos recibidos. Por este fin, pues, os he sacado aqui, privandoos todas estas noches de la conversacion de la Dama, que sin justicia me quitasteis, conociendo que la deseais tanto como lo que os quiero pedir, y hasta que lo hagais, podeis estar mui cierto, y entendido, que no os he de dár lugar, ni tiempo de que llegueis á darla la mano de esposo; porque harta poca pension será para un beneficio tan rico, y señalado como el que pretendéis, ir á Valencia, y hacer que una heredad, que por mi muerte ya posee un hermano mio, se restituya al Convento de Santo Domingo, porque verdaderamente es suya, y yo, y mis padres, por injustos pleitos la teniamos usurpada; y si mi hermano no quisiere atender á vuestras palabras, pues sois, Don Juan, rico, y poderoso, podeis bolver á desentrañar la causa, y el proceso, para que mirada bien la justicia, se le dé á cuya es; para lo qual acudirá el Con-

ven.

vento, como tan interesado, á daros favor en lo que se ofreciere. Hecho esto, me habeis de hacer decir dos mil Misas, por muchos cargos que tengo del tiempo que fuí soldado; porque os hago saber, que hasta que lo que os he dicho no esté cumplido, no puedo salir de un mar de miserias, donde estoy penando, de un lago de aflicciones en que estoy sumergido, y de un abismo de martirios en que o estoy sepultado. Yo os ruego, Don Juan, que pues me quitasteis la vida, aunque me hicisteis merced de dejarme un poco de tiempo, en que pude tener contricion de mis pecados, no os olvidéis de quitar, y sacar á mi alma de tantos tormentos; pues es una cosa muy facil para vos, y muy benemérita para mí. Con esto, no tendré zelos de mi querida Doña Ana, aunque ya vuestra, y no mía, con esto os dejaré gozar de sus glorias, con esto no os impedirá la puerta de sus gracias, y con esto, en fin, que daréis libre de mis sombras. Donde no, será tan al contrario, que muerto como estoy, he de ser tan zeloso en guardar los claustros de su grande belleza, y admirable hermosura, que no habeis de ser jamás digno de mirarla sin pension de acordaros de mí, como si me tuvierais allí delante; y si atre-

vido quisierais atropellar con representaciones á gozarla, aunque sea en los sacros límites del matrimonio, yo os doy mi palabra, que á fuerza de goldes, sin ofensa de los vuestros, habeis de ser expellido, y maltratado; lo qual vereis por experiencia, en no cumpliendo, como confío, lo que os tengo suplicado.

No aguardó respuesta el difunto en diciendo estas palabras, sino en un instante se les desapareció.

Refirióle Don Juan á Martin todo quanto Lucindo le habia dicho. Y porque v. m. no se equivoque en lo restante de este discurso, quiero advertirla, que lo mismo será decir Lucindo, que el zeloso, ó el muerto. Digo, pues, que el criado entendido de lo pasado, enderezaron los pasos ázia su casa, con propositos muy firmes de poner en egecucion quanto el difunto habia pedido, y de el modo que muchos con propositos de hacer aquello á que están obligados, ó que se les pide, piensan que es lo mismo que si ya estuviera hecho; así Don Juan juzgó que su buena intencion era bastante para que Lucindo no le fuese estorvo de visitar á Doña Ana las veces que le diera gusto, mientras aquella buena voluntad se ajustaba. Error grande, y desatino

S

muy

mui confirmado, porque la intencion de hacer buenas obras, de apartarse de lo malo, de buscar lo bueno, de seguir la virtud, y de huir el vicio, aunque es buena en sí, con todo es frustranea, y de ningun merito, quando pudiendose hacer aquello de que se tiene intento no se pone por obra. Porque, pregunto, ¿qué importa que un amancebado, de los que solemos decir de por vida, tenga intencion á su parecer sana, y buena de dejar aquel vicio, si teniendo ocasiones oportunas un dia, y otro dia, una Pasqua, y otra Pasqua, y un año, y otro año, nunca la quiere poner en ejecucion, y recucirla á la obra?

Ya oygo á v. m. que está diciendo, si ha de pasar esta Novela á algun discurso quadragesimal, segun nos vamos metiendo en consejos, y questiones morales; á lo qual respondiendo, no soy amigo de huir el cuerpo á lo que viene á proposito de lo que se vá tratando; pues no por esto se defrauda la Novela, porque del mismo modo habrá v. m. visto en un Sermon referir una fabula, por venir á cuento de lo que se vá diciendo, y no por aquello deja el Sermon de serlo.

Antes que Don Juan llegase á su casa, juzgó que aquella intencion que tenia de cumplir todas las mandas de Lucindo,

era lo mismo que estarlas poniendo por obra, y así, le dijo á Martin, que queria ver á Doña Ana, porque sería cierto el estarle aguardando. Martin, que no veía sombra que no juzgase era el muerto, bien quisiera disuadir á Don Juan de esta pretension; mas viendo habia de ser imposible, otorgó quanto le dijo, yendo los dos con no pequeño rezelo de bolver á hallar ocupada la calle.

Tecla, y Doña Ana estaban puestas en centinela aguardandolos por momentos, bien ignorantes de la causa de la tardanza; porque aunque los habian visto salir, no vieron ellas nunca al zeloso difunto; y así habian juzgado que fueron á algun negocio. Tampoco Don Juan quiso descubrir cosa alguna, por no atemorizar á Doña Ana; pero Martin no pudo menos de comunicarle á Tecla algun miedo de lo mucho que llevaba. Hablaronse por la reja un gran rato, dejando para otra noche la visita con mas reposo, y sosiego, concertando, que havian de entrar dentro, á pesar de los desvelos de la tia; porque considere v. m. si estaba bien celada la pobre Doña Ana, no solo del amante difunto, sino tambien de una tia sospechosa, que es peor que un diablo zeloso.

Despedidos, con esto, y llevada

gada la noche señalada, en que pretendian con estrechos abrazos confirmar los tiernos requiebros que hasta entonces se habian dicho, salieron Don Juan, y Martin por el camino acostumbrado, todavía recelosos de encontrar con el difunto. Llegaron á la calle, y viendo que no parecia persona, ni sombra alguna, llegaron mui contentos á la puerta, donde ya Tecla estaba aguardando cuidadosa; metiéndolos dentro, y bolviendo á cerrar las puertas, los guió con pasos mui callados hasta el retrete resplandeciente, y hermoso con la reverberacion de los soles de Doña Ana, en cuya presencia dejando á Don Juan, pasó con Martin hasta su aposento, en el qual apenas pusieron los pies, y apenas Don Juan quiso tocar las manos de Doña Ana, quando apagandose la luz, y sintiendose el mismo Don Juan trabar tan fuertemente del brazo, que á pesar suyo le llevaron hasta el ultimo apartado de la casa. Comenzó Doña Ana despavorida, y temerosa á dar recias voces. Acudió mui diligente Tecla sin voz, y sin alientos á saber la causa, dejandose á Martin bien desalentado, y afligido. Encendió luz, y antes que tubiese lugar de preguntar cosa alguna, se levantó la tia á medio vestir con

harta confusion, y tristeza, y llegando á Doña Ana, la preguntó su cuidado, á lo qual Doña Ana, como discreta, y prudente, supo satisfacer, fingiendo haber tenido unos sueños temerosos, con que la tia dandose por satisfecha, aunque (como luego dirémos) con sospechas maliciosas, la consoló quanto pudo, y la mandó que se bolviese á acostar, haciendole á Tecla que se quedase con ella aquella noche.

No se quiso apartar de allí hasta que las dejó acostadas, con el cuidado que v. m. puede considerar, y luego tomando la luz, se fue á su aposento á hacer lo mismo; mas antes de entrar en él, le pareció ver una sombra; y como la pobre vieja llevaba ya algun temor de los sueños que la sobrina le habia dicho, quedó pasmada, y dudosa si entraria, ó no entraria dentro, ó se bolveria adonde estaban Doña Ana, y Tecla: mas como, en fin, las canas engendran en las mugeres pundonor, y verguenza, no quiso hacerse niña, ni dar á conocer su tibieza, y poco pecho. La tia con temor de entrar en su aposento, y con empacho de bolverse al de Doña Ana, eligió irse al de Tecla, juzgandole por mui desocupado de sombras, y mui libre de embarazos. Redujose á su parecer,

cer, y tanto entró de presurosa, y con tanta velocidad bolvió á cerrar, que con el mismo ayre de la puerta apagó la luz. Y como Martin estaba escondido en un rincon aguardando que su Tecla bolviere, al punto que vió entrar la vieja tan diligente, y de aquel modo, juzgó ser ella; y así al salir la tia presurosa, se enlazó de su cuello haciendole mil alhagos. ¿Qué pluma podrá escribir de la suerte que se quedaria esta vieja, viendose tocar de agenas manos, quando venia con tanto miedo de una antojadiza sombra? ¿Ni qué lengua podrá explicar de el modo que quedó Martin, quando oyó las voces de la tia, y conoció que no era Tecla con quien estaba? Finalmente, la vieja cayó amortecida, y Martin salió á tiento, poco menos que difunto, y encontrando á Don Juan pasmado tambien, y temeroso, se salieron de la casa con mucha prisa antes de ser conocidos. Al mismo tiempo Tecla, y Doña Ana, habiendo oído las voces, acudieron á la tia, que despues de buelta en sí, les dió relacion de lo pasado, cargandole toda la culpa á Tecla, por haber metido tan atrevidamente un hombre en su aposento. De lo qual Doña Ana, por cumplir con su tia, mostró al principio mucho enojo, y enfado; mas viendo

las lagrimas de Tecla, y las zalemas con que se disculpaba, alegando ser aquella alguna fantasma, ó anima en pena, hizo que se daba por satisfecha, y rogóle á la tia, que se suspendiese el rigor hasta haber pruebas mas verdaderas, y firmes. Con esto aquella noche, ó por mejor decir, lo poco que de ella restaba, se recogieron todas tres á un aposento, aunque cada una llorando, y sintiendo sus congojas, en especial Doña Ana, que con grandes ansias mortales estuvo por minutos deseando el día, para saber lo que habia sido de su querido Don Juan, al qual bien entendió hallar muerto en su propia casa, por no haberle visto mas desde que se le arrebataron de su presencia.

Salieron Don Juan, y Martin del modo que queda dicho, preguntóle Martin lo que le habia pasado, á que Don Juan, harto melancolico, satisfizo de esta suerte: Sabrás Martin, que apenas ví los hermosos luceros de Doña Ana, apenas venciendo resplandores de sus hermosos rayos, quise llegar á su cielo, y apenas, en fin, moví mis entorpecidas manos para tocar las suyas, quando sir ver persona humana, sentí trabarme de el brazo tan fuertemente, que á pesar mio, fuí llevado hasta los ultimos zaguanes de la casa, donde oí que el difun-

to Lucindo me dixo estas palabras: Don Juan, si sois Caballero que no cumplís lo que prometéis; sabed, que yo soy un zeloso, que cumplo quanto digo. No supe qué responderle, mas de que tenia mucha razon, y que perdonase mi poco cuidado. Bolví á enpeñarle la palabra de cumplir lo que me habia pedido; con que dando muy recios, y lamentables suspiros se fué, y me dexó sepultado en mil temores, los quales se me doblaron al tiempo que oí aquellas voces de la tia de Doña Ana, y á tí te ví salir tan despavorido, y temeroso, cuya causa quiero que me signifiqués al instante. Contó Martín lo que le habia sucedido con el abrazo de la afligida vieja, y pobre tia; con que Don Juan en medio de sus pesares, tomó algun consuelo, y alegría.

Apenas el céleste Carretero tomó al otro dia las riendas de

los veloces potros, para dar una alegre vista por los balcones dorados del Oriente, quando embió Doña Ana á Tecla á casa de Don Juan á saber todo lo referido; lo qual Don Juan embió á decir por mas extenso, y con algunas exageraciones de amantes; y como es proprio de los que aman, por mucho que digan, parecerles siempre que se quedan cortos, no hubo despachado á Tecla con el mensaje, quando llamando con mucha priesa á Martín, le dixo, que hiciera diligencia para alcanzarla, y la diera este Soneto que habia hecho de repente. Y aunque á v. m. señora Da. Serafina, se le hará muy de pensado, supuesto que en esta Novela nos hemos olvidado de las Musas, yo la ruego que no calumnie á D. Juan, si le halláre algunas faltas, pues vásta que el dueño le vendá por de repente, sin que busquemos en él cosa de pensado.

Cielo de soles dos, Angel hermoso,

no puede subir ya mas vuestra suerte,

pues la muerte en amores es tan fuerte,

que por muerto me quitan mi reposo.

Un muerto os zela, yo ando cuidadoso;

y á no considerar lo que es perderte,

pienso que me matára con la muerte,

solo para igualarme á este zeloso.

El muerto, y vivo yó, cosa es muy llana

no poder defender la que recibo,

gloria en amarte, y en hallarte puerto,

Y mal por mal, quisiera, Doña Ana,

estár por ti zeloso yo de un vivo,

que no que esté de mi zeloso un muerto,

Dióse Martin tanta diligencia, que alcanzó á Tecla casi en los umbrales de su casa; mas al tiempo que le fue á dar el papel, oyó la voz de Lucindo, que le dijo: No se han de dar letras de gusto, mientras yo no le tubiere; y diciendo, y haciendo, le arrebató el papel, quedandose Martin, y Tecla casi difuntos. Cada uno contó el caso; y Don Juan pareciendole ser imposible tener reposo mientras no cumpliera con el ánimo de Lucindo, no quiso aguardar mas; y aquel propio día despachó á dos personas de mucha confianza, dandoles poder cumplido, y bastante relacion de todo lo que habian de hacer. Esto hecho, ya juzgó que podia tratar de sus amores; mas considerando que todo esto no habia de tener buen fin, sino por el camino del matrimonio, pidió con personas muy calificadas á Doña Ana, que aunque con grandísimo disgusto de la tía, por lo que dijimos al principio, condescendió con su gusto y voluntad. Martin del mismo modo, por sí propio, pidió á Tecla, en donde no hubo ninguna dificultad ni impedimento.

¿Quién no dirá que es lo que vamos diciendo lo propio que sucede oy á muchos testamentos, y á aquellos que tienen cargo de Misas, y obras pías? Los cuales, no contentos con

las inspiraciones que Dios les embia, sino aguardando á ser forzados por la Iglesia, comienzan con algun fervor á decir algunas Misas, y con aquello hacen cuenta que cumplen con su obligacion, y se tornan á olvidar, hasta que á pura fuerza buelven á ser apremiados. Asi Don Juan, despues de haberle Lucindo exórtado tantas veces, que no habia de gozar á Doña Ana hasta que le sacase á su alma de las afflictiones en que estaba metida, hizo cuenta que con solo despachar á quien diesen principios á negocios tan precisos, é importantes, ya podia con mucha libertad; y sacando, como dicen, su cara de vergüenza, pretender ser esposo de Doña Ana, sin tener cuidado de las amenazas de Lucindo.

Tratadas, pues, las bodas, concertado el desposorio para una noche, que vino á ser dia segun la vistieron las luces, y luminarias, entre todas las quales sirvieron de Sol los dos hermosos carbunclos de la desposada, que vestida ricamente de un brocado carmesí, guarnecido de perlas finas, aguardaba en su precioso estrado al enamorado, quanto galán Don Juan, que vestido de la misma tela de Doña Ana, y acompañado con lo mas principal de Toledo, de bida correspondencia á quien por

por tantos titulos se le debia, entró hasta el aposento, que por que v. m. Señora Doña Serafina no diga que escribo Guerras Civiles de Granada, no me detendré en contar los ricos quanto costosos aderezos de que estaba guarnecido. Al punto, pues, que Don Juan vió á Doña Ana, y Doña Ana vió á Don Juan recibiendo los dos en sí las epitimias del placer amoroso que se beben por los ojos; por entre toda la gente con un estruendo inopinado, pasó el difunto Lucindo, hasta ponerse en medio de los dos. Todos se turbaron, unos de temor, y otros de vér la novedad, porque muchos no sabian que era difunto el que tenian delante, aunque en breve rato lo supieron de Martin, que dejando la mano de Tecla, salió mas que de paso á buscar donde esconderse.

No quiso el zeloso muerto, viendo tanta confusion en los circunstantes, detenerse, y dár la razon de sus penas, y disgustos; y asi con el semblante iracundo, le dijo á Don Juan estas palabras: Bien sabeis Don Juan, que por vuestra causa no estoi yo casado con la que atrevidamente venís aora á desposaros: la vida que me quitasteis, y muchas veces os he dicho los tormentos que padezco, las penas que paso, los disgustos que lloro, las lágrimas que derra-

mo, las congojas que siento, todo por los cargos que dejé en esta vida, porque vos antes del plazo me sacasteis de ella. Conocí vuestra tibieza en cumplir obligaciones tan justas; y asi, os puse amenazas tan rigurosas para quien ama, quanto insufribles para quien espera, hasta que ultimamente os dije, que no esperarais á Doña Ana sin cumplir primero lo que me prometisteis. La causa ya pienso que os la he dicho, y si no os acordais de ella, porque no es mucho que quien olvida los efectos no se acuerde de las causas, sabed, que no es otra, sino tener zelos de que goceis tal dicha, dejandome á mi metido en un abismo de penas, y en un infierno de tormentos; y si os he prometido que con que me saqueis de este purgatorio, gozaréis su hermosura con mi voluntad y gusto, es porque iré adonde es imposible caber pesar, y mui ageno el entrar tristeza. Mas supuesto que á ruegos, y amenazas habeis sido tan remiso, y habeis estado tan duro, llegáos conmigo á esta puerta, para que en sola una hora experimenteis un rasgo de lo que ha tantos dias que padezco.

Diciendo esto Lucindo, tomó á Don Juan por la mano, y al instante desaparecieron los dos, quedando Doña Ana, y

todos los circunstantes del modo que el discreto puede ver, y considerar. Solo puedo decir que fue el espanto tan grande, que en una hora no pudo ninguno hablar palabra, ni moverse de sus puestos; y Doña Ana casi amortecida entre muchas Damas que la acompañaban. Y quando ya el temor les desató las lenguas, y el miedo dexó desocupados los corazones, se tornaron á infundir de nuevo con pavores mas crecidos, viendo entrar á Don Juan tan desemejado, que apenas le conocian, hundidos los ojos, descompuesto el cabello, la cara sangrienta, deshechas las manos, cenicientas las mejillas, cárdenos los labios, las barbas quemadas, y en fin, el vestido de alto á baxo hecho pedazos. Y por mucho que los halló á todos atónitos, y confusos, él se quedó mas en verlos, porque imaginaba que se habia estado mas de diez años. Cercaronse todos de él, y Doña Ana la primera, que con los brazos abiertos se levantó á recibirle, á no escusarse Don Juan, diciendo le perdonase, porque no era digno de favores tantos, hasta cumplir con los cargos que debia. Pidióle postrado á sus pies, le esperáse veinte días, en que pensaba satisfacer á sus obligaciones. Otorgóselos Doña Ana con harto sentimiento

suyo, dexando para el dia señalado combidados á todos los presentes, los quales suplicaron á Don Juan les declarase lo que le habia sucedido, y él por no mostrarse ingrato á los que tan gratos habian acudido á su servicio, les dixo de esta suerte, cuyas palabras, por estár ya v. m. fatigada con la prosa, he buelto, para divertimento suyo, en esta relacion.

Quando de vuestra presencia, absorto, triste, y confuso, mas por fuerza que por grado, desaparecí en un punto.

En una cueva me hallé, tan tenebrosa, que juzgo, que es el lago de tinieblas de aqueste globo confuso.

Y apenas lleno de espanto, de sus umbrales oscuros quise hollar la superficie con el zeloso difunto,

Quando ví, que de su cuerpo llamas embueltas en humo salian, como señales de los ya tormentos duros.

Aquí comenzó á dar voces, y con mas que veloz curso de mí se aparta, y me dexa al son de sus quejas mudo.

A seguirle me dispongo, sabe Dios con quantos sustos, sirviendome de farol del fuego el esplendor turbio.

Yá de correr me cansaba, sin hallar descanso alguno, porque entre tormentos nunca puede hallar asiento el gusto.

Quan-

Quando de repente siento
abrirse con gran tumulto
los musculos de la tierra,
y los poros espeluncos.

Aguardo el fin, y Lucindo
con rayos lentos adusto,
consumiendose en sí mismo,
triste, angustiado, y confuso.

Y á hilos sudando sangre,
á mí se llega, y no dudo,
que allí quedára, á no haberme
dado cartas de seguro.

Tomóme la mano, y yo,
viendo abrasarme, sacudo
con impetu, y con violencia
mis dedos de entre los suyos.

Mas me aprovechó esto poco,
pues con un grueso tumulto,
dando un bostezo la tierra,
á los dos nos tragó juntos.

Quedé aquí de mi sentido
tan privado, que barrunto,
segun lo que me ha pasado,
que he estado sin él dos lustros.

Porque al punto que caí,
me pareció estar incluso
en un temeroso valle,
tan tremendo, como obscuro.

Cuyos arboles sombríos
vestían, sin viento alguno,
sobre cuerpos de azabache,
en vez de esmeraldas, lutos.

Todos estaban sin flor,
todos secos; mas qué mucho
si en vez de cristales claros
y de argentados conductos,

De sus plantas los ribetes,
con lamentable murmureo,
se regaban solamente
con ríos de azufre turbios?

Cuyas margenes no eran
esmaragdinos repulgos,
ni guarnecidos doseles,
ni tapetes amatuntos.

Sino salobres peñascos,
y mil cespedes conjuntos,
esmaltados del relieve
de los de Congo dibujos.

En vez de las sierpes, que
de plata dicen los cultos,
que ván haciendo en los riscos
las lagrimas de Neptuno:

Se hacian sierpes de fuego
de aquel metal, que le cupo
á Vulcano en los afectos,
y en los colores á Juno:

En tal tierra, y con tal agua,
ninguno habrá tan estulto,
que no eche de ver los malos,
que podian salir frutos;

Y para mas confusion
del triste, que por insultos
tales Regiones habita,
unos lugubres ahullidos,

Que las carnes estremecen,
se oyen con clamor nocturno,
dónde es tiple la lechuza,
y sirve de baxo el buho.

No hay luz, sino quanto basta
para ver el triste asunto;
porque en Purgatorio, y pena
hasta la luz dá disgustos.

La fragancia de aquel valle
son olores tan inmundos,
que no podrán contrastarlos
cinamomo, y calambúco.

Quando vine, pues, á hallarme
en tal confusion con sustos
el corazon ocupado,
y el cuerpo con espeluzos.

Quiero llamar, y no acierto;
quiero dar voces, soi mudo;
quiero llorar, y no puedo;
quiero huír, y estoi difunto.

Secabame ya de sed,
y viendo que me consumo,
sintiendo, aunque sin sentido,
tales de Infierno rasguños:

Probé aquella agua asquerosa,
porque en peligros tan sumos
no siente hastío el melindre,
ni tiene melindre el gusto.

Mas con mis labios apenas
toqué licores Neptunos,
quando hallandolos amargos
mas que las hieles, y adustos

Mas que las llamas, en que
me estaba abrasando, subo
á un alto, que parecia
estaba nevando á chuzos:

Sin camino, ni vereda
riscos salto, breñas cruzó,
hecho un blanco de dolores,
y de penas un asunto.

¿Visteis un Leon que estando
con la quartana iracundo,
con los zelos formidable,
con los dolores sañudo,

Entra en su cueba, y en viendo
que no halla remedio alguno
para el dolor que padece,
sale al soto tremebundo,

Dice bramando sus quejas,
declara huyendo sus sustos,
baja al valle en un momento,
sube al collado en un punto,

Visita los huecos todos
de los robles, y aceitunos,
las cisuras de los montes,
de los cóncabos lo oculto,

Sin poder, en fin, hallar
paz en el alvergue suyo,
ni en los arboles consuelo,
ni en las demás partes gusto?

Pues así yo, qual he dicho,
á un lado, y á otro discurre,
ya cayendo, y tropezando,
ya quejandome, y ya mudo.

Corro llanos, subo cuevas,
llego á un monte tan conjunto
con el Cielo, que pensé
(cosa que por verdad juzgo)
que de él era por lo menos,
sino escala, escalon suyo.

Estaban sus obeliscos
todos canos; y no es mucho
que se encanezca quien hace
salir canas á un difunto.

Corrian aquí unos vientos
tan penetrantes, y agudos,
que traspasaban del alma
lo mas fuerte de los muros.

El Boreas, y el Aquilón,
esparcian á estornudos
las densas nubes de nieve,
que bostezaba Neptuno.

Desatabanse por trechos
del monte unos aqueductos
de frío, y helado marmol,
y aunque hijo de nieve, turbio.

De las quales influencias
quedé tan helado al punto,
que ya juzgaba ser poco
el fuego que huí, por mucho.

Bolver quise el paso atrás,
mas me hallé ya tan obscuro,
que pienso que es la Noruega
aquella del otro mundo.

Ya desesperado entonces
contra el zeloso difunto

me bolví, y al tiempo que sacar la espada procuro,

Se transtornó el monte tanto, que ya sin vitales pulsos imaginé que la Parca soltó de la rueca el huso,

Para cortar el estambre de mi vida, aunque en un punto debanandome en mi mismo, llegué hecho ovilla al profundo.

Lucindo cayó tambien, y aún no buelto yo del susto, se abre otra espantosa boca, que á los dos nos sorbe juntos.

Y quando escurrido ya, como por boca de embudo, á una ancha playa salimos, donde me hallé tan confuso,

Tan triste, y atormentado, que no hai que exágerar mucho, supuesto que en mi estais viendo señales de quanto anuncio.

Mirando, pues, por la playa, de muertos ví cien mil bultos, unos mui fieros de hinchados, y otros horribles de enjutos.

Todos los quales por cuenta en un brazo, que presumo, que si no es el de Aqueronte, será de Amiclas segundo,

Iban entrando á porfia, y aunque me llamaron muchos, no entré hasta que entró delante el que á estas penas me expuso.

Luego arriman de los remos los acicates agudos, al potro del agua, que por ser mas negro, que rufo,

Y tener de paz la venas, daba en su mui veloz curso,

en vez del caduco aljofar, el avalorio caduco:

Pero quando ya á mi vér de aquel estanque ceruleo estariamos en medio, alterase furibundo.

Brama el agua entre sus globos, cruge el Barco con sus rumbos, este impetrando temores, y aquella infundiendo sustos.

Comienzan todos entonces á decir con gran tumulto, amaina, Piloto, amaina; á cuyos ecos confusos

Acude el aire con truenos, el fuego con densos humos, la tierra con terremotos, y el Mar, en fin, con sepulcros.

Buelcase el Barco, quedando hecho tumba de difuntos; aunque yo por estar vivo, con los montes de agua lucho.

Salgo nadando á la orilla, y á este tiempo, que yo os juro, que imaginé haber tardado poco menos de tres lustros,

Me pareció despertar de algun letargo profundo, en la puerta de la cueba, que os dije, y atento escucho

A Lucindo, que decia: Don Juan, estos infortunios pasan por mi cada hora, no os digo mas, id seguro,

Y quando fui á replicar, al breve tiempo que puso, me hallé donde aora estoi, donde, por hallaros juntos,

Colijo ser una hora, lo que juzgué siglos muchos;

causa que es, para que yo
cumpla con menos descuidos

Lo que prometido tengo,
que no hai que decir si es justo;
y así, Doña Ana, postrado
á los pies hermosos tuyos,

Te pido que me perdones
esta ausencia, que procuro;
pues de otra suerte no puedo
gozar tu cielo diurno,

Ni lo terso de tu frente,
ni de tus labios lo culto,
ni la nieve de tus manos,
ni la luz de tus carbuncos.

Admirados quedaron todos
con la referida relacion, siendo
causa, que muchos pusieron
por obra lo mismo que puso
Don Juan, que fue, cumplir
con las Misas, y restituciones
de Lucindo; despues de todo lo
qual (libre ya de zelos tan pe-
sados, y temerosos, como los
de un muerto) se desposó con
Doña Ana con muchas fiestas,
y regocijos. La tia regocijada

ya, aunque bien lastimada de
las ilusiones, por no quedarse
sola, la rogó á Tecla, que no
se casase, sino que se estuviera
con ella, y en fin de sus dias
la dexaria grandes arras, y do-
te. Lanzada fue esta para Mar-
tin, que ya casi tenia á su que-
rida Tecla de la mano, aunque
no tuvo necesidad de soltarla;
segun la respuesta que Tecla
astuta le dió á la vieja, dicen-
do: Señora mia, mas quiero ir
aora con quien me quiere sin
dote, que no quando sea vieja,
andar buscando á quien me
quiera por dineros. Celebraron
todos mucho el dicho de Te-
cla; y mas Martin, que al pun-
to la dió mano de esposo. Con
que yo tambien, Señora Doña
Serafina, podré dar de mano á
esta Novela, encargandole á
v. m. que no dexede enseñarla
á todos los que son remisos en
cumplir testamentos, y man-
das de difuntos,

PERSECUCIONES DE LUCINDA

DAMA VALENCIANA,
Y TRAGICOS SUCESOS
DE DON CARLOS.

PERSECUCION PRIMERA.

*EN QUE SE CUENTA COMO LLEGÓ LUCINDA
maltratada de una tormenta al Reino de Napoles, en compañía de
un Caballero llamado Carlos. Recibelos en una Quinta Camilo,
al qual hacen relacion de sus amores, de su Patria,
de la causa de salirse huyendo, de sus pro-
mesas, y de sus naufragios.*

Y Ace en la mas fertil Pro-
vincia (Campania es esta,
á quien el Orbe hizo pa-
rentesis feliz en el periodo de
sus territorios) Napoles la bella,
que por mirar las ruinas
de Carthago, la asolacion de
Corintho, y la calamidad de
Capua, se alzó con el titulo de
Reina, poniendose, á fuerza
de pesares, la Corona, que sin
dependencia de reconocimien-
to sustentó muchos años. Que-
rer referir las grandezas de esta
Ciudad, y reducir à copia
las delicias de que está dotada,

las riquezas que posee, y los
titulos que ostenta, fuera gas-
tar mucho tiempo en diverso
asunto del que pide la obra,
y despues del trabajo quedar-
nos cortos en sus alabanzas. De
el modo, pues, que una señora,
para llamarse tal (porque nobleza
sin valor se estima en poco)
está rodeada de vasallos que
la sirven, de Damas que la
divierten, y de Señores que la
galantean: Tiene Napoles en
contorno tantos Pueblos con
que ostentarse en su Solio, tan-
tas Quintas con que se recrea,

y

y tantos retiros apacibles con que festejarse, que parecen sus plazas alfombras de esmeraldas. Aquí está Puzol, tierra de tanta frescura, quizás por lo ameno de sus ayres, que parece que la naturaleza, prodigamente derramando sus delicias, las ha recogido en ella, para que sea cifra de sus hermosuras, y blanco de sus bellezas. En un repecho de este territorio, escoltado por una parte de un pequeño monte, y por otra defendido de las marítimas olas, que con lenguas de cristal parece que andan lamiendo, y alhagándose (digámoslo así) en las que llamamos faldas, aunque sean pequeñas, había una fortaleza, casa de campo, que por descuidos del tiempo, viéndose desmoronada, es fuerza que oy resplandezca en diferente forma.

Aquí, pues, vivía retirado un Caballero principal, y rico, llamado Camilo, en cuya compañía estaba Julia su hermana, Dama que desde el umbral de los quince, hasta edad de los treinta, no tuvo que reconocer vasallage á la hermosura. Había sido casada tan á su gusto, que por pérdida del consorte despreció los galantéos de mil pretendientes, y eligió para vivir la soledad amena; que la viuda que perdió dulce compañía, nunca ha de buscar segundas

nupcias, pues se pone á pique de llorar los regalos pasados con la recordacion de males presentes; porque dos felicidades en esta vida bien se puede llamar imposible, pues aún una (que harta felicidad es paz tranquila de dos casados) no se comunica á todos sin el tropiezo de disgustos, y sin el obstáculo de las penas que se pasan. Discreta andaba esta Dama, aunque los pretendientes la argüían de necia, propio del que pretende, parecerle que el contrario vá sin razon. Satisfacía con amorosas palabras; mas viendo que la presuncion de algunos llegó tan desenfrenada á querer con capa de virtud mancillar su fama, dándole en vez de villetes libelos en derecho, en que querían concluir la de que le importaba el casarse, armandose con la razon (esta es la mejor arma) cerró la puerta á los recados, y puso impedimento á las visitas. No se despegaba, no, Camilo de la eleccion de su hermana, porque tambien su natural era mas dedicado al Celibato, que al nudo conyugal del Matrimonio. ¡Qué buena hermandad, quando los hermanos buscan el estado mas perfecto, menospreciando las delicias del que no es tal! Bueno es casarse, pero mejor (el Apostol lo dice) es permanecer, y vivir en continen-

nencia; pero como nunca á lo que es bueno faltaron contradicciones, porque Camilo no se casaba, le ultrajaban de impotencia, y de hombre para poco, que así lo dice el vulgo; y porque Julia queria guardar la fé que le debía al difunto esposo, la motejaban de sensual, y libre, que es lo que se suele decir, que no se casan por andar mas á sus anchuras, capa de virtud le echaban á todo esto: Mas vale casarse que no abrazarse, decian con San Pablo; pero no atendian á lo muerto de los deseos de la Dama, sino al incentivo grande de sus apetitos. Yo digo que sabrian los tales las antiguas leyes, que aún oy permanecen algunas en los fragmentos del Derecho, que disponian, que castigasen severamente á las que se casasen segunda vez, por violadoras de la fé que prometieron. Sí las sabian; mas antes de aquí, creo yo, sacaban razones para colorear sus intentos, diciendo que Julia se ajustaba mucho á las leyes Gentilicas, teniendo por sacrilegio las segundas bodas, alabadas, y permitidas en la ley Evangelica.

No quiero alargarme mas en esto, discurra el Lector, que en lo formado imagino hallará materia para desentrañar los fondos de esta objecion. Finalmente llegó á tanto el desor-

den de un Caballero tan de las partes de Julia, que era hermano del señor de Puzol (aora es Conde) quiso, llevado de su rumbo, hacer que se amagase por fuerza la voluntad. Dejóse llevar de este dictamen, sin resistir al conato, y atrevido escaló una noche la casa; dió voces la casta viuda, acudió Camilo á su aposento, encontró al contrario ya casi en los umbrales: iban con justicia, matóle sin resistencia. Supóse el caso, hicieronse informaciones, y substanciada la causa, remitióse al Rei que la sentenciase. Como el negocio era grave, y las partes poderosas, se miró mucho el fallo de la sentencia; porque antes que un Juez tome la pluma ha de mirar mui bien lo que firma. Aunque el de Puzol con otros graves señores querian con las armas pedir la justicia, pareciendoles que los Letrados los agraviaban con sus pareceres, pudo tanto la maduréz con que miró el Rei la verdad, que les postró los vengativos deseos con mui pocas razones. Dejólos conformes, con que Camilo, y su hermana viviesen desterrados de la Corte por toda su vida, con obligacion de acudir á los servicios Reales, ya que no con su persona, con soldados, y dineros. No tenia Camilo otras obligaciones sino las de

su hermana; porque parientes de los grados inferiores en las adversidades se niegan, ya que en las prosperidades se comunican. Recogió todos los bienes que tenían, y llevando la familia, no tanto necesaria á su persona, como á lo despojado de la Quinta, hizo Corte á la que antes solo servía de cortijo. Esta, pues, era la causa del retiro de este Caballero; y si bien es verdad que con la privacion de una Ciudad como Napoles podía tener amostazado el gusto, y con pesadumbre del deseo: con todo jamás le dió asiento á la embidia, que, socolor de consoladora, procuraba muchas veces visitarle. El estaba embidiado en su Quinta; y así parece imposible que tubiera embidia de la Corte.

Ya habia visto diez Primavera, que desnudas por los malos tratamientos de Noviembre, se vestían de diversas flores en el regazo de Abril, quando estando un dia Camilo mirando desde un balcon los efectos que hacia una borrasca en el Mar (que por la cuenta estaba entonces combatiendose á sí mismo) vió que entre los globos que las aguas barajadas hacian, se divisaba un bulto como de persona humana. Miró con mas atencion, y confirmóse en su juicio, y sin detenerse mas, comenzó á llamar á sus

criados; acudieron algunos, y bajaron con él hasta la lengua del agua, donde hallaron ya escupidos dos cuerpos humanos, tan sepultados en agua, tan maltratados de la tormenta, que á no verlos con respiracion, los juzgaran por cadáveres. Una Dama era encadenada amorosamente con los brazos de un Caballero, el que con no menos afecto la enlazaba. Cuidadoso de ello, compasivo del infortunio, no quiso dar lugar á dilaciones: al instante, no fiando la Dama á otro que á su persona, los llevaron en brazos hasta su Palacio. Llamó á su hermana, contóle el suceso, y con entrañas pias les dieron el alvergue decente á sus personas, mudaronles la ropa, y dieronles descanso en perfumados lechos. Carlos dijo el Caballero que se llamaba, y Lucinda la Dama que traía. Quando despues de un rato estuvo mas en su acuerdo Carlos, por corresponder agradecido á las preguntas de Camilo, y de su hermana, habiendo en un borrador pintado con un Poema su tragedia, y reducido á la memoria lo que habló el entendimiento, dijo á todos los circunstantes de esta suerte.

Porque escuchéis mi tragedia, con atencion mas heroyca, de Musa calzo coturnos

á mi mal limada prosa.
 En la Ciudad de Valencia,
 (que el ponderarla no importa,
 si todos saben mui bien
 que tira gages de todas)
 Nací de padres honrados,
 fueron pobres, y asi aora
 no os cansare en referir
 nobleza de que blasonan,
 porque nobleza de un pobre
 se tiene por sospechosa.
 Y apenas con quatro lustros
 miré galante á mi Aurora,
 quando habiendo ya aprendido
 la ciencia, que basta sola
 para un hombre que no aspira
 á Eclesiastica Corona,
 Ví una tarde, ví á Lucinda,
 mal dije en no decir Diosa,
 pues ha idolatrado en ella
 el alma tan á mi costa:
 Si es hermosa, ya la visteis;
 y viendola, no me toca
 decir lo hermosa que es,
 pues sabeis lo que es hermosa.
 Al instante que la ví,
 sin mirar ya la discordia
 de tanta riqueza suya
 con mi riqueza tan poca,
 toda el alma la entregué
 con una afición tan boba,
 que con advertir que en mí
 se quedaba el cuerpo á solas,
 á tener entonces mas
 almas, que á un trigo langostas
 acometen, quando de ellas
 falanges la tierra aborta:
 mas sin alma me quedára,
 si no se las diera todas.¹
 No tuve de aqueste entrego

de Lucinda malas tomas,
 pues con dos que al cielo suyo
 quan claras lucen antorchas,
 mirandome, me infundió
 tantas vidas en una hora,
 que si le dí una alma en pena,
 me bolvió una alma con gloria.
 Pasamonos muchos dias
 cõ mirarnos, ¿mas qué importa,
 si nuestros ojos hacian
 oficio de ojos, y boca?
 Es hablar con artificio
 mirar con amar; pues forman
 los ojos lenguas que dicen,
 siendo mudas, qualquier cosa.
 Al mirar se le siguió
 el escribir, que se ahorra
 mucho una alma quando explica
 palabras, que habló dudosas.
 Al escribir aunque tarde,
 se siguió hablarnos en forma,
 alimentando mi oído
 con sus razones sonoras.
 Al hablar, no sé si diga
 lo que se siguió, pues toca
 en aquella fruta, que
 manos de dos que se adoran,
 suelen darse por primicias
 de las que esperan victorias.
 Al tocar jazmines tiros,
 se siguió la fé, que postran
 los que parecen al vulgo,
 que son rasgos de deshonra.
 Dímonos palabras firmes,
 yo de esposo, ella de esposa,
 ella firme qual diamante:
 y mas firme yo que roca.
 Tres veces se vistió Mayo
 las flores que Abril pimpolla,
 y otras tres veces Noviembre

su hermana; porque parientes de los grados inferiores en las adversidades se niegan, ya que en las prosperidades se comunican. Recogió todos los bienes que tenían, y llevando la familia, no tanto necesaria á su persona, como á lo despojado de la Quinta, hizo Corte á la que antes solo servia de cortijo. Esta, pues, era la causa del retiro de este Caballero; y si bien es verdad que con la privacion de una Ciudad como Napoles podía tener amostazado el gusto, y con pesadumbre del deseo: con todo jamás le dió asiento á la embidia, que, socolor de consoladora, procuraba muchas veces visitarle. El estaba embidiado en su Quinta; y así parece imposible que tubiera embidia de la Corte.

Ya habia visto diez Primaveras, que desnudas por los malos tratamientos de Noviembre, se vestian de diversas flores en el regazo de Abril, quando estando un dia Camilo mirando desde un balcón los efectos que hacia una borrasca en el Mar (que por la cuenta estaba entonces combatiendose á sí mismo) vió que entre los globos que las aguas barajadas hacian, se divisaba un bulto como de persona humana. Miró con mas atencion, y confirmóse en su juicio, y sin detenerse mas, comenzó á llamar á sus

criados; acudieron algunos, y bajaron con él hasta la lengua del agua, donde hallaron ya escupidos dos cuerpos humanos, tan sepultados en agua, tan maltratados de la tormenta, que á no verlos con respiracion, los juzgaran por cadaveres. Una Dama era encadenada amorosamente con los brazos de un Caballero, el que con no menos afecto la enlazaba. Cuidadoso de ello, compasivo del infortunio, no quiso dar lugar á dilaciones: al instante, no fiando la Dama á otro que á su persona, los llevaron en brazos hasta su Palacio. Llamó á su hermana, contóle el suceso, y con entrañas pias les dieron el alvergue decente á sus personas, mudaronles la ropa, y dieronles descanso en perfumados lechos. Carlos dijo el Caballero que se llamaba, y Lucinda la Dama que traía. Quando despues de un rato estuvo mas en su acuerdo Carlos, por corresponder agradecido á las preguntas de Camilo, y de su hermana, habiendo en un borrador pintado con un Poema su tragedia, y reducido á la memoria lo que habló el entendimiento, dijo á todos los circunstantes de esta suerte.

Porque escuchéis mi tragedia, con atencion mas heroyca, de Musa calzo coturnos

á mi mal limada prosa.
 En la Ciudad de Valencia,
 (que el ponderarla no importa,
 si todos saben mui bien
 que tira gages de todas)
 Nací de padres honrados,
 fueron pobres, y así aora
 no os cansare en referir
 nobleza de que blasonan,
 porque nobleza de un pobre
 se tiene por sospechosa.
 Y apenas con quatro lustros
 miré galante á mi Aurora,
 quando habiendo ya aprendido
 la ciencia, que basta sola
 para un hombre que no aspira
 á Ecclesiastica Corona,
 Ví una tarde, ví á Lucinda,
 mal dije en no decir Diosa,
 pues ha idolatrado en ella
 el alma tan á mi costa:
 Si es hermosa, ya la visteis;
 y viendola, no me toca
 decir lo hermosa que es,
 pues sabeis lo que es hermosa.
 Al instante que la ví,
 sin mirar ya la discordia
 de tanta riqueza suya
 con mi riqueza tan poca,
 toda el alma la entregué
 con una aficion tan boba,
 que con advertir que en mi
 se quedaba el cuerpo á solas,
 á tener entonces mas
 almas, que á un trigo langostas
 acometen, quando de ellas
 falanges la tierra aborta:
 mas sin alma me quedára,
 si no se las diera todas.
 No tuve de aqueste entrego

de Lucinda malas tomas,
 pues con dos que al cielo suyo
 quan claras lucen antorchas,
 mirandome, me infundió
 tantas vidas en una hora,
 que si le dí una alma en pena,
 me bolvió una alma con gloria.
 Pasamonos muchos dias
 cõ mirarnos, ¿mas qué importa,
 si nuestros ojos hacian
 oficio de ojos, y boca?
 Es hablar con artificio
 mirar con amar; pues forman
 los ojos lenguas que dicen,
 siendo mudas, qualquier cosa.
 Al mirar se le siguió
 el escribir, que se ahorra
 mucho una alma quando explica
 palabras, que habló dudosas.
 Al escribir aunque tarde,
 se siguió hablarnos en forma,
 alimentando mi oído
 con sus razones sonoras.
 Al hablar, no sé si diga
 lo que se siguió, pues toca
 en aquella fruta, que
 manos de dos que se adoran,
 suelen darse por primicias
 de las que esperan victorias.
 Al tocar jazmines tiros,
 se siguió la fé, que postran
 los que parecen al vulgo,
 que son rasgos de deshonra.
 Dímonos palabras firmes,
 yo de esposo, ella de esposa,
 ella firme qual diamante:
 y mas firme yo que roca.
 Tres veces se vistió Mayo
 las flores que Abril pimpolla,
 y otras tres veces Noviembre

muchas transmutando formas,
 sobre el papel de la cara
 con caracteres de rosa
 estaba escribiendo penas,
 y dibujando congijas,
 tan oprimidas saliendo
 de sus ojos unas gotas,
 que siendo engendradas perlas,
 nacían menudo aljofar;
 qué tienes la pregunté,
 por qué sientes? de que lloras?
 y haciendo prologo un ay
 tan tremendo, que las hojas
 de su clavel dividido
 al salir temblaron todas:
 Me dijo Carlos, sabrás,
 que estando en mi celda sola,
 poco antes que tu llegáras,
 aderezando mis joyas,
 yendo el Habito á quitarme,
 de tal manera zozobran
 las manos con un temor,
 que no fui de mí señora,
 pues caí en tierra, y entonces
 alzando un poco devota
 mis ojos á un Crucifijo,
 miré su cara preciosa,
 tan ayrada contra mí,
 y no juzgueis que es tramoya,
 que mucho mas que si habláras
 me trató de vana, y loca,
 porque á quien quiere entender
 solo un mirar de ojos sobra,
 y hallandome en lance tal
 arrepentida, y llorosa,
 prometí guardar clausura,
 y lo cumplo de esta forma:
 Dijo Lucinda, y apenas
 esto dijo, quando roncas
 esparce voces el Nauta,

diciendo, amaina, y aborda.
 Bolví á ver lo que era, y veo
 la tormenta mas fragosa,
 que las hiperboles plumas
 pueden pintar en Historias.
 Poblado el ayre de nubes,
 divididas en dos tropas,
 Capitán de unas el Noto,
 y de otras Caudillo el Boreas,
 al són de los parques truenos
 tan embravecidas chocan,
 que esgrimiéndose en si mismas,
 é hiriendose unas con otras,
 entre arroyos de su sangre
 rayos ahogados abortan.
 Al estruendo el gran Neptuno
 sacó la cara enojosa,
 y rebolviendo al Tridente,
 todas las ceruleas ondas,
 ó por ponerlas en paz,
 ó por meter mas discordia,
 sube furioso escalando
 por las espumas que arrolla,
 hasta llegar á los brazos
 con las nubes, que ya rotas,
 á su pluma por justicia,
 pedian misericordia.
 La pobre nave á este tiempo
 hecha de todos pelota;
 ya escupida de las nubes,
 ya violada de las olas,
 ya estrellada en las estrellas,
 ya sumergida en las conchas,
 bostezando sin acuerdo
 por algunas que abrió bocas,
 aunque no quiere beber,
 por fuerza le hacen que sorba;
 porque hasta el Mar, si se ofrece,
 dá sus tormentos de toca.
 Los que estabamos en ella,

entre quejas lastimosas,
 cada qual busca confuso
 remedios que poco importan,
 unos despidiendo el alma,
 otros tirando la ropa,
 unos tan del todo muertos,
 que con la muerte reposan,
 y otros muertos sin morir,
 que es la muerte mas penosa.
 Y yo, y Lucinda (ó si hubiera
 lugar de Pintar aora
 lo que hacen dos almas juntas
 quando en paso tal se engolfan)
 encadenados las brazos,
 á Dios pedimos victoria
 ya con ruegos voluntarios,
 ya con promesas forzosas;
 mas no nos quiso escuchar,
 porque hasta Dios si se enoja,
 aunque tiene orejas pias,
 muestra las orejas sordas.
 Antes permitiendo entonces
 á las olas procelosas,
 que con sus espadas vidrios
 la embreada casa rompan,
 cosiendola con las sirtes,
 y estrellandola en las rocas,
 la dejan hecha pedazos,
 y á este tiempo la persona
 que puede asir una tabla,
 se tiene por mui dichosa.
 Ya en los ultimos extremos,
 viendo á Lachesis furiosa,
 que iba ya á quitar del huso
 de mi vida la mazorca.
 Dejando alli el ser amante,
 desnudandome de todas
 quantas en el alma tuve
 aficiones amorosas,
 prometo al Cielo con veras,

con llanto Lucinda otorga,
 de hacer, si escapamos libres,
 que casta profese Monja.
 Y puestos sobre un tablon
 (si es milagro, él se pregona)
 llegamos como nos visteis,
 casi muertos á esta Costa;
 donde hallando tal alvergue,
 y acogida tan honrosa,
 muestras de nobleza tales,
 tales acciones heroicas,
 heroicas son mis desdichas,
 desdichas son mui dichosas,
 pues de un Infierno de penas
 salgo á un descanso de glorias.

Admirados quedaron todos
 de la relacion referida, Cami-
 lo mui pagado de su language,
 y Julia mui enamorada de su
 vista: que los primeros movi-
 mientos de la naturaleza nadie
 los puede evitar; apartarlos
 despues de venidos, en ora bu-
 na, y asi en esto se merece, y
 en aquello se peca. Dejaron á
 Carlos, y recogieronse á sus
 quartos á repasar cada uno sus
 confusiones, que no eran pe-
 queñas, advirtiendo en las cir-
 cunstancias; y asi dirémos las
 de cada uno. Carlos, despues
 de haver dicho quien era, y lo
 que le habia pasado; estando
 ya informado de un Page de
 las partes de Camilo, y de la
 causa que referimos de su des-
 tierro, pusose á imaginar en
 lo que habia de hacer; por una
 parte se miraba desvalido, Ca-

ballero solo en el nombre; porque es cierto, que nobleza sin riqueza se estima en poco, pues no le dán aquel reconocimiento que se le debe; por otra parte miraba el amor que le tenia Lucinda, pareciendole imposible olvidarle; por otra parte, se le representaban las obligaciones, y respetos de hacer que profesase Religiosa. Comenzó á luchar con todas estas consideraciones, dando mil buelcos en la cama, hasta que rendido abrió las puertas al sueño, cerrando las de los sentidos. Durmióse, y quando entendió hallar descanso, halló confusion, porque soñó que veía una Dama muy hermosa, que desde una fuerte torre hacia señas á un Leon, el qual con espantosos rugidos bajaba de un monte, y llegando á la fortaleza, buscaba puerta por donde entrar. Rodeabala una, y muchas veces, y viendo tomado el paso, desembaynando las aceradas uñas, y esgrimiendo los fornidos brazos, chocó con las puertas, y dejandolas en tierra, subió arriba. Y luego de allí á poco, le vió bajar transformado en un hombre muy bizarro, que sacaba por la mano á la dama, que estaba en el mirador. Anduvieron un gran trecho, sin que persona alguna les fuese estorvo, hasta que llegando á un collado, vie-

ron que una nube denegrada á brotar rayos, dando á luz de mil relampagos sobervios truenos. Detuvieronse confusos, y luego vieron que unos mancebos (á Carlos le parecian Angeles) vestidos de candidas tunicélas, se llegaron á ellos, y trabando de la Dama, la metieron en una Iglesia, que como milagrosa, se apareció allí delante. El Galán, como por fuerza quiso impedirles el paso, pero hallóse él impedido, sin poder menear los pies. Comenzó con ruegos á decirles, que la dejasen que era esposa suya; y bolviendo el rostro uno de ellos, le dijo: *No tenemos potestad nosotros, sino aquel varon, que está á la puerta vestido.* Bolvió los ojos el Galán, y vió al Pontifice Romano, que con faz severa le miraba, y antes que hablára palabra, oyó que le dixo: *Esta no es esposa tuya, sino de Jesu-Christo.* Y diciendo esto desapareció todo; y al tiempo que Carlos quiso atender á lo que el lastimado Galán hacia, despertó en su cama tan fatigado, y molido, como si por él hubiera pasado lo que le havia representado su idéa. Discreto era Carlos, bien lo habia menester en este punto; porque aunque sueños vanos, y diabolicos no se han de creer, credito se les debe dar á revelaciones divinas; pues esta, si no lo era,

tenia por lo menos todos los requisitos para parecerlo. Ajustó con su historia verdadera la aparente del sueño, y viendolas á las dos tan unas, despidiendo amores, se resolvió en pedirle á Camilo, que le amparase en su casa, y que á Lucinda la dotase conforme á su calidad, para que cumpliese la promesa. Buen acuerdo, discreta eleccion, saber en fin, que es la basa de los aciertos.

Esto le pasó á Carlos la primera noche en la casa de Camilo; vamos á ver á Lucinda, que nos la dejamos mui olvidada, y mui sola. Llegó á la Quinta del modo que vimos, y habiendo buuelto en su acuerdo, y viendose en los brazos de Julia, rodeada de criadas, y doncellas, no acertaba á dar las gracias que fuesen equivalentes á su parecer al hospedage que merecia. Dejaronla donde reposase mientras fueron á saber de Carlos lo que ya queda dicho. Visitaronla otra vez, despues ya de saber quien era, y porque no se enterneciese, quisieron con presteza darle lugar para dormir. No se rindió al sueño, porque estaba con amor, y este, aunque es niño, es mui vigilante, hable la experiencia; y asi entre lastimados suspiros comenzó á quejarse, y decir: Ay Carlos, y quantos tormentos has pasado

por mi! Ay dulce dueño, y qué de lastimas me cercan, considerando que es fuerza el dejarte! Y aunque es mi pérdida tal, mas siento lo que tu has de sentir la mia, porque he conocido lo que me has amado, y he visto lo que por mi has sufrido. Dos veces me he dedicado á Dios, ofreciendole mi virginidad, como en sacrificio; quebrar promesas es sin razon, y si son hechas á un Rey, es delito; quebrando, pues, las de Dios: ¿quién negará ser pecado? Ay Dios, y Señor mio, no me desampareis, pues conoceis la humildad con que dejo lo que quiero por servirlos á Vos, que os adoro! Mas ay de mi! y como ya conozco mi desgracia en la gracia del alvergue; pues Julia hermosa, y viuda, y Carlos ya libre, ¿quien podrá dudar de que se habrán mirado? Este ay era el que mas aquejaba á Lucinda, rabiosos zelos, y era el que primero habia de pronunciar, sino que aún contra el mismo dictamen quieren á veces los que aman cifrar palabras, como no dandose por entendidos de lo que les duele. Sí sentía Lucinda el apartarse de Carlos, pero no era su pena, sino de ver que podia querer á otra. Zelos la aquejaban, que no la pérdida; y zelos, ya se sabe lo que causan, hablen

los egemplos, que hartos sobran.

No dormia Camilo á esta sazón, que entre amorosos desvelos reprimia los impulsos del conato, y amoroso deseo, que pagado en grande manera de la beldad de Lucinda, parece que despertaba muertos apetitos. Mucho hace una vista, bien hacen los que la evitan: el primer escalon del daño suele ser, y asi, cerrar los ojos á una Dama es gran cosa, no melindre. Sacudió Camilo todas las imaginaciones, porque aunque las oyó, no las quiso admitir, antes las desterró; que no hay sentencia mejor que la de un destierro, quando la sensualidad se arrayga; porque la ocasion á la vista, el peligro es presto, ponerse en peligro, yá se sabe que es dañoso; y dañada una conciencia, ¿ qué puede aguardar, sino una ruína? Julia fué la que con mas galanteo derribó deseos, y atropelló pensamientos. Venció mas que todos juntos, claro está el por qué; y es, que Carlos, si tenia mucho amor refrenabalo el impedimento de el voto que habia hecho. Lucinda si estaba con zelos, la misma causa le tapaba la boca; y Camilo si tenia ocasion de querer, el imposible de estar de por medio Carlos, primer poseedor, parece que con discursos de razon le divertia

de sus pensamientos. Pero Julia, no solo no tenia estos embarazos, sino antes en favor un monton de medios provocativos; porque ella se miraba libre, á Carlos veía con partes necesarias para ser estimado, y de Lucinda no sabia entonces su pecho, ningun recelo se ponía por delante, pues ella espontaneamente venia consagrada al voto virginal. Con todas estas causas en favor, rompió su buen discurso, salió con palma victoriosa su entereza.

Con estos desvelos pasaron la noche primera los unos, y los otros, y quando ya el Sol quebrando las vidrieras del Oriente, comenzaba á encaminar sus rayos á los mas empinados obeliscos, se levantó Camilo, y fué á visitar su huésped. Saludaronse corteses, y despues de los agradecimientos debidos, le dió Carlos cuenta de lo que habia imaginado, ofreciendosele por el mas minimo criado de la casa. El trato, y comunicacion de la persona, y la cortesia son la informacion de cada uno; y conociendo Camilo en estas causas las partes de Carlos, le abrazó amigablemente, y le ofreció como á Mayordomo mayor toda su casa, dandole palabra de poner á Lucinda en la parte mas honrada que eligiese,

se; sino es que acaso se contentase de estar en el retiro, y recogimiento, que gozaba su hermana en la propia Quinta. Prometióle asimismo, que le defenderia con todo su poder, si de Valencia viniesen á buscarle sus contrarios; y que si gustaba de casarse, le daría una prima suya con tanto dote de riquezas, como el Cielo la habia dado de gracias. ¡Notable ofrecimiento! Pechos nobles en fin, que miran en los bayvenes de la fortuna los trabajos semejantes á que están expuestos. Abatiendose Carlos á los pies de Camilo, quiso con acciones manifestar lo que la lengua no podia agradecer; porque el corazon mas despierto se embarrata, si se vé muy favorecido, del modo que se adormece, si se vé agraviado. Solamente pronunció palabras para despedir amores, y ofrecimientos de esposa, (quizás quiso que se asegurase, viendo la ocasión de su hermana, no sabiendo lo satisfecho que estaba de ella Camilo), y así le dixo: Señor, pues ya desde aora sois mio, yo os he de servir, defender, y amparar, y finalmente morir con vos en esta fortaleza: Pues ha sido Dios servido que á fuerza de peligros tantos la haya hallado tan á medida de mi contento, quanto superior á lo poco que valgo, esta palabra que

os doy la vereis cumplida, y el día que falte llamadme traydor, ó si no ingrato; que aunque parece titulo menos afrentoso, es mas digno de castigo; pero os ruego que en ningun tiempo me trateis de otro estado que del que tengo, pues habeis visto en el discurso que os hice de mi historia la fuerzá con que deposité en Lucinda mis sentidos, y potencias: el alma la dí, digalo ella, y suya ha de ser mientras yo viva; holgárame que hubierais experimentado lo que es depositar un hombre su voluntad en sugeto capáz de ella (vuestra hermana lo sabrá bien, pues ya me he informado de su amor) para que vierais el fastidio que causa al alma tratarle de otros amores; porque como no son manjar de su apetito, le desazona el gusto: una fé hay, viva, ó muera el consorte, y quien dice que puede haber dos, poca fé sabe guardar. Querer yo tener perfecta voluntad, fé firme, amor entero con una Dama, despues que á otra he hecho dueño de estas tres alhajas, ó he de ser notado que mentí á la primera, ó he de quedar concluído que no tengo verdadera aficion á la segunda.

Con mas gusto recibió Camilo la resolucion de Carlos, que el ofrecimiento, por ver que habia hallado quien corrie-

ra parejas en su modo de vivir. Trataron cosas diversas, y quando ya les pareció hora de visitar á Lucinda, suspendióse Carlos con la consonancia de unas bien templadas cuerdas, que colgadas de las claves de una harpa, se quejaban dulcemente. Reparó Camilo, y díjole: ¿ Sin duda sois aficionado á la musica? Aficion la tengo, respondió Carlos; sin preciar-me de ello, solia divertir muchos ratos de tristeza. En verdad, pues, replicó Camilo, que habeis de cantar alguna cosa, que fuera del gusto que yo recibiré, sé que lo recibirá mi hermana mayor, pues ella es la que tiene asalariado al mismo que ois, para que la cante á diversas horas del dia. Sin dar excusas, (en esto no era Carlos musico) ni hacerse mas de rogar, tomo la harpa, y al compás de las cuerdas, habló con Lucinda de esta suerte:

Lucinda del alma mía,
en quien todo el bien se vé,
si no me matan tus ojos,
que no los vea otra vez.

Ojos de paloma tienes,
mas no importa, que yo sé,
que si no matan de mal,
hay ojos que matan bien.

Muerta me tienes el alma,
estoi con tan buena fé,
que aunque me mata el mirarte
siempre te quisiera vér.

Adoro tus perfecciones,
que tantas en ti se vén
que hai muchas que están sobradas,
sirviendo sin interés.

Plegue á Dios, que si á otros ojos
miráren estos que véis,
estas luces de los tuyos
me abrasen al punto. Amen.

Mientras cantaba Carlos, lastimada Julia estaba escuchando las palabras de Lucinda, que como muger discreta, como Dama querida, y como doncella desamparada, y en agenos limites, se quejaba con tal gracia, que al paso que movia á compasion, provocaba á que la escuchasen. Esto es lo que solemos decir, que una razon bien sentida, tiene precio, y una queja de quien siente, se puede escuchar. Los consuelos que Julia le daba eran parentesis de sus sentimientos, y como estos muchos, y dilatados, y aquellos, aunque pocos, bien dispuestos, formaban entre las dos un periodo de no poca inteligencia. Temerosa Julia de que el eco de los sollozos de Lucinda hiriese en los oídos de Calos (ya le queria quitar penas, aficion parece) quando vió acabada de vestir á Lucinda, la tomó por la mano, y sin criada ninguna (esto han de procurar las señoras, no fiarse de criados) se entraron en un jardien tan deleytoso, que el ser

pe-

pequeño era en él lo que había de mayor admiracion. Sentaronse en un tapete de azucenas, que servia de coxin á unos naranjos, y myrtos, y con albagos, y caricias dijo Julia: Lucinda, hermana mia, (que este nombre te daré si quieres servirte de mí) ya he escuchado de ti, y de Carlos los fracasos de tu historia, ya por vuestros respetos estoy muy satisfecha que en vosotros resplandece la nobleza que contais, y las partes que decis; yá veo que por amor has dejado en tu Patria mancillada tu fama, y la honra de tus padres, y deudos, yá miro el sentimiento justo que haces, yá considero las obligaciones en que has puesto á este Caballero, y yá advierto en las que á ti te corren por el voto pue has hecho; pero te empeño mi palabra, que si te quedas conmigo, haré tu gusto en quanto dispusieres. Si determinas pedir conmutacion, ó dispensacion del voto, yo lo alcanzaré en breves dias, y te casarás. Si te acordáres de guardarle (lo qual te aconsejo) yo te juro de labrar un Monasterio, en el qual me encerraré contigo con mucha voluntad, y gusto. En esto me parece, que te puedo servir, porque bien conozco que no te querrás bolver, pues en tu tierra ya no has de hallar padres, sino ene-

migos, ni te han de dar amparo, sino pesadumbre. Esto te prometo; dime lo que eliges.

Con un ay tan lastimado, que al salir por el dividido clavél, brotaron los ojos perlas, respondió Lucinda: Señora, y amparo mio, no hago, no, tantos sentimientos por los trabajos pasados, como de juzgarme indigna de los bienes que poseo, porque mis delitos no eran dignos de haber hallado tantas misericordias en un pecho tan noble, sino merecedores de hallar en pechos barbaros castigos merecidos. Culpa tuvo mi padre de forzar mi voluntad, porque elegí esposo á mi gusto; y aunque esta culpa me disculpa, no por eso mis arrojos se quedan libres; que es mucha carga la maldicion de un padre, y es mucha desemboltura la inobediencia de una hija. Esto es lo que lloro, y lo que me aflige, mas ya el arrepentimiento, con la esperanza de la penitencia, me consuela. Y pues tan de oficio quieres favorecerme, mi intento es de perseverar en Religion, consagrando de nuevo á Dios mi castidad. Carlos sé que gustará de esto, pues él tambien se vió como me ví: y quien no teme amenazas del Cielo, tiené muy poco de Religion Christiana. Para el santo matrimonio nos queriamos; mucho nos amabamos,

hemos; mas ya que no se muda de la voluntad, que en dejar de tenerse la será imposible, es forzoso que mudemos el fin. Los dos lo prometimos, y los dos lo cumpliremos, él con el amparo de Camilo, dándole con que viva, y yo con tu protección, pues me das tanto. Fiada estoi en tu valor, y en tu clemencia, que hallaremos en todo lo que fuere justo vuestra gracia. Pero hay de mi, Julia, y señora! No sé como te diga esto de modo que me entiendas, y que no te des por entendida. Yo he querido á Carlos, aquí conozco muchas Damas que te sirven, y algunas primas tuyas que te acompañan. El es galán, ellas hermosas, si se amaren (no lo dudo) sentirlo es fuerza; porque muger que ha querido bien á una persona, cierto es que ha de sentir verla en ajena posesion. Satisfecha estoy por aora que nunca querrá á otra Dama; pero como dijo un Sabio: *¿Mudan se los montes, y no se mudarán los animos?* Pues por esto señora mia, quisiera yo que Carlos no se quedara aquí, sino que se fuera á la Corte, y que allá eligiese el modo que quisiere para vivir, porque si allá se enamorare, no viendolo yo, me ahorraré el sentir; porque quando los ojos no vén, se escusa el corazon de llorar. Y asi postra-

da á tus pies te suplico, que sin que Carlos lo entienda, comuniques secretamente con tu hermano este parecer, para que al cabo de algunos dias lo egecute; si tienes voluntad, y proposito de Religion, no lo sacudas de tu idea, que sentiré ya mas el privarme de tu compañía, que todos los trabajos, é infortunios que he pasado.

Pusieron fin á la conversacion, salieronse del jardin, dieron á Camilo, y á Carlos los buenos dias; y comunicadas las determinaciones, y pareceres, se resolvieron Carlos, y Lucinda á quedarse, y Camilo, y Julia á favorecerlos. Sentaronse á comer en una pieza tan bien dispuesta, como aderezada. Y alzadas las mesas, se pusieron á ver mil curiosas historias, que estaban bosquejadas, y escritas en unos tapices Milaneses; y en tanto que las miran, quiero que el Lector pase los ojos por estas advertencias.

En Carlos se representa un Caballero sumamente enamorado. En pretender á Lucinda, siendo él tan pobre, y ella tan hacendada, y rica, anduvo indiscreto; porque cada uno debe poner los ojos en persona que sea su igual, donde no, será causa da muchas ruínas, como las que hemos visto que les sucedieron. En pedirle á sus padres anduvo prudente; y así

hacen mal los que sacan las doncellas contra la voluntad de sus padres. En entrar á sacarla de el Convento, no hai que ponderar lo mal que anduvo, pues ello se dice, y tales atrevimientos merecen enormes castigos. Quebrantar una casa, delito es, y pena merece; el intentar solamente sacar una doncella, con muerte se castiga, el Derecho lo dispone, los Cánones lo aprueban: pues quebrantar una Casa de Dios, y no solo el intentar sacar una Esposa suya, sino egecutar el intento; qué castigo merecerá? Qué penas habrá bastantes? Qué tormentos serán suficientes? Ningunos en esta vida. Pecado es de sacrilegio, pero estaba por arrojarme á decir que es heregía; porque quien tan cara á cara se pone á ofender á Dios, que roba de su Templo á la que es su Esposa, sino es Herege, por lo menos se puede tener por sospechoso. Y del modo que Dios castiga á estos tales, se verán en sus fines, aún verémos el de Carlos. En hacer la promesa en el Mar, anduvo como Católico; y como pecador reconocido; porque yá que un hombre cometió el pecado, justo es, que temeroso del castigo, se arroje á los pies de Dios, y con lagrimas le pida perdon, y misericordia; aunque mas propriamente se puede considerar en aquella accion un peca-

dor obstinado, que sin sentir el peso de las culpas, se deja llevar de su apetito, y aguarda á que Dios le haga una amenaza, poniendole en el potro de una cama, como á Ezequías, ó derribandole de su solio, como á San Pablo, como si todos tuvieran el espiritu de este, ó las lagrimas de aquél. No debemos aguardar á estos ultimos articulos, ni pedirle á Dios milagros, sino armados con sus auxilios Divinos, en cometiendo la culpa, lavarnos con el agua saludable de la penitencia.

En Lucinda se puede considerar una Dama enamorada, y resuelta, dos agujones son para qualquiera desdicha. En dar palabra de casamiento antes de saber el gusto de su padre, anduvo poco cuerda; y asi podrán advertir las doncellas bien por lo que le sucedió á Lucinda, lo mal que hacen en ir contra la voluntad de quien les dió el sér. El ser forzada para que entrase en el Convento, denota ya principios de su castigo; pues del modo que ella contra la voluntad de su padre buscó esposo, asi su padre contra su gusto no quiso que le gozase. Y aunque esto parece contra derecho, muchas veces es permission Divina, para pena de hijas inobedientes. El permitirse sacar del Monasterio, denota la resolucion de

una muger, pues sin mirar tantos peligros á que iba expuesta, se entregó en brazos de quien temerosa la podia dejar perdida. Error grande de doncellas, que se fian de palabras, y por solas ellas venden su honor, como si fuera negocio que se pudiera recuperar, perdido una vez. Dios con todo su poder no puede hacer que la que una vez perdió la joya de la virginidad la recupere, testigo el Maximo de los Doctores San Geronimo en estas galanas palabras: *Cum omnia possit Deus, virginem post lapsum reparare non valet.*

En el padre de Lucinda se denota un hombre cabezudo, y temerario, pues forzando la voluntad de su hija, queria que tubiese estado mas perfecto, llevado de su pundonor: ¡cosa por cierto lastimosa! pues muchas veces una temeridad de estas viene á ser la basa de mil desastres, exemplos vemos cada dia, y asi, deben escarmantar los padres de no forzar á sus hijas que tomen estado contra su voluntad. Y quando ellas no miren los inconvenientes que los padres reparan, podrán atraherlas con buenos modos á que desistan de sus intentos, y muden de parecer. No es imposible para una muger que aborezca oy lo que ayer pretendia, cada dia lo vemos, mu-

chos lo experimentan, algunos lo lloran. Forzar, empero, que se case la que quiere ser virgen, y querer que sea tal la que quiere ser casada, disparate grande, necedad conocida. Pues la doncella forzada de esta suerte, viendose afligida, no cumple con sus obligaciones; y llevada de su inclinacion primera, busca modos para gozarla, halla quien la ayude, destruye su fama, mancilla su opinion, y lo que suele ser peor, muchas veces se expone á condenacion eterna. Y si es el padre causa, considerese, á vista de su culpa, los castigos que tendrá ya prevenidos. Escarmiente cada uno en cabeza ajena, y mire los daños que se originan de un desacierto.

En Camilo, y Julia se pueden considerar dos pechos nobles, llenos de misericordia, pues tan piadosos dieron alvergue á los que saliendo de una borrasca, apenas se conocian. Comida les dán, cama les aderezan, sus personas les ofrecen, para que repararen los duros de corazon en no ser rígidos, ni escarapelados con los que llegan desvalídos á sus puertas. Gran cosa es dar posada al Peregrino, miralo bien, que Dios es el que vá en el pobre. Peregrino se hizo para entrar acompañando dos Discipulos que iban á Emaús. Ellos lo recibie-

ron tan bien, que lo sentaron á su mesa; el primer lugar le dieron, bien se les pagó, pues les dejó llenos de gloria, y esta les tiene prometida á todos los que por su amor hospedaren á los necesitados, y menesterosos; y al contrario, pena eterna á los que fueren crueles; con esto daremos fin á esta primera Persecucion de Lucinda.

PERSECUCION SEGUNDA.

CUENTANSE LOS ZELOS DE LUCINDA, Y LA GRACIA con que Julia procuraba diluirlos. No se satisface Lucinda, y para prueba, procura darle zelos á Carlos, y se pone á peligro de perder la vida.

CON gusto infinito pasaban Carlos, y Lucinda en la Quinta, porque Carlos los mas dias, acompañado de Camilo, salia al soto, fatigaba el monte, atemorizaba las aves, cazaba, en fin, que este suele ser el egercicio de Caballeros, y mas de los que son inclinados á las armas; y Lucinda al lado de Julia, ya divertida en la labor, y ya entretenida en los jardines, pasaba vida gozosa, que bien imaginó infeliz. Los negocios andaban con fervor para su quietud, porque Camilo habia despachado á Roma por licencia para fundar un Monasterio de Religiosas Canonicas, semejante al que fundó la Duquesa de Lotharingia en la Provincia de Henáo, y al que hay en Niveles en Flandes; pero con diferente Estatuto, y Regla, porque aquellas desde por la mañana, hasta medio

dia, que acaban las Horas, andan vestidas de Religiosas; pero de medio dia abajo se visten de seglares, y viven divididas, y puedense casar á su alvedrio, sin que la Abadesa que preside pueda ponerles estorvo. Pero Julia, y Lucinda no querian, ni tanta ostentacion, ni tanta anchura, andaban cuerdas, porque Religiosas con licenciosa vida, mas dán que murmurar, que edifican; y asi procuraban hacer un Monasterio, que dentro de sus limites morasen todas las que entrasen en él, y que votasen todas castidad, por lo menos simplemente, sin ceremonia solemne, de tal manera, que si alguna se quisiera casar, hubiera menester dispensacion del Pontifice; y asimismo, que nadie pudiese salir de la clausura, sino era con licencia de la Prelada, y por causa justa: Con estas ordena-

cio-

ciones, y clausulas, tuvo Julia letras del Pontifice Romano, para que en compañía de otras dos Religiosas del Capitulo de Mons, entrase á fundar su Monasterio. Pusose luego por obra el hacer la Casa de Puzól (sino es que fue en Napoles: poco nos importa su averiguacion.) Finalmente, se pasaron muchos dias primero que surtió efecto, siendo causa la tardanza de muchos temores, y sobresaltos. Todos son zelos de Lucinda, que no fue la menor persecucion, dirémoslo poco á poco, por la comunicacion grande de Camilo con Lucinda, y de Carlos con Julia, al paso que se enfriaban las paredes del nuevo Monasterio, se resfriaban los animos de las que los habian de habitar. Nacieron pasiones, hubo zelos, saliendo rencores de estos, y disgustos de aquellas. Mala bestia es la ocasion, y el trato, hasta en las piedras engendra correspondencia. Camilo, aunque comunicaba con Lucinda, era mui poco, y sin pasion alguna; porque como dije arriba, la primer noche despidió las razones, que sin razon querian inducirle. Carlos, aunque miraba á Julia, nunca olvidaba á Lucinda, y esta solo se desvelaba en zelar á Carlos, y solo Julia era la que, forzando (digamoslo así) su voluntad á que quisiese vér, y

hablar, y no amase, gustaba de Carlos. No sé si me he dado á entender; digo que Julia estaba como algunas doncellas mui discretas, ó que se tienen por tales, que quieren permitir visitas, y conversaciones, y no caer en alguna macula, sino que colorean esto con decir, es un amor honesto, una aficion lisa, no hai nada malo; plegue á Dios. Querer andar metida una muger en ocasiones, y salir libre, gran valor será, en pocas se halla, milagro ha de ser.

De aquesta suerte trataba Julia, gastando muchos ratos en la conversacion de Carlos, pasando muchas tardes con sus canciones, y perdiendo pocos dias sin sus visitas. Todo era muerte de Lucinda, y aunque disimulaba, lo sentía; hasta que no pudiendo disimular su pena, la llamó una tarde á su aposento, y derramando muchas lagrimas, la dixo: Señora, pues sabes del modo que podré estár con la carga de una promesa, y vés la poca solicitud que hai en lo que me tienes prometido, ruegote segunda vez, que hagas que Carlos se vaya á Napoles, ó donde yo no lo vea, si no quisieres ver temprana mi muerte: ya te dije mi pasion, y no te espantes, que quise bien, y lo que se ha querido á la vista, es fuerza vivir

vivir con estos sobresaltos. Bien imaginaba Julia que Lucinda tenía celos; mas juzgaba que era por respeto de algunas Damas de su servicio, y no por ella; y así para asegurarla, y quedarse libre, la respondió de esta suerte: Amiga Lucinda, no tengas tan lleno de pasiones el pecho, ni hagas montes de quimeras en lo que no hay para qué, porque bien tengo conocido de Carlos, (y mi hermano me lo ha dicho) que antes se desquiciarán los Cielos, que ponga sus ojos en otra muger; yo veo que lo confirma con las obras, porque á ninguna Dama de casa la ha hablado jamás de asiento, á todas las mira en comun, á todas las quiere sin particularizarse con ninguna; si el Convento estuviera ya acabado, nos fuéramos al punto, y te quitára delante de los ojos esta pena que tienes de ver al que has querido. Lo que es embiarle á Nápoles, ya lo hubiera hecho, si mi hermano se pudiera hallar sin él, pues bien miras que no le deja un punto; yo tambien te prometo que me huelgo de escucharle, y esto poco que nos queda del siglo, no será razon perderlo, si acaso no te disgusta.

Con más transmutaciones de colores que hace el espiculo del Sol, hiriendo en diversas mate-

rias, se quedó Lucinda escuchando las referidas palabras. Disimuló quanto pudo; y como la tristeza del corazon se encubre mal en el rostro, mirandola Julia, la bolvió á decir: Lucinda, por tu vida te ruego, que me digas desembozadamente tu pena, y me aclares tus recelos: Dime, ¿sabes tu que Carlos quiera á alguna Dama? Has entendido que comunique á alguna con particular cuidado? Has visto que tenga secreto, ó que reciba papeles? Dime en fin tu pena, que sabida, mejor se pondrá el remedio. Con notable discrecion la dió Lucinda entre ceja, y ceja, solo con una palabra, que aunque equívoca, para buenos entendedores tenia clara la inteligencia, dijola: Señora, ya veo que Carlos con ninguna trata en particular, sino es contigo; ¿pero qué sé yo, si siendo esto público, habrá por allá otra comunicacion secreta? Bien lo entendió Julia, y saliendola mil colores á la cara, no se quiso dar por entendida, antes con una disimulada risa la respondió: Lucinda, de oy mas tendré notable cuidado de celar á Carlos; y en conociendole particular inclinacion á alguna, te doy mi palabra de egecutar al instante, y sin detencion lo que me tienes pedido. No se puede encarecer el pesar que Lucinda

recibia de ver, que hablando clara, y descubiertamente, y sabiendo bien que Julia la entendia, se le mostraba ignorante, dandole sentido diferente á sus palabras. Disimuló tambien en no declararse mas, anduvo discreta; porque quando una persona declara á otra el sentimiento que tiene, y conoce que lo ha entendido, mas que no quiere hacer que lo entienda, lo mejor es poner silencio, y no arrojarse á descubrirse cara á cara; porque muchas veces el que ha oído las quejas que de él tienen; y vé del modo disfrazado con que se las dicen, procura la enmienda con mayor cuidado; porque no hay cosa que mas obligue que la cortesia; y al contrario pudiera suceder, si descubiertamente se las dieran, que de afrentado encontrara mas la causa, y la dejara en peor estado que tenia.

Así, pues, hizo Julia, que conociendo que Lucinda estaba zelosa por su causa, procuró con recato, y prudencia no hablarle á Carlos, sin que estubiese Lucinda delante, ó que fuese secreto que ella no lo entendiese. Con esta enmienda se le conoció en breves dias la mejoría á Lucinda, bien lo echó de ver Julia; y como el buen Medico, que quando vé que con la medicina que aplicó se halla mejor el enfermo, conoce la

calidad del mal, y procura á aquel mismo tenor irle aplicando otros remedios, así Julia llamó aparte á Carlos un dia, y le dijo, ¿ que por qué se recataba tanto de Lucinda, sabiendo que habia sido su amor, y que viendose olvidada tan por los fines, sospecharia que se entretenia con otra? Buenas razones respondió Carlos á este proposito; pero á todo le replicó Julia, que mientras estubiesen allí las dos, la tratase con mas familiaridad, entreteniendola con algunas canciones, ó por las mañanas á sus rejas, ó por las tardes en el jardin. Ya entendió Carlos la causa que podia haber para que Julia le hiciese este cargo, entendió los zelos de Lucinda, y así la prometió de reducir á la obra quanto le mandase; y porque con mas particularidad conociese que la obedecia, le pidió que le die-
ra ella cada dia el asunto de lo que habia de cantar. Placeme, dixo Julia, mañana quiero que cantes una letra al despertar, y al levantarse Lucinda de la cama, y esta la cantarás á tiempo que la oygamos las dos, porque me importa estar en su presencia, quando tu apartado le cantes alabanzas. Hecho este concierto se despidieron, yendose Julia á consolar á Lucinda, y Carlos á visitar á Camilo, al qual le contó algo de lo que habia

habia pasado con su hermana acerca del estar zelosa Lucinda. Algo dije que le contó, y no todo; que el que se precia de prudente, y de discreto, en materias delicadas, y que hai honra de por medio, aunque se tenga de su persona mucha satisfaccion, no ha de contar todo lo que le pasa con quien lenguas maliciosas, ó animos poco dociles pueden sospechar lo que no ha habido. En verdad, dijo Camilo, que he estado muchas veces por deciros lo que estais quieto, y recatado, estando en casa una persona á quien tanto habeis querido, y que tanto merece ser estimada, en esto he hallado vuestro mayor valor, y en esto he conocido vuestra mayor prudencia; si bien no puedo yo sentenciar esta causa, por haber cursado poco esta materia de voluntades, que segun me enseña la experiencia de algunos, y veo en los libros las vidas de los otros, debe de ser enfermedad terrible el dejarse una persona cautivar del amor. Mucho se pudiera decir sobre el caso, (respondió Carlos) pero no quiero referir materias semejantes, que aunque son mui delicadas se aprenden con facilidad. Dadle gracias á Dios porque os ha librado de ellas; apartad el pensamiento de sus memorias, y nunca ocupeis los ojos en sus

escritos. En esta conversacion gastaron lo mas de la tarde, y despues de haber dado parte á la noche, quando ya el dia se levantaba, haciendo al Mundo ostentacion de su luz, tomando Carlos un instrumento, se puso en parte que Lucinda, y Julia le pudiesen oír, y despues de haber templado, dixo de esta suerte:

Lucinda, si te levantas, dá primero al Alva cuenta, porque amaneciendo tu, ¿por qué ha de amanecer ella?

Duerman sus ojos serenos entre la olanda de estrellas, que á la sombra de los tuyos ninguno habrá que no duerma.

Yo te miré esta mañana por brujulas de una puerta, y no sé si el alma erró, porque traje al alma enferma.

Los dos luceros abriste, y si el Alva esparce perlas, vidas tu, pues diste vidas, resucitando tinieblas.

Con los claros esplendores pude contemplarte atenta, ya jazmin entre claveles, ya clavél entre azucenas.

Asentada sobre el lecho, sueltas las doradas hebras, tanto en ellas me enlazaste, que dejé la vista en ellas.

Sacaste una mano blanca para poder componerlas, aunque tales desaliños antes adornan, que afean.



Quedóse el Cielo sereno, y las niñas soñolientas, aunque estaban con dos soles, daban bostezos de estrellas.

Desdeñosa ya contigo sacudiste el sueño apenas, quando en las manos tomaste de tu camisa las trenzas.

Pomos de quajada leche cubrió una lazada negra, en columna de alabastro ministrando las diez flechas.

Siryió el cambrai dé cortina, aunque no fué tan grosera, que dejára sin asomos, asomos de tal belleza.

Muy alborozada escuchó Lucinda los versos de su amante, aunque no sin algunos suspiros de las antiguas memorias; porque como ya le miraba con diferente fin, lloraba él que tenia al principio de quererle. No estuvo menos gustosa Julia, escuchando lo bien que habia vestido el asunto, y la gracia, que era mas, con que lo sabia cantar. Tambien Camilo estuvo contento, aunque con alguna tristeza de la novedad de cantar letras á quien ya tenia olvidada. De lo que le habia comunicado antes, coligió la respuesta de su duda; y asi, sin inquirir mas en el caso, le pidió que hiciése una letra al tocarse una Dama, quando con vistosos desaliños se levanta de el lecho. A la misma hora del

dia siguiente ofreció Carlos tenerla puesta en el harpa; hizo lo asi, habiendo avisado á Julia de como ya para aquel dia tenia asunto, contóselo, y ella se holgó mucho, y él levantandose al otro dia; fue á despertar á la zelosa, y las dos escucharon á Carlos este Romance.

Apenas el Alva hermosa bostezaba por el dia, quando mas bella que el Alva despertó el Alva Lucinda.

Tomó un liston en las manos, no sé si de grana fina, segun perdió la color á vista de sus megillas.

Para trenzar sus cabellos, cuidadosa los alia; (suetos porque no es bien que anden los lazos de tantas vidas.

Prende con nudo de seda de oro la madeja rica, rayos de luz dividiendo en dos partes dividida.

Por aprisionarlos mas toma en la boca la cinta; desmintiendo con las perlas bosquejos de clavellinas.

Aqui fué la competencia, y allí del color envidias, que riñeran, á poder haber en el Clelo riñas.

Mas apenas con jazmines la una parte enlazó aprisa, quando la cinta quitada, se vió la nieve corrida.

Quedó en la cara un relieve de

de mil rosas manutinas,
como diciendo al liston
de esta suerte estoi mas linda.

Hizo con los dos extremos,
orladas las hebras finas,
tal extremo en su cabeza,
que fue extremo de ella misma.

Coronada se quedó
tan galante, y tan divina,
que apenas halló el espejo
en que poder corregirla.

Mui pagados quedaron todos de la letra; pero reparando Julia en el ultimo verso, donde decia que ya el espejo no tendria que descubrirle faltas, le pidió para el dia siguiente compusiese alguna cosa al mirarse Lucinda al espejo, despues de haberse cubierto, y trezado la cabeza, segun que la habia pintado en las coplas pasadas. No le fue esto dificultoso á Carlos; y asi, quando otro dia comenzó á dar los primeros pasos por nuestro Orizonte, con pasos de garganta cantó él estas Espinelas, Decimas se llaman comunmente.

Aunque en el mudo cristal
te estás, señora, mirando,
no es él el que te está dando

cuenta de lo que está mal:
la decision es neutral;
mas no quiero que concluyas,
porque si en vidrieras tuyas
faltas contemplas en tí,
el espejo, no, tu sí,
corriges las faltas tuyas.

Que es el espejo instrumento,
concedo; mas no ha de ser
que quiera yo conocer
sin tener conocimiento;
fuera grande atrevimiento
de entendimientos groseros,
decir para compañeros,
que en él perfeccion hallais,
pues vos le perfeccionais
por llegar en él á veros.

Tu te miras, y tu eres
la que tus faltas compones,
que quien no tiene razones,
mal puede dar pareceres:
y quando darle quisieres
lo que de referir dejo,
si miras con el espejo,
que aora estás celestial,
delante de espejo tal,
¿cómo ha de hablar otro espejo?

Quando todos imaginaban
que habia acabado, oyeron que
mudando el tono al instrumen-
to, comenzó en otro diferente
á cantar este Soneto.

Mirabaste, Lucinda, esta mañana
al terso vidrio de cristal bruñado,
mirando en sus reflexos esculpido
mas hermoso diseño que Diana.

Rosa, que bosquejó en Abril temprana,
en él contemplarias; mas Cupido,
aunque vendado, contempló advertido
leche, clavel, jazmin, rosas, y grana.

Estaba yo detrás, y como quando
en un espejo hiriendo del Sol los rayos
deslumbran al que mira sus faroles,

Tal me miré de estar en tí mirando,
que llené el alma ya de mil desmayos,
y me incliné á la sombra de tus soles.

Ya le parecía á Julia que se
habia metido en algun cuida-
do, por haber de tenerle en dar-
le asunto; y como un dia
yendó con Lucinda á Misa la
viese tropezar, y caer en tier-
ra, le pareció materia bastante
para que Carlos sobre mesa can-
tase alguna cosa; el tiempo fue
breve, y así en pocas palabras
cifró lo que era digno de mu-
chas: dijo así:

Lucinda á Misa salió
una mañana de prisa,
y antes que llegase á Misa,
en el umbral tropezó:
el coturno lo causó,
fragil exe de su Cielo,
causando tal desconsuelo,
que se vieron con cuidados
dos soles amenazados,
una quarta ya del suelo.

Torcióse el chapin, y apenas
se carminizó el jazmin,

quando al punto sin carmin

se vió el campo de azuzenas:

las luces antes serenas

iban de los arcaduces

á estrellar al suelo luces,

mas se hizo cruces Lucinda,

y ellas viendola tan linda,

no pasaron de las cruces.

Solia Carlos cantar algunos
ratos por divertir á Camilo;
pero no era con tanta frecuen-
cia, ni con tanto cuidado, ni
de modo que en las letras se
nombrase á Lucinda; y como
aora iba tan diferente, Camilo
sospechaba vivas centellas, las
que ya juzgaba muertas cenizas.
Los criados fraguaban mal-
licias, unos juzgando como adi-
vinos que se habian de casar,
(indicios habia, no era mucho)
y otros como maldicientes, pre-
sumiendo que Carlos salia de
juicio; y lo que hai que reparar

es, que una mala presuncion, aunque sea de gente ignorante, siempre hallará razones á sus palabras; y asi decian: Poeta, y Musico ¿qué hai que aguardar? Dé como ha estado cuerdo estos dias se puede tener por milagro, porque aún lo uno sin lo otro suele engendrar locuras. Murmuraciones de criados son, no hai que hacer caso, porque las palabras no se han de tomar como se dicen, sino como el sugeto que las relata. Lucinda, aunque por una parte gustaba de oír á Carlos, por otra tomaba mas indignacion, considerando que aquello no era de su virtud, sino forzado de Julia; y asi, se abrasaba mas de zelos, y decia: Ay Carlos, ingrato, y qué bien que te has olvidado de tanto como te amé, y qué presto te has pagado de otra belidad, pues por ella haces lo que no hicieras por mí, y llega á tanto tu rigor para conmigo, que aún mi propia contraria te despierta, y te avisa, como si te dijera: Mal Caballero, y falso amante, aunque veo que me quieres, y que por mi te olvidas de la que amaste, no seas tan cruel, y tan ingrato, que aunque no sea mas que por cumplimiento dejes de mostrarle algun amor; siquiera para que yo no presuma que harás otro dia conmigo lo que ahora usas con ella; finge, finge,

que no estás olvidado, dá algunas muestras de que la tienes en memoria, que no tendré zelos viendo que es fingido. Ay de mí! Que llegue yo á ver esto, á que Julia se duela de mi sentimiento, y á que Carlos se acuerde de mí por respeto de Julia; pierdo los sentidos, la paciencia me falta, ahogame el dolor, todo es tormento.

Repasando entre sí estas quejas estaba Lucinda una mañana, quando le llegó un recado, en que Julia la llamaba á su quadra. Disimuló el dolor, cubrió el llanto, y con fingida alegría, llegó á donde Julia la estaba aguardando, y apenas acabaron de saludarse, quando Carlos, que ya estaba advertido, comenzó á templar el instrumento para satisfacer al asunto de aquel dia, que era al labarse las manos una Dama, sirviendola la boca de aguamaní; este Romance fue el que cantó:

De un barro que del coral
mas que rojo hurtó el relieve,
para labarse Lucinda
hurta el agua con claveles.

Suelta el búcaro, tomando
las gotas que bastar suelen
á labar, sin deshacerlas,
dos manos hechas de nieve.

Estas, qual fuente de plata,
debajo la boca tiende;
porque á tal aguamaní

solo pudo dar tal fuente.

Abre entonces el clavel,
brotó cristales, de suerte,
que por ser sus dientes perlas,
juzgué que brotaba dientes.

Tuercen los blancos armiños,
con ademán tan valiente,
que no se pierde una gota
del aire con que los tuerce.

Alborozados los dedos
con el agua se entretienen,
viendo que es ya mas que agua,
por los labios que la vierten.

De ellos destilada sale,
qual rayos de pura leche,
que ha de ser aljofar antes,
que en las manos se congele.

Acabóse de labar,
y al verla acabar, contemple
quien ha oído lo que he dicho,
lo que pudo entonces verse.

Sacudió las blancas manos,
viendose en lance tan fuerte,
chispas de cristal tiradas
de entre cristales lucientes.

Una olanda puso fin
al candor humedo, y este
en los hilos de la olanda
dejó preciosos relieves.

Llena de una indignacion ze-
losa iba ya Lucinda á descubrir
su pecho, si no se le adelantára
Julia, diciendo: Yo no sé, ami-
ga mia, de qué fraguabas zelos
en dias pasados, pues vés con
quanta puntualidad se desvela
Carlos en tus alabanzas. Plu-
guiera á Dios (respondió Lucin-
da) dejára estos desvelos, y se

ocupára en otros que le salie-
ran de voluntad, porque no soi
tan ignorante que no vea que
estos son forzados; y aunque
pudiera estar de tí quejosa,
no quiero sino mostrarme mui
agradecida, pues con tanto cui-
dado buscas mi reposo. ¿Piensas,
Señora, que no sé que el hacer
Carlos estas finezas, á modo de
si aora hubiera de galantear-
me, es por orden tuya? Todo
lo entiendo, y aunque lo disi-
mulo, en mi pecho lo lloro,
aunque oigo mal, ya estoi mui
otra de la que antes era; ya se-
ñora he buuelto sobre mí, ya me
parece, que aunque á vista de
mis ojos Carlos haga festejos á
otra Dama, no lo sentiré. Y
porque veas que es verdad lo
que te digo, y en lo que te
anuncio no te engaño, desde
oi he de hacer á Carlos que no
trate mas de mí, sino que to-
talmente me olvide: y si antes
se me hacia cuesta arriba que
en mi presencia se enamorase,
aora le he de pedir encarecidá-
mente que tome estado, y viva
con su gusto. Ya no quiero que
se ausente, ya me holgaré que
al lado de tu hermano perseve-
re. Solamente estaré desconsola-
lada hasta que las paredes de un
Convento me sepulten, que ya
que cometí la culpa, razon se-
rá castigarla con penitencia.
Humedecidos los ojos, los re-
clinó en un lienzo, dejando á

Julia con notable admiracion de la mudanza. Consolóla quanto pudo, y Carlos sabida la resolucion, puso fin á la tarea comenzada. Colgó el instrumento, y si no era á ruegos de Camilo jamás cantaba. Pensiones son todas estas del amor, unos las pueden llevar, mas otros no las saben sufrir.

Perplexa anduvo unos dias Julia, no acabando de entender el sentido de las razones de Lucinda, conociendo que las habria dicho como muger que se halla sin remedio; y que como dijo el Poëta, quando uno se vé en estos ultimos lances, hace gala de la misma ruína. Entendia mui bien que los zelos de Lucinda eran por ella, y asi se mataba por entender, y apear las palabras obscuras, por si habia sido no hacer caso de ella, por si lo habia dicho para mostrarle su valor, y finalmente por si procuraba otros amores. Esto ultimo fue malicia; de su hermano sospechó, caso notable. La pobre Lucinda, como dije, con pasion zelosa dijo todas aquellas razones, porque es proprio de mugeres, quando mas se están abrasando en zelos, hacer bravatas, y ostentaciones de poco sentimiento; porque como ella habia ya procurado muchas veces su remedio, y veía que por todos los caminos Julia lo estorvaba,

y luego ella misma era causa de que Carlos hiciese aquellos festejos fingidos, ¿qué podia decir, sino estorvando estos, dar muestras de nuevos propositos, porque quien mas no puede se deja morir. Pues adviertase ahora por el camino que la fortuna ordenó un desastre. Como vió Lucinda que Carlos no se habia de ausentar, y que ella se habia de ir, dijo entre sí: ¿Pues por dónde conoceré yo que este me ama, ó si me ha olvidado? yo quiero darle zelos. Valgate Dios por muger, si te vas del siglo á cumplir tu promesa, ¿para qué quieres que te amen? Para tu castigo? Si: pues no te faltará, porque quien sigue á Dios con el pensamiento puesto en las cosas terrenas, quando descansa, halla dolor; quando gloria, que habia de ser, halla trabajos. De suerte, que quando andaba Julia mirando si estaba aficionada á su hermano Camilo, lo quiere procurar la triste para darle zelos á Carlos. Reparese en el caso, y vease el fin, que es compasivo.

El modo, pues, que eligió Lucinda para esta prueba, fue que aunque á un lado del jardin habia uno como retiro, guardado de cipreses, y naranjos, y dentro un estanque mui artificioso, aquí no entraba nadie desde las doce del dia, hasta las tres de la tarde, porque este

tiem-

tiempo gastaba Camilo en gozar de aquella frescura. Solian muchas veces ir á visitarle Julia, y Lucinda, con cuya conversacion pasaba Camilo con mas gusto la siesta. Pues aora sin dar parte á Julia, comenzó Lucinda á irse al estanque, haciendo de modo, que al tiempo que Camilo entraba, fingia quererse salir, porfiando, hasta que se dejaba ligar con la cortesía, y modo. Como Camilo no trataba de amor, no reparó al principio en la novedad: antes con mayores veras asistia cada dia á que Lucinda se entretuviese con él. Ella como llevaba el mismo intento se lo agradecia mucho; y aunque se hacia porfiada, procuraba quedarse, todo esto con fin que en viendola Carlos, tubiese zelos; y teniendolos, quedar satisfecha de que la amaba; y si veía que se le daba poco, colegir la mudanza, y llorar su pena. Carlos, como estaba ignorante de estas malicias de la zelosa Lucinda, las primeras veces no hizo caso, aunque los veía solos á los dos: pero viendo que se iba continuando, miró con mas cuidado, y yá sospechoso, comenzó á escarapelarse, previniendo venganzas. Julia, que tornando á su memoria la resolucion de Lucinda, con la novedad que veía presente, ya juzgó que estaba

enamorada de Camilo su hermano, y aunque lo pudiera tener á mucha dicha, fue tanto lo que se azoró de haber visto, que á ella la hubiese encubierto su pecho, que comenzó á aborrecer lo que en otro tiempo queria desear, yá no queria sino hallar mas pruebas para egecutar rigores, comenzó á zelarla, por confirmar su sospecha, y no le fue dificultoso, viendo la accion que aora contaré. Tenia mucha advertencia Lucinda, por si Carlos la zelaba; vióle un dia escondido entre las murtas, holgóse mucho, y quiso con él hacer la ultima prueba de paciencia: fue, pues, que ella tenia por entretenimiento pasearse por unas paredillas estrechas que dividian el estanque; y asi, yendo á pasar una vez, fingió torcerse el chapin, y cayó en tierra, de la qual la levantó al instante Camilo, y de la mano la ayudó á pasar de la otra parte. Carlos, pareciendole caída artificiosa, como lo habia sido, para que Camilo le diese la mano, se fue á su aposento lleno de bascas mortales. Julia que estaba acechando desde una celosia, pareciendole lo mismo, prevenia castigos, y rigores. Carlos decia: este amor no es tan de nuevo, que no pude presumirlo desde que me despidió severa, haciendome que no can-

tase; pero engañóme entonces mi mucha confianza. Julia en su retrete hacia las mismas conjeturas, y los dos divididos se conjuraban contra Lucinda. Carlos como amante, por razon de enojo refiriendole su amor, y sintiendo su desemboltura; y Julia como señora, por razon de estado, apercibiendole iras, y amenazando castigos. No hai cosa firme en esta vida, todo es mudable, oy gustos, mañana pesares, ayer amistad, y oy aborrecimiento. Hizo Julia una consideracion para su proposito mui buena, aunque en sí era mui mala: fue decir, si acaso me quisiere Carlos, ha de ser estorvo Lucinda; si mi hermano quiere á Lucinda, y ella no resiste, el impedimento se quita; pero casarse mi hermano es mui dudoso; y si yo, y Carlos nos queremos casar, el tropiezo está en pie: pues muera Lucinda. Argumento es de muger, y las conseqüencias son diabolicas. Lo que hai de mayor admiracion, es, que apenas consintió el pensamiento, quando al instante quiso ponerlo en egecucion, teniendo ya prevenida capa con que cubrir su mala conciencia, que era haber de decir, que el castigo habia sido merecido, por haber puesto descompuesta los ojos en su hermano. No hubiera Julia tomado este odio á Lucin-

da, si no hubiera visto lo zeloso, lo triste, lo amargo que andaba Carlos espiandola; porque sacaba de aqui una legitima conseqüencia, que Carlos tenia siempre la mira en Lucinda, aunque advertido, y discreto fingia mirar á otra parte, que así le enseñaba la experiencia, que jamás mudaria de amor. Esto la desesperaba, y vengativa procuraba ya el fin de Lucinda.

Ya dije que al instante que vió Carlos á Lucinda de la mano con Camilo, se fue confuso, y zeloso á su aposento. Estando, pues, allí repasando sus pesares, para en algo divertirlos, hasta que los pudiese referir á boca á la causa de ellos, tomó la pluma, y escribióle estos quebradillos.

Viendo Lucinda mi agravio,
rabio.

Y mirando que te adoro,
lloro.

Y conociendo tu exceso,
pierdo el seso.

Que fuí dichoso confeso,
comprando un cielo barato;
pero mirando tu trato,
rabio, lloro, pierdo el seso.

Disteme como despojos,
ojos.

Merecí con descubrellas,
megillas.

Y alcancé por modos sabios,
labios.

Son ya tales mis agravios,
que

que no estuviera ya en mí,
á no contemplar en tí
ojos, mexillas, y labios.

Causan solo mis rigores,
amores.

Pago ya por las setenas,
penas.

Y aumentanme tus recelos,
zelos.

Testigos hago á los Cielos
que estoi loco; y no me espanto,
pues que me persiguen tanto
amores, penas, y zelos.

No puedes dejar de ser
muger;

Pues eres mas que la rosa,
hermosa,

Y de todos sin medida
querida;

¿Cómo podré tener vida,
si con otros te estoi viendo,
siendo yo hombre, y tu siendo
muger, hermosa, y querida?

Es el que llamas jayán,
galán,

Y tu para quien te ama,
Dama,

Sin perder por mi opinion,
ocasion.

¿Cómo estará un corazon,
que te quiere mas por puntos,
mirando en secreto juntos
Galán, Dama, y ocasion?

Darás sin ningun despecho
el pecho,

Y no mostrarás avára
la cara,

Dando con ocasion poca
la boca.

Lucinda aunque no estés loca,

has de saber que en refriega,
quien dá la mano no niega
el pecho, la cara, y boca.

Oy de ti me despediste
triste,

Y aora estoi sin reposo
zeloso,

De mi sol resplandeciente
ausente.

A quien tan bien sabe, y siente,
basta lo que he dicho oy;
pues soi amante, y estoi
triste, zeloso, y ausente.

Mucho gusto recibió Lucinda, quando huvo recibido los sentimientos de Carlos, repasólos muchas veces, hasta que la hora acostumbrada la combidó con el lecho, atahud de los dormidos, y cuna para los que están fatigados. Durmióse en fin, y quando era el proprio tiempo que la primera quietud deja á los mortales libres de cuidados humanos, mui desvelada Julia salió sola de su quadra llena de ira, acompañada de animo, y resuelta para su determinacion. Con una llave maestra abrió la puerta del retrete de Lucinda, y poniendo sobre un bufete la luz que llevaba, y desnudando un puñal se fue á ella, y viendola tan hermosa, y considerandola muger, antes de egecutar el golpe, se detuvo en hacer algunas consideraciones. No era poco para muger resuelta, milagro

gro pudo llamarse en muger agraviada. Llegóse mas cerca, escuchó á Lucinda, que entre sueños decia estas palabras: Detente, detente Señora, no me mates, tu esclava soy, bien te quiero, muger eres, sé piadosa, dejame la vida, que es de Carlos. No amo á Camilo: aunque lo fingí, no fué por agraviarte, sino por vengar mis zelos. Diciendo estas razones, daba muchos buelcos la afligida Dama. Llegóse Julia un poco mas, y como si hubiera en el sueño discursos de razon, alzó Lucinda la voz, diciendo: Señora, señora, mira que aunque quiero á Carlos, no soy sino de Jesu-Christo, su Esposa me prometí; ¿pues por qué me matas? Recordó con mil temores, repitiendo muchas veces: porqué me matas? Y admirada Julia, quedó llena de confusión; y Lucinda viendo á la que habia soñado del mismo modo presente, enmudeció al instante. Comenzaron á llorar las dos, y Julia como culpada, se abrazó de la inocente, y haciendo las dos un cristalino mar de lagrimas con los raudales de quatro estrelladas fuentes, en mui grande espacio anegadas las voces, no pudieron hablarse.

Mitigado el llanto, y callados los sollozos, habló Julia de esta suerte: Hermana, y compañera mia, ya considero lo

mucho que el Cielo te quiere, pues á vista de mis ojos, y al lado de tus peligros te favorece con sueños, para que por ellos digas lo disculpada que estás, y lo inocente que eres. Confieso mi culpa, matarte quise, por Carlos era, porque le iba queriendo ya mucho; pero ya no le quiero, que proeuro conservar la vida que prometí, ya estoy mui otra que estaba habrá un instante: ya de oy mas haré con penitencias que se destierren los apetitos, ya comenzaré con nuevos propositos á quitar de mi pensamiento las pasiones amorosas. Hasta aqui llegó mi tristeza, hasta aqui duró mi poca prudencia, ya no hay Mundo para mi, ya será la clausura mi descanso, ya serán los ayunos mis gustos, ya será la Oracion mi entretenimiento, oy me he de partir al Monasterio, que tengo fundado por causa tuya, oy me he de apartar de estos lazos del Mundo; y en fin, Lucinda, voy á ser Monja, si acaso quieres egecutar lo que tienes prometido; si determinas cumplir lo que estás publicando, ya ha llegado la ocasion, contigo iré, por ti miraré, regalada vivirás, y siempre te tendré en mi compañia; pero si es que el amor de Carlos te hace guerra, si es que no has apagado las llamas de la aficion antigua, quedate aqui,

casate con él, no fuerces tu voluntad; que aunque despues puedes salir, mas acertado es no entrar; porque en la virtud adelante se camina, y bolver atrás es perdicion. Lo que es aconsejarte que cumplas tu promesa, no puedo excusarlo, porque tengo obligacion, y pues tienes entendimiento, aprovechate; y no por cumplir palabras á un hombre, quiebres la que le tienes dada al mismo Dios.

Antónita, y confusa escuchaba Lucinda las palabras tan sentidas que Julia la decia, á las quales, abrazandose de ella, respondió las siguientes: No sé, señora mia, qué poder decirte, para significarte el gusto que tengo, el consuelo que me has dado, y la gloria que he recibido. No quiero detenerme en dilatados prologos, sino en breves razones decirte, que no solo estoy de parecer de cumplir mis deseos, sino que aún no quisiera que aguardáramos al dia, para que con mayor presteza se vieran egecutados mis intentos. Mucho he querido, y quiero á Carlos, y le querré, mas con diferente designio que tuve quando le ví, pues entonces le queria para esposo, y ahora no pasa esta voluntad los limites de la razon; y asi, no me es estorvo apartarme de él, que como te he dicho, harto lo

he deseado, para con menos sobresaltos gozar la vida que tengo prometida; y quando el amor hubiera vendado á la razon, el apetito hubiera aprisionado mi entendimiento, y ya sin acordarme de promesas, quisiera determinada gozar las fiestas de el Hymenéo, y gustar de las delicias del matrimonio. ¿Quién no mudará de parecer, viendo patente el milagro con que Dios me ha defendido de los filos de este acero que traías? ¿Quién con la vista en esta consideracion, bolverá á Dios las espaldas? Finalmente, señora, te digo, que aunque viera ahora á Carlos casarse con otra Dama (que para nosotras no hay mayor prueba) lo llevara con mil gustos, y lo estimára en mi alma, para con menos cuidado de este siglo entrar en la gloria que me ofreces.

En muy lastimosos coloquios gastaron lo que le quedaba por correr á la noche, y en levantandose el dia, sin descubrir ninguna cosa de lo pasado, concertaron con Camilo el viage para el nuevo Monasterio. Dos dias se detubieron en hacer las prevenciones necesarias, y aderezado todo, y llevando consigo seis virtuosas doncellas, que quisieron seguirlas, se partieron para el Convento, acompañadas de Camilo, y Carlos, y de la demás familia de la casa.

Llegaron á Puzól, donde todos los Caballeros, despues del recibimiento con muchas fiestas les hicieron mucha ostentacion en hospedarlos. No quisieron posar en el Palacio del Conde, aunque ya eran muertos sus contrarios, y era nuevo señor el que regia el Estado, por ser forzoso estar vivas las memorias de su destierro. Un Caballero mui principal les dió alvergue en su casa hasta el dia que Julia, y Lucinda entraron en el Convento, en compañía de otras principales matronas, que quisieron imitar tan buenos propositos. Hicieronse nuevas fiestas, las quales acabadas, se despidieron Carlos, y Camilo, no sin muchas lagrimas. Bolvieronse á la Quinta, y en tanto que los dos comunican tristezas, y repasan sentimientos, y mientras Julia con las Fundadores pone en orden los Estatutos de su Regla, y hace preceptos para su observancia, podrá el Lector pasar los ojos por estas consideraciones.

En los recelos que tuvo al principio Lucinda se puede considerar el peligro de la ocasion; porque aunque mas apagada esté la llama amorosa, y aunque mas muertos estén los deseos de dos que se han querido, si quieren habitar en una misma casa, si quieren comunicarse, si quieren verse, bus-

can ocasion, y en ella el peligro, y el no caer en él ha de ser tan dificultoso, como poner la estopa junto al fuego, y no querer que arda. Buenos propositos tenia Lucinda, pero como se estaba queda en la ocasion, olvidóse de ellos, miraba al amante, y procuraba que no le mirára otra; tuvo zelos, y en habiendolos, pasion hay; y habiendo pasion cautiva está la voluntad; y voluntad cautiva mal puede servir á Dios.

En el consejo que dió Julia á Carlos, diciendole que festejase á Lucinda, y la cantase letras amorosas, se puede advertir el daño que se origina de un mal parecer; pues teniendo Julia obligacion de aconsejarle á Lucinda que se olvidase de pasiones terrenas, y tubiese la mira en el estado virginal que habia prometido, la fomentó los deseos amorosos, haciendole á Carlos que le refrescase las antiguas memorias: mal consejo fué, y asi procedió presto el daño, porque un mal parecer siempre es causa de muchos males. La que se precia de discreta, y se tiene por amiga, aconseje siempre con la mira á Dios, y no errará; porque querer con la mira en sus particularidades, é interes salir con victoria, se hallará burlada, y metida en confusion. Asi sucedió aqui, porque Julia por deslucir.

lucir á Lucinda su poquita afición, y por darla á entender que se habia engañado en la sospecha que de ella habia tenido, aconsejó á Carlos que la hiciera nuevos festejos, y galanteos, de lo qual resultó lo que hemos visto, pues fue causa de que Lucinda se olvidase de sus buenos propositos, y por vengarse de Carlos fingiese amar á Camilo; y Julia llevada de humos señoriles, y de imaginaciones apasionadas, se pusiese en peligro tan manifiesto de quitar una vida inocente. Reparese mucho el mirar, que la que dió el consejo, vino á tener mayores tribulaciones, poniendose á pique de perder su buena reputacion, y en peligro de deslucir su sangre con estos amagos de ingratitud.

Lo tercero que se puede considerar en esta parte, son los daños que acarrea una mentira, por simple, y sencilla que sea, pues por fingir Lucinda que amaba á Camilo, por darle zelos á Carlos, vemos que se indignó Julia contra ella, y la matára, á no librarla milagrosamente el Cielo. Procedió tambien de aquella mentira, y ficcion la inquietud de Carlos,

ayrandose muchas veces, no solo contra ella, mas contra sí mismo. Una mentira por lo menos es pecado venial; un pecado aunque no sea mortal, pone á un alma en un poco olvido de Dios. Este olvido suele ser camino para una grande culpa, y en cayendo en ella, ¿qué puede haber sino desdichas, miserias, y calamidades? Claro tenemos el egeemplo, pues por una pequeña mentira de hacer Lucinda, y dar á entender que amaba á Camilo, procedió un mortal rencor de Carlos; una envidia infernal en Julia, y un peligro manifiesto en entrambos; pues ya Julia tuvo amagado el cuchillo para egecutar en Lucinda el consentido desseo; y si esto se cumpliera, Carlos hiciera en la homicida otro tanto, y Camilo hiciera mil muertes en venganza de su sangre, y asi se cometieran graves culpas por una causa al principio tan leve. Mentira que puede causar estos escandalos es gravisima, veneno lleva escondido, muertes causa, y el dueño de ella se verá tan lleno de trabajos, que ellos mismos le adviertan que son castigos.

PERSECUCION TERCERA.

PASA CONTENTA LUCINDA LOS DIAS PRIMEROS de la Religiosa vida. Ausentase Carlos á unas guerras, y encomendada á Camilo, frequenta con ella las visitas, enamoranse los dos, y sucede un portento.

Vida apacible pasaba Lucinda en el Religioso retiro, tan olvidada ya de Carlos, quanto apartada del Mundo. Pero como no hay cosa que camine sin tropiezos, y una buena profesion los halla siempre grandes, quando se vió Lucinda subida en el ultimo escalón de perfecciones, (porque el ayuno era su manjar, la obediencia su descanso, la mortificacion su respeto) quiso la fortuna (embidiosa podemos decir que estaba) abatirla á los desasosiegos humanos. Nadie se descuide quando se vea mas perfecto, porque tantas diligencias se requieren para conservarse en la gracia, como fueron necesarias para adquirirla. Cuento el suceso desde el principio, y fué en esta forma: Obligado el Rei de Napoles de buenas correspondencias que habia recibido de el Emperador, viendole en necesidad, y menesteroso de gente, para deshacer un motin de Calvinistas, que agavillados con otros Hereses, procuraban la ruina de la Religion Católica, ofreció-

le grande cantidad de moneda, y doce mil combatientes de lo mas lucido de su Reino. Para cumplir como Rey, y no quedar defectuoso en nada de lo ofrecido, pidióles á todos los Principes, y Señores de su Reino que le ayudasen. Uno de los llamados fué Camilo, que viendole su ocasion tan justa, descolgó las armas para ir á limpiarlas en la sangre enemiga de la Iglesia. Carlos como vió ocasion tan buena en que satisfacer algo de lo mucho que le debia, previnose para acompañarle en la jornada. Julia quando supo estas nuevas quedó mui lastimada, tanto, que con palabras resueltas le embió á decir, que si no escusaba el viaje, podia ir primero á hacerla las exequias. Para poner mas estorvo la afligida Matrona (nadie se espante, que es muerte verse sepultada entre paredes) comunicó con Lucinda sus pesares, la qual sabiendo que Carlos iba juntamente acompañandole, fué de parecer que le escribiesen las dos, rogandoles que fuese el uno solo, y para

consuelo de ellas quedase el otro. Entraron en consulta Camilo, y Carlos sobre esta determinacion; y estando resueltos en que se quedase el uno, ninguno queria ser el que se habia de quedar. Camilo decia, que el Rei le llamaba á él, y que se le seguia detrimento á su valor, si no acudia en persona. Carlos replicaba, que era estimarle á él en poco, no fiar que fuera delante del Rei á suplir su falta. Despues de muchas razones, dichas todas sin ficcion (esto habian de tener todas las juntas) quiso Camilo dejarse vencer de las palabras de Carlos, con la confianza que tenia de su valor, y que el Rei habia de estimar en mucho ofrecimiento de tan gentil persona.

Acompañado, pues, de veinte criados, salió Carlos de la Quinta, tan lucido, y galante, que pudiera dar que embidiar al mismo Febo. Salió acompañándole Camilo hasta el Convento, donde se habia de despedir de Julia, y Lucinda, que mui gozosas los aguardaban, entendida ya la determinacion, si bien es verdad que Lucinda lo sentia; tuvole amor, nadie se espante, que aunque se borre la pasion, siempre quedan reliquias de voluntad. Llegaron al Convento, hospedaronlos mui bien, y despues de gastados dos dias en la visita, Carlos

se despidió de todos; y al tiempo de abrazar á Camilo, le rogó encarecidamente mirase por Lucinda, pues hacia cuenta que quedando allí su persona no habia de hacer falta la suya. Camilo se le ofreció mucho, poniendo el tiempo por testigo, y remitiendo á las obras quanto podian encarecer las palabras. Fuése al fin Carlos mui consolado, y Camilo quedó consolando á su hermana, y á Lucinda; porque en los zelages del encubrir se divisaban raudales de sentimiento, lagrimas bien disimuladas, que se manifiestan muchas veces sin licencia de quien las llora. No dejó de sentir Julia la ausencia de Carlos, por el buen trato, y cortés correspondencia que en él habia conocido; pero mirando la cara de su hermano, olvidaba todos los demás desasosiegos. Lucinda previniendo olvidos á la pena, le pidió á Camilo al partirse, que en satisfaccion de haber ausentado á Carlos, no dejase él de visitarlas, por lo menos una vez en la semana. Dióles palabra de hacerlo asi, y pidiendoles licencia, dió buelta á su mui querida, y antigua estancia.

Visitó Camilo su Quinta, dió orden á sus criados, y ocupó á cada uno en sus antiguos ejercicios; y como por una parte se viese ausente de la hermana, que

que tanto quería , y por otra considerase la falta que le hacia Carlos , pues á su lado dese- chaba melancolías , y con su conversacion olvidaba cuida- dos , dió en afligirse , andaba disgustado , y mui desazonado en su semblante. Para destierro , pues , de estos achaques , eligió por remedio la freqüentacion del Monasterio , donde Julia con mil caricias le recibia , y con- solaba , á la qual reconocido , daba muchas ofertas en agra- decimiento. Como no era lar- ga la distancia , no se le hacia trabajo de acudir cada semana , y gastar la mitad en la visita , no lo llevaban mal las Religio- sas (que no era poco para ser Comunidad) antes agradeci- das , juzgaban por merced , lo que lenguas maliciosas dixeran agravio. Ser Julia Prelada , y Fundadora , Camilo Patron , y Señor tan grave , y ella recogi- da , y él tan honesto , eran cau- sas bastantísimas para deslu- cirse montes de presuncion , que hubiera , y para atropellar quimeras que se levantáran. En medio de esta seguridad se le- vantó el peligro , y como estu- vo torreado de escusas , aun- que procuró levantarse , no pudo ser visto.

El caso es este : Como estaba Camilo tan ofrecido á Carlos , en quanto á visitar , y dar con- suelo á Lucinda , y ya estubies-

se pagado de sus discretas pala- bras , quando sin estorvo en su casa las oía , freqüentaba con ella la conversacion , excedien- do en mucho los limites de lisu- ra. Parlaba él amoroso , corres- pondiale agradecida , mostraba- se enamorada , y hacia ostenta- ciones de voluntad. Por modo de pasatiempo comenzó Ca- milo estas visitas , y adelgazó estas platicas. Por tales las co- menzó tambien á tener Lucin- da ; qualquiera persona que hu- biera visto la ocasion que habian tenido en el siglo para lograr amores , y satisfacer volunta- des , no pudiera juzgar otra co- sa. Pues como esto parece que es en cierto modo un genero de escarnio de la pasion amorosa , ella misma les amenazó el castigo. Disparate grande es fiarse un hombre de su virtud , y ha- cer alarde de sus brios. ¿ Quién duda que no diria muchas ve- ces Camilo , ya por juego , ó ya por tener que hablar : (faltan palabras en una larga visita) Ea , Lucinda , mirad que afren- tais dos soles con el aljofar que les pones delante ; olvidad anti- guas memorias , dejad á Car- los , pues ya sois Religiosa , ya os corren nuevas obligaciones ; y si me decís que le amais con voluntad sencilla , y con castos pensamientos , yo estoy en su lu- gar : su substituto soi , su perso- na represento. Ea , derramad

unas pocas ternezas, y haced cuenta que soi Carlos, decidme amores, hacedme, aunque sean fingidos, algunos agasajos; ya sé que me quereis, que bien me acuerdo quando me ibais á visitar á mi jardin, del modo que yo aora os vengo á ver á vuestro Convento, con amor os recibia, voluntad os mostraba, y favores os hacia; pues vos aora, si habeis de corresponder cortés, y si os habeis de mostrar agradecida, ¿por qué no direis que me amais? por qué no direis que soi vuestro? y por qué no premiaréis estos afectos con algunos favores?

A palabras tiernas, dichas de sugeto que merece estimacion, por constante que sea una muger se rinde; por respetos, que se le pongan delante, se aficiona; por peligros que se ofrezcan, se avalanza. Correspondia Lucinda por el mismo estilo, dando muestras de amores de juego, y haciendo que los requiebros pareciesen fingidos; aunque ya el corazon los pronunciaba verdaderos. Proprio de mugeres, que imaginan en el melindre del labio dislucir el sentimiento de las palabras. No quiero detenerme mas en esto, sino epilogar con el fin todos los entretenimientos que pasaron, que fueron muchos, y el Lector discreto los puede colegir, sabiendo las circunstan-

cias del principio, y viendo la resolucion de los fines. Vinieronse á enamorar tanto de lo que juzgaron juego, que olvidados de sí mismos (qualquier amor desenfrenado causa estos efectos) se resolvieron en romper las leyes de la modestia, y atropellar con los discursos de la razon. Camilo se olvidó de su antigua continencia, despertó al apetito, sujetóse á él, y entre muertos deseos se levantó una llama de pensamientos lascivos. Lucinda no se acordó ya de su amado Carlos; mas poco es esto, quando bolvió las espaldas á Dios. Era Esposa de Christo, y olvidada de obligaciones tales, con parabras amorosas, (bien puede ella decir, que fué por burla), le dijo á Camilo, que supuesto que estaba tan enamorado, ¿si sería hombre para entrar, sin ser sentido, al retrete de su celda? ¡Miren qué embite, á quien en juego amoroso estaba picado por los ratos de dilacion que perdia!

Determinaronse los dos, señalaron noche, y llenos de alborozo, dejaron por entonces la visita: cumplióse el plazo, que no sería mui largo, aunque su amor lo juzgaba por tal, porque como no habia mas comodidad una noche que otra, logros de la mas cercana antepondrian á las dilaciones de la mas remota. Llegada, pues, la no-

noche dedicada de los dos al apetito de sus gustos, quando no hai mortal, por despierto que esté, que dexé de pagar en cierto modo gages al sueño; quando están iguales las balanzas de las horas, sin que pese mas lo que dexó del día antecedente, que lo que resta de la noche hasta la luz venidera; quando finalmente es todo silencio, y aún hasta las aves nocturnas dexando los graznidos, se retirarán al descanso: Lucinda determinada, y resuelta, como muger, y sin temor, como amante, estaba aguardando por puntos, que llegase Camilo. Contaba las horas, juzgabalas años, y la tardanza de ellas la desesperaba, inquieta aplicaba el oído á la puerta, confusa atendia si estaba despierta alguna de la casa, y ya casi arrepentida queria acostarse, y dexar esperas. Tomó primero una luz, y sepultandola en el occidente de una linterna, discurreió por toda la casa con secretos pasos, por mirar si Camilo estaba dentro, ó si tenia oportunidad de con las llaves falsas, que le era forzoso llevar, romper las guardas fieles de alguna cerradura. Despues de haver visto, que todo era quietud, y que no faltaban puertas para con facilidad romper la clausura, algo melancolica se fué al Coro. Cobró temores,

viendo que no havia luz; por- que la lampara estaba muerta, y con piadosos afectos, sacando de la linterna una candeilla, llegó á encenderla. Apenas, pues, la dexó brillante, quando en la puerta de la Iglesia sintió gente. Escuchó un poco, y oyó como comenzaban á abrirla. Cubierta de un sudor frio, dixo: *Valgame JESUS*: y al eco dulce de tan tiernas palabras despertó la razon, que la tenia dormida en los brazos del apetito. Quisiera dár voces, y decir: Ladrones hai, ladrones me saltean, ladrones quieren robar mi honor. Mas considerando su culpa (es gran cosa la discrecion en todos lances) no quiso con alborotos remediar daños nacidos de sus malos pensamientos; antes armandose muchas veces de la frente al pecho con la señal de la Cruz, y en ella crucificando sus culpas, se retiró á su celda á esperar la batalla mas peligrosa, que un pecho femeníl puede temer; ya el alma iba arrepentida, el corazon rasgado, muertos los deseos, y vivas las esperanzas de salir con la victoria. Entró en su celda, enjugó las lagrimas, ocultó la tristeza, y con disimulados placeres recostada sobre el lecho, se puso á esperar el asalto de Camilo.

Llegó á la hora que he dicho el Caballero á un pequeño pos-

tigo , que estaba ázia un lado de la Iglesia, por haber ya escudriñado la entrada mas secreta , y no siendole difícil abrirle, por la prevencion de llaves buscadas para el caso , entró dentro , y juntando la puerta, pasó à otra , que tenia la Sacristía ; abrióla tambien : y asimismo otra pequeña correspondiente al Claustro del Monasterio, y en estando aqui, con las señas que Lucinda le habia dado , dexando por un resquicio que se manifestase el rayo de una pequeña luz , que iba embozada en una linterna , llegó con pasos lentos á la puerta de la celda , entró dentro , y bolviendo á cerrar , miró á todas partes, y vió à Lucinda, que sin sobresaltos ningunos , sentada sobre el lecho , le dixo : Seais, señor , bien venido. Respondió Camilo cortés ; y confuso , comenzó á maravillarse de vér tanta tibieza , quando pensaba hallar desembultos abrazos. Sentóse en una silla , disimuló la pena , y encarceló el agravio : suspiraba Lucinda , y con melindres tan propios, como si fuera hermano , ó padre el que tenia delante , comenzó á significarle mil desabrimientos, con tanta sal de discrecion para su intento, y afeytados con tanta honestidad en el modo de decirlos , que ya Camilo juzgaba, que estaba soñando, ó creía, que

era burla , que Lucinda le habia hecho. Iba á tomar las manos, y ella las retiró vergonzosa, cuya accion fue causa de que Camilo, con algunas señas de desabrimiento , y de enojo , la dijera , que se acostasen, supuesto que para aquel intento havia venido. Desnudaos , dixo Lucinda , revestida de varoniles impulsos , y alumbrada de los esplendores de la gracia. Desnudaos, le dice, y pues siendo, como erais, tan recogido , tan honesto , tan casto , y tan lleno de virtudes , quereis à la vista de peligrosos atrevimientos dar muestras de castas valentías , este es mi lecho , dormid en él, que yo os prometo de guardarnos el sueño sin temor del peligro en que me poneis. Confuso estaba Camilo oyendo estas razones; y aunque ya en ellas consideraba su desengaño , quiso por entero salir libre de imaginaciones , confirmando del todo las sospechas que tenia , y asi la dixo á Lucinda , que se desnudase ella tambien , si queria darle el gusto , que le havia prometido. Quisiera saber pintar el ademán valiente , la accion heroyca , la singular discrecion , con que la discreta Lucinda disuadió á Camilo de su intento , y dando muestra de su honestidad antigua, le hizo creer, como iba engañado. Pusose la hermosa Dama con la fáz

serena , salpicó con claveles los jazmines de su cara , y dió muestras en los ojos del agravio que sentia , diciendo : Camilo, discreto sois , con vuestra discrecion haveis de encubrir los rasgos de mi ignorancia ; ya he visto mi necedad en haveros hecho venir , y ya vereis en mi alma las muestras de arrepentimiento. Yo soy Religiosa , y ya que atropellando quise en divertidos juegos obligaros que entrárais en mi celda , no he de permitir despojarme de esta tunica , que mis humildes carnes ciñe. El habito , y los demás vestidos bien podeis verlos quitados , mas esta tunica no puedo quitarme , porque de noche , y de dia , mientras profesáremos esta vida , ha de ser nuestra custodia. Sabed que significa la palabra de castidad , que dí á mi Esposo Jesus , quando le ofrecí mi alma . ¿ Pues mirad si será justo quebrar esta palabra , por daros gusto en lo que me pedis ? Considerad si haré bien de desnudarme una vestidura de Dios , por quedar en carnes á la vista de un hombre ? Advertid si acertaré en atropellar divinos estatutos , por agradar á gustos humanos ? Y decid finalmente , si os pareceré mejor desembuelta , que vestida de honestidad : y yo os prometo de estar obediente á vuestro parecer , si sentenciáredes con razon.

Postrado Camilo ante el reconocimiento de su culpa , la respondió estas palabras : Lucinda , no os espanteis de que siendo hombre , cayera en las redes , que me paró vuestra hermosura ; en ella enlazado , me olvidé de mis principios ; puesta en vos la vista , cegó mi razon ; viendo logros del deseo , rompí los peligros , y sin temor de penas , me engolfé en un imposible. Pero no me culpeis quando me disteis la causa , no me mireis grave , quando os conoceis culpada , ni me habéis tan vergonzosa , quando sabeis , que me calzó espuelas vuestra mucha desvergüenza. Mil laureles merecis por estar arrepentida , coronas os serán estas palabras pesadas que os digo , y disminucion tendreis de pena , sabiendo , que os dí osadía para amargar en vuestro pecho atrevimientos semejantes. Religiosa sois , Lucinda ; mas si á los picantes de mi conversacion respondierais saynetes Religiosos , y á lo colorado de mis palabras dixerais sin rebozos respuestas honestas , ni despertára el apetito de entre las sabanas de mi olvido , ni se durmiera la razon á la sombra de mi memoria. Yá pequé , mi culpa lloro , castigos prevengo , y á la enmienda me apresto. Si estais inocente , no lo sé , Dios es testigo de nuestras conciencias , á

él havemos de dár la cüenta de nuestras sinrazones. Quedaos en paz , que aunque como mozo pudiera , viendo en mi mano la ocasion , ser atrevido , y aunque como amante , viendoos hermosa , pudiera estár determinado , y aunque como libre de peligros , pues he dexado abiertas las puertas por donde poder huír , pudiera quedar resuelto , quiero mortificarme en los umbrales de la ocasion , y gusto de huírme á vista de la victoria. Y si vos solamente excusais el quitaros la tunica blanca , por la palabra que disteis á vuestro querido Esposo Jesu-Christo , yo lleno de arrepentimiento , no quiero ofender á Esposo tal ; y vos podeis estár cierta , que si esta consideracion hubiera dado un golpe , llamando á la puerta de mi entendimiento , antes me hubiera quitado la vida , que hubiera entrado á ofenderle.

Dixo Camilo , y sin aguardar respuesta de Lucinda , se salió de la celda mui presuroso , siguiendo las señas por donde havia entrado. Llegó á la Iglesia , dexando ya cerradas las dos puertas que havia abierto , y al atravesar de la Sacristía á la puerta primera por donde havia entrado , sucedió un caso bien digno de que todos lo tengamos en memoria , pues aún el dia de oy está el milagro patente : fué de este modo.

Havia en la Capilla Mayor una reja de bronce , que curiosamente labrada , servia tanto de adorno , como de custodia á la Capilla. En la cornisa de ella havia una devotissima Imagen de un Crucifixo , que mirando al Cielo , parecia , que estaba repitiendo aquellas palabras : *Pater , ignosce illis , &c.* Padre , perdonalos , que no saben lo que se hacen. Con la lampara que en el Coro ardia , estaba toda la Capilla relumbrante , y la cara del devoto Christo se miraba transparente. Yendo , pues , Camilo á cruzar de una parte á otra , como solia , con mas memoria de Dios , que quando entró dentro ; hincó la rodilla en tierra , haciendole al Christo con la profunda humillacion una deprecacion devota , que fue decir *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.* Dios , y Señor mio , compadecéos de mí por vuestra infinita misericordia. No dixo mas , porque esto basta , quando se dice con el corazon , y mirando al Christo , vió que inclinó la cabeza hasta el pecho , como otorgandole la petition , y agradeciendole el buen termino , que con su esposa havia usado : Que estima Dios en tanto la buena consideracion de un alma arrepentida , que en vez de castigar el deseo consentido , premia con tales favores el huír su ex-

cucion. Consideren los que entienden, cómo podia quedar el arrepentido Caballero, no menos que á vista de Dios, que le estaba premiando. Bolvió á hincarse de rodillas, y hechos sus ojos dos fuentes, comenzó con lagrimas copiosas á regar las losas frias. Hizo muchos actos de Contricion, prometió nueva vida, y con la palabra que llevaba de su perdon, salió de la Iglesia mui consolado.

Sin dexar que amaneciese el día, se fue á su posada, y despertando los criados, subió en su caballo, y se despidió para siempre de Puzól, sin que le hiciera objeciones el amor de la hermana. Llegó á un lugar retirado del comercio, donde entre copados pinos, y funestos cipreses estaba un Monasterio de santos Religiosos; llamó á la puerta, y entrando dentro, preguntó por el Prelado, saludóle, y diciendole que tenia que hablar con él en secreto, se retiraron los dos á un apartado, donde en confesion le contó lo que le havia sucedido. Dixo quién era, y pidióle baxo el mismo secreto, que no descubriera el milagro, hasta que tubiera nueva de su niuerté. Comunicó con él, hasta que en el Oriente brillaban ya los esplendores del Alva, y dexandole muchas cosas advertidas, se partió á la Quinta. El Santo

Monge, admirado del suceso, y casi incredulo del milagro, quiso ir al punto á satisfacerse de la verdad, y á vista de ella cumplir con mayores afectos lo que havia prometido á Camilo. Fué en compañía de otro Santo viejo, y llegando al Monasterio, hallaron ya aclamaciones del milagro, por ser grande el concurso de la gente que acudia. Querer decir los pareceres que daban importa poco, quando sabémos la verdad, y no hai que espantarnos de los diversos juicios, quando está rebozada la certeza de un suceso. El Religioso, como sabedor del caso, viendo el milagro patente, y las señas que Camilo le havia dado tan conformes, se fué al Obispo, y le hizo relacion verdadera del suceso, sin descubrir la persona. Con mui solemne Procesion, con fiestas innumerables, con aclamacion comun se reservó el Crucifixo en un lugar secreto, donde se manifiesta hasta el dia de oy en algunas festividades. Pareceres hai diversos del lugar en donde está, lo mas comun es, que está en una Iglesia de Napoles, sino es que la embidia de tal Reliquia haya sido causa ya de trasladarle á otra parte.

Algunas vislumbres tuvo Lucinda del milagro, ningunas Julia, como ignorante del suceso, y las dos juntamente, des-

despues de las lagrimas piadosas de haver visto en su Casa tan grande Reliquia , comenzaron à derramar otras de mucho sentimiento , sabiendo la ausencia de Camilo ; Julia lloraba , por no saber la causa , y Lucinda, como sabedora de ella , derramaba copiosissimas lagrimas de tristeza. Esto tiene el mundo, que unos lloran por saber , y otros se lamentan de vér , que no saben : valle es de lagrimas, no hay que espantarnos, porque raro será el placér, que no venga á deshacerse en ella. Dexemoslas aqui entre sus lloros, y vamos á vér la disposicion que hace Camilo de su vida. Apenas llegó á su casa, quando comenzó á despedir los Pages, y criados que tenia , dandoles á cada uno el premio , segun los servicios que le havian hecho. Solas dos personas, de quien tenia larga satisfaccion, dexó por guardas en la Quinta, y como depositarios de la riqueza que dexaba ; señalóles salario, y con mucha maduréz ordenó su Testamento, en esta forma : Que á su hermana se le acudiese cada un año con tantos escudos para el regalo de su persona , y á Lucinda con otros tantos, mientras perseverase en el estado Religioso ; porque ya dixé al principio , que no profesaban solemnemente , y asi estaban expuestas á salirse quando era

su voluntad. Todas las demás rentas, y posesiones las dexó á Carlos, si bolviere de la guerra , y no bolviendo , que las distribuyese su hermana en reparos , y provechos del Convento. Dexando , pues , bien autentica esta disposicion , llevando consigo lo que le pareció bastante para pasar pobremente lo restante de su vida , se retiró muchas millas de su Quinta entre los mas escabrosos valles de un solitario yermo. Penetró sus espesuras , escudriñó sus quiebras , y anduvo todos sus sitios , buscando oportunidad para poder habitarle. Su intento era estar solo ; pero no queria perder la asistencia á los Santos Sacrificios de la Misa, por lo menos los dias que la Iglesia lo mandaba ; devoto era de oír Misa , respetaba en sumo grado los Sacerdotes. De estas dos excelencias verémos despues sus saludables consejos.

Melancolico andaba Camilo de un monte en otro , buscando la quietud de su alma , quando encontrandose con un Pastor, que tambien descaminado iba buscando un novillo , que zeloso iba apartado de la brutal manada , le saludó alegre , y le preguntó ; quán apartado estaba de la poblacion mas cercana ? El Pastor le dixo , como en mas de doce millas en contorno no havia poblacion alguna , salvo un

un Monasterio de Monges Benitos, que estaria de alli dos leguas. Consolado quedó Camilo con este informe, y dandole una pequeña joya, le dixo le enseñase el Convento. El Pastor viendose obligado (mucho ánima el premio en qualquier empresa) le fue con mucho gusto sirviendo de guia, hasta que le dexó á vista de las religiosas paredes. Despedido de el Pastor, entró en el Monasterio; comunicó su intento con el Abad, el qual se ofreció hacer quanto le mandase. Agradecido Camilo, dexó muchas joyas al Convento de mucho valor, y con la ayuda que le dieron de maestros, y materiales, labró una Hermita tres leguas del Monasterio, donde colocó una devota Imagen, que le dió el Abad. Al lado de la Hermita hizo una celda en que recogerse. Y esto acabado, se despidió de todos los Monges con muchas lagrimas. Quedó tratado, que todos los Domingos, y Fiestas de precepto havia de ir un Monge á decirle Misa, y aunque hubo votos de la Comunidad en que era pension, la mayor parte consintió en ello, llevados de la accion heroica de un Cavallero tan principal, que pudiendo pasar la vida con regalos, queria consumirla entre mortificaciones, y cilicios. Hecho Hermitaño, que-

dó Camilo con firme proposito de acabar entre el sayál lo restante de su vida: así quiso castigar solo un pensamiento consentido, de este modo procuró agradecer á Dios las mercedes que le hizo en no dexarselo executar, de esta suerte quiso darnos exemplo; dexemosle en su retiro, hasta que se llegue el tiempo de sus heroicos fines.

Bolviendo, pues, á Lucinda, y Julia, que lastimadas las dexamos en el retrete de su celda, es de saber, que considerando, por los graves indicios, que se havian entrado en Religion, comenzaron las dos á consolarse, aunque doloridas de verse solas. Lucinda afligida repasaba algunas veces su culpa, daba lugar á muchas imaginaciones, viendose causa de aquellos ocultos efectos. Persiguióla de tal modo esta melancolía, que ya todas las de la casa la juzgaron mortal. Hicieron por ella muchas rogativas, derramaron muchas lagrimas, sirviendo todo esto, en quanto á lo exterior, de aumentarle el sentimiento, ya que en quanto á la voluntad con que se ofrecia sintió muchas mejoras en su corazon; que como es Dios tan piadoso, se adoleció de sus lloros, y le bolvió á dar cumplidos contentos. Doxóla consolada, cobró su entera salud, y en compañía de Julia prosiguió su estado Religioso.

De todo este discurso, solo quiero, que saque el Lector una consideracion, pues claramente se conoce el resquicio por donde entró el peligro. Si persiguió, por mejor decir, solicitó á Lucinda, no se puede dudar, puesto que la naturaleza lo dicta, quando no lo hubieramos referido de este modo. No hai muger, y mas quando tiene partes para ser querida, que por resuelta que esté en hacer su voluntad, por ciega que se considere de los sobornos del gusto, y por agena que se mire de la razon, no quiera que la soliciten, que la galanteen, que la festejen, y la sirvan para haver de declararse.

Lucinda dió principio á la culpa, en dár lugar á los festejos, y conversaciones poco honestas; pero sin duda fué Camilo quien con razones amorosas despertó las llamas de su apetito. No hai que detenernos en contar lo que ya está referido, sino advertir el peligro que tienen las visitas de doncellas, y los males que acarrear algunas devociones Religiosas. Los Sagrados Cánones aconsejan, y aún mandan, que se quieran estas, y los mas doctos de la Iglesia abominan de aquellas. Hombre solo con muger sola, por continentes que sean, si se están mucho en la platica, han de mancillar las conciencias, y

por seguros que entren, han de salir rodeados de peligros. Frequentaciones de Monasterios de Religiosas, particularmente de personas Seglares, son dañosisimas, no porque ellas en sí sean malas, sino por el peligro que tienen de serlo. Muchas hai buenas, pero aún estas se han de huír, quando hai temores de que puede haver una mala: fuera, que de semejantes visitas se originan, por lo menos, mil murmuraciones, y con vocerías de escandalo, deslucen la correspondencia mas honesta. Buen testigo es de esta materia aquel egemplo de santidad, y sabiduría, el Máximo de los Doctores San Geronimo; pues quando ya los ojos castos se daban por contentos de las visitas que hacia á aquellas Santas Matronas, Paula, y Eustoquia, los ojos de la embidia comenzaron con motines escandalosos á mancillar lo cándido de sus virtudes. ¿Pues quando tales Santos, y tales sugetos son murmurados, qué será de quien carezca de estas calidades? Y pues en nuestra Historia hemos visto el daño que entró por las visitas secretas de Camilo, y Lucinda, siendo personas las dos, en quienes no se atrevió la murmuracion á hacer su tiro, gran rigor se havia de tener en impedir, en particular á personas Seglares, las frequentaciones de

de Religiosas. Un Seglar, si está dotado de ciencia, ó es discreto, bien creo yo, que mirando la calidad de los sugetos con quien conversa, sabrá aún en pláticas jocosas no romper los límites de la modestia, y entre conversaciones picantes no consentir los deseos; pero como no

todos son sabios, ni todos discretos, antes vemos que algunos de palabras que oyen de pasatiempo, se escandalizan, y juzgan por liviandad lo que solo es sencillez, (que esto es el escandalo) lo mas acertado es evitar semejantes correspondencias, y huir estas ocasiones.

PERSECUCION QUARTA.

CARLOS VIENE TRIUNFANTE DE LA GUERRA; visita á Lucinda; y aficionandose de nuevo, tratan de casarse.

Quando en el mayor retiro de virtudes pasaba Lucinda vida agena de cuidados del siglo, quando ya comenzaba entre todas á camppear su Religion, quando ya daba embidias de su mucha santidad, llegó al Convento la nueva de como Carlos estaba en Napoles victorioso, prospero, y triunfante, gozando del Rei privilegios, y mercedes, y de toda aquella nobleza parabienes, y alabanzas. Suspendióse Lucinda, y en esta suspension se divirtió el alma, y en este divertimiento recordó el apetito; y este despierto, resucitaron las muertas memorias, y murieron las vivas esperanzas. Tarde olvida quien bien ama, dice un comun proverbio, con lo qual es mui difícil, que quien tiene amor calle su pena, disimule su pasion, y

encubra sus deseos. En su inquietud concieron las demás Religiosas su mudanza, y en su alegría echaron de ver su distrahimiento. Mucho se holgó Julia con las nuevas; pero no tanto que la divirtiese de sus propositos, ya estaba profesa para con Dios, amó la Religion de veras, era en fin, hermana de tal hermano. Egemplo fué de virtud, fué muchos años Prelada, y egercitó tan bien su officio, que despues de los fines de una santa vida, consiguió principios de gloria con una santa muerte. Esto he dicho, porque si engolfandome despues en los peregrinos sucesos que tengo que contar, y en los fracasos lamentables, que tengo que decir, no me acordáre de Julia, sepa ya el Lector aqui el fin glorioso que tuvo. Ahora pasemos á nuestro intento. Lucin-

Lucinda desde los umbrales de sus años verdes quiso florecer con los amores de su mui amado Carlos; entrególe el alma, la palabra que le dió de esposa es testigo, porque dar palabra de esposa una muger, es lo mismo que poner sus potencias en servidumbre; y como antes de llegar á la quietud, y delicias de este estado, se entró por un resquicio la primera vez que se vió Religiosa, aquella consideracion devota de ver que salia de un estado tan santo como el virginal que profesaba aquella Religion, al del matrimonio dudoso que esperaba consumir con Carlos; y he dicho *dudoso*, por quanto iba expuesta á quedar sin honor, y aborrecida de quien se miraba tan amada. Digo, pues, que como antes de verse con Carlos hiciese aquella consideracion, como doncella afligida, como muger desamparada, arinconando el amor (que este modo de hablar viene medido, supuesto que nunca le echó de sí) prometió castidad. Quando se vió en la tormenta retiró la promesa, y Carlos, por complacerla, rompió de su pecho la obligacion que con ella tenia. Estuvo el tiempo que hemos visto en la Quinta, viniendo tribulaciones del amor, y rebozando (digamoslo asi) las pasiones amorosas. Viendo á

Carlos ausente, y presente á Camilo, mas de lo que pide la lisura, se deshizo la voluntad á un pecado de deseo. Resistió la ejecucion, y con lagrimas borró los rasgos de la culpa. Este ha sido un compendio de todas las persecuciones de el amor contra Lucinda, hasta el punto en que vamos; lo he referido para que se vea la impresion, y caracteres que deja la voluntad en un alma, de aquello que primero apetece, y ama. Quiso Lucinda casarse, amó el nudo conyugal del matrimonio: y asi, aunque se atravesaron imposibles, y aunque la imposibilitaron las promesas, aunque el voto virginal la detenia, y aunque la vergüenza de salirse la obligaba á callar, no fue todo bastante para poder disimular su amorosa pasion. Por lo qual en viendo que Carlos es vivo, que triunfa victorioso, que viene á verla, rompiendo por los respetos de apasionada al amor, muéstrase regocijada, ostentase hermosa, y aguarda la visita. Juicios son de Dios, no hay que espantarnos; porque llevan mucho fondo estos sucesos.

Despidióse Carlos del Rei, mostrandosele mui agradecido á los beneficios que le habia hecho, que lo menos fué hacerle Conde de Velflor. Cargado de riquezas, y rico de titulos, hon-

rosos, entró en Puzól tan triunfante, que fué de todos recibido con los mayores aplausos que pudo prevenir la ostentacion. Feneció el triunfo, y de sembarazado de parabienes, y visitas, visitó á Lucinda, que por instantes lo deseaba, y consoló á Julia, dandole el pesame de la ausencia de su hermano, causa que sintió como propia. Detuvose allí dos días, y luego se fué á ver la disposicion de la Quinta, habló á los Mayordomos, enseñaronle el testamento; y hallandose heredero, comenzó á ir disponiendo todas las cosas. Cumplió las mandas, hizo decir muchas Misas, y en funerales exequias erigió túmulo al que muerto para el mundo vivía en gracia de Dios. Esto acabado, determinó vivir en la Quinta, ya fuese por lo apacible, y deleytoso del sitio, ya por la vecindad de la casa de Lucinda, que aunque apartada, juzgaba por rebozo de la verdad aquella distancia. Despidióse, pues, de ir á Velflor, considerando que allá solo había de gozar del Condado, y allí gozando de su renta, gozaba de la ocasion que tanto pretendía. Es caso mui de notar, que jamás Carlos perdió las esperanzas de lo que vino á conseguir. Abreviemos en decirlo, supuesto que ya ello se está pregonando. A pocas visitas que tuvo

con Lucinda, declararon voluntades, refirieron las antiguas finezas, tornaron á la memoria amores pasados; y para lograrlos como ya presentes, comienzan á buscar medios. Despacha Carlos á Roma, hace relacion de la promesa, propone causas, alega su sangre derramada en defensa de la Santa Fé, y en breves dias tiene Letras Apostolicas, que dispensan con él, y con Lucinda. Haelas notorias, y saca á Lucinda de el Monasterio. No referiré las lamentables lagrimas de Julia, ni los llantos de las Religiosas, porque no haya tristezas en visperas de bodas, ni se publiquen lloros en tiempo de regocijos. Lucinda sale gustosa: Carlos la recibe alegre: los dos parten contentos; y así, no será justo, quando hay alegría de ambas partes, perturbarla con referir lamentos.

Veinte y dos Primavera habia visto Lucinda, y Carlos treinta Mayos floridos, quando se unieron al yugo de el matrimonio, buena edad para casados, y buena disposicion en la mayoria; pero pues hasta aquí parece que solamente hemos referido naufragios del amor, inquietudes de la dicha, y tropiezos de la fortuna, será ya justo, pues hemos llegado á ver logradas esperanzas, que refiramos, aunque sea en borron, algunas fies-

fiestas de las muchas que se hicieron. Caso terrible es satisfacer á los gustos de todos; porque á unos miro deseosos de llegar al fin de estos prodigios, y á otros considero cansados de escuchar tantas dilaciones de dos que se querian bien; así, estos ya querrán divertir la pena que han traído con escuchar las fiestas que se hicieron, y aquellos me espolearán para que les cuente en lo que pararon. Por no dejar á ninguno quejoso, epilogaré en breves palabras los dilatadissimos festejos: y así, los que fueren de esta opinion no tendrán queja, y los que siguieren la contraria, podrán no darse por ofendidos, pasandolos entre hojas, como entre renglones.

Dejando Carlos la grandeza que el Rey le ofrecia para celebrar sus bodas en Napoles, quiso celebrarlas en la Quinta, la qual se vió tan poblada, que en la grandeza, y aparato quedó hecha una Corte. Acudieron muchos Grandes, y Caballeros, sabiendo las prevenciones de sortija, y tornéo que se habian publicado. Vistióse de Damas las floresta, que vinieron nacidas, por salir al tiempo que estaba Abril vestido de tanta esmeralda, y sirvieron de guarnicion florida de su libréa. Tres dias antes de los desposorios se jugó sortija, tornearon

muchos Caballeros, hubo pruebas de fuerzas, con otros juegos diversos. Llegado el quarto dia, despues que despedido de los rayos del Sol, quedó rozagante con el estrellado manto de la noche, se recogieron todos los Caballeros á un solón mui espacioso, que perfumado de aromaticos olores, y hecho un dia con las lamparas que le alumbraban, parecia un rasguño del terrenal Paraíso. A un lado de esta pieza habia un apartado, donde estaban todas las Damas mui ricamente aderezadas, y compuestas. A otro lado habia puestas unas zelosias para todo el comun de la gente. Y quando todos suspensos estaban aguardando á ver los desposados, al són de muchas chirimias, y instrumentos diversos, se desgajó una artificiosa nube, y de ella salieron Carlos, y Lucinda vestidos los dos de tela de plata, cuya guarnicion era de trenzas de oro, tan sembradas de diamantes, que ya su luz impedia los reflejos al oro, y los esplendores á la plata. Apenas quedaron puestos de pies sobre unos cogines, que para el caso estaban puestos, quando bolviendose á cerrar la nube, se oyeron unos truenos de artificio acompañados de unas luces voladoras, substitutas de los relampagos, y luego al punto comenzó á llover di-

ver-

versidad de flores, de modo que quedó la sala tan florida, y compuesta, como si á mano la hubieran aderezado. Cesó la florida lluvia, quando desquadrnandose un pedazo de la sortija, se vió por el resquicio tanta inmensidad de luces, que lo que era para luz, quedaba ya con sospechas de tinieblas: luego por la artificiosa puerta fueron entrando doce pages vestidos todos de blanco, y con un blandon de cándida cera cada uno en las manos. En dos de ellos entró el Obispo revestido, sentado en una silla de marfil, que sin verse quien movia las ruedas, que eran de plata, fue llegando poco á poco á donde los desposados aguardaban. Bolvióse á cerrar la puerta, sin que nadie viese las artes con que se movia. Y mientras se celebran estos desposorios, y el Obispo los bendice, vamos á vér la contienda que tienen dos porteros con un Hermitaño, que está pidiendo le dejen entrar.

No se esondió al Santo Hermitaño Camilo, aunque en desierto tan solo, saber como Carlos se casaba. Informóse de los Monges, y como averiguase la verdad del todo, oyendo que era del Convento de Puzól la Dama con quien se casaba, comenzó á rebolver mil imaginations en su pecho, desconfiando unas veces de la entere-

za de su hermana Julia, y sospechando otras de la fragilidad de Lucinda. Como estaba recatado, no se queria descubrir á los Monges; y así, quiso en persona averiguar la verdad, y no tener guerra con las sospechas de malicia. Sin dár cuenta á nadie se partió á su Quinta, á la qual llegó la misma noche que estamos refiriendo. Como vió tanto aparato, y multitud de gente, confirmó ser la boda verdadera, y por saber el nombre de la desposada, informóse de un Portero. Quedóse admirado quando supo ser Lucinda; y despertando en la memoria su antigua culpa, comenzó á derramar un mar de lagrimas, disimuló quanto pudo, y antes de bolverse, quiso hallarse presente á los desposorios.

Como estaba tan desemejado con las mortificaciones, tan trocado con los ayunos, y tan otro con las potencias, seguramente preguntaba á unos, y á otros lo que queria. Llegó á los que tuvo por Palacios suyos, donde en fiestas semejantes son las puertas el interes de los Porteros, y á los que fueron sus mas infimos criados, les pide con humildad, y ruega con cortesia le dén licencia para vér lo que tantos deseaban. Como iba tan sin padrinos, nieganle la entrada; porfia con todos, pidenle el interés; muestra su

probreza, respondiente oprobios, y el santo Caballero sujeta, y doma irritaciones con paciencia. Al eco de las porfias acudió un Caballero, y vista la causa, y conocido el poco respeto, riñendoles á las guardas asperamente, y tomando por la mano al Hermitaño, le llevó donde estaba una zelosia, para que allí estubiese sin ser notado, y lograrse su vista la ocasion de la venida. Trató con él muchas cosas, aunque viendole tan triste, y lloroso, ahorró de preguntas, por no darle mas pesar: que no es poca discrecion no repetir razones, y preguntas, quando tiene el que ha de responder otros sentimientos, y el que le pregunta lo ignora.

Hicieronse los desposorios con las ceremonias que la Iglesia manda; y quedandose Carlos, y Lucinda dadas las manos, les dieron asiento en un estrado rico, que estaba prevenido. Luego el Obispo, acompañado como entró, salió por la misma puerta, y de allí se fue al lugar que estaba yá dedicado para que viese el saráo. Contentos miraban todos la curiosidad de las prevenciones, y el adorno de las tramoyas; solo Camilo celebraba con sollozos, y suspiros tantas alegrías. Comenzóse la gente á divertir en contar la magestad, y grandeza, y puso silencio la dulce harmonía de

unas templadas cuerdas de una harpa. Acomodaron todos el oído, imaginando que querian cantar; pero al canto del sonoro instrumento, salió un galán mancebo, tan bien aderezado, y compuesto, que se llevó los ojos de todos. Danzó con mucho donayre, y al dár las ultimas bueltas, salió á hacerle compañía una doncella gallarda, que con cada menéo flechaba un corazon, y con cada donayre mancillaba una alma. Siguiendo sus pisadas salieron otros tres galanes, que razonando con las acciones, daban muestras de pretenderla. Quiso el galán, que salió primero, entrar en la competencia, y detuvieronle el paso atrás tres Ninfas, que prendadas de su gentileza, le pretendian amorosas. El galán daba muestras de retirarse, y las competidoras le cercaban; él pedia favor á los otros pretendientes, y ellas, sirviendo las castañetas de lenguas, daban voces para que ninguno le oyese. Al mismo tenor la dama primera, viendose combatida de los tres, queria huir, y no la daban lugar, rogaba encarecidamente que la dejasen, y no la querian entender. Sin faltar en un punto á la traza del saráo, vinieron como acaso á juntarse el galán, y la Dama combatidos; y aunandose los dos, comenzaron á tornear con

los seis. En el tornéo que iban haciendo se fueron enamorando cada galán de su Dama; y concertandose paces, y acabado el compás de las mudanzas, rompiendo el silencio con las castañetas, celebraron juntos las bodas con un bayle, no de menos cuenta que la danza, dejando á todo el auditorio mui contento con tales mudanzas. Comenzaron á loár al Autor los de veras agradados; porque hubo algunos que se daban por contentos, solo por confirmar lo que los otros decían; que esto tienen qualesquiera obras que se sacan á la plaza, donde son tan diferentes, y tan diversos los gustos, que aunque la obra sea buena, siempre la han de poner faltas, y aunque en esta no ha de haver quien las disimule, ni diga contra ellas: no hay mayor desdicha que escribir en estos tiempos; diga cada uno lo que quisiere, que yo he tenido libros mui curiosos en las manos, y estando loando algunos pican-tes, me ha sucedido oír ponerles muchos defectos, y esto no mas de porque no se puede enquadernar el pensamienio al gusto, y paladar de todos.

Apenas se acabó el saráo, y se dió fin á los regocijos, quando despidiendose los huspedes, Carlos, y Lucinda se retiraron á gozar el suave, y dulce fruto

de sus amores. ¿Quién tal pensára, quando oyó las promesas? ¿Quién tal oyera, quando la vió Religiosa? Tenia amor, y estaba todavia casi á la puerta de la libertad, y en esto se conocerá la solucion á las dudas.

Lloroso Camilo se bolvió á su soledad: Dejemosle en ella hasta que le hayamos menester, que entonces le visitaremos, aunque en esto sigamos al uso que tiene oy el Mundo, que nadie se acuerda de nadie, sino es quando necesita de sus menesteres. Pasion debe de ser antigua, aunque los modernos la juzgan nueva. Quiero cerrar este discurso, porque pasemos al quinto, donde suelen pintar las desdichas del tiempo, y las desgracias de la enfermedad; aunque primero quiero satisfacer á muchos que callando me están haciendo objeciones, y preguntas, pareciendoles que voy mui descaminado en haber llamado persecuciones á esta estancia quarta, que acabo de escribir, supuesto que todo ha sido gozos, todo parabienes, todo fiestas, y todo bodas, que no hai que decir mas en materias de alegria. Digo, pues, que por los efectos se conoce las mas veces la malicia de las causas, y á estas se suele dár el nombre de propicias, ó adversas; segun el efecto que de ellas se aguarda; pues quando llegué-

mos á las calamidades de un matrimonio sin fruto, de un estado sin consuelo, halláremos, que la mayor persecucion que esta Dama tuvo, fue la que le sacó de los retiros penitentes á los paraísos del Hymenéo. Y asi, considerará el piadoso lo mal que hace una persona de bolver atrás en el camino de la virtud. El matrimonio bueno es, heregía será decir lo contrario; pero apartarse de la virginidad prometida por seguir el amoroso apetito que causa el matrimonio, es un error desembuelto, aunque rebozado con capa de buen estado, y aun esta no la tubiera, á no alzar la mano el Pontifice con la dispensa. Dejar el matrimonio por se-

guir la Religion, tal sea mi vida, como es mui bueno; pero dejar la Religion por buscar matrimonio, no es acierto; haganles exequias á los que tal buscan, llorenlos, tenganlos lastima, la experiencia de todos los Pueblos podria servir de apoyo en esta parte: y sino, yá que dejamos á Lucinda casada, á Carlos contento, á los dos gozosos, mientras embebecidos en las delicias amorosas, se prometen felicidades, no les digamos nada, dejemoslos, y quando yá les cansen los abrazos, los osculos se enfrien, y los requiebros enfaden, sabremos con verdad los sentimientos que escribo, y las verdades que pondero.

PERSECUCION QUINTA.

DESESPERADO CARLOS DE VERSE SIN HIJOS, SE hurta de Lucinda, y procura remontarse. Apareciósele el demonio disfrazado, y dale un remedio para que tenga un hijo, y sucede una desdicha.

EL fin que mira al matrimonio yá se sabe que es la procreacion de los hijos, y quando estos faltan, yá se puede conocer la infelicidad de los casados, pues que los hijos sean la paz de los matrimonios, proposicion es mui asentada, y sentida de quantos bien sienten, y asi, ni los casados sin hijos tienen paz cumplida, ni

los matrimonios sin fruto causan cumplido contento. Y asi, casados Carlos, y Lucinda, yá juzgaron tener debajo de los pies la rueda de la fortuna, yá entendieron que eran fenecidas las persecuciones. Pues en medio de estos juicios, y en medio de estos entendéres nace el disgusto, y se origina la pena; crece el enfado, y el dolor se multi-

tiplica. Seis años tenían de matrimonio, sin tener quien los aliviase el yugo con gorgéos; seis años pueden llamarse de flores, mas nunca son los años floridos, quando se niegan los frutos. La flor recrea; pero luego se marchita, y quando no ha de dár fruto, ni queda flor, ni se saca provecho. Mucho amaba Carlos á Lucinda; pero viendo seis años estériles, aunque no se apagaba la voluntad, se enfriaba el amor, disimulaba sentimientos, y encubria ahogos. Lucinda estaba mas pesarosa, como aquella que se conocia culpada en estos castigos. Lloraba á solas, y en público encubria lagrimas, aunque no podia sentimientos. Repasaba todas sus tragedias, repetia en la memoria todos sus fracasos, acordabase de todos los avisos que del Cielo havia tenido, y viendo yá la cosa irremediable, entre mortales suspiros daba algun vado á las penas. Conoció Carlos la mudanza de contento en estos sentimientos dolorosos; y como amante verdadero, y que tanto la queria, encubriendo su pena, comenzó á consolarla. Por no mostrarse ingrata la afligida Dama, y por no afligir al que havia sido causa de sus pesares, comenzó á tomar aliento, y á descubrir alegrías. Duraban estas poco, por estar siempre en

pie la causa de las tristezas; y un dia que se vió Carlos algo pesaroso, no tanto de vér la esterilidad de su matrimonio, como de considerar los disgustos de Lucinda, estando sobre mesa, habló de esta suerte:

Lucinda, mucho te he querido, ya lo sabes, y que te debo mucho, ya lo conozco; pero quando entendia, despues de tantas calamidades, gozar con tu compañía todas las delicias humanas, sin que se atreviera el pesar á perturbar mis gustos, te miro tan otra, que si me miras te cuesta un lloro, y si me hablas pagas mil suspiros de pension. Muchos años há, que disimulo estos agravios, cada dia veo que los fomentas, mi alma siente tus desconsuelos, mi pecho está hecho yunque de tus golpes; y aunque quiero disimular por no darte mas pena, mas me atormento de vér que mas te maltratas. Ya conozco, que estos disgustos proceden de considerar, que el Cielo nos castiga en no darnos fruto de bendicion, causa es grande para una pena; pero no es causa para estarte privando de la vida; y pues sé que lo sabes; ¿por qué no consideras, que la esterilidad ha sido causa en muchos casados de mayores logros? Buelve los ojos á Sara, aunque mejor te amigarás con la hermosa Raquel. Mira á las

dos Anas; pues al cabo de muchos años de espera, y deseos, una se llama Madre de un Profeta, como Isabél del Bautista, otra merece llamarse Madre de la mejor. Las mas de las que he dicho eran de mucha edad quando tubieron partos tan dichosos; y siendo tú aora de tan poca, haces mui mal en adelantarte á sentir. Si es castigo de Dios, justo es sentirlo; pero se ha de llevar este sentimiento con mucho gusto, mostrando agradecimientos infinitos de vér que Dios se acuerda de castigarnos. Todo lo entiendes Lucinda, y el saber tu entendimiento, ha sido rémora de mis labios para no haverte dicho palabra hasta aora; y si en esta ocasion rompí los candados del silencio, ha sido por darte á conocer mi determinacion; yo estoi, Lucinda, afligido; y viendo, que para mis aflicciones yo no tengo otro remedio que mirar tu rostro, mirandole tan triste; ¿cómo quedará? Viéndole lloroso, qué podré sentir? Siento de un golpe mil muertes, y por pasar una sola estoi determinado de huír de tu vista, y apartarme de mí mismo, que tanto monta quitarme de tu presencia. Moriré con ello, y tú será posible, que descanses, yá con la viudéz entre tus vasallos, ó yá tornando á tomar el habito que renunciaste. Oy

has de resolverte, ó has de dexar tantos lloros; ó me tienes de desterrar de tus luces. Elige lo que mejor pudieres llevar para consuelo de tu pecho, y no repares en darme muerte, si con ella has de restaurar tu alegría, que mas estimaré dexarte consolada, que vivir á tu lado, viendote llorosa.

Levantóse de la silla, diciendo estas palabras, sin detenerse á esperar la respuesta; porque yá los ojos estaban humedecidos, y en visperas de llorar; y lagrimas en un hombre, aunque por amor no son afrenta, por quien las puede vér, es bien que se encubran. Entróse en otra pieza, dexando á Lucinda barajando las penas pasadas, con los desvelos presentes. Die-ra lugar al desmayo, á no mirar el peligro de su amante; que una muger quando ama bien, aunque esté mortal, entretiene á la muerte por dár vida al objeto de su amor. Consideraba, que Carlos estaba resuelto, y aunque confiada que la queria, estaba temerosa, que si se desmayaba, havia de huír de su presencia. Esforzóse, en fin, como muger prudente, y sin hacer caso de melindre de Dama, viendo que aún no la queria oír, aguardó con mucho valor que Carlos estuviese con menos enojo. Esta es la mayor cordura que puede tener una muger,

ger , pocas la guardan en semejantes ocasiones , y es causa de mil disgustos. Quando ya vió la discreta Dama , que estaba su dulce esposo (ó digamosle marido) algo mas desapasionado (aún podrémos decir , que con algun arrepentimiento de haver sido tan cruel con la que tanto queria) haciendo prologo de un suspiro , le habló de esta manera :

No imaginaba yo , Carlos mio , que me dieras á sentir tantos tormentos , quando te muestras tan compasivo de mis pesares. Pues en el metal de tus palabras hallo sonoridades diversas ; porque si sientes tanto por verme sentir ; ¿ cómo me dás por remedio mayores sentimientos , pues conoces , que son tales las razones resueltas que me has dicho ? No reparas en que por no descubrirte mis penas , siempre en tu presencia he disimulado mis llantos ? No adviertes en que por no disgustarte , jamás en tu presencia me ha faltado gusto ? No miras , que si he sentido á mis solas , tengo causas bastantes ? Si tú , dueño mio , dices , que es castigo del Cielo no darnos hijos ; ¿ qué castigo puede haver , que dexé de causar dolor ? Para que se sienta se castiga ; pues si tengo sentimientos , ¿ por qué en lugar de disminuirlos con tus consuelos , me los aumentas con tus rigores ?

Si acaso estás cansado de llevarme , y enfadado de sufrirme , y con estos disimulos pretendes irte á gozar otras hermosuras ; que te diviertan , y otros gustos , que te alegren , habla claramente , y no me culpes ; pues sabes la aficion que me debes , y conoces lo que por tí he pasado. Y si es verdad , que te quedarás en mis brazos , si pongo enmienda á mis lagrimas ; no te ausentes , y verás del modo que me enmiendo ; no te vayas , y verás como te obedezco ; no me despidas , y verás como te sirvo.

Tapó el dolor los organos de la voz , y aunque quisiera Lucinda mostrarse mas animosa , no pudo dexar de rendirse al sentimiento. Consolóla Carlos quanto pudo , y despues de largas satisfacciones , acompañadas de lagrimas , se fueron los dos á un jardin á divertirse lo que quedó de la tarde. Recostóse Lucinda á la sombra de un Arrayán , y Carlos , por complacerla , tomó un Instrumento , á cuyo tenor cantó de esta manera :

No lloreis , ojos hermosos , no lloreis , que os haceis mal , y es lastima , que dos soles queden turbios con llorar.

No lloreis , que me dáis pena tanta , que puedo apostar , que voy repasando yo

las lágrimas que llorais.

No lloreis , que es compasion,
que las perlas que brotais,
las desperdiciéis de modo,
que no se puedan lograr.

No lloreis , pues sois espejo
donde me suelo mirar,
y no me miraré bien
si está enturbiado el cristál.

No lloreis , tened el llanto,
que aunque tenéis causa tal,
pasan ya de sentimientos
los efectos que mostrais.

No lloreis , que vuestras niñas
son estrellas , y podrán,
viendo á los soles sin luz,
eclipsarse de pesar.

No lloreis , que vale mucho
lo que tan de valde dais;
y reliquias de una vida
no se suelen así dár.

No lloreis , estad en esto:
que primero faltará
la voluntad para mí,
que os pierda la voluntad.

Contenta escuchó Lucinda el Romance , habló á Carlos mas alegre , él la recibió amoroso , los dos se consolaron , y en dulces requiebros consumieron lo que le quedaba al día. Determinaron aplacar el rigor del Cielo con mortificaciones, ayunos , limosnas, y disciplinas: remedios son eficaces para conseguir qualquiera cosa. Dichosos serán los que perseveráren sin perder la esperanza , aunque se tarde el galardón. Carlos ca-

saba huerfanas , daba limosnas, y se exercitaba en la oracion. Lucinda hacia lo mismo , y juntamente los dos eran el remedio de muchas necesidades, Crecia la devocion , aumentabase el cuidado , y exercitabase la virtud. Freqüentaban los Templos entre día , y lo mas de la noche gastaban en peticiones piadosas. Solo pedian un hijo , juzgando con esto tener cumplidos sus gustos , y desechados sus cuidados. Aunque las oía Dios , dilatábales el consuelo , quizá para que despues redundára en mayores alegrías. Un bien dilatado causa mas placér , como llegar á la playa despues de un grande naufragio. Pasóse mas de otro año sin haver señales del deseado fruto; y Carlos desesperado , quiso apartarse de la querida prenda. Estaba confuso , por no saber lo que el Cielo le ordenaba , y queria buscar quien le aconsejase. Perdida la confianza del Cielo , mal se puede aguardar suceso feliz. Anduvo muchos días confiriendo consigo mismo su determinacion. Miraba el amor de Lucinda , que le ponía grillos á los pies ; consideraba lo que havia de sentir , y no podía dár paso ; pero con todos estos estorvos atropella una desesperacion. Asi hizo Carlos , aguardó ocasion , y no la dexó perder : fué esta. Dixerone á

Lucinda unas amigas devotas, que hiciera una Novena en una Iglesia de la gloriosa Santa Ana, que estaba poco mas de dos leguas distante de la Quinta, asegurandole dichosos fines de sus deseos. Quiso Lucinda ocuparse en esta buena obra, dióle cuenta á Carlos, y él la concedió licencia. Señalaron día, y para éste combidó Lucinda á muchas Señoras de Puzól, que como amigas, ningunas se excusaron. La tarde antes dixo Carlos, que queria ir á caza, con propositos, que fingió, de ir á hacer noche á aquella Hermita. Quedóse Lucinda aguardando las Damas, y Carlos se despidió, no sin disimulados suspiros. Salióse en un caballo bien apercebido de joyas, y dineros, y acompañado solamente de un criado. Entróse por la espesura, donde olvidando la modestia, se comenzó á quejar amargamente, y á decir: Señor, yá conozco lo pecador que he sido, pues sin respetar la que yá era esposa vuestra, osé atrevido darle mano de esposo. Mas si vuestro Vicario, en nombre vuestro, dió licencia; ¿por qué, Señor, os mostrais tan riguroso, que me privais de tener hijos? Si perdonais pecados, y ofensas, que os hacemos; ¿cómo no disimulais castigos con el que no fué delito, sino solamente sombra de desacato? Malo soi,

Señor; ¿pero quisiera saber por qué me castigais, y si son castigos, quisiera entender, por qué los exercitais en esta materia de no darme sucesion? Si es el matrimonio estado santo, y vos le realzasteis, hasta hacerle Sacramento; ¿por qué os enojais tanto de que lo haya conseguido? Si prometí virginidad, y la prometió Lucinda quando en aquella borrasca nos vimos en los umbrales de la muerte; bien sabeis, Señor, pues sois la sabiduría, que allí era el temor el que prometia, porque el sentido estaba embriagado, y la razon confusa, y Vos jamás quereis promesas tan forzadas, sino voluntades libres; fuera de que si quedamos ligados, por seguirse despues el tácito consentimiento; yá he dicho, que nos redimisteis de la obligacion; pues dispensó el que tiene el poder vuestro en esta parte acá en la tierra. Pero si soi merecedor de lo que paso, y debo lo que peno, vuestra voluntad se cumpla; embiadme castigos, que para llevarlos con mas amor, salgo de las delicias de mi casa, abrumadme con penas, que para sentirlas yo solo me aparto de mi regalada esposa. Ya estoi en estos montes, matadme si lo merezco, despedacenme las fieras, si os tengo ofendido; dése mi cuerpo á las aves, si os tengo eno-

jado. Solo os pido, que perdoneis á la alma ; pues como imagen vuestra la criasteis , y no la condeneis , pues la redimisteis. Y si Lucinda ha de pasar por los martirios á que de buena voluntad me ofrezco : Señor , Señor , oíd á quien os llama , paseselos yo todos , pues he sido yo causa de que ella los merezca. Suplan sus lagrimas alguna parte , alcancen sus oraciones alguna clemencia , y los ruegos de los dos abran las puertas de vuestra misericordia.

Estas , y otras razones lastimosas iba esparciendo el afligido Caballero , dando tantos suspiros , y derramando tantas lagrimas , que á sentir los brutos de la selva , tubieran compasion , y á tener las piedras alma , hicieran sentimiento. Llegó el criado que llevaba , que á la sazón se havia quedado algo atrás , (cosa ordinaria en mozos de mulas , ó ir una lengua delante , ó quedarse media atrasados) y sin saber de Carlos el intento , le dixo , que iban descaminados , que bolviese la rienda por una senda , que se descubria en las faldas de unos montes. Obedeció Carlos , sin darle á entender su pena , y cuidado , llegaron al camino , y despues de haver caminado un rato , sintieron las pisadas de una mula trotona , que les venía al alcance. Bolvió Car-

los el rostro , y vió , que venía en ella un viejo en trage de Doctor , barba crecida , vestido de escuela , y el aspecto grave. Y porque despues he de aclarar el nombre del personage , pintaré aqui su adorno , y compostura. Era la téz de la cara un verdinegro capote ; los ojos turbios , y tan sepultados en los cascos , que para vér lo blanco de ellos era menester andar brujuleando. La frente tan pequeña (porque para ser grande le faltó la calva) que si levantára la visera del sobrecejo , ni sabrian si las cejas servian de mollera , ni si la mollera hacia officio de cejas. Las narices pequeñas , chatas , y arrugadas ; las orejas tan largas , y puntiaguadas , que á ser necesario , pudieran servir de orejas , y cornezuelos ; la boca grande , con los dientes pocos , y esos claros , y podridos ; el cabello tan grifo , y enroscado , como si hubiera nacido en Monicongo. El cuello de tortúga , pues unas veces se sumergia entre los hombros , y otras se desencajaba mas de media vara de ellos ; el pecho con una giba ; la espalda con una corcoba ; y finalmente , las piernas tan canillas , que las calzas podian servir de fuelles. Considere el curioso lo que podria parecer un hombre de las partes referidas , puesto á caballo , en una mula tan alta , como la

Torre de Babel, tan larga como desde París á Sansueña, y tan flaca, que parecia caballete de tejado, con canales de costillas. Saludaronse los dos; y haciendo el disimulo, dixo el graduado, holgárame saber si voy perdido, porque este camino mas me parece vereda de cazadores, que paso de caminantes. Esto hacia para trabar conversacion, que era lo que procuraba; y así, Carlos le respondió, que poco mas de dos leguas de alli estaba un Castillo, desde el qual toman lengua los que se embarcan para España; pero que él no iba á ningun poblado, sino antes buscando las soledades. Dió un lamentable suspiro diciendo esto; y el nuevo compañero se puso á mirarle mui de proposito, haciendo admiraciones con el rostro, y mil ademanes con el cuerpo: y antes que Carlos le preguntase la causa de hacer aquellos extremos, tomándole por la mano, le dixo: Por vuestra vida, que me descubrais la pena que os affige, que me holgaré mucho entretenerme con vuestros sucesos, yá que voy descaminado. No la encubrais, que os certifico, que soy hombre, que será posible daros remedio, y hacer que os bolvais á vuestra casa consolado. Yá el pulso me está diciendo muchas señas del dolor que os affige; y aunque haciendo dos circulos pudiera conocer del todo vuestra enfermedad, quiero que por vuestra boca la confeseis; lo uno, porque no os espante lo mucho que alcanzo; y lo otro porque divertamos el camino con la relacion de vuestras historias. Y porque no tengais empacho de referir sentimientos, á quien jamás haveis visto, os diré quien soy para animaros. Haveis de saber, que soy Nigromantico, tan aventajado en esta facultad, que soy tenido por prodigioso. He estado muchos años en París, donde en comunes aplausos volaba mi fama á las Provincias mas remotas. Traxeronme unos amigos á Napoles para darle razon al Rei de una sospecha que tenia; y como llegase á mis oídos la fama de un Enrico de Salamanca, allá en España, hurtandome una noche de los discipulos que me acompañaban, salí solo, y de esta suerte, con designio de embarcarme, y visitar á este Sábio, y probar con él mis fuerzas. Apartéme de el Puerto, por escusar el ser allí impedido, y por estos rodéos vengo buscando Puerto mas secreto. Yo soy quien os he dicho, mi determinacion es esta, lo que alcanzo de cosas futuras es infinito, y el remedio que os puedo dár es muy grande. Desapasionáos conmigo, que podrá ser, que

que os holgais de haberme encontrado , y tengais á mucha dicha haverme yo perdido.

Mostróse mui agradecido Carlos á las ofertas del Nigromántico ; y aunque el disgusto le daba apenas lugar de sazonar palabras , por no ser ingrato (esto es de prudentes) animó la voz , y con descuidos de sentir (esto es, interpolando suspiros) le hizo relacion de quien era , y de todo lo que le havia pasado con Lucinda , y como se iba desesperado , por verse sin hijos , y del poco fruto que havian sido los muchos remedios que havia hecho. Acabó Carlos de decir , y al instante el oyente, sin santiguarse , aunque haciendo admiraciones , le dió las gracias de haverle manifestado su pecho , y se le ofreció mui puntual para socorrer su pena. Hizo que se apeáran á la orilla del camino , porque queria consultar los Astros. Obedeció Carlos á todo quanto le dixo , saltó del caballo , y sentóse en las faldas de unos fresnos. El Nigromántico comenzó á sus solas á hacer conjuros , unas veces haciendo circulos en el ayre , otras haciendo mil caracteres en la tierra ; yá hacia que el Sol no diese luz , poniendole mil nubes por delante , yá le mostraba mui resplandeciente en medio de una serenidad notable. Carlos atendia á todo,

sin hablar palabra , aguardando el fin de las señales prodigiosas , y el criado estaba atónito mirando los conjuros , y temiendo alguna borrasca. Fué tal el caso , que desde que vió el personaje , le cobró notable temor. Tuvo por fantasma , ó por algun Sátyro , ó Fauno ; y para satisfacer sus sospechas , quiso vér si la mula comia : quitóle el freno , y poniendola donde paciese , vió , que traspillaba los dientes , llegóse á ella , y cogiendo un manojo de yerva comenzó á alhagarla , combiandola á que comiese ; y como esto no bastára , quiso con las manos apremiarla á que abriese la boca. Mas la mula, en agradecimiento de la cortesía , mostrandole las herraduras , comenzó á dár muchas coces , y corcóbos. Confirmando con esto el mozo la sospecha que tenia , se subió á la cumbre de un collado , y haviendose enramado de Cruces , propuso de no baxar hasta que estubiese Carlos solo.

Acabó de alzar figura el nuevo pasajero , aunque viejo en sus engaños ; y llegandose mui contento á Carlos , le dixo , que se bolviese al instante á su casa ; porque las influencias de los Astros le señalaban , que si el dia siguiente , desde las seis , hasta las nueve de la mañana dormia con su muger , engendraría

un niño resplandeciente, y bello. Admiróse Carlos del pronostico, y viendo la fuerza que le hacía el Agorero, para que no perdiese aquella ocasion, dióle credito, y determinó bolverse á los brazos de Lucinda; pero pidióle con muchos ruegos que le acompañase, porque queria regalarle, y satisfacerle el trabajo, y la merced recibida. No pudo convencerle, viendose obligado, rogóle que por lo menos se sirviese de algunas joyas, y escudos. No he de recibir algun interés, respondió el mayor interesado; pero porque no me juzgeis por grosero, y desagradecido, llevaré vuestro caballo, y os servireis de mi mula, que aunque la veis flaca, yo os aseguro que os pondrá en un vuelo en vuestra Quinta. Placeme en buena hora, replicó Carlos, y llamando al criado, hizo que la enfrenase. Pusieronse los dos á caballo, y despidiendose mui amigables, partieron el camino, el uno ácia el monte, y Carlos ácia su casa.

Aunque he dicho con rebozo las señas de este Nigromantico, yá el curioso havrá colegido por ellas como era el demonio, que por impedir una buena obra, busca tantes trazas, y urde tantas cautelas. Yá dijimos como el siguiente dia se habia de partir Lucinda á la

Hermita de Santa Ana á hacer una Novena, y que para el caso tenia convidadas muchas Damas que la acompañasen; pues porque esto no consiguiese, quiso el padre de la mentira decir una verdad con mil engaños; que tambien el diablo dice sus ciertas verdades, quando con ellas ha de lograr sus deseos. Todas vienen á ser persecuciones, y tragedias de Lucinda, no hay que maravillarnos. Llegó Carlos á la media noche á su casa, hallólos durmiendo á todos, y por nó despertar á su consorte, les quiso guardar el sueño. Con llaves que tenia se entró en una pieza, donde pasó en desvelo lo que quedaba á la noche. Comenzó la Aurora á huir desnuda por los campos del Oriente, acosada del radiante Planeta que la seguia, quando sacudiendo todos el sueño, y aderezandose Lucinda, comenzaron á apercibirse para el viage los cocheros untando aprisa las ruedas, iban unciendo las carrozas, yá los de las Acemillas comenzaban á caminar al tenor de su reposo; yá los mozos, y lacayos, limpiando los caballos, los engalanaban con los ricos jaeces, y los sugetaban con los costosos frenos; yá finalmente los Caballeros del acompañamiento bizarramente vestidos, comenzaban á ha-

cer mal á los caballos, y las Damas ricamente compuestas, iban á ocupar las testeras de los coches, y en medio de este ruido, en medio de este alboroto, Carlos oculto repasaba nuevos pesares, porque consideraba que si Lucinda se ausentaba, no podia egecutar el remedio que traía, y reparaba en que si la impedía en una obra tan santa, se ofendia el Cielo, y Lucinda se mostraria agravada, y los huespedes quedarian sentidos. Por una parte se representaba la perdida de la ocasion, por otra se ofrecia la nota de su afrenta, en lo uno dolor del respeto, y en lo otro verguenza de la osadia. Bacilaba consigo mismo, sin poder hallar remedio que mediase entre la confusion de los dos extremos. Pero mirando que en lo uno habia termino limitado, (dos horas tenia señaladas) y en lo otro tenia á su alvedrio tiempo en que poder satisfacer, atropellando cortesias quiso executar sus deseos.

Embió un recado á Lucinda, diciendola, que importaba el dilatar la fiesta, y el viage para el dia siguiente, ó por lo menos hasta la tarde. Lucinda que ya estaba en su carroza con todas las amigas, le respondió cortés, que mirase que no seria razon burlar de aquella manera á las que la habian venido

á honrar. Replicó Carlos, que era cosa importante, y que no sufría dilacion. No le pareció á Lucinda sería bien andar en preguntas, y respuestas, por medio de criados; y así, descendiendo del coche se fue muy enojada al aposento donde Carlos la queria. Preguntóle la causa, dijose la Carlos, y ella vergonzosa, hablóle muy resuelta con honestas excusas; que aunque era Carlos su marido, ya le pareció aquello deshonestidad, por ser la ocasion presente. Dijole Carlos todo lo que le habia pasado con el Agorero, y que venia determinado á poner en egecucion quanto le habia dicho; y así, que no se excusase de darle gusto. No haré tal respondió Lucinda, aunque nunca tenga hijos, y diciendo esto, bolvió las espaldas para proseguir su romería. Enojóse Carlos, y dejando á un lado el respeto de los que aguardaban, y á otro la aficion que á Lucinda tenia, despidió á todos los Caballeros, y Damas, dando causas bastantes, las que pudo fingir, para que no quedasen desairados. Fueronse unos confusos, y otros corridos, y las Damas todas (mujeres en fin) muy enojadas, y corridas. Lucinda, quando vió tan notable agravio á sus ojos, ayrada consigo misma, por no poder vengarse, hechos los brazos
Cruz,

Cruz, y postrada en la tierra, dijo estas palabras. Plegue á los Cielos, que si de este acceso concibiere algun hijo, que á la hora de mi parto carguen los diablos con él. Considere el Lector qué buena plegaria para mil desastres, y ruínas. Despues trataremos de las maldiciones, prosigamos aora con la Historia. Como Carlos la vió con enojo, tomó en juego las palabras enojadas, y rióse mucho de tales extremos. No me espanto, que como no habiendo deliberacion, no hay culpa, y el estar falta de aquella se conoce en los primeros impulsos de la ira: viendola tan ayrada, piedad es echar las cosas á buena parte; pero como solamente Dios es sabedor de los corazones, él es quien embia á medida de el delito los castigos.

Durmió Carlos con Lucinda á la hora que señaló el mal Astrologo. Surtió el deseado efecto, pues á pocos dias se conoció el preñado. Aquí fue el hacer nuevas novenas, mayores limosnas, grandes obras de virtud, todo á fin que saliese á luz la luz tan deseada de un hijo. Ya estaba Lucinda arrepentida de los lloros, y avergonzada de los desvios; y aunque acordada de estos, olvidada mucho de las maldiciones. Yá miraba al regalado esposo con menos ceño, y gustaba de recos-

tarse en sus brazos, ya con los melindres de queriada, escuchaba los requiebros, ya con los deseos de preñada apetecia los gustos. Pasaronse los nueve meses, tiempo ordinario que la naturaleza concede para que la prole nazca con perfeccion. Llegó la hora del parto, y aqui no hay que pintar lo que sucede, supuesto que es una interpolacion de gustos, y dolores; porque unos esperando el regocijo, están previniendo fiestas, y sa-raos, y otros mirando el tormento de la parturiente, acuden con lagrimas, y oraciones. En medio, pues, de esta diversidad de gustos, salió á la luz un niño, en quien se esmeró demasiado la naturaleza para sacarle tan dotado de gracias, y perfecciones, que al punto que nació, arrebató los ojos de todos los circunstantes.

Quisiera aora hacer un parentesis en blanco, porque otra pluma mas animosa que la mia refriera un tragico suceso, un prodigio, un portento, una desventura. Estoy empeñado, y havré de decirlo, aunque abreviaré en contarlo, que en tales sucesos produce la detencion dolores, y engendra la verbosidad mil inquietudes. A vista de un placer una desgracia, ¡qué mas dicha! Al lado de una victoria una ruína, ¡qué mas lastima! Apenas el recién nacido

con lagrimas, y sollozos, con pasos tardos quiso enseñarse á andar por el camino de la vida, (que poco anduvo, pues solas las faldas de una partera fueron cuna, y mausoleo) quando abriendose una nube, y lanzandose de ella una legion de espiritus malignos, le arrabataron por los ayres, y dando ahullidos tremendos al son de truenos terribles, le traspusieron, y ausentaron de la vista de todos. Brevemente lo he dicho, la ponderacion de el suceso la dejaré á otros ingenios mas delicados, para que con mas gallardia, y viveza de espiritu toque al arma en los dormidos corazones. ¿Cómo quedria Carlos, viendo en poder de lobos infernales un corderillo inocente, sangre de sus venas, pedazo de su alma? ¿Cómo estaria Lucinda, viendose culpada, considerando delitos, repasando culpas, atendiendo á desastres? Diciendo un ay de mi, que le maldije! cayó desmayada. Llevanla á su lecho, procuran bolverla en sí, previenen remedios, mezclanse los llantos, crece la confusion, y nada aprovecha. Carlos rasga sus vestidos, mesa sus cabellos, é hirriendose los pechos, comienza á decir con aquel Santo Profeta: ¿Quién dará, para que lloré agua á mi cabeza, y una fuente de lagrimas á mis ojos?

¿Quién dará consuelo al padre mas desgraciado? ¿Quién dará alivio al hombre mas afligido? ¿Quién mitigará la pena á un abismo de tormentos? Crece con estas palabras el dolor, brotan las lagrimas mas aprisa, renueva la voz los suspiros, y buelvense de nuevo á encender los llantos; los pages se turban, los criados se desatinan, las Damas se desmayan, las dueñas se afligen, y nadie sabe qué hacerse. Herido el Rei, desmayan los vasallos; muerto el Capitan, los Soldados padecen. Veome tan embarcado en estas confusiones, tan metido en estas calamidades (por cierto dignas de qualquier pena) que ya no acierto á referirlas, ni la pluma se siente con alientos para pintarlas.

Acudieron algunos Religiosos, que estaban en la Quinta, y los Sacerdotes, y Capellanes que alli moraban, y con pechos piadosos, y oraciones devotas comenzaron unos á hacer muchos conjuros, y otros á dar algun consuelo á los padres afligidos, esto tuvo algun efecto; pero lo primero sirvió poco. No aprovecharon exorcismos para que pareciera la criatura: jamás supieron de ella hasta que no la conocian. Despues se dará cuenta de esto, que es lo mas gustoso que llevará este Libro; porque es la causa final que me

movió á componerle. A fuerza de pasar dias se fueron olvidando muchos lloros, y á fuerza de consuelos se pusieron en silencio los suspiros. Todos son efectos del amor: porque Carlos procuraba consolarse, por animar á Lucinda, y Lucinda se animaba, por consolar á Carlos; es gran cosa quererse bien dos casados, gloria es, en fin, de este suelo, este titulo quiero darle, y sé que lo merece. ¿A no estar á vista de Lucinda su esposo Carlos, con la pena sucedida, no muriera? Y á no tener Carlos á su esposa presente, en tragedia semejante, no acabára? No tiene duda; porque un dolor sin consuelo no tiene cura, y un mal sin medicina degüella á los vivientes.

Consolaronse, pues, los dos consortes, y divirtiendose en nuevos gustos, comenzaron á poner en olvido los pesares, si es que pesares semejantes se pueden olvidar. El carácter que le quedó de pena á Lucinda, fue considerar que Dios por castigarla habia egecutado su maldicion, digo, permitido que se egecutase. No se engañaba, y aunque lo sentia, era poca la penitencia que aplicaba. El rasguño que quedó en el pecho de Carlos, fue el imaginar que aquel Astrologo habia sido el demonio (bien pensaba) que así como fue por orden suya el te-

ner aquel hijo, y habia podido alcanzarlo por otro mejor camino, no estorvandole á Lucinda sus devotas diligencias, así Dios habia dado lugar á que no le gozase. Tampoco podemos decir que vá Carlos descaminado; culpa tuvo, y así siente, que á estar libre, quedára sin sentimientos. Para enmendar lo pasado, comienzan á freqüentar los Divinos egercicios, abren las puertas á la caridad, destierran al ocio, trabajan en la oracion, y mortificanse con el ayuno. Por otro hijo anhelan, con mas fervor lo piden, contritos lo aguardan, cierto imagino que lo tienen. Que es tan grande el deseo natural de los hijos, que aunque sepa ya un padre de experiencia los disgustos, y dolores que causan, los perdona todos por ver solamente un retrato suyo, en quien emplear aquel deseo, y con quien comunicar su amor.

De buena gana tomára aqui la pluma contra los padres que maldicen á sus hijos, si no atendiera á que lo que yo puedo decir, queda ponderado con el egeemplo referido. La costumbre, dicen, que les escusa á algunos de pecado; porque no maldicen con deliberada intencion, sino solo con aquel habito que tienen adquirido. Hombres doctos casi todos sienten esto, pero lo mejor será que la

mala costumbre se borre, y el mal habito se sujete á la razon. Sin pecado se pueden echar muchas maldiciones; pero tal vez permite Dios, para enmienda de otros, que se ejecuten, y cumplan peticiones semejantes. Bien lo hemos visto, y bien lo lloran. Cada uno meta la mano en su pecho, y considere el caso, que es terrible; porque ¿quién negará que no estaba Lucinda colerica del todo, y que supuesto que deseaba tanto un hijo, si estuviera en su libre acuerdo, se conociera que no era con intencion que sus maldiciones lo alcanzáran? Juicios son de Dios, no hay que escudriñar mas, sino tratar de la enmienda. En hacerse el demonio Astrologo; ¿quién no mira la solitud que tiene para apartar las almas del camino de la virtud, y buenas obras? Mil apariencias tomará para egecutar un engaño; busca trazas, y tiende redes; y en no haciendo presa, brama como leon, é intenta nuevas venganzas. Jamás está durmiendo, siempre

nos ronda las puertas, y ordinario procura sujetarnos á su servidumbre. Por esto nos enseña el Principe de los Apostoles, diciendo: *Fratres, sobrii estote, & vigilate, quia adversarius vester diabolus, tamquam leo rugiens, circuit, quærens quem devoret.* Hermanos, tened templanza, ayunad, mortificáos, porque vuestro enemigo anda rondando vuestros umbrales, bramando como un leon, buscando en quien emplear sus uñas. Consejo es este que debemos tenerle todos los dias en la memoria: la verdad nos cuenta; ¿pues quién lo echará en olvido? En quanto á impedir Carlos la buena obra que iba á hacer Lucinda por cumplir con el consejo del Agorero, se dá á entender que fue castigo suyo en parte el fracaso que sucedió, para que otros adviertan que es mejor fiarnos de una obra de virtud para qualquiera pretension, que no de una patraña de un ignorante, ó de una hechicería de un Astrologo.

PERSECUCION SEXTA.

PARE LUCINDA OTRO HIJO, AL QUAL PUSIERON por nombre Julian; este en siendo mancebo, escarapelado de un tragico pronostico, se ausenta de sus padres, y se pasa á España, y Carlos, y Lucinda se parten disfrazados á buscarle.

A Desterrar tristezas paternales nació Julian vestido de alegrías, estas fueron cumplidas en Carlos, como de Lucinda festejadas, y de toda su familia aplaudidas. El nuevo gozo, y regocijo comenzó á poner en olvido el pasado sentimiento. El suceso feliz comenzó á borrar memorias de el fracaso. Ya repasaba Lucinda su desatino, y decia sin decirlo (esto es hablando para sí) que este era hijo de bendicion; pues tantas le habia dado desde que le concibió, como el otro desastrado habia sido de maldicion; pues tan bien le habia comprendido. Entre estas consideraciones, ¿quién negará lagrimas á los ojos, y al corazon sentimientos? Lucinda las deramaba, y Carlos las sentia. Unas veces les daba Julian consuelo, y otras de mirarle recibian grande disgusto, y pesar, por mirar en él la estampa de el mal logrado, y la misma pintura del perdido. Bien se dan á conocer estos pesares, no quiero cansar mas con ellos, aun-

que tristezas semejantes justo es repetir las para escarmiento de algunos. Fue Julian desde su puericia dotado de mil gracias, y vestido de mil virtudes: dos propiedades son que cautivan á los padres. Apenas cumplió seis años, quando comenzó á estudiar la Lengua Latina, aprendiéndola con brevedad, y hasta catorce le dieron Maestros que le enseñasen Filosofia, y letras humanas. De todo dió buena cuenta, y en todo salió mui habil. Estas gracias quitaban á sus padres desconsuelos: su modestia les causaba mil contentos; su virtud les echaba grillos á sus voluntades, y su prudencia les robaba los corazones. Tanto le querian por sus grangéos, como por ser hijo de sus entrañas. Esto adquiere la virtud de un hijo, y todo lo pierde el que no corresponde como tal. Para divertirse á ratos del trabajo del estudio, y de la maleza del ocio, escogió el egercicio de la caza, imitó á su padre, y á todas las personas de calidad, de ellos es este en-

tretenimiento, rato deleitoso, aunque cansado; tiempo trabajado, pero no perdido.

La inclinacion natural, ayudada de la frequentacion de la costumbre, se fomenta. Julian era inclinado á la caza, dió en egercitarse en ella los mas dias, y asi pocos eran los que se desocupaba. No le pesaba á Carlos de tenerle ausente de otros cautiverios, que suelen ser enfermedad, si no los rescatan. Habia muchas Damas en la Quinta, las quales suelen ser polillas en el paño limpio de la voluntad. Acordabase Carlos de sus mocedades, consideraba Lucinda sus amores, y como escarmentados en sí propios, procuraban apartar al hijo de platicas mugeriles. Divertianle en el campo, porque gozase de los ayres saludables de la libertad; porque ésta falta á los que enferman de amor. Fatigaba, pues, tanto Julian los montes, que se puede presumir, que no solo las fieras estarian cansadas de la monteria, sino hasta los arboles, y peñas, en su modo, estarian con pesadumbre de las voces. Confirme esta presuncion el mayor prodigio, pronostico es de el Cielo, bien se puede oír. Salió, pues, Julian un dia, entre otros, á ver correr dos venados, y á matar dos fieras. Iba en un alazán brioso, jugando con gallardia un

venablo. Penetró lo mas frago- so del monte, engolfóse en la espesura, sin poder en mucho rato descubrir en quien emplear sus deseos. Esta es la desdicha de un cazador. Bolvió la rienda al caballo para bolverse corrido, quando le salió como al encuentro un ligero Ciervo. Comenzó á seguirle, deseoso de egecutar en él parte de el enojo. Ibase acercando para herirle, y acometiendo los perros para detenerle. El Ciervo con su ligereza fue causa que Julian se cansase en alcanzarle; y quando ya fatigado vió que iba á desembrazar el venablo para quitarle la vida, hizole rostro; y confrontandose con él, le dixo con voz humana estas formales palabras: *Matador de tus padres; ¿por qué me persigues tanto?* Y acabandolas de decir desapareció del puesto, huyendo á la espesura. Quedóse Julian sin halientos, titubeó el valor en las carpidas venas, y la sangre helada dió muestra del temor adquirido. Aguardó que pasasen los primeros impulsos de el sobresalto; y recobrando el sentido, dió la buelta á su casa. Disimuló quanto pudo la pena, pero no fue posible rebozar los rasgos de melancolía, y en esta conocieron los padres su disgusto. Preguntaronle la causa, y no quiso descubrirla, viendo que era irremediable.

Daba excusas de pesar, y levantábase testimonios á la salud. Carlos recelaba, que era herida del amor. Lucinda la atribuía á falta de la comunicacion, y trato cortesano. Juicios eran todos, y aunque no temerarios, no apeaban la verdad.

En vez de disminuirse, creció la melancolía, y el no saberse la causa impedía el aplicar remedios. Muchos daban los Doctores; pero Julian no aceptaba ninguno, como sabía el poco fruto que le habian de dar á su accidente. Carlos se dolía como padre, y con regalos, y caricias le importunaba para que le descubriese su mal; cansabase en vano, porque eran lagrimas las que recibia por razones, y sollozos pasaban plaza de palabras. No le apremiaban mas viendo el sentimiento, daban vado á las preguntas por disminuirle penas. Lucinda quiso, como madre, alcanzar, á fuerza de amor, que la descubriese Julian por justicia este secreto. Aguardó que estubiese solo, y hallando la ocasion, le dijo con lagrimas piadosas estas regaladas palabras: Julian, hijo mio, pues sabes lo que me cuestan de lloros, y conoces lo que me debes de voluntad; pues sabes lo que tu padre siente esta tristeza, y conoces lo que yo como madre tuya deseo tu salud, no seas ingrato en encu-

brirnos tu enfermedad, y no seas esquivo en regatearnos el decir la causa. Manifestame tu pecho, dí lo que te aflige, cuéntame lo que apetece, y verás que á costa de mi propia vida haré que se egecuten tus deseos. Si hai quien te agravie, yo te vengaré; si estás ofendido, castigaré culpados; si estás menesteroso, te entregaré mis joyas todas. Si acaso son deseos de la Corte los que te melancolizan, y el tumulto de su aparato el que te mueve el animo, y el bullicio de su ostentacion es quien te inquieta, con manifestar tu gusto, verás cumplido el deseo, y descubriendo tu pecho, verás egecutada tu voluntad. Y si es amor (ay hijo, esto me recelo!) el que avasallando tus potencias, quiere destruir tu salud, no lo encubras; porque de las enfermedades secretas es esta la mas peligrosa. No te haga cocos la vergüenza, rompe los imposibles de tu natural modesto, manifiesta la herida, no temas las amenazas del temor. Mira que soy tu madre, y te quiero como tal, que esto es ser madre verdadera; y fiandote de mi, verás que te saco en hombros del incendio en que te abrasas. Si no es conforme á tu estado la belleza que te cautiva, y esto te enfrena la lengua, por humilde que sea, la igualaré á tu

poder por verte contento. Y si alguna de mas nombre, quizá saliendo á caza, ha robado tu libertad, no te congoje, que tu padre, y yo buscaremos nuevos intereses hasta que te iguales á sus merecimientos.

Agradecido, y amoroso se mostró Julian á las maternales palabras, y disimulando penas en el rostro, y amagando en el corazon nuevos pesares, pidió de termino un dia para declarar su sentimiento. Con esta esperanza Carlos despidió alguna tristeza, y Lucinda cobró alguna alegría. Deseaba el plazo, para la egecucion, y aunque era breve, las extensiones del deseo le alargaban. Corto le pareció á Julian, y viendo que no habia de poder cumplir lo que habia prometido, determinó poner tierra en medio, que este es el ultimo lance de un menesteroso. Comenzó á decir consigo mismo: contarles á mis padres lo que he visto, y oído, mas es atormentarles, que darles consuelo, pues viendo que no pueden remediarme, es fuerza que se aflijan, y conociendo mi mal es causa para sentir. Aquel pronostico me anunció ser su homicida, y vendrá á ser falso mientras yo tubiere entendimiento; y por si este me falta, prudencia será huir de su presencia; y si acaso el sentimiento de mi ausencia les vie-

ne á quitar la vida, mas quiero que se quejen porque les doy esta muerte, que no que me maldigan por egecutar en ellos el golpe de los hados. Rebolviendo en su pecho todas estas consideraciones, se vino á resolver en ausentarse. Representaronse alli las caricias maternales, los paternales regalos, la prosperidad que gozaba, los gustos que le entretenian; pero la resolucion del animo rompió por medio de todos; porque un corazon determinado, por imposibles abre camino, quanto, y mas por comodidades. Aguardó la noche, esperó la quietud, y en viendo que todos dormian, llamó á un criado de quien mas se fiaba, y sin decirle la causa, le contó su determinacion. Acompañarle prometió el criado hasta donde quisiese; y aunque Julian le agradeció el buen servicio, quedó melancolico de ver que no contradecía su intento. Quisiera que le estorvase su designio, y le representase las delicias que dejaba, para entretenerse siquiera en ver todo lo que perdía para estorvar un fracaso. Ya tuvo nueva sospecha de verse tan presto obedecido, y ya juzgó por verdadero el prodigio; y vacilando la voluntad entre temores, calzó espuelas al deseo. Hizo aderezar dos caballos los mas ligeros que tenia, y to-

mando joyas, y dineros, lo que pudo llevar, salió á media noche de las arquitecturas de su alvergue, y al son de animados suspiros comenzó á caminar la jornada de su llanto.

Amaneció uno de los mas infelices dias que Carlos, y Lucinda tubieron, que por ser tal se levantó mui tarde, cubriendo con capúz de nubes los pasos soñolientos de su pereza. Dia triste, y zahareño, y termino en que esperaba alegría; ya parecia presagio de calamidades, aguero de infortunios, y pronostico de penas. Aunque Carlos dió los primeros pasos al retrete de Julian, ya halló dentro á Lucinda repasando sospechas. Madrugó mas para sentir primero, que hasta en esto queria el Cielo castigarla. Son secretos suyos, no hay que maravillarnos, porque de castigos tales nacen escarmientos. Saludaronse los dos, siendo las lagrimas de Lucinda despertadoras de nuevos sentimientos en Carlos. Hallando el lecho de Julian vacío, no puisieron otra causa para manifestar la pena, que aunque parece pequeña, por no tener otra noticia, ya los anuncios de sus corazones la juzgaban causa suficiente. Hicieron pesquisa entre los criados, vieron que faltaba uno, abrieron los baúles de Julian, y hallandolos vacíos, para saber

su ausencia les pareció prueba bastante. Despachan muchos Correos á toda priesa, como si estos huvieran de vencer lo que no habia podido recabar su amor. Diligencias son de quien ama; porque el amor con buscar la cosa amada se entretiene, y en lo imposible de no hallarla halla esperanzas con que divierte. Casi en los umbrales de la pena tropezó Lucinda con una carta que dejó Julian escrita; y aunque le dió consuelo el ver su letra, regateó, el leerla por tener de gusto lo que duraba la dilacion; pero como este era un gusto tan lleno de sobresaltos, quiso de una vez quedar libre de temores, ó ponerse de proposito á llorar sus sentimientos. Al quitar la nema llegó Carlos, y leyendo Lucinda, se hicieron capaces los dos de estas palabras.

Padres, el Cielo determina que sea vuestro homicida; por no serlo me voy de vuestra presencia, estimad esta voluntad; y no la juzgueis ingratitud. No me busqueis; porque no me habeis de hallar.

Solo tuvo de consuelo esta carta el ser breve; porque letras lastimosas en los mayores desahogos hallan embarazos. Mirabanse Carlos, y Lucinda, siendo los ojos interpretes de las mudas palabras, que como el dolor ató las lenguas, tambien el pasmo suspendió las lagri-

mas, dando lugar á que por señas se consolase uno á otro los pesares. Rompió finalmente el silencio con sollozos, y la suspensión se desahogó con lagrimas, y cansados de sentir, procuraban consolarse. Ya les parecia que el dolor habia dado el ultimo paso en las cumbres del tormento, y que la pena no podia subir mas, mientras que tubiesen vida; y en estos desconsuelos yá parece que se consolaban; porque como dijo el celebrado Poeta:

*Una salus est victis nullam
sperare salutem.*

Un solo remedio, y consuelo tiene el que se mira ya vencido, y es ver que no espera ya remedio. De suerte, que en verse uno en los extremos del pesar, parece que siente consuelo, ó viendo que ya no puede llegar á mas el sentimiento, ó considerando que ya no puede huír de aquella pena. Quando un reo oye una sentencia en contra suya, pasa por la memoria el delito cometido, y conforme mira la gravedad de la culpa, ajusta lo riguroso de la pena. Asi del mismo modo en Carlos, y Lucinda, siempre que el Cielo les embiaba un trabajo, juzgabanlo sentencia castigadora de sus mocedades, y cada uno de por sí, y á veces los dos juntos, á la luz de su memoria se ponian á hojear el proceso

de su vida; y mirando en él las acusaciones del fiscal de sus conciencias, y viendo la poca justicia de sus descargos, hallaban justificados los castigos en el rigor de las sentencias. Lloraban como presentes los excesos pasados, y las lagrimas, que por la nota en publico se disimulaban, en secreto se vertian, que hasta en materias de sentir tiene su lugar la prudencia. En tanto, pues, que estos paternos pesares se aplacan, y la borrasca de estos sentimientos halla puerto en la consideracion, vamos á ver las prosperidades de Julian, para que alentandole el animo con ellas, tengamos vigor para escuchar sucesos mas tragicos.

Desconsolado se embarcó Julian para España, la qual escogió por retiro de sus melancolías, como rincon el mas feliz del Orbe para entretener cuidados. Pasó con rebozo para las maritimas Costas, y dióse por mui extranjero á quantos comunicó en los caminos, por no dejar señas á los que ya sabia que le habian de buscar. Un año consumió en rodear las poblaciones de España, sin que lo populoso de unas, ni lo deleytoso de otras pudiesen sosegar la inquietud de su corazon. Por hallar encontradas las Coronas, se determinó á divertir las congojas en los ejercicios mi-

militares. Y aunque los Lusitanos le mostraron cariño, y los Aragoneses le hicieron buen pasage, inclinó la voluntad al Rei de Castilla, que con un grueso Egercito marchaba ácia Trugillo. No quiso acreditarse con la informacion de las palabras, sino que esperó tiempo para que le acreditasen las obras. Como soldado aventurero entró en el campo acompañado solamente de su criado. La disposicion de su persona, y el agasajo de su buen termino comenzaron al instante á grangearle amigos, que sirvieron despues de embidiosos de sus glorias; porque en el primer combate que se ofreció hizo cosas de tanto valor, que al mismo Rei vinieron á ser de provecho. Encendida la batalla, y barajados los campos, se miraba indecisa la victoria, quando ya con alguna luz llevaba la mejor parte el Egercito contrario; y pesaroso de esto el Rei, ponderando la comodidad de los que le guardaban, se arrojó al peligro de los que le ofendian. Quando quiso recobrase, no pudo valerse, y entonces Julian, que buscaba esta ocasion, comenzó á su lado á dar muestras de sus brios. Peleaba tan valeroso, ofendia tan sagáz, y se defendia tan astuto, que admirado el Rei, tuvo hartó que hacer en mirarle

pelear. Causa fue bastante para recobrar lo perdido, y á pocas horas fue causa de ganar lo que no se esperaba. Aclaróse la victoria por Castilla, saliendo Julian triunfante con quatro vanderas. Hizolo llamar el Rei, y escudriñando á solas quién era, su nombre, su sangre, su patria, y su estado, le prometió muchos favores, y le hizo General de mas de veinte Compañias. La embidia de los naturales viendo premiar á un extranjero, comenzó á encenderse; pero fue tan grato Julian para con todos, que á fuerza de grangéos les compró la voluntad, y asi vino á tener de su parte los mas válidos, y á todos comunmente rendidos á su gusto. Con la gente que el Rei le dió, y con la que se pasaba de los contrarios á su Egercito, se aventuró á hacer algunas salidas. Sucedióle tan bien en todas, que en comunes aplausos publicaba la fama sus grandezas. En menos de quatro años añadió á la Corona muchas Villas, y Castilos, fuera de dejar por libres los que estaban usurpados. Tantas obligaciones vinieron á ser estas para el Rei, que para salir de empeño hubo de darle su sangre. Casóle con una sobrina suya, llamada Margarita, que á no llevar tanto dote de sangre, y riquezas, los dones de su gracia, y la gracia de

de su hermosura pedían una Corona. No quiso Margarita otra mas que la de Julian, por ser Corona no heredada, sino adquirida de su valor, y esta es digna de mas premio; porque un laurel adquirido, es tener la cosa en propiedad; y una Corona heredada, solo se tiene en usufruto. No pidiera Julian mas dote que á Margarita, ni buscára Margarita mas riqueza que á Julian; muchas rentas, y Lugares les dió el Rei, de que les hizo dueños, y señores absolutos. Conoció el Rei en esto que la nobleza para sustentarse ha menester, fuera de las armas del valor, el vallado de la riqueza; porque faltando ésta, anda mendigando contra su decoro.

En los brazos de la esposa olvidó Julian los paternos abrazos, y en la felicidad de sus sucesos dejó caer el peso de los antiguos cuidados. Ya juzgaba el aguero por dichoso; pues se miraba señor de mil Pueblos, quando apenas esperaba verse dueño de una Quinta. Ya bendecía su huída, pues habia sido causa de verse al lado de una Reina, quando solo juzgó tener por esposa á una Dama particular. Borraronse finalmente los temores de portento, yá que el amor de los padres estaba siempre colorido en su memoria; pero el cuidado que la recorda-

cion de ellos le podia causar, se aniquilaba, y deshacia á la luz de Margarita. Con ella se consolaba, con ella se divertia, sin que estando ella delante pudiera hacer baza la mayor tristeza. Dejemoslos pues en el tálamo de sus bodas; y sin que nos diviertan los dulces epitafios, bolvamos á Carlos, y Lucinda, que con nuevos ahogos se están embarcando en un mar de penas, y desdichas.

Cansóse de esperar el sufrimiento en los corazones de Carlos, y Lucinda, y como desesperados quisieron buscar quietud en las incomodidades de el camino. Determinaron, en hábito de peregrinos, ir á buscar á Julian, que á tanto obliga el amor de los hijos. Vieron que se les consumia mas la vida con las dudosas esperanzas de los que habian embiado á buscarle; para entretener estas esperas, eligieron por medio el hacer diligencias personales. No les fue freno su mediana edad, porque ya Carlos rayaba en los sesenta, y Lucinda habia visto mas de cinquenta Primaveras; no les dió estorvo la hacienda que dejaban, el regalo que perdian, ni la dificultad del fin de sus deseos. A todo hizo rostro el amor, y con todo atropelló la voluntad. Dejaron la Quinta en tenencia á un Mayordomo fidedigno, con disposicion bas-

tante para sí no bolvian; y así sin ser sentidos partieron una noche, llevando el dinero, y joyas que pudieron sacar los dos, y un page y una criada, de que salieron acompañados todos quatro en habito de Romeros. Fueron á Roma, donde gastaron algunos dias en visitar Lugares Sagrados, Templos que erigió la Religion Christiana, para que á vista de la inmortalidad aplaudiesen las Santas Reliquias. De Roma partieron á rodear toda Italia, haciendo en las Ciudades, y Pueblos bastante inquisicion, y pesquisa de lo que buscaban: pero como ni las señas abrian luz, ni las informaciones hallaban noticia, el trabajo de el camino se cargaba de dolor, y la fatiga del cansancio se llenaba de pena. Con pasos tardos caminaban los imposibles de dificultades, solamente con la ayuda de costa de las esperanzas. Viendo el Cielo su amorosa porfia, quiso darles un rastro de luz en su designio, poniendoles en pensamiento de pasar á España. La fama de esta Provincia fue la tercera con su voluntad; y así con pocos informes se egecutaron los deseos.

Antes de embarcarse bolvieron á Napoles, escudriñando con nuevo cuidado los apartados mas secretos de sus bosques, y los retiros mas amenos de sus

florestas, y aprovechó tanto esta diligencia, que entre desesperados deseos hallaron sus almas la mitad de su quietud. Llegaron una siesta fatigados á la morada de Camilo; y aunque vieron la casa, y divisaron la Hermita, no quisieron llegar hasta que declinase el dia. La causa fue el convidarles con su sombra unos arboles frondosos, que guarnecidos sus pies de esmeraldinos tapetes, rica emulacion del soto mas florido, daban asientos deleytables á la margen de una vertiente de cristal, que naciendo risueña de las entrañas de un risco, se quejaba murmuradora por las queiebras de aquel valle. Recostaronse, pues, en el lecho de flores, y quando ya los ojos soñolientos, divertidos en la amenidad, y frescura del campo, querian tomar reposo en la imagen de la muerte (que tal es el sueño) vieron salir de la Hermita un viejo anciano, y venerable, sustentando la gravedad del cuerpo en lo fragil de una caña, y á un mancebo, que llevandole por la mano poco á poco, le regía. Como vieron Carlos, y Lucinda que se acercaban á ellos, se estuvieron entre unas matas, para escuchar secretamente lo que decian. Hicieron zelosias de las ramas, porque les robó tanto la vista del Hermitaño joben, que

que sin mirarle no se satisfacian los oídos con oírle: no era maravilla, quando en él miraban reliquias de su sangre. Llegaron á las margenes del agua, y habiendo tomado en ellas asiento, apretó Camilo al mancebo de la mano, y con voz tembladora, interrumpida con sollozos, y voces, anegada en lagrimas, le dijo de esta suerte.

Yá, hijo mio, se ha llegado la hora que tanto tienes deseada, si bien conozco que te ha de ser sentida; yá es tiempo que te dé cuenta de quien eres, del modo que te he criado, y de la suerte que á mi poder viniste; yá finalmente, se ha llegado el plazo en que sabiendo lo que me debes, iré consolado de esta vida, por ver que cumplirás tus obligaciones, no te congojes, Amador, con lo portentoso de tu nacimiento, no te aflijas con el dolor de mi muerte, que por no darte á imaginar lo uno, ni á sentir lo otro, he dilatado esta relacion hasta este punto. Mi nombre es Camilo, mi sangre, y prosapia es lucida; pero por no aspirar á Coronas terrenas, escogí este modo de vivir, deseoso de pretender laureles inmortales: no juzgues que he sido santo, porque te prometo que ha sido pena de delitos la vida que he pasado: un sacrilegio se amagó en mi voluntad, y sin mirar la ofen-

sa, lo aplaudió el deseo, y avisos celestiales fue necesario que hubiera para que no se consumase con la obra. Retiréme á hacer penitencia, que ha sido harto poca para satisfaccion tanta. Y quando ya en estos montes habia ocho veces visto verdes estos prados, galanes estas flores, y otras tantas nevados estos campos, y estos arboles desnudos; saliendo un día de mi celda á dar gracias al Señor, entre los conceptos que las aves trinaban, ví por el ayre, que una legion de espíritus malignos llevaban hecha presa de un pequeño infante, tan tiernecito, y niño, que el primer paso de la vida le habia dado en aquellas garras infernales. Quedéme pasmado del portento, y compasivo de la crueldad, y con divinas esperanzas previene el remedio. Tomé la Cruz por espada, y un Breviario por escudo, y haciendo mil exorcismos, les mandé á los lobos de Pluton, que por virtud del Santo Sacrificio de la Misa, me dejasen libre en mis manos aquella criatura. Tal fue la eficacia de estas palabras, que á pesar de sus propias resistencias me ví obedecido. Dejaron en mis brazos al Cordero inocente, y en terremotos de truenos, dando ahullidos espantosos, desapareció el esquadron de Luzbél. Ya echarás de ver

con el júbilo que quedaria, viendo en mis manos los despojos de semejante victoria. Pero reconocido al que me la habia dado, entré en su Templo, y prostrado ante sus Aras, le di gracias infinitas; yo ofreciendole al niño, como á Señor que le habia criado, prometí de constituirme por padre suyo, para alimentarle, y por su padrino para enseñarle en la Fé. Díle el agua Sacra del Bautismo, y pusele el nombre que tienes de Amador. Aqui me detiene el llanto, por ver, hijo, que eres tu el que he referido. No quiero negarlo, tu eres, Amador, el que ibas en tan mala compañía, tu eres el que no has conocido otro padre, sino á mi, tu eres el que sin saber tu origen me has acompañado tantos años. A una Alquería de aqui bien distante, te llevé los dos años primeros á que te alimentases en los pechos de una ama, que te busqué, luego te bolví aqui, donde te fuí criando con la madurez, y el regalo que pedía tu edad. En el pueril alimento te fuí embolviendo el manjar acrisolado de la Fé. Creciste con buenas costumbres, y á la luz de la doctrina resplandeciste lucero de buena crianza. Siempre te crié con el fin que han egecutado mis deseos, esto es, de que fueras Sacerdote, puesta la mira en que

por virtud del Santo Sacrificio halló puerto saludable la borrasca de tu nacimiento. Para esto te hice capáz de la lengua Latina, y de las letras humanas, que aprendí de mis Maestros. Poco trabajo pasé en esto, viendo tu ingenio feliz, ayudado de la buena inclinacion. El Abad del Monasterio que conoces, fue parte que te ordenáran á titulo del voto solemne que hiciste en sus manos de permanecer en esta vida Monastica: quando al cabo de veinte y cinco años de deseos te ví constituido de la Dignidad del Sacerdocio, hice cuenta que llegué á gozar lo Imperial de las Romanas glorias; que gloria puedo llamar á la vida que contigo he pasado. Ya se ha llegado, Amador, el fin de mis dias; y viendo que Dios me llama á tomarme estrechas cuentas de el proceso que han formado mis delitos, quise antes de partirme darte cuenta de quien eres. En estas breves palabras he epilogado los sucesos de tu vida; repasalas por tu memoria, y tenlas como verdad; y porque destierres de tu pensamiento los rasgos de tu confusion, que te pueden quedar por no saber los padres que tuviste, te certifico que eres verdadera estampa de un Caballero el mayor amigo que tuve, y á quien dejé por heredero de mi estado. Supe
que

que casó por amores con una Dama, emulacion de la hermosura, y como semejantes casamientos se visten de algunas culpas, quizás, Amador, quiso el Cielo castigarlos, permitiendo que te desaparecieses de su presencia, y por darme á mí que merecer, en que te criase. Sirvate esto de consuelo en esta parte; y pues estás dotado de prudencia, te pido con muchos ruegos que no acompañes mi muerte con llantos, sino que la resucites en la Gloria con sacrificios, y oraciones. Con esto toma mi bendicion, y dandome la tuya, quedate en paz.

Esto dijo el Santo viejo, y rendido en los brazos de un desmayo, se reclinó en el pecho de Amador, el qual lleno de lagrimas, comenzó á decirle mil ternezas. Bolvió Camilo en su acuerdo, y cogiendole Amador en sus brazos, le llevó á la celda, y le acostó en la cama. Contar del modo que quedarían Carlos, y Lucinda oyendo cosas tan estrañas, y viendo hallada la prenda que tanto les habia costado, parece imposible, porque las razones se ofuscan, la lengua se entorpece, y la pluma se acorta. Dudaban, con verse despiertos, si era sueño lo que veían, y no acababan de creer la propria verdad que los desengañaba. Carlos bien

quisiera salir al instante, y abrazar al hijo, y darle muchas gracias al amigo; pero Lucinda, aunque con amor de madre quisiera adelantarse á aquellos deseos, le detuvo el paso; y le dijo, que no convenia; puso por causa haber estado ella enojada en el tiempo que él estuvo en la guerra, y ella moraba en el Monasterio; y que supuesto esto, no sería acertado darle pena en descubrirse. Esto hacia Lucinda, acordandose de su antigua culpa; y así, anduvo prudente en no despertar heridas amorosas al que estaba ya abrasado en el encendido amor de Dios. Ajustóse Carlos con su parecer, y determinaron estar-se en aquel monte hasta la noche, y sin darse á conocer, pedir que los alvergasen. Hicieronlo así venida la noche, llamaron á la puerta, abriendoles Amador, los hospedó con mucha caridad, tocado ya del amor paterno, que con saltos de placer le anunciaba ser sus padres los que recibia. Ellos le abrazaron sin poder disimular los alborozos del gusto. En lagrimas se celebraba el júbilo, y con suspiros se representaba la alegria. En fin, se descubrieron al hijo; porque placer semejante era imposible encubrirse. Contaronle sus trabajos, la causa de su viage, y la determinacion que llevaban. Despues de haber-

haberlos escuchado, los consoló Amador con amonestaciones blandas, y amorosas. Dejóles reposando, y fuese á asistir á Camilo, que con fervoroso espíritu estaba aguardando el último trance. Bien quisiera Amador darle cuenta de el bien que tenía en casa, pero no quiso divertirle de sus contemplaciones. Apenas comenzaba el día á despertar de entre las sabanas estrelladas de la noche, quando repitiendo Camilo muchas veces las dulces palabras de Jesus, y Maria, dió los últimos bostezos, quedando su rostro tan resplandeciente, que en sus esplendores se conocieron las señales de su gloria. Comenzó Amador á levantar el llanto, á cuyo ruido acudieron Carlos, y Lucinda, advertidos ya de lo que podría ser. Ayudaronle con lagrimas á repasar sentimientos; y causados todos de derramar sollozos, y de esparcir suspiros, dieron orden de darle sepultura. Metieronle en la Iglesia, donde Amador le celebró las exequias, y habiendo dicho Misa, le dieron sepultura, hechos los ojos de todos mares caudalosos de lagrimas. Bien consideró Amador, que á no haberle venido tan grande consuelo, como ver los padres que tanto tenía deseado, habian de quedar sus fuerzas rendidas al dolor, y muertas con el senti-

miento; porque para tanta pérdida, ¿qué cosa podrá ser equivalente, sino tanta ganancia? Perdió un padre putativo, y halló dos naturales, y legítimos, para que se conozca con las mejoras, que consuela Dios á una alma justa, quando le ha embiado algun trabajo.

Algunos dias se estuvieron Carlos, y Lucinda llorando la muerte de Camilo, y gozando la dulce compañía de Amador; y como el natural deseo no satisface á veces con una parte de gusto, aunque miraban presente un vivo retrato suyo, primogenito de sus entrañas, y dechado de virtudes, no podian desechar de la memoria las memorias de Julian: antes con mas fervor les animaba el deseo, poniendoles por delante, que pues habian hallado al que estaba mas perdido, mejor hallarian al que era forzoso estar mas manifesto. Conferian entre los dos estos anhelos, poniales estorvos á las determinaciones, haciendolas imposibles; pero por todo rompía la voluntad, y atropellaba el amor. Comunicaron su intento con Amador, el qual, aunque quisiera que pasasen con él lo que les quedaba de vida, sin que se acordaran mas de los aplausos de su siglo, ni se fatigaran con mas peregrinaciones, no quiso contradecirles sus deseos; antes vien-

viendoles determinados, les prometió su favor con los Divinos Sacrificios. Ya estaba Amador inspirado de Dios para que no fuese estorvo, que á no estarlo, ¿cómo se podían compadecer el gozo de la venida con el dolor de la ausencia? Con tiernos abrazos, con quejas amorosas, con lagrimas inmensas se despidieron los tres, quedandose Amador á sentir, y Carlos, y Lucinda partiendose á llorar.

Yá estará el Lector con menos embarazo en su imaginacion, con haber sabido el suceso que tuvo aquel prodigio, que le sucedió á Lucinda con el primer parto. Y ya podrá considerar en el glorioso transito de Camilo las coronas de gloria que le tendria Dios aparejadas. Del nacimiento de Julian, del pronostico fatal que le anunció el bruto, de huírse de sus padres, del partirse ellos en su busca, son tales las consideraciones que pueden hacerse, que elijo por mejor remitirlas al discurso de cada uno, que no con mi poco caudal satisfacer al de tantos. Si Dios embió un dolor, permitiendo la pérdida de un hijo, con embiar otro multiplicó el contento; porque es Dios tan piadoso, que aún en los castigos se descubren las luces de su misericordia. Hablar un irracional no se ha visto, sino es

quando la justicia de Dios se mira ofendida; habló la jumenta de Balán viendo las amenazas de el ministro Celestial. Apear estos entenderes es difícil, Dios solo, que los propone, los alcanza; para nuestra enmienda los embia, y esto es lo que tenemos de sacar de ellos. Huír de lo que ha de ser, nadie puede; pero como tal vez la sentencia pronunciada recibe dilacion en los estrados de Dios, como se vió con la que dió á Ezequías, así no hai que espantar que huya Julian, por no estar expuesto á los anuncios de un agujero. Pero repare aqui el curioso, y no saque otra cosa de todo este discurso; esto es, considerando lo que se ha de hacer para quitar una ocasion pecaminosa, no reparando en el amor de los padres, perdiendo su regalo, menospreciando sus caricias, atropellando sus riquezas, y olvidandose de todo lo que es comodidad humana. Así lo hizo Julian, aún no por quitar la ocasion, supuesto que no la habia, sino por no aguardar á que pudiese haberla. Partirse los padres en busca de un hijo, ya se sabe que es fuerza del amor natural, sino es que digamos, que es aficion misteriosa. De todo tiene, y á qualquiera parte se puede atribuir: En hallar al cabo de tantos años al hijo que no buscaban,

ban, y con tantas medras, es- para dar á entender la esperan- za que hemos de tener siempre en Dios, no desconfiando ja- más del mayor imposible que se le atreviese á la virtud; pues por haber estado estos padres

desconfiados de hallar al hijo que se perdió primero, quiso el Cielo que le hallasen antes que al segundo. Con que se ofrez- can al servicio de Dios, se pue- den alcanzar desesperados im- posibles.

PERSECUCION SEPTIMA.

CUENTASE LOS ZELOS DE JULIAN, Y LOS COLOQUIOS, que acerca de esto pasa con Margarita. Inquieto de algunas som- bras que se le parecen, hace una caza fingida. Carlos, y Lucin- da sus padres, llegan una noche á su casa, y su- cede una tragedia.

Mientras Carlos, y Lucin- da surcando los mares, buscan descanso á sus inquie- tudes, podremos bolvernos al hijo deseado, que como deja- mos dicho, en talamos nupcia- les gozaba con su esposa Mar- garita los frutos opimos del ma- trimonio. Yá estaba Julian au- sente, y desterado (digamoslo así) de aquellos gustos prime- ros, que coge un marido con titulo de esposo; en fin, habia mas de dos años que estaba ca- sado, y aunque es yugo de mu- cho trabajo por lo indisoluble, pasaban suavemente la vida marital; porque quando las vo- luntades son una, los gustos re- ciprocos, la fé se guarda, y el amor se ostenta señor, pasan gozosa vida dos casados. En me- dio, pues, de esta bonanza co- menzó á originarse una tor-

menta, de esta tormenta co- menzaron á levantarse moti- nes, de los motines se engen- draron grandes inquietudes, de las grandes inquietudes se res- frió el amor, del poco amor procedió un disgusto, se levantó un rencor, de este rencor se lle- nó Julian, tan sin medida, que olvidado de el que era, comen- zó á ser otro del que habia sido. La causa de estos efectos proce- dió una sospecha; y una sos- pecha fomentada, yá se sabe que concibe tantos zelos, que nacidos se halla un hombre im- posibilizado de poder susten- tarlos (son grandes comilones los zelos) No puede llegar á mas la miseria, que quando un marido se halla embarazado de estos accidentes. Segura se ha- llaba Margarita; y aunque en lo desabrido del consorte podia

rastrear la enfermedad impaciente; como se miraba libre, dudaba que de ella pudiera tener sospechas; que quando una muger es constante, y fiel, imagino tiene dudas de que pueda haber recelos de su honor. Muchos dias estubieron callando, Julian sus zelos, y Margarita sus quejas, hasta que una noche, que mas apasionada que las otras, miró Margarita que Julian la miraba con ceño, y que con un descuido cuidadoso procuraba no mirarla: no pudiendo la mucha razon reportar la lengua, le dijo estas palabras:

Torpes he tenido, señor, las razones que me sobran para haberos dicho antes de aora, si de mi teneis algunas quejas; que las tengais no dudo, que serán injustas, ellas lo dirán. Mi voluntad, desde que me desposeí con vos, ha sido firme, cada dia mayor, diganlo mis afectos: siempre fiel, diganlo mis obras. Pues concedidas estas dos proposiciones, que sé que no podeis tener con que obscurecer su verdad, ¿qué causa teneis para mirarme ayrado, y para encubrirme la misma ira con disimulos, por no declararos conmigo? Si me mirais alguna vez alegre, dais suspiros, y quando con suspiros me mirais, os revestís de enojos. Estoy confusa por dudar de esta causa, he

querido preguntarla, y por aguardar á ver el fin me he detenido: Veo que cada dia se aumenta, miro que ya no me mirais, considero que estais enojado, esto me dá que imaginar si alguno os ha ofendido: y ofendida de vuestro silencio, me atrevo en esta ocasion á inquirir la causa. Zelosa pudiera estar de haber visto estas mudanzas, á no considerar que no os divertis en otros amores; pero no por esto se disminuye mi queja, antes de pura queja, está ya hecha sentimiento; pues no puede ser mayor para una persona fiel, que mirar que no hacen de ella confianza. No la haceis de mi; pues secreto os quejais, y no sé que me fiais, quando vuestras penas me encubris. En secreto me haceis llorar culpas que no tengo; y aunque delante de vuestros ojos encubro las lagrimas de los mios, quando de mí os apartais, quisiera pudierais ver lo que me haceis sentir.

Calló Margarita, y tomando Julian las blancas manos, la dijo desta suerte: Basten, señora, las quejas que con razon me dais, y cesen yá los justos enojos que de mí teneis, que escuchando la causa de los mios, espero quedaré para con vos disculpado, yá que para conmigo no sé si quedaré satisfecho. Y para vencer de una vez

las dudas de mi pena, y dejar al pecho con desahogos, aunque te he dicho en otras ocasiones la calidad de mi sangre, quiero aora darte cuenta de los nombres, que siempre te he encubierto. Carlos, y Lucinda se llaman los padres que me dieron el sér, y por ser tan querido de ellos, no quiso mi fortuna que gozára de aquel sér, aunque en haberte hallado ya me rotula la fama con títulos mayores. Saliendo á caza una tarde, (¡ay de mí, y con quanto dolor lo cuento!) perdona si me divirtiére, que recordaciones de una pena hacen titubear á todos los sentidos. Saliendo, pues, á caza, ví un prodigio: hallé un agüero, tan anunciador de malas nuevas, que las que me daba eran de llamarme homicida, no menos que de mis padres, vidas de mí más amadas, que esta que estoi poseyendo, que harto apoyo hago quando esta es tuya. Como mozo me dejé llevar del presagio, casi inadvertido, dí credito al agüero; y desesperado, dejando su compañía, vine, á fuerza de romper imposibles, á gozar la que jamás merecí; siendo tu merecedora de la Corona, que ya pudiera ser gozárás; yo desvalído de meritos tan altos, probando á sustentarme en mis servicios, escalé por ellos, qual Icaro atrevido al

cielo de tu hermosura. Pagaste de mi humildad, si no es que la lláme sobervia; disteme la mano, y llamastete mi esposa. Dos años te he gozado, siempre reconocido á lo que te debo; y si aora ingrato, escucha la causa, y si fuere poca, castiga mi poca confianza. Soñando estaba una noche, sueño es lo que me ha hecho titubear, plegue á Dios que pare en sueños, para que despierto goce en ti lo que en ti me ha dado. Soñaba, pues, que por haber dejado á mis padres, colericos, y vengativos me maldecian, y era la maldicion que muriese de zelos. El sobresalto de considerarme en estado tan triste, quitó el sueño de mis ojos, y dejó libres de sus adormecimientos á mis sentidos. Pasé á la luz del entendimiento, lo que me iba acordando la memoria; y considerandolo cosa soñada, me torné á dormir sin genero de cuidado. Pasaronse algunos dias, no hice memoria de cosa en sí tan frívola, olvidéme de todo punto de aquello que miré sin ninguna substancia; y quando mas descuidado, comienzan efectos tristes á despertarme: estos eran, señora, y esposa mia, la causa proxima de mis acedias, porque lo que es el sueño, como causa mui remota lo he tenido, y por tal se ha de quedar. Digo, pues,

(y perdóna que lo digo) que la frecuentacion que tiene á mi casa el Secretario del Rei, lo que con vos parla, la continuacion con que mis umbrales galantea, despertaron en mi pecho unas como sospechas, que fueron causa que dudé de vuestra fé, que ya que hablo claro, tengo de decirlo. Y como viendo vuestro valor (ya sé que es mucho) riñesen conmigo mismo mis propios recelos, puseles silencio, y para mayor castigo hice que el que ya se engendraba en mi pecho pesar, naciera, aunque con rebozo, gusto. No bastó este disimulo para que muriera la sospecha, dió en quitarme el sueño, privóme del gusto, y enojado, ó ya fuese conmigo, ó ya con ella, quise desmenuzarla hasta que no quedase para ser sospecha. Comencé á hacer las diligencias como un zeloso, que entonces no lo estaba; dí en mirar vuestras acciones; contaba del Secretario las visitas, y no hallaba en lo uno, ni en lo otro que reprobear: de dia quise tambien hacerme vigilante centinela para la noche. Y como suelo algunas estar de vuestro lado ausente, ó ya por estar á caza, ó ya por estar ocupado en los negocios del Rei, fingí que me ausentaba por dos noches: despedíme de vos como otras veces, y quedéme escon-

dido en la Ciudad. Salí con la obscuridad á rondar mi casa, y quando imaginé hallarla libre de sombras, la hallé ocupada de mis zelos; que allí experimenté lo que eran. Ví un hombre que rondaba estos umbrales, y que á mis propias rejas estaba ya haciendo señas. Y como la honra con una sombra de agravio tiene harta justicia para la venganza, no pude ser mas sufrido, acometile Leon, y huyó cobarde; seguile agraviado, y corrió como huído. Desapareciendose como sombra al rodear una calle, y quedéme solo á sentir mis sospechas. Y por confirmarlas aguardé otra noche, y sucedió lo mismo, y la tercera no quise acometerle, sino que estuve esperando á ver si entraba, ó si tenia conversacion. Ni entró, ni le hablaron, pero no dejó el puesto hasta que á los dos nos echó el dia. Fingí bolver de mi jornada fingida; y desde entonces con aquella sospecha no mal averiguada, si bien no decidida, enfermé de zelos, con los zelos comencé á sentir agravios, con los agravios miré manchada mi honra, y sin honra se murió el gusto, y ya sin gusto no te espantes de mis melancolías, ni te melancolices viendo mis enojos, ni te enojos de mis enfados, ni te enfades de mis secretos tormentos,

ní secreta te atormentes por mis males publicos, ó no los publíques, si es que los tienes por secretos.

Con tus propias razones te condenas, (le respondió Margarita,) y tus propios descargos son defensas mias; porque si el sueño fue motivo para las sospechas, y si la confirmacion de esta sospecha ha sido sombra; ¿quién duda que tu poca satisfaccion te condena, y quién no ha de ver mi inocencia á vista de tus pruebas vanas? Mas agraviada estoi aora, mi semblante te lo dice, la razon lo apoya, mi justicia lo causa. En mi vida, señor, te ofendí con el pensamiento con persona alguna; y si he hablado al Secretario (causa de haberme criado en su casa) ha sido, como has visto, siempre tu delante, las razones lisas, las palabras sin rodeo, y no para originar sospechas. Yá las has tenido, y las tienes; callo mi agravio, y procuro tu quietud; que á ser yo otra, antes tratára de mi inocencia, que procurára tu comodidad. Al Secretario no le hablaré jamás; si hubiere nota, procuraremos huírla, y si murmuráren por la novedad, tratarémos evitarla. Vamonos, señor, á la Aldea, huyamos por algunos dias el bullicio de la Ciudad, que si aqui vés sombras en mi agravio, allá verás

verdades en mi defensa. No por una sombra, ó ya fingida de la fantasía, ó ya aparente por otra causa, has de dudar de mi fé, y presumir de mi valor: que á no mirarte afligido, me mostrára mui agraviada, y á no considerarte zeloso, me vengára ofendida. Curense tus zelos con las pruebas que quisieres, que rebozadas en mi pecho las ofensas, no las permitiré quejosas, hasta que te muestres con salud á la luz del desengaño.

Gustoso quedó Julian de oír á su inocente esposa; y despues de haber tenido con ella otros coloquios tocantes á su imaginacion, y yá apagadas un poco las zelosas llamas, de comun acuerdo determinaron irse á una vecina Aldea, donde tenían su Palacio para quando se iban á deleitar, ó ya en lo apacible de las frescuras, (causadas de mil fuentecillas, y arroyuelos, que aunque pobres, todos juntos daban bastante caudal para ser rio) ó ya en la espesura de los sotos, preñados de todo genero de cazas. Gustosa iba Margarita por dar pruebas de su honor, y contento Julian, por examinar su sospecha. Ponen en execucion el parecer, dejan la Magestad, y buscan en los retiros lo apacible de la vida. Llegaron á la Aldea, donde les tuvieron los Labradores

muchas fiestas de bailes, y mascararas. Recibieronles, en fin, como á señores, mostrando con estos regocijos la voluntad que les tenian. Pasaron algunos dias en compañía de sus Aldeanos, y aunque Margarita imaginaba que ya su esposo estaba ageno de zelosas fantasías, Julian estaba buscando trazas con que sacar en limpio la verdad de su sospecha. Para esto dió en salirse al monte, y estarse cazando dos, ó tres dias, sin bolver á su casa, todo para asegurar á la que estaba bien segura. Dejaba un criado en centinela para que si viera alguna persona que entraba de noche en su Palacio, fuese por la posta, y le diese noticia. El criado, considerando la poca justicia del señor, como sabedor de la castidad de Margarita, con pocos desvelos lo quietaba, quando bolvia, de sus recelos vanos. Deciale la verdad, contabale que no iba persona alguna; y para prueba mayor le representaba la clausura de su esposa, su retiro, su poca conversacion, y su tristeza quando él estaba ausente. Gusto recibia Julian con estas nuevas, y mas viniendo siempre temeroso de hallarlas tales; que en haciendo habito una imaginacion á deslucir la verdad, siempre está con dudas de hallar el conocimiento de ella.

Quando las cosas vienen dimanadas de lo alto, como los humanos no las alcanzan, es imposible que puedan huírlas, y si no hai dispensacion Divina, no pueden evitarlas. Aunque Julian miraba á la luz de Margarita su desengaño, y aunque el desengaño le decia su falsa sospecha, y aunque ya la sospecha le mostraba corrido, pues aún le habia faltado la sombra de que comenzó á originarse, (rebozo que fué para que mas se creyese) con todo esto porfiaba en hacer diligencias, que segun las procuraba, parece que gustaba de encontrar con lo proprio que le inquietaba. Estando, pues, una noche ausente, como otras veces, de su regalada esposa, bien infeliz para todos, pues en lugar de vestirse el acostumbrado manto de luceros, salió aún á vista del Sol, cubierta de capuces, nubes negras, que preñadas de rayos, al son de sobervios truenos, dieron á la tierra abortos tristes. En la mitad de esta noche, y en medio de esta tormenta, llegaron Carlos, y Lucinda á vista del regalado alvergue de su hijo, bien ignorantes de tener hospedage tan proprio, y tan pretendido. Habian peregrinado muchas tierras de España, sin recibir nueva alguna que de consuelo fuese, porque buscaban á Julian mui inferior

ferior del solio en que estaba puesto. Recogianse siempre en casas principales, y de titulos, porque sabian que la nobleza de Julian no se habia de pagar sino de noblezas á quien servia; y no hai cosa mas triste que quando la sangre degenera del blason con que nació. Pues como hubiesen tenido noticias en otra Aldéa circunvecina, donde imaginaron hacer noche, de como los señores de toda aquella tierra, cuyos nombres eran Julian, y Margarita, estaban retirados en la casa de placer que hemos referido, encendiendose los deseos de oír el nombre que tanto querian, y aumentandose las ansias por ver la persona en quien se empleaba, se determinaron (el Cielo lo permitió) de pasar adelante, sin que el luto de la noche les diese temor, ni la fatiga del cansancio les pusiese estorvo. Cogióles la tempestad en un paramo sombrío, y espantoso, y aunque parecia aguero, lo juzgaban buen pronostico, de que habian de hallar lo que buscaban, sin que los embarazos de las nubes pudiesen ser impedimento. Llegaron, pues, á media noche maltratados, y llenos de agua; y aunque el verse asi les pudiera poner temor para no atreverse á llegar al Palacio, sino acogerse en la casa de algun pobre Labrador,

allanó el valor esta dificultad, bien facilitada ya de la prudencia, porque un villano, aunque misericordioso, ignora la cortesía, y no abre la puerta á todas horas; y un Caballero, aunque no quiera ser cortés, es obligado del valor para que abra las puertas á la piedad. Dieron algunos golpes, acompañados de suspiros; y como Margarita estaba despierta, y bien llorosa de ver con tal tempestad ausente el amado, juzgando que sería él, respondió con priesa, mandó que abriesen, y aunque no halló al que aguardaba, se divirtió un poco mirando las estampas vivas del que queria. Moviése á compasion, y conociendo en sus palabras la nobleza que encubrian; haciendo cerrar las puertas, mandó á sus criados les diesen cama donde descansasen.

Mudaronles la ropa, dieronles de cenar, y mui inquieta Margarita por saber ya quienes eran los que con regocijos la inquietaban, despues de recogidos todos los criados, se fue al aposento de los peregrinos, y saludandolos de nuevo con mucho cariño, y agasajo, les pidió como por merced la hicieran sabedora de quienes eran. Lo proprio que Margarita queria oír estaban ya Carlos, y Lucinda deseosos de contar, porque ya estaban los corazones

nes de todos barajandose por descubrir la verdad; y así, hallandose en el parecer conformes, Carlos deseoso, gustosa Lucinda, y Margarita atenta, en palabras breves, por escusar preambulos, y bien sentidas, aunque escusando sollozos, hizo Carlos relacion de quienes eran, lo que buscaban, los trabajos que habian padecido. Y apenas con un suspiro puso fin al discurso, quando dando mil gritos de placer, les echó Margarita al cuello los brazos, diciendo estas palabras: Ya padres, y señores míos, habeis llegado al deseado puerto que buscais, ya de todas las tormentas es la de esta noche la que ha de dar fin á vuestras fatigas; ya desde esta hora son estos brazos, y los de mi esposo donde descansaréis perpetuamente. Cesen vuestros trabajos á vista de la que no os merecia por padres; destierrense vuestros lloros en presencia del regalado hijo que engendrasteis, y vayanse las inquietudes, quando con tranquilidad, y bonanza pondremos á vuestros pies los frutos de una Corona, que mi tío la gobierna, y Julian la manda, su valor la mereció quando él no la mereciera, yo se la grangeára, á no tenerla él adquirida.

De modo, que he dicho otras veces que para entender largos discursos de un ahogo, y pro-

longados efectos de un fracaso, basta describir sucintamente la causa, dejando el discurrir por ella al que entendido la lee, y al que advertido la escucha; así de la misma suerte para significar unos placeres sin medida; y así imaginados por lo muy crecidos, basta saber lo que dilatadamente hemos dicho, y considerar lo que acabamos de decir. Carlos, y Lucinda juzgaban sueño lo que miraban verdad; y Margarita, viendo tan válido al placer, juzgaba que era mentira. Buen rato se divertieron en alegrías, hasta que se dieron por satisfechos; y Margarita, por experimentar la primera satisfaccion que tenia, tomó por las manos á Carlos, y á Lucinda, y llevólos á su propio aposento, deseosa de que hallase Julian en una misma cama tres prendas tan queridas. No quisieron mostrarse fuertes á lo regalado de el favor, obedecieron en todo, y acostaronse en su lecho. Porque pudiesen dormir, quiso Margarita dejarlos solos, salióse á otra pieza, y corrióles las cortinas de la alcoba, y cerró la puerta de la sala; pero el mucho contento impide muchas veces el reposo, ya que no el descanso; y así, entre los muchos gustos, parece que ni les dada placer la arquitectura del Palacio, ni sentian quietud entre

tre las olandas olorosas. Quando el Alva despertaba, se quedarían dormidos, y á este tiempo, dejando Margarita el sueño, que apenas habia quebrantado, despertó á dos criados, y embiólos á buscar su esposo, sin darles razon de lo que aguardaba. Tocaron á esta hora á la Misa del Alva, (divino desayuno de los Labradores,) y viendose tan deudora al Cielo, por el favor rico que le habia dado, quiso disfrazada ir á su Templo; y atendiendo al Celestial Sacrificio, darle muchas gracias. ¡Qué buenos intentos! qué buenas madrugadas! qué feliz pensamiento! qué voluntad Christiana! En medio de una tormenta, á vista de un peligro, y á los pies de una desgracia, todos se acuerdan de Dios, con voces le llaman, con promesas se le ofrecen; pero en medio de regocijos, y contentos deslizarse de ellos, como por un lado, para ir á darle gracias al Autor que los embia; este se conoce por zelo verdadero, y aficion reconocida; pero esotro mas parece amor forzado de los temores que representa el peligro. Pero acudamos á Dios, ya sea en las felicidades, ya sea en los peligros, que siendo contritos, hallaremos siempre patente su misericordia.

Acompañada, pues, de una

criada, salio Margarita por un secreto postigo, y llena de devocion, se fué á la Iglesia; y mientras ella escucha palabras Divinas, y asiste á Misterios altos; y en tanto que Carlos, y Lucinda cansados de luchar con el contento, rendidos al sueño, toman algun reposo, vamos á ver lo que hace Julian solo en un bosque, abrumado de las pluvias, y fatigado de la hambre. Como le cogió la tormenta mui apartado aún de la cabaña de unos Pastores, no halló quien le diera alvergue, sino fue el abrigo que pudo coger en las entrañas de unos troncos, caducos del tiempo, y secos con la mucha edad. Asi estuvo hasta que cesó la tempestad, y hallandose como sin recelos que antiguos le affigian, se dejó llevar de una imaginacion zelosa: abrióla camino en el alma, fomentóla con apariencias, dióla credito como á verdad, y comenzó á quejarse. Sin duda (dice) que Margarita me es traidora; pues el Cielo me lo significa con estos presagios. Yo tuve recelos con harta causa; por evitarlos, me vine de la Corte; sombras que allá ví, aqui han faltado; diligencias que aqui he hecho, poco me han servido. De criados me he fiado, y he hecho mal; pues fuera mejor por mi solo quietarme, viendo la inocencia, ó ven-

gar-

garme , hallando el agravio. Muchas noches me he quedado en estas selvas , aguardando quando me habian de traer las nuevas de mi deshonor : hasta aora he conocido por vanas mis diligencias , pero ya esta vez siento en mi pecho rasgos de infamia. Sin duda es esta noche la de mi agravio. Zeloso lo dijo ; pero las causas despiertan estos rabiosos efectos. Margarita es buena ; pero tal vez por medio de pechos inocentes , se castigan pecados ajenos. Yo me veo lleno de culpas , negué al paterno amor , mostréme inobediente , maldijeronme mis padres , alcanzanme las desdichas ; y como la mayor es aquella que toca en el honor , quizás aunque sea Margarita santa , la divertirá mi pecado , para que ofendiendome ella , mueva yo á manos de mis justos sentimientos. Y para conocer una verdad tan clara , aunque se engendró sospecha , que tengo sin mirar los presagios , y congeturas , que como anuncios verdaderos me representa el corazon , quando me despedí de mi esposa , no me habló tan afecta como otras veces , y aunque entonces no lo sentí , pensando era sentimiento de mi ausencia , aora corrijo aquel entender que tuve , y juzgo que no era sino premisa de mi agravio. El criado de quien me

fiaba no me alabó , como solía , al subir en el caballo se quebró el estrivo , al salir de casa tropecé mas de dos veces : quando llegué á este monte , no hallé fieras : quantos tiros he tirado , no han hecho operacion alguna : quando comenzó á anocheecer , vistió luto la Luna , y se pusieron capuces las Estrellas. Rayos han lanzado las nubes para impedirme la venganza. Pues con tales anuncios , con tales presagios ; qué espero que no voy á confirmar estas sospechas ? Qué aguardo que no voy á vengar mi deshonor ?

Metido en esta batalla de confusiones , y anegado en este mar de desconfianzas , comenzó Julian á toda priesa á caminar á su casa. Como estaba algo apartado de ella , y luego con aquella desconfianza , juzgaba por imposible la llegada ; los pasos se le antojaban leguas , los momentos horas , pereza la priesa , y torpe la diligencia. No encontró á ninguno de los mensajeros que Margarita habia enviado ; no lo permitió el Cielo , porque corrian por su mano estos sucesos ; llevaban algo de castigos , y así se desquadraban los impedimentos. Al tiempo , pues que salió Margarita por el postigo (que era entre dos luces) llega Julian despechado á las puertas principales , mira si están abiertas , y hallando-

dolas cerradas, antes de abrir-las, rodea los cantones, dá buelta á toda la casa, y viendo todos los pasos desocupados de sombras, aliviada con esto un poco la sospecha, prosigue ligero á inquirir lo abrasado de sus zelos. Con una llave maestra halla la entrada patente, llega á un zaguan algo espacioso, halla una luz; y muertos á los rayos de ella todos los alientos, revistiendose el dolor de nuevas iras, discurre por la casa, previniendo venganzas. No quiere despertar á nadie; (razon advertida en medio de tantos ahogos) porque á voces de criados se disminuye el castigo, y se aumenta la afrenta. Los mas culpados se fingen inocentes, y los ignorantes del suceso buscan su justicia con descubrir la maldad. Por esto Julian quiere buscar solo la causa que le aflige; y asi, tomando en la una mano la luz, y en la otra llevando desnudo el estoque, endereza los pasos al lecho de su esposa. Llega á la antesala, y hallando en ella otra luz, queda como difunto puesto entre los candeleros. Y aunque se vé metido entre dos luces, no está entre dos luces la verdad de su sospecha; porque á vista de luz tanta, mal se pudiera hacer noche un robo de honor, como el que tenia fraguado en su idéa. Mira por la sala, por ver

si hai mas indicios en su agravio; porque para casos graves, aunque haya testigos luces, tiene obligacion el Juez, antes de dar la sentencia, de mirar si hai indicios urgentes que contesten con sus dichos; que tal vez se engañan unos ojos, y apasionada la razon suele cegarse. Jamás faltaron pruebas para un fracaso, y para indicios de este repasa Julian entre sí mismo las luces de la casa á tal hora, las puertas de los Palacios patentes, y abiertas, los vestidos de Margarita mezclados con otros que mira ajenos, sombrero mira, y no suyo, junto al tocado, capa de color descubre en una silla, medias de camino hasta puestas sobre un taburete. Con pruebas tantas ya dá su agravio por manifesto, y con señales tales ya se publica ofendido.

Puesto en lance tan fatal el afligido Caballero, pone la luz sobre un bufete, y con pasos acelerados quiere llegar al lecho á descubrir su agravio. Vá á egecutar estos impulsos, y casi ahogado el corazon, reprime los alientos. Un temor helado es rémora de los pies, la sangre fria tiene ya torpes las manos. Enojase consigo mismo de verse temeroso; y despierta nuevas iras de verse compasivo, y mirando tan presente lo que juzga agravio suyo, queda dis-

pues.

puesto á arrastrar misericordias. Rompe las dificultades que le causa el temor, corre la cortina de la alcoba, y mirando, aunque ciego del enojo, que son dos personas las que ocupan su lecho, y juzgando á Lucinda por Margarita, y á Carlos, teniendole por adúltero, sin dejar que desembozase la colera la ceguedad de su vista, levanta el brazo, y de dos estocadas quita dos vidas, que fueron causa de la suya, con dos heridas mancilla dos almas, y con dos golpes deja muertos sus padres.

Bien sé que el Lector doblará aquí la hoja, y suspensa la voz se pondrá á pensar las lastimas del fracaso. Yo tambien sumergido en un mar de confusiones, apenas acierto á gobernar la pluma, mirando ya cumplido el agujero, considerando á Carlos, y á Lucinda dando buelcos en su misma sangre, viendo á Julian hecho cruel parricida. ¡Tantos lloros por un hijo, tantas lastimas por hallarle, y Margarita descuidada oyendo Misa! y qué ocupacion tan santa parece que ha dado lugar á la ruína! Quando mas levantado en Divinas contemplaciones se halló el Apostol de las Gentes, escribiendo á los Romanos, toma la pluma, y en el capitulo once dijo en una admiracion estas admirables

palabras: *O altitudo divitiarum sapientiae, & scientiae Dei, quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, & investigabiles viae ejus!* O cumbre, y grandeza de las riquezas de la sabiduría, y ciencia de Dios, y qué incomprehensibles son sus juicios, y qué ocultos, y escondidos son sus caminos! Pues si el Apostol San Pablo, con voces católicas, confiesa que no hai humano entendimiento que pueda comprender los justos juicios de Dios; qué tenemos que andar echando juicios de que por qué permitiría tan severas muertes, quando es causa el estar Margarita ocupada en asistir al Santo Sacrificio de la Misa? Y si sus caminos son escondidos, investigables, y que no se pueden rastrear; qué tenemos que hacer admiraciones de que por tan varios modos, y caminos se haya cumplido un pronostico infeliz?

Desde el principio de esta obra he ido ponderando que las perfecciones de Lucinda, las tragedias de Carlos, y las fatigas de los dos procedian por genero de castigo que Dios les embiaba; á Carlos, porque fue causa de que con sus agasajos, y favores hiciese que la Dama inadvertida, rompiendo los fueros de noble, perdiese la obediencia al padre, y huyendose de su casa mancillase con sombras

bras de deshonra toda su familia, y prosapia; y á Lucinda por apartarse de los propositos castos de perseverar virgen, dejando el talamo de Christo, á quien se ofreció, y llegando al de Carlos con afectos materiales de cariño. Pero supuesto que Dios castiga siémpre misericordioso, no hemos de decir, que el castigo severo que hemos visto, procede totalmente por aquellos descuidos, y mocedades, sino porque quiere Dios por estos modos mostrar á veces muchas maravillas. Esto lo hallaremos verdad en aquel lugar del Evangelio, quando llegando á los pies de Christo un hombre ciego de su nacimiento, le preguntaron los Discipulos; si la causa de haber nacido aquel hombre ciego, habia sido por pecados suyos, ó por pecados de sus padres? y Christo les respondió, que ni él, ni sus padres pecaron, y que el haber nacido ciego fue, porque se manifestasen las maravillas de Dios, y asi, diciendo, y haciendo, pusole un poco de lodo en los ojos, y le dió vista; asi lo refiere San Juan en el capítulo 9. de su Chronica Evangelica. Pues de la misma manera si preguntaren algunos curiosos, si fue pecado de Julian un castigo tan lastimoso, como matar á sus padres, ó si fueron culpas de los padres el venir á morir

tan desastrada, y desdichadamente á manos de su proprio hijo; podremos responder, que en rigor, ni fue por lo uno, ni por lo otro, sino porque con estos sucesos quiere muchas veces Dios mostrar maravillas suyas. Porque como allá el nacer aquel hombre ciego, fue causa para que Dios obrára con él aquel milagro, dimanando de allí la conversion de muchos; asi, aqui matando Julian á Carlos, y á Lucinda, padres que tanto amaba, viene á ser causa que ellos vayan con purgatorio de esta vida; y él asombrado de el suceso, se aparte de las inquietudes del siglo, (como diremos luego,) y en soledad amena haga al lado de la bella Margarita vida celestial. Muchas consideraciones remito al juicio del piadoso Lector, como en cifra parece se pueden colegir de lo dicho; y solo advierto, que ya que este suceso no haya sido culpa del inocente Julian, con todo, parece pena de sus desordenados zelos: quien tiene casta esposa, deshaga con la prudencia las sospechas; porque tal vez buelve Dios con semejantes castigos por pechos inocentes. Con esto cerrémos el discurso, y pasaremos á la ultima persecucion de Lucinda, que aunque ya la dejamos muerta, es la mayor la que queda por pasar.

PERSECUCION OCTAVA.

CUENTASE LAS LASTIMAS DE JULIAN, CONOCIDO el yerro; el irse con Margarita, y aparecerse Lucinda á su hijo Amador, con el fin de sus persecuciones.

Cumplido el infeliz pronostico, egecutada por manos de Julian la falta tragedia, dejando á Carlos, y á Lucinda hechos cadáveres frios entre su inocente sangre, quedando ya degollados en las mullidas plumas, funebre tumba el dorado lecho, y sangriento sepulcro la guarnecida alcoba, sale el engañado homicida, y apaga las luces, cierra la puerta de la sala; y limpiando el estoque, con acelerados pasos descende al patio, donde dejó el caballo, y teniendo ya el pié en el estribo, con intentos de salirse huyendo, sin dar cuenta á nadie de la casa, y llevarle la llave al Rei, y hacer una demonstracion heroica (tal era su engaño) vé que le sale al encuentro Margarita, que festiva, y gozosa venia de Misa acompañada ya de la luz del dia, que en crepusculos matutinos se publicaba desde los balcones del Oriente. Dejase al principio llevar de un sobresalto, viendo aquel hombre en su casa, y cobra todo el vigor conociendo que es Julian, el

qual, quando la vé entrar cobra alguna pena; y quando en la voz conoce que es Margarita, y vé que con bienvenidas se llega á abrazarle, pasmandose, mira, confuso suelta las riendas, é inadvertido pone mano al estoque, y ponese en defensa. Juzga que es fantasma que quiere impedirle la salida, y las que escucha ternezas, piensa que son engaños, procura encontrar la puerta para poder escaparse. Y Margarita confusa ya de estos extremos, sin temer los acerados filos, que mira amagados á su pecho, se abraza de Julian, y desatando la lengua la voz, y los ojos dos fuentes de aljofar, le dice estas palabras:

Hermano, y dueño mio; por qué te apartas de mí, quando no te he agraviado? Por qué con tales ademanes te retiras, quando no te he ofendido? Si acaso con tus antiguas sospechas procuras hacerme culpada porque me hallas antes del dia fuera de casa, no castigues presuroso antes de escuchar los descargos. Reporta la colera que

que tienes, y despide el sentimiento que te acompaña, llama á los regocijos, y ponles silencio á los pesares, anima contento, y apaga pesadumbres; despierta alegría, y mata sentimientos. De Misa vengo, bien mio, de Misa vengo á esta hora, que para poder mejor celebrar tus glorias, quando vinieras á mis brazos, quise primero desayunarme con asistir á tan alto Sacrificio. Esta es la verdad, Dios es testigo; y porque sé que en la prueba no has de poner duda, no quiero dilatar-te mas lo que te ha de dar tantos gustos, y contentos. Vén conmigo Julian, y verás en nuestro lecho á tus regalados padres, Carlos, y Lucinda, que sin perdonar trabajos, sin temer peligros, y olvidados de sus riquezas, te han venido buscando por remotas Provincias.

Fué tan penetrante este golpe para el pecho de Julian, que degollados en un instante todos los alientos, aún para rendirse al desmayo no le quedaron fuerzas. La espada se le cae de las manos; y sin poder valerle Margarita, mide con su cuerpo el duro suelo; la vida suspende entre mortales ahogos, la muerte parece que se señorea en cuerpo, que aún tiene vida. Como está Margarita ignorante de el fracaso, piensa que procede el desmayo de contento: man-

dale á la criada que despierte á la gente, á sus voces todos acuden al instante; mandales que lleven á Julian á su cama, para que en brazos de los que le engendraron cobre el aliento perdido: ponese en egecucion el mandamiento, y Margarita se adelanta á despertar á sus padres. ¡Mas qué poco á poco se vá bebiendo una pena, quando sucede una desdicha! Hallando cerrada la sala, y quitada la llave, se anega Margarita en un mar de confusiones, echa mil juicios, divierte-se en imaginaciones, y sepultase entre mil cuidados. Piensa por una parte, si habrá sido engaño de algunos que se havrán querido hacer padres de Julian, para que hallando la ocasion acomodada robarle las riquezas, y huír con ellas: por otra parte imagina si Julian, mal informado de los criados que fueron á llamarle, pensando serian personas sospechosas los encerró de aquella suerte, hasta averiguar la verdad. Duda por una parte, procederá su desmayo por haber hallado robada la casa; duda por otra, si será por haberla hallado á ella ausente. Todo quanto imagina le parece posible, y con nada de todo se aquieta el corazon. Acomoda el oído por el resquicio de la puerta, no oye nada, y confusa se fatiga; mira por el hueco de la

cerradura si la luz aún está en la sala; y viendo que ya está muerta, y que todo está obscuro, rasgadas las estrellas de sus ojos, le pide á Dios misericordia. En estas estancias buelve Julian en su acuerdo, y mirando á Margarita casi desmayada en la puerta de la sala, y viendo á todos sus criados que llorosos le circundan, lanzando de lo íntimo del corazón suspiros ardientes, les pide que no lloren hasta que él les avise. Saca la llave de el seno, abre la puerta, pide una luz, y enderezando los pasos á la cama, contempla el espectáculo, y conoce que son sus padres los que ensangrentados mira. Aporréa la luz por las paredes, y abrazase de los cadáveres fríos; y aunque segunda vez iba á desmayarse, recaba del dolor un poco de aliento para quejarse primero de esta suerte:

Ya, padres míos, por darme esta vida (¡nunca me la hubierais dado!) os he quitado las vidas; yá veo egecutada la causa porque me ausenté de vosotros; yá miro derramada vuestra sangre, sin hallar de quien tomar venganza; ya os contemplo muertos á mis ojos, sin poder determinar si yo estoy vivo. Lo que no os puedo dar os he quitado, difícil restitucion en tal materia; lo que me disteis os he agradecido de esta suerte, es

desdicha sin remedio en corazones humanos. ¿Cómo pagaré quitandome una vida miserable que me disteis, dos vidas de tanto precio como las que os he quitado? Cómo matandome quedaré satisfecho, si no he sentido un castigo digno de mil sentimientos? Cómo moriré consolado, si aún no puedo ya pedir perdon á quien tanto he ofendido? Y cómo con ofensas tales me atreviera yo á pedir misericordia á padres tan agraviados? Ea, aborten mis ojos rios caudalosos de lagrimas tristes, vomite mi corazón entre animados suspiros pedazos de la vida que me queda; hagan alarde en mi pecho todos los pesares, barajense confusas todas las tristezas, discordes unas con otras comiencen á atormentarme: no sea sentimiento el que no me hiriere, no pase plaza de pena la que no me ahogáre. Ea, Margarita, si acaso estás para oírme, porque ya te considero desmayada, no repases penas mías, sino presandome las que tienes, dejame á mi solo que las pase todas. Si mi pesar es justo, juzgalo tu propia; si con causa lloro, la razon lo publique. Ea, consorte querida, dame tu bendicion para que muera con algun consuelo, dame los últimos abrazos, siquiera para que quando mi alma se despida, se quede

de en tu pecho. No regatees este favor, quando miras cercana mi muerte; no muestres desdén, quando vés que no tengo ya lugar de hacerte alhagos. Ea, Amigos, los que me escuchais, sabed que soy homicida de mis padres; estos que mirais atravesados, son los que me engendraron; estos que ya veis muertos, son los que he ofendido. El delito es atróz, no podeis ignorarlo, si merece plenarios castigos, ellos se amenazan. ¿Pues qué haceis que al instante, trabando todos de mí, no me quitais la vida? si no os atreveis como criados, jurisdicion os concedo ya como á señores. Ea, pues, haced de mí una cruel justicia, desenquadernarme en un potro, miembro por miembro, mi cuerpo, ponedme en una escarpia á vista de todo el vulgo, asestadme luego una nube de penetrantes saetas, saquen ardientes tenazas pedazos de mis carnes; y esto executado, dexadme en el campo como á bruto, para que se aparten las aves. Contadle despues al Rey mi tragedia, y divulgad por todas las Provincias el fracaso. Llorosos os miro, y pasmados os contemplo, conocidas señales de que no hareis lo que os pido; pues no os dé pena, que estas manos que tuvieron alientos para executar dos muertes, tendrán sobrados

brios para quitarme esta vida.

Quando Margarita, siguiendo á Julian, miró el espectáculo sangriento, cubierta la cara con un desmayo, se quedó con el dolor amortecida. Julian se puso á llorar, y confusos todos los criados, mudos unos con la pena, y otros rompiendo la voz por medio del sentimiento, comienzan á barajarse por la casa, unos acuden á remediar á Margarita, otros mas animosos se cercan de Julian: unos ignorantes de el suceso, preguntan la causa; otros de ella entendidos, se llegan á vér el lamentable fracaso; unos desmayados se retiran; otros confusos despiertan al llanto. A los lamentables ecos acuden los Labradores; unos que ya estaban en su trabajo, desamparando las haciendas; otros, que aún estaban dormidos, desocupan los lechos; unos sin acabar de vestir, y otros poco menos que desnudos. Mezclanse llantos con llantos; y en medio de tanta gritería es mayor la confusion. Medido viene aqui aquel lugar de el Príncipe de los Poetas Latinos, quando descubriendo la ruína de Troya, embarazado ya con tantos incendios, viendo que en lo que habia relatado se quedaba muy corto, juzgó que satisfacía preguntando lo que no acertaba á ponderar, y dixo:

*Quis cladem illius noctis,
quis funera fando,
Explicet? aut possit lachrymis
æquare dolorem?*

¿Quién será (dice) de pecho tan desahogado , que acierte á articular palabras , para contar la destruccion de aquella noche , (ó digamos de aquella madrugada ,) y para referir muertes tan sangrientas ? ó ya que haya quien pueda explicarlas , ¿cómo podrá con lagrimas imitar tanto dolor?

Al tiempo que Julian ponía fin á las quejas , y loco del sentimiento , desnudaba el puñal para vestirle en su pecho , volvió Margarita del desmayo , y con fuerzas varoniles , detiene el brazo al consorte , ayudando los criados , y todos con mil lagrimas , procuran disuadirle del desesperado intento. Sacanle de aquella sala , llevanle á otra pieza , donde á ruegos de Margarita comienza á sujetarse á la razon , mandandoles á todos que pongan fin al llanto , y que no divulguen el suceso. Esto obedecido , hace que pongan los cuerpos difuntos en una entlutada caxa , y que sin solemnidad ninguna la depositen en la pequeña Iglesia de la Aldea. Despues , llamando á dos Capellanes de quien podia fiarse , les entregó con mucho secreto una grande suma de dinero , para que lo expendieran en Misas

por todo aquel distrito. Llega la noche , y recogidos todos los criados , fingiendose dormido , aguarda que se duerma Margarita , y quando le pareció que ya lo estaba , levántase muy en secreto , dexa su lado , y vistese muy apriesa el vestido de peregrino que habia llevado su padre. Al punto , pues , que abre la puerta del Palacio , despierta Margarita , y hallandose sola , dexa la cama , y comienza á dár voces , llamando á Julian , el qual quando vió que era menos inconveniente descubrirse á ella , que no dár lugar á que lo entendiesen los criados , respondela presuroso , y hechos sus ojos fuentes , la dice estas amorosas palabras : Margarita querida , no imagines que voy á desesperarme , que ya estoy muy en mi acuerdo , y arrepentido de lo que quise intentar. Voy-me empero , esposa mia , donde jamás se sepa de mi nombre. De ti me aparto , que es lo proprio que de mi vida ; á hacer voy penitencia , que es lo que tengo obligacion : por dexarte me pesa ; pero no puede ser menos : no me impidas , te ruego ; porque no he de obedecerte : gobierna tus Estados , pues tienes prudencia ; dale cuenta al Rey tu tio de mi desgracia , á su lado pasa mi ausencia , como si fueras ya viuda.

Hay Julian , dueño mio , (le

res-

responde Margarita); y qué poco sabes lo mucho que te quiero! pues has de advertir, que quedaré muerta á tus pies antes que dé lugar á que de mi te apartes; y si es que estás determinado de hacer lo que me dices, llevame en tu compañía, y pobres, y penitentes vamos á donde quieras. Esto me has de conceder, y seré muda en obedecerte, y si dexandome te piensas ir, me haré toda lenguas en descubrirte. No quiero otros bienes, ni otras riquezas, sino á tu lado pasar la vida, que será gustosa, y apacible, estando en tu compañía; y ausente de ti, todo me ha de ser muertes, y tormentos. Fueron tantas las lagrimas, y los ruegos tantos, que apiadado Julian (marido en fin) no quiso dexarla sola; y así, haciendo que se vistiese las ropas de su madre Lucinda, se salieron á media noche, dexando una carta escrita para el Rey, en que le daban cuenta, que no se cansase en buscarlos. Disfrazados de esta suerte, como pobres Romeros, se embarcaron para Roma. Quiso Julian confesar al Sumo Pontifice su culpa, nacida de la mucha inadvertencia. Absuelto ya de ella, determinó visitar su antigua casa. Fueronse á Napoles, y de allí á la Quinta; y siendo informados de como los señores Carlos,

y Lucinda se habian partido de allí muchos años habia en busca de un hijo suyo, llamado Julian, renovaron sus sentimientos, y se partieron al monte á pasar sus vidas con aspera penitencia.

Emboscados en la espesura, se hallaron perdidos una tarde, sin poder hallar persona de quien informarse, quando por permission del Cielo les sale al encuentro Amador, que caminaba á su Hermita. Alborozanse los dos con su presencia, y el penitente Sacerdote, aunque regocijado por una parte de verlos, se queda por otra parte muy confuso de mirarlos, reconociendo que son los vestidos sin diferencia alguna de los que llevaban Carlos, y Lucinda. Una, y mil veces los mira, divirtiendose el pensamiento á diversos juicios, y por salir de una vez de confusiones, tomándolos por la mano, despues de haberse saludado, los lleva á su pequeña morada, donde con muchos ruegos les pide relacion del proceso de sus vidas. Lanzando mil suspiros, y derramando lagrimas, comienza Julian á referir sus tragedias, haciendo parentesis de irreparables sollozos, y tal vez interrumpiendo los discursos con los ahogos del entendimiento. Por los principios conoce Amador que es Julian su hermano el que tiene

presente, por los medios queda bien entendido que es su cuñada Margarita; y en escuchando los fines, son tantas las angustias de que se le cubre la alma, que está pidiendo divinos auxilios para no desmayarse. Bien entendida de Amador toda la tragedia, llora con los dos amargamente, sin darse á conocer, por no aumentar el dolor. Alvergólos aquella noche, y en amaneciendo otro día, vistos sus buenos intentos, los encamina á la margen de un pequeño río, paso comun de caminantes, donde en un Hospital que allí estaba, les aconseja que pueden hacer obras meritorias. Obedecieronle Julian, y Margarita; y despedidos de Amador con tiernos abrazos, entraron por enfermeros en aquella casa, en cuyo servicio perseveraron toda su vida. Los trabajos que pasaron fueron tantos, tantos los meritos que adquirieron, tantos los cilicios, y mortificaciones, tantos los ayunos, y penitencias, que acabaron santamente, dexando admirados á quantos les conocian.

¿Quién podrá referir los sentimientos de Amador, quando solo se puso á repasar por menudo el monton de penas que habia tragado? Y viendo como prudente, que rasgar sus ojos con el llanto no aprovechaba; que despedazar como loco los

vestidos no sirve, y que maltratar su rostro, no es de ningún momento, levanta al Cielo el espíritu, y arrobado en divinas contemplaciones, le pide á Dios le revele si murieron sus padres en estado de salvarse. Para que tengan buen despacho estas peticiones en el Tribunal supremo, añade cilicios á cilicios, perpetúa los ayunos, y dobla las disciplinas. Oye Dios sus ruegos, y un dia que le vé embebido en mentales oraciones, le dá licencia á su madre Lucinda que le anuncie el estado de sus penas. Aparecese la Dama puesta en un globo de fuego, que con llamas abrasadoras la consumia, y con densos humos la atosigaba, tan otra de la que fue, que por brujulas de las facciones, apenas se divisaba un rasguño de lindeza; las carnes tan denegridas, que ya parecia carbon lo que en otro tiempo sustentó plaza de nieve; la cara tan macilenta, que eran muertas cenizas las mexillas que se llamaron rosas, los ojos tenia tan consumidos, que apenas eran luces, habiendo sido hermosos soles; la boca tan en borron, que lo que fue clavél, era ya gualda; y las que se nombraron perlas, apenas parecian dientes; y finalmente, tan sin ornato la cabeza, que grifos los cabellos, habiendo nacido antes hebras de oro, eran hor-

horribles á la vista. Desconocióla Amador, viendo tan trocadas las señas; y por salir presto de tan espantosas confusiones, la pregunta ¿que quién es, y lo que quiere? Con un profundo suspiro, le respondió de esta suerte: Tu madre soy, hijo mio; tu madre Lucinda soy, que por ruegos tuyos me permite el Cielo que te hable. No te atemorice el verme de esta suerte, que aunque cercada de penas, y rodeada de tormentos, vivo con aquellas esperanzas de gozar de la Gloria. Yá Carlos tu padre habita en ella; porque le fue Purgatorio la muerte desastrada. Yo le acompañara tambien, á no haber sido mayores mis culpas; en castigo de las quales permite Dios que padezca estas temporales penas, yá que por mi contricion, y confesiones quedé libre de la eterna que merecia. En el Purgatorio estoi, donde te prometo que paso tantos dolores, y sufrí tantas angustias, que tengo por sin duda, que fuera de no ser eternas, no son mayores las de los condenados. Yo estoy condenada á estos tan terribles tormentos por muchos años, cuya consideracion no es la pena menor de las que padezco; mas ya con la esperanza! con que á tus pies me postro, espero gozosa ir con brevedad á las moradas Celestiales. Ya veo que querrás

saber la causa de esta sentencia: muchas pudiera decirte, mas quiero callarlas; porque las unas ya están purgadas con las afficciones que en esta vida he pasado, y las otras son muy menudas para poder referirlas; y asi solamente diré la principal, y es, porque al tiempo de la Concepcion te maldixé, ofreciendote con voluntad determinada á los espiritus infernales. De ellos, como sabes, te libró Camilo, y después de haberte criado, te constituyó en la dignidad Sacerdotal. Por esta maldicion paso estos tormentos; si de ellos quieres, como buen hijo, librarne, haz por mi lo que ahora te diré. En estos trece dias continuos procurarás decirme trece Misas Votivas, que serán las siguientes: la primera de la Encarnacion, la segunda del Nacimiento de nuestro Redentor Jesu-Christo, la tercera de la Cruz, la quarta de la Resurreccion, la quinta de la Santisima Trinidad, la sexta de la Ascension, la septima de la Asunción, la octava de San Agustin, la nona de Santo Tomás, la decima de San Laurencio, la onцена de los Martyres, la docena de las Virgines, y la ultima de los Confesores, y en todas dirás la Oracion de nuestra Señora, y de Difuntos; y haciendo esto, verás las glorias que me causas,

y advertirás las penas de que me libras. Tu madre soy, no me olvides, ya que por tus virtudes me concede Dios alcance con trece Misas lo que con trece mil no fuera bastante.

Apenas acabó de decir estas palabras, quando se desapareció Lucinda, quedando Amador con mil regocijos espirituales. Dióle á Dios muchas gracias, y con fervorosos deseos, singular devocion, y levantamiento de espíritu, puso por obra quanto su madre le habia rogado: dixole las trece Misas; sí bien es verdad que acerca de esto hay muchos pareceres, pues no ha faltado quien diga que fueron treinta. Pero como de esta materia hasta oy es poco, ó nada lo que hay escrito, hemos de conformarnos con la tradicion antigua, ó costumbre inmemorial, que hay principalmente en los Conventos, de llamarle el trecenario de San Amador. En muchas Iglesias he visto tablas antiquisimas que refieren esto mismo, y aunque no he podido descubrir otra claridad, lo tengo por mas verdadero. Mas supuesto que los que quieren que sean treinta, es que añaden á algunas de las solemnidades referidas dos Misas, á otras tres, y de este modo trecenario se viene á quedar de qualquier manera, en quanto al numero de las Festividades, yá que no sea

asi en quanto á la cantidad de las Misas; y asi, no hay que desconsolarse ninguno por la variedad de esta opinion, sino el que pudiere decir el trecenario de las treinta Misas, digalas, y irá mas seguro; y el que no pudiere sino el de las trece, no se aflija, ni se congoxe, pues no irá errado. Asi alcanzó Amador el fruto de la victoria; pues apenas dixo la ultima Misa, quando Lucinda se le representó delante vestida de gloria; que es decir en una palabra, lo que con muchas apenas se puede explicar: ya lo pálido del cuerpo se aventajaba en blancura al blanco armiño, yá lo abrasado del rostro pedia gages á lo brillante de la luz, yá las mexillas parece que aún no se contentaban con ser rosas, yá los labios hechos hermosos corales formaban un dividido clavel, yá los ojos brillando luceros se ostentaban soles, yá en fin, los cabellos tendidos al ayre, siendo madejas de oro, eran orlas de su cuerpo. Gloriosa finalmente apareció Lucinda, y dandole á Amador las gracias por lo bien que lo habia hecho, y razon de como ya iba á las moradas celestiales, y encargandole mucho que mirase por Julian, y Margarita, desapareció de su presencia, dexando la Hermita perfumada de una Celestial fragancia.

De todo este discurso son muchas las consideraciones que pueden sacarse ; pero la mas principal será el saber acudir á los difuntos con oraciones , ruegos , y sufragios , en particular á aquellos que tienen cargo , y obligacion de hacerlas. Ya está significado el martyrio , y dolor que padecen las almas en el Purgatorio. ¿Pues quién será tan de bronce , que permita , que por negligencia , y descuido suyo , se estén sepultadas en aquel lago las personas que quiso bien en este mundo? No puedo aqui dexar de quejarme del rigor con que miraron las leyes este punto ; pues vemos que si muere una persona , aunque dexen bienes bastantes para pagar lo que debe , y para que le ayuden con Misas , y sufragios , lo primero , y principal hacen que sean pagados los acreedores , y la ultima que cobra es la anima del difunto ; y como llega tan tarde , y solamente halla las alhajas desechadas de todos los demás , es forzoso para gozar de alguna cosa , mal venderlas , y perder la mitad. Rigores notables , quando se consideran los tormentos que una alma padece ; porque ¿ cuánto mejor pudiera esperar un acreedor , que al fin , aunque no goza de los bienes que se le deben , yá por lo menos no le atormenta ; que no hacerle que

espere á una alma rodeada de penas , y tan llena de mortales angustias , que á no vivir entre consoladoras esperanzas , dixerá mil locuras contra el sufrimiento ? Bien mirado tendria el derecho el caso , pues que hizo la decisión ; y asi quiso que hasta en esto fuera cierto modo de pena este esperar : porque quien es negligente en acudir á sus obligaciones , no haciendo caso de las deudas , y negando reconocimientos , espere entre las llamas , hasta que se satisfagan los que agraviados se querellan. Pero ya que no se pudiera ir contra este estilo , procuren con muchas diligencias los albaceas , que se digan luego las Misas de que se hacen cargo ; y como para pagar una deuda se vende una propiedad , para sacar al dueño del Purgatorio , vendanse dos posesiones , goce al punto la alma de aquello que con afanes , y sudores trabajó el cuerpo , y hagase buena amistad á quien fia su alma.

Con opinion de Santo acabó Amador su vida , dexando muy encomendada la devocion de las Misas referidas , y que á él fueron reveladas. Ruego al piadoso Lector , que estime mis deseos , si acaso he errado en los aciertos. Una verdad piadosa es quanto he contado , compuesta de Historias verdaderas , y vesti-

tida con aquello que se llama adorno. De pocos Autores me he valido, porque no he hallado ninguno que trate de la materia. El punto principal de venir los padres á morir á manos de Julian con todas las circunstancias que queda dicho, y asimismo pronosticarlo el Cieruo con voz humana lo refiere no menos que el Arzobispo de Florencia San Antonino en sus Historias, donde se verá sucintamente. El suceso de Camilo

quando entró en la clausura, y el origen de San Amador, por personas fidedignas lo he alcanzado. Ya he dicho que es piadoso el credito que pido: mi voluntad ha sido verdadera de producir aciertos, sea Novela lo que le faltáre luz de historia, y no eche luz lo que lleváre errores, que en todo me sujeto á la correccion de los que mejor sienten, y en primer lugar á la de la Santa Iglesia Romana.

LAUS DEO.



